

Calderón iluminado

Por Gonzalo Sobejano

Gonzalo Sobejano (Murcia, 1928) es profesor de la Universidad de Columbia (Nueva York). Cultiva el estudio de la literatura española de los siglos XVII, XIX y XX. Autor de Nietzsche en España, Novela española de nuestro tiempo, Clarín en su obra ejemplar, y de ediciones de La Regenta, La colmena y Divinas palabras.

Apenas salido a luz el *Calderón* de Antonio Regalado entre mayo y septiembre de 1995, fueron llegándome dispersas noticias acerca de su buena acogida, ecos muy afirmativos, e incluso el rumor de que Regalado ofrecía de don Pedro Calderón de la Barca la imagen de poco menos que un ateo. Se sucederán otros rumores y ecos hasta que —remansadas las prisas de este «gran mercado del mundo»— el aire se serene y permita contemplar en su magnitud y excelencia esfuerzo tan cumplido.

Es notable que el autor, cuando alude a su libro dentro del mismo, lo llame siempre «ensayo»: «A lo largo de este ensayo...», «Si se habla de metafísica en este ensayo...» (139, 917). Aunque la obra es fruto de muchos años de estudio y se presenta repartida en dos tomos de 985 páginas el uno y de 753, el otro, configura un proceso de apasionada y lúcida entrega al descubrimiento de un Calderón renacido, nublado antes por enjambres de prejuicios y tópicos ofuscadores. Inspira el libro una voluntad paradójica: en el pensamiento (Calderón está vivo) y en la hechura (es un ensayo monumental o un monumento de esplendentes ensayos).

Devanamos no pocos hispanistas la madeja del tiempo en tareas y funciones perentorias, reacios a consagrar la mejor parte de nuestra vida profesional a un empeño crítico de honda entrega y vasto alcance. Regalado —autor de importantes libros sobre Galdós, Unamuno, Ortega y Heidegger— no solía aparecer, últimamente, ni como miembro de esta o aquella asociación, ni como partícipe en congresos o asambleas, ni como asiduo colaborador de tales o cuales revistas del gremio. Envidiable eclipse. Estaba (ya en Nueva York, ya en Madrid) dedicado al diálogo socrático y a su Calderón. Ha cumplido así, en todo ese tiempo de (relativo) silencio, una labor fiel y grandiosa, cuyo resultado es este libro. Un libro trazado con firme arquitectura, pero que ha ido creciendo y desplegándose orgánicamente al ritmo del vivir de la persona

que lo engendraba. Pues la conexión que Regalado establece entre el mundo de Calderón y nuestro mundo llega, en las páginas de su obra, hasta ayer mismo, como en la de Proust el hombre generaba al escritor y éste describía al hombre que él había ido siendo hasta el instante de escribirse e inscribir con él a sus prójimos.

Cerco al dramaturgo

De libro tan bien recibido como el *Calderón* de Antonio Regalado (y advirtiendo que la inmediata recepción es cosa muy distinta de la asimilación paulatina) diré que, cuando me esforzaba yo por descubrir el eje de los radiantes ensayos que lo componen, vine a hallar una buena figura de ese ejemplar en las páginas 591 a 593 del tomo I (aunque pueden hallarse otras muchas, pues en la obra bien construida el centro está en todas partes). Reproduzco, con algunas elipsis, lo esencial de esas páginas. Está disertando Antonio Regalado sobre los actores y actrices de los dramas de Calderón, y advierte:

«Los representantes pasaban con facilidad de los papeles del teatro profano al teatro sagrado, flexibilidad que les permitía trabajar en un drama mitológico o en un auto sacramental, una comedia de enredo o una comedia de santos, una tragedia profana o una tragedia religiosa, un entremés, una mojiganga o una improvisación en Palacio o en una casa particular. [...] Santos y dioses, evangelio y mitología, conversión y transformación de la persona proveían a los representantes de un radio de acción que hoy día no podemos menos que envidiar. [...] La diversidad incluía la inversión, la representación en clave cómica del teatro trágico, la posibilidad de representar al revés el gran teatro del mundo.»

Y de esta comprimida imagen del estado de la escena, sus variedades genéricas y la aptitud del público espectador en el siglo XVII, pasa Regalado a la siguiente definición de su propio círculo de ensayos, pues su trabajo consiste en un cerco de asedios, un acoso «*toujours recommencé*» (como el mar o un «diario») a la concepción y al arte del dramaturgo elegido:

«La interpretación de la obra de Calderón que se propone en estas páginas trata de recuperar el texto y el contexto de su obra, atendiendo simultáneamente a la forma dramática y las ideas, al medio histórico-social que la nutre y a la tradición que incorpora,



TINO GATAGÁN

sinetiza y crítica, a la vez que a las mediaciones posteriores con que la historia de ya más de tres siglos la ha marcado, resaca que ha arrojado a nuestras playas los despojos de un Calderón fragmentado y desmenuzado, adaptado a gustos e ideologías de sucesivas generaciones. Este esfuerzo se resiste a la tentación de ajustarse a un proceso lineal en la exposición de los argumentos o a emplazar el arte y el pensamiento del dramaturgo en una cómoda cronología. Tiende más bien a habituar al lector a un aprendizaje, a dar los pasos necesarios para ir avanzando sin precipitación en el camino que conduce a la vez hacia Calderón y hacia nosotros mismos.»

Gérmenes de modernidad

Expresa muy bien Antonio Regalado, con esta declaración «*nel mezzo del cammin*», el principio, curso y meta de su aventura, y me gustaría resaltar su insistencia en la síntesis («atendiendo simultáneamente», «sinetiza», «a la vez que a las mediaciones», «avanzando [...] a la vez hacia Calderón y hacia nosotros mismos») y su negativa al «proceso lineal» o a «la cómoda cronología». Es muy difícil ser sintético, sinóptico, coordinador, compenetrante, y Regalado lo es en todo momento. Me parece una eximia virtud de su trabajo y de su modo de coger al toro por los cuernos, sin perjuicio del paciente desvelo que la airosa faena presupone.

«Los orígenes de la modernidad en la España del Siglo de Oro», subtítulo del ensayo, sería la primera paradoja que he anunciado.

El lector corriente se preguntará perplejo: ¿Cómo? Calderón, esa cifra de la España barroca, católica, contrarreformativa, absolutista, alegórico-sacramental, gran poeta dramático, pero menos humano que Shakespeare, abstracto, antipsicológico, cuyas tramas de honor y celos fueron objeto del descontento de un Hegel, las chanzas de un Ortega y Gasset puesto a descubrir malabarismos verbales, o el insuficiente análisis retórico de un Dámaso Alonso; tal poeta, ridiculizado por su traductor Voltaire y rehuido por algunos críticos de la España postfranquista so pretexto de que fue cura (aunque lo fuera sólo muy tarde y a regañadientes); ese poeta dramático, ¿cómo podría albergar en su obra gérmenes de «modernidad»?

Acaso no sea ésta la primera paradoja del libro, sino la segunda. La primera consistiría en titular simplemente *Calderón* obra de tan extenso e intenso alcance. Cualquier pedante de la tribu postmoderna lo hubiera titulado por lo menos así: *El teatro de Calderón, paradigma universal en la vía del Barroco al postestructuralismo: una tentativa de deconstrucción*. Y deconstrucción hay en el haz de «ensayos» de Antonio Regalado, aunque felizmente sin jerga. Digo que hay deconstrucción porque Antonio Regalado, a cada instante, desplaza de su centro el rigorismo patriarcal en favor del buen escepticismo intelectual —el de la búsqueda—, aplicando su afán de comprensión al objeto de estudio sin más método que aquel que exaltaba Leo Spitzer al decir que el único método es el de



En este número

Artículos de

<i>Gonzalo Sobejano</i>	1-2	<i>Antonio González González</i>	6-7
<i>Vicente Verdú</i>	3	<i>José María Mato</i>	8-9
<i>Elías Díaz</i>	4-5	<i>Pedro Cerezo Galán</i>	10-11-12

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Calderón iluminado

ser lo más inteligente posible.

Antonio Regalado universaliza a Calderón describiendo sintéticamente la índole de su genio en tres áreas: el espacio, el tiempo y la persona. Sitúa su obra inmensa y varía en el ámbito español y europeo donde se produjo. Precisa el sentido de esa obra desde el pasado que la preparaba, en el presente donde existió, hacia el futuro al que se abría. Y la determina en sí misma volviendo una vez y otra a los rasgos que la distinguen: el ya aludido escepticismo de la búsqueda plural, su correlacionado probabilismo jesuítico (que, lejos de encerrarla en la España supuestamente ortodoxa, la proyecta hacia la Edad Moderna, en compañía de Descartes y Leibniz, por ejemplo), su entendimiento de un teatro fundado en la ilusión a fondo de que el mundo mismo es teatro sin posibles ensayos previos de los papeles asignados a las criaturas que representan el drama. Etcétera. Sería insensato pretender resumir la inmensa novela hermenéutica del *Calderón* de Regalado, y sólo deseo incitar a la lectura de un estudio

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

tan clarividente, de briosa argumentación y cálida palabra.

Muestra Antonio Regalado invariablemente un conocimiento minucioso de la España vivida por Calderón entre la cuna y la tumba (de 1600 a 1681): situación religiosa y política, social y cultural, gobierno de Felipe IV, condiciones y evoluciones de la escena. Y todo lo relaciona —en hondo conocimiento de la Europa de entonces— con el teatro inglés y otros faros del saber antiguo. Al llegar a la época del propio Calderón, las relaciones que entabla su intérprete no se limitan a la España del tiempo (Loyola, Suárez, los probabilistas y casuistas de la Compañía de Jesús, Cervantes, Góngora, Gracián, Felipe IV, Lope de Vega, Velázquez y muchos otros), sino que se extienden con avidez enciclopédica y amplitud universal, con rigor universitario y vigor ensayístico, de viveza mental indefectible, hacia los pensadores en quienes descubre mayores afinidades (Descartes y Leibniz) o contrastes (Pascal), hacia los hombres de ciencia y de saber más vigente (Kepler, Newton, Galileo, Kircher) y hacia poetas como Shakespeare, Corneille o Milton, o un codificador de la poética adversa como Boileau. En cuanto a la posteridad, el Calderón que Antonio Regalado analiza (o sintetiza, luego de haber arrojado a la papelera los minuciosos análisis que toda síntesis honrada demanda) aparece favorablemente tamizado por egregios admiradores del dramaturgo, que van desde el romanticismo y el idealismo trascendental de Schlegel, Schelling, Hegel, y grandes poetas de esa época, como Goethe o Shelley, hasta eminencias posteriores, o de efecto posterior, como Schopenhauer, Wagner, Nietzsche (sobre todo Nietzsche),

El texto de Calderón en todas sus variantes

Examina Regalado el teatro de Calderón en todas sus variantes, desde la tragedia al entremés, arraigándolo de lejos en Aristóteles y Platón, Plotino y San Agustín, Tertuliano y otros faros del saber antiguo. Al llegar a la época del propio Calderón, las relaciones que entabla su intérprete no se limitan a la España del tiempo (Loyola, Suárez, los probabilistas y casuistas de la Compañía de Jesús, Cervantes, Góngora, Gracián, Felipe IV, Lope de Vega, Velázquez y muchos otros), sino que se extienden con avidez enciclopédica y amplitud universal, con rigor universitario y vigor ensayístico, de viveza mental indefectible, hacia los pensadores en quienes descubre mayores afinidades (Descartes y Leibniz) o contrastes (Pascal), hacia los hombres de ciencia y de saber más vigente (Kepler, Newton, Galileo, Kircher) y hacia poetas como Shakespeare, Corneille o Milton, o un codificador de la poética adversa como Boileau. En cuanto a la posteridad, el Calderón que Antonio Regalado analiza (o sintetiza, luego de haber arrojado a la papelera los minuciosos análisis que toda síntesis honrada demanda) aparece favorablemente tamizado por egregios admiradores del dramaturgo, que van desde el romanticismo y el idealismo trascendental de Schlegel, Schelling, Hegel, y grandes poetas de esa época, como Goethe o Shelley, hasta eminencias posteriores, o de efecto posterior, como Schopenhauer, Wagner, Nietzsche (sobre todo Nietzsche),

che), y autores dramáticos como Hofmannsthal, Bertold Brecht o Samuel Beckett (*Waiting for Godot* sería para Regalado la plasmación sobre la escena del castigo existencial esperable tras la sentencia de Segismundo —«pues el delito mayor / del hombre es haber nacido»—, versos de *La vida es sueño* que el crítico recuerda citados en el juvenil ensayo de Beckett acerca de Proust). Con bravura fulgente, Regalado prueba a cada paso que el teatro de Calderón no sólo es moderno, sino además actual, según lo ensayó Grotowski, por ejemplo, y algunos ingleses en recientes fechas.

El genio de Calderón, en fin, viene expuesto aquí por Antonio Regalado en su propio carácter o destino, mostrativo de una intrépida libertad de juicio frente al rigor patriarcal, en su bien regida abundancia de disciplinas y facultades, y a través de inolvidables interpretaciones de sus dramas religiosos y profanos, autos sacramentales y comedias. Textos como los dedicados a *La vida es sueño* (drama y auto), *El médico de su honra* (el vengador castigado), *El príncipe constante* (ser para la muerte), *En la vida todo es verdad y todo mentira* (el Sí y el No exhibidos escépticamente), y en particular los tres capítulos del primer tomo acerca de *La hija del aire* como tragedia de la voluntad de poder, lo demoníaco y el apetito desbordante e inextinguible de ser más, o como los dos capítulos que, en el segundo tomo, estudian la tragedia cristiana *La devoción de la cruz* (a la luz de Schelling y contra las nubes de prejuicios a que antes aludí), y los varios capítulos en que Regalado abarca y esclarece el universo de las comedias de enredo; todas las partes que acabo de indicar resultan modelos insuperables de esta crítica creadora que conjuga co-

nocimientos extraordinariamente directos de teología, moral, derecho, de filosofía (antigua, moderna, contemporánea a nosotros) y de dramaturgia teórica y práctica; todo ello puesto al servicio de la más vital exégesis de la obra entera de Calderón: teatro ontoteológico, y alegórico, que así queda reconocido y realzado en su modernidad irruptiva.

Desde cierto ángulo (por ejemplo, el por mí vivido a través del aislamiento de la postguerra bajo la dictadura del general Franco), cabe leer muchas páginas del ensayo de Regalado —hijo del exilio— como una argumentación, irrefutablemente sostenida, frente a la leyenda negra antiespañola. Mediante esa argumentación se llega a comprobar que la Razón ilustrada, la ética protestante y los cánones neoclásicos, más el realismo psicologista dominante en la segunda mitad del siglo XIX, no fueron tan beneficiosos para el arte dramático y su proyección en la escena como la caudalosa variedad de Calderón, poeta cristiano católico capaz de las más contradictorias y hospitalarias maravillas religiosas y filosóficas, éticas y poéticas, de ideario social y político, ceremoniales y festivos, prerrománticos y pre-existencialistas, y aun feministas; modernas, en suma.

Y en este punto he de suspender el anuncio de algunos de los tesoros de intelección y compenetración que el libro de Antonio Regalado (con tanta sabiduría y con tan buen humor tantas veces) prodiga a raudales. Que la gran extensión de la obra no arredre a los lectores, pues se trata de un «monumento vivo», como hubiera podido decir —gongorinamente— el propio Calderón, poeta iluminado ahora en su poderosa dramaturgia mejor que nunca. □

RESUMEN

Gonzalo Sobejano valora un voluminoso ensayo de Antonio Regalado que está lleno de paradojas: una de ellas sería la de detectar en la obra de Calderón de la Barca, esa cifra de la España barroca, católica y contrarreformadora, gérmenes de modernidad. Y ade-

más de paradojas, está lleno de aciertos: uno de ellos sería el de universalizar a Calderón de la Barca describiendo la índole de su genio en tres áreas: espacio, tiempo y persona, y en las tres áreas muestra Regalado un conocimiento minucioso.

Antonio Regalado

Calderón. Los orígenes de la modernidad en la España del Siglo de Oro

Destino, Barcelona, 1995. Vol. I, 985 páginas; vol. II, 753 páginas. 10.500 pesetas. ISBN: 84-233-2495-8.

SUMARIO

	Págs.
«Calderón iluminado», por Gonzalo Sobejano, sobre <i>Calderón. Los orígenes de la modernidad en la España del Siglo de Oro</i> , de Antonio Regalado	1-2
«La civilización de los parados», por Vicente Verdú, sobre <i>El fin del trabajo</i> , de Jeremy Rifkin	3
«Patologías de la democracia», por Elías Díaz, sobre <i>La democracia en España. Experiencias y reflexiones</i> , de Gregorio Peces-Barba	4-5
«Biodiversidad de las plantas vasculares», por Antonio González González, sobre <i>Intellectual property rights and biodiversity conservation: an interdisciplinary analysis of the values of medicinal plants</i> , de Timothy Swanson (ed.)	6-7
«La industria del tabaco, a debate», por José María Mato, sobre <i>The Cigarette Papers</i> , de autores varios	8-9
«La herencia liberal», por Pedro Cerezo Galán, sobre <i>El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política</i> , de Juan Marichal	10-11-12

La civilización de los parados

Por Vicente Verdú

Vicente Verdú (Elche, 1944) es licenciado en Económicas y periodista. Ha sido redactor jefe en Cuadernos para el Diálogo y jefe de Opinión y de Cultura del diario El País. Fue finalista en el premio Anagrama de ensayo con el libro *Días sin fumar*, y lo obtuvo más tarde con *El planeta americano*. Es autor, también, de *El fútbol: mitos, ritos y símbolos* y *El éxito y el fracaso*.

Nadie lo pone en duda: estamos en una fase histórica donde el empleo escasea cada vez más y el remedio se vislumbra cada vez menos. Jeremy Rifkin, economista de prestigio y autor de un «best seller» en Estados Unidos titulado *El fin del trabajo*, cree, sin embargo, haber encontrado una posible salida para principios del siglo XXI. La industria y los servicios pierden puestos de trabajo, pero él ve configurarse ya lo que llama el «Tercer Sector», alimentado por fuerzas de voluntarios civiles, ajenos a las leyes del mercado. Cerca de 95 millones en Estados Unidos forman ya parte de él y su contagio crece por todo el mundo. ¿Utopía? ¿Prospectiva real?

El panorama que dibuja Rifkin sobre el incremento del paro deshace cualquier vacilación sobre la magnitud del problema. Actualmente 800 millones de seres humanos se encuentran desocupados o subocupados a lo ancho del planeta. En los países de la OCDE han alcanzado los 40 millones, y en la Unión Europea se acercan a los 20. El porvenir, a su vez, no presenta un horizonte mejor. La industria del automóvil, por ejemplo, que ocupaba a 940.000 personas en Europa en 1994, reducirá sus plantillas en un 40% en 1999 y mientras el sector servicios crecía con una tasa del 2,3% en los años ochenta, en los noventa no supera el 1,5%.

Hasta hace poco, quien perdía su puesto en la industria lo encontraba en los servicios, pero ahora quien no halla acomodo en los servicios se ve abocado a una inactividad terminal o prolongada. En Europa, un 45,8% de los desempleados han cumplido ya un año sin lograr una nueva tarea. La razón principal de este desorden radica, en opinión de Rifkin, en que las nuevas tecnologías sustituyen con creciente ventaja a los hombres (un 75% de los empleos actuales podrían reemplazarse por máquinas y ordenadores inteligentes) y, a la vez, a diferencia de otros tiempos, los beneficios productivos no se traducen en disminuciones de la jornada ni en salarios mejores.

Existe una creencia económica que establece, desde J. B. Say, la siguiente ecuación: los aumentos de productividad bajan los precios, la bajada de precios estimula la demanda y la mayor demanda creará a la fuerza más empleo. La realidad, sin embargo, acaba siendo, como demostró la crisis de 1929, que si los incrementos de productividad sólo aprovechan al capital y no se comparten con los trabajadores, la capacidad de consumo disminuye y la disminución de la demanda origina una crisis de sobreproducción. Esto es, en dos palabras, lo que viene sucediendo desde hace casi dos décadas. Desde 1970 a 1992, la productividad ha crecido en Estados Unidos en un 35%, pero la fuerza de trabajo se ha reducido en un 15% sin que aumentaran los salarios ni se abreviaran las jornadas. La semana laboral se redujo desde 80 horas a finales del siglo XIX a 60 en los años 20 y a unas 40 horas después de la segunda guerra mundial. Desde entonces se ha mantenido invariable el tiempo de trabajo, pese a las posibilidades de reducirlo para crear mayor empleo.

En los años 80, las empresas norteamericanas elevaron sus beneficios en un 92%



MARISOL CALÉS

antes de impuestos y los accionistas vieron multiplicados por cuatro sus beneficios, pero no compartieron estas ganancias con la fuerza de trabajo. No crecen las retribuciones ni crece el ocio. Un informe de los muchos que cita Rifkin revela que el tiempo libre entre los empleados se ha reducido en una tercera parte desde los años cincuenta, y si la tendencia continuara así los empleados norteamericanos trabajarían en el año 2000 tantas horas como en los años veinte.

La tercera revolución industrial permitiría reducir la jornada, pero las empresas, acuciadas por la competencia internacional, mantienen su duración a la vez que congelan o disminuyen los sueldos. Un licenciado ganaba como media 24.000 dólares al año a comienzos de los setenta; actualmente está ganando unos 18.000, mientras la cobertura para sanidad o pensiones es menor.

El empleo temporal

A lo largo de los años ochenta, mientras el capital obtenía sustanciosos provechos, la compensación real por hora de trabajo decayó de 7,78\$ a 7,69\$ y los empleos a tiempo parcial se multiplicaron. En la actualidad superan el 25% del total, y tanto en Holanda como en España, en Francia o en Gran Bretaña rebasan el 30%, con unas compensaciones entre un 20 a un 40% más bajas. El trabajo a «part-time» o el empleo temporal se ha convertido en la regla de nuestro tiempo. No es extraño que con rentas más bajas y una mayor incertidumbre, la población consume menos y con ello se vaya gestando el peligro de una próxima depresión. Queda a las grandes empresas el recurso de exportar sus sobreproducciones a países del tercer mundo, pero ni la capacidad de estas áreas acaso sea suficiente para compensar la contracción occidental, ni las políticas de reducción de plantillas, a cargo de las mismas multinacionales, son allí diferentes.

Por añadidura, y como efecto del paro rampante, en el mundo desarrollado se está produciendo —según Rifkin— un grave deterioro social. En Estados Unidos, donde la familia no presta el amparo de los países latinos, estudios de 1993 y 1994 han establecido

una estrecha relación entre desempleo y aumento de la criminalidad ciudadana. Exactamente, cada punto adicional en el porcentaje de desempleo se manifiesta en un 6,7% de incremento de los homicidios, un 3,4% más de actos violentos y en un 2,4% más de atentados contra la propiedad. Esto sin contar con los costes morales, psicológicos y familiares.

En otros períodos de rápido desarrollo tecnológico, el paro que se registraba en la agricultura o en la industria fue absorbido por el sector de defensa. Concretamente, en Estados Unidos, los años de la segunda guerra mundial y los de la guerra fría ofrecieron empleo a millones de desocupados en la industria de armamento. La intervención del Estado aplicando políticas keynesianas y ampliando su arsenal enjugó una alta proporción de desocupados. Pero ahora, mientras las grandes empresas norteamericanas están eliminando unos dos millones de puestos de trabajo anuales, el presupuesto de defensa y el gasto público general se achica. Ni el mercado ni las administraciones, concluye Rifkin, aportarán empleos en los próximos años, y redefinir el papel de los hombres y las mujeres en una sociedad sin trabajo se constituye en una prioridad capital para las décadas inmediatas.

¿Solución? En primer lugar, dice Rifkin, las nuevas tecnologías deben significar menos horas de trabajo y un mayor beneficio en ocio para millones de seres humanos. El futuro debe conformarse, primero, con una semana laboral más corta y repartida y, segundo, con la promoción de una economía social («Tercer Sector») para aquellos cuya labor no es

requerida por el mercado. En cuanto a la primera opción, su propuesta es pasar a una semana laboral de 30 o incluso de 20 horas, capaz de dar entrada a más personas en el mundo laboral. En cuanto a la segunda, sería preciso estimular el desarrollo de servicios sociales, actividades en educación, en salud, en artes, en religión, en asistencia a ancianos, a enfermos, a indigentes, a drogadictos, que reclaman atención.

Esta propuesta de aparentes aires utópicos la basa Rifkin en el hecho de que ya existen 1.400.000 organizaciones no lucrativas en Estados Unidos, hay 350.000 en Gran Bretaña y han crecido por decenas de miles en Francia, en Italia o en España. Hay ya 70.000 ONGs en el mundo o 35.000 asociaciones de apoyo en el Tercer Mundo. Su idea, a partir de esta constatación, es que este tipo de acciones extramercantiles fueran financiadas por donaciones privadas, exenciones fiscales, salarios sociales y ventajas crediticias.

La buena idea de Rifkin, junto a su buena voluntad, se encuentran inspiradas en la gran tradición del voluntariado estadounidense, pero trasladar este fenómeno a todo el planeta y sostenerlo es un objetivo de pronóstico incierto. Incluso dentro de Estados Unidos, donde el caritarismo es una derivación de su fuerte religiosidad, sería discutible su eficacia para remediar la escasez de trabajo. Esta propuesta, la más original del libro de Rifkin es, así, la más cuestionable. El mérito de la obra radica, con todo, en el esfuerzo desplegado para informar exhaustiva y detalladamente sobre el gran desafío que la civilización afronta ante la fatal explosión del paro. □

RESUMEN

Un economista norteamericano, tras confirmar con cifras (800 millones de desocupados, 20 en la Unión Europea) la sensación de que estamos en una fase en la que el empleo es un bien cada vez más escaso y que no alcanza a todo el

mundo, ha dedicado un libro a describir una posible salida a esta crisis: el reforzamiento del llamado «Tercer Sector», alimentado por voluntarios civiles, ajenos a las leyes del mercado; una solución no sin problemas, precisa Vicente Verdú

Jeremy Rifkin

El fin del trabajo

Paidós, Barcelona, 1996. 400 páginas. 3.300 pesetas. ISBN: 84-493-0318-4.

Patologías de la democracia

Por Elías Díaz

Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid y director de la revista de pensamiento Sistema. Es autor, entre otros libros, de Estado de Derecho y sociedad democrática, La filosofía social del krausismo español, Ética contra política. Los intelectuales y el poder y Los viejos maestros: la reconstrucción de la razón.

Hablar hoy en España de democracia, de política sin más (de ambas, unidas, trata este libro de Gregorio Peces-Barba) hace saltar en seguida palabras fuertes, cuestiones tan graves como las del terrorismo de Estado (GAL y demás), respuesta anticonstitucional, ineficaz e inmoral frente a la estulticia asesina del terrorismo de ETA, enemigas, las dos, del Estado de Derecho; desde ahí, la totalmente espuria utilización, también en beneficio privado, de fondos públicos y reservados; el encubrimiento, a veces, de conductas individuales criminales bajo la invocación de la razón de Estado, del secreto y la seguridad nacional; además, la financiación ilegal de los partidos políticos o la amarga comprobación de una difundida corrupción económica... Como marco y contexto más genérico estaría —se subraya— el favorecimiento de actitudes socialmente desmovilizadoras únicamente orientadas al rápido y/o fácil enriquecimiento de unos pocos, sin atender demasiado a otra moral que la del gran ganador, la del éxito propio y a toda costa, la prevalencia de la especulación no productiva; en definitiva, la imposición de políticas antisociales que ahondan o no corrigen viejas y nuevas desigualdades e insolidaridades.

Advirtamos en seguida que no todo ello posee, desde luego, la misma entidad, ni obedece a idénticas motivaciones, ni está, en un «totum revolutum», necesaria y causalmente interrelacionado. Pero éstas y otras sí son, sin

duda alguna, realidades negativas en las que se impone entrar a fondo con decisivos análisis críticos, y autocríticos, y con decisiones consecuentes para su definitiva erradicación de nuestra vida colectiva.

Las piedras del camino

Desde el principio hay —creo— que dejar, no obstante, bien claro, ante los nostálgicos más o menos encubiertos de las dictaduras y/o los confusos cultivadores del masoquismo, que todo eso no es ni mucho menos lo único, ni lo más consistente, que puede decirse, que debe alegarse, al hablar hoy —y para el futuro— de nuestra democracia, de nuestra política. Los aspectos favorables, los logros positivos de ella, obra de todos los ciudadanos (también de muchos de ellos que han trabajado en las instituciones) superan, a mi parecer, muy firmemente a sus deficiencias, a sus insuficiencias, a esos sus lados oscuros y negativos. Pero no se trata de hacer aquí, por supuesto, el elenco detallado de las aportaciones y conquistas de todo tipo, empezando por la propia consolidación de la democracia y su amplio sistema de libertades, desde la Constitución hasta nuestra plena entrada en la Unión Europea, pasando también por políticas de modernización y de mayor alcance social o las derivadas del Estado de las autonomías... unas y otras con repercusiones muy reales y muy concretas que sería imposible negar o desconocer. Lo que en parte ocurre, como gustaba de recordar Manuel Azaña, es que quien viene detrás no ve —ni, a veces, quiere ver— las piedras y obstáculos que le han ido quitando y removiendo aquellos que han pasado antes que él por ese camino.

Cuestiones de este tipo constituyen, puede decirse, el trasfondo e, incluso, el entramado argumental y hasta el talante prevalente en este interesante y polémico libro, que «no es una autobiografía ni un volumen de memorias o recuerdos» —se nos advierte, mar-

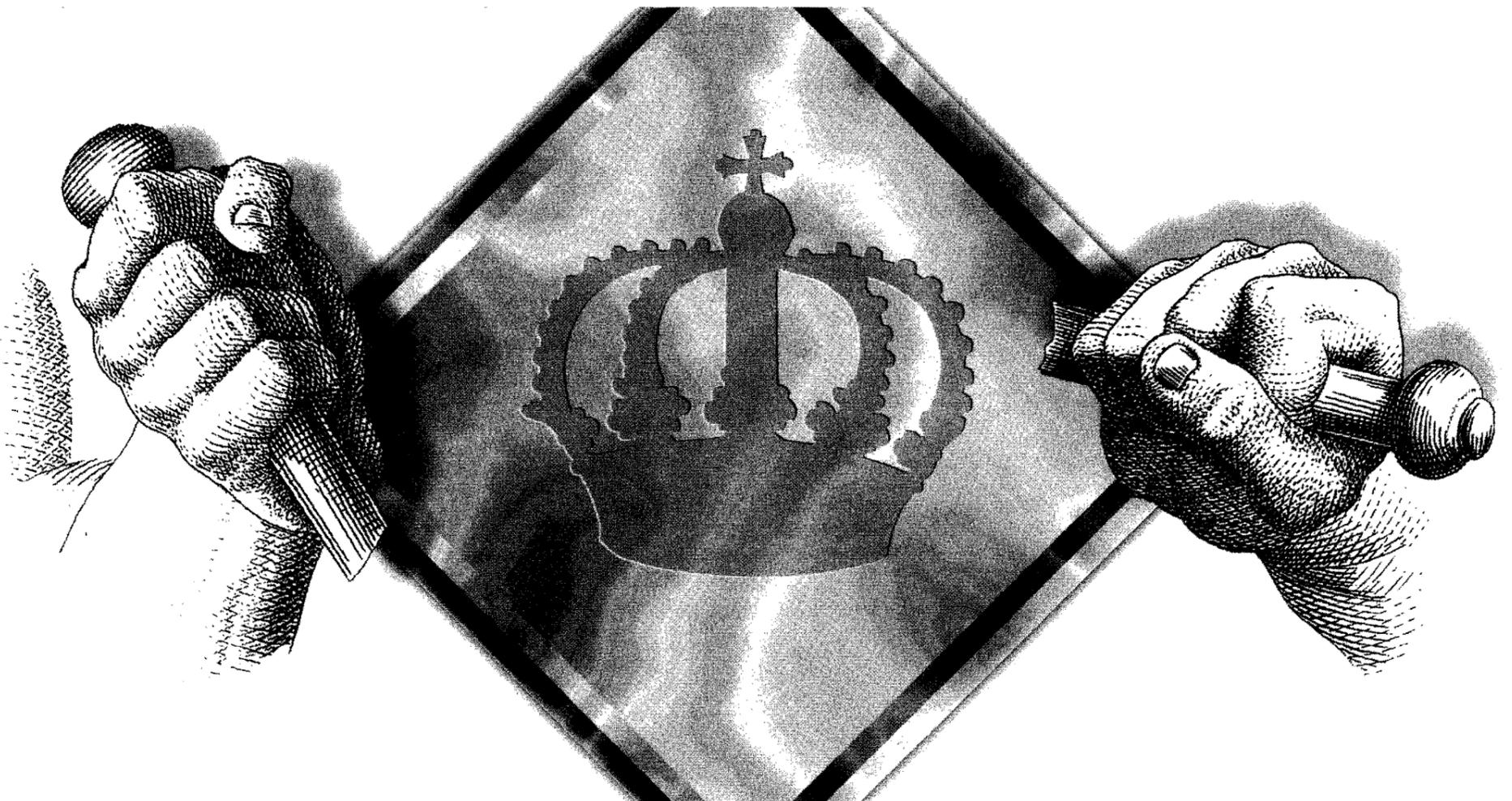
cando límites, desde la primera línea de su introducción—, pero que, construido nada menos que desde «experiencias y reflexiones» personales, tiene mucho, o todo, de testimonio y de legítima rendición de cuentas políticas e intelectuales de su autor. No estará de más, por ello, un breve recuento de tales circunstancias colectivas e individuales. Gregorio Peces-Barba (1938), presidente del Congreso de los Diputados entre 1982 y 1986, catedrático de Filosofía del Derecho y ahora también rector de la Universidad Carlos III de Madrid, ingresó en el PSOE, en la clandestinidad, en 1972; fue después diputado desde 1977, secretario general del grupo parlamentario socialista y miembro destacado de la ponencia que elaboró la Constitución de 1978. Pero su inquietud política y conciencia democrática aparecen ya en sus años de estudiante universitario (1956-1961), revolviendo tal vez los tristes, duros recuerdos de una infancia familiar con el padre encarcelado tras la guerra civil, condenado a muerte por «auxilio a la rebelión», es decir, por lealtad a la República, y finalmente, ya en 1945, indultado y puesto en libertad, recobrando así una vida en relativa normalidad.

De todo ello hay amplia, emotiva y reflexiva constancia en estas páginas —en las que se reconocerán varias generaciones de españoles—, así como sobre los tiempos finales del franquismo, en que Peces-Barba, junto al trabajo en la oposición, va a orientar sus esfuerzos por las vías de la investigación y la docencia universitaria —su verdadera y más auténtica vocación, insistirá siempre aquél—, compatibilizando esas tareas con el ejercicio profesional como abogado defensor de perseguidos en tantos procesos políticos (1963-1976) ante el inevitable e ignominioso Tribunal de Orden Público: ante los sumisos y obedientes «jueces estrella» de aquella época, esos y otros, siempre serviles y silenciosos ante el poder dictatorial negador de derechos y libertades (sirva como inapelable prueba, entre otros casos importantes que se relatan en

el libro, el del asesinato del inolvidable Enrique Ruano). Al hilo de esa biografía y sobre la base de estas experiencias empíricas están construidas las reflexiones, no exentas de pasiones, de Gregorio Peces-Barba, alejado ya desde 1986 de la política activa, pero no del compromiso con ella como intelectual y profesor de filosofía jurídica en la defensa de los valores democráticos de libertad, igualdad y solidaridad.

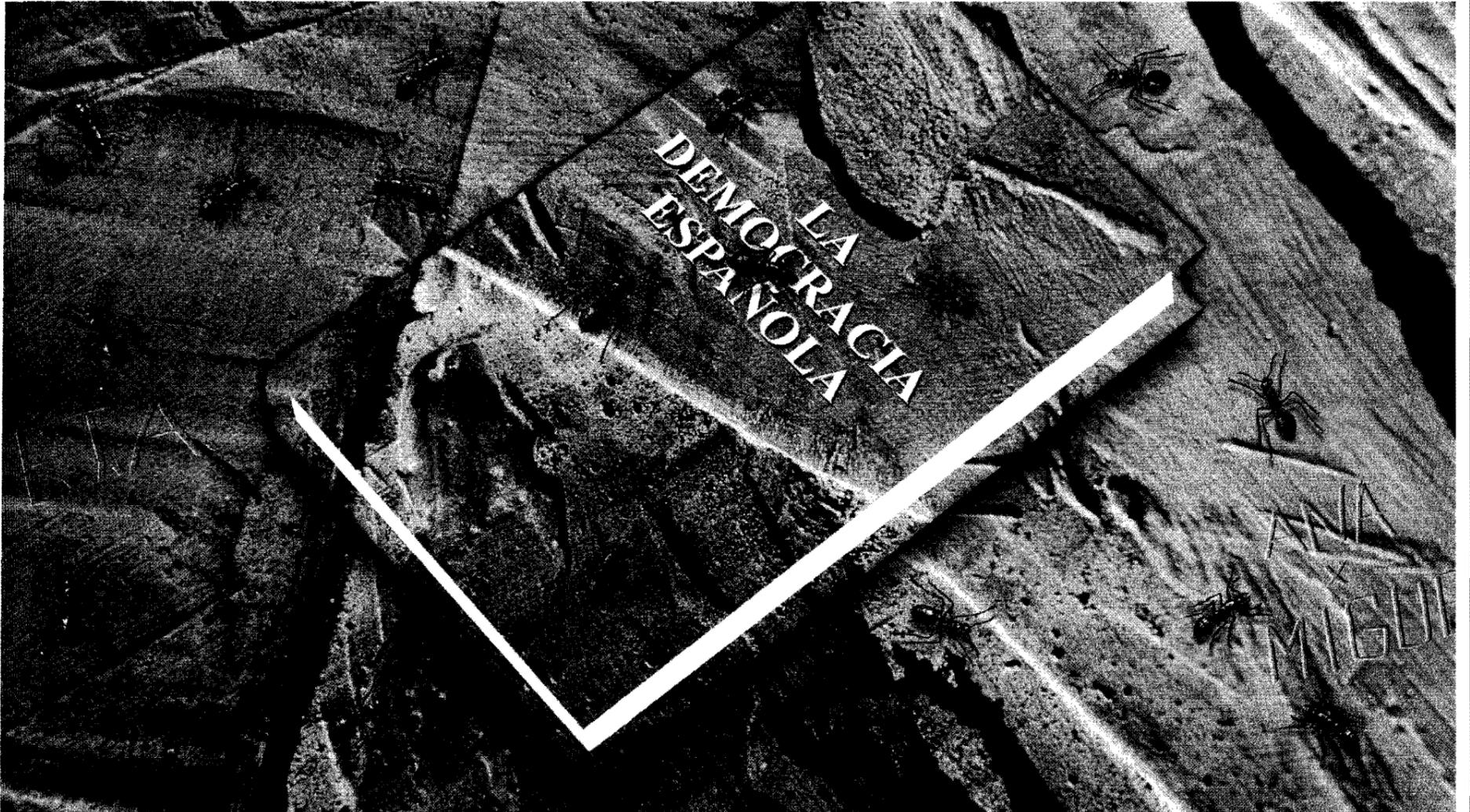
Partidos y Parlamento

Ahí habría que situar, teniendo muy en cuenta ese pasado, las diferentes críticas y alternativas formuladas por aquél ante tales dificultades y males concretos de la actual realidad política española, que no son para nada privativos de ella (aunque esto no sea, ni deba ser, el menor consuelo) y, desde luego, mil veces más graves y del todo irresolubles en cualquier régimen no democrático. Desde esa perspectiva se accede a otros problemas más institucionales de los sistemas democráticos actuales, delimitándose así el conjunto de deficiencias y patologías (no insalvables, ni incurables) que, como vengo señalando, constituyen el eje fundamental de las preocupaciones de esta obra. Destacaré yo aquí dos muy principales: una, referida al Parlamento, con insistente propuesta —ante la debilitación o pérdida de algunas de sus importantísimas funciones— en favor de una necesaria recuperación de su supremacía y posición central, en cuanto legítimo representante de la soberanía popular dentro de una adecuada organización de los poderes públicos en el Estado social y democrático de Derecho; otra, dirigida a los partidos políticos, fortaleciendo su progresiva democratización interna y un mayor contacto con la sociedad civil, en evitación de su anquilosamiento bu-



ÁLVARO SÁNCHEZ

Viene de la página anterior



ÁLVARO SÁNCHEZ

rocrático, por un lado, y su prepotencia incontrolada, por otro, en el denominado (entre nosotros por Manuel García Pelayo) Estado de partidos.

Son, como se ve, cuestiones complejas y difíciles de resolver —más aun en poco tiempo y definitivamente—, pero que de ningún modo se pueden eludir. En su libro Peces-Barba las afronta continuamente con propuestas de cambio, a mi parecer, de válida orientación general aunque necesitadas todavía de mayores concreciones y análisis en cuanto a vías de acción y procedimientos. Sobre la primera de ellas (cfr., entre otras, las págs. 264, 276, 308 y ss.), lo determinante es —leemos— que «hay que hacer un sitio, siempre el preeminente, al Parlamento en la democracia del futuro, que no será sólo, como dice Touraine, la democracia de la representación y de la deliberación, sino la democracia de la liberación, que intenta generalizar la efectiva dignidad de todos los hombres». Por supuesto que siempre hay y habrá sitio, grande y legítimo sitio, para los otros poderes institucionales, ejecutivo y judicial, que hoy casi subordinan a aquél, así como lo hay —quizás, en algunos casos, fácilmente excesivo— para «los otros poderes», sociales, económicos, mediáticos, etc., con vistas a una democracia de doble participación, en decisiones y resultados, y un consecuente Parlamento que sea, a la vez, de deliberación y de liberación. Respecto de los partidos políticos, instrumentos imprescindibles de la democracia, Peces-Barba advierte —empezando por el suyo, el PSOE (cfr., entre otras, las págs. 154, 234, 257, 308)— acerca de los riesgos reales que desvirtúan su carácter y sus importantes tareas: así, por ejemplo, el clientelismo personalista, el partidismo cerrado, la falta de democracia interna, la selección inversa o negativa, la inamovible profesionalización, el excesivo culto al gran líder, la extralimitación de las

funciones y poderes de aquéllos, dando lugar a esa criticada partitocracia o al Estado de partidos, defectos todos ellos, y otros, que es necesario corregir en profundidad. Me parece que, junto a otras medidas concretas (incluso electorales), una buena solución iría por el paso progresivo del modelo tradicional del partido de militantes a un mucho más abierto partido de ciudadanos, es decir, de votantes y simpatizantes: reenviaría también aquí sobre estas y otras cuestiones conexas al reciente y sugerente libro de Nicolás Sartorius, *Carta abierta a los escépticos sobre los partidos políticos*, Ed. Península, Barcelona, 1996.

Sujeto-objeto: ética pública

Importantes problemas objetivos los que, como vemos, están en el fondo de estas reflexiones y experiencias subjetivas de quien fue, durante años, presidente de las Cortes, secretario general del grupo parlamentario socialista y destacado militante de ese partido. Ante tal circunstancia, no pocas críticas orales o escritas a este libro se están fijando exclusivamente (unilateralmente) en las implicaciones negativas de esa, diríamos, fuerte relación sujeto-objeto, con exageradas dependencias y distorsiones del segundo respecto del primero. O, para expresarlo con mayor claridad, lo que en muchas de ellas se achaca a Gregorio Peces-Barba es que ataque ahora, y con inusitada dureza en bastantes ocasiones, defectos y maldades que se producían —se aduce— cuando él precisamente ocupaba cargos directivos en unas u otras de aquellas instituciones y cuando colaboraba desde altos puestos con las políticas de su partido y del gobierno por él sustentado: las acusaciones son, así, de un excesivo distanciamiento maniqueo para la propia autojustificación, acompañado por

necesidad de una correlativa deficiencia autocrítica. Otras recriminaciones, más pobres y menos amigables, sólo buscan y resaltan las influencias y motivaciones derivadas de cuestiones personales, como serían, por ejemplo, las determinadas por sus intermitentes encuentros y desencuentros con Felipe González (cfr. ahí, entre otras, las páginas 138, 142, 235, 291, 295 y ss., 338 y ss.).

Podría, y con razón, replicarse a ello señalando, entre otras cosas, que, pase lo que pase, nunca debe renunciarse a la revisión crítica del pasado, propio o ajeno, aunque uno haya en mayor o menor medida contribuido a él, y que, por lo demás, tampoco faltan en el libro observaciones autocríticas (cfr. así las págs. 15, 85, 354), ni oportunas y atendibles graduaciones en el tiempo respecto de sus discrepancias y distanciamientos con personas e instituciones (págs. 145, 257, 259, 278). Todo eso es verdad, pero, a pesar de tales puntualizaciones, hay que reconocer que, respecto a estas siempre delicadas y sensibles cuestiones subjetivas, el autor, a veces con manifiesta ingenuidad y hasta con alguna improvisación e imprecisión en el lenguaje, se lo pone excesivamente fácil a sus no siempre muy benévolo censores y adversarios.

Hay también contradicciones, menores, si se quiere, pero significativas (cfr., entre

otras, las págs. 16, 17, 238, 354, como meras referencias metodológicas), y existen ausencias y otras cosas discutibles, claro está, en esta obra del profesor y político Peces-Barba. Pero justo es decir asimismo que se trata, en todo caso, de un muy estimable y útil testimonio, expresión sincera de una ética personal (subjetiva, privada, individual) que lo que principalmente se propone es contribuir, junto a otras, a un debate abierto, plural, tolerante para la construcción democrática de una ética pública (más objetiva, social y política) desde la que formular alternativas de resolución, al menos de buena orientación, para estos y otros problemas objetivos de nuestra colectiva convivencia. La democracia se fundamenta precisamente —y en ello se insiste no poco en este libro— en el respeto a la conciencia individual, a la autonomía moral, a la ética personal —aquí Kant y sus exigencias de universalidad y racionalidad—, pero exigiendo a su vez que ninguna de ellas venga impuesta como única y excluyente ética pública a través de la negación de la autonomía moral, es decir, de la libertad de los demás. En definitiva —tesis central—, no admitir verdades ni imponer decisiones sin libertades, no confundir el «creyente» —de cualquier credo— con el ciudadano, que es —debe ser— realmente libre en una laica y plural sociedad democrática. □

RESUMEN

Al hilo de las reflexiones de Gregorio Peces-Barba, se rememoran por Elías Díaz los rasgos fundamentales de ese tiempo histórico, también generacional, que desde la oposición

a la dictadura hizo después posible la transición a la democracia; pero además se destacan los graves problemas, incluso las patologías, que caracterizan la política española actual.

Gregorio Peces-Barba

La democracia en España. Experiencias y reflexiones

Temas de Hoy, Madrid, 1996. 356 páginas. 3.300 pesetas. ISBN: 84-7880-626-1.

Biodiversidad de las plantas vasculares

Por Antonio González González

Antonio González González (*Los Realejos, Tenerife, 1917*) ha sido catedrático de Química Orgánica de la Universidad de La Laguna y director de la sección de Química Orgánica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Es Premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica (1986).

No podemos ignorar, a estas alturas del conocimiento que posee el hombre sobre la Naturaleza, el abanico de posibilidades que, para el desarrollo de la Humanidad, su lucha por sobrevivir, mejorar y conservar su entorno abre ante nosotros el apasionante campo de las sustancias naturales orgánicas. Este campo que comenzó hace milenios, envuelto en la magia de las primeras «pócimas» elaboradas por los chamanes, es hoy, gracias al avance tecnológico, una fuente de esperanza para solucionar gran parte de los problemas que amenazan el futuro de nuestro frágil planeta.

Con el desarrollo de la Química, la Bioquímica y la Farmacología, el hombre durante el siglo XIX aisló e identificó la estructura de numerosos productos orgánicos de plantas. Con la sofisticación de las técnicas de aislamiento y análisis estructural se verificó un considerable incremento en el número de estos productos, así como en el desarrollo de la taxonomía química. Sin embargo, Taylor (1989) considera que ésta «tendrá su máxima utilidad cuando seamos capaces de catalogar la secuencia exacta de los nucleótidos del DNA en las especies vegetales examinadas». Se puso a disposición de los bioquímicos una rica bolsa de productos naturales orgánicos, que les permitió profundizar en el conocimiento de los procesos metabólicos de los seres vivos y, a través de éstos, fue consolidada la hipotetizada idea de que la vida es consecuencia del metabolismo bioquímico de un conjunto de metabolitos esenciales con distribución universal, que fueron denominados «metabolitos primarios».

Durante muchos años, los fitoquímicos y botánicos se han interesado por muchos productos orgánicos no esenciales, aislados de diferentes plantas, sin papel aparente en su sistema de producción primaria, y que han sido denominados «metabolitos secundarios», a fin de distinguirlos de los «primarios». Se caracterizaron como productos químicos orgánicos, de estructuras muy diversas y extensión limitada. En principio se consideraron como posibles catabolitos o productos finales de sus metabolismos.

Hace sólo algunos años no se tenía claro por qué las plantas gastaban parte de su limitada energía en la generación de sustancias químicas si no jugaban ningún papel en su producción primaria. Al conocerse mejor la bioquímica de los metabolitos secundarios, se han ido desvelando muchas de las importantes funciones de estas sustancias, responsables de mantener el equilibrio de la vida vegetal sobre la tierra. Los «productos químicos secundarios» han sido importantes desde el principio de los tiempos por el hombre en medicina popular, en la caza o para defenderse: «La eliminación de grandes secciones de este patrimonio genético podría tener grandes consecuencias para la vida, tal como la conocemos» (L. Fellows y A. Scofield, 1995).

Desde la primera mitad del siglo XX se trabajó con afán en el aislamiento y la investigación química, bioquímica y farmacológica de los productos secundarios, haciéndose importantes avances sobre su comportamiento químico. Se han llegado a conocer las principales rutas metabólicas de las sustancias naturales orgánicas más comunes, pero todavía tenemos poco dominio sobre el control de la expresión de estas rutas. Esto nos permite saber el potencial genético que se pierde cuando

una especie se halla en vías de extinción (L. Fellows y A. Scofield, 1995).

El concepto actual de «diversidad biológica» tuvo su origen en los trabajos de E. Norse en 1980 y la contracción de este término en el vocablo «biodiversidad» lo verificó W. Rose durante la celebración de una Convención celebrada en 1985, cuyas conclusiones fueron luego publicadas en 1988 (D. L. Hawksworth y B. Aguirre-Hudson: «Biodiversidad: Concepto y Evaluación», *Política Científica*, N° 44, 1995, Madrid). Este volumen contiene diez interesantes artículos sobre la biodiversidad de las plantas vasculares y marinas.

La deforestación brutal y sin control que sufren las selvas tropicales, consideradas los pulmones del mundo, y otras zonas vegetales valiosas, sin una repoblación adecuada desde hace muchos años, unida a la destrucción sistemática de sus hábitats naturales por urbanizaciones en zonas de interés botánico o por el cambio drástico de sus hábitats naturales (aumento de las industrias nocivas, de la densidad poblacional o cambios climáticos), están provocando un gran desastre ecológico. Esto representa una amenaza tan grave para el bienestar, e incluso para la existencia misma del hombre, que ha llegado a inquietar seriamente a científicos, políticos y medios de comunicación, provocando una fuerte alarma social. Este hecho ha incrementado extraordinariamente las publicaciones sobre la biodiversidad en los últimos años.

Mención especial merece el *Intellectual property rights and biodiversity conservation: an interdisciplinary analysis of the values of medicinal plants*, magnífico libro, que se compone de diez capítulos escritos por los mejores especialistas sobre diferentes aspectos de la defensa de la biodiversidad de las plantas vasculares. Recomiendo que se lea íntegramente. Este corto artículo sólo nos ha permitido mencionar, brevemente, algunas ideas extraídas de varios capítulos de este libro, reseñando en cada caso el correspondiente autor.

La Sociedad Internacional de Química Ecológica se hace eco de esta alarma y en su Reunión Anual del 7-11 de agosto de 1989, aprobó, por unanimidad, la siguiente resolución:

«Los productos naturales constituyen un tesoro de inmenso valor para la Humanidad. La alarmante velocidad con que se produce actualmente la desaparición de especies está dando lugar a una rápida extinción de este tesoro, con consecuencias potencialmente desastrosas, y hace un llamamiento urgente para que, a nivel mundial, se arbitren medidas para contener la extinción de las especies.

Riesgo de desaparición

Por otra parte, el 25 de junio de 1991 se iniciaron en Madrid unas Jornadas Internacionales organizadas por el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), a fin de tratar sobre la defensa de la biodiversidad de las especies del mundo. José Borrell, ministro entonces del Gobierno español, habló sobre el riesgo de desaparición de más de un millón de especies en los próximos años y señaló la necesidad de poner en marcha medidas técnicas y financieras para evitarlo. Al mismo tiempo, el director ejecutivo de PNUMA, Dr. M. K. Tobba, afirmó que «es apremiante llegar a un convenio que comprometa al mundo entero porque está en juego la preservación de la especie humana, que necesita de la diversidad biológica para su desarrollo y para hacer frente a las necesidades presentes y futuras, especialmente en el campo de la alimentación y la medicina». Cuando se trató sobre los problemas financieros para poner en marcha el citado convenio, se hizo hincapié en que, mientras los países desarrollados tienen tecnología y dinero, los países en desarrollo disponen de los recursos biológicos. La puesta en marcha de programas de esta envergadura resulta muy costosa; en las citadas sesiones se habló de cifras en torno a los doscientos mil millones de pesetas.

En estas circunstancias no puede extrañarnos que, desde hace muchos años, se estén perdiendo especies vegetales, muchas de ellas fuentes potenciales de moléculas valiosas para el bienestar o la salud del hombre. Muchas especies han desaparecido antes de ser descubiertas y estudiadas botánica, química y/o farmacológicamente. Podemos, por tanto, considerar que el hombre pierde constante-

mente posibilidades de descubrir nuevas drogas que podrían terminar con algunas de sus enfermedades pendientes. La industria farmacéutica, con el fin de hacer frente a las dificultades que encuentra en la obtención de material vegetal en cantidades suficientes, trata de explorar nuevas vías, como mejorar los métodos de cultivo «in vitro» de tejidos y células especializadas de las plantas (A. González González, «Productos naturales de plantas superiores en medicina», Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 1991, Madrid).

La espectacular «Convención de la Biodiversidad en Río de Janeiro» (1992) puede considerarse complementaria de las jornadas celebradas en Madrid (1991). Prácticamente fue centrado su discurso sobre la transferencia de tecnologías y el reparto de beneficios con vistas a la conservación de la biodiversidad y el desarrollo del Tercer Mundo. Pero los beneficios que puede aportar a un país en desarrollo el descubrimiento de una nueva droga resulta insuficiente. Por otra parte, pocas compañías farmacéuticas de los países industrializados son capaces de afrontar el elevado coste que representa la comercialización de un nuevo fármaco natural (G. Albers-Schönberg, 1995).

Podemos decir que todo marchó bien en dicha Convención, hasta que se puso sobre el tapete la enorme cifra que representaba poner en marcha un proyecto de tal envergadura. Los países más ricos del mundo, entre ellos EE.UU., comprendieron la necesidad de este proyecto, pero consideraron que no era de tanta urgencia, por lo que, de cara al público y frente a los científicos, esta Convención constituyó un fracaso.

La «etnobotánica» la hemos utilizado para buscar nuevos fármacos o modelos moleculares, a partir de los cuales podemos sintetizar nuevas moléculas útiles, tarea no siempre fácil, dada la complejidad de algunos productos naturales. Pero todavía conocemos poco sobre la diversidad de las especies y sus actividades biológicas; por tanto, los «screenings», realizados de forma aleatoria o racional, continuarán encontrando nuevas especies y nuevos compuestos. Los científicos,



FRANCISCO SOLÉ

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

como reacción a los requerimientos sociales y biológicos provocados por los nuevos fármacos, incorporan nuevos retos a estos problemas. La etnobotánica ha puesto en manos de los químicos, bioquímicos y farmacólogos un gran número de nuevas moléculas naturales, con nuevas estructuras o esqueletos. Actualmente, se calcula que más de 100.000 estructuras moleculares de productos naturales se hallan descritos en la literatura química. Algunas de estas sustancias se usan directamente, naturales o sintetizadas, como fármacos, mientras al grupo mayoritario todavía no se le reconoce ninguna aplicación, aunque tienen interesantes actividades biológicas, pero no se han ensayado como fármacos (J. W. Sheldon y M. J. Balich, 1995).

G. Albers-Schönberg destaca en su capítulo que la biología molecular y la biotecnológica son dos de las tecnologías más importantes de los últimos tiempos. No sólo permiten, por ejemplo, producir insulina humana o implantar el receptor del LDL en el hígado, sino que al mismo tiempo permiten trazar las rutas que conduzcan a estos descubrimientos. El desarrollo de estas tecnologías permitirá en un futuro próximo responder con eficacia y rapidez a las nuevas enfermedades. Según este autor, actualmente existen muchos fármacos naturales por descubrir, preferentemente en las zonas tropicales, donde la diversidad de especies es superior y porque los indígenas no han perdido todavía sus conocimientos sobre el uso medicinal de las plantas de las zonas que habitan. El continuado descubrimiento de medicamentos en estas zonas, sometidas a dura deforestación, induce a pensar en la urgencia que requiere su protección.

B. Aylward (1995) se refiere al importante papel que han jugado las plantas procedentes de los países en desarrollo, fundamentalmente tropicales, en la industria farmacéutica de los países desarrollados. Pone especial énfasis en que puede resultar engañosa la consideración de irreemplazables asignada a las plantas tropicales como fuente de fármacos. Señala que, durante las últimas décadas, el diseño de nuevos fármacos eliminó, prácticamente, la investigación de los productos fitoquímicos y continúa afirmando que, aunque en el pasado los indicios étnicos constituyeron una fuente importante de drogas de plantas, «es muy improbable que lo sea en el futuro». Por otra parte, resalta el elevado coste de los fármacos de origen vegetal, comparado con otras formas de suministrar atención sanitaria. Sin embargo, con las mejoras en la tecnología del «screening» se ha producido una segunda oportunidad de demostrar el potencial biológico de las plantas, y considera positivas las

opiniones, tanto tradicionales como modernas, puestas a disposición del investigador, para conseguir plantas medicinales. Pero a mi parecer el autor no menciona el hecho evidente de que, cada año, se eleve el número de plantas estudiadas por los fitoquímicos y farmacólogos, incrementándose el número de metabolitos secundarios bioactivos.

También B. Aylward (1995) se preocupa del aumento del coste de los fármacos vegetales de éxito, debido a los pagos inmediatos del material vegetal y los costos de los «royalties», que se relaciona con las limitaciones a las que pueden enfrentarse las compañías farmacéuticas, las cuales deben negociar los incentivos destinados para la conservación de las plantas.

K. Brown (1995) trata sobre la conservación de las plantas medicinales en un país tropical y pequeño como Ghana. Destaca como más importante, en primer lugar, la pérdida de hábitat, a causa de su reconversión en tierra de cultivo lo que representa la pérdida de especies, tanto conocidas como desconocidas, y, en segundo lugar, la sobreexplotación de especies valiosas. Por último, pone de manifiesto que los conocimientos tradicionales de sus habitantes se están perdiendo, y que esto podría ocurrir a menos que el Estado apoye a la medicina tradicional. Según M. Khalil (1995), con un aumento del interés por la biodiversidad medicinal, los países en desarrollo sólo tienen posibilidades de obtener pocos o ningún beneficio de su herencia biótica, después de muchos años de conservarla.

Alarma social

En este artículo he tratado de poner especial énfasis en las principales causas que han provocado la alarma social por la aceleración de la biodestrucción de las especies, detectada en las últimas décadas. Pero también existen causas de otro tipo, responsables de esta biodestrucción, como, por ejemplo, los conceptos de propiedad indígena y moderna (M. Khalil, 1995).

Por otra parte, no se puede soslayar el daño que recibe la biodiversidad de la «revolución verde», porque los países en desarrollo se caracterizaban inicialmente por la diversidad alimentaria, y actualmente van pasando de forma acelerada a la agricultura del monocultivo, con gran incremento de su erosión genética.

Las divergencias entre los conceptos de propiedad de los países occidentales industrializados y el de las comunidades indígenas de los países en desarrollo es a veces muy importante. Así, no se han tenido en cuenta, en

los países industrializados, al legislar sobre la conservación de las especies, lo que ha incrementado la aceleración de la biodestrucción. Entre los dos sistemas de propiedad podemos establecer diferencias fundamentales. Mientras el sistema de propiedad occidental está basado en el individualismo, su objetivo, por el contrario, ha sido introducir un sistema homogéneo en todo el globo, quedando la conservación de las especies subordinada a la demanda comercial de los productos obtenidos de las plantas. Sin embargo, en las comunidades indígenas de los países en desarrollo, el concepto de propiedad está fundamentado en ideas de comunidad colectiva. Por otra parte, en los países occidentales se marca claramente la diferencia entre lo que es secular y lo religioso; mientras que en las comunidades tradicionales, lo secular y lo espiritual se hallan fundidos en una sola cosa.

Estas y otras diferencias han provocado graves disensiones comerciales entre el Norte y el Sur. A partir de los años sesenta se han celebrado varias Convenciones, con el fin de suavizar estas diferencias. El GATT ha llegado a ser la institución a la cual se remiten formalmente las informaciones sobre los modelos de propiedad intelectual y los mecanismos para asegurar la máxima protección de la biodiversidad.

Al aumentar el interés de los países industrializados por las plantas medicinales como fuentes de fármacos, los países en desarrollo tienen muy pocas posibilidades de obtener beneficios de la herencia biótica. Algunos autores defienden que, en lugar de un derecho de propiedad uniforme, debería existir un derecho de propiedad que respete las peculiaridades de las políticas de explotación de los recursos naturales de las comunidades indígenas. El autor analiza algunas de las peculiaridades de la explotación vegetal en países africanos y otros, como la India o México, con gran riqueza biótica, y expone peculiaridades de algunas especies singulares,

valiosas en medicina moderna o tradicional, llevadas al borde de la extinción, por falta de una política de protección o de una policía protectora. China, con una gran diversidad de plantas medicinales, posee una legislación con duras sanciones contra los infractores de su conservación.

Considero muy desalentador para los científicos que investigan en los países en desarrollo, la poca credibilidad que se le da, en general, en los países industrializados, a sus aportaciones científicas. Un ejemplo claro es el caso de la planta medicinal etíope «endod», como expone el Dr. Khalil. El extracto de las bayas del «endod» se usaba en Etiopía como medicina, antes que el Dr. E. Lemman, natural de ese país, realizara, sin medios y sin ambiente, sus interesantes trabajos; trataba de suplir fármacos sintéticos de importación por fármacos naturales, más económicos. En Europa se dilató mucho la comercialización de estos fármacos, porque la información llegada de África era considerada no científica o irrelevante, debido a que no venía avalada por un centro recomendado, que no existen en los países en desarrollo. La práctica era realizar a los fármacos recibidos evaluaciones más o menos superficiales, que consideraban fundamentales, y luego patentarlos.

Los fármacos del Dr. Lemman hoy están comercializados, protegidos por patentes de países de la Unión Europea y, para mayor sarcasmo, relanzados por la OMS. Con toda la razón, el Dr. Lemman publicó una dura réplica contra algunos individuos y organizaciones de países industrializados.

Considero de interés la protesta oficial formulada por la Coordinadora de Organizadoras Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA) contra el estadounidense L. Miller, de la IPM, por patentar en EE.UU. la ayahuasca, planta sagrada para más de 400 pueblos amazónicos (*El País*, 30-6-96), que da una bebida sagrada espiritual y curativa, por la cual tendrían que pagar las comunidades amazónicas. □

RESUMEN

El concepto de biodiversidad es relativamente reciente y surge en un momento en que existe una gran conciencia ecológica y una fuerte alarma social respecto a la deforestación brutal y sin control que sufren las selvas tropicales,

consideradas los pulmones del mundo, y otras partes del planeta. Lo que está en juego, como recuerda Antonio González, es la preservación de la especie humana, que necesita de la diversidad biológica para su desarrollo.

Timothy Swanson (ed.)

Intellectual property rights and biodiversity conservation: an interdisciplinary analysis of the values of medicinal plants

Cambridge University Press, Cambridge, 1995. 252 páginas. ISBN: 0-521-47112-5.

La industria del tabaco, a debate

Por José María Mato

José María Mato (Madrid, 1949), bioquímico, es doctor por la Universidad de Leiden y por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es profesor de Investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, organismo del que fue presidente desde 1992 a 1996, y «Research Professor» en la Universidad Thomas Jefferson de Filadelfia. Es autor de numerosos trabajos sobre los mecanismos moleculares de la enfermedad hepática y su tratamiento.

La industria del tabaco nunca ha admitido públicamente que exista evidencia científica concluyente que indique que fumar es perjudicial para la salud (que es lo mismo que decir que en sus exhaustivas investigaciones internas durante medio siglo no han observado ningún efecto adverso del tabaco para la salud). Asimismo, las compañías tabacaleras han mantenido hasta la fecha que la nicotina no tiene poder de adicción y que el fumador, en consecuencia, es libre de fumar o no. Éstas han sido, hasta la fecha, las dos principales líneas argumentales de los fabricantes de cigarrillos para oponerse a cualquier regulación sobre la publicidad y venta del tabaco por considerarlo un atentado contra la libertad de opción, la libertad de comercio y la libertad de expresión. Además, la industria del tabaco ha manifestado públicamente, en numerosas ocasiones, su voluntad de determinar la verdad científica acerca de los efectos del tabaco sobre la salud, no sólo a través de sus investigaciones internas, sino mediante la financiación de investigaciones independientes externas.

Sin embargo, se han hecho públicos recientemente documentos que demuestran que en los años 50 y 60 las compañías tabacaleras eran ya conscientes de que fumar producía cáncer y otras enfermedades, así como de la adicción que produce el tabaco, concretamente la nicotina. Estos documentos sobre la industria del tabaco también demuestran claramente que los abogados que durante esos años trabajaban para las compañías tabacaleras participaban (y muy posiblemente siguen haciéndolo) activamente en la planificación de las investigaciones internas relacionadas con los efectos del tabaco sobre la salud. El objetivo era poder argumentar, llegado el caso, que esas investigaciones se realizaron a petición de los servicios jurídicos y en consecuencia, de acuerdo a la legislación estadounidense, poder ocultar los resultados de estas investigaciones como pruebas ante posibles demandas judiciales por no haber informado al fumador de que sus productos ponían en peligro la salud del que los usaba.

En los años 60, al mismo tiempo que los fabricantes de cigarrillos ocultaban estos datos a la sociedad y manifestaban públicamente que fumar no era peligroso para la salud, sendos informes de los responsables de salud de los gobiernos del Reino Unido y de los Estados Unidos establecían la relación existente entre el tabaco y el cáncer de pulmón. El primero de ellos fue el informe del British Royal College of Physicians en 1962 y el segundo, el informe del United States Surgeon General en 1964. Como es bien conocido, la consecuencia más importante de estos informes fue que la industria tabacalera, en parte para protegerse de posibles acciones legales, aceptó voluntariamente indicar en los paquetes de cigarrillos que, según las autoridades sanitarias, fumar es perjudicial para la salud.

El 12 de mayo de 1994, Stanton A. Glantz, profesor de la Universidad de California en San Francisco, recibió una caja con documentos de las compañías tabacaleras de un remitente anónimo. Los docu-



VICTORIA MARTOS

mentos en la caja estaban fechados desde principios de los años 50 hasta principios de los años 80. Consistían principalmente en documentación interna, confidencial o de distribución limitada, de la compañía British American Tobacco Company (BAT) y su filial estadounidense Brown and Williamson Tobacco Corporation (B&W). BAT es la segunda compañía privada fabricante de cigarrillos más grande del mundo. En 1992, BAT vendió 578.000 millones de cigarrillos, el 11% del mercado mundial. Su filial en los Estados Unidos, B&W, es en la actualidad la tercera marca en ese país.

El agujero de la cerradura

Brown and Williamson reclamó los documentos alegando que habían sido robados a la compañía de abogados Wyatt, Tarrant y Combs. B&W había contratado a esta firma de abogados para que analizase más de ocho millones de páginas correspondientes a documentación interna de B&W. Los documentos enviados al profesor Glantz fueron unas diez mil páginas, es decir, meramente el 0,1% de la documentación total entregada por B&W a los abogados. En palabras de Stanton Glantz, «es como mirar a las empresas fabricantes de cigarrillos a través del agujero de una cerradura».

Después de un complicado proceso legal, los tribunales del Estado de California declararon finalmente del dominio público los documentos recibidos por Stanton Glantz, y actualmente están depositados en la biblioteca de la Universidad de California en San Francisco. La Universidad también ha hecho posible el acceso a estos documentos a través de Internet (<http://www.library.ucsf.edu/tobacco>) y se puede adquirir una versión en CD-ROM.

Stanton Glantz y sus colaboradores (John Slade, Lisa A. Bero, Peter Hanauer y Deborah E. Barnes) han catalogado y analizado estos documentos. El resultado de estos estudios han sido, hasta el momento, una serie de cinco artículos publicados en el *Journal of the American Medical Association* (JAMA, ejemplar del 19 de julio de 1995) y el libro *The Cigarette Papers*, aparecido en 1996. Este libro proporciona una oportunidad única de conocer, de primera mano, cómo se ha permitido florecer y extenderse la plaga del tabaco. Aunque el libro es muy técnico, *The Cigarette Papers* es, posiblemente, la más importante contribución para que la sociedad comprenda las actividades secretas de la industria del tabaco. El libro documenta la enorme disparidad entre lo que la industria del tabaco conocía y lo que decía públicamente sobre los peligros y adicción de los cigarrillos.

Estas publicaciones han tenido ya una amplia repercusión, incluyendo la del presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, que después de leerlos los ha usado para apoyar su intención, en buena medida motivada por fines electorales, de declarar la nicotina como una droga y autorizar a la FDA (la poderosa agencia estadounidense que, entre otras actividades, regula la venta y consumo de medicinas y alimentos) para que regule la publicidad de los cigarrillos y el acceso de los jóvenes al tabaco.

Otra consecuencia de estas publicaciones ha sido su utilización en los tribunales estadounidenses, tanto por los Estados que demandan a las empresas tabacaleras como responsables de los gastos que ocasiona a la salud pública el tratamiento de los cánceres de pulmón y otras enfermedades atribuidas al consumo de tabaco, como en casos individuales, como el ocurrido el pasado mes de

agosto en el que un jurado del Estado de Florida ha condenado a la empresa BAT a indemnizar con unos cien millones de pesetas a un hombre enfermo de cáncer de pulmón que durante 44 años había sido fumador de una de sus marcas. Aunque la empresa tabacalera ha dicho que recurrirá la sentencia, y, por lo tanto, el caso está lejos de poder considerarse como concluido, es la primera vez que se utilizan en los tribunales los documentos del tabaco entregados a Stanton Glantz como prueba de que la industria no había informado al demandante sobre los riesgos para la salud que implicaba el fumar sus cigarrillos.

Tabaco y enfermedad

La relación entre el tabaco y la salud ha sido controvertida casi desde que Colón lo introdujo en Europa después de uno de sus viajes. El primer informe sobre los efectos nocivos del tabaco data de 1665, cuando el médico británico Samuel Pepys fue testigo de un experimento llevado a cabo en la Royal Society en el que un gato murió al poco tiempo de serle administrada «una gota de aceite destilado del tabaco». La ciencia moderna, sin embargo, no se ocupó del tabaco hasta los años 40, y los primeros estudios epidemiológicos, así como las primeras evidencias experimentales indicando que fumar causaba cáncer, no aparecieron publicados en revistas científicas hasta los años 50.

La respuesta de las empresas tabacaleras a esta evidencia científica fue promover la venta de nuevos tipos de cigarrillos más saludables que los antiguos, tales como los cigarrillos con filtro o bajos en alquitrán. Sin embargo, los documentos del tabaco demuestran que las empresas no tenían evidencia real de que estos filtros hicieran el fumar más saludable, sino que fueron objetivos de marketing y relaciones públicas los que impulsaron a las empresas a lanzar estas nuevas marcas, para conducir a los fumadores a una falsa sensación de seguridad en relación a los efectos del tabaco sobre la salud. Es más, cuando esta evidencia apareció, ya entrados los años 70, la conclusión fue que los filtros tenían tan sólo un efecto muy modesto en rebajar el enorme riesgo de desarrollar cáncer de pulmón causado por los cigarrillos, y no tenían efecto alguno sobre las enfermedades del corazón producidas por estos productos.

Otra acción de la industria del tabaco durante estos años fue crear en 1954 el «Tobacco Industry Research Committee» (TIRC), que en 1964 cambió su nombre por el de «Council for Tobacco Research-USA» (CTR). Aunque la industria manifestaba públicamente que este comité científico se había creado en interés de la salud pública, los documentos del tabaco revelan que la verdadera motivación detrás de la creación de este comité fue tratar de convencer a la sociedad de que las investigaciones que unían al tabaco con el cáncer, así como con otros peligros para la salud, eran controvertidas.

La publicación del informe del British Royal College of Physicians en 1962 y el del United States Surgeon General en 1964 provocaron una fuerte crisis dentro de la industria tabacalera. Los documentos del tabaco demuestran que los consejeros de B&W recomendaron a la compañía tratar de desarrollar un cigarrillo «seguro», en parte para protegerse de posibles demandas judiciales. Durante los años 60 y 70, la industria llevó a cabo investigaciones para comprender la acción farmacológica de la nicotina, así como para eliminar los elementos nocivos en el humo del tabaco. Al final, sin embargo,



Viene de la página anterior



la industria fracasó en desarrollar un cigarrillo más seguro para la salud. En consecuencia, como cuenta en su libro Stanton Glantz, en 1985 un ejecutivo de B&W manifestaba internamente que las únicas innovaciones de interés eran aquellas que proporcionaban a la empresa alguna ventaja competitiva. Si, casualmente, estas innovaciones también reducían la toxicidad del producto, eso era una bonificación, pero no la razón para hacer cambios en el producto. Al hacerse evidente que no era factible producir un cigarrillo seguro, la industria se esforzó en crear una falsa controversia alrededor de la evidencia científica que indica que fumar es peligroso para la salud (una postura que seguimos viendo, aún hoy, en las campañas de publicidad de algunas empresas tabacaleras, como la que desarrolla actualmente Philip Morris).

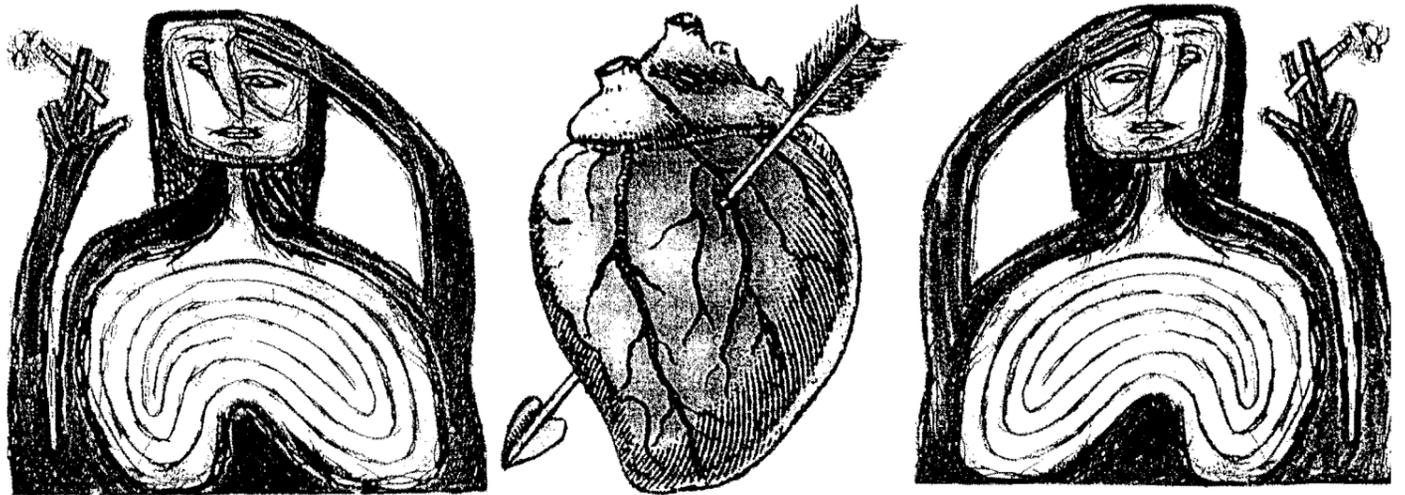
Nicotina y adicción a los cigarrillos

De los cientos de productos químicos en el humo del tabaco, la nicotina es posiblemente el más importante. La nicotina hace que el tabaco produzca adicción y, consecuentemente, es responsable de que la gente fume durante suficiente tiempo y con la necesaria intensidad para que los otros productos químicos en el tabaco causen cáncer, lesiones del corazón y otras enfermedades.

Que la nicotina es el componente del tabaco que produce adicción se ha sospechado desde hace mucho tiempo. Ya en 1900 se vendían en los Estados Unidos unas pastillas para combatir el hábito de fumar, en cuya propaganda aparecía un guerrero que tenía a sus pies a otro que llevaba grabado en su escudo la palabra nicotina. Los documentos del tabaco revelan que B&W y BAT, hace más de treinta años, tenían ya un conocimiento científicamente exacto de la farmacología de la nicotina, incluyendo el reconocimiento explícito de la adicción que producía este alcaloide. Hacia 1963, los científicos y ejecutivos de B&W y BAT eran conscientes de que la nicotina es una droga que produce adicción y que las compañías tabacaleras se dedicaban, principalmente, al negocio de «vender nicotina». Los documentos del tabaco claramente indican que B&W y BAT valoran la nicotina no por su sabor o aroma, sino por lo que hace al cerebro. Públicamente, sin embargo, la industria del tabaco ha mantenido hasta la fecha que la nicotina no produce adicción y que esta sustancia simplemente añade sabor y aroma al tabaco.

Hay dos razones principales por las que la industria tabacalera mantiene que la nicotina no produce adicción. Primero, la industria tabacalera siempre ha alegado en las reclamaciones legales que fumar es una «decisión personal» y, consecuentemente, que los fabricantes de cigarrillos no son responsables de los efectos adversos atribuidos al fumar. En segundo lugar, si la industria admitiese que la nicotina es una droga que produce adicción, se expondría a una mayor regulación por las autoridades sanitarias.

Mientras que la FDA regula ya la publicidad y venta de los parches y chicles de nicotina, esta agencia aún no ha conseguido, a pesar de haberlo solicitado en agosto de 1995, regular la venta de cigarrillos para proteger así a los niños y jóvenes de la adicción a la nicotina. Una vez más, cuando los gobiernos se sienten presionados por los hallazgos científicos, su capacidad para reaccionar se encuentra comprometida por los beneficios comerciales y los intereses nacionales. El presidente Clinton ha anunciado el pasado mes de agosto su intención de regular la publicidad y venta de cigarrillos a



VICTORIA MARTOS

jóvenes en los Estados Unidos, basándose fundamentalmente en que la nicotina es una droga y los cigarrillos un dispositivo para suministrarla. Sin embargo, la poderosa industria tabacalera estadounidense ha manifestado ya que se opondrá a esta medida, por lo que el final de esta historia está aún por verse.

El tabaco sigue siendo la primera causa prevenible de muerte en los países desarrollados. Como cuenta Glantz en su libro, los cigarrillos y otros productos del tabaco matan anualmente en los Estados Unidos a 420.000 fumadores y a 53.000 no fumadores. Esta cifra supera al número de muertes ocasionadas por abuso de alcohol, drogas, SIDA, accidentes de tráfico, homicidios y suicidios juntos. Mientras tanto, la industria del tabaco promociona y vende sus productos valiéndose de una combinación de acciones legales, políticas y de relaciones públicas diseñadas para poder confundir a la sociedad y evitar tener que responsabilizarse por las muertes y enfermedades que ocasiona.

Las relaciones públicas en la industria del tabaco

The Cigarette Papers nos cuenta cómo durante los años 50 y 60 BAT y B&W se dieron cuenta de que los cigarrillos causaban cáncer y otras enfermedades y cómo, en secreto, investigaban para desarrollar un cigarrillo que suministrase nicotina, pero no los carcinógenos y otras sustancias tóxicas del humo del tabaco. Simultáneamente, los departamentos de relaciones públicas de estas compañías trabajaban para contrarrestar la creciente toma de conciencia sobre los peligros del tabaco de la comunidad científica y médica, así como de la sociedad en general.

La respuesta de las compañías tabacaleras a los informes de las autoridades sanitarias británica y estadounidense, en 1962 y 1964 respectivamente, fue sembrar la duda sobre los peligros del tabaco y defender el «derecho» a fumar. Los documentos del tabaco ponen claramente de manifiesto que mientras que algunas de estas campañas se hicieron abiertamente, otras se hicieron de manera encubierta, con la industria trabajando a través de compañías de relaciones públicas que les asegurasen la publicación de artículos, de fuentes aparentemente neutrales, apoyando la postura de los fabricantes de cigarrillos. Glantz da varios ejemplos de esta actividad en su libro, entre ellos el de los artículos publicados en 1968 por Stanley Frank, un comentarista deportivo muy popular entonces en los Estados Unidos, en las revistas *True* y *National Enquirer*, defendiendo la postura de la industria de que la evidencia que une el tabaco con el cáncer es controvertida. Lo que Frank no decía en su

artículo es que trabajaba para un departamento de relaciones públicas conectado con la industria del tabaco; ni que había sido pagado por los fabricantes de cigarrillos para escribir estos artículos; ni que la industria había revisado sus artículos antes de haber sido enviados para su publicación.

Glantz también da cuenta en su libro de cómo la industria del tabaco ha montado una organización, denominada INFOTAB y domiciliada en Londres, cuya misión es buscar toda la información existente sobre políticos, científicos, médicos, artículos científicos, reuniones, etc., que puedan considerarse tanto favorables a la industria o como una amenaza para los intereses de los fabricantes de tabaco.

Los derechos de los no-fumadores

The Cigarette Papers dedica un capítulo a los riesgos para la salud de los no-fumadores del humo ambiental del tabaco («environmental tobacco smoke», ETS) y a la posición de las industrias del tabaco en relación a este tema. Investigaciones llevadas a cabo en los años 70 demostraban que los niños expuestos a ETS tenían mayor incidencia de enfermedades respiratorias. En 1981, diversos estudios demostraban que las mujeres no-fumadoras casadas con fumadores tienen mayor riesgo de morir de cáncer de pulmón que las mujeres no-fumadoras casadas con no-fumadores. Estos trabajos tuvieron amplia difusión en la prensa y proporcionaron la primera evidencia sólida que indicaba que fumar pasivamente causa cáncer de pulmón y otras enfermedades. Las investigaciones sobre ETS recibieron un fuerte impulso en los años 80, y en 1986 una serie de informes de la «National Academy of Sciences» y del «Surgeon General» de los Estados Unidos y del «National Research Council» británico confirmaron la evidencia que indicaba que el ETS pone en peligro a los niños y causa cáncer de pulmón en adultos. En 1992, la Agencia para la Protección del Medioambiente estadounidense clasificó el ETS como

carcinógeno y una causa importante de problemas respiratorios en niños. Estudios posteriores han demostrado que el ETS también incrementa el riesgo a las enfermedades del corazón.

Los documentos del tabaco indican que las investigaciones llevadas a cabo privadamente por BAT y B&W sobre los efectos del humo ambiental del tabaco confirmaban la evidencia que indicaba que el ETS es peligroso para la salud. Durante los años 80, consecuentemente, los investigadores de BAT intentaron desarrollar un cigarrillo que no emitiese humo al exterior. Los documentos del tabaco también demuestran que, públicamente, la industria del tabaco ha tratado de confundir a la opinión pública sobre los peligros de fumar pasivamente y que su estrategia en este tema ha sido idéntica a la que ha desarrollado desde los años 50 en relación a los fumadores activos.

El futuro del tabaco

Los documentos publicados por Glantz y sus colaboradores demuestran que la industria del tabaco ha sabido protegerse para seguir comercializando un producto que causa entre sus usuarios adicción y cáncer. La situación, sin embargo, está cambiando: leyes que protegen a los no-fumadores, Estados que demandan a las empresas tabacaleras por los gastos médicos que ocasiona el consumo de tabaco, avalancha de querrelas privadas, pérdida de la aceptación social del tabaco, etc. Por otra parte, el tabaco nunca va a prohibirse y la industria sabe que, a cambio de seguir vendiendo un producto cuyo daño para la salud es indiscutible, en algún momento tendrá que aceptar que la FDA en los Estados Unidos y otras agencias equivalentes de diversos países regulen la composición, publicidad y venta de los cigarrillos. Cuando llegue este momento la industria quiere tener una posición de fuerza y, ante este panorama, ha reaccionado montando una vigorosa campaña pública, política y legal, en defensa de sus intereses económicos. □

RESUMEN

El libro que comenta José María Mato proporciona una oportunidad única de conocer, de primera mano, cómo se ha permitido florecer y extenderse la plaga del tabaco. Aunque se trata de una obra muy técnica, es, posiblemente, la más importante

contribución para que la sociedad comprenda las actividades secretas de la industria del tabaco; la enorme disparidad entre lo que esa industria conocía y lo que decía públicamente sobre los peligros y la adicción al tabaco.

Autores varios

The Cigarette Papers

University of California Press, Berkeley, 1996. 539 páginas. 28 dólares. ISBN: 0-520-20572-3.

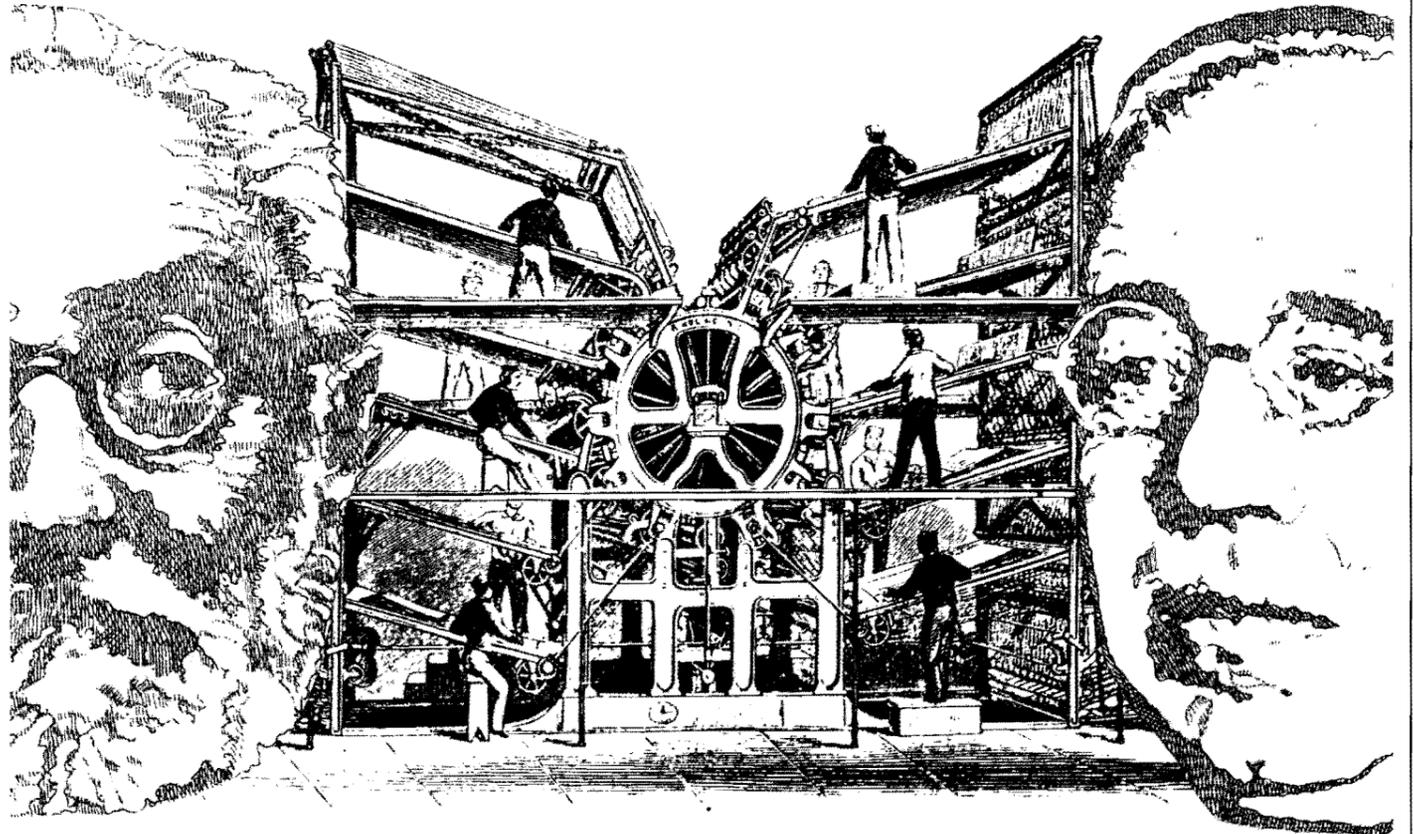
La herencia liberal

Por Pedro Cerezo Galán

Pedro Cerezo Galán (Hinojosa del Duque, Córdoba, 1935) es catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada y académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Entre otros libros ha escrito *Arte, verdad y ser en Heidegger*, *Palabra en el tiempo* (Poesía y filosofía en Antonio Machado), *La voluntad de aventura: aproximaciones críticas al pensamiento de Ortega y Gasset* y *En torno a Hegel*.

¿Cuál es el secreto de España, que ha atraído la curiosidad apasionada de varias generaciones de europeos, seducidos por la singularidad del caso español, y abismado a otras tantas generaciones de españoles en una autoinspección obsesiva y compulsiva de nuestro destino histórico? Recuérdese aquella cavilosa pregunta «Dios mío, ¿qué es España?», con que anunciaba Ortega y Gasset en *Meditaciones del Quijote* el problema de España, como habían hecho antes Unamuno y Ramiro de Maeztu, frente a los dogmáticos de la afirmación o de la negación, que creían saber demasiado bien lo que España tenía que ser o tenía que dejar de ser. ¿Dónde reside el secreto de su historia apasionada y convulsa? Sobre el tema se han dado las más dispares respuestas; para los unos, será su pasión de trascendencia y su celo religioso, que la han llevado a extenuarse en la defensa y propagación de la civilización católica; para los otros, leyendo el reverso sombrío de esta historia, estará en su enquistamiento espiritual o su aislamiento de las corrientes centrales del espíritu europeo moderno. Para la mirada más comprensiva y conspicua de Américo Castro, el secreto de la historia de España radica en su «vividura» o «morada vital», troquelada en la convivencia conflictiva entre varios grupos étnico-religiosos. Y, en efecto, el conflicto entre cristianos viejos y conversos constituye, sin lugar a dudas, una clave decisiva de la personalidad histórica de España. A través de variantes de diverso signo ideológico, algo de aquel viejo conflicto ha perdurado en una cultura traumática, plagada de condenas, persecuciones y exilios y desgarrada en tonos discordes sin mediación. La historia de España ha sido una desgarradora melodía de tonos contrarios, y es menester que esta «discordia», tantas veces caínita, se vuelva «concors», por que se pongan en diálogo creador, como diría Unamuno, todos sus registros. El reciente libro de Juan Marichal, *El secreto de España* (Premio Nacional de Historia 1996), no intenta en modo alguno responder a este problema, que ni siquiera plantea, pese a las inevitables evocaciones históricas que suscita su título, pero ofrece una clave de la España secreta, «una faz histórica de España oculta para la generalidad de los europeos transpirenaicos, e incluso, por supuesto, para la mayoría de los españoles» (prólogo, 9). Es la clave liberal. Y como liberales, no sólo de temática, sino de estilo, cabe calificar a éstos, «ensayos de historia intelectual y política», como reza el subtítulo de la obra, en los que Juan Marichal expone fina y elegantemente, con extrema sensibilidad liberal, el hilo rojo del liberalismo español. Si el estilo hace al pensador, como nos mostró fenomenológicamente el mismo Marichal en su obra *La voluntad de estilo*, de este suyo, pulcro y preciso a un tiempo, exento de retórica y ademán, cabría decir que trasluzca una voluntad de comprensión, afín al más acendrado espíritu liberal.

Marichal se propone llevar a cabo, aunque explícitamente no lo declare, una recuperación de la tradición liberal española. Así lo sugiere la cita machadiana, a que se acoge, a modo de lema, su libro: «Hombres de España ni el pasado ha muerto / ni está el ma-



ANTONIO LANCHO

ña / ni el ayer escrito». A menudo esta clave liberal ha sido silenciada, negada y reprimida sistemáticamente hasta el punto de producirse la impresión, bastante generalizada por desgracia, de que nunca había existido. Quizá un secreto de la historia de España reside en el carácter secreto de su liberalismo; un liberalismo no sólo disidente y resistente, sino sepultado bajo el doble peso de la represión y el olvido. Pero la coyuntura histórica permite reganar un más amplio horizonte. Lo permite y lo exige a un tiempo. «Y justamente hoy —escribe Marichal— el pueblo español puede mirar hacia la generación de Ortega y Azaña, con el reconocimiento debido a unos hombres cuyas vidas y sueños constituyen un legado permanente para la civilización humanitaria de esta tierra de España» (pág. 236). Sí. La democracia española necesita ganar memoria de sus raíces, si no quiere recaer en una nueva figura de adanismo. Al volver sus ojos al pasado, Marichal encuentra una soterrada vena liberal, y la hace aflorar a nuestros ojos, para que cobre toda su singular significación en nuestra circunstancia. Si se ha podido decir que toda hermenéutica es una forma de autocomprensión del presente, la lectura de Marichal, al enfrentarnos lúcidamente con la tradición liberal española, nos permite apropiarnos de ella, revivirla y actualizarla, para afrontar más radicalmente nuestras tareas históricas en el día de hoy.

La raíz ética del liberalismo

¿Pero hay realmente tal tradición? Benedetto Croce se extrañaba irónicamente de que el nombre de «liberal» procediese de un país que «había permanecido cerrado a la filosofía y a la cultura modernas». Y, análogamente, el conde Metternich creía que una «España liberal carece de sentido» por la falta de matices del carácter español, aunque llegara a reconocer más tarde «el espíritu de perfecta independencia y de igualdad que predomina en el ánimo y en las costumbres de los españoles» (pág. 346). Entre ambos juicios de Metternich media una distancia que permite reconocer una clave oculta del alma española, donde tal vez se encuentre la res-

puesta a la irónica pregunta de Croce de por qué el liberalismo lleva nombre español. Como señala Marichal en uno de los primeros y más significativos ensayos de su obra, el cuño político específico del término «liberal» surgió en las Cortes de Cádiz para designar a los partidarios de las reformas por la prueba de liberalidad que daban a renunciar a todo favor y privilegio. Se producía así un cambio semántico a partir del sentido tradicional del término como hombre magnánimo y generoso. Éste es el uso dominante de los siglos XV al XVII, como atestiguan los clásicos. En *El Alcalde de Zalamea* aconseja Pedro Crespo a su hijo, cuando va a partir para alistarse en el ejército del Rey: «Sé cortés sobremano / sé liberal y esparcido». Con la Ilustración, la magnanimidad se trocó en filantropía, y tras la Revolución Francesa y el terror jacobino, liberal pasó a designar al defensor de las libertades públicas y de la República burguesa frente a los extremismos respectivamente del jacobino revolucionario y del monárquico conservador. Marichal conjetura, y encuentro muy razonable su propuesta, que el aura que rodeó al vocablo español «liberal», y que fue causa de su expansión en la década de 1815 a 1825, se debió a que los doceañistas españoles se atuvieron al sentido neto del liberalismo, librándolo de las adherencias semánticas y ambigüedades de la época napoleónica, de modo que «en aquellos años, terriblemente sombríos de la historia europea, los liberales españoles fueron admirados como los reafirmadores de los principios de 1789» (pág. 44). Su lucha contra «la tiranía bonapartista primero y contra el absolutismo restaurado después» dio al término «la carga emocional» con que entró en la cultura política. Pero, junto a este cuño político genuino, hay que contar el carácter esencialmente ético que retuvo el término español «liberal», fundiendo en un mismo ethos el imperativo de la generosidad con la defensa de las libertades públicas. Todo esto lleva a Marichal a plantearse el problema de la fe humanista liberal, y la inflexión genuina que en ella representa el liberalismo español.

En este sentido, entre los más brillantes ensayos del libro está el que dedica a Benjamin Constant, tenido por Albert Thibaudet por padre fundador del liberalismo y, desde

luego, el pensador más coherente y original, a juicio de Marichal, de los llamados liberales. En Constant se advierte la raíz ética del liberalismo, fundado en la fe de la perfectibilidad humana y, por tanto, en la incesante progresión del hombre, a través de la historia, hacia un reino de igualdad. Pero esta fe había perdido ya en Constant el aire abstracto y normativista ilustrado, para adecuarse a las exigencias concretas y circunstanciales de la experiencia histórica. La revolución, con sus rigores y extremosidades, había sido una consecuencia de la aplicación de los principios normativos ilustrados, sin tener en cuenta la mediación de las circunstancias. Frente al corte violento revolucionario, que pretende construir la sociedad de nueva planta según principios absolutos, Constant es el defensor de la conciencia histórica, entendida como un sistema abierto de progreso, de autocritica y corrección, hacia una meta ideal utópica. Un segundo error revolucionario fue confundir dos géneros de libertad, la pública y la privada, y pretender realizar y reabsorber, como sostenía Rousseau, al yo libre en la figura integral del ciudadano. Constant sabía que el yo moderno es fundamentalmente el yo de la autonomía y de la espontaneidad, y exige para la realización de su libertad un horizonte más amplio. La libertad del hombre moderno consiste fundamentalmente en su capacidad para disponer de sí y configurar su existencia en todas las esferas de la vida, más que en la participación, al modo de los antiguos, en el poder público. De ahí la necesidad de garantizar los derechos individuales frente al predominio del poder estatal. La libertad de representación política es la consecuencia de un núcleo de libertades que son inherentes al yo con anterioridad a la esfera pública del ciudadano. Entre estas libertades destaca Constant la libertad religiosa, en la medida en que en ésta se juega el sentido de la vida, principio inspirador de una moral solidaria. Ahora bien, esto no le impide a Constant denunciar, junto al peligro del totalitarismo por absorción de lo privado en lo público, el otro peligro del absentismo del individuo de la esfera de lo público, desentendiéndose de la suerte común. Cuando cunde el desinterés



Viene de la página anterior



por lo público, como subraya Marichal, se está abriendo la puerta al absolutismo. Con lo cual —cabe concluir— la verdadera libertad es un régimen de equilibrio entre la autonomía y la solidaridad, el cultivo de lo privado y el interés por lo público y común.

El otro ensayo, dedicado a Michelet y Croce, bajo el título «Historia y libertad», explora algunas consecuencias de esta rehabilitación liberal de la historia como sistema de perfectibilidad del hombre. El adversario ahora no es tanto Rousseau como Hegel con su visión petrificada de la historia, como reino de la necesidad racional. Para Michelet se trata, por el contrario, de un proceso de auto-creación del hombre o de triunfo de la libertad sobre el destino. La fe absolutista hegeliana es sustituida por una fe humanista liberal, según la cual el hombre puede ir haciendo el mundo a su propia medida. Vico será el inspirador de esta posición, que Croce vaciará de toda dimensión providencialista para acotarla al orden immanente de la responsabilidad humana. La historia no tiene de suyo un sentido que le venga dictado de un cielo trascendente o que sea la expresión de un orden causal. La historia es el reino libre del hombre. Por eso, en la historia, como indicara Marc Bloch, «hay que comprometerse para conocer», pues no hay otra clave de sentido que el propio compromiso práctico por el sentido, que aspiran a establecer los hombres. Tanto Michelet como Lord Acton y Croce subrayan así la función liberadora de la historia como el reino experimental de la libertad humana.

La melancolía del liberal español

Pero estos dos ensayos actúan como friso de fondo, sobre el que se dibuja el carácter propio del liberalismo español. Me refiero, claro está, al liberalismo cultural, el del pensamiento liberal, y no al de la praxis política liberal, bastante ambigua y componedora, y con la que solía andar a la greña (piénsese en Unamuno u Ortega), el otro liberalismo de los intelectuales hasta que Azaña, en un gesto singular y único, pretendió fundirlos en un mismo crisol. Una de las desgracias del liberalismo español ha estado en este desacuerdo profundo entre el liberalismo profesoral y el de los políticos, cada uno por su lado, buscándose alianzas tácticas a menudo de signo opuesto y hasta contradictorio. Es éste un punto en el que no repara Marichal. El liberalismo cultural desesperó del liberalismo de los políticos y lo despreció olímpicamente, buscando otras vías alternativas a la política para influir en la opinión pública, y éstos, los políticos, le pagaron el desdén haciéndoles oídos sordos. Este divorcio va a tener como consecuencias inmediatas la fragilidad funcional u operativa de la opción liberal. Tal vez no sea ajeno a todo ello el carácter fundamentalmente ético y educativo del liberalismo cultural. Decía antes que el liberalismo es básicamente una fe humanista en la autonomía personal. Por lo general, los teóricos españoles suelen poner más énfasis en el ethos liberal que en la ideología o el credo político, como si vieran en esta fe una nueva experiencia religiosa, la religión de la libertad, que proclamara Croce; tal es el caso de Unamuno, frente al integrismo dogmático. Y a menudo aluden a esta fe en términos de sentimiento o emoción liberal, queriendo resaltar con ello una experiencia radical del valor de la individualidad y de la creatividad del yo. En este sentido cabría decir que la fe liberal tiene en España una raíz intrahistórica profunda en el sentimiento popular de la independencia de la persona y de la igualdad originaria. «Nadie es más que nadie», sostenía Mairena con el decir popular, que no era la

proclama de un romo igualitarismo, sino el reconocimiento del valor infinito potencial que hay en cada yo. De ahí que esta fe se traduzca en una actitud moral que lleva al cultivo de la individualidad y a la originalidad práctica. Se comprende así el sentido egotista del liberalismo español, su culto exagerado al propio yo, su corte fuertemente individualista. Y junto a ello hay que subrayar la propensión a ver en el liberalismo un método de libre crítica, que sustituyera la confrontación incivil por el debate civil. Cabría añadir, por último, como consecuencia de su dimensión ético/espiritual, la tendencia del liberalismo cultural español a vincularse con propuestas solidarias de inspiración socialista, conjugando así el culto de la libertad con la exigencia ética de la igualdad. Como recapitula Marichal, «en nuestra España coexisten desde siempre la afirmación personalista y el impulso fraternal, el yoísmo desenfadado y la entrega generosa», aunque también había en ello algo del espíritu del tiempo propio del novecientos europeo —precisa más tarde—, «porque también esa hora europea fue una fase de coexistencia de dos fuerzas, de dos impulsos casi opuestos, el egotismo intelectual y el impulso solidario» (página 195).

Entre los diversos ensayos dedicados al liberalismo español quisiera destacar por su belleza y sugestión el titulado «La melancolía de un liberal: de Larra a Unamuno». Defiende en él Marichal muy convincentemente que la melancolía de Larra, «un romántico wetheriano superpuesto a un sombrío español», según Quinet, no se debía a ningún rasgo de la raza, ni tampoco al desencanto de la acción política concreta, sino a la íntima convicción de la incompatibilidad de la exigencia liberal con un tiempo de plebeyismo. En esto, por lo demás, tampoco cabe hablar de un signo distintivo de lo español, pues el liberal europeo tuvo una percepción análoga. «La melancolía del español Larra es, por tanto, muy semejante a la de Constant y la de otros liberales transpirenaicos que temían a las masas populares, que veían en la realización de sus mismos ideales un peligro para ellos mismos» (pág. 97). En otro ensayo dedicado a Giner muestra Marichal cómo su posición en 1870 no supuso una involución con respecto a sus fervores liberales por la Revolución de 1868, sino una retracción de la vida política, abriendo así el espacio para el cultivo de la vida personal en excelencia. «El plebeyismo en las maneras mesocráticas —o sea la rudeza de la clase media descrita por los costumbristas españoles desde Larra— era, para Giner, un obstáculo para la afirmación y extensión de los principios democráticos. En suma, Giner pedía a los jóvenes de 1870 que se prepararan —adquiriendo el rigor de la conciencia científica y las buenas maneras liberales— para así poder contribuir decisivamente a la transformación de España» (pág. 113). Como se ve, el consejo no ha perdido actualidad. Es lástima que Marichal no ahonde en esta tensión entre el principio de la excelencia, propio del alma liberal, y el surgimiento histórico de una personalidad colectiva, troquelada por la presión anónima de las masas. No hay liberal que no acuse este problema. En este planteamiento, Ortega se merece algo más que una mención. A menudo se malentiende su postura como un elitismo aristocratizante, muy propio de un talante señorial que no se aviene con el ineluctable ascenso social de las masas, sin apercibirse que en su postura se verifica el drama interno del liberalismo, que tiene que defender, a la vez, el principio de la originalidad personal (excelencia) y su extensión universal a toda conciencia, aun a sabiendas de que el individuo singular dista mucho de ser una personalidad autónoma y creadora. Se trata, pues, de una tensión constitutiva y no meramente epocal, que acompaña inevitablemente al liberalismo como su

cruz, pues de un lado proclama el derecho y deber a un tiempo a la propia excelencia, y del otro quiere universalizar ese derecho, aunque no hay una coincidencia inmediata entre ser un yo y comportarse originariamente como un yo. Larra vivió dramáticamente este problema, en el clima populista y autoritario de su pueblo, que sentía en sí mismo como un sino nacional. «Larra presiente, diríase, que en la interioridad del hombre está siempre su cultura nacional. Pero el descubrimiento de Larra se completa con una gran melancolía. Porque Larra, liberal español, se ve de antemano derrotado por el sino de la raza..., es decir, que él, español que lucha por la realización de los nuevos principios liberales en la península, sabe que no puede liberarse del temperamento autoritario de los hombres de su patria» (pág. 98). Unamuno, en cambio, vivirá esta melancolía, según subraya certeramente Marichal, con un talante agónico asumiendo íntegramente las tensiones de su alma española. «La terrible división interna del español podía ser justamente la fuente del mejor liberalismo, del liberalismo que comprende —o mejor dicho, empleando un verbo unamuniano, co-siente— las razones del adversario» (pág. 104). De nuevo aquí se echa de menos en el ensayo de Marichal una referencia más amplia a la alteridad unamuniana, como expresión cabal de su alma liberal, abrazando los opuestos y haciéndolos convivir en el diálogo tenso y conflictivo de sus razones, en la convicción de que esta lucha interior es un principio fecundo de entendimiento recíproco. Únese a esto, en el caso Unamuno, una «honda melancolía religiosa», pues tiene que asumir, a la vez, a fuer de liberal, la promoción de la cultura, como principio de liberación cívica y de progreso, y el íntimo «descontento de toda civilización» por no alcanzar el techo de lo eterno.

La lucha por la cultura

En un ensayo gemelo dedicado a «Unamuno y la recuperación del liberalismo» muestra Marichal el profundo significado liberal de esta lucha unamuniana por la cultura, llegando incluso a asignarle al Estado una función ética educadora frente a las fuerzas sociales que la venían patrimonializando, pues sólo el Estado podía romper «las aduanas espirituales» y ser un órgano eficaz de una cultura liberal en un pueblo colonizado eclesiásticamente. Marichal señala muy certeramente dos corrientes europeas en el liberalismo de Unamuno, que él logró sintetizar en una «síntesis personalísima»: el liberalismo estatista inglés del grupo de Oxford, para el que «la libertad personal sólo es posible mediante la protección activa del Estado» (pág. 145), y el liberalismo del protestantismo liberal, que lucha por la separación de Estado e Iglesia, pues creían que esta separación redundaba en beneficio de la libertad cívica y la religiosa. De ahí también que Unamuno quisiera conjugar su liberalismo con una reforma religiosa autóctona, en la convicción profunda de que el auténtico liberalismo tiene una raíz trascendental, y la auténtica religión, como pensaban Constant y Croce, no puede dejar de ser una religión de la libertad. Desde su óptica peculiar, Unamuno participa abierta y militantemente en el proceso de recuperación liberal en España, des-venando el liberalismo de adherencias espúreas y vinculándolo a la causa de la cultura y la democracia.

El caso de Giner y Unamuno nos hace reparar en una característica del liberalismo español: su carácter pedagógico, en permanente campaña cultural, porque era consciente de que la cultura moderna —la ciencia, la ética, el derecho, la religión reformada— era

el único alimento de la libertad. Este signo es especialmente visible en el liberalismo de la generación del 14. Realmente en esta generación, con sus figuras cimeras en Ortega y Azaña, está, a mi juicio, el centro de gravedad del libro de Marichal. La del 14 fue íntegramente una generación liberal. En cierto modo fruto de las nuevas condiciones sociales y políticas de la España de la Restauración, aunque ella la condenara, y que dieron lugar a la «constitución de la nueva clase de los intelectuales» (pág. 178), y, a la vez, educadora de la nueva España, la que iba a surgir tras la quiebra de la Restauración y la Dictadura primorriverana, la España de la II República, verdadera obra de los intelectuales del 14. Marichal subraya el carácter básicamente intelectualista de esta generación, disciplinada y optimista, frente al egotismo del 98, su voluntad de hacer a la vez ciencia y política de un modo objetivo y riguroso, su entrega a un regeneracionismo de signo marcadamente intelectual, pues seguían creyendo que la transformación intelectual y moral de España era condición indispensable para su cambio político. La figura señera de esta generación es Ortega y Gasset, a la búsqueda de un liberalismo integral, a la vez personalista y solidario, que debía encarnar en un partido nuevo, el partido de la cultura o el partido liberal socialista, en cuyo proyecto andaba empeñado Ortega en la primera década del siglo. El fracaso de este proyecto, en lo que fue motivo determinante la falta de entendimiento de Ortega y Unamuno, y su prosecución en formas alternativas de presencia en la vida política como la Liga de Educación Política y la Asociación de Intelectuales al Servicio de la República. Y en ambos casos, la concepción orteguiana de la política como una forma de actuación en el cuerpo civil, formando conciencia pública y estimulando sus energías creadoras. En cierto modo, el ensayo de Marichal sobre Ortega se queda corto. Analiza a grandes rasgos su empresa política en sus diversas vicisitudes, por así decir, pero no explora suficientemente su peculiar liberalismo, que logra, a mi juicio, formular su ethos en la disciplina y exigencia del «alma noble» y trazar una clara línea de distinción entre liberalismo y democracia, que conspiran, cabría decir, a lo mismo, pero no son lo igual.

La tragedia de un liberal

No es éste el caso de Azaña, la verdadera figura señera para Marichal del liberalismo español, por su voluntad de conciliar teoría y praxis, crítica intelectual y realización práctica transformadora, convicción y pasión, en un compromiso político radical. La semblanza que hace Marichal de Azaña es sencillamente magistral: Azaña es el hombre liberal, intelectual y político, a un tiempo, que encarna el drama fundamental del liberalismo europeo: «cómo conciliar dos fuerzas y dos deberes, la afirmación de la autonomía y la esencialidad de la persona, y el imperativo social, la obligación con respecto a la colectividad nacional» (pág. 195). Azaña supo ser fiel a esta doble exigencia convencido de que «el fundir vida interior y vida exterior es indispensable para la realización de la persona» (pág. 207). Por formación, Azaña era un intelectual, que creía que la transformación intelectual y moral del país, era condición del cambio político; pero no cayó en ningún idealismo pedagógico, pues para él era tan apremiante la formación del hombre nuevo como la conquista de las instituciones. Se trataba de dos aspectos indisolubles de la reforma integral de la nación. A la vez, por sensibilidad estética, Azaña difería de los po-



Viene de la página anterior

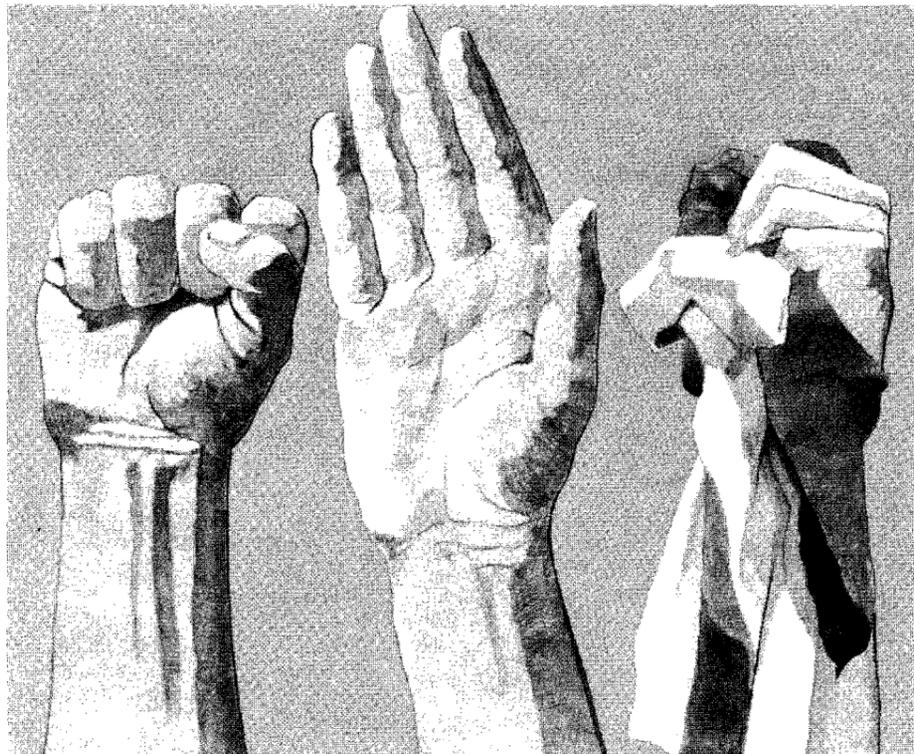


La herencia liberal

líticos profesionales caciqueros y, no obstante, no rehusó bajar a la arena política y buscar allí una nueva alianza con su pueblo, ajena al elitismo pedagógico. Su liberalismo fue así radicalmente democrático, sin reservas ni inhibiciones, y aun consciente de las debilidades del parlamentarismo, no accedió a disculpar la dictadura primorriverana ni simpatizó con los críticos del parlamentarismo. Y, sin embargo, esta opción tan integral por la política no le apartó nunca del sentido más profundo de una *ethos* liberal: el respeto a los principios morales. Hasta el punto de que Azaña encarna la tragedia del liberal en política dispuesto a no sacrificar su conciencia moral al pragmatismo de la acción política. «Azaña representa —escribe Marichal— el más puro principio liberal: él afirma que si sintiera que su intimidad era violada por las exigencias de la acción, dejaría de ser hombre de acción porque dejaría de creer en la posibilidad de una conducta liberal» (pág. 210). ¡Qué profundamente ejemplares resultan hoy, especialmente hoy, estas palabras! Quizá, en último extremo, la impotencia de Azaña ante los acontecimientos, secuestrado interiormente por los que boicoteaban a la República en nombre de una revolución, sea la expresión más rotunda de esta tragedia íntima del hombre que quiso ser político democrático sin renunciar en un ápice a su alma liberal. En otro ensayo complementario de menos fuste, explora Marichal las vicisitudes de la relación de Ortega con Azaña, sugiriendo que «el enorme coeficiente de personalismo español» impidió el entendimiento de dos figuras liberales tan señeras, y dejando entrever en ello un factor determinante de la gran catástrofe del 36 (pág. 235). Claro está que esas diferencias estaban formuladas en el plano teórico, y Marichal trae a colación la distancia entre el estatismo de Azaña y el civilismo de Ortega. «Propongo, en suma, que Azaña y Ortega veían la renovación política de España en modos muy diferentes» (pág. 234). Y así es. Pero este juicio merecía mayor desarrollo, pues, en efecto, más allá de talentos y actitudes, en Ortega, como en Unamuno, operaba otro modelo de República muy ajeno al radicalismo jacobino y al estatismo que le dio Azaña. Una comparación con Unamuno en este punto hubiera arrojado nueva luz sobre la falta de entendimiento de tres liberales señeros, Unamuno, Ortega y Azaña, en puntos decisivos para la suerte de la República.

¿Deserción de la causa republicana?

¿Hubo deserción de la causa republicana por parte de la generación del 14? ¿Cómo explicarse que la generación de intelectuales que trajo la República y que educó a España en una nueva sensibilidad la abandonara casi en su mayoría en los días aciagos de la guerra civil? El interrogante es excesivo para ser contestado esquemáticamente. Quizá fueron conscientes de la inviabilidad de la República en medio de una pavorosa crisis social y con Europa «amenazada por los nuevos bárba-



ANTONIO LANCHO

ros». Quizá la República burguesa estaba ya desahuciada al tolerar vincular su suerte con los ensayos de una revolución. Sea de ello lo que fuere, para Marichal la tercera España «no adoptó colectivamente una posición contraria a la defensa de la República, ya que se veía a sí misma en la situación de otras comunidades intelectuales que podríamos llamar mediadoras» (pág. 248). No sé hasta qué punto esto fue ilusión de algunos, pero, desde luego, no parecía verosímil en medio de tan bárbara catástrofe, y con España partida en una guerra cruelísima e in-civil. Una guerra que no fue sólo de España, sino también, en gran medida, la guerra civil de Europa. El situar este terrible drama en un más amplio contexto puede ayudar a la catarsis necesaria y exorcizar los demonios familiares. «El ver así la guerra española como una fractura sísmica cuyo epicentro (si me permiten ustedes la analogía geológica) estaba más allá de las fronteras nacionales tendría una beneficiosa consecuencia para los españoles: dejarían de verse como un pueblo que tiende a autoinmolarse, con regularidad, en contiendas fratricidas, y en cuyo carácter nacional está arraigada la violencia» (pág. 259). Estoy de acuerdo con Marichal. España necesita no tanto olvidar la guerra civil, sino someterla a una óptica de enfoque objetivo y desinteresado, verla desde fuera, y trascenderla de una vez, perseverando en aquella conciencia liberal que pueda sentar las bases de una sólida y definitiva reconciliación entre los españoles. De ahí que el «libro liberal» de Marichal se cierre con un par de ensayos dedicados a los intelectuales españoles de la postguerra, los transterrados, como Américo Castro, Francisco Ayala y Ferrater Mora, que en el exilio promovieron a una la conciencia española

y la conciencia liberal, y los resistentes que, como Jiménez Fernández, Tierno Galván o José Luis Aranguren, dentro de España, en un exilio interior a veces, abrieron paso a un país de hombres libres. Era obligado este homenaje, entre otras razones, para dejar constancia de que el hilo rojo del liberalismo no había desaparecido enteramente aún en años bárbaros de represión. De todos ellos se podía decir lo que Marichal dice de Ferrater Mora, a la búsqueda de una tercera España «que ofreciera la verdadera construcción moral de la sociedad española» (pág. 304). Pero no están todos. Junto a los transterrados y resistentes convendría citar a los otros liberales mediadores, que supieron renunciar a prebendas y honores para abrir la posibilidad de un entendimiento recíproco. En este sentido cita Marichal con justicia la empresa intelectual de la revista *Escorial*, y menciona —sin el énfasis debido, a mi juicio— a Dionisio Ridruejo y Pedro Laín como sus principales protagonistas; pero en la nómina de los mediadores faltan nombres significativos de primera magnitud, como José Antonio Maravall o Julián Marías, entre otros, genuinos cultivadores, en la teoría y en la práctica, de talento, actitud y magisterio de la causa del liberalismo. Sin tenerlos a todos en cuenta, queda manca la tradición liberal, porque todos ellos, desde diferentes posiciones, trataron de sentar las bases de una efectiva reconciliación mental y cordial entre los españoles.

Melancolía de liberal

Al filo de esta reanimación de la tradición liberal española plantea Marichal problemas de gran fuste, que requerirían una meditación de más holgura. Ya he hecho referencia a la melancolía de liberal. En relación estrecha con él está el tema «Cultura y democracia», al que dedica un corto ensayo. Se opone Marichal a la antinomia entre democracia y cultura, propuesta por Renán por la imposibilidad de conciliar el principio democrático igualitario y el principio cultural de la excelencia. Unamuno, sin llegar a tanto, sostuvo al menos la existencia de dos niveles heterogéneos, siendo el cultural el más radical y sustantivo. Frente a a estos planteamientos defiende Marichal, apelando a la autoridad de Constant, que se trata de un pseudodile-

ma, pues crecen cultura y democracia, la tendencia a la perfectibilidad y a la igualdad de los hombres. Sí, pero ¿qué cultura? Pues hay una cultura funcional, que, lejos de cultivar el juicio autónomo y el deseo de excelencia, genera nuevas formas de gregarismo. Creo modestamente que con esta declaración no se resuelve el problema de fondo. Aun reconociendo que no hay democracia posible sin cultura y que la cultura tiende a la universalización de la libertad y la igualdad, hay un hiato permanente entre el orden de la cultura, que exige selección, disciplina y cuidado de sí, y la tendencia democrática a un igualitarismo inercial y no por educación personal. Si no antinomia, hay que reconocer al menos una tensión constitutiva entre la autonomía del yo, fruto de una conquista personal, y la naturalidad e inmediatez con que el ciudadano disfruta sus derechos sin asumir la exigencia de un juicio autónomo y bien formado. Esta tensión, en vez de aliviarse, se refuerza de día en día en la democracia de masas, donde la cultura superior está siendo gravemente sustituida por una preparación técnica para integrar a las masas en el sistema productivo del mercado. La democracia se está reduciendo con ello a un procedimiento funcional, perdiendo o debilitando el *ethos* y la exigencia cultural, autónoma, que estuvieron en sus orígenes. Otro tanto cabe decir del binomio democracia y liberalismo, que no plantea Marichal, pero que es preciso mantener en su acerada diferencia para no caer en la funesta ilusión de que toda democracia es ya de suyo liberal o que todo liberalismo tiene que plegarse a cualquier forma de organización democrática. La conciencia liberal supo distinguir, como recuerda Ortega de continuo, el principio democrático de la constitución del poder soberano y el principio liberal de su limitación y legitimación por las normas del derecho. Cuando esta distinción se borra o se difumina, todos los gatos son pardos, como en la noche, y entonces lo que importa es que cacen ratones, es decir, la mera funcionalidad pragmática del sistema con olvido de sus hábitos y principios liberales. Estas y otras cuestiones de gran calado quedan necesariamente abiertas en este libro, reclamando una más sosegada meditación.

Una España democrática en sazón

Sí. El libro de Marichal es un libro liberal de cabo a rabo, de doctrina y de estilo, coherente y consecuente, que cree llegado el tiempo de una España democrática en sazón, en que la tradición liberal tiene que dar sus mejores frutos. La herencia liberal, uno de los secretos de la España contemporánea, no puede olvidarse ni dilapidarse sin grave deterioro de la convivencia española. Como he escrito en otra ocasión, la democracia sólo puede autenticarse con alma liberal, la única que puede salvarla de nuevos fetiches e idolatrías, pero recíprocamente, la simiente liberal tiene que transustanciarse en compromiso democrático, sin reservas ni inhibiciones. Este es el futuro por el que apuesta Marichal, un futuro que ha de tener nombre liberal. □

En el próximo número

Artículos de Antonio Domínguez Ortiz, Antoni Badia i Margarit, Alonso Zamora Vicente, Juan José Martín González, Olegario González de Cardedal, Alberto Galindo y Ramón Pascual.

RESUMEN

A pesar del título de su ensayo, Juan Marichal no se detiene en ese secreto de España que le ha singularizado y que ha hecho correr ríos de tinta, dentro y fuera. Para Marichal, el secreto de que habla es el de la tradición liberal espa-

ñola. Pedro Cerezo sigue en su comentario ese hilo rojo del liberalismo español que va soltando, con voluntad de comprensión y acendrado espíritu liberal, el autor de este libro, por el que ha obtenido el Premio Nacional de Historia.

Juan Marichal

El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política

Taurus, Madrid, 1995. 353 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-306-0054-X.

Una historia regional

Por Antonio Domínguez Ortiz

Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la Historia, doctor «Honoris Causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

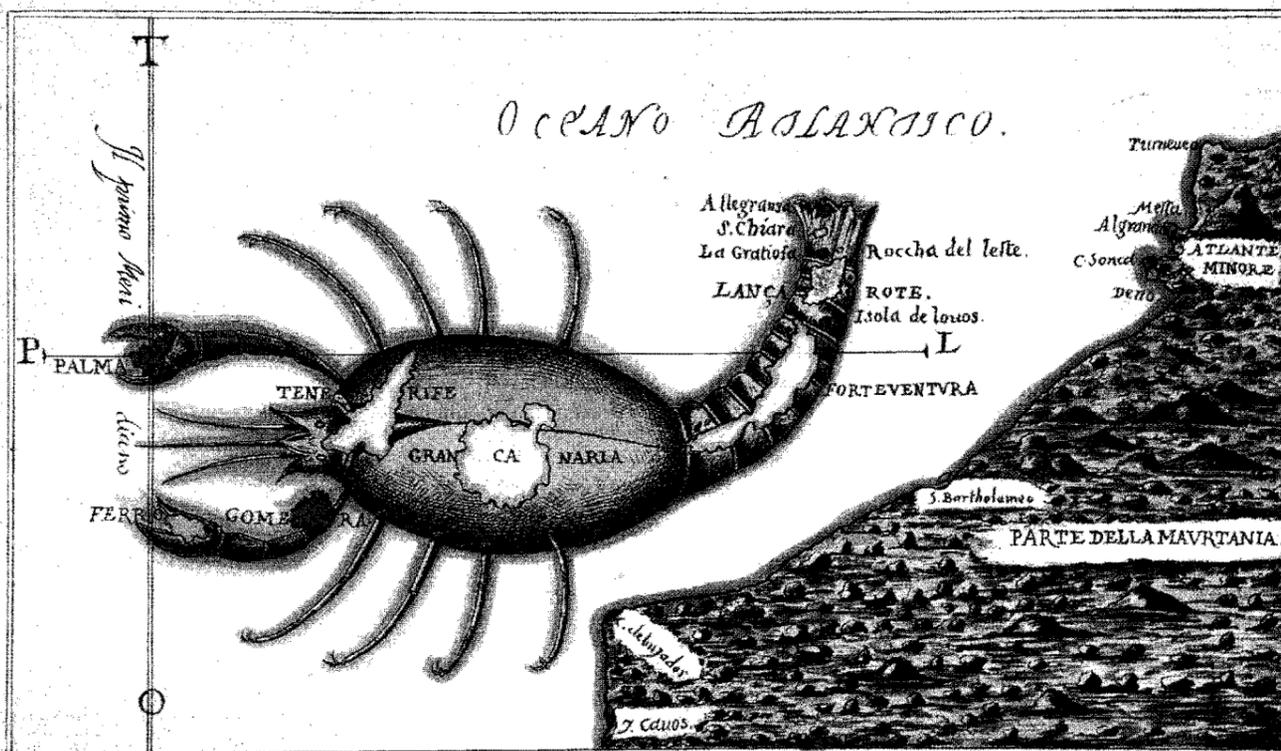
En clara sintonía con el auge de los sentimientos nacionalistas, regionalistas y autonómicos, desde hace varios lustros asistimos a una floración de historias regionales que, más o menos, coinciden con las comunidades reconocidas en nuestra Constitución. Este movimiento continúa y potencia una tradición muy antigua. En su *Bibliografía regional y local de España*, don José Simón Díaz localizó y describió casi dos mil obras de este género, impresas antes de 1700; después de esta fecha su número aumentó enormemente. Era, sobre todo, una historiografía local; no había ciudad o pueblo de alguna importancia que no tuviera historia y cronistas. La historia regional no resultaba tan favorecida; había algunas buenas historias de los antiguos reinos, pero no hubo una historia de Andalucía hasta muy avanzado el siglo XIX. Y la razón es evidente: Andalucía era un concepto geográfico y cultural, sin personalidad política, sin archivos propios; Andalucía era, en su armazón, las capitales de sus cuatro reinos que, ellos sí, tuvieron excelentes historiadores. Las comunidades actuales empalman con los antiguos reinos, regiones y provincias, en unos casos de manera natural, en otros a costa de reajustes que ponen de manifiesto lo que había de artificial en el mapa de regiones que estudiamos en la escuela: Albacete se ha escindido de Murcia; Santander y Logroño se han constituido en comunidades uniprovinciales; y Madrid también ha hecho rancho aparte por aquello de la capitalidad.

A pesar de estos reajustes, el conjunto de las regiones y provincias ha resistido bastante bien los avatares de la transición del Estado autonómico. Se ha declamado mucho sobre la artificialidad de la división provincial, pero, tal como quedó definida en 1833, tenía suficientes antecedentes, y los casi dos siglos transcurridos han contribuido a definir su personalidad, mientras que la comarcalización

que algunos propugnan sólo contribuiría a crear unidades intermedias demasiado numerosas y demasiado pequeñas para que tuvieran eficacia administrativa. Dentro de este contexto, las Islas Canarias se nos presentan como caso aparte; su unidad es indiscutible, y a la vez la necesidad de contar con la unidad insular como división natural del archipiélago. Rencillas locales llevaron a la división en dos provincias; la actual comunidad, sin negar la personalidad de ambas, las ha reunificado en una unidad superior, unidad reconocida por la historiografía antigua y reciente.

Tierra de muchos y buenos historiadores, Canarias acaba de estrenar una de las mejores historias regionales que han salido a la luz en los últimos años. ¿Habrá quienes se sientan

Isole Canarie
OVERO FORTVNATE



Mapa antiguo historiado del Archipiélago Canario.

molestos por el apelativo «regional»? Es posible: hay muchos a quienes todo lo que no llegue a «nacional» se les queda corto y ven ciertos tintes peyorativos en palabras tan clásicas como son «provincia» y «región», de alcurnia mucho más prestigiosa que «nación»; mas para comprenderlo habría que saber algo de latín, algo de historia romana, y eso hoy parece que no está bien visto; pero no se necesitan estudios especiales para saber cuántas tragedias, cuánto dolor han costado a Europa los nacionalismos.

A primera vista podría parecer que una historia de Canarias sólo puede interesar a los canarios. Nada más lejos de la realidad; por el contrario, forma parte de la Historia de España de manera muy peculiar y muy destacada; se incorporaron las Islas al conjunto peninsular durante la Gran Unificación. Los Reyes Católicos defendieron, frente a las apetencias lusas, su españolidad para que no quedase bloqueada la salida atlántica de Castilla; para que la exploración de la costa africana no fuese monopolio portugués. Pero muy pronto esta misión se completó con otra mucho más importante: la de rampa de lanzamiento hacia el Nuevo Mundo.

En la *Historia* que reseñamos se da cuenta con extensión del estado actual de nuestros conocimientos acerca del estado de las Islas Afortunadas hasta la invasión europea utilizando fuentes etnográficas y arqueológicas:

una situación de estancamiento, quizás a un nivel de cien mil habitantes, máximo que podían alimentar en el marco de una economía de pura subsistencia, lo que parece explicar la curiosa institución de la poliandria: para mantener el equilibrio maltusiano se practicaba un infanticidio de niños, lo que conducía a que una mujer fuese fecundada por varios varones.

La sociedad que surgió como consecuencia de la conquista tuvo dos fases: una señorial y cosmopolita, que abarcó la mayor parte del siglo XV, y otra que, a fines de dicho siglo y comienzos del XVI, configuró como realengas las dos islas mayores y la de La Palma y que tuvo un signo netamente español, concretamente bajoandaluz, sin perjuicio de que siguiera habiendo una presencia notable de esclavos negros y bereberes, de artesanos portugueses, más la inevitable intervención de los omnipresentes genoveses. Tal amasijo racial se fue moldeando, sin embargo, hacia la unidad por la acción de gobernantes peninsulares, de instituciones y leyes llegadas también de la remota España y de una Iglesia que trabajaba de consuno con ellos, pues no en balde fueron las Canarias tierras de Patronato Real, como el reino de Granada y las Indias.

Pero en Canarias no se dieron los dolorosos conflictos étnicos y religiosos de las ci-

En este número			
Artículos de			
Antonio Domínguez Ortiz	1-2	Olegario G. de Cardedal	8-9
Antoni M. Badia i Margarit	3	Alberto Galindo	10-11
Alonso Zamora Vicente	4-5	Ramón Pascual	12
Juan José Martín González	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Una historia regional

tadas tierras; de la población aborigen calculan los autores que, diezmada por la guerra y las epidemias, sólo sobrevivió un diez por ciento, que se integró en la nueva sociedad sin problemas. Como en las Indias, el sello bajoandaluz fue muy acusado, por similitudes geográficas, por la emigración y por imitación consciente de manifestaciones artísticas, ordenanzas municipales y otros hechos socioculturales. La creación de una Audiencia, de un gobernador militar y de un tribunal de la Inquisición (bastante indulgente, por cierto) acabaron de bosquejar la silueta de unas islas entrañablemente incluidas en el conjunto español, aunque con una marcada individualidad. Advertimos concomitancias y paralelismos con la historia general de España, pero también diferencias notorias: el siglo XVI fue, como en España, de crecimiento, pero la crisis del XVII estuvo lejos de ser tan aguda, lo que explica que la población casi se duplicara en aquel siglo. En cambio, el XVIII, aunque registrara progresos, no puede decirse que fuera, en conjunto,

una centuria próspera; continuó aumentando la población, pero como la producción agrícola, base de la economía, había tocado techo; como, además, aumentaban la concentración de la propiedad y los desniveles sociales, la masa campesina se empobreció enormemente, hubo malestar, motines y una tendencia irrefrenable a la emigración a Indias; emigración que el gobierno español favoreció, dirigiéndola hacia las áreas más amenazadas del Caribe.

La Corona española y las Islas

La actitud de la Corona hacia Canarias se mantuvo invariable a través del paso del tiempo y el cambio de monarcas y dinastías: asegurar su personalidad dentro del conjunto español y defender sus intereses frente a los competidores internos y externos. No aparece en los censos de los siglos XVI y XVII, ni en el catastro de Ensenada, redactado a mediados del XVIII; sólo se incluye en los censos generales de 1768, 1787 y 1797 que ya no eran meramente castellanos, sino españoles. Sin embargo, el Consejo de Castilla tenía plena autoridad judicial y gubernativa sobre las Islas. No hubo un cambio en el status institucional de las Islas durante el Antiguo Régimen; si no estaban incluidas en los censos de población anteriores a 1768 es porque no se ejecutaban con fines informativos, sino recaudatorios. Pero las Islas gozaban de un tratamiento fiscal muy favorable; frente a la multitud de imposiciones que abrumaban a Castilla, la partida llamada «rentas de Canarias» era tan tenue que muchas veces no figuraba en los presupuestos generales; se componía de derechos de aduana y alguna participación en las rentas eclesiásticas. En los mayores apuros del siglo XVII se pidieron algunos donativos, se vendieron algunos oficios públicos y un par de señoríos. Las levas y quintas fueron también muy pocas.

Este trato favorable se aprecia también en el comercio de Indias, vital para Canarias. El poderoso Consulado de mercaderes de Sevilla, a pesar de sus protestas, nunca consiguió que se privase a Canarias del privilegio de enviar un determinado tonelaje de frutos (generalmente vinos) que no pasaba por los registros de Sevilla y que solía incrementarse con envíos fraudulentos difíciles de evaluar. ¿Motivos de este trato privilegiado? No están claros; quizás su posición estratégica y ame-



Portada de la Casa de Colón. Las Palmas de Gran Canaria.

nazada y la conveniencia de asegurar una fidelidad que nunca se desmintió.

El archipiélago combinó siempre una economía de subsistencia con monocultivos de exportación que, primero, fue el azúcar, después el vino de malvasía, más tarde el plátano, pero ya, a partir del XIX, diversificado por el auge del tomate y la patata, cultivos ambos de origen americano. El comercio de productos se combinaba de forma natural con el intercambio de ideas. Fue Canarias uno de los hogares más activos de nuestra Ilustración, aunque sus máximos representantes, desde

el estrambótico Marqués del Valle de San Andrés hasta don Agustín de Bethencourt, director del Real Gabinete de Máquinas del Buen Retiro, pasando por Clavijo, cuyas peripecias personales inspiraron a Goethe y Beaumarchais, buscaron fuera de las Islas teatro más amplio a sus notables ambiciones.

La tendencia continuó en los tiempos contemporáneos, pero cada vez más (quizás por la mayor facilidad de comunicaciones) combinando la presencia en el ancho mundo con la estancia de estos canarios universales en su tierra natal. □

RESUMEN

Domínguez Ortiz comenta una obra colectiva que sintetiza lo esencial de la historia de Canarias. Desde su incorporación en el tiempo de los Reyes Católicos a la Corona de Castilla tuvo dentro de ella una posición muy singular, y en varios aspectos privilegiada: ma-

yor autonomía municipal, menor carga impositiva, facilidades económicas para el comercio con América, etc. Muy cosmopolita en sus relaciones exteriores, ello no ha mermado en nada su integración y su fidelidad al conjunto hispano.

Antonio de Bethencourt Massieu (coord.)

Historia de Canarias

Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1995. 597 páginas. 5.000 pesetas. ISBN: 84-8103-056-2.

Qué es



Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Una historia regional», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre <i>Historia de Canarias</i> , de Antonio de Bethencourt Massieu (coord.)	1-2
«Confluencia de métodos», por Antoni M. Badia i Margarit, sobre <i>Sociolingüística histórica (siglos X-XII)</i> , de Francisco Gimeno Menéndez	3
«Galdós y la calle madrileña», por Alonso Zamora Vicente, sobre <i>Vida de Galdós</i> , de Pedro Ortiz Armengol	4-5
«¿Qué hay debajo de la pintura?», por Juan José Martín González, sobre <i>La pintura italiana hasta 1400. Materiales, métodos y procedimientos del arte</i> , de autores varios	6-7
«Moralidad, modernidad, teología», por Olegario González de Cardedal, sobre <i>Tratado de lo mejor. La moral y las formas de vida</i> , de Julián Marías	8-9
«Tiempo para pensar», por Alberto Galindo, sobre <i>About Time. Einstein's Unfinished Revolution</i> , de Paul Davies	10-11
«Los nuevos filósofos», por Ramón Pascual, sobre <i>La tercera cultura. Más allá de la revolución científica</i> , de John Brockman (ed.)	12

Confluencia de métodos

Por Antoni M. Badia i Margarit

Antoni M. Badia i Margarit (Barcelona, 1920) es catedrático emérito de Gramática Histórica española y catalana en la Universidad de Barcelona. Miembro del Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española. Ha publicado libros de lingüística y de sociolingüística.

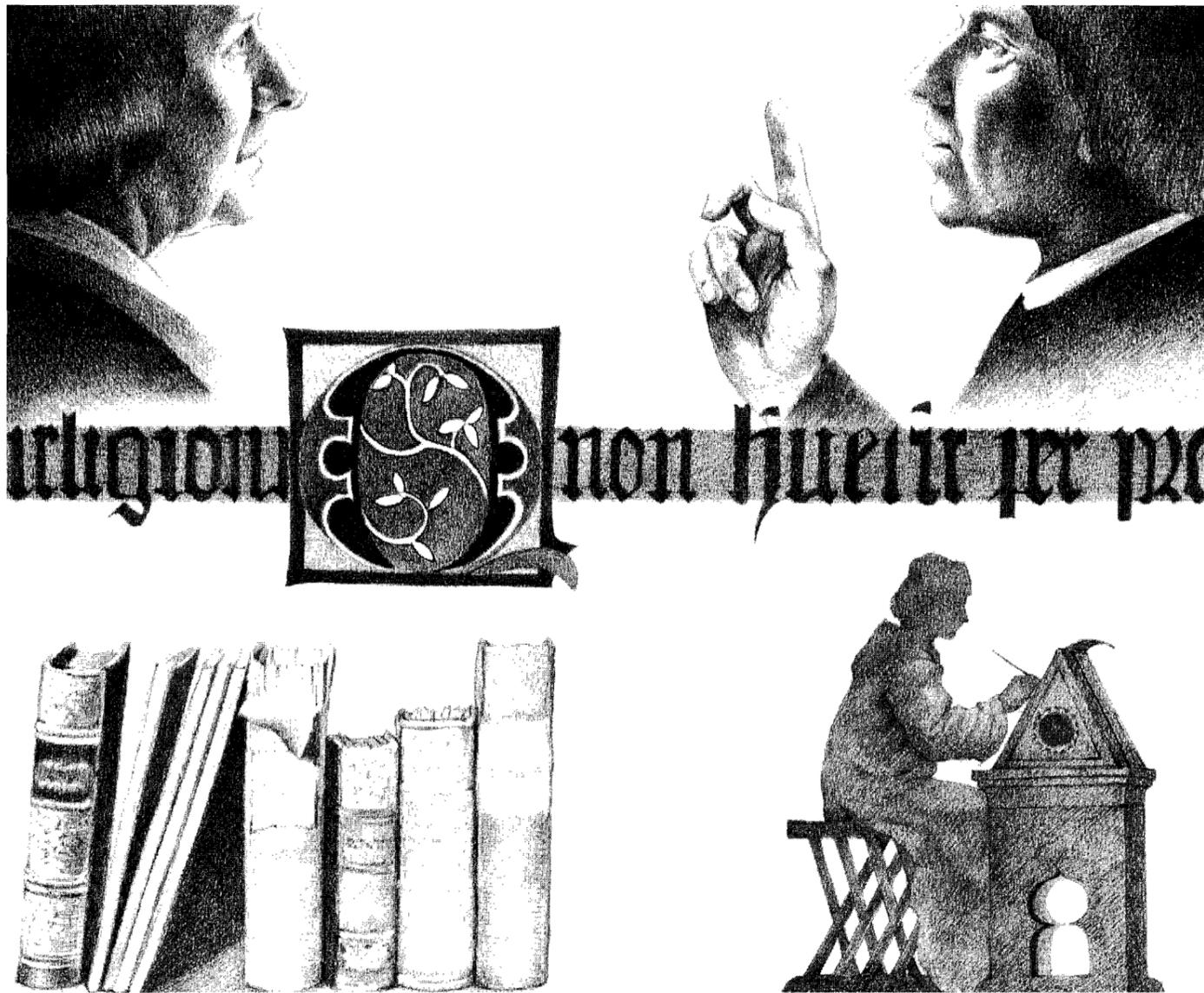
Un primer conocimiento científico cabal de las lenguas románicas fue posible gracias a la escuela de los neogramáticos. Éstos, en el último tercio del siglo XIX, establecieron las férreas leyes fonéticas, que daban cuenta rigurosamente de los rasgos singularizadores de cada romance, a través de las formas particulares en que el latín vulgar se modificó en los distintos territorios en que se había implantado. De esta forma, la gramática histórica de cualquier lengua románica, elaborada con precisión, era como una radiografía en la que difícilmente se le había escapado al autor ningún detalle que pudiese modificar la fisonomía de la lengua así retratada. Ello no obstante, por sus mismas características (exclusividad, hermeticidad, etc.), no tardaron en aparecer réplicas a tal manera de hacer lingüística. Una de ellas, la dialectología: las hablas vivas presentaban rasgos idiomáticos que contravenían las rígidas leyes de los neogramáticos y sus conocedores se enfrentaron a los historicistas. Fue la llamada «polémica de las leyes fonéticas».

De ello resultó una nueva gramática histórica que, haciendo concesiones a sus oponentes, incorporaba datos que antes hubiera considerado aberrantes, por escapar a sus hasta entonces inflexibles leyes evolutivas. Sin duda, la escuela que mejor supo combinar ambas orientaciones, aparentemente antagónicas, fue la de Ramón Menéndez Pidal. Como es natural, pienso en «algunos principios geográfico-cronológicos» con los que el maestro culminaba su magna obra *Orígenes del español* (1926). Esta escuela ha sido ejemplar, fructífera y eficaz.

Ahora bien, la historia de la ciencia no puede pararse en un hito, por señalado que sea, porque la propia ciencia sigue su curso incesante, siempre a la búsqueda de nuevos datos y nuevas interpretaciones. Se sucedieron otras metodologías (recordemos las señeras del estructuralismo y del generativismo), que planteaban los hechos de lengua desde puntos de mira sincrónicos, pero que quedaban lejos de la vieja gramática histórica (sin perjuicio de que un día los estructuralistas contribuyesen a la vertiente evolutiva de las lenguas o que los generativistas le cediesen ciertos conceptos e incluso nomenclatura). Tres vecinos en una sola casa (la lengua), pero cada uno en su piso privativo (con su propia óptica sobre la misma casa).

Con todo, la ciencia avanza. Y otro día surge una nueva ciencia: la sociolingüística. Solemos cifrar sus inicios en 1953, año de la publicación del libro *Languages in Contact* de Uriel Weinreich. Sin embargo, hay que reconocer que se había trabajado mucho en este campo, bajo el concepto de historia de la lengua. ¿Sería la flamante ciencia un nuevo vecino que le discutiese a la gramática histórica la exclusividad de su piso? De momento nada había que temer: como sus paralelos en el ancho mundo, la escuela de Menéndez Pidal sabía conjugar la historia interna de la lengua (o gramática histórica) con su historia externa (o evolución de maneras, estilos y registros).

Con todo, si desde 1953 se iban deslindando los objetivos de lingüística (la lengua



FUENCISLA DEL AMO

en sí misma) y sociolingüística (los usos de la lengua), en la práctica las cosas no son tan claras: en rigor, todo es lingüística y nada hay que no sea sociolingüística. No hay más que ver cómo se ha pasado de la dialectología clásica (diacrónica) a la dialectología de la variación (sociolingüística).

Superar diferencias

Todas estas consideraciones vienen a cuento a propósito de la obra de Francisco Gimeno. Aunque su mención explícita no aparezca hasta la mitad del presente comentario, no he hecho más que exponer el proceso intelectual que ha regido la elaboración del libro. Brevemente dicho: cuando era convicción de muchos que la lingüística histórica y la sociolingüística eran ciencias que muy poco tenían que ver una con otra, Gimeno realiza uno de los más serios intentos de superar diferencias entre sus métodos, aparentemente irreconciliables. Y ya no sorprende constatar que el concepto de «variación» pertenezca a la sociolingüística, sin que la dialectología deje de consistir en la «variación» con respecto a la «lengua común».

Sin embargo, no todo acaba aquí. Sin negarle importancia a ese «puente metodológico», es evidente que, en definitiva, ambos extremos ya se acercaban. Pero es que, además, Francisco Gimeno trata de enlazar muchos otros cabos sueltos, que por lo menos hasta ahora no se habían puesto en relación. Justamente el libro es una llamada a la integración, por la que se ponga de manifiesto (leemos en la pág. 175) «la heterogeneidad lingüística ordenada y dinámica en

el tiempo (lingüística histórica), espacio (dialectología), sociedad (sociolingüística) y situación (pragmática)».

El esfuerzo por dar razón de todo ello le ha hecho abrir a Gimeno un amplio abanico. Como reza el mismo título de su libro, su propuesta parte de lo que sabemos del castellano de los siglos X a XII: es decir, la época que cubrían los *Orígenes* de Menéndez Pidal. Asistimos, pues, a un diálogo que parece imposible entre interlocutores, separados por setenta años; pero diálogo efectivo (porque lo que se contrasta son los datos que se manejan) y al mismo tiempo laborioso (porque durante estas siete décadas ha hecho su aparición la informática).

Amplio abanico, digo. Partiendo de los planteamientos teóricos de la lingüística y la sociolingüística históricas, Francisco Gimeno nos lleva, primero, a un documentado estado de la cuestión sobre la lengua de hace mil años, seguido de un jugoso y muy recomendable capítulo sobre lengua y cultura en la sociedad medieval, para llegar a lo que acabo de llamar «los datos»: el análisis esta-

dístico e informático de los fueros municipales. Apartándose del campo fonético (y, todo lo más, léxico), en los que preferentemente se había trabajado desde Menéndez Pidal, Gimeno orienta su análisis hacia cuatro aspectos gramaticales, sobre todo sintácticos, los menos tratados hasta el presente. Son los siguientes: 1) simplificación de la flexión nominal latina; 2) origen del acusativo preposicional; 3) evolución del objeto directo personal en español; y 4) variable sintáctica «ad» ante objeto directo personal en textos forales (éste es el que más desarrolla). Tupido ensayo de método y, al propio tiempo, ambicioso programa de trabajo.

Este libro, no de lectura fácil y a menudo demasiado teórico, es fundamental. Además, el autor ha consultado una cantidad impresionante de publicaciones (y también desde este ángulo será utilísimo). Sólo diré que sus referencias bibliográficas se acercan a 550 títulos. Mucho cabe esperar de ese maridaje entre lingüística y sociolingüística históricas. Ambas podrán convivir en el mismo piso. □

RESUMEN

Frente a la creencia de que la lingüística histórica y la sociolingüística eran ciencias que muy poco tenían que ver una con otra, el trabajo de Francisco Gimeno, que comenta Antoni M. Badia, tiende puentes entre sí y resulta, de esta manera, uno de

los más serios intentos de superar diferencias; un trabajo, en fin, que, yendo a los orígenes del español, el período estudiado por Menéndez Pidal en su obra clásica, muestra el posible maridaje entre ambas ciencias.

Francisco Gimeno Menéndez

Sociolingüística histórica (siglos X-XII)

Visor-Universidad de Alicante, Madrid, 1995. 251 páginas. 2.200 pesetas. ISBN: 84-7522-450-4.

Galdós y la calle madrileña

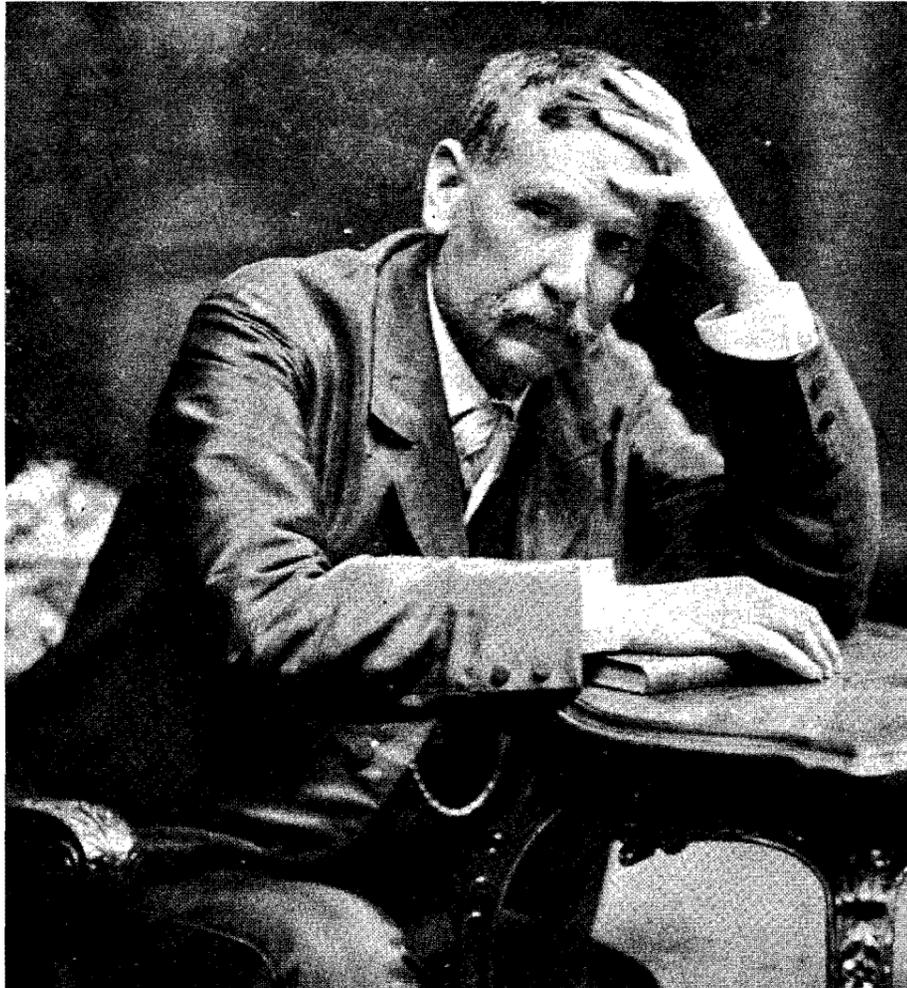
Por Alonso Zamora Vicente

Alonso Zamora Vicente (Madrid, 1916) ha sido catedrático de Filología Románica de la Universidad Complutense y secretario de la Real Academia Española. Su bibliografía recoge temas filológicos y literarios tanto clásicos como contemporáneos: desde *Lope de Vega a Cela, pasando por Valle Inclán*. Es autor, además, de varios libros de narrativa.

Acaba de aparecer en los escaparates de las librerías un grueso volumen, *Vida de Galdós*, obra de Pedro Ortiz Armengol, excelente conocedor del gran novelista del siglo pasado y principios del ya claudicante actual, personalidad equiparable a la de los grandes novelistas europeos de su tiempo y, en algunos casos, superior a ellos. Ortiz Armengol ha dedicado, con anterioridad, sus afanes a diversos aspectos de la vida y la obra galdosianas, con éxito y agudeza crítica (destacadamente a *Fortunata y Jacinta*), y ahora nos presenta esta biografía, cima de largos años de trato con el escritor canario. Ortiz Armengol no es el aficionado que cae sobre sus posibles lectores con ansias de provocar deslumbramientos, ni el erudito solitario que trabaja con lo que tropieza por casualidad. No: Ortiz Armengol ha demostrado ya plenamente, y en varias ocasiones, la firmeza de su amor por la obra galdosiana. En este libro pone a contribución de esa pasión su equilibrado juicio, sus armas de lector fervoroso, y se encara con el escritor muerto ya hace largos años y nos acerca a él con clara voluntad de entendimiento.

Pedro Ortiz ha manejado un extraordinario caudal de datos, procedentes, en su mayoría, de las copiosas cartas conservadas, escritas por Galdós o a él dirigidas. Entre la urdimbre de esas cartas (las íntimas de Emilia Pardo Bazán, especialmente las legadas a la Academia Española por Agustín González de Amezúa, que fueron publicadas, a pesar de los descos opuestos del testador, por Carmen Bravo Villasante; las de igual naturaleza, que nos iluminan la difícil relación con Concha Ruth Morell o, ya en los últimos años de su vida, con Teodosia Gandarías; las familiares, especialmente las dirigidas a su hija, reconocida legalmente muy pronto; las políticas y literarias; y las que nos aclaran ciertas formas de su reiteradamente compleja situación económica, nada boyante por sus escasas dotes de administrador); en esas cartas, pues, se nos va poniendo en pie la imagen del hombre-escritor Benito Pérez Galdós, a pesar de su empeñoso mantenimiento del secreto en que envolvió su vida privada. Y aunque es muy visible la postura de Galdós y de sus familiares por mantener tras una barrera de silencio su intimidad, podemos ahora, en esta obra de conjunto, perseguir, casi día a día, el azacaneado devenir de éxitos y desencantos, de esplendores y de ruina, ese entrelazado azar de síes y de noes que es la vida. Así alcanzamos los últimos años del escritor, desquiciados por su deterioro físico. Vaya, pues, nuestro reconocimiento a la arriesgada expedición de Pedro Ortiz, granada en este volumen de imprescindible guía en lo sucesivo.

Página a página podemos seguir, calendario al margen, la vida y la obra de Pérez Galdós, sus procedimientos de trabajo, ¡tan rápidos!, sus relaciones personales, su constante agobio económico, los altibajos de su comportamiento político (que le llevaron a figurar como banderín de una determinada actitud contra la rutina y el tradicionalismo hueco y comodón, actitud que casi nadie podía entender en su tiempo) y la gestación de sus novelas, y la posterior acomodación a la escena de algunas de ellas, etc. Incluso nos enseña, muy por menudo, y con especial interés, el reflejo del auténtico Galdós en la obra escrita y las extrañas, inquietantes se-



Benito Pérez Galdós.

mejanzas entre muchos avatares reales y los inventados anteriormente en las novelas («Yo invento maravillas... la realidad me plagia», proclama un personaje de *Tormento*). En fin, podemos hablar del hombre Galdós con mucho más aplomo y conocimiento del que veníamos disfrutando. Uno de los valores más nítidos de este volumen es el de poner, debidamente armonizadas, las aportaciones dispersas a través de la ya agobiante bibliografía, socorro valiosísimo para el no especialista. Entre los frutos más sugestivos para lectores de mi generación se cuenta una nueva, total reconciliación con Galdós, más profunda y emocionada que la conseguida a través de una mirada, digamos, profesional o filológica, la que, en los años de nuestra formación, nos perseguía, temerosa timidez por nuestra parte, frente a las páginas galdosianas. Porque nos hemos ido haciendo, literariamente, en torno a la discusión pro- y anti- Galdós. En el medio familiar, Galdós disponía de intocable prestigio. «Parece una novela de Galdós», era comentario obligado a la lectura familiar, noche invernal adentro, al calor de una calefacción rudimentaria, al desgranar las noticias corrientes, escandalosas, con que, un día sí y otro también, nos distraían los periódicos. «Eso es un drama de Galdós», era la apostilla forzada a las noticias sobre herencias, hijos naturales, crímenes pasionales, etc. Por la amistad viva de familiares próximos con el círculo humano de Galdós sabíamos, ya desde niños, datos de él y de sus libros, sin haberle leído aún. Se trataba de una complicidad acordada. En los años universitarios, Galdós se nos escamoteó, execrado por los noventayochistas y, en parte, por los profesores-poetas del 27. Don Benito «el garbancero» (como Valle Inclán se atrevió a escribir en *Lucas de Bohemia*, pocas semanas después de la muerte del viejo novelista) era repudiado y su hueco se llenó con los grandes noventayochistas. (No sin trabajo: el más próximo, a pesar de su tantas veces denunciada inquina, fue Baroja, galdosiano en páginas y temática.) El

rechazo a Galdós fue también muy visible en los novelistas posteriores, más o menos sociales o líricos: Carranque de Ríos, Arconada; no digamos Miró o Bacarisse; o el propio Gómez de la Serna. Todo el bagaje galdosiano que nuestro contorno familiar nos había ido acumulando se tambaleaba ante el choque «universitariamente» dirigido. Todo ese bache de ruidoso silencio o desdén va, en Galdós, desde el artículo escandalosamente negativo de Antonio Espina (*Revista de Occidente*, 1923) hasta la cordial resurrección, casi limitada a los *Episodios*, durante la guerra civil, y la ya más consciente, y aún operante, encabezada por las jornadas que, bajo la dirección de Alfonso Reyes, se celebraron en la Universidad de México (*Obras completas*, VI, 1957). Desde el exilio español han contribuido muchas voces al claro entendimiento de nuestro autor (Bergamín, Guillermo de Torre, Arconada, María Zambrano, hasta llegar a los libros de Casaldueiro y de Montesinos y, luego, de tantos otros). Entre los noventayochistas, tan reticentes en un principio, se acabó por reconocer —sobre todo Azorín— cuánto le debían para su interpretación de la realidad española.

Pero, volviendo a los años de adiestramiento de mi generación, en medio del rechazo poco menos que total, otra nos quedaba dentro. Sí, era un prosista desaliñado —ya leíamos a Miró—, gris, no tenía los espasmos de idealidad que Azorín echaba de menos en sus predecesores o en general en la generación realista, como plenamente declaraba en *La voluntad*. Pero lo cierto era que, al detener la mirada, mirada anhelante de novedades y de paisajes henchidos, sobre el contorno madrileño, fuimos descubriendo que, en contra de la actitud escolar y erudita, estaba la realidad misma, inesquivable: Galdós nos había enseñado un sinfín de elementos sorprendentes y admirables. Descendíamos por los suburbios, o por las casas de vecindad de las proximidades del Rastro o de Lavapiés (¡calle de las Amazonas, donde una plazuela transida

alternativamente de enloquecido griterío y de apelmazado silencio, sustituye al pobretón refugio de Nazarín...!), o por los despeñaderos de las Vistillas, o también por los barrios burgueses, recién inventados, con su espectacular mezcla de lujo y resabios de chabolas y pobreza, y comprobábamos que aquella humanidad que se movía, asediando la gran ciudad, era, no había otra manera de definirla, «galdosiana». Y al buscarla en alguna de sus novelas llegamos a encontrarnos con trozos que no sólo mostraban esa lancinante inestabilidad del suburbio renovándose cada primavera, sino que incluso la «manera» de ofrecérsela presentaba estrechos contactos con la lengua noventayochista. Tal ocurre, por ejemplo, con el vagar solitario, apesadumbrado, de Maximiliano Rubín por el contorno de las Micaelas. Como fondo al edificio que guarda a Fortunata se nos crece el descampado inhóspito, olor de solares y escombreras, una molineta-noria, que gira con velocidad variable, oscilación que Galdós relaciona con los estados anímicos del personaje, horizonte próximo de cementerios (¡anuncio de Solana...!) y veredas entre yerbas humildes, y otro horizonte lejano de la sierra azul con toques de nieve, y el azorado deambular de perros vagabundos, y el repetido, monótono martilleo de los canteros, quizá la vida entera buscando el cauce del viejo Camino de Aceiteros, cercanías de Cuatro Caminos en «soledad expectante». El trocito (*Fortunata*, parte II, cap. V, «Las Micaelas por fuera») nos presagia los trozos más agudos de *La lucha por la vida* o de *La voluntad*. Se trata de un pasaje de profético impresionismo, en un libro que es, nadie lo pondría en duda, la cúspide del arte realista en español. Dada la despreocupación, cuando no repugnancia, de Galdós por la teoría literaria, los ismos y demás recursos de la crítica consagrada, hemos de cargar estas apariciones a su propia sensibilidad artística, despierta y en ejercicio. ¿Seguiremos llamándole «garbancero» o sus derivados? ¿Cuándo reconoceremos que incluso nuestros más agudos, queridos y afines escritores son también capaces de rencores, malquerencias, enemistades?

Geografía urbana

Pedro Ortiz ha perseguido con vigilante minucia el paso de Galdós por la geografía urbana madrileña (la copiosa notación a su edición de *Fortunata y Jacinta* lo demuestra). Desde las casas de huéspedes donde Galdós vivió al llegar a Madrid (calle de las Fuentes o del Olivo, donde Mesonero, muchachuelo de pocos años, lo recuerda divertido, fue héroe del 2 de mayo; Serrano, con su prestigio creciente al empezar a ser poblada por la nueva aristocracia del dinero y por la rancia que abandonaba sus viejos palacios del barrio antiguo; la residencia ya más que burguesa en la Plaza de Colón, dominando los jardines y las caballerizas del palacio ducal frontero; Alberto Aguilera, aún Arceneros; Santa Engracia...) hasta acabar aposentándose en el hotelito neomudéjar de la calle de Hilarión Eslava, al borde de la Moncloa, donde, recién nacido 1920, vino la muerte a llamar a su puerta. Ya no existe la casa, ni siquiera el recuerdo. Ha sido muy compleja la transformación del barrio después de los bombardeos de la guerra civil. Pero aún hemos alcanzado a ver reuniones de niños de las escuelas públicas que iban, 2 de mayo adentro, a depositar unas flores ante la lápida que recordaba el paso del escritor por su recinto.

Muy especialmente ha revisado Ortiz Armengol el trabajo entusiasta de Galdós ante la elevación de San Quintín, el palacete santederino donde tan a gusto se encontraba,



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

con su jardín, sus animales, donde recibió la invitación (¡tan anhelada!) de Alfonso XIII para ir a la Magdalena, y regresar de la entrevista fascinado, él, cabeza visible de un republicanismo difuso de orillas y vestido de concreta algarabía de latiguillos, deseos de sinceridad religiosa e irrestañable facundia anticlerical. Todavía en la década de los 30, inicios de la Universidad Menéndez Pelayo, hemos ido a visitar el refugio galdosiano, cuando aún flotaba en el ambiente la idea de transformarlo en museo. Todo se ha perdido, tan sólo persiste el nombre de un paseo. Ya no valen lamentos ni lloros: una vez más la desidia oficial no ha sabido arreglar algo que hoy podría ser orgullo de Santander. Queda, eso sí, la bahía, ancha, desplegada hermosa, la bahía que a Galdós, isleño, le calmaría todas las ausencias e incomprensiones. Quizá por el aire alto queden los rescoldos de los saludos que enviaba, desde su puesto de observación, a los barcos que entraban o salían del profundo remanso marino.

Por extraña circunstancia, el Galdós combatido hasta la más enconada furia por los elementos tradicionalistas del país (basta recordar las turbias maniobras para obstaculizar su candidatura al premio Nobel, maniobras que se han reproducido también en otros casos, y que Ortiz nos cuenta detalladamente) no lo fue tanto en lo que se refería a los *Episodios Nacionales*. En nuestros años juveniles se nos hacía leerlos casi como método para despertar el afán de lectura. Hoy veo, diáfano, que, en realidad, no nos aconsejaban más que *Trafalgar* y *El 19 de marzo* y *el 2 de mayo*. Los demás no existían. No creo que fuese por aviesa intención, no; simplemente ocurría que el sufrido cuerpo docente seguramente no conocía otros, o temía que el desventurado mozuelo se fuese a topar con una doña Perfecta cualquiera, o vaya usted a saber con quién, que podría, desde luego, acarrear disgustos. En excursiones escolares a Aranjuez, a visitar los palacios o los jardines, en ratos de sosiego, en el Jardín de la Isla, se leían, en alta voz, durante un corto ratito, trozos del motín famoso. Aprendimos allí a escuchar las arengas del tío Pedro y se nos hablaba de su aristocrática personalidad, y nos explicaban ce por be el proceso del Escorial. Pero la enorme masa de novelas que constituyen los *Episodios* se nos alejaba a una oscura zona de

sombras, testimonio irrevocable de la haraganería nacional. Todavía en la tienda de Hernando, Arenal junto al pasadizo de San Ginés, hemos ido comprando poco a poco algunos de los restantes, en aquellas ediciones que llevaban los colores nacionales en la portada, puestos en vertical, como ahora nos recuerda Ortiz que estaba la bandera que cubría el cadáver del escritor, honores oficiales, en la capilla ardiente instalada en el Ayuntamiento de la ciudad que él amó sobre todas las cosas.

Amor leal y enriquecido

Ese amor leal y enriquecido día a día hacia Madrid lo vertió en la famosa conferencia del Ateneo (1915), ya con muchos años encima, conferencia que leyó Serafín Álvarez Quintero. Aparte de la evocación de tantos fantasmas (Alcalá Galiano, Gallardo, Olózaga, Cánovas, etc.) difícilmente se puede encontrar descripción más rica, más llena de volcada simpatía por lo que nos rodea, que la de la calle de Toledo. Esa calle de Toledo (¡aún fue la mía!), calle de tenderetes improvisados, con las mercancías más inesperadas (herramientas, piezas para la instalación eléctrica, calcetines, peines, ungüentos prodigiosos, postales de toda España, otras de felicitación, coloreadas, y unos versitos en el ángulo, hierbas medicinales...), aceras con tiendas oscuras, con puertas de cuarterones, al borde de las que se desenvuelven los grandes rollos de cuerda, los racimos de alpargatas, los bales de esparto para los zaguanes y portales, y los innumerables instrumentos para las tareas rústicas, hoces, horcas, colleras, zarandas, alforjas, rastrillos, tijeras de podar, medidas de madera de avellano para la venta por los regatones ambulantes... Por toda esa calle, hoy tan diferente, nos viene a la memoria lo definitivamente pasado: el desfile del viático, gente que se arrodilla a su paso, se incorpora al cortejo, comercios que cierran por la misma causa, acompañan a todos hasta la casa del enfermo o regresan con el oficiante a la parroquia... Volvemos a pasar por el viejo viaducto, el de hierro, con su temerosa aureola de suicidios, y repetimos el espectáculo de la vida palatina o de las galas en el Real. Variopinto vaivén de lujos

y pobreza que nos hacía a los madrileños creernos superiores a los habitantes de otros lugares, los «isidros», que llegaban en los trenes botijo mayo arriba y que, por lo general, se limitaban a aprovecharse de las rebajillas para consultar a un médico...

Mucho, mucho nos enseñó Galdós sobre la verdad madrileña, especialmente en la coyuntura de abandonar su aire de lugarón manchego para sustituirlo por el de gran ciudad. Igual que en el género chico se produjo una inter-relación de la lengua empleada en el teatro y la usual del espectador, mezcla del habla artística de las tablas y la del suburbio —simbiosis que llega a su madurez en el teatro de Arniches—, Galdós lo hizo sobre la verdad social madrileña. Cultismos de la administración, dejes rurales, arcaísmos, etc., conjurados para el mosaico humano de sus personajes. Y ha logrado que hoy, cuando surge alguna situación concordante con ese desasosiego, fruto del abandono o de la incapacidad sociopolítica, la llamemos «galdosiana». Todos sabemos muy bien qué queremos decir. En mi memoria ocupan lugar inolvidable, y lo seguirán ocupando por mucho tiempo, esas barriadas con pasadizos silenciosos, traseras de conventos y viejos nombres evocadores, que sobreviven a la invasión de mesones turísticos, de comercios ocasionales y pasajeros, de misteriosas puertas nocturnas, inquietantes, alboroto de carcajadas hipócritas y mucho «Madrid, cinco dólares al día». Aún puede verse, por muchas esquinas, noche de verano agobiante, la tertulia de vecinos, sillas de anca, botijo de Tierra de Barros al lado, cotorreos sobre el gobierno, recuerdos de aquel chavalín que les traía fritos con sus juegos y que, una mañana cualquiera de enero, luminoso y frío, no pudo con

su delgadez a cuestras y se quedó como un pajarito... Hay por esas callejas laterales olvidados carteles de porcelana abollada, con anuncios de sastras, de zurcidoras, todo bajo un nombre de mujer... Quizá haga ya mucho tiempo que han muerto. ¿Nos damos bien cuenta de qué vida se esconde detrás de esos carteles...? Y la voz de esas gentes, ¿no nos llega en el nombre del jilguero cantarín que doña Teodosia Gandarias tiene en su casa, «don Procopio»...? ¿No recuerda nadie el famosísimo cuplé *Aventuras de don Procopio en París*, que llenó la boca de grandes y chicos durante muchos años? Fue divulgado por la Fornarina, a partir de 1907. «El buen señor es un conquistador», estribillo de la canción, sonaba y resonaba por todas partes. Su simpatía, su cantar indefinidamente y porque sí, haría que el pájaro fuese bautizado con el nombre del conquistador del cuplé, igual que los viejos de la tertulia que acabamos de revivir canturrearán los motivos que la radio implacable les suministra. Hablarán también de los años de la guerra, y de la posguerra, y de tantos como se fueron a Alemania y, al volver, ya no quieren nada con el barrio, lo desdeñan, presuntuosos... Y seguimos nosotros echando miradas cobardes al interior de las tiendecillas del chatarrero, y del ropavejero, y disculpamos su aire mugriento, enrarecido... Prodigiosa decoración acosada de sentimientos en tumulto, escena ineludible de *Fortunata y Jacinta*, de *La de Bríngas*, viva huella de Benina camino de la iglesia de San Sebastián... Todo un «episodio nacional» contemporáneo, no escrito todavía y al que ha llegado tarde, demasiado tarde, la mirada aguda y generosa de Benito Pérez Galdós. Sí, agradezcamos a Pedro Ortiz la inestimable guía que su libro nos proporciona. | |

RESUMEN

Fruto de una larga dedicación galdosiana, y basada, en gran parte, en el copioso epistolario que del escritor canario se conserva, es esta monumental biografía dedicada a Pérez Galdós. A pesar de la barrera del silencio que rodea

la intimidad del autor de *Fortunata y Jacinta*, gracias a Ortiz Armengol puede seguirse, ahora, el azacaneado devenir de éxitos y desencantos, el entrelazado azar de síes y noes que es la vida, según Alonso Zamora Vicente.

Pedro Ortiz Armengol

Vida de Galdós

Crítica, Barcelona, 1996. 924 páginas. 6.500 pesetas. ISBN: 84-7423-732-7.

¿Qué hay debajo de la pintura?

Por Juan José Martín González

Juan José Martín González (Alcazarquivir, Marruecos, 1923) es profesor emérito de la Universidad de Valladolid, donde ha dirigido el departamento de Historia del Arte. Es miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus obras más conocidas se hallan *El artista en la sociedad española del siglo XVII*, *El escultor en Palacio* y *El retablo barroco en España*.

La definición de Leonardo da Vinci de que «la pintura es cosa mental» sin duda es una máxima aproximación a su contenido, pero si se lee despaciosamente el libro (prontuario de observaciones) se aprecia que hay mucho de investigación personal. Realmente, cuando ahora mismo acudimos a una exposición, el catálogo se limita a recoger una serie de juicios (siempre los favorecedores) y no se dice gran cosa de los temas, las técnicas, si hay o no ambición de lograr conjuntos; incluso si la obra se ha hecho por encargo o llega al consumidor directamente.

Pensemos en amantes de la pintura de mayor categoría. Con suntuosos catálogos de las exposiciones de las figuras consagradas, ya encontrarán tiempo para sacar provecho de los estudios y fichas de las obras presentadas, con una óptica amplísima de posibilidades.

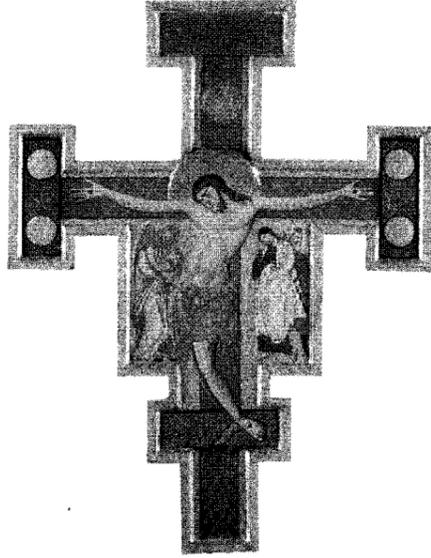
Pero a medida de que se retrocede en el tiempo, el interés decae. Los visitantes pasan como una exhalación por las salas medievales, incluyendo las más afamadas de las escuelas florentina (Giotto) y de Siena (Duccio). Esta desidia tendrá su motivación. Pero si acometemos el comentario del libro que hemos seleccionado, sin duda mucho nos quedará explicado. El gusto personal, la autonomía (y sobrevaloración) de los juicios y voliciones del hombre moderno dan la explicación de las adquisiciones.

Este libro es un compendio de una vía de investigación que están siguiendo los grandes museos, que piensan en el interés de sus tesoros, que es preciso conocer hasta el fondo y valorarlos. Neil MacGregor, director de la National Gallery de Londres, ofrece un sabio y explicativo prólogo a la edición española. Los grandes museos restauran sus obras y después publican memorias de la operación acometida. La National Gallery de Londres comenzó en 1977 la publicación de un Boletín destinado a esta misión. Escogió la figura de Rembrandt para hacer una investigación a tope, con el mayor conjunto de especialistas en historia del arte, nueva tecnología y restauración. El resultado fue sorprendente: el catálogo fue depurado con el mayor rigor, siendo retiradas al pintor obras que estaban consideradas indiscutidas.

Con los fondos del Trecento de la National Gallery se procedió a realizar una experiencia similar, haciendo una exposición con las obras analizadas, pero publicando un libro que diera a conocer todo el proceso investigador. Y como explica MacGregor, esta investigación se ha nutrido de dos fuentes: toda la información que ofrece Cennino Cennini en *Il Libro dell'Arte* (finales del siglo XIV) y cuanto han averiguado los expertos del Museo que se han dedicado al tema. No es, por tanto, un número más de este Boletín, sino un libro que da el espaldarazo a una investigación, que permite estimular el deseo creciente que se está suscitando por conocer cómo eran, cómo están y cómo se elaboraron las pinturas italianas de esta National Gallery correspondientes al Trecento.

No se pueden abordar las cuestiones científicas que vendrán seguidamente si no se ofrece el cuadro previo del significado, los talleres, los centros artísticos y los patronos que las encargaron.

Los artistas tenían la consideración de artesanos y una parte substancial de su trabajo era adquirir los elementos para elaborar la materia pictórica. Pero las proporciones y las mez-



«El Crucifijo», atribuido al Maestro de San Francisco.

clas estaban muy ligadas al éxito. Para poder subsistir tenían que ocuparse de la decoración de objetos como cueros o banderas, expuestas a la intemperie o a la suerte de un combate. De algunos excepcionales, como Giotto, se exigió algo más. Fue designado «capomaestro» de la catedral de Florencia, entendió en obras de arquitectura, pintura y escultura y el cabildo comprendió que además podían servir sus nutridos conocimientos a los numerosos colaboradores.

Estaban integrados en los gremios, órganos con el beneficio de la ocupación y buen funcionamiento, pero estrechos a la hora de obtener libertades como elevación de salarios o de desplazarse a otra población para trabajar, por cuanto el examen facultativo era de ámbito local. Pero estos gremios vigilaban la calidad de las obras. Una ciudad no podía desacreditarse por la negligencia de un artista que descuidara la bondad de los pigmentos o la robustez del soporte, fuera madera, tela o metal.

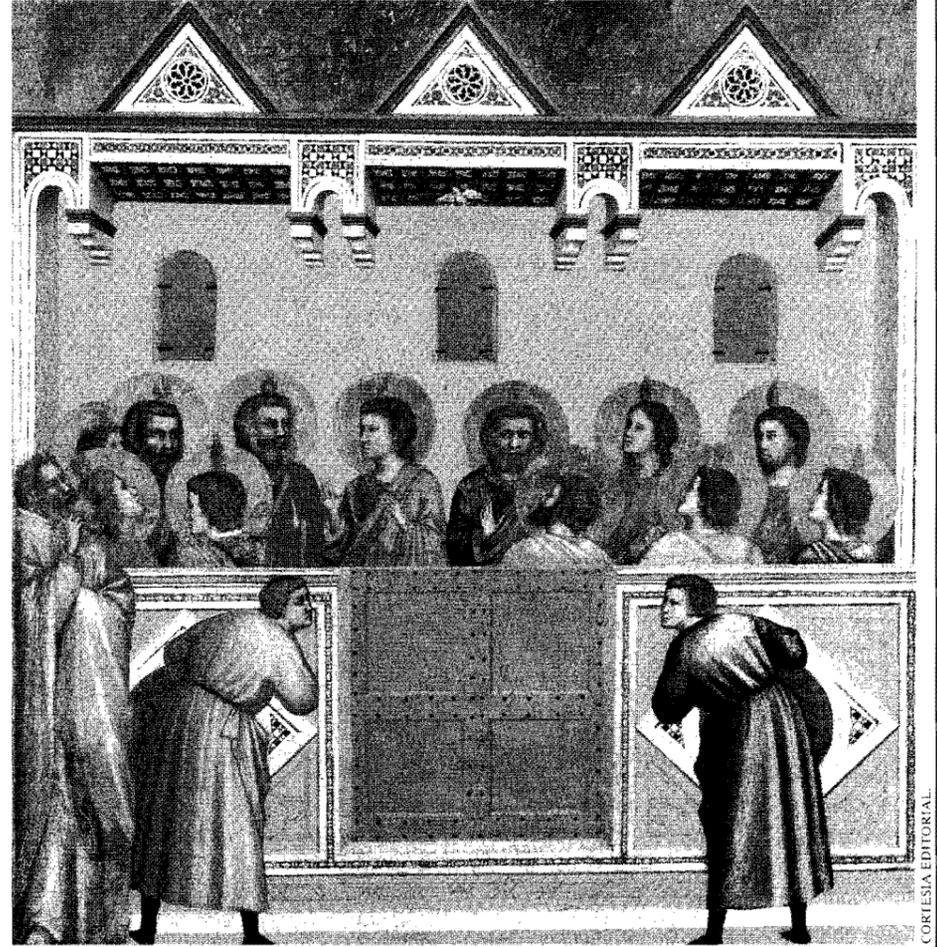
La naturaleza del encargo de una obra artística entra en la substancia de lo económico. Se acostumbra a detallar el tema, con los personajes que lo integran, y se regula su tamaño en función del lugar que ha de ocupar. El tiempo se mide como una operación material y se distribuye la retribución en tres entregas.

Todavía es mayor la vigilancia sobre la obra del artista por el hecho de que surgen cada vez más patronos para embellecer los templos, pues los vecinos saben a quién han de agradecerlos. Lógicamente, los patronos deseaban que se cumplieran sus gustos sobre todo en materia de temas. Se permite que los santos a los que está encomendada una familia se introduzcan en las pinturas. La inmensa mayoría son encargos para los templos, pero ya comienzan las pinturas para los oratorios privados, como las obras que se mencionan en la correspondencia del mercader de tejidos Francesco Datini, de Prato.

Pero si el gremio es registro de la seriedad laboral, la transmisión del oficio queda al arbitrio del artista, pero con limitación de un aprendiz y la obligación de enseñar todos sus conocimientos. Estas circunstancias fueron cambiando a medida que crecía la estimación social del artista, lo que le permitía tener mayor número de aprendices y que una parte de su trabajo (obtenido el fundamento de la formación) se hiciera para el maestro.

Como luego se verá, el ejercicio de la pintura era una suma de operaciones, de suerte que aunque el contrato se extiende con un pintor, la estructura arquitectónica se contrata por separado con un carpintero.

Si reunimos el conjunto de normas profesionales enumeradas, podemos caer en la tentación de pensar que el pueblo cree que la obra ante la que se inclina y reza es puramente obra humana y en todo caso digna de respeto. Y no es de esta forma. El especialista de la pintura



«Pentecostés», de Giotto y su taller.

del Trecento enmudece ante la inmensa calidad, la inventiva, la delicadeza y la poesía que destilan estas obras. Si ahora han pasado del altar mayor de un templo a una sala distinguida de un museo es en razón a su categoría de tesoro artístico. Pese a que en numerosos concilios se precisó que el culto se refería no a la imagen, sino al «prototipo» o persona sagrada representada, el pueblo no lo veía así. Estas pinturas, pese a su exquisitez, fueron perfectamente comprendidas por el pueblo, en el sentido de relación directa con las entidades sagradas representadas. Si en algunas revueltas religiosas se quiso la destrucción de las imágenes sagradas, era por la fe en esta identidad imagen-santidad. Si ahora nos dolemos de la destrucción del arte, es porque los iconoclastas buscaban el desarraigo de las creencias. Cuando se contempla la reconstrucción del retablo mayor de Santa Croce de Florencia, obra de Ugolino di Nerio, se puede comprobar el enorme vacío de la nave central.

El proceso investigador

El carácter rigurosamente científico puesto en ejercicio en este libro se acredita por el material gráfico (169 reproducciones en color y 129 figuras en blanco y negro), con indicación precisa de cómo se han obtenido las ilustraciones. El Apéndice IV contiene la tabla de los precios de los pigmentos (fecha, cantidad, precio y fuente de donde se toman los datos, partiendo naturalmente de la ficha precisa de la obra de que se trata).

Asimismo hay una tabla de pesas y medidas para que los datos puedan estimarse debidamente. Y es utilísimo asimismo el glosario, en que con extensión y claridad se aclaran los términos y operaciones científicas utilizadas: AML: análisis microespectral por láser; MEE: microscopía electrónica de examen minucioso, etc. La fotografía infrarroja sirve para detectar las diferentes capas que figuran en una sección transversal. La reflectografía infrarroja muestra capas bajo la superficie de una pintura y está especialmente indicada para detectar los dibujos preliminares.

La materia objeto del estudio son las pinturas italianas del Trecento ejecutadas sobre soporte de tabla, con pintura al temple de huevo y con dorados, bien lisos o con relieve («pastiglia»). La última operación es el barnizado. Previamente se analizan estas operaciones, descritas por Cennino Cennini, pero enriquecidas por todos los hallazgos efectuados en el laboratorio.

La madera de álamo es la habitual en Italia, así como lo es el pino en España y el roble en los Países Bajos. El serrado de los troncos se hacía en sentido longitudinal, con láminas del mismo grosor, a partir de la del diámetro. Preparar los paneles era tarea lenta, máxime cuando entraba asimismo la estructura del retablo y su forma de ensamblarlo, pues se hacía por secciones y se montaba en el lugar destinado. Cortada la madera, era preciso esperar a que curara, cerrándose los nudos e imperfecciones con colas. Como la parte posterior no suele tratarse, se aprecian las uniones de las piezas que integran un panel, pegadas y reforzadas con clavijas y colas de milano. Es operación delicada, si se quiere evitar el encorvamiento de las tablas y la separación de las partes unidas.

La madera es el soporte de la pintura, pero no se pinta sobre ella. Otra nueva operación artesanal, aislable del pintor. Tenía que llegar a ser una superficie totalmente plana, alisada y blanca como el más pulido mármol. Sucesivamente iba recibiendo la madera capas de cola, un tejido de lienzo muy fino y, ya sobre éste, dos capas de yeso, una extendida con una espátula («gesso grosso») y la última, formada por finísimas capas de «gesso sottile».

Era ya el momento de empezar la pintura. Pero lo primero es el «dibujo preliminar». Se hacía a carboncillo, pero se fijaba con tinta negra diluida en agua, aplicando ya sombras. A veces se ve el dibujo sobre las transparentes capas de pintura al temple, pero con toda nitidez aparecen en la reflectografía infrarroja.

La superficie, con este ligero diseño preliminar, va a recibir las dos aplicaciones propias del pintor: el dorado y la pintura al temple de



Viene de la página anterior



las figuras y paisaje. Se debe comenzar por el dorado, porque ocupa una gran extensión. En las imágenes aisladas de la Virgen todo el fondo es de oro, como los nimbos de las figuras y los elementos suntuarios. El porqué se usa tanto el dorado hay que atribuirlo a herencia bizantina. El oro va unido a la divinidad. Si las imágenes se destinaban al pueblo, el uso del oro (aparte de reverberar y producir luz en la oscuridad de un templo) incrementa su identidad religiosa. Es una forma de hacer patente y sensible la divinidad. Los batihojas se ocupaban de fabricar los panes de oro, técnica que no ha variado. Pero para mayor fiabilidad de la calidad del oro (los quilates) se acudía a la moneda de oro, al florín. Estamos asistiendo con ello a la defensa de una operación artística, pero de arriesgadas consecuencias económicas: la desmonetización. Para ahorrar también se acudía a la plata y al estaño. Para fijar el finísimo pan de oro se cubre la superficie con una arcilla roja, adherente, el bol. No solamente se logra la fijación del pan de oro, sino que después permitirá el abrillantarlo y dejarlo como oro: el bruñido. Pero además es tan fina la capa de oro que el bol acrecienta la suntuosidad del oro. Después se decora con punzones. Los nimbos se trazan con circunferencias incisas (debido a la blandura del bol), siendo visibles en algunos el centro usado por el compás. Pero también se empleó el oro en una técnica que se usará en la madera policromada española. Es el mordiente de oro. Consistía en pegar trozos de panes de oro en una superficie, que luego se decoraba, dejando líneas de oro al descubierto; o la otra técnica del «sgrafiato», que consistía en pegar panes de oro, se cubrían de pintura y luego se arañaban o rascaban, dejando al descubierto un dibujo de oro brillante.

La otra operación es descrita como «la película de la película». En esta rama se aprecia la verdadera entidad del pintor. Tiene que conocer los pigmentos, que el pintor compra en rama y luego en lenta y concienzuda operación muele, hasta obtener las coloraciones adecuadas. El pintor los tenía almacenados en tarros y habitualmente los había adquirido en la tienda de un boticario. Utiliza como aglutinante la clara de huevo batido. El repertorio de colores abarca rojo, azul, amarillo, malva, verde, blanco y negro. El bermellón suministraba el rojo más esplendente, obtenido del mercurio. Pero nada podía competir en espiritualidad con el «azul ultramar», obtenido de la piedra llamada lapislázuli. La malaquita proporciona bellísimas vetas verdes y azurita azul. Y por último, aunque no siempre, el acabado concluye con el barnizado. Era la operación fijativa del cuadro. Pero esta operación se realizaba habitualmente fuera del taller.

El catálogo

Pero todas estas consideraciones quedarían en pura teoría si no hubieran sido aplicadas a nueve piezas y conjuntos, ya hemos dicho que de la National Gallery de Londres. Se trata del catálogo. Un modelo de ficha establece las cuestiones que deben exponerse, aunque no en todos los casos puede haber respuestas. Las obras llegaron hace mucho tiempo a la Gallery. Se ha procedido a este estudio exhaustivo. Se aclara la procedencia, a veces la fotografía donde estuvo la obra, el estado de conservación, las pinturas que le pertenecen y las que están en otros museos; cuál fue el tamaño de las piezas (pues no pocas han sido recortadas). Y naturalmente el estudio de los ensamblajes de las maderas, el dibujo al completo de los retablos, las secciones transversales de las capas aplicadas (color, yeso, cola, dorado), dibujos preparatorios y clasificación de los pigmentos.

Se juntan obras de Florencia y de Siena. Unas y otras se influyeron. Florencia buscó los efectos espaciales. Siena se preocupó de la brillantez del colorido.



«La Virgen y el Niño Jesús con santos», tríptico de Duccio.

Quisiéramos que estas consideraciones finales fueran el mejor testimonio de la utilidad y puesta al día de una metodología que no es meramente actualizar los estudios, sino despertar el entusiasmo por una pintura que, salvo Giotto y Duccio, apenas ha contado valedores. No en balde en este libro limitado al Trecento no se escribe una sola vez la palabra Renacimiento. Meditando sobre los valores puestos de manifiesto, ¿no son merecedores de mayor estima?

Encabeza el catálogo el *Crucifijo* del Maestro de San Francisco, pintor documentado en Perugia. Es pieza monumental, para colocar en la cabecera del altar, como puede verse en un fresco en la iglesia alta de San Francisco de Asís. Están pintados por ambas caras, pero el que se publica fue aserrado y no se conserva la parte posterior. Azul ultramar se aplicó a la cruz y dorado con mordiente presenta el perizonium o paño de pureza de Cristo.

La *Pentecostés*, de Giotto di Bondone, representa la escuela de Toscana. La pieza formaba parte de la predella, con otras cinco pinturas que se conservan. La radiografía de los paneles muestra el curso continuo de las hebras de la madera, lo que confirma que sólo se usó una tabla de álamo.

Una de las obras maestras de la pintura italiana es *La Maestà*, del pintor Duccio di Buoninsegna. Se publica el contrato de 1308, firmado por Duccio, para realizar el retablo mayor de la catedral de Siena, encargado por el responsable de los trabajos de la Ópera de Santa María de la mencionada ciudad. En 1311 fue llevado triunfalmente desde el taller del maestro a la catedral, para su colocación. Pero aparte del documento, la Madonna tiene la firma («Duccio vitate quia pinxit ita»). Pero como un políptico de los más complicados, pintado por ambas caras, sigue siendo muy útil la reconstrucción que se publica, realizada por White. El reflectograma infrarrojo muestra el dibujo preliminar en el ángel de la Anunciación. Y ésta lleva manto con azul ultramar y túnica con dorado con mordiente. En la escena de la curación de un ciego de nacimiento por Jesús se ha comprobado que la arquitectura fue hecha con regla sobre la pintura ya parcialmente seca, con lo que el edificio aparece detalladísimo. El Tríptico de la *Virgen con el Niño*, de Duccio, perfectamente conservado, es una muestra de lo maravilloso de esta pintura trecentista. La Virgen está dorada en su derredor y con el nimbo finamente punzonado. La reflectografía infrarroja ofrece numerosos de-

talles del dibujo preliminar, incluso la línea duplicada al haberse escindido la pluma del ave empleada como pincel.

Se ofrece una reconstrucción del retablo mayor de la iglesia de Santa Croce de Florencia, con las pinturas que posee la National Gallery de Londres y las que se hallan en otros puntos. Es obra del pintor sienés Ugolino di Nerio, pero su fiabilidad está apoyada en un dibujo original del siglo XVIII. Las siete pinturas de la predella quedan ordenadas correctamente gracias a las radiografías, que muestran las fibras de la madera.

La pintura de Florencia contó en la segunda mitad del siglo XIV con Andrea di Cione, más conocido por Orcaña. Están representados en este libro sus hermanos Nardo di Cione y Jacopo di Cione. El panel de *San Juan Bautista con San Juan Evangelista (?)* y *Santiago* es de las obras de más brillante colorido. La fotografía infrarroja, con la facilidad de que los pigmentos son más transparentes que de ordinario, permite ver con toda nitidez el dibujo preliminar, que no se limita a las líneas esenciales, sino que precisa el volumen y los vasos sanguíneos. Y ofrece los dos tipos de dorado: el plano, del envoltorio de las figuras, y el del suelo, obtenido por «sgrafiato» («grafido» en el castellano de la época), que se hace aplicando una pintura sobre el oro, en la cual, por medio del grafo o punzón, se hacen los dibujos, arañando la superficie.

El retablo de la *Crucifixión*, de Jacopo di Cione, es un testimonio de la suntuosidad y luminosidad del colorido, y al propio tiempo de la claridad que aporta el color a una escena tan abigarrada como esta pintura. El diferente colorido aplicado a los caballos es la prueba más evidente del volumen adquirido a costa meramente del color. Mediante relieves de yeso («pastiglia») se obtiene una gran claridad del adorno. El bermellón se conserva en buen es-

tado en los suelos de los santos laterales, mediante dorado al mordiente. Pero además este retablo permite llegar a conclusiones definitivas de colaboración de dos maestros con numerosas muestras de estilo y técnica diferentes.

Y cierra el catálogo el *Retablo de San Pier Maggiore*, de Florencia, asignado a Jacopo di Cione. Se publica la documentación. En 1370 se encarga «dibujar» (no pintar) el retablo, y en 1371 se consigna la entrega de colores. Es un buen testimonio para precisar la nominación exacta de los colores (bermellón, azul ultramar, azul pálido, amarillo de estaño-plomo). Se presenta el hermoso fotomontaje elaborado por Jill Dunkerton, incluida la predella, que no es de la National Gallery.

La reconstrucción presenta serios problemas, porque el retablo fue cambiado de lugar en 1611, recortándose las piezas sin duda por insuficiencia del espacio. La transparencia de algunos tonos permite ver a simple vista el dibujo preliminar, como en la figura de San Esteban. El hecho de que estén documentados los pigmentos permite aseverar con firmeza la distribución del color. Y además se sabe que los paneles se trasladaban a la iglesia de Santa María la Nova, donde habían de barnizarse, técnica por tanto perfectamente documentada. Pero parece ser que se trasladaba para volver al taller, de donde saldría finalmente para el montaje definitivo. El término usado por Cennini es el de «vernice liquida», que sería el usado en esta ocasión.

La pintura es un arte para ver; son los ojos los que disfrutan. Pero no hay duda de que el conocimiento de cómo se ha hecho aumenta la curiosidad y el aprecio. ¿Es que acaso no aconteció lo mismo poco después con la aparición de la pintura al «óleo sobre tabla», en la escuela flamenca y sobre todo en las obras de los Van Eyck? □

RESUMEN

Según Martín González, el divorcio arte-ciencia puede darse por concluido. Si el arte ha acudido a procedimientos científicos (aunque el artista haya actuado empíricamente) es menester averiguarlo. La apreciación del arte mejora si realmente se pro-

ducen satisfactorios hallazgos, como los que han encontrado los autores del libro comentado, y es que la investigación interdisciplinaria ha propiciado el estudio de la pintura del Trecento de la National Gallery de Londres.

Autores varios

La pintura italiana hasta 1400. Materiales, métodos y procedimientos del arte

Ediciones del Serbal, Barcelona, 1995. 225 páginas. 6.800 pesetas. ISBN: 84-7628-150-1.

Moralidad, modernidad, teología

Por Olegario González de Cardedal

Olegario González de Cardedal (*Lastra del Cano, Ávila, 1934*) es doctor en Teología por la Universidad de Munich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otros libros, de *Jesús de Nazaret, Madre y Muerte, Raíz de la esperanza* y *Cuatro poetas desde la otra ladera*.

Este libro, tan breve como transparente, tan sereno en la superficie como apasionado en el fondo, tiene la virtud admirable de introducirnos, como quien actúa con la mayor naturalidad, en el problema decisivo de la vida humana: la realización del quehacer primario que es ser hombre con sentido, hacer de la existencia un proyecto, vivir con intensidad apasionada, tomar el curso de la vida en propia mano, siguiendo sus trayectorias sucesivas e integrando sus inesperados vericuetos. Sólo quien ha gastado sus días explorando los problemas antropológicos, metafísicos e históricos puede ofrecernos una síntesis con la información y realismo, transparencia e ilusión que rezuman estas páginas.

La moral intrínseca

Su primordial virtud es reconciliar al lector con la «moral», palabra tan ajada, temida y denostada, en los últimos siglos, por sospechar que arrastre consigo las imposiciones y costumbres, excrecencias y ambigüedades de una historia agotada. Esta reconciliación nace de la mostración de cómo vivir es realizar la vida, llevar adelante un proyecto, existir inexorablemente en una forma, carácter y talante. Lo mismo que no podemos sustraernos a la existencia, no podemos sustraernos a la moralidad. Ésta pertenece intrínsecamente a la vida, ya que no es posible vivir sin motivos y fines, sin intención y meta. Los animales van marchando con la cabeza baja; los hombres, en cambio, tenemos que ir adivinando, anticipando y proyectando con la cabeza alta.

La vida es espontaneidad esencialmente y sin ella no sería vida humana; pero tampoco sería humana abandonada a la mera espontaneidad. Esa vida tiene que encontrar su cauce para que sea fecunda y no se pierda como agua derramada. Tal cauce o norma tiene que tener una cierta universalidad inicial, ya que sólo es bueno aquello que llega a la entraña del hombre y, por eso, todos los hombres pueden reconocerse en ella. No en vano la moralidad se refiere a la vida humana en su condición personal. Por eso, el hombre, en medio de la espontaneidad de la naturaleza y en medio de las vicisitudes que le llegan de la historia, tiene que forjar una vida personal. Tiene que elegir, preferir, establecer predilecciones. Va descubriendo lo bueno y lo malo, lo bueno y lo mejor, lo que amenaza su dignidad y lo que ensancha su esperanza. Se encuentra, sobre todo, con su libertad y su responsabilidad. Adivina una vocación, que se le impone a la vez que se le ofrece, que reclama una trama y un argumento dentro del cual tienen que ser componibles las distintas posibilidades, implantaciones y trayectorias de la vida vivida.

Todo esto es fruto de su imaginación, que anticipa, antes que de la voluntad que decide. Pero memoria que recoge, amor que integra y fantasía que anticipa van sumando la inmensa riqueza de elementos que otorgan a la vida su esplendor y riqueza. La primera inmoralidad consiste en cercenar esa anchura, en menospreciar dimensiones, en renunciar a la integración de los elementos que proceden de

origen diverso. Lo pasado acontecido y clausurado por la historia, lo presente que aún está abierto y pendiente de decisiones que lo cierren, lo posible irreal y futuro todavía, le pertenecen al hombre, que tiene que hacer de ello una «empresa suya».

Él se convierte en eje de toda esa realidad abierta y disponible para él por divina ordenación y humana necesidad. Todo le es dado, todo le es debido y de todo tiene que hacerse cargo el hombre: pasado, presente y futuro, para llevar a cabo la configuración total de su vida. Sabe él que la vida es irrevocable, pero a la vez reversible desde la verdad, el arrepentimiento, la decisión y el amor. Desde esa convicción dijo Antonio Machado: «No está el mañana / ni el ayer escrito», y por la misma razón en la liturgia católica invocamos suplicando: «Libranos, Señor, de todos los males pasados, presentes y futuros». La inmoralidad fundamental, en cuanto desatención a la vida misma, es ignorar esta plenitud, no asumir esa tarea, no contar con las tres fases del tiempo, no configurarla desde la libertad, no contar con esa intensidad personal de la existencia.

«Ser hombre-ser bueno»

La paradoja de la existencia consiste en que somos, pero tenemos que ser. El hombre es la única criatura que tiene que consentir a su existencia para poder existir de verdad. Y hay mortales que por lesiones en el cuerpo o por heridas en el alma, por carencias de amor fundador en la urdimbre biológica o afectiva, carecen de la potencia originaria y de la ilusión substantiva, que son necesarias para tener el gozo de existir. No basta pervivir perdurando; hay que vivir forjando una «figura» de humanidad en los despliegues que nos sobrevienen y en las implantaciones que elegimos. Por eso, no sorprende encontrar esas fórmulas exhortativas o imperativas que nos incitan a realizar aquello sin lo cual no existimos de verdad. «Hijo mío, sé hombre», «hijo mío, sé bueno»: gritos que en momentos cruciales han proferido padres y madres, guías y maestros.

El contenido evidente que cada generación, cada cultura y cada religión han ido dando a esas dos frases forman la historia del hombre y la historia de la moralidad, ya que ambos imperativos en el fondo remiten a una misma realidad: dar paso a lo que en la entraña busca realización, marchar hacia un horizonte de plenitud, de perfección y de excelencia, que el hombre necesita y al que se llega no como a un deber, sino como a una necesidad. A ello le impulsa el «deseo», dimensión ignorada de la filosofía occidental, que lanza al hombre hacia aquello que no sólo necesita como elemento material de uso, de placer o función, sino como raíz de su ser, alimento de su entraña, mitad de su propia realidad, que, estando fuera de sí, le está destinada. «Ser hombre», en la *Iliada* equivaldrá a ser valiente, ser un héroe; en boca de David, hablando a su hijo Salomón, significará ser fiel a los preceptos de su Dios, ser piadoso y humilde ante el Santo; al final del *Julio César* de Shakespeare significará, en cambio, un conjunto de cualidades (arrojo, decisión) que le convierten en un dechado de una humanidad, apoyada en sí y segura de sí misma.

La originalidad española y los sistemas morales

Marías, historiador de la filosofía desde su primera juventud, se sitúa al final de la era moderna, conocida e integrada, pero queriendo hacer fecundo para la vida moral lo que él llama «punto de inflexión» en la filosofía,



STELLA WITTENBERG

acontecido en el siglo XX. Punto de vista, dice él, conocido por muy pocos, apenas entrevistado y luego abandonado. Se refiere, sin duda, a la orientación vital, personal, empírica que han impreso a la filosofía tras la superación del positivismo científico y del idealismo racionalista, en primer lugar, figuras como Husserl y Heidegger en un sentido, pero sobre todo y de manera especial Ortega y Unamuno, seguidos en otra dirección por Zubiri y el propio autor.

En unos y otros se trata de una vuelta a las cosas tal como están implantadas en la realidad ante nuestros ojos; de un retorno a la persona reconocida en su trayecto humano, en su estructura empírica, en su vivencia social y en sus implantaciones de edad, sexo y profesión. Razón vital, existencia personal y estructura empírica son las palabras claves de una comprensión que quiere desenmascarar la irrealdad de una visión abstracta y los peligros de un ocultamiento del hombre de carne y hueso, tal como existe en el mundo, que tiene corazón a la vez que razón, que sabe que vive y que no se quiere morir.

En nuestro siglo se han confrontado las grandes comprensiones de la vida moral, presentadas todas ellas por exponentes convencidos y decididos a ofrecer una justificación racional que mostrase a qué elementos constitutivos del ser humano, de su anhelo, de su necesidad y de su ínsita estructura responden. Han perdurado vivas la moral que tiene su cumbre en la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, centrada en la idea de fin, bien, perfección, virtud (moral teleológica); la moral del deber y de los imperativos categóricos de Kant, con sus obras: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, *Crítica de la razón práctica*, *La metafísica de las costumbres* (moral deontológica); la moral utilitarista de viejo cuño epicúreo o de nuevo cuño pragmático que ven en la ausencia de dolor, en el logro del placer o en la conquista de la utilidad el supremo objetivo; finalmente, hemos visto aparecer en nuestro siglo como reacción contra la ética formal del «tú debes» kantiano sin determinar contenidos y referida primordialmente a la voluntad como la única buena, una nueva moral de contenidos, una nueva ética material que descubre los valores, como un orden objetivo, que no es el ser, pero tampoco es el sujeto que lo percibe. Los valores son cualidades, bienes de las cosas y pertenecen a la esfera de lo que Husserl llamó esfera de los objetos ideales. *El formalismo en la ética y la ética material de los valores* de M. Scheler y la *Ética* de N. Hartmann son los dos exponentes máximos de esta comprensión del

orden moral y de un nuevo programa de moralidad. En la secuencia de Ortega y de Unamuno, Marías se sitúa más allá de ellos y mirando desde un nuevo horizonte.

Pero hay un segundo elemento de la conciencia moderna que está en el trasfondo de este libro: frente al cual piensa y contra el cual hace una propuesta. Se trata de la polémica autonomía-heteronomía. Ella nace de la pregunta por el fundamento de la moral. ¿Desde dónde nos llega aquel impulso coactivo hacia un comportamiento y cómo se concilia con lo que hemos descubierto como la constitución originaria y el don alienable del hombre: la libertad? Kant ofrece dos tipos de reflexión que no terminaron hermanados fraternalmente: en el orden teórico no se puede probar la libertad y, sin embargo, en el orden práctico es evidente. Lo que no logra validación en el orden de la razón especulativa se impone en el dominio de la razón práctica. Lo esencial para Kant es la autonomía; que el propio sujeto sea autolegisador; que ninguna instancia ajena a él se inmiscuya en el santuario de su libertad y obligación. El imperativo categórico obliga por sí mismo y desde sí mismo, por puro respeto al deber, naciendo de la voluntad, que es el único sujeto de la moralidad.

Pero esa visión alternativa entre autonomía y heteronomía, ¿no es una trampa? Si la formulación es correcta, lo que no es correcto, sin embargo, es lo que se está dando por supuesto y no se pone bajo la luz de la reflexión crítica. Se está presuponiendo que el hombre es ante todo voluntad, razón pura, deber puro, imperativos categóricos. La filosofía, la psicología y la fenomenología posterior han mostrado que hay zonas mucho más profundas y radicales que esa volición y que esa razón; que las motivaciones no explícitas, no conscientes, no racionalizables son una palanca que remueve muchas más cosas no integradas en la lógica y la psicología de Kant. ¿Dónde quedan el deseo, el amor, la esperanza, la anticipación, la historia, el prójimo, el futuro, la utopía, la angustia, la voluntad de sentido, el consentimiento y el resentimiento? Kierkegaard, Nietzsche, Freud, Scheler, Heidegger han desvelado los complejos y umbrosos mundos que se ocultaban detrás de tanta pureza.

Unamuno, después de leer los libros de H. Cohen (*Lógica del conocimiento puro*, 1902; *Ética de la voluntad pura*, 1904; *Estética del sentimiento puro*, 1912), decía que tenía la impresión de quedar encerrado bajo una campana de vacío y que al quedarse sin aire se asfixiaba. El pensamiento español de nuestro siglo, riguroso contemporáneo del europeo, ha querido quebrar ese cerco, ensanchando el ámbito de la vida humana verdadera y mostrando el cercenamiento de dimensiones esenciales de lo humano que ahí se estaba perpetrando.

Otro aspecto de este dilema le parece problemático a Marías. ¿Es heterónoma una moral, como la cristiana, que comprende al hombre como imagen de Dios? Si Dios es el origen creador, que se da a sí mismo como fundamento del anhelo y potencia para realizar su infinitud amorosa, entonces la verdadera autonomía consiste en la fidelidad del hombre al modelo, al fundamento y la meta conforme a los cuales ha sido creado. La verdadera autonomía, realidad de uno mismo descubierta en su origen divino, le lleva a una conformación divina de la vida humana, como respuesta en amor al amor fundante y como libertad agradecida a aquella iniciativa amorosa. La libertad sólo se engendra, sostiene y planifica en el amor, y por ello en la recepción, recreación y consumación respondente, responsiva y responsable ante el fundamento, que no por envía, azar o necesidad, sino por pura liberalidad nos ha suscitado.



Viene de la página anterior



La cuestión moral es, antes de nada, una cuestión metafísica: ¿de dónde surge, cómo se funda, qué o quién consume mi libertad que, dejada a sí misma, queda reducida a una soledad indigente, agostada ante la propia impotencia para consumarse? ¿Es la autonomía que se retiene o es más bien la generosidad que se autoentrega lo que está en el origen de la realidad? Por ello, ¿no es esta última la forma suprema de realización autónoma? La pregunta moral por la realización humana nos obliga a enfrentarnos con la pregunta metafísica por la realidad humana previa.

Dos imágenes del hombre

Otro tercer elemento se halla detrás del libro de Marías y es esencial para la comprensión de nuestro tiempo. A lo largo de nuestra historia occidental ha habido dos formas fundamentales de plantear y resolver el problema antropológico. Una preguntaba casi de forma neutra y objetiva: ¿Qué es el hombre? La otra, en cambio, preguntaba: ¿Quién soy yo? Esta segunda respuesta ha comprendido al hombre como «persona», como un quién y no como un qué, como un sujeto y no como una cosa, como una iniciativa que en libertad descubre su blanco y se lanza a él cual la flecha del arquero. En esta comprensión del hombre han convergido la interpretación griega del hombre como alguien que entiende el mundo, que lo envuelve con su inteligencia, que lo interpreta y modela, que es libre frente a él y, por tanto, responsable, que puede ser bueno o malo, feliz o infeliz, que desea seguir viviendo, que sabe de su ser somático reducido por la muerte, pero a la vez cuenta con su ser biográfico, proyectivo y desiderativo, que vive de la esperanza y en ella corre el «bello riesgo» de una vida para siempre.

A ella se ha sumado la visión nacida de la Biblia, que comprende a Dios como creador en libertad, y al hombre como su imagen, su lugarteniente responsable del mundo, su hijo. Porque Dios es Padre de todos, todos los hombres son hermanos; cada uno es el guardián de su prójimo y no puede existir, ni lograrse ni salvarse sin él. El tiempo es su lugar definitivo, pero no definitivamente absoluto, ya que está llamado a una vida eterna. Esta temporal es dramática, porque está cargada con una misión. «Y es representación la humana vida». «Aquello es representar / aunque piense que es vivir», nos dijo Calderón en *El gran teatro del mundo*. Por eso la vida tiene una dignidad absoluta (tenemos espectador que se alegra con el espectáculo de nuestra vida) y una gravedad incondicional (no podemos subyugar al prójimo ni erguirnos en dominadores). El bien es el bien y el mal es el mal, porque Dios es Dios. «Obrar bien que Dios es Dios». El juicio, la salvación o condenación otorgan seriedad absoluta a la existencia. El hombre eterno, cuerpo y alma, está llamado a la vida eterna (comunidad con Dios) y al gozo compartido con todos sus hermanos de aventura (comunidad de los santos).

Esta imagen del hombre personal, divinamente comprendido, libre del mundo pero responsable frente a él, a partir del siglo XVIII será lentamente cuestionada y sustituida por otra. Quizá la comprensión intelectual y teológica olvidó un tanto la conexión con la tierra, con el animal, con la historia natural para acercar el hombre a una comprensión más angélica, que al final terminó en algunos casos siendo burdamente angelical. Y tuvo lugar una inversión en sentido contrario. Se inicia entonces la destrucción progresiva de la imagen personal del hombre, suplantada por una imagen natural, zoológica o luciferina, que recupera sus conexiones con la biología, con el determinismo natural y con los comportamientos biológicos; que considera inhumana o deshumanizadora su vocación di-



STELLA WITTENBERG

vina, su dignidad intelectual, su libertad y responsabilidad. Nadie es hoy ya tan ingenuo o malévolo como para deplorar todo lo que la física, la biología, la paleontología, la psicología de las profundidades, el psicoanálisis, la analítica existencial y otras ciencias humanas han aportado a la comprensión del hombre real, hijo de la naturaleza, en una historia evolutiva, determinado socialmente por una tradición, lenguaje, costumbres y prejuicios. Todo eso ha sido una inmensa aportación a una comprensión más humilde, realista y compleja del ser humano. Para superar una comprensión kantiana que lo veía como «conciencia pura» («reines Bewusstsein») ha venido bien todo lo que ahora sabemos de él como «sujeto psico-físico». Esto era necesario, pero no es suficiente.

La nueva imagen del hombre, heredera de la que ofrecieron Aristóteles, Platón, Agustín, Pascal, Descartes, Leibniz, Kant, Blondel, Husserl, Ortega, Unamuno, Zubiri, puede salir enriquecida, purificada y ensanchada por este acrecentamiento en profundidad y ensanchamiento en extensión de los saberes. Pero en no pocos sectores ha significado una recaída en una imagen prehistórica, prehelénica y precristiana del hombre. Se ha otorgado primacía a la dimensión animal, a su condición naturalista, al biologismo, determinismo y cosificación que debilitan el sentido de la libertad y de la responsabilidad, que lo miden todo por el rasero de las ciencias naturales y lo que en el hombre «excede» lo consideran una magnitud despreciable, a la que se espera dar pronto una interpretación naturalista.

Para llenar el vacío de sentido aparecieron los nuevos ideales desde los que se ha querido otorgar dignidad al hombre. Son los nuevos «mitos» de los que se esperó que alentarán el entusiasmo y la generosidad, ayudando a superar la desesperación secreta que el espíritu humano sufre ante la finitud y la nada, si ellas fueran su último destino. El Estado, la clase social, la raza, el nacionalismo, la revolución, el sexo... han sido los sucedáneos cosificados y cosificadores, que suplantaron a una visión personal y responsable de la vida humana. De ellos han nacido la pasión por el igualitarismo, la obsesión por el placer y el sexo, el rencor contra la excelencia, el menosprecio del prójimo, la incapacidad para la renuncia, la debilidad ante el sufrimiento, la medicalización general de la vida como resultado del horror ante el sufrimiento, la obsesión por la felicidad. Obsesión por el placer, horror ante el dolor y rencor contra la excelencia fueron siempre juntos. Una sentencia atribuida a Epicuro le hace decir: «Escupo

en lo excelente, y en quienes desatinados lo admiran, cuando no produce ningún placer» (*Ateneo*, 547a).

Moral en hueco sin fundamento

Otro de los aspectos analizados por Marías es la debilitación de las vivencias religiosas desde el siglo XVIII y su pérdida de influencia en la configuración moral de la vida. Con la Ilustración, la Revolución francesa, el romanticismo y otros movimientos sociales, la moral cristiana perduró en sus contenidos materiales, a veces exigidos con mayor radicalidad, pero como en hueco y sin su fundamento específico. La más profunda sima de la conciencia moderna se abre y formula con Nietzsche cuando éste muestre que el laicismo heredero del cristianismo sin éste pierde sus fundamentos; que Kant era Lutero prolongado al mundo civil, que la metafísica tenía en Dios su apoyo y en ambos la moral; pero que ahora sin Dios no hay prójimo y sin la esperanza de que Dios contemple la obra de arte que es nuestra vida, ésta pierde su dignidad suprema.

Tras él aparecen las nuevas vigencias: negación de la distinción entre el bien y el mal, perplejidad ante la libertad, debilitación consiguiente de la responsabilidad, contagio de naturalismo a la hora de comprender la persona, predominio de lo zoológico, hostilidad a la religión, pérdida del sentido de la vida presente y desistimiento de otra forma de existencia a la que orientan el deseo, la voluntad de amor incondicional y la fidelidad a la persona amada. ¿Puede vivir y pervivir el hombre si Dios no existe?

Sobre ese trasfondo de historia espiritual de Europa, Marías esboza un proyecto moral, que parte de la condición personal del hombre, de su vida humana vivida, de la estructura concreta del existir, de las edades de la vida

y de las trayectorias elegidas. Es la vida como vocación y proyecto, sistema y empresa lo que le otorga dignidad y exigencia, lo que le confiere intensidad, lo que recoge su diversidad inabarcable, lo que la sustrae a un igualitarismo determinista, lo que le abre a una esperanza absoluta, que le permita tanto la renuncia al placer como superar el miedo y la obsesión por el dolor. Renuncia, dolor, sufrimiento y empeño son condiciones necesarias para ese «imposible necesario» que es la felicidad, que como el placer, la originalidad y la santidad no son programables ni conquistables; son el resultado de la vida verdadera, de la acción generosa y de la perfección objetiva. «Lo mejor» es el objeto de la vida moral; no sólo lo bueno, ni el deber seco, ni la perfección abstracta, sino lo inacabablemente perfecto y santo que tenemos por delante como tarea. Teológicamente podemos decir que el hombre no consumará su vida nunca porque ella será una asimilación siempre creciente a la Plenitud infinita de Dios, quien es no sólo «semper maior», sino «semper melior».

El legado teológico

Si tuviera que recomendar algún capítulo de este libro recomendaría los tres primeros y los tres últimos. Estos tratan de: «La vocación», «La proyección moral frente a las ultimitades», «La imagen de Dios». ¿Qué sobria brevedad! ¿Qué belleza expresiva! ¿Qué lúcido discernimiento! Las religiones son una realidad prefilosófica y metamoral. La filosofía sólo puede integrarlas después de haberse dado a sí misma cuenta y razón de ellas.

Han sido el surtidor más eficaz y más dramático de motivos, fines y contenidos morales en la historia. Pero la moral es el peligro máximo de la religión. El «Dios moral», el de la exigencia, el deber y el juicio, es el que quería matar Nietzsche. El «Dios divino» de la religión es el que instaura una historia de amor con el hombre como su imagen, su amigo y su hijo, con vocación de vida eterna. Esa radicación «teológica» es el mejor fundamento para la persona, la libertad, el amor, la fraternidad, a la vez que la mayor exigencia para la autenticidad, la responsabilidad y la proximidad. Un Dios que crea llamando por nombre propio a cada hombre y signándole en su frente es la garantía de la unicidad, inviolabilidad y definitividad de cada ser humano, que, en el seno de su madre todavía o en la debilidad final ante la muerte, nunca es sólo un trozo de naturaleza, sino un ser personal del que Dios nunca se olvida.

Concluimos este comentario con las palabras con las que concluye el libro: «De esta visión de la moralidad se desprende el más fuerte argumento a favor de la vida perdurable después de la muerte. La idea de la total extinción de la vida, de la aniquilación de la persona —la máxima realidad que conocemos— es inconciliable con ella. Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza por amor efusivo. Es inconcebible que lo ame solamente «un rato» y consienta su destrucción. El amor de Dios tiene que ser «para siempre»» (página 180). □

RESUMEN

El teólogo Olegario G. de Cardedal acostumbra a comentar libros de su campo de especialización, que son, por fuerza, densos. En esta ocasión, sin embargo, se detiene en una obra de Julián Marías, que tiene, entre otras virtudes, la de reconciliar al lector

de la misma con una palabra tan ajada, temida y denostada, además de ambigua, como es «moral»; un texto que habla, de una forma clara y sencilla, de cómo la moral es hacer de la existencia un proyecto, es realizar la vida.

Julián Marías

Tratado de lo mejor. La moral y las formas de vida

Alianza Editorial, Madrid, 1995. 180 páginas. 1.300 pesetas. ISBN: 84-206-9432-0.

Tiempo para pensar

Por Alberto Galindo

Alberto Galindo Tixaire (*Zaidín, Huesca, 1934*) es matemático y físico. Catedrático de Física Teórica de la Universidad Complutense. Académico numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Miembro de la Academia Europaea. Premio Nacional de Investigación «Santiago Ramón y Cajal» (1985) y Premio Aragón 1991 a la Investigación Científico-Técnica.

¿Qué difícil resulta «asir» el tiempo! Despojándole de su relación con los sentidos, los recuerdos y las esperanzas, el tiempo se nos desvanece; deja, a lo más, una idea difusa, que los científicos asimilan a los puntos de una recta indefinida —la (semi)eternidad tal vez— con los que secuencian sucesos, y los ciudadanos, generalmente más al grano, bautizan como lo que impide que todo ocurra de vez.

En 1974, Paul Davies, autor del libro que ahora comentamos, ya escribió otro, sobre asunto análogo, titulado *Space and time in the modern universe*, dirigido principalmente a los científicos. Este de ahora es para el gran público; no exige una formación especial en matemática y física. Es un libro de lectura agradable, pero irremediabilmente salpicado de la complejidad del tema (el propio autor se declara más confuso tras escribir el libro que antes). No hay fórmulas en él (sí unos cuantos gráficos, bastante rudimentarios, por cierto, con errores de bulto y símbolos ausentes). La maestría de Davies consigue atemperar un punto lo arduo y aproximarnos algo más al misterio. Para avivar la exposición, acude de vez en cuando al recurso galileano del diálogo con un escéptico imaginario por cuya boca expresa posibles reparos a las ideas del autor.

Lamentábase nuestro Quevedo en sus poesías graves de la fragilidad de la vida humana y de que «el tiempo, que ni vuelve ni tropieza, / en horas fugitivas la devana». En esto de poco han aliviado los siglos al hombre; querríamos detener el presente, corregir el pasado y apartar el futuro, ni más ni menos como lo hiciera un cazador del neolítico o un ciudadano ateniense. Mas no es este tiempo, sobre el que la ciencia física mantiene imperturbable mudéz, el que acapara la atención de Davies.

Renuncie el lector a aprender en este libro (y mucho me temo que en ningún

otro por ahora) qué es el tiempo; el «nescio» agustino sigue vigente. El tiempo ofrecido para pensar es el tiempo físico, el tiempo que miden los relojes. Incluso este elemental tiempo nos resulta desconocido. ¿Tiene una existencia propia, o es mera invención del hombre? ¿Es un fenómeno emergente?

Catorce capítulos recogen las reflexiones de Davies sobre el tiempo. No elude temas duros: zambullidas en agujeros negros, la Gran Explosión y «antes», la Creación «desvelada» por el satélite COBE, borrado cuántico del pasado, relojes imaginarios, la flecha del tiempo y señales del futuro, máquinas del tiempo, duración del presente, etc. Es decir, casi todo aquello que el curioso lector quería saber del tiempo, pero no sabía a quién preguntar. Aquí un distinguido científico y excelente divulgador traduce al lenguaje llano, con tino, lo que el discurso científico finisecular afirma y/o sugiere.

El tiempo es oro

La precisión en la medida del tiempo tiene repercusiones económicas indudables. Cuenta Davies que, consciente la Corona británica de la importancia naval de buenos cronómetros para determinar la longitud geográfica de un navío en medio de los mares, ordenó en 1712 al Parlamento premiar con una suculenta suma de 20.000 libras esterlinas a quien construyera un reloj capaz de permitir medir dicha longitud con error menor de 30 millas tras mes y medio de viaje. Le costó más al inventor Harrison cobrar lo prometido que construir varios prototipos de relojes hasta dar con uno a mediados del XVIII que, tras un par de meses de navegación, sólo se movía unos pocos segundos. Ignora posiblemente Davies que dos siglos antes el aragonés Martín Cortés de Albacar, nacido en Bujaraloz, en pleno corazón de los Monegros, sin más agua cerca que la de alguna «balseta», pero con admirable perspicacia y una sólida formación tal vez adquirida en las escuelas náuticas mediterránea y gaditana, tuvo que enseñar a navegar a los mismísimos ingleses con su famoso libro *Breve compendio de la Sphera y de la arte de navegar, con nuevos instrumentos y reglas, exemplificado con muy subtiles demostraciones* (1551). Traducido

en 1561, *The Art of Navigation* del bujaralocino alcanzaría gran fama. Entre sus enseñanzas, que los navegantes de la Albión supieron aprovechar eficazmente, destacan la propuesta original de un polo magnético, otro que el geográfico, que «tiene una propiedad atractiva que atrae a sí al hierro tocado con la parte de la piedra imán», y cuya existencia explicaría la variabilidad espacial de la desviación magnética (descubierta por Colón), y la construcción de una tabla que ayudaba a los marineros a calcular mejor la longitud de un punto sobre un paralelo de latitud arbitraria.

Durante siglos ha sido el giro propio de la Tierra un magnífico reloj de referencia. Ya no más; el viejo trompo no rota uniformemente (las mareas, por ejemplo, lo frenan incesantemente y alargan con ello el día en un par de milésimas de segundo por siglo, perceptible para los finos cronómetros actuales). A estos retrasos seculares se añaden otras desviaciones estacionales, cuantitativamente similares, pero irregulares y de signo variable, circunstancias que en conjunto obligan a añadir al tiempo civil un segundo intercalado cada uno o dos años (el último lo fue el 31 de diciembre de 1995) con el fin de remediar la asincronía entre los tiempos atómicos y los días astronómicos. Hoy la tecnología alcanza precisiones fabulosas: relojes que en mil millones de años se desviarían a lo sumo en un diminuto segundo. Incluso hay relojes de pulsera comerciales (receptores de señales de radio) con precisión garantizada a un segundo por millón de años por la de un reloj atómico en una lejana estación. ¿Y para qué tanto, se preguntará el profano? La verdad es que, en el quehacer diario, no nos va de minuto más, minuto menos (sobre todo si esperamos algún transporte público). Pero ciertos menesteres (como experimentos de vanguardia en relatividad general, el seguimiento dinámico de procesos moleculares, etc.) requieren estos grados de fidelidad, que miden indirectamente el avance tecnológico.

Un tiempo de goma

La relatividad einsteniana ha hecho del tiempo algo mutable, dinámico y sorprendente, con tantos «ahora» cuantos estados de movimiento mutuo imaginemos. El

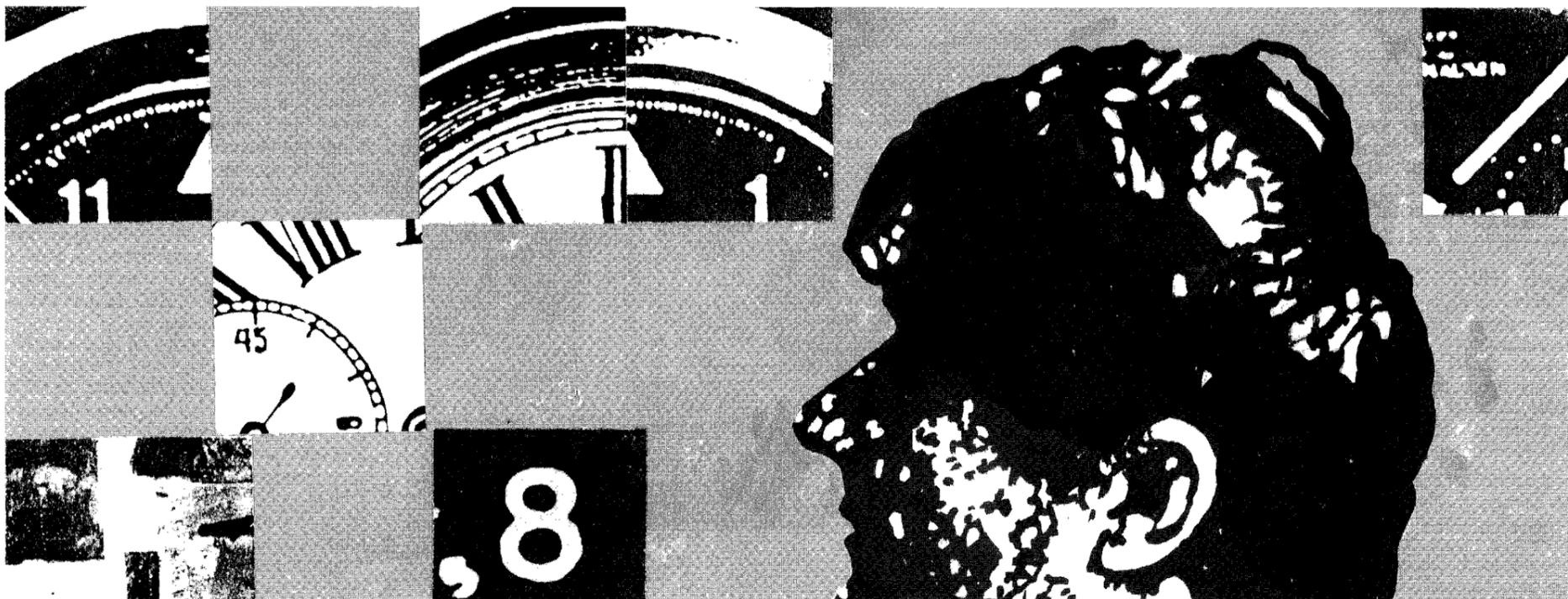
tiempo y el espacio han perdido su individualidad y se han integrado diluidos en una unidad superior, el espacio-tiempo, un rudo que premia la tardanza: el camino «recto» entre dos sucesos es el que más tiempo consume en recorrerse. ¡Abreviar exige la acción de fuerzas! Tras un viaje de ida y vuelta encuentras a un hermano gemelo más envejecido que tú; tras pasar una temporada en un campo gravitatorio regresas al espacio libre con menos segundos a cuestas que los que aquí permanecieron. A estos efectos de dilatación del tiempo, unos producidos por el movimiento, otros por el «alabeo» o curvatura debida a los campos gravitatorios, y que son despreciables en la vida ordinaria, no sólo les debe el oro su fulgor; fármacos de diseño, nanotecnología, microherramientas, termoplástica, etc., son en buena medida fruto de esas propiedades del tiempo, como Davies pone de relieve.

Hay cada vez más evidencia de que la Naturaleza nos obsequia con unos objetos astrofísicos fascinantes: los agujeros negros o «estrellas congeladas». Ejercen en su interior tal tirón atractivo sobre cualquier clase de energía, que ni la luz es capaz de remontarse hasta la superficie del agujero para escapar. Sugeridos en 1784 por el clérigo John Michell, reencontrados (teóricamente) por Pierre Simon Laplace en 1796 y desdeñados como físicamente imposibles por Einstein y Eddington, los agujeros negros figuran desde hace años como candidatos serios a cadáveres estelares o a ingenios dinamizadores de los núcleos de galaxias activas y de los cuásares. En el exterior próximo a su superficie, el ritmo de un reloj se ralentiza enormemente en comparación con el de otro en una estación muy alejada de la influencia gravitatoria del astro, tanto que, en el límite, de un «tic-tac» de aquél sólo el «tic» llegaría a la base. Pero localmente, sin referencia a la lejanía, nada extraño ocurre, y bien podríamos estar viviendo incluso dentro de un agujero negro sin que notásemos nada ajeno a la física convencional; pensemos que si nuestro Universo fuese crítico (como apoya la inflación primigenia), un buen pedazo del mismo alrededor de nuestra Galaxia, a saber, el propio Universo visible, podría ser un agujero negro.



ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

Davies discute todo este aparente sintiendo con especial claridad, antes de sumergir al lector en el interior del agujero para emprender un viaje imaginario sin retorno, con destino probablemente letal (nuestro cuerpo convertido en una ristra de partículas) o quién sabe si a otros mundos.

Alcorces regios

Con recursos energéticos suficientes podríamos viajar cómodamente a Andrómeda (a dos millones de años luz) en una docena de años, y al confín del Universo visible (una decena de millardos de años luz) en otra tanda similar. Una estimación, a ojo de buen cubero, del coste del billete a Andrómeda, contando a un trillón de dólares por cada kilogramo de antimateria consumida (se producen al año en el CERN y en Fermilab unos mil billones de antiprotones, con un costo total, precio del 93, del orden de un millón de dólares), arroja la friolera de diez mil cuatrillones de dólares en energía, y eso sin protección radiológica alguna y con una nave de unas pocas toneladas de peso. Por esto, la idea de buscar atajos en la distancia es especialmente atractiva. Desde antaño se sabe que ciertas soluciones matemáticas de las ecuaciones de Einstein presentan gargantas de comunicación entre hipotéticos mundos; son los famosos «agujeros de gusano». ¿Cómo evitar el soñar con ellos para abreviar caminos?

En CalTech trabaja Kip Thorne, uno de los grandes expertos en agujeros negros. A él acudió hace unos años el popular astrofísico y divulgador Carl Sagan para conocer el dictamen de la física actual sobre la posibilidad de tales «pasadizos», pero ajustados a ciertos requisitos para su uso por el hombre: estabilidad, de tránsito cómodo, tamaño y tiempo de construcción razonables, etc. Con su equipo, Thorne probó «sobre el papel» que ningún principio conocido de la física se oponía al proyecto: «dame material antigравitante y os pondré el Universo en las manos». ¡Casi nada! De haberlo sabido, podríamos haber guardado algo de aquel extraordinario vacío que llenó el Universo neonato y lo infló a proporciones inimaginables. Porque aquel vacío inflacionario sí tenía la virtud de antigравitar. Hoy sólo a escala cuántica conocemos materiales exóticos con esas propiedades,

y el salto necesario de lo posible a lo real rebasa toda capacidad normal de prognosis.

¡Más difícil todavía! Metidos en harina, y por el mismo precio, ¿por qué no emplear esos hipotéticos artefactos no sólo para llegar antes que otros, sino para «llegar antes de salir»? Sí, decimos bien; para ir hacia atrás en el tiempo, para ser «temponautas» sin orejas, sin direcciones prohibidas. Sería realmente fantástica esa navegación sin flechas; nos permitiría, por ejemplo, «korejir fayos deskritura, corregir fallos de escritura, korejir fayos deskritura, corregir fallos de escritura...» Vaya, creo que caí en un cronociclo gödeliano. Bromas aparte, de la época de Einstein en Princeton es un trabajo del matemático Kurt Gödel (famoso por sus teoremas de indecidibilidad) en el que exhibe un universo ideal rotante con curvas temporales cerradas: viajando sobre ellas, la historia del navegante se repetirá hasta la saciedad.

Se han concebido ingenios para viajar en el tiempo que no echan mano de todo el universo: por ejemplo, el cilindro giratorio de Tipler, el agujero de gusano de Morris, Thorne y Yurtsever, el par de cuerdas cósmicas de Gott y el empalme de Deutch-Politzer. Sin embargo, estos «locos cacharros» son bastante peculiares: el cilindro es infinitamente largo, y ha de girar tan deprisa que el material de sus paredes ha de ser de densidad muy superior a la nuclear para evitar su rotura; el túnel de Morris «et al.» requiere material antigравitante; los «hilos» de Gott también han de ser de longitud infinita, tener densidades lineales equivalentes a concentrar la masa de la Tierra en un kilómetro de «alambre fino» y aproximarse entre sí a velocidades del 99,9999% veces la de la luz; y la máquina de Deutch-Politzer pasa por pegar sobre una zona dos universos «paralelos». Aun con todo esto, los físicos siguen prestando atención al tema. No hay ninguna ley física (conocida) agredida, y ya se sabe que, para muchos, «what is not forbidden is compulsory».

El sentido común se rebela contra tales engendros y los rechaza como físicamente absurdos. Un sinfín de paradojas provocadas por la posible acción sobre el pasado que propiciarían los viajes en el tiempo plantea interrogantes de nuevo estilo y lleva a unos, como Hawking, a proclamar una ley de protección de la cronología, y a otros, como Novikov, a proponer una condición de autoconsistencia para regular

tales acciones e impedir retroactuaciones que pongan en peligro el presente.

¿Borrar el pasado?

¡Tampoco sería un mal negocio en los tiempos que corren! Resulta ser que el tiempo cuántico tiene comportamientos extraños: conjugado a la energía, cuando ésta pierde nitidez aquél la gana, y viceversa; y si intentas ver el momento exacto en que un sistema se desintegra, más vale que te sientes, pues un efecto llamado de Zenón o del «puchero vigilado» se ocupa de que no se desintegre mientras lo observas. Cuando dejas de hacerlo, se desintegra caprichosamente, sin momento fijo. Se sabe que la realidad cuántica sobrepasa la suma de sus partes. Su holismo nos confunde, y al aplicarle ingenuamente el discurso cotidiano nos induce a creer que una acción «ahora» sobre parte del sistema puede influir en el «ayer» de éste, «borrando» o dejando en suspenso sus efectos: por ejemplo, la colocación, en el recorrido de un fotón, de un rotor que gire su plano de polarización puede deshacer la imagen de interferencia en un detector, pero si se coloca antes de éste otro rotor que gire la polarización al revés, la interferencia se mantiene, a pesar de que el nuevo aparato haya sido puesto «después» de que el fotón atravesase el primer rotor. Este comportamiento, enigmático bajo el prisma de la experiencia habitual, revela una oculta sutileza del tiempo en el dominio cuántico, y es que el pasado no es «real» mientras no se concluye la observación; es como si la historia no pudiera «escribirse» día a día, sino sólo al final.

¡Cuentos de físicos!, exclamará el crédulo, tranquilo porque, en el peor de los

casos, tal conducta fantasmal queda aprisionada entre los cuatro muros del átomo, sin trascender al ágora pública. Pero lo cierto es que no hay una frontera nítida entre el extraño mundo de los «cuánta» y el corro de lo cotidiano, y que, en los últimos meses, ciertas manifestaciones cuánticas, como el efecto túnel (algo como atravesar frontalmente el Aneto sin pasadizos), se han observado ya perfectamente en monocristales formados por unos diez mil billones de nanoimanes (macromoléculas magnéticas), sistemas que claramente rozan la frontera de una escala clásica emergente.

Véase en lo anterior unos cuantos comentarios y reflexiones surgidos al socaire del libro de Davies. Un libro que iluminará al curioso, entusiasmará al experto y provocará al escéptico. Un libro con omisiones menores (e.g., varias dimensiones temporales), preguntas certeras, respuestas plausibles e ignorancias confesas. Un libro que concluye con su lista personal de temas punta, de misterios no desvelados en las fronteras del conocimiento, que bien pueden ser títulos de sus futuros capítulos de un tercer libro sobre el tiempo, e invitación permanente a pensar: 1/ taquiones: ¿podemos excluirlos?; 2/ agujeros negros: ¿existen de verdad?; 3/ viajes en el tiempo: ¿sólo una fantasía?; 4/ cuestiones cuánticas; 5/ ¿es el tiempo una reliquia?; 6/ el origen del tiempo; 7/ la edad del Universo; 8/ el término cosmológico, ¿tontería o genialidad?; 9/ más allá de la teoría estándar; 10/ la flecha del tiempo; 11/ violación de la simetría temporal; y 12/ el flujo del tiempo: ¿mente o materia?

«But how is it / That this lives in thy mind? What seest thou else / In the dark backward and abysm of time?» (*The Tempest*, I ii, W. Shakespeare). □

RESUMEN

Como tantos libros científicos del ámbito anglosajón, este que comenta Alberto Galindo está destinado al gran público; no exige una formación especial científica, aunque sí está inevitablemente lastreado por la complejidad del tema propuesto: una re-

flexión sobre el tiempo, el tiempo físico, el de los relojes; ese tiempo que quizá sea una invención del hombre o, tal vez, tenga existencia propia. Para Alberto Galindo, la maestría de Paul Davies logra aproximar al lector al misterio.

Paul Davies

About Time. Einstein's Unfinished Revolution

Penguin Books Ltd., Harmondsworth, Middelsex (Gran Bretaña), 1995. 316 páginas. ISBN: 0-670-84761-5

Los nuevos filósofos

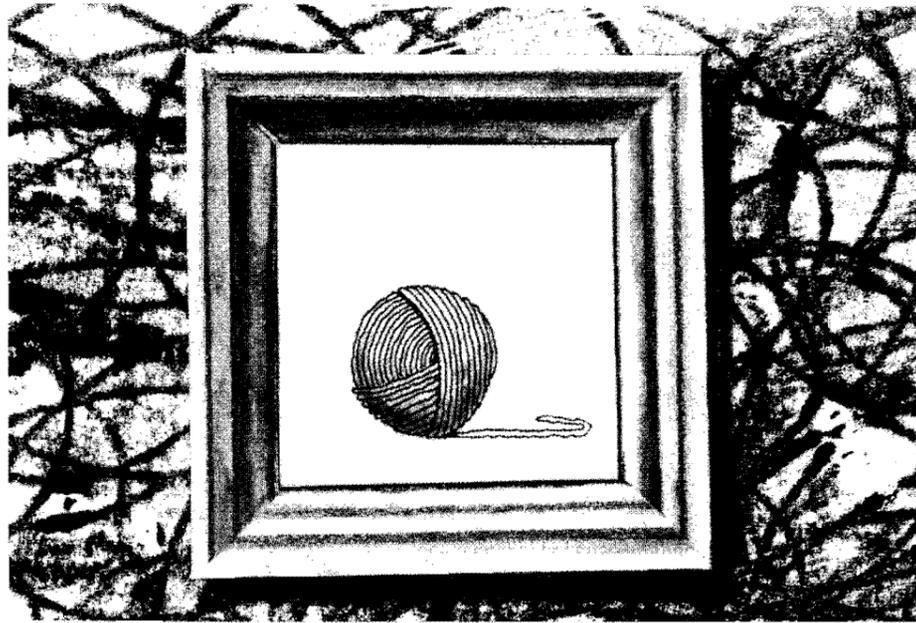
Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector (1986-90), y es académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido director general de Enseñanza Universitaria de la Generalitat de Catalunya (1980-1982) y actualmente es vicepresidente de la Comisión Promotora del Laboratorio del Sincrotrón.

En la revisión que Snow hizo en 1963 de su libro sobre las dos culturas vaticinaba la aparición de una nueva cultura que haría de puente entre la cultura científica y la humanística. Más de treinta años después no sólo no se ha cumplido su vaticinio, sino que las dos culturas siguen más divorciadas que nunca, manteniéndose, eso sí, la asimetría en lo que se refiere a quiénes se considera que son los «intelectuales». Muchos científicos siguen encerrados en ámbitos de especialidad cada vez más estrechos, aunque por lo general tienen una cierta cultura humanística, mientras que la mayoría de humanistas sigue ignorando, y muchas veces se enorgullece de ello, las bases más elementales de toda ciencia.

Según el editor del libro que comentamos, John Brockman, la tercera cultura que ha surgido es la de aquellos científicos que mediante libros de divulgación, más o menos elevada, se comunican directamente con el gran público exponiendo sus puntos de vista sobre los temas más fronterizos de sus investigaciones. Tales obras se traducen a muchos idiomas y son adquiridas y leídas (al menos en parte) por miles y miles de personas (recuérdense los diez millones de copias de la *Historia del tiempo* de Stephen Hawking), que los encuentran mucho más interesantes que las disquisiciones que, a la vez, tienen los intelectuales oficiales y que, a pesar de las páginas de alabanzas mutuas que se dedican en los diarios, no logran tirajes muy superiores al millar. (¿Se debe el éxito de *El mundo de Sofía* a su relato novelado o a la componente de historia de la ciencia que contiene?)

Brockman selecciona un conjunto de 23 representantes de esta tercera cultura y deja que expongan sus campos de actividades y sus puntos de vista. Selecciona biólogos, físicos, informáticos, psicólogos y un filósofo atípico (Daniel C. Dennet). Sólo una mujer, Lynn Margulis. Todos ellos activos en campos que para muchos (y no sólo para los científicos) tienen gran interés: la evolución, el origen del universo, la inteligencia y la vida artificiales, el problema mente-cerebro, los sistemas complejos adaptativos, el caos, etc. Entre ellos algunos son bien conocidos por sus obras: Paul Davies (*Dios y la nueva física*), Gell-Mann (introdutor de los «quarks») y de su nombre y autor de *El quark y el jaguar*, Roger Penrose (*La nueva mente del emperador*, que comenté en «SABER/Leer»), Dawkins (*El relojero ciego y El gen egoísta*), Gould (*Brontosaurus y la nalga del ministro y El pulgar del panda*), Minsky (padre de la inteligencia artificial), Humphrey (*Una*



G. MERINO

historia de la mente). Los presenta en cinco conjuntos a los que precede con unas anotaciones propias y al final de la exposición de cada autor incluye las opiniones que del mismo (no del texto que se expone) le han expresado algunos de los colegas.

La selección de los autores es totalmente sesgada hacia el mundo anglosajón y sobre todo norteamericano: quince de ellos son estadounidenses, seis británicos, uno australiano y tan sólo uno chileno afincado en Francia. Ello se corresponde con la opinión un poco chauvinista del editor de que Norteamérica es el semillero intelectual de Europa y Asia y la cuna de las ideas importantes. Las contribuciones son desiguales, pero ofrecen un interesante panorama de la situación. Y también tiene interés el fuego cruzado entre los diversos autores: se descubren las fobias y las filias entre los seleccionados y también las relativas a otros autores no seleccionados, pero igualmente polémicos. En mi opinión, las discusiones son probablemente mucho más interesantes que las que se puedan desarrollar en cualquier círculo de intelectuales oficiales.

Este fuego cruzado entre los componentes de la tercera cultura (como suele suceder entre los de la segunda, la científica, y al contrario de los de la primera) es de extrema violencia. Veamos unas muestras: el informático Schank considera «abominable» la obra de Penrose; Margulis habla de la arrogancia de Dawkins, que es tachado de predicador por Goodwin; Varela considera que Minsky es un grano en el culo, un arrogante hijo de perra; Dennet es acusado por Hillis de sucumbir a las teorías reduccionistas; Pinker tacha a Minsky de gurú, contradice a Gould y ataca a Chomsky, quien también recibe las críticas de Schank; según Guth, Gell-Mann últimamente desvaría, a causa del excesivo interés otorgado a los sistemas complejos adaptativos, opinión que comparto, en parte, después de haber leído *El quark y el jaguar*.

Por descontado que las alabanzas mutuas son del mismo calado. Así, por ejemplo, Minsky considera a Dennet el mejor filósofo actual, el próximo Bertrand Russell; Williams sólo siente por Dawkins respeto y admiración; Eldredge considera a Gould prodigioso.

En muchas de las opiniones de los autores se observa un cierto resquemor hacia los intelectuales oficiales y también, en algunos casos, una cierta ligereza de juicios, pero ello no quita la importancia y la actualidad de los temas que los científicos debaten al margen de los círculos humanistas que, en general, no son capaces de captar las ideas científicas. Por descontado que las dificultades existen: basta comprobar la ligereza con que se despachan las opiniones sobre Penrose por parte de los psicólogos y de algún biólogo. También considero que el editor siente una debilidad excesiva por el Instituto de Santa Fe, un instituto californiano de reciente creación donde, bajo el liderazgo de Gell-Mann, entre otros, se debate lo que podríamos llamar la complejidad y que Gell-Mann, haciendo gala de sus profundos conocimientos lingüísticos, denomina «pléctica». Tuve ocasión de comprobar estos conocimientos en una visita de Gell-Mann a Sant Feliu de Guíxols con motivo de un congreso. Tan sólo llegar manifestó su interés por visitar los humedales del Ampurdán, donde quería observar determinadas clases de pájaros (también es un profundo conocedor de los mismos). Durante el viaje me fue contando el origen de las palabras que veíamos en el camino, tanto en castellano como en catalán, que, por cierto, leía y entendía bastante, después de algunas indicaciones recibidas en una lectura de un diario.

El lector podrá encontrar en la obra las bases de muchos debates actuales de gran interés, aunque para profundizarlos deberá acudir a las obras originales que se citan en la bibliografía. Sin ánimo de ser completo, podemos citar algunos de los debates apuntados. El clásico del reduccionismo físico frente a algunas visiones biológicas más holísticas que consideran que en los sistemas complejos emergen propiedades ausentes en las partes. El debate entre el ultradarwinismo a nivel genético, representado por Dawkins, y el equilibrio puntuado de Gould, completado por otras opiniones, como la de Margulis, y en el que no se menciona, a pesar del chauvinismo estadounidense, la creciente importancia que a niveles populares (y legales) está alcanzado en muchos estados la doctrina creacionista que se aprovecha deshonestamente del debate científico. En el mar-

co del agnosticismo general de todos los autores (después de Darwin la ciencia ha ganado y la religión ha perdido, según Dennet), también se discuten las tesis de la inteligencia artificial fuerte, sólo cuestionadas abiertamente por Penrose. Schank aborda una reforma del sistema educativo en el que los planes de estudio (incluidos los universitarios) no deberían existir: es utópica, pero uno no puede dejar de darle buena parte de razón. Su rechazo del estructuralismo del lenguaje de Chomsky es secundado por Pinker, quien aboga por su carácter instintivo, principalmente a partir del análisis del aprendizaje de la lengua por los niños.

El interés de la reflexión sobre esta tercera cultura se añade, al menos en España, a la batalla que se ha desatado acerca de la supervivencia de las humanidades en los planes de estudio de la enseñanza secundaria. La gente «de letras» (responsable del bajo grado de exigencia de sus materias) ha puesto el grito en el cielo ante la invasión de las ciencias y las tecnologías en los nuevos planes de estudio, lo que, independientemente de la componente gremialista y laboral de la protesta, puede que sea cierto. De lo que ya no estoy tan seguro es de que la causa de la disminución del peso de las disciplinas humanistas haya sido el incremento de las verdaderas ciencias y tecnologías. Más bien diría que éstas también han disminuido a costa del incremento de nuevas materias que no son ni ciencias ni letras, con lo que los nuevos alumnos que finalicen la enseñanza secundaria quizás sabrán «hacer» más cosas, pero no sabrán más lengua ni más matemáticas que, a mi entender, son las bases de toda auténtica formación general. Téngase en cuenta, por ejemplo, que un alumno de doce años, al acabar la enseñanza primaria, todo lo que sabrá de física se lo habrá enseñado un maestro que no ha cursado ninguna disciplina de física general a nivel de primer curso universitario: sólo habrá cursado la didáctica de la física, es decir, cómo se ha de enseñar lo que no se sabe. Se me podrá acusar de exagerado, pero creo que éste es el tono de lo que va a suceder.

Entre las voces más autorizadas que se han levantado frente a esta desaparición de las humanidades hay la de uno de los humanistas que más comprende la verdadera cultura, incluida la ciencia: don Pedro Laín Entralgo. Hace unos meses (*ABC*, 19 de julio de 1996) lanzó una propuesta de que se incorpore una cátedra de «Historia de» y otra de «Teoría de» en cada Facultad (los ejemplos son las de Matemáticas y Físicas). Puedo estar de acuerdo, y mi universidad es de las que cita don Pedro como ejemplos. Pero, sin entrar aquí a discutir la propuesta, de nuevo se insinúa la asimetría: ¿por qué no se reclama que se enseñe ciencia en las licenciaturas de humanidades? Se sigue suponiendo que se puede ser «intelectual» sin tener las mínimas bases científicas. Y ello es aún más grave cuando vivimos en un mundo no tan sólo dominado por la ciencia y la tecnología, sino en el que los creadores de opinión y los políticos han de opinar (y legislar) sobre asuntos tan complejos como los residuos nucleares (sin tener la menor idea de lo que es una ley exponencial) o la ingeniería genética (sin distinguir un gen de un embrión). □

En el próximo número

Artículos de Manuel Alvar, Medardo Fraile, Francisco Márquez Villanueva, Miquel Siguan, Felipe Ruiz Martín, Manuel García Doncel y Carlos Sánchez del Río.

RESUMEN

Hace más de treinta años que Snow vaticinó una tercera cultura, un puente entre las dos tradicionales, la científica y la humanística. Sin embargo, este puente no sólo no se ha alzado, sino que, según Ramón Pascual, el divorcio entre ambas culturas es aun mayor. A esta cuestión

dedica su comentario, al ocuparse de un libro que defiende la existencia de otra tercera cultura, la de los «nuevos filósofos», esto es, aquellos científicos que mediante libros de divulgación se comunican directamente con el lector no especializado.

John Brockman (ed.)

La tercera cultura. Más allá de la revolución científica

Tusquets Eds., Barcelona, 1996. 391 páginas. 3.500 pesetas. ISBN: 84-7223-954-3.

Fragmentos de vida

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) ha sido catedrático de universidad y director de la Real Academia Española, de la que sigue siendo miembro. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas Lingüísticos del Español.

La vida accede al teatro trasustanciada, convertida en paradigmas de conductas para que su ejemplaridad trascienda desde la escena. A veces, se ha pretendido que la ficción sea vida en el desarrollo del argumento. Recordemos a Tamayo y Baus y no olvidemos la glosa de Unamuno: el actor que, en la escena de celos, mata de verdad. El libro de Laín trasciende unas conductas de ejemplaridad y las representaciones escogidas son comportamientos que asoman a los ojos del espectador con su carga testimonial. Cada obra teatral escogida es un fragmento de vida. La aparente reiteración, teatro y vida, es una fusión de dos órdenes de valores: teatro = vida. Selección de motivos humanos para que la representación no sea otra cosa que postulados verdaderos. O, si se prefiere, la ejemplaridad de ciertas conductas se encarama al tablado para testimoniar, peraltada, el sentido de su imagen. Entonces las doce obras seleccionadas son el arquetipo de otras tantas realidades. Se dice Macbeth o la ambición, Hamlet o la duda, Segismundo o el sueño de la razón. Así estamos también ahora: personajes de obras enteras que encarnan conductas laceradas por el acial que las hace caminar en un sentido y las impide ser de otro modo. Para su análisis, Laín Entralgo ha elegido doce obras que son otras tantas representaciones de la imagen que la vida tiene. Como si se reflejaran en un espejo, cada una de esas obras nos proyecta un ejemplo de conducta. Es tanto como decir que tal vicio o tal virtud alcanzan categoría de ejemplaridad, y es eso lo que vemos tras las imágenes representadas. Tal vez podamos añadir que se ha perdido la vida para convertirse en una existencia más adensada. Lo que tiene de paradigmático, que no es el vivir, sino el actuar. No la existencia, sino su representación más empuñada. Por eso en cada momento podemos sugerir: esto o la ejemplaridad de un modelo; no la vida en su plenitud, sino limitada a lo que tiene de



JUAN RAMÓN ALONSO

núcleo ejemplar. Laín ha hecho algo que nos resulta muy válido. Digamos Pirandello o la identificación de la persona, Benavente o el superhombre, Unamuno o la coherencia personal, Arniches o el valor de la ética, Shaw o la ejemplaridad del magisterio, García Lorca o la esperanza, etc. Esto nos pone en el ca-

mino de adecuar los resultados primarios y de entender cuánto hemos acertado a descubrir en un mundo que a todos nos pertenece. Y aquí ya una primera maestría: saber descubrir lo que hay en el fondo de tanto azacaneado, o estático, vivir. De cuantas apariencias pasan ante nuestros ojos, Laín extrae el nódulo brillante que sirve para caracterizar a una existencia y entonces sus comentarios giran en torno a lo que él ha sabido descubrir. Con ello la crítica no es superficial, sino que ha trascendido y nosotros vamos enterándonos de las andanzas que han llevado hasta aquel esperadero y no a otro. Hace bien poco tiempo, Laín publicó un libro capital: *Esperanza en tiempo de crisis* (1993). Era un motivo singular en el que se encontraban proyectados unos hombres de excepción, que volvemos a enfrentar en estas mismas páginas (Unamuno, Sartre), con lo que el libro actual nos hace pensar en una creación epistemológica semejante al de hace unos pocos años,

porque si entonces las conductas eran arquetipos de una virtud teológica, que servía para unir muchos elementos dispersos, ahora nos enfrentamos a una pluralidad de valores aun cuando podamos reducirlos a unidades que se manifiestan en cada singularidad; pues «la entraña de una obra teatral puede ayudar a la intelección de lo que el hombre debe ser para serlo de veras y de lo que como hijos del siglo XX tantos estamos diciendo».

El autor ha seleccionado unos nombres y ha silenciado otros. Ni espacio ni tiempo permiten abarcar una totalidad mayor. Son unas pruebas. Al reseñar el libro no voy a analizar todo lo que en él se contiene, sino a dar, también yo, unas muestras de lo que ha llamado más incitantemente mi interés: digamos los autores españoles y sigamos el orden del autor. Empecemos por Benavente. El gran dramaturgo ha organizado una trama



En este número

Artículos de

<i>Manuel Alvar</i>	1-2	<i>Felipe Ruiz Martín</i>	8-9
<i>Medardo Fraile</i>	3	<i>Manuel García Doncel</i>	10-11
<i>F. Márquez Villanueva</i>	4-5	<i>Carlos Sánchez del Río</i>	12
<i>Miquel Siguan</i>	6-7		

SUMARIO en página 2



Fragmentos de vida

muy compleja en la que gente y sociedad nos ofrecen unas estampas que dependen del Superhombre nietzscheano. Desde una perspectiva femenina, pero con todos los motivos del ser excepcional que intenta lograr un mundo mejor «aunque sea a costa de la verdad de los hechos». Sin embargo, el hombre no logra su total autonomía; la dualidad, ciudadano y persona, acaba sin resolverse. El problema es la cerante: Laín no puede dar la solución que tantos creadores de superhombres y negadores de Dios no han sabido hacer. Ahí está la desastrosa historia de nuestro siglo. Es posible que en el fondo haya muerto la esperanza y esta página angustiada nos lleva a las manos de Unamuno.

La gran figura de don Miguel ha atraído reiteradamente a Pedro Laín. Poseemos testimonios de mil órdenes, desde su emplazamiento entre las gentes de su generación a su inserción entre los hombres que han vivido con una fe y con una esperanza desesperada. Ahora el análisis, espléndido, de *La esfinge* nos lo sitúa en el problema de sus vínculos «con la realización social de cada individuo, si éste quiere ser fiel a sí mismo». La esfinge de ese misterio en el que se unen la intimidad personal y el abismo que hay más allá de nuestra muerte. Pretender que Unamuno no fuera fiel a lo que era la esencia de su agónico vivir sería ignorar todo el tormento de su alma. Y, como nos ha dicho de tantas criaturas suyas, hay una íntima identificación entre el yo de la criatura y el yo de su creador. Puntar las coincidencias no es difícil, pero sí la expresión de un drama que se vive en la palabra que alcanzaría su más alta expresión en *El Cristo de Velázquez*. Las evocaciones de la participación de la esposa en la vida familiar son páginas de un bello arraigo, como lo fue la convivencia de Unamuno con doña Concha, la muchachita que a su lado creció, a su lado envejeció, a su lado murió. (Un día don Miguel hablaba de su esposa. Ramos Loscertales le dijo: «En su matrimonio, la inteligente es doña Concha». Y Unamuno perdió su dogmatismo egolátrico: «Quizá»).

La agudeza crítica de Laín Entralgo está, otras veces, en saber convertir en motivos hodiernos temas, y autores, que se han ido per-

diendo de los lectores habituales. Tal es el análisis sorprendente de *Es mi hombre*. Carlos Arniches se convierte gracias a Laín en un ejemplo para los atribulados seres de hoy: no es un autor aparte, sino un escritor incardinado en los grandes problemas éticos que nos conturban. El análisis acaba con una veraz confesión: «Admirable Arniches».

Idea del tiempo

García Lorca merece el juicio de lo que es «una concepción integralmente humana de la vida del hombre». No en su grandiosa trilogía, sino en una obra (*Así que pasen cinco años*) en la que la idea del tiempo se interpreta con una enorme complejidad (el tiempo de la materia inanimada, el de la materia animada no personal y el que concierne al hombre). Sagazmente estudia Laín ese momento en que «se funden el mundo biológico o instintivo y el personal o proyectivo». Ir desencadenando tantos hechos complejos hasta llegar a una admirable conclusión: vivir es recordar y esperar. Nos asomamos a otros grandes libros de nuestro autor, bien que ahora la filosofía y la teología se le convierten en literatura trascendida hasta ese destino del hombre que son el fracaso y la muerte. Produce escalofrío leer el drama de Lorca en cuanto tiene de premonitivo y fatal, más allá de su valor literario. Es lo que sintió Vicente Aleixandre en su bellissimo retrato que hizo del poeta de la tristeza y de la amargura; es el resultado al que por muy otros caminos llega Pedro Laín cuando hermana al granadino de hoy con el Jorge Manrique de ayer. La doctrina de Pedro Laín es fielmente cristiana, y Lorca la hubiera aceptado —la aceptó en su breve paso por la tierra: el hombre no sabe de los límites de su vida, ni vivir (contra Unamuno) a la postre sea un fracaso. Tras cualquier proyecto vital (aun fracasado) no queda abolida la esperanza. Bellísimas páginas las dedicadas a una de las obras de Federico que no figuran entre sus grandes temas escolares y que esta ahí para desasosiego de sus lectores y como doctrina (¿esperanza?) de lo que es la dignidad del hombre sobre la tierra.

Estos son los autores españoles que Pedro Laín ha incorporado a su análisis. Ciertamente pudieran ser otros y, más aún, desearíamos también otros. Yo le pediría Valle-Inclán y Buero Vallejo. Dos grandes lecciones para el hombre español de la anteguerra y de los días en que vivimos. Acaso, simplificando todo, para la guerra que todos nosotros libramos «in interiore homine» (¿o «in interiore hominis»?). El ser problemático que no nos desampara y en el que desasosegadamente día a día vivimos. Laín ha escogido sabiendo las limitaciones de la elección y sus lectores (de acuerdo con sus preferencias de esta ocasión) queremos que la visión se complete y nos encontremos con una historia que, dominada ya, nos ayudará a desentnazarnos. Porque lo ha dicho con claridad: «He tratado de mostrar que cuando una obra teatral no es mero pasatiempo ingenioso, algo o mucho nos enseña acerca de la vida humana, unas veces considerada en sí misma y otras según su modo de realizarse en una situación histórica o social, aquella en la que el autor la compuso».

El libro ejerce una apasionada fascinación sobre el lector. Saber cuánto significan Bernard Shaw, Priestley, Sartre, Brecht, Camus, Becket o Ionesco es algo que cuenta en el haber de cualquier lector o de cualquier aficionado al teatro. Cuánto, humanamente, nos hemos enriquecido con ellos es algo que conforma el espíritu del hombre culto. Pero lo que ahora se nos ha mostrado no es esa dicotomía a la que tan acostumbrados somos:

lo ajeno y, como unas afueras, lo propio. Pero las cosas no son así. Lo propio está incrustado en lo ajeno, y lo conforma y ayuda a su propia realización. Conocer lo que los demás hacen es obligación del hombre culto; saber lo que tenemos en casa es necesidad del hombre que vive en el mundo. Y ahora lo vemos muy bien: Pedro Laín Entralgo ha elegido unos nombres y ha analizado unas creaciones de excepción. Entonces, ¿qué dicen esas creaciones a la criatura que asiste al teatro con la pasión de enriquecerse? O de conocerse, que viene a ser lo mismo. Resulta que las deducciones son ejemplares. Nos alegramos de que la obra de arte exista. Nos alegramos en abstracto y sin limitaciones pueblerinas. Leemos la orientación que figura en la cabecera de cada página y acaso tengamos una buena sorpresa. Sí, Unamuno o Pirandello, pero ¿Lorca y Priestley?, ¿Benavente y Sartre?, ¿o Arniches y Becket? No se trata de comparar, menester poco generoso, sino de entender. Entonces el camino que Laín ha seguido es de un rigor cartesiano: así, así y así. Luego deducimos otras muchas columnas con «asies» paralelos y descubrimos algo fundamental: la objetividad científica del hombre que piensa y sabe pensar. Ésta es la aportación que yo veo en el libro de Laín. Pero una vez más la negación del desdichado motivo turístico: «España es diferente». Pues, mire usted, no. Hoy nos bastan Benavente, Unamuno, Arniches, García Lorca. Preguntemos a nuestros especialistas en agraz. ¿Tanto saben de esos nombres ejemplares? □

RESUMEN

Laín Entralgo, en el ensayo que comenta Manuel Alvar, ha escogido fragmentos de doce obras teatrales que son, a su vez, fragmentos de vida; representaciones de la imagen que la vida tiene. Son obras, unas de autores espa-

ñoles, otras de autores extranjeros, que para un lector del siglo XX, como pretende Laín al agruparlas, comentarlas y analizarlas, proyectan como un espejo ejemplos de conducta, modelos dignos de seguir.

Pedro Laín Entralgo

Teatro y vida. Doce calas teatrales en la vida del siglo XX

Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 1995. 192 páginas. 2.200 pesetas. ISBN: 84-810-90-611.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER
Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Fragmentos de vida», por Manuel Alvar, sobre <i>Teatro y vida. Doce calas teatrales en la vida del siglo XX</i> , de Pedro Laín Entralgo	1-2
«Entre esperanzas y recuerdos», por Medardo Fraile, sobre <i>Between Hopes and Memories: A Spanish Journey</i> , de Michael Jacobs	3
«El gran desconocido de nuestros clásicos», por Francisco Márquez Villanueva, sobre <i>Pícaros y mercaderes en el «Guzmán de Alfarache»</i> , de Michel Cavillac	4-5
«Monólogo interior: psicología y literatura», por Miquel Siguan, sobre <i>El monólogo interior. Un análisis textual y pragmático del lenguaje interior en la literatura</i> , de Eduardo Aznar	6-7
«Las memorias de un ilustrado», por Felipe Ruiz Martín, sobre <i>Memorias políticas y económicas sobre frutos, comercio, fábricas y minas de España...</i> , de Eugenio Larruga	8-9
«Caos, complejidad y acción divina», por Manuel García Doncel, sobre <i>Chaos and Complexity: Scientific Perspectives on Divine Action</i> , de autores varios	10-11
«Los rasgos comunes de las cosas», por Carlos Sánchez del Río, sobre <i>The Critical Point. A Historical Introduction to the Modern Theory of Critical Phenomena</i> , de Cyril Domb	12

Entre esperanzas y recuerdos

Por Medardo Fraile

Medardo Fraile (Madrid, 1925) es escritor y ha sido el primer catedrático de Lengua y Literatura Españolas, ahora emérito, de la Universidad de Strathclyde (Glasgow). Ha publicado una veintena de libros (cuentos literarios y juveniles, novela, crítica literaria, ensayo), y por sus relatos ha obtenido, entre otros, el Premio de la Crítica (1965). Es autor de obras como *Cuentos Completos*, *Autobiografía* y *Entre paréntesis*; y editor de *Cuento español de Posguerra*.

Una de las verdades aireadas en este *Spanish Journey* es que la falta de autoconfianza que padecemos nos lleva a una obsesión enfermiza con las opiniones que les merecemos a los extranjeros y, por si no bastara decirlo, se muestra claro a lo largo de las cuatrocientas y pico páginas del libro, en las cuales un considerable número de españoles, conocidos o desconocidos del autor, hacen camino con él en la esperanza de «pasar el examen» a que les someta este inglés, no necesariamente por los méritos que tengan, sino, con más frecuencia, a costa de alinearse, cínica o ingenuamente, en contra de España y de los españoles. Para ello no escatiman, por supuesto, generosidad, dinero y energías, que serían incapaces de derrochar con un compatriota. Es para ellos una ocasión más de apartarse, de sacudirse las pulgas de los fracasos y logros históricos o presentes y de hablar de España como si lo hicieran de una tía enferma e incurable que vive en el Canadá. Lo que Michael Jacobs no sospecharía quizá en la década de los sesenta, cuando, aún muy joven, comenzó a interesarse por España, es que el conocimiento de la historia patria de los españoles de hoy, pasada y reciente, puede equipararse muy bien al que revelaron los italianos con respecto a Aníbal en una encuesta de televisión hace poco. Algo así le ocurre también, por credulidad excesiva, o por contagio tal vez, al propio autor. La España de 1939 a 1975, o, incluso, hasta 1982, no alienta en su libro, o aparece en breves referencias confusas y, a veces, contradictorias, como si la España de la «movida», o cualquier otra, pudiera surgir por generación espontánea y los españoles de esos años se hubieran convertido todos en estatuas de sal por estar sometidos a un régimen político que miraba hacia atrás para crear el futuro. Curiosamente, es Buero Vallejo el que, refiriéndose al Café «Gijón» —lleno, al parecer, de disidentes políticos—, sale al paso de esa fantasía inimaginable en charla con el autor.

En realidad, algunos de los errores de este buen libro parecen provenir de la información recibida por acompañantes hispanos, como los dudosos «seamy tales of Andalusian village life» que se le atribuyen a don Juan Valera. La información sobre los cafés madrileños de la posguerra y sus tertulias es, en general, inexacta, y quizá le hubiera sido útil a Michael Jacobs consultar las breves pero verídicas y entretenidas memorias sobre esa época de su paisano Charles David Ley. La implicación literaria de los cafés madrileños —no sólo del «Gijón»— fue abundante, como era de esperar en nuestro país, con guerra o sin ella. En el «Castilla» componía sus crónicas para el diario *Madrid*, Emilio Carrere; en el «Roma», a un paso del *ABC*, escribía César González Ruano; por el «Europeo» de la Glorieta de Bilbao, el café «de las dos hermanas», recalaban algunos de los buenos articulistas del primer diario *Arriba*; en «El Gato Negro», hacían teatro Benavente y Jardiel Poncela y este último, después, en el café de «La Elipa»; en el «Comercial», Ferlosio, Aldecoa y otros hacían tertulia con Eusebio García Luengo; asiduos o sabáticos del «Michigan» eran Antonio Prieto y Lauro



JOSÉ MARÍA CLÉMENT

Olmo; en el «Lyon d'Or» se reunía don Antonio Rodríguez Moñino con sus tertulianos, y en los bajos del mismo café, que se conocían con el nombre de «La Ballena Alegre», hubo, como en el café de «Lisboa» de la calle Mayor, lecturas semanales de poesía, novela, cuento y teatro. En el «Café de Correos» se reunía José María Valverde con escritores más jóvenes que él, Alfonso Albalá y otros, y con poetas de la generación del 31, o generación escindida o de la República. En las Cuevas «Sésamo», de Tomás Cruz, no faltaban nunca pintores o escritores, y participaron también en actividades literarias los cafés «Teide», «La Granja del Henar», «Merlín» (frecuentado por don Antonio Paso), «del Prado», «de Levante», «de San Bernardo», «Riesgo» y los desfondados y despeluchados cafés de «Viena»... Los enfrentados en aquellos años no fueron Cela y Buero, sino Cela y Juan Antonio de Zunzunegui —que hoy parece olvidado—, y los «novelistas» de la «Juventud Creadora» eran sobre todo poetas, con la excepción casi única de Pedro de Lorenzo. En otro orden de cosas, el estilo de Santa Teresa de Jesús es, en efecto, «touchingly direct», pero no «economical». Ella misma escribió en el libro de su *Vida*: «Siempre tuve esta falta, de no saberme dar a entender, como he dicho, sino a costa de muchas palabras». Y es lástima que su frustrado (e improvisado) cicerone de Toledo no estuviera con Jacobs para recordarle que la Posada de la Sangre aparece en *La Ilustre Fregona* y para llevarle a Santo Tomé sin prisas a ver *El Entierro del Conde de Orgaz*, que le habría hecho valorar a El Greco de manera menos mercantil e infinitamente más alta.

A lo largo del libro —con un prólogo brillante «Desde El Escorial»—, las opiniones, a veces contradictorias, del inglés Jacobs van creando poco a poco, y con amabilidad siempre, la España que es. En la página 52, el autor no sabe todavía gran cosa de la cocina española, que, en cualquier caso, poquitos británicos están calificados para criticar. *Tiempo de silencio* (¿el de antes o el de ahora?), de Martín-Santos, no es más ni menos «strange» (pág. 33) que cientos de novelas que se publican en el mundo todos los días. Goya es, por los temas de su obra —lo único

que debería importarnos—, el gran pintor del pueblo, sin duda alguna (pág. 276). El Valle-Inclán lamentable que crea el autor al principio (págs. 41-42) no es, gracias a Dios, el mismo que aparece en las últimas páginas (355-358). Y ¿por qué, en Europa, van a entender a Apollinaire o Marinetti y no al gran Ramón? (pág. 42). Juan Goytisolo nunca ha sido «one of Spain's most innovative writers» (pág. 181) y su primera novela bien escrita, como sabemos «en España», no fue *Señas de identidad* (1966). Unamuno no escribió en 1902 *Del castizo* (pág. 374), sino *En torno al casticismo*. Soria es famosa por Bécquer, Machado, Gerardo Diego y el románico, además de por «its roast lamb and freezing winds» (pág. 378). ¿Les suena a los españoles el apellido «Malasaña» a «fetid drains and urban decay»? (pág. 57). ¿Se puede traducir «De Lorca, ni el polvo», como «Not even its dust loves Lorca»? (pág. 185). ¿O traducir «En Peloche, no hagas noche» como «At Peloche, don't bother to sleep»? (pág. 411). Yo diría que no...

Los británicos que nos visitan hoy —y aun más ayer—, escribe Jacobs, «tienden a criticar a España por las mismas razones que la elogiaban». Y esta verdad explica y disculpa, hasta cierto punto, las «historical shams» —que no son tantas— a que él alude con frecuencia, porque si el turismo nos pide «old Spain», los españoles se la ofrecemos falsificándola, a veces, y no siempre mal. Nadie espera encontrarse un original de Velázquez, Zurbarán, Murillo o Goya decorando las salas de un parador, pero sí una imitación aceptable, oscurecida —realzada, en realidad—

RESUMEN

A pesar de que Medardo Fraile encuentra en la obra escogida *incomprensiones e ignorancias, lo cierto es que, en su opinión, este libro de un inglés que con mochila y, a veces, anteojeras ha recorrido España es, con mucho, el mejor texto que*

con pátina de hace sólo tres días. No es posible dejar a España como Pastrana para que sueñen ellos (pág. 85).

La andadura del libro se inicia con un propósito que el autor va olvidando, afortunadamente, pero no del todo: indagar en lo cursi y la cursilería de nuestro país. Para un súbdito británico, dilucidar el concepto de cursi es difícil, porque para las clases medias del Reino Unido —y, a veces, la clase obrera— lo cursi es tan cotidiano y corriente que ni siquiera se ve; no es fácil definir lo que se vive a diario, y los lexicógrafos hispanistas asedian con diez o doce palabras lo que nosotros decimos con una. Al acabar su *Spanish Journey*, Michael Jacobs no ha captado lo que significa cursi y lo confunde con horterismo o mal gusto. El dinero sin educación puede llevar al exhibicionismo del «haiga», pero el que lo conduce no es necesariamente cursi: es horterista. No hay —o no suele haber— una progresión «from the simple to the cursi» (pág. 376), y en Segovia, en vez de equivocarse durante tantas páginas con las «falsedades cursis» de Cándido, podría haber bajado al barrio de San Lorenzo para admirar la verdad más sobria. La cursilería puede afectar a pobres y ricos, ignorantes y sabios. Para ayudar con ejemplos al alcance de Michael Jacobs, yo diría que Sián Lloyd, «mujer del tiempo» de la televisión británica, es cien por cien cursi; que la cantante escocesa Lulu es una mezcla equilibrada de cursilería y horterismo, y que una dama tan valiosa como Mary Robinson, Presidenta de la república irlandesa, es ligera y encantadoramente cursi. Creo que Michael Jacobs, en este caso, se ha equivocado de país.

Su libro, sin embargo, es un gran acierto; el mejor libro que se ha publicado en inglés sobre nuestro país en muchos años. Las aclaraciones y los reparos anteriores —algunos, leves— están ahí para servir a futuras ediciones, que las habrá. La que aquí comentamos es la segunda, aparecida casi inmediatamente después de la primera. Ignoro si esta obra ha sido traducida al castellano, pero, en cualquier caso, debemos conocerla, porque es un excelente espejo de la España actual, a la que el autor ve, con frecuencia, «seedy», «fickle», «shallow», «transience», «anodine», «metaphorical» y «ephemeral», sobre todo «ephemeral». Michael Jacobs es amistoso, inteligente, culto y discreto; narra bien, observa con agudeza y va con su mochila trahumante repleta de oportunas lecturas nuestras y foráneas. Hay en su libro capítulos memorables: «El panteón de los hombres ilustres», «Paisajes e ilusiones», «La segunda invasión», «El retorno de Boabdil», «Camino a ninguna parte», «Las alturas olímpicas», «Las rutas vascas», etc., y ha escrito otras obras sobre el camino de Santiago, Andalucía, Barcelona y Madrid. Entre las esperanzas y los recuerdos de España acaban interesándose más los segundos que las primeras, y muchos españoles le darían la razón. La última página se cierra con una sonrisa, una mano huesuda y callosa, cordial, y el guiño de ojo de un viejo que quiere divertirse. ¿Otra metáfora de España? □

Michael Jacobs

Between Hopes and Memories: A Spanish Journey

Picador, Londres, 1996. 430 páginas. 8.99 libras. ISBN: 0-330-32041-6.

El gran desconocido de nuestros clásicos

Por Francisco Márquez Villanueva

Francisco Márquez Villanueva (Sevilla, 1931) se doctoró e inició su docencia en su ciudad natal. Desde 1959 ha enseñado en diversas universidades de Estados Unidos y Canadá. Actualmente desempeña una cátedra especial de lenguas románicas en la Universidad de Harvard. Ha publicado libros y monografías sobre numerosos temas de literatura e historia intelectual del período medieval y del Siglo de Oro. Su obra más reciente es *Orígenes y elaboración de «El burlador de Sevilla»*.

Poco menos que ignorado del público lector moderno, Mateo Alemán, y su *Guzmán de Alfarache* (1599-1604), permanece como el último gran desconocido de nuestros clásicos. En cuanto uno de los maestros supremos de la lengua y dueño de un arte narrativo sólo comparable con el de Cervantes, la culpa, sin embargo, no es toda nuestra. El genial sevillano eligió (o tuvo que elegir) ser un autor difícil en sentidos más profundos que un Quevedo o un Góngora. La primera parte de aquella novela de proporciones bíblicas se inicia con no uno, sino dos desconcertantes prólogos, dedicado el primero, con todo desprecio, «al vulgo», mientras que el otro, sumamente cauteloso, se dirige al «discreto lector». Hace confidencia este último de su necesidad de refugio en un lenguaje narrativo altamente codificado que le permita decir muchas cosas que no llega a nombrar. La crítica moderna ha respondido, puntual, a dicha dicotomía preestablecida, escindiéndose en lecturas opuestas que se bifurcan en lo relativo a la discutible conversión final del pícaro y a cómo valorar el conocido linaje converso del autor. Se ha de optar de este modo por una lectura de prédica ortodoxa, que enseña a través de aquella vida empecatada «la forma de bien vivir», o bien por descifrar en ésta un alegato que, bajo el sello de Maquiavelo y otros radicales discursos de época, se erige en pesimista fortaleza frente al concepto cristiano del hombre.

Acogen por igual ambas trincheras a algunos de los más destacados eruditos de este siglo. La irremisible discrepancia no les resulta en realidad imputable, por cuanto deriva de un artificio diegético calculado de cara a un público de masas, que lo acogió con entusiasmo. No quiere eso decir que una crítica a la altura del compromiso no haya de dar razón primordial de esa privilegiada comunicación con el discreto lector que el novelista sevillano confía a un arte orgulloso de su propia perfidia. Son éstas las coordenadas previas de este nuevo libro en que Michel Cavillac remozca y perfila a fondo su versión francesa de 1983. Disponemos con él de un ambicioso cuadro contextualizador del gran monumento picaresco en su relación con provincias hasta hace poco desconocidas del pensamiento religioso, político y económico de su época.

El agustinismo militante del *Guzmán de Alfarache*

Su enfoque se afilia sin vacilar a la interpretación moralizadora de la novela, pero tratando de rescatar para ella una compleja y atrevida originalidad por su cercanía a las ideologías más avanzadas de la segunda mitad del siglo XVI. Han sido éstas objeto de escaso reconocimiento, por contraste con la boga del contrarreformismo desproblematizador en que más o menos habían venido fundándose los partidarios de dicha lectura (línea Moreno Báez, Parker, Rico, Michaud). Cavillac despeja valiosamente el campo al mostrar la medida en que la obra se separa

de Trento en puntos tan esenciales como los de la gracia y el libre albedrío. El mismo acierto lo guía en su puesta a contribución del medio intelectual y religioso de la Sevilla natal del autor, donde a partir de un erasmismo radical se llegó al terreno resbaladizo de Constantino o al cenáculo de Arias Montano, e incluso al protestantismo de los frailes de San Isidoro del Campo y de Cipriano de Valera.

Mateo Alemán no era ningún inocente que no supiera muy bien lo que hacía. Gran conocedor como aquéllos de las Escrituras, no es tampoco novedad su particular afición a San Agustín, algunas de cuyas doctrinas fueron discretamente soslayadas por el Concilio de Trento. Aun si todo autobiografismo tiene una deuda inicial con las *Confesiones*, la teología agustiniana del pecado y el pecador se muestra básica en el *Guzmán de Alfarache*, hasta el punto de dar una explicación profunda al eterno problema de la conversión del protagonista. Obsesivamente agobiado por la idea del pecado original, a la vez que rebelde contra la de transmisión de las culpas, el pícaro galeote se ve elevado a «hombre perfecto», no por sus méritos, sino por la acción gratuita de la gracia con que Dios distingue a sus elegidos. El Mal juega para San Agustín bajo una economía divina que a la larga trabaja en favor de la salvación «etiam peccata». Ninguno es bueno que no haya sido antes pecador, y Guzmán sería el gran ejemplo viviente de una tesis que no respondería tanto al «salvarte puedes en tu estado» como a la simple predestinación. Desde luego, late aquí en el fondo la cuestión «de auxiliis», tan ruidosa en aquellos años y acentuada aquí por una profunda impronta de Báñez, a quien sus adversarios no en vano consideraban teñido de calvinismo. Había en todo ello bastante conflicto con lo relativo a «obras» y su necesidad para la justificación, pero anuladas o reducidas a un grado mínimo (frontera entre herejía y ortodoxia) ante el impacto de la gracia eficaz. El problema es que tales «obras» son mínimas y cuestionables en el caso de Guzmán, sin que ello obste para que, bajo dicha luz, Cavillac deje de reconocer en él una figura no ya ejemplar, sino hasta cristológica. Mateo Alemán proyectaba sobre su protagonista un agustinismo radical, pero larvado de raíces valdesianas y coincidente, sobre todo, con Calvino en el terreno de sus «isotopías» de orden social y económico. Han sido éstas harto reconocidas ya por la crítica no convencida del carácter convencional de la novela, a la vez que rechazadas por la opinión contraria, pero Cavillac procura mantenerlas aquí bajo el manto de la ortodoxia. Las «obras» de Guzmán consintieron en delatar una conspiración a bordo de la galera (acto meritorio a la luz de la razón de Estado) y, más aún, en dedicarse por primera vez en su vida al trabajo productivo, fabricando palillos de dientes e invirtiendo con tino sus pocas iniciales monedas en «cosas de vivanderos». Con ello (se prosigue) dejaba atrás al «viejo Adán» y, como cristiano renacido, predicaba también la más oportuna lección económica a la depauperada España de su época.

Mensaje mercantilista y atalayismo

Lo mismo que Guzmán pasa de envilecido pecador a espejo de virtudes cristianas, lo ha hecho también de «hijo del ocio» a activo multiplicador de la riqueza. Nacido de una madre sin escrúpulos y de padre genovés, estafador so capa de mercader, renegado en Berbería y de origen judío, el pícaro Guzmán hereda y continúa todas las taras posibles en su época. Las corona además con su adscripción a la inmoralidad sevillana y su



Mateo Alemán.

viado tributo a la axiología nobiliaria con que el comercio local se arruina a sí mismo, y de camino a toda España.

Vale este cuadro por la lente que concentra discursos teológicos y socioeconómicos para encender la mecha del *Guzmán de Alfarache*. Por la misma lógica actuante en Calvino, el agustinismo radical de Mateo Alemán henchía de valor religioso a la conducta seglar. Coincidían ambos en valorar el trabajo asiduo y productivo, a la vez que el razonable beneficio de la mercadería emprendedora, en su equiparación a un salario justo. Frente a ello, el desastroso rumbo económico español ha abdicado en favor de tráfico usurarios, en que los genoveses son dueños y señores que absorben para sí las riquezas conforme al itinerario Sevilla-Madrid-Génova, recorrido en ambos sentidos por la trayectoria narrativa de Guzmán. Si las connotaciones aviesas con que en la novela resuenan los nombres de Génova y genovés han sido siempre obvias, la informada exégesis de Cavillac saca ahora a flote su paralela equivalencia religiosa. Por lo demás, no se adelantaba Mateo Alemán en la denuncia de tantos males, discutidos por espacio de casi medio siglo por teólogos, moralistas y hombres de saber político. Cavillac los resume puntualmente para acabar con el mito de una España «emporófoba» ni de ningún sabotaje de orden teórico al espíritu económico de la modernidad. Tomás de Mercado, Luis Ortiz, Cellorigo y tantos otros elaboraron un extenso cuerpo de doctrina de clara orientación pro-burguesa y mercantilista. Legitimadores de la plusvalía comercial (pero no de la usura) y dispuestos a aceptar las leyes del mercado, se acogían a criterios tanto o más abiertos que los que circulaban en medios protestantes. Santos y figuras de la literatura ascético-mística, como fray Francisco de Osuna, San Juan de Ávila o fray Luis de León, les allanaban el camino con sus condenas de la mentalidad nobiliaria y su axiología anticristiana del ocio y de la honra excluyente.

El deterioro económico y el rampante fenómeno del pauperismo llegan a ser, sobre este fondo, una preocupación colectiva que da como resultado la irrupción no sólo literaria del pícaro. En coincidencia con la etapa más dura del capitalismo genovés y con el alud de bancarrotas (incluyendo las de la hacienda real), las ciudades se ven obligadas a crear alguaciles de pícaros en la década de 1590. Las perentorias circunstancias cargan de razón a todas aquellas voces en su misión de «atalayas», es decir, vigilantes que desde terreno intelectualmente elevado

previenen del acercamiento del peligro. Cavillac considera el término un calco con el que los rabinos de la *Biblia romanceada* del siglo XIV traducían el concepto de «centinela» o «guardián de la ley». Los moralistas e ingenios que desde una perspectiva racional analizan la realidad socioeconómica y tienden a canalizarla han quedado así doblados en España de una función semi-profética. Como observó J. Vilar, «atalaya» se vuelve un vocablo clave, que salta por toda suerte de contextos en las últimas décadas del siglo XVI, autorizando a hablar de «atalayismo», lo mismo que tres siglos después de «noventaiochismo». Bajo su égida los discursos mercantilistas acentúan al acercarse la fecha de 1600 su autonomía racional, levantando la bandera de Tácito como eufemismo de Maquiavelo y dando ya paso franco al arbitrio. Llevado de estas agitadas corrientes, Mateo Alemán invita a una lectura trascendental de su novela al llamarla *Atalaya de la vida humana*, lo mismo que lamenta en su segunda parte que el público haya preferido trivializarla como simplemente *El pícaro*. Sin el «atalayismo» unificador de valores económicos y religiosos no hubiera sido posible, se nos dice, «el genial psicoanálisis colectivo cuya novelización acometió Alemán».

Madrid: ¿otro Amberes?

La inserción de Mateo Alemán en este ámbito intelectual no ofreció dudas desde el momento en que fue posible descifrar el jeroglífico de su retrato, donde el nombre de Cornelio Tácito impera con disimulo sobre los cartapacios de su obra. La publicación de su correspondencia con el doctor Cristóbal Pérez de Herrera, cuyas tesis confiesa haberle guiado en la primera parte de *El pícaro*, situaba a la crítica sobre las pistas que este libro recorre casi hasta su final. Aquel médico de Felipe II, verdadero clásico de esta literatura proyectista, había propuesto en su *Amparo de pobres* (1598) un vasto plan destinado de primera intención a acabar con la mendicidad mediante un sistema de controles destinados a separar pobres falsos de pobres legítimos y proveer a éstos de trabajo y medios de subsistencia a cargo de la comunidad. Sus ideas procedían claramente de Luis Vives en su *De subventionem pauperum* (uno de los libros de mayor impacto social en su tiempo) y del canónigo de Elna Miguel de Giginta, autor de cierta *Atalaya de caridad* que vio la luz en 1587.

El tema de la mendicidad viciosa es, como se recordará, capital en el *Guzmán de Alfarache*, que lo culmina en su pintura de Roma como arquetipo de una pervertida caridad que no es sino fomento de vicios. Es de recordar que el abordaje polémico a la mendicidad y vagabundez ha sido inseparable de la novela picaresca desde el mismo *Lazarillo de Tormes* (1554), sin que Cavillac sea el primero ni el segundo en analizar su reacción ante los intentos de introducir medidas similares a las prescritas por Vives para las prósperas ciudades de Flandes. Sólo que Mateo Alemán, como siempre, va mucho más allá, elevando el discurso del mendigo vagabundo, tan a menudo superpuesto al pícaro, a categoría o símbolo de marginación. El evangélico «homo mendicans», además de «viator», es para el *Guzmán de Alfarache* una imagen de alteridad entendida a la vez como el pecador, el converso, el mercader, el innovador y, desde luego, el atalayista que clama en el desierto de aquella España que no quiere enterarse de nada. Una tierra cuyo mismo rey era también, técnicamente hablando, un mendigo coronado.



Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

En todo lo que antecede se jugaba mucho más que mendicidad y literatura. El proyecto o arbitrio general de Pérez de Herrera estribaba en el remedio irreprochable del pauperismo, que a todos causaba espanto, para ir escalando después sus miras en cadena de alcances insospechados. La necesidad de hallar ocupación provechosa para aquellas multitudes requería una política de fomento de la «manufactura» o industria que diríamos hoy, pero más aún la estima honrosa del trabajo y del hombre creador de riqueza. Semejante sistema económico habría de completarse con un aparato de nuevas enseñanzas, basado en matemáticas, artes y oficios, tecnología y ciencias de la naturaleza (Mateo Alemán presumía de esa clase de conocimientos). No es de otro modo como se han fundado las repúblicas virtuosas, «aunque no sean católicas», remacha Pérez de Herrera, cuya verdadera diana es una radical subversión de la axiología nobiliaria del ocio y el nacimiento en favor de otra basada en trabajo, riqueza, saber y meritocracia, cuyo punto final sería un revolucionario transformar a Madrid en «otro Amberes». Y donde, es preciso añadir, no existiría limpieza de sangre ni la Inquisición tendría mucho que hacer.

Panorama de dificultades

El libro de Cavillac ilumina decisivos aspectos en relación con el autor y su obra, estrechamente ceñida ahora por una tupida red de discursos religiosos, económicos y literarios. Su clara inserción atalayista no contribuye, sin embargo, sino a revestir de nueva urgencia las perplejidades mencionadas aquí al principio. La hermenéutica de nuestro colega francés pone como nunca de relieve el avanzado potencial disidente del *Guzmán de Alfarache*, socavando en realidad su adscripción a la tesis moralista. Mateo Alemán, privilegiada atalaya del fenómeno económico por su arraigo sevillano y sus años de experiencia en la Contaduría del reino, se perfila más que nunca en conflicto con el mundo oficial a su alrededor. Se exagera en él la frustración de la burguesía «desclasada» compartida por los atalayistas, condenados además a no hacer la menor mella, que es la gran diferencia con la suerte

reservada fuera de España a ideologías homólogas. Representaban tales hombres una heterodoxia política, y ellos lo sabían mejor que nadie.

El problema no es sino tanto más agudo en el plano religioso. El *Guzmán* no va presidido por el «derelicti sumus» ni el «donec requiescat in te» agustinianos, sino por el despiadado «ab insidiis non est prudentia» del emblema de la araña y la culebra. La tendencia al control civil del pauperismo ha sido uno de los más decisivos pasos de los tiempos modernos hacia el laicismo, pues desde nuestro Vives se partía de una crítica de cómo la Iglesia había desertado históricamente de una de sus misiones más primarias. Si la coincidencia de Mateo Alemán con Calvino se vuelve ahora más visible que nunca, abre a la vez un interrogante acerca de si queda toda ella explicada por la vía autóctona del atalayismo y de si el novelista no es en eso mucho más radical que sus compañeros de viaje.

Es claro que Cavillac, quien por otro lado ve al autor de la *Ortografía castellana* como un incipiente ilustrado, no desea enfrentarse con el monstruo. Se abstiene de examinar de cerca la argumentación favorable a la tesis de un nihilismo profundo (Castro, Brancaforte, Johnson, Arias, etc.). Difiere, sí, de los colegas «tridentinos» al leer con inteligencia el episodio del Cardenal como un alegato antirromano, pero se detiene ante la culminante acusación de pederastia (por lo demás característica de dicho tema). Una dinámica similar impone hipotecadas lecturas pacatas de la novela sevillana y «burguesa» de *Bonifacio y Dorotea* o de los cautivos nazaries *Ozmín y Daraja*, relatos de neto carácter agresivo, cuyas miserias y torturas mentales tienen también su respetable bibliografía. Con entera acogida al bando de los ángeles, se elucubra, por ejemplo, en favor de hondos sentidos teológicos para la mención de la noche de San Juan, cuyas profanas asociaciones con un erotismo elemental han sido siempre obvias.

Se explica por el mismo camino la forma como un autor habitualmente concienzudo se desentiende poco menos que «a priori» del problema converso y de sus implicaciones en una obra tan abrumada por su rechazo de la honra y otros discursos inconfundibles (*Job*, como en fray Luis de León). Se hace

así todo más manejable y no se entra a ventilar el marcado aspecto converso del atalayismo, ni se menciona que lo eran Vives, fray Francisco de Osuna, San Juan de Ávila y tantos otros. No se explora el problema de la limpieza de sangre, ni se recuerda el carácter axial que el repudio de los estatutos asume en el proyectismo del gran Cellorigo. La carencia de espacio impide ir aquí más allá de cómo el vasto problema histórico de los conversos requerirá todavía mucho arduo estudio, pero no puede ser echado a un lado a la hora de abordar un tema como el de Mateo Alemán y la picaresca.

Literatura y sociologismo

El estudio que nos ocupa, inspirado por Lukács, Goldmann y Sombart, y más de cerca por Noël Salomon, se adscribe a una interpretación sociológica de la literatura. Es una metodología legítima y hasta seductora, pero que tiene aquí sus limitaciones, porque Mateo Alemán no escribía, como los atalayistas, para un pequeño grupo de gentes preocupadas, sino con la idea de un gran público heterogéneo y de un éxito de librería que consiguió plenamente. Por decirlo alto y claro: en el concepto de este libro, el *Guzmán de Alfarache* sería una típica obra de tesis o «escuela de fina política, ética y económica», es decir, un producto o artefacto de autonomía restringida por criterios y determinantes de época. Frente a ello, se olvida que *El pícaro* no ha sido nunca leído más que por el arte con que su autor supera o deja atrás lo material de todo alcance panfletario para inaugurar un atalayismo enfocado no

RESUMEN

El autor de esa monumental novela picaresca que es *Guzmán de Alfarache*, Mateo Alemán, aun cuando sea, en opinión de Márquez Villanueva, uno de los maestros de la lengua y dueño de un arte narrativo sólo comparable al mismo Cervantes, permanece como el último

sobre un fenómeno socioeconómico, sino sobre la totalidad problemática de «la vida humana».

Mateo Alemán, sobre todo, no se apea nunca de su juego a dos barajas, cuyo ideal destinatario o más que discreto lector sería un converso hecho, como él mismo, al disimulo y al sordo reconcomio. ¿Agustinismo o calvinismo, con nihilismo a lo Pleberio como tercero en discordia? ¿Naturaleza caída o el inexorable «de atrás le viene al garbanzo el pico»? ¿Conversión ejemplar o, como también se la ha llamado, «proceso de degradación»? Cavillac no puede menos de advertir cómo «lo implícito desempeña en este texto un papel determinante». Una ambigüedad erigida en principio artístico permite siempre elegir por eso entre la coartada de una lectura a medida del vulgo (o del presunto inquisidor) o como última y suprema estafa en la carrera del pícaro. Guzmán, ahora santo y bueno en su nueva vocación de mercader «en cosas de vivanderos», pero ¿no es desfachatez y sarcasmo hacer pasar por tal a un tráfico de aguardiente dentro de la galera?

Instrumento desestabilizador

Aunque de otro modo, la novela de *Guzmán de Alfarache* dialoga con el *Quijote* en su proteica multivocidad semiológica. Su mismo mensaje mercantilista no vale allí por originalidad ni consistencia ideológica (eso lo hacía mejor Pérez de Herrera), sino como instrumento desestabilizador de cualquier realidad con que venga a entrar en contacto. Una primera lectura podrá (ha podido) persuadir allí de tridentinismo, como una segunda de aficiones agustinianas y bañecistas, unas tercera, cuarta, quinta (se pierde aquí la cuenta), de deudas a Maquiavelo o a Calvino, al escepticismo del «nacer y morir» converso, anticipo del estatismo laico de Hobbes «e via dicendo». Lo mismo acerca del portavoz de la abortada burguesía española, porque Mateo Alemán se diferencia de los atalayistas, y se acerca en esto a Cervantes, por ver el haz y el envés de lo que trae entre manos. Su mirada es infinitamente más profunda y no se deja prender de la fútil irrealdad de armazones teóricos. El gran sevillano está persuadido de que el problema de fondo está en la condición humana, que podrá pervertir la axiología de los «medianos» igual que la de los altos y de los bajos. La novela de *Bonifacio y Dorotea* inicia en la literatura moderna el gran tema del matrimonio burgués, condenado en sus vicios como una forma de opresión humana no diferente en su esencia de las acarreadas por la ideología nobiliaria.

No es de sorprender que el lector moderno encuentre dificultad en su acceso al mundo hipercodificado de Mateo Alemán. Por entero desasistido de la crítica, Unamuno renegaba con razón de la inagotable locuacidad sin rumbo del desaprensivo que narra sus mezquinas trapacerías. *Pícaros y mercaderes en el «Guzmán de Alfarache»* es un bienvenido paso al frente hacia la superación del lamentable punto muerto. □

Michel Cavillac

Pícaros y mercaderes en el «Guzmán de Alfarache». Realismo burgués y mentalidad aristocrática

Universidad de Granada, Granada, 1994. 633 páginas. ISBN: 84-338-1962-3.

Monólogo interior: psicología y literatura

Por Miquel Siguan

Miquel Siguan (Barcelona, 1918), psicólogo y psicolingüista, es profesor emérito de la Universidad de Barcelona y doctor «honoris causa», por las universidades de Ginebra y del País Vasco. Entre sus obras recientes figuran España plurilingüe (publicada también en inglés) y L'Europa de les llengües (publicada también en castellano, francés y portugués).

Un tópico muy repetido considera que la psicología moderna con pretensiones de ciencia rigurosa se constituyó en oposición a una psicología tradicional introspectiva. La realidad es que la psicología clásica, de Aristóteles a Kant pasando por los escolásticos, pretendía ser una construcción racional con escasas referencias a la introspección. La apelación a la conciencia como fuente de datos psicológicos es una novedad del empirismo inglés que opone a los conceptos abstractos tradicionales las ideas, como asociaciones de imágenes mentales más o menos generalizadas.

La obra de Williams James, centrada en la descripción del «curso de la conciencia», fue durante mucho tiempo el mayor exponente de esta manera de entender la psicología. En esta perspectiva, los psicólogos empíricos dedicaban mucha atención al estudio de las imágenes mentales. Binet, para citar un ejemplo muy representativo, después de mucho tiempo de observar pacientemente cómo sus dos hijas traducían en imágenes sus experiencias, advirtió que tenían dos estilos de imaginar totalmente distintos. A la misma conclusión llegó en sus estudios sobre cómo planeaban sus jugadas los jugadores de ajedrez, pues mientras unos imaginaban visualmente el tablero y las piezas en sus respectivas posiciones, otros operaban más bien a través de esquemas. En estos estudios y en otros los elementos verbales juegan un papel muy modesto. En cambio, algunos años más tarde, en lo que se llamó la escuela de Wurzburg, el tema principal era la forma cómo los sujetos resolvían problemas que implicaban operaciones mentales para ver en qué medida se apoyaban en argumentaciones verbales y en qué medida el pensamiento abstracto llegaba a prescindir incluso de las palabras. Y los investigadores constataron que frecuentemente el razona-

miento mental tenía un soporte verbal, aunque se trataba de unos enunciados muy simplificados, a medio camino de una plena abstracción. Por los mismos años, en la década de los 20, Wigotsky, en la Rusia soviética, colocaba el lenguaje interior en el centro de sus preocupaciones sobre el comportamiento humano. Pero la obra de Wigotsky fue pronto silenciada en su propio país mientras en América y en Europa el conductismo, que creía que para hacer de la psicología una ciencia natural había que prescindir de los datos de la conciencia, se convirtió en la corriente dominante en la investigación psicológica. Con lo cual el lenguaje interior desapareció del campo de la investigación psicológica.

Y curiosamente, por los mismos años en que esto ocurría, el recurso al lenguaje interior era cada vez más frecuente en los textos literarios y su popularidad ha llegado hasta nuestros días. Y a medida que aumentaba la popularidad empezaba el interés de los teóricos de la literatura por aclarar sus mecanismos. En esta línea se sitúa el libro que pretendo comentar. Comentario que, dado que no soy especialista en ninguna de las disciplinas de la ciencia de la literatura, puede parecer atrevimiento. Valga en mi descargo que el tema del libro se refiere a un hecho psicológico, y aquí sí que me siento en mi campo, y que el autor lo aborda con singular perspicacia. Y aún puedo agregar que buena parte del libro está dedicado a analizar fragmentos de literatura contemporánea que, al mismo tiempo que refuerzan su argumentación, constituyen un ejercicio atractivo para cualquier interesado en la literatura contemporánea.

El monólogo interno como recurso literario

Escrito en España, el libro parte de un muy conocido texto de Clarín comentando la obra de Galdós: «Otro procedimiento que usa Galdós, y ahora con más empeño y acierto que nunca, es el que han empleado Flaubert y Zola con éxito muy bueno, a saber: sustituir las reflexiones que el autor suele hacer por su cuenta respecto de la situación de un personaje con las reflexiones del personaje mismo empleando su propio estilo, pero no a guisa de monólogo, sino como si el autor estu-

viese dentro del personaje mismo y la novela se fuera haciendo dentro del cerebro de éste».

Partiendo de este texto, Aznar resigue los antecedentes de este recurso como pueden ser las *Confesiones* de San Agustín o los «aportes» de los personajes teatrales; rastrea sus primeras apariciones y destaca el papel de la novela naturalista en su consolidación hasta alcanzar su madurez en la obra de Joyce y más concretamente en el monólogo de Molly al final del *Ulises*.

Y paralelamente con este despliegue hace notar con razón que en esta misma época, comienzos de nuestro siglo, existe una amplia preocupación por la conciencia y sus misterios. El primer testimonio es el ya citado libro de James. Pero los comienzos del siglo XX son también el tiempo de las grandes sistematizaciones de la psiquiatría, de la fama de Charcot y de los primeros trabajos de Freud.

Aznar empieza por definir lo que hay que entender por lenguaje interior. Como ya notaba Clarín, un novelista puede describir con palabras no sólo los comportamientos externos de sus personajes, sino también sus intenciones y sus sentimientos, pero sólo podemos hablar de lenguaje interior como recurso literario cuando pretende reproducir lo que verbalmente el sujeto se está diciendo a sí mismo.

Pero, ¿existe este lenguaje interior? Cuando los psicólogos actuales, de orientación cognitivista, hablan del «lenguaje de la mente», se refieren a las estructuras básicas de nuestro conocimiento, algo así como una gramática general del pensamiento, estrictamente formal y de la que no somos directamente conscientes. Y algo parecido podríamos decir del «lenguaje del inconsciente» para significar la lógica interna de los contenidos subconscientes. El lenguaje interior, en cambio, es efectivamente verbal y efectivamente consciente. Claro que sólo el testimonio de nuestra propia conciencia nos puede atestiguar su realidad. Hay quien cree que esto es una ilusión, que lo que ocurre es que la realidad mental sólo podemos expresarla verbalizándola. En el extremo opuesto, mi añorado José María Valverde creía que todo el pensamiento es verbal y solamente verbal, y probablemente James Joyce pensaba lo mismo. El autor del libro que comento se sitúa en una postura intermedia, que yo comparto, y sin creer que toda la actividad mental sea verbal, afirma

con rotundidad no sólo la existencia del lenguaje verbal, sino su carácter de auténtico lenguaje, porque está compuesto de proposiciones, lo que significa que está compuesto por palabras, y palabras de una lengua determinada, y porque tiene una estructura gramatical. Es cierto que es una gramática distinta, con características propias, y aquí se apoya explícitamente en Vigotsky. Se trata de un lenguaje simplificado, centrado en la pura predicación que prescinde de todos los elementos situacionales e incluso del propio objeto de la predicación, que se da por supuesto. Y es un lenguaje básicamente semántico, con estructuras gramaticales muy simples y en el que el sentido predomina sobre el significado literal de las palabras.

Y en relación con este lenguaje se plantean dos cuestiones principales que constituyen el centro de interés del libro. Una respecto a la naturaleza de las proposiciones que constituyen el discurso interior, la otra sobre la aparente falta de lógica de este discurso.

El sentido del monólogo

En la medida en que el lenguaje es fundamentalmente un medio de comunicación se puede considerar que toda proposición es un mensaje con un contenido informativo y que implica dos protagonistas: el emisor del mensaje y el receptor al que va destinado. El lenguaje interior carece por principio de interlocutor, es un soliloquio, y su receptor es el propio emisor. Pero entonces, ¿cómo puede hablarse de comunicación si el contenido del mensaje es ya perfectamente conocido por el receptor? ¿Será un puro acto gratuito, desprovisto de sentido?

El autor muestra su perspicacia acudiendo a la teoría de los actos de habla que popularizó Searle. El lenguaje dirigido a los demás hace algo más que transmitir información. El que con unas palabras determinadas cierra un pacto como el que pronuncia un «sí» matrimonial, hace algo más que informar sobre sus intenciones: establece un compromiso que de alguna manera modifica la realidad ambiental. Y el compromiso no puede referirse sólo al comportamiento respecto a otros.



FRANCISCO SOLÉ

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

Cuando interiormente después de un período de deliberación nos decimos: «pues ya está, iré al concierto», diciéndonoslo damos por terminada la deliberación. Y aunque sea sin este carácter decisorio, el lenguaje interior a menudo anticipa y orienta la acción. «Esta camisa blanca no, porque es de seda, pero todas las otras de ese lado, una enjabonada y a la palangana», se va diciendo a sí misma la protagonista de *Boquitas pintadas*, de Manuel Puig, dirigiendo así su acción al mismo tiempo que fantasea un paseo futuro con su hijo de la mano y el reencuentro con su padre. Así, el papel anticipatorio de la acción del lenguaje interior puede referirse tanto a cosas como a personas. Cuando alguien, antes de sostener una entrevista importante, anticipa las frases que dirá y las respuestas del interlocutor, no sólo está ensayando su conducta futura, sino reforzando la actitud que desea adoptar. Y lo mismo cuando revive escenas y conversaciones pasadas.

Así el lenguaje, antes que comunicación empieza por ser un «acto de habla», un intento de influir sobre los demás, y el monólogo interior no sólo interioriza esta intención, sino que, volviendo sobre sí mismo, intenta influir-se a sí mismo.

Pero el lenguaje interior no sólo se relaciona con la acción, sino también con el conocimiento. Al verbalizar sus propios comportamientos y los ajenos, el sujeto se hace en alguna medida transparente a sí mismo. He aquí cómo comenta el autor un fragmento de monólogo interior de *La señorita Elsa*, de Schnitzler: «No ha estado mal como salida de escena. Espero que estas dos no crean que estoy celosa"... Al hablar consigo misma y evaluar su anterior acto de habla —el desplante aludido— Elsa cae en la cuenta, en calidad de interpretante de su propio discurso o, si se prefiere, al identificarse con unos posibles interpretantes, Paul y Cissy y otros, de que implícitamente ha manifestado un interés —¿excesivo?, ¿sentimental?— por Paul, es decir re-

conoce implícitamente este interés, que por cierto niega apresuradamente; podemos decir, pues, que en este reconocer Elsa somete a consideración ante sí, se proporciona información de sí misma, emanada de ella misma, gracias a una acción lingüística producida por ella misma y que ella misma evalúa».

La incoherencia del discurso interior

Cada vez que en un texto narrativo el autor pretende reproducir el lenguaje interior de uno de sus personajes podemos estar seguros no sólo de que la sintaxis será más laxa que en el relato ordinario, sino que la sucesión de los significados será mucho menos ordenada, con saltos bruscos y cambios de perspectiva. Frente a esta aparente incoherencia, que pretende reflejar lo que efectivamente ocurre en el discurso interior, el autor hace notar que los diferentes procedimientos que en el discurso público aseguran su coherencia y su progresión están determinados por la necesidad de permitir al interlocutor el recibir la información en una forma comprensible. Pero en el caso del monólogo interior, en el que el receptor ya posee esta información, estas cautelas no son necesarias y la coherencia del discurso des-cansa únicamente en su correspondencia con las preocupaciones del sujeto.

Claro que aquí estamos hablando no del monólogo interior como tal, sino del monólogo interior como recurso literario, lo cual significa que esta aparente incoherencia, tras la cual se transparentan las preocupaciones o la manera de ser de un personaje, están al servicio de una intención narrativa que se traducirá de formas muy diversas según el estilo personal de cada autor. Ya he dicho que una parte importante del libro que comento se dedica a analizar textos que incluyen monólogos interiores, seleccionados entre autores contemporáneos: Joyce, por supuesto, pero tam-

bién Mann y Schnitzler y Faulkner y, entre los hispánicos, Martín-Santos, Carlos Fuentes y Manuel Puig, en primer lugar, y referencias a otros muchos.

Y una observación final. Hay autores en los que el texto que imita un monólogo interior del personaje no difiere demasiado del resto del relato, sintaxis parecida y parecida incoherencia. Es todo el texto narrativo, o partes importantes, los que parecen reproducir un monólogo interior que en este caso sería del propio novelista en calidad de narrador. Pero esto daría materia para otro libro.

He escrito este comentario como psicólogo y voy a terminarlo con una lamentación. Eduardo Aznar ha apoyado la armazón psicológica de su discurso sobre el lenguaje interior en la obra de Vigotsky. *Pensamiento y lenguaje*, su obra principal, fue escrita hacia 1930, poco antes de su muerte a los treinta años, y aunque es cierto que en una vida tan corta su producción fue extraordinaria, podemos suponer que sólo estaba en camino de llegar a formular sus ideas sobre el lenguaje. Porque en su obra confluyen tres corrientes: sus observaciones empíricas, que le llevan a deducir que el lenguaje se interioriza en primer lugar en relación con la acción y como una forma de regularla; su convicción de que el hombre es un ser a la vez biológico y social

y que los individuos se socializan fundamentalmente con la adquisición del lenguaje y, por tanto, con su interiorización; y, finalmente, la concepción de lenguaje interior como a medio camino entre la reproducción del lenguaje externo y las estructuras cognitivas superiores. Y es posible suponer que si hubiese tenido tiempo habría podido llegar a una síntesis entre estas distintas fuentes.

Pero si Vigotsky no tuvo tiempo de hacerlo y murió en 1930, podríamos suponer que otros se han encargado de proseguir su camino. Y la verdad es que no ha sido así. A su muerte, la psicología americana y posteriormente, la europea estaba dominada por el conductismo que negaba cualquier lugar a la introspección en el método científico y que, al mismo tiempo, se desinteresaba por los procesos superiores del comportamiento humano, y entre ellos por el lenguaje. Hoy el paradigma conductista ha sido sustituido por el cognitivismo, que ciertamente sí se ocupa e incluso se concentra en los procesos superiores, pero atendiendo a sus aspectos más formales e ignorando los aspectos que más interesaban a Vigotsky, y entre ellos el proceso de interiorización del lenguaje que lo subjetiviza. Y así ha podido ocurrir que para reflexionar sobre un tema tan propiamente psicológico haya tenido que acudir a un libro de teoría literaria. □

RESUMEN

Miquel Siguan acude como psicólogo a analizar un ensayo de teoría literaria que trata del monólogo interior como recurso narrativo, y eso le permite referirse al lenguaje interior, que si es en sí mismo un hecho psicológico,

ha tenido un gran desarrollo en la literatura del siglo XX. Además, ahondar en esos textos literarios no le impide llevar las cosas a su terreno: reflexionar sobre el proceso de interiorización del lenguaje que lo subjetiviza.

Eduardo Aznar

El monólogo interior. Un análisis textual y pragmático del lenguaje interior en la literatura

Ediciones Universitarias de Barcelona, Barcelona, 1996. 394 páginas. 3.400 pesetas. ISBN: 84-89607-38-9.

Las memorias de un ilustrado

Por Felipe Ruiz Martín

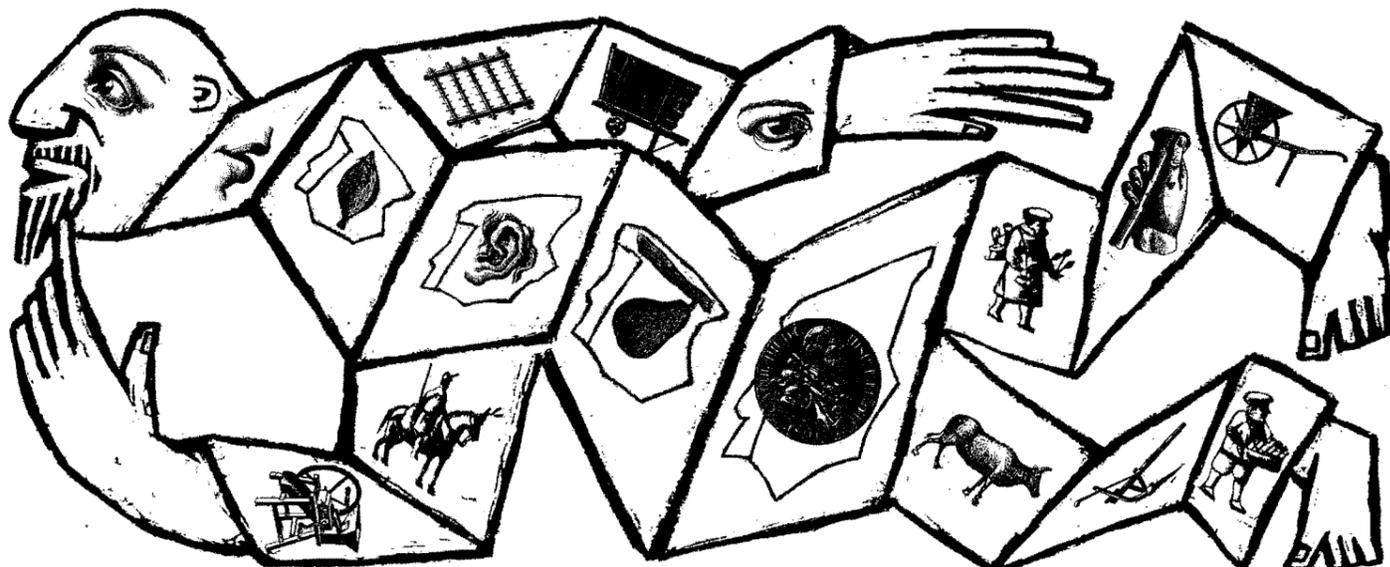
Felipe Ruiz Martín (*Palacios de Campos, Valladolid, 1915*) es catedrático emérito de Historia Económica en la Universidad Autónoma de Madrid y pertenece a la Real Academia de la Historia. Algunas publicaciones suyas son: *La banca en España desde sus orígenes hasta 1782*, *La deuda pública de Felipe II* y *Las finanzas de la Monarquía Hispánica en tiempo de Felipe IV*.

La Institución «Fernando el Católico», de Zaragoza, con el Gobierno de Aragón y el Instituto Aragonés de Fomento, están llevando a cabo la reproducción en facsímil de esta obra monumental, que es uno de los exponentes más representativos de los alicientes que impulsaron a la Ilustración Española.

Era conocida, y cada vez más estimada, sobre todo por los estudiosos que tratan de reconstruir el pasado de nuestro país apoyándose en las realidades humanas y materiales que le sustentaron a través de los tiempos y singularmente en la crítica época del siglo XVIII, cuando se pretendió desde el gobierno de Madrid sacar a las regiones del abatimiento en que habían caído con la «decadencia», interminable y profunda, que siguió al esplendor incontestable que la Península Ibérica conoció de fines del siglo XV a fines del siglo XVI. Las *Memorias políticas y económicas* de Larruga daban cumplidas respuestas a muchas de las interrogantes de lo que efectivamente sucedió en el largo proceso, bien que para captar esas respuestas se exigiera, más que unas consultas fugaces al copioso repertorio, la reposada lectura de los textos que se aportaban y de los comentarios que el compilador hacía de su propia cosecha. En España era factible la parsimoniosa tarea, ya que existen ejemplares —verdad es que con rareza completos— de la obra en las principales bibliotecas; pero en el extranjero resulta casi imposible. Se busca en vano el Larruga; no se encuentra. Ni siquiera se halla entero en la Bibliothèque Nationale de París y hasta en los Estados Unidos, donde como es notorio se han acopiado cuantos libros de fuste fueron lanzados en venta por Europa, faltaba en el curso 1972-1973 en la «Firestone Library», de la Universidad de Princeton, que es una de las más completas que hay en América, y no era allí posible recurrir a la solicitud de un préstamo a otros depósitos con los que estaba establecida rápida correspondencia, por medio de camionetas que van y vienen, porque también carecían de la obra. Era, pues, necesario y con urgencia la «reprise» de lo editado de 1787 a 1800, que integra 45 tomos. Las instancias en ese sentido de los profesores Ernest Lluch, Eloy Fernández Clemente y Alfonso Sánchez Hormigo encontraron el mecenazgo de las entidades arriba mencionadas y desde 1995 están apareciendo sucesivamente y con celeridad los elementos que componen el colosal empeño intelectual que acometió con éxito Eugenio Larruga y Boneta, los 45 tomos agrupados en 15 volúmenes y con una inteligente introducción de Josep Fontana.

Semblanza del autor

Eugenio Larruga y Boneta, nacido en Zaragoza el 15 de noviembre de 1747, es uno de los típicos españoles adheridos en cuerpo y alma a las luces y a la razón. Hace estudios «mayores» en su ciudad de origen y en Gandía, pensando en una carrera eclesiástica, que luego abandonará, no sin haber obtenido antes grados en filosofía y le-



VICTORIA MARTOS

yes, y el doctorado de teología, y desempeñar interinamente una cátedra de cánones en Zaragoza. Sentía una curiosidad apasionada por la concepción nueva de la vida a la que se estaba llegando en Europa a través de la razón y de las luces, y devoraba cuantos «tratados» se le ponían por delante salidos de la pluma de escritores famosos, para lo que aprendió tesonudamente no sólo francés e italiano, sino el suficiente inglés y alemán como para conjeturar por dónde discurrían los mentores de Inglaterra, Holanda y Alemania, cuyos mensajes le eran inquietantes. Por lo que se desprende, le impresionó que, con unanimidad, la meta que se proponía alcanzar por unos y por otros era la satisfacción general, «aquí y ya», en la tierra sin aguardar el prometido y esperado cielo. No es de extrañar, dadas sus aficiones, que acogiera con agrado a partir de 1773 el encargo de acondicionar el legado de alrededor de 20.000 libros que el marqués de la Compuerta, ministro de Gracia y Justicia que había sido de Felipe V, dejó al convento de San Ildefonso de Zaragoza con la condición de que tuviera acceso el público a ellos. Tras desistir de ser clérigo, Larruga se trasladó a Madrid hacia 1778, donde temprano se casa, y sin tardar es comisionado por la Junta de Comercio, Moneda y Minas para poner orden en los fondos múltiples que, amontonados, hay en su archivo. Creada en 1679-1682 la Junta con el designio de encauzar la reacción positiva que empezaba a ser manifiesta en Castilla la Vieja y Castilla la Nueva, que habían sido las zonas más dañadas por el tremendo deterioro progresivo de la centuria anterior, comienza el órgano sus gestiones recabando información por cuantos medios están a su alcance para no errar en sus disposiciones. Solicita de los subdelegados suyos estratégicamente distribuidos, de los corregidores, de los intendentes, de las autoridades municipales, de los particulares que tengan algo que exponer, la comunicación con detalle de lo que sea, en especial si se trata de manufacturas o de la distribución de bienes y servicios, sin callarse por supuesto los obstáculos que en su desenvolvimiento están padeciendo en la actualidad y las ventajas que se les pudieran conceder para el porvenir. No fue defraudada en este punto la Junta de Comercio, Moneda y Minas, porque las prácticas burocráticas, que con los Reyes Católicos alcanzaron en sus dominios ibéricos un destacado nivel, que bajo Felipe II se perfeccionaron al máximo —basta recordar los *Expedientes de Hacienda*, que se guardan en Simancas, sin conocerse nada semejante fuera de España— y aunque la información recogida empeoró con Felipe III, Felipe IV y Carlos

II en el Mil Setecientos, todavía quedaba en la tradición de las gentes de por acá el hábito que les habían enseñado, y exigido, para representar —a veces en un esquema o en un estallido numérico— lo que se quería representar. Los envíos de por doquier a la Junta de Comercio se prodigaron y, tras de pasar fugazmente por los correspondientes despachos, iban siendo apilados en un almacén que temprano resultó insuficiente y hubieron de añadirse «tres salas con algunos otros interiores».

Intención que persigue la compilación

En ese mar de papeles se zambulló Larruga con los auxiliares que convenientemente preparados integraron un equipo diestro. Trabajaron duro durante un par de años, hasta catalogar aquella mole de hojas y de cuadernillos, que valieron a Larruga para confirmarle en la creencia de que España no se había restablecido, ni mucho menos, con las reformas introducidas por los Borbones, de la atonía en la que se hundió con los postreros Habsburgos, y la distancia y la diferencia que le separaba de los estados adelantados, como Inglaterra, Holanda, Francia, era notable, singularmente en lo que atañía a manufacturas y a distribución de bienes y servicios. No bastaban las «factorías reales» ensayadas por Felipe V y Fernando VI, y por Carlos III mantenidas, precisamente para sustituir importaciones; ni que en este o en aquel puerto nuestro los naturales pusieran trabas a los forasteros en el anterior acaparamiento del tráfico y hasta que lo superasen. Ésas eran superficialidades. Había que calar en profundidad, remover la estructura. Y para ello denotar cuál era el punto de partida, la situación auténtica presente, con sus limitaciones en apariencia inquebrantables por estar ancladas en defectos paulatinamente larvados y luego endurecidos; sólo conociendo bien esos enquistamientos que impedían cualquier iniciativa provechosa era viable sacudir y eliminar rémoras. Larruga fue perfilando, así, un diseño amplio, que no era precisamente erudito, aunque hubiera de plasmarse en un colosal compendio de hechos y datos abigarrados extraídos de la documentación que él y sus colaboradores habían espigado al clasificarla en la Junta de Comercio; más bien apuntaba la idea acariciada a persuadir y a convencer a sus contemporáneos capaces de que era imprescindible acabar con las rutinas y las corruptelas al uso y emprender otra trayectoria susceptible de

conducir a lo que en el lenguaje dieciochesco se denominaba taxativamente «felicidad» y que hogaño se equipararía a «bienestar». España poseía, en opinión de Larruga, predisposición geográfica —suelo, clima, posición— para el cambio, sin carecer de sujetos dotados para llevarlo a término; era cuestión de desenganar y orientar correctamente a la criatura que estaba compareciendo y se le había bautizado con el nombre de opinión pública. Mientras tanto, los expedientes que Larruga y sus ayudantes habían ido apartando para, impresos, debidamente coordinados con oportunos engarces, lanzarlos a la calle, fueron completándose, distribuidos por las provincias administrativas en que se repartían los reinos de Castilla desde el siglo XVI, en que eran dieciocho, aumentándose a veintidós en el siglo XVII y retocándose todavía algo en el siglo XVIII, en singular con la readaptación en 1749 del régimen de intendencias, que, si coinciden geográficamente con las provincias, en los casos de Galicia y Extremadura se apartan para englobar el contorno de las respectivas capitánías generales. En 1787 sale el tomo I de las *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, fábricas y minas de España, con inclusión de los reales decretos, órdenes, cédulas, aranceles, y ordenanzas para su gobierno y fomento*. Los tomos siguientes, del II hasta el XLV, se sucederán de 1788 a 1800, en que se interrumpen, cesando. No por falta de material preparado ni porque el responsable de la empresa cayese en desgracia; tampoco porque las *Memorias políticas y económicas* tuviesen escasa acogida; seguramente influyeron en el corte los desasosiegos que trajo consigo la crisis del fin de la centuria.

Un paréntesis en la tarea: la historia de la Junta de Comercio

Posiblemente los originales de las *Memorias políticas y económicas*, los que se publicaron de 1787 a 1800 y aquellos que permanecieron manuscritos, se prepararon entre 1782 y 1785, no interfiriéndose un encargo que los superiores encomendaron expresamente en 1780 a Larruga, por el cargo u oficio que desempeñaba: un resumen cumplido, desde su creación, de las actuaciones de la Junta de Comercio, de cuanto ha enderezado y promovido, con señalamiento puntual de la normativa emanada de su seno, vigente. Obedeció Larruga de mejor o peor grado el mandato y se consa-



Viene de la página anterior



gró con sus subordinados a la labor que se le imponía los años 1780 y 1781, en que fueron pergeñadas las gestiones que desarrollaran desde su apertura la entidad nodal y las filiales; se suspendió aquí la dedicación, para reanudarla de 1786 a 1789 en la recogida de las disposiciones dadas, y simultáneamente se caligrafiaron doce grandes y gruesos folios, más otro de índices, de los que se hicieron seis copias: la *Historia de la Real y General Junta de Comercio, Moneda y Minas y Dependencias de Extranjeros*, y colección íntegra de los reales decretos, pragmáticas, resoluciones, órdenes y reglamentos que por puntos generales se han expedido para el gobierno de los comercios y manufacturas del reino. Una de las seis copias está en la Biblioteca Central del Ministerio de Hacienda, en Madrid, y ha sido hace poco informatizada. No se puso en la confección de la *Historia de la Junta de Comercio* el esmero que en las *Memorias políticas y económicas*; en la presentación de aquella, por 1789, confiesa Larruga, al que entretanto se le había promovido en el seno de la corporación a secretario, que atender a ese puesto y ocuparse simultáneamente del «factum», tan vasto, le había deparado frecuentes aprietos, y de ahí los defectos que reconoce en la compilación resultante, bien que estando destinada, agrega, a los Ministros del Tribunal, con el propósito de facilitarles y aliviarles su tarea, «para cuyo uso particular sólo se han compuesto», acertarán a suplirlos.

Distribución, contenido y límites de las Memorias

Para el manejo de las *Memorias políticas y económicas* de Larruga es imprescindible acertar dónde se encuentra lo que se busca, a tenor del cuadro sinóptico siguiente:

Tomos	Provincias	Volumen	
		Madrid (1787-1800)	Zaragoza (1995-1996)
1	Madrid	I	I
2	Madrid	I	I
3	Madrid	II	I
4	Madrid	II	II
5	Madrid	III	II
	Toledo		
6	Toledo	III	II
7	Toledo	IV	III
8	Toledo	IV	III
9	Toledo	V	III
10	Toledo	V	IV
	Segovia		
11	Segovia	VI	IV
12	Segovia	VI	IV
13	Segovia	VII	V
14	Segovia	VII	V
	Guadalajara		
15	Guadalajara	VIII	V
16	Guadalajara	VIII	VI
17	La Mancha	IX	VI
18	La Mancha	IX	VI
	Cuenca		
19	Cuenca	X	VII
20	Ávila. Soria	X	VII
21	Soria	XI	VII
22	Soria	XI	VIII
	Valladolid		
23	Valladolid	XII	VIII
24	Valladolid	XII	VIII
25	Valladolid	XIII	IX
26	Valladolid	XIII	IX
	Burgos		
27	Burgos	XIV	IX
28	Burgos	XIV	X
29	Burgos	XV	X
30	Burgos	XV	X
31	Burgos	XVI	XI
32	Burgos	XVI	XI
	Palencia		

33	Palencia	XVII	XI
34	Toro	XVII	XII
	Zamora.		
	Salamanca		
35	Salamanca	XVIII	XII
	Extremadura		
36	Extremadura	XVIII	XII
37	Extremadura	XIX	XIII
38	Extremadura	XIX	XIII
39	Extremadura	XX	XIII
40	Extremadura	XX	XIV
41	Galicia	XXI	XIV
42	Galicia	XXII	XIV
43	Galicia	XXIII	XV
44	Galicia	XXIV	XV
45	Galicia	XXV	XV

Como del cuadro sinóptico se desprende, al paralizarse la impresión de las *Memorias políticas y económicas*, éstas no cubrían al completo, las repartidas, reinos de Castilla. Lo de más bulto que faltaba era lo tocante a Andalucía y Murcia y a Canarias, escapándose también León con Ponferrada y Asturias. Porque de Vascongadas y Navarra, como de Aragón, Cataluña y Valencia, se había prescindido, porque si en principio estuvieron esos territorios sometidos a la Junta de Comercio, la vinculación en la práctica fue muy relajada; apenas se hallaban referencias en las pilas de legajos que concernieran a tales áreas. Pero la curiosidad de Larruga se inclina con fruición a saborear lo que topaba relativo al espacio que fue su cuna, y tanto le complació una «Relación o descripción de los montes Pirineos y condado de Ribagorza hecha en 1586», que la hizo estampar esmeradamente en Madrid por 1793 (99 páginas, 8°). Volvamos a León con Ponferrada y Asturias, Andalucía y Murcia y Canarias: ¿fueron preparados los apartados correspondientes? Al fallecer Larruga en 1803, su viuda estuvo en tratos con el Gobierno para convenir la cesión de papeles que procedían de su marido; pero en aquellas fechas, tensas por los acontecimientos internacionales, no hubo acuerdo y ella se trasladó a Zaragoza con sus pertenencias. ¿Las carpetas que consta dejó Larruga sumbieron en los asedios de Zaragoza en 1808 y en 1809? El proyecto de Larruga era que las *Memorias políticas y económicas* tuvieran tres partes que serían complementarias. La principal, constituida por la descripción panorámica, provincia por provincia, de España, es con lo que abrió la serie, y hasta donde llegó... La segunda parte consistiría —era el propósito— en un tratamiento singular de los bienes que nutren el tráfico, procedieran de «la naturaleza o el arte». La tercera parte discerniría sobre la articulación de las liquidaciones, cobros y pagos. De lo que esas partes segunda y tercera que Larruga columbró en lontananza por 1787 hay, sin duda, reminiscencias en sus ulteriores contribuciones, a las que aquí se aludirá; ¿pero esbozó siquiera aquel plan que imaginó?

Son las *Memorias políticas y económicas* lo relevante del empeño que cuajó, y están distribuidas, repítase, por unidades administrativas separadas, cada una con independencia de las demás. Las consultas caben ser rápidamente efectuadas, así como la curiosidad de leer lo que se desee, pongamos por caso de Soria o de Cáceres: basta acudir al correspondiente tomo del volumen pertinente. Pues el contenido de cada rótulo es análogo. Descripción somera de la capital y las comarcas. Características demográficas. Producciones de los cultivos, de la ganadería, de la pesca, de las minas. Caminos y rutas fluviales o marítimas. Pesos y medidas. Moneda y crédito. Mercados y ferias. Trajinerías y negocios. «Fabricantes» y gremios, en lo que se ex-

tiende con preferencia. Organismos que regulan la contratación y los conflictos de la misma derivados. Se suelen intercalar testimonios consonantes con lo que se trata, por lo común procedentes de los acopios institucionales de la Junta de Comercio; no se exploraron otros veneros para completar o contrastar las informaciones. Los alegatos más expresivos son literalmente transcritos, por dilatados que sean, y puesto que expresan el querer y sentir de individuos o grupos diversos, su disparidad con la versión oficial u oficiosa de lo que acaecía es imponderable. Lo que sí hizo Larruga, pródigamente, no frenando su espontaneidad comunicativa, son ininterrumpidos comentarios, jugosos por su vocabulario, impregnados de engolamiento y vaporosidad; lleva así el agua a su molino y confiere continuidad al relato. Es terminante en sus juicios, combatiendo con encono lo que no le gusta, como las asociaciones sindicales de artesanos, a las que denigró por su egoísmo miope.

Otros empeños del afanoso funcionario

Singular personaje Eugenio Larruga y Boneta. Era incansable; no rehusaba propuesta alguna de colaboración que se le sugiriese. De 1788 es el *Manual histórico y cronológico y geográfico de los imperios, reynos, pontífices, en Europa, desde el nacimiento de Christo hasta fin del año 1787* (436 páginas, 12°) y la traducción de Jeanne de Saint-Rémy de Volois, condesa de La Motte, del relato de las aventuras que culminan en el robo de un collar presuntamente para María Antonieta, esposa de Luis XVI. Intervino en la fundación del diario *Correo Mercantil de España y sus Indias*, cuyo primer número es de 1 de octubre de 1792, y en la fijación de la *Balanza comercial española* en 1792, con el que se inauguró tal tipo de información. Fue determinante en la preparación del *Censo de población de España de... 1797*, «executado... en... 1801», y no ajeno al *Censo de frutos y manufacturas de 1799*. Gozó Larruga fama y prestigio de eficiente, con lo cual le llovieron peregrinos encargos: en 1802, un a modo de nomenclator estadístico y otro de los despoblados (los dos terminados por don Juan Polo y Catalina, que completó lo por Larruga esbozado). Por si fuera poco lo que tenía encima, emprendió una Geografía Económica Mundial para manejo de los que profesaban comprar y vender a cualquier escala, y consultándola pudiesen atisbar dónde estaban metidos. No se le podían regatear a Larruga méritos, y sin exceso se le reconocieron en las alturas del poder y también en los círculos literarios. Ascendió por el escalafón hasta oficial mayor de una dependencia creada en 1795 para atender a la Balanza Comercial y fue miembro del departamento de Fomento General del Reino fundado por Godoy en 1797. En el «cursus honoris» lo

más que se le otorgó consistió en el rango de intendente de provincia. A los 56 años de edad dejaba de existir en Madrid el 15 de febrero de 1803.

En las *Memorias políticas y económicas* subyace sin duda una teoría, impuesta por su mentor, Eugenio Larruga y Boneta, convencido de ser —no sólo por «útil», sino por imprescindible— lo que convenía aplicar para restablecer a España. Es obvio que no parece el credo de Larruga de índole fisiocrática; de la agricultura, en las *Memorias políticas y económicas* apenas se hallan menciones esporádicas en sus miles y miles de páginas, bien que esa carencia puede responder a instrucciones terminantes para no salirse de las casillas asignadas a la Junta de Comercio. A cada paso, por el contrario, se adivinan consonancias con *Investigación de la naturaleza y causas de las riquezas de las naciones* de Adam Smith, que fue una revelación de 1776, y cuya traducción de la modificada versión de 1784, por José Alonso Ortiz, es de 1794, en Valladolid. Josep Fontana sostiene que Larruga era industrialista a la «moderna», y Alberto Marcos Marín, en una buena presentación a lo que sobre Palencia y sus comarcas se contiene en los tomos XXXII y XXXIII de las *Memorias políticas y económicas*, que reprodujo en 1987 la Caja de Ahorros local, abunda en esa caracterización, aunque la acomode al juego de la oferta y la demanda que la contratación depare. Lo evidente es que Larruga, conocedor presumiblemente del género de amplio espectro —luego designado por «Kulturgeschichte»— que Voltaire alumbrara en *Essai sur les mœurs*, nunca pretendió ni por ensueño rendir culto a Clío, aunque fuera la ceremonia de ese sofisticado estilo. La ironía es que al cabo de las centurias, ayer y hoy, las *Memorias políticas y económicas* sean una de las fuentes más caudalosas de la corriente de que ha manado la auténtica historia económica.

Para terminar, otra faceta que convendría esclarecer con el propósito de calibrar con tino las *Memorias políticas y económicas* es la postura que adoptara Larruga para con las trepidantes situaciones que se vivieron en la capital de España cuando la Revolución Francesa ponía en entredicho el porvenir. ¿Por dónde inclinarse? Sólidas amistades se resquebrajaron, como la de Campomanes con Floridablanca, cuando aquél cesaba como gobernador del Consejo de Castilla estando desvelándose por encontrar una fórmula adecuada para sustituir la que tenía como obsoleta Junta de Comercio por otra más lozana. ¿Por dónde tiró Larruga? Está claro que no se emblesó con los cantos de sirena que entonara el «partido militar» con el conde de Aranda como líder a su vuelta de la embajada de París; por el contrario, asintió a la aparente buena voluntad con que se presenta el joven Godoy y le presta su colaboración. Lo peor es la penuria de la Hacienda; en 1800, las *Memorias políticas y económicas* se han de interrumpir sin remedio. □

RESUMEN

Estas memorias de un espíritu ilustrado, Eugenio Larruga, conocedor como pocos de la realidad de la España de la segunda mitad del siglo XVIII que le tocó vivir, y que se han publicado en una voluminosa edición facsimilar,

suponen, en opinión de Ruiz Martín, una verdadera mina, en la que es posible encontrar tesoros de información para explicar el proceso que España experimentó en ese tiempo anterior a la revolución industrial europea.

Eugenio Larruga y Boneta

Memorias políticas y económicas sobre frutos, comercio, fábricas y minas de España...

Ed. facsímil, Institución «Fernando el Católico», Instituto Aragonés de Fomento, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 1995-1996. 15 volúmenes de más de mil páginas cada uno. 90.000 pesetas toda la obra. ISBN: 84-7820-249-8.

Caos, complejidad y acción divina

Por Manuel García Doncel

Manuel García Doncel (Santander, 1930) es catedrático de Física Teórica en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha sido visitante de l'Institut des Hautes Études Scientifiques de Bures-sur-Yvette (París) y del CERN de Ginebra. Actualmente se dedica a la historia y a la filosofía de la física moderna y dirige en su Universidad un Centro de Estudios de Historia de las Ciencias.

El Centro de Teología y Ciencias de la Naturaleza (CTNS) de Berkeley, en colaboración con el Observatorio Vaticano (VO), nos ofrecen el fruto de su segunda etapa biennial de diálogo teológico-científico. (Sobre el proyecto de este diálogo y su primera etapa puede verse «SABER/Leer» de enero de 1995, N.º 81, págs. 10-11.) Los participantes en el diálogo son catorce especialistas en ciencias y/o filosofía y/o teología, ocho de los cuales habían participado ya en la primera etapa. Por nacionalidades, seis son norteamericanos, seis europeos (dos de Inglaterra y de Alemania y uno de Holanda y de Polonia), uno sudafricano y uno australiano. El tema teológico general de este diálogo es el de la acción de Dios en el mundo, y el tema científico específico de esta segunda etapa, que da el título al nuevo libro, es «Caos y complejidad». (El de la primera había sido «Cosmología cuántica y leyes de la naturaleza».)

El «caos» de que aquí se habla —investigado por los especialistas en el último cuarto de siglo y hoy ampliamente divulgado— no es la negación del orden, la carencia de ley. Se trata de un «caos determinista», propio de ciertos sistemas dinámicos que obedecen leyes matemáticas estrictas, pero cuya evolución temporal depende en tal grado de la precisión en las condiciones iniciales, que a la larga resulta «prácticamente impredecible». Tales sistemas se han estudiado, por ejemplo, en el movimiento turbulento de fluidos y en multitud de procesos biológicos. La evolución de un sistema dinámico se representa gráficamente por el movimiento de un punto en un cierto espacio abstracto y multidimensional (su «espacio de fases»). Ese movimiento tiende ordinariamente a ciertos «atractores» sencillos: puntos, círculos o toros bien definidos. Pero en el caso de sistemas caóticos resulta tender a unos complejos «atractores extraños», que para mayor belleza son fractales, es decir, analizados con mayor y mayor detalle, siguen descubriendo la misma estructura.

Nuestro libro, tras la esmerada introducción general de R. J. Russell (director del CTNS), presenta el concepto de ese caos determinista en dos capítulos. El primero es reproducción de un artículo de divulgación clásico, publicado en *Scientific American*. El segundo, redactado por W. J. Wildman y el mismo R. J. Russell, hace familiar ese concepto, a través de la llamada «sucesión logística», empleada por ejemplo para describir la evolución, a lo largo de sucesivas generaciones, de ciertas poblaciones biológicas restringidas a un hábitat cerrado. Matemáticamente es una sucesión de números reales, comprendidos entre 0 y 1, o sea entre la extinción y la población máxima compatible con el hábitat. Cada nuevo término x_{n+1} está relacionado con el anterior x_n por la simple expresión cuadrática $x_{n+1} = kx_n(1-x_n)$, en la que k es un parámetro positivo, que junto con la población inicial x_0 fija la sucesión.

Esa simple sucesión logística, programable con una calculadora de bolsillo, ilustra multitud de aspectos del régimen caótico. Para valores pequeños de k (entre 0 y 1), la sucesión tiende a 0, y para valores algo ma-

yores (entre 1 y 3) tiende a un valor definido $([k-1]/k)$, independiente del valor inicial x_0 . Esos límites son, pues, atractores puntuales sencillos. Para valores mayores de k (entre 3 y $k_{crit} \approx 3.5699$) la sucesión «se bifurca», tendiendo alternativamente hacia dos o más límites distintos. Para valores aún mayores (ciertos valores superiores a k_{crit}), la sucesión presenta régimen caótico, con atractores extraños de estructura fractal. Es fácil apreciar entonces la impredecibilidad caótica: una variación mínima del valor inicial x_0 modifica totalmente la sucesión, al cabo de muy pocos términos. Wildman y Russell explotan a fondo esta ilustración del caos determinista, incluso con reflexiones filosófico-teológicas.

El concepto de complejidad es ilustrado fundamentalmente con secuencias de sistemas químico-biológicos más y más estructurados y dotados de autoorganización. B.-O. Küppers (filósofo de Jena) lo presenta en el capítulo siguiente, a partir del principio de emergencia: «el todo es más que la suma de sus partes». Un artículo previo de A. R. Peacocke, aquí reproducido, contrapone el concepto de complejidad biológica al de un simple mínimo de desorden y entropía en sistemas a la Boltzmann, cerrados y en equilibrio. Explota así las ideas de Prigogine y su escuela de Bruselas, sobre sistemas abiertos, alejados del equilibrio y regidos por una dinámica no lineal. Obedecen a una termodinámica nueva con una nueva teoría de fluctuaciones y podrían explicar la matriz esencial de nueva vida. En ellos hemos de ver a un «Dios que juega a los dados». O mejor, que juega con las leyes y con el azar, «como un compositor que, partiendo de un tema melódico aparentemente simple, lo elabora y amplía, con diversidad de recursos, en una fuga» (pág. 140).

M. Heller (filósofo-teólogo de Cracovia), a propósito del misterio einsteniano de la inteligibilidad del mundo, hace profundas reflexiones sobre la probabilidad y el azar. Subraya el enigma de la «estabilidad de frecuencia» en el universo: el hecho, digamos, de que cuantas más veces arrojemos

el dado, más próximo a 1/6 es la frecuencia con la que sale una cara determinada. Ello funda a escala atómica la estadística cuántica, y el que de ella resulten a nuestra escala leyes aparentemente deterministas. «El azar ya no es percibido como rival de Dios, sino como herramienta poderosa en la estrategia divina para crear el mundo» (pág. 119).

Caos sí, caos no

Imbuidos por el determinismo de la mecánica clásica, algunos científicos decimonónicos llegaron a pensar con Laplace que si una inteligencia privilegiada conociera con precisión las posiciones y velocidades de todas las partículas del universo, junto con sus masas y las fuerzas que actúan entre ellas, podría conocer todo el futuro y aun todo el pasado del universo. Ese mecanicismo determinista no deja espacio ni a la libertad humana, que ha de considerarse pura impresión subjetiva, ni a la acción de Dios, que constituiría un atentado contra su propia obra.

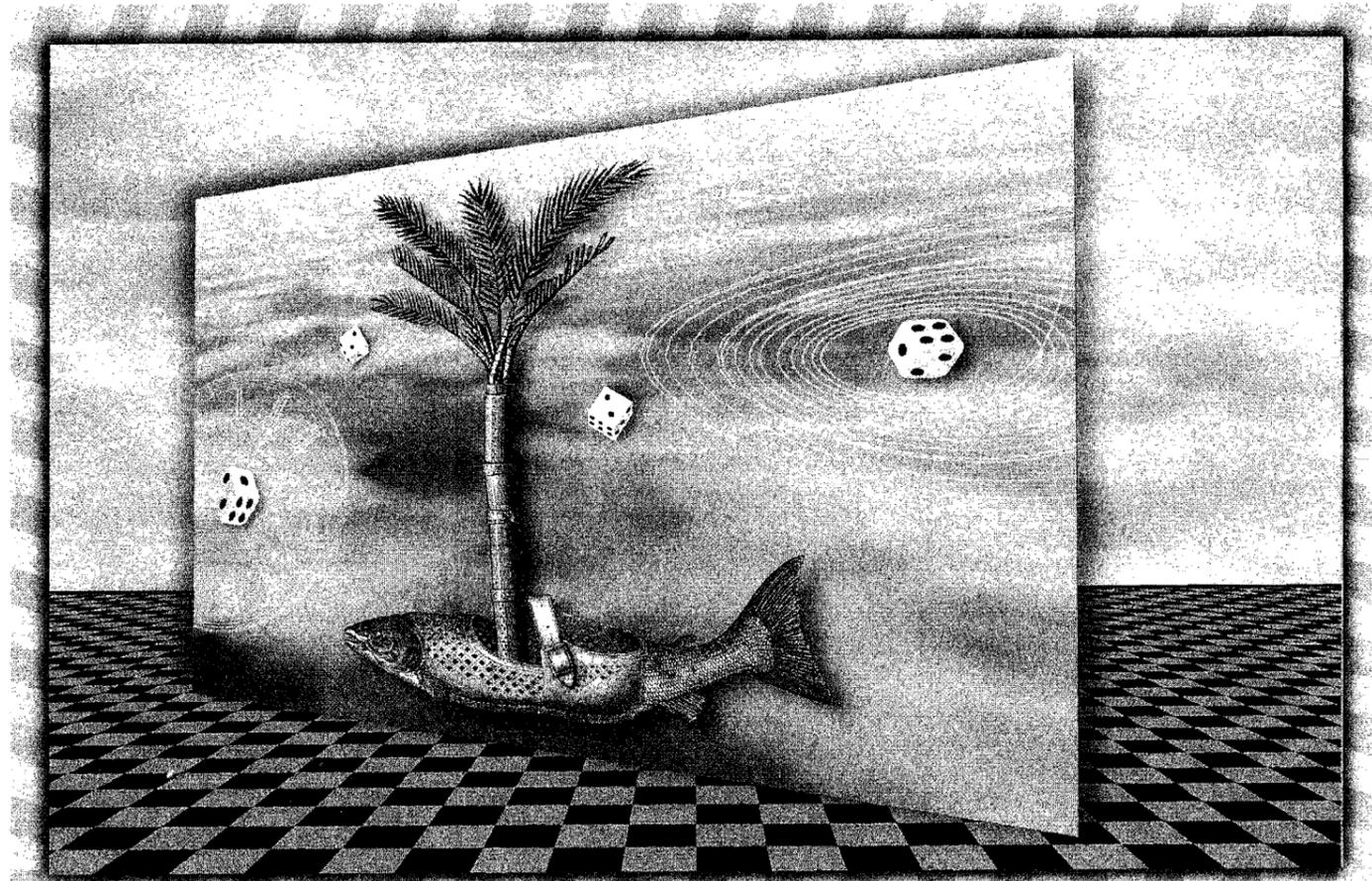
Tal concepción determinista quedó radicalmente rechazada por la mecánica cuántica, con el principio de imprecisión de Heisenberg (1927): no es posible conocer con precisión la posición y la velocidad de una sola partícula subatómica, porque ambas magnitudes observables no pueden estar a la vez bien determinadas en su realidad cuántica. Esto devolvía un espacio de juego, a ese nivel cuántico, para la libertad humana y la acción divina. Hoy se nos impone pensar en el caos y su impredecibilidad. ¿Cabría ver en él otro espacio, a nivel superior, para que Dios intervenga en el mundo, sin violar para nada sus leyes?

En nuestro libro destacan pronto dos respuestas, una afirmativa y otra negativa, las dos de científicos-filósofos de Cambridge (Inglaterra). J. C. Polkinghorne, físico, subraya la causalidad ascendente («bottom-up», la propia de las leyes físicas), que ha de emplear también Dios, y ve en el caos un lugar privilegiado para hacerlo sin irrupcio-

nes energéticas, sino aportando pura información sobre las condiciones iniciales. A. Peacocke, biólogo, elabora el concepto de causalidad descendente («top-down», la propia de los organismos; o las ligaduras «whole-part», como prefiere decir ahora para evitar equívocos). No cree que el caos determinista pueda dar nuevas facilidades a la acción de Dios. Ésta se realiza más bien en el conjunto global del universo, panteísticamente «contemplado como «en Dios», aunque ontológicamente distinto de Dios» (pág. 282). Hoy sabemos que el universo está suficientemente abierto a ella.

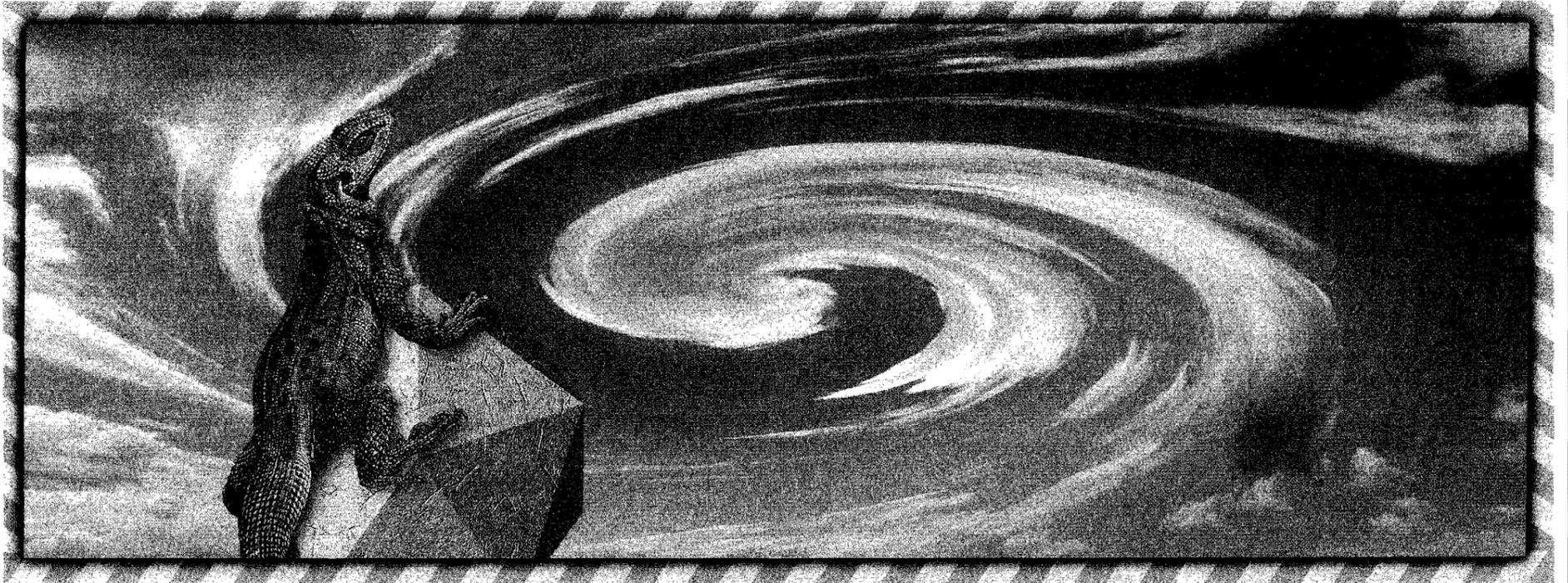
Esta contraposición es ampliamente discutida por W. B. Drees (científico-filósofo de Amsterdam) en un capítulo provocativamente titulado «¿Agujeros para Dios?». Alude así a una apologética superada, que introducía a Dios en los agujeros de la ciencia del momento, con el peligro de que el progreso científico le expulsara pronto de ellos. Pero ya no se trata de probar su existencia, sino de explicar su acción respetuosa con las leyes naturales. Hablamos ahora de «agujeros de principio», indeterminaciones en la causalidad real, y no de limitaciones de la ciencia. Drees ataca la posición de Polkinghorne en favor del caos, precisamente porque la impredecibilidad caótica no es óptica, sino epistemológica. La ataca también porque la intervención de Dios para modificar ligeramente las condiciones iniciales exige una cierta energía, aunque sea mínima.

Ese rechazo de la intervención de Dios en el caos determinista domina entre los autores del libro. D. Edwards, por ejemplo, en su aportación teológica que luego comentaremos, la rechaza explícitamente. Pero subraya «el auténtico mensaje de la teoría del caos», y lo hace citando a R. J. Russell: «debido a su «impredecibilidad eventual», sabemos que «nunca» podemos saber de antemano el futuro en todo detalle... Teológicamente esto sugiere que nunca podemos especificar plenamente de qué es capaz la naturaleza «por sí misma», o qué está



ÁLVARO SÁNCHEZ

Viene de la página anterior



ÁLVARO SÁNCHEZ

haciendo en ella el Dios trinitario...» (página 173). El caos es, pues, un signo de la abertura del mundo, como lo es la indeterminación cuántica y la libertad humana.

El modelo trinitario

Varias intervenciones, como la de J. Moltmann (teólogo evangélico de Tubinga), enfocan el tema de la intervención de Dios en el mundo desde una «perspectiva trinitaria». Para él, la actual reacción al «modelo teísta» de un Dios trascendente que crea el mundo y «con brazo poderoso» va dirigiendo su historia no es ya el «modelo deísta» —raíz de ateísmos y agnosticismos recientes— de un Dios en descanso sabático tras crear «el mejor de los mundos». Hoy se elabora un cierto «modelo panteísta», en el que «la materia auto-organizante y la vida auto-desarrollante son divinas» (pág. 207). Ello recomienda el «modelo trinitario» cristiano, que distingue «Dios y el mundo», pero establece una triple relación entre ambos: «Dios Padre crea, a través del Logos-Sabiduría, en el poder del Espíritu Santo». Este «Espíritu cósmico» actúa inmanentemente, «es Vida dadora de vida, el Motor del universo y la Raíz de todo ser creado» (pág. 208).

L. Gilkey (teólogo de Chicago) estudia la imagen científica que hoy tenemos de la naturaleza, como poderosamente ordenada y en progreso continuo hacia niveles de autoconciencia y de inter-relación. Para él, esto constituye signos de Dios, que es «poder incondicionado de existencia», y es también «fuente eterna de orden en medio de novedad, que une el pasado determinado con las posibilidades latentes en un futuro abierto» (pág. 219s). Dios es oscuro en la naturaleza, pero la naturaleza es imagen de lo sagrado y es instrumento de Dios.

Este tema de la causa instrumental es desarrollado por S. Happel (teólogo católico de Washington). El «teorema de lo sobrenatural», en su tradición tomista, combina hábilmente los elementos de libertad humana, amor divino, creación, redención, problema del mal... La historia humana, con sus «fatalidades», es en ella instrumento de la Providencia. Y los sacramentos son instrumentos por excelencia, en los que Dios actúa como extendiendo su ser. Este carácter instrumental hemos de verlo hoy también en los procesos prehumanos de auto-organización, con sus ritmos temporales. Pues «ins-

trumentalidad significa que la temporalidad característica de las realidades creadas es actuada, comprometida y llevada a su forma más alta de complejidad por mutua autome-diación con la divina» (pág. 202).

W. R. Stoeger, S. J. (astrofísico del VO), parte de los datos que nos aporta la revelación. El fundamento de la creación es «la bondad de Dios», abierta «hacia fuera». Bondad de un Dios trinitario, manifestada también en la Encarnación y en el envío del Espíritu. Esta raíz de amor subraya la importancia de las relaciones interpersonales, que exigen la formación de seres complejos, a imagen y semejanza de Dios. Subraya también el tono personal de la acción divina, respetuosa de «la relativa independencia y libertad de la realidad creada» (pág. 260). El concurso de Dios con las criaturas es condición necesaria, pero no suficiente. Porque «es sin duda un aspecto de la kénosis divina (o auto-vaciamiento de Dios) y de su ocultamiento en la realidad creada el que Dios renuncia a su capacidad de ser condición suficiente de efectos particulares» (pág. 254).

D. Edwards (teólogo de Adelaida, Australia) desarrolla este tema de la «kénosis divina», especialmente en el apartado: «La interacción de la Trinidad con las criaturas está caracterizada por la vulnerabilidad y el poder liberador del amor que respeta la libertad humana y los procesos naturales» (pág. 164). Critica el que, desde la filosofía griega, hayamos eliminado del Dios bíblico el cambio y los sentimientos. Pues más que «acto puro», Dios es «personas-en-comunión». La libertad de Dios no comporta «aislamiento y autosuficiencia», sino abertura y «riesgo amoroso con el otro» (pág. 165). La creación no consiste por parte de Dios en una relación «puramente lógica», como afirmaba la tradición tomista. Es más bien un acto libre de amor, por el que «Dios establece una relación "real" con la creación, lo que significa que Dios acepta libremente la limitación y vulnerabilidad de tal relación» (pág. 165). Su imagen de la acción de Dios es «la danza del universo, dirigida con improvisaciones siempre nuevas por las personas trinitarias, que acarician a cada criatura y abrazan su conjunto, que respetan la libertad y la constitución de cuanto existe, y que lo abren a algo radicalmente nuevo» (pág. 175).

El libro concluye con tres comunicaciones sobre el modo de actuar Dios en el mundo, sustancialmente concordantes. T. F. Tracy

(teólogo de Lewiston, EE.UU.) traza la historia del problema, a partir de las reflexiones decimonónicas de Friedrich Schleiermacher. Éste, en su determinismo ilustrado de inspiración deísta, retrotraía la providencia divina al instante inicial de la creación. Desde él quedaba establecida una cadena de causas segundas que, con el concurso de la Causa primera, va produciendo todos los sucesos cósmicos e históricos. Tal concepción encerraba serias dificultades, y promovió nuevos modelos de acción divina. Los primeros no atendían a los «agujeros» del determinismo, y sólo introducían una causalidad global descendente, a la Peacocke. En los nuevos modelos, esa causalidad descendente es explicada mediante los agujeros indeterministas. El caos impredecible no se requiere, si no es como amplificador de efectos cuánticos a nuestra escala humana.

Nancy Murphy (filósofa del CTNS) elabora uno de esos nuevos modelos. En él, la acción descendente de Dios se realiza a través de la libertad humana y de todos los procesos de indeterminación cuántica. Este modelo satisface las exigencias teológicas. La acción divina ordinaria no es «coercitiva», sino respetuosa con los «derechos naturales». Son posibles «actos especiales» de Dios (necesarios para que le reconozcamos, para que tenga sentido nuestra oración...). Y aun «actos extraordinarios» (como la Resurrección y otros signos), pues «hurgando en las condiciones iniciales a un nivel cuántico, Dios puede originar sucesos extraordinarios» (pág. 347). Satisface también las exigencias científicas, como el aparente determinismo de las leyes en ese nivel intermedio entre el indeterminismo cuántico y la libertad humana. Da además razón de los resultados cuánticos: «Por decirlo crudamente,

Dios es la variable oculta» (pág. 342). Dios actúa también a nivel humano, inspirando conjuntos de pensamientos mediante una cierta «estimulación neuronal» (pág. 349).

G. F. R. Ellis (matemático cuántico de Ciudad del Cabo) apoya en su conjunto la posición de Murphy. Duda sólo de si la conciencia y libertad humanas han de explicarse por la indeterminación cuántica o más bien por un nuevo tipo de «campo mental». Ambas hipótesis presentan algo de superfluo. Pero vale la pena estudiarlas, pues «esencialmente las mismas cuestiones surgen en relación a la intervención especial de Dios» (pág. 377). En las «acciones extraordinarias» de Dios, Ellis veía un problema serio si suspendieran las leyes de la naturaleza; el problema estaría sobre todo en la frontera del dominio espacio-temporal en que se suspendieran. Propone una acción alternativa, a través de «mentes centradas en Dios» que actuarían como canales de acción divina. Plantea también la cuestión de por qué no realiza Dios más acciones extraordinarias para evitar males físicos o morales. Contesta que «la acción divina excepcional sólo puede tener lugar en caso de sucesos de importancia única y vital para la evolución futura de la humanidad global...» (pág. 385).

Este segundo volumen de diálogo teológico-científico presenta, pues, un rico conjunto de reflexiones científicas y teológicamente serias, que bosquejan la acción de Dios en el mundo, en relación al caos y la complejidad. Esperemos que en las tres etapas previstas este bosquejo sea completado con la misma seriedad, en relación a la biología evolutiva y molecular, a la neurobiología y la investigación del cerebro, y a la física cuántica y la teoría cuántica de campos. □

RESUMEN

La obra comentada por García Doncel constituye el fruto de un segundo diálogo teológico-científico, organizado por el Centro de Teología y Ciencia de la Naturaleza de Berkeley y el Observatorio Vaticano. En este diálogo, en el que participaron catorce especia-

listas en ciencia, filosofía y teología, el tema teológico, general de todo el diálogo, fue el de la acción de Dios en el mundo; y el científico, específico de esta segunda etapa, el del caos determinista y la complejidad de los sistemas biológicos.

R. J. Russell, N. Murphy y A. R. Peacocke (eds.)

Chaos and Complexity: Scientific Perspectives on Divine Action

Vatican Observatory Publications, Estado del Vaticano, The Center for Theology and the Natural Sciences, Berkeley, California, 1995. 416 páginas.

Los rasgos comunes de las cosas

Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

El mundo que percibimos con nuestros sentidos se caracteriza por su diversidad. Tal vez sea ésta una de las primeras ideas que vienen a la mente cuando reflexionamos sobre cuanto nos rodea. Hay tierra, agua y aire. Hay plantas y animales. El sol nos alumbraba de día y admiramos los demás astros de noche. Todo se mueve y nunca nos cansamos de contemplar el cambiante espectáculo que nos ofrece la naturaleza. Pero esta contemplación ha sido siempre causa de inquietud, porque queremos entender el mundo material dentro del cual vivimos. Y nuestra mente necesita orden y el orden requiere rasgos comunes en la inmensa variedad de las cosas. Muchos pensadores de todos los tiempos han dedicado sus esfuerzos a esta cuestión y hoy tenemos ideas sobre la unidad de composición de las cosas, ideas plausibles sobre su unidad de origen y atisbos de lo que tienen en común las cosas complicadas.

Un libro sobre un aspecto muy particular del comportamiento de algunas cosas complicadas en determinadas situaciones ilustra sobre la dificultad del estudio de los sistemas materiales complejos. Y es útil reflexionar sobre algunos resultados sorprendentes que son tal vez un anticipo de lo que nos deparará la ciencia del futuro. Pero recordemos antes lo que ya conocemos sobre lo que tienen en común todos los objetos materiales tanto inanimados como vivientes.

La unidad de composición y origen

Todos los entes materiales están compuestos de átomos que son partículas muy pequeñas de las cuales existen sólo noventa y dos tipos distintos correspondientes a otros tantos elementos químicos. Estos átomos pueden combinarse para formar moléculas cuya enorme variedad se manifiesta en la gran cantidad de sustancias químicas que conocemos. También se pueden unir los átomos de manera diferente, constituyendo estructuras mayores y ordenadas que llamamos sólidos. Más complicados son los sistemas vivos que son conjuntos de moléculas con curiosas propiedades de autorreplicación. Esta gran variedad de combinaciones atómicas se debe a la peculiar estructura de los átomos que conocemos bien actualmente. Un átomo se compone de un núcleo central masivo y de electrones ligeros unidos a él por fuerzas eléctricas. También sabemos que los núcleos atómicos están formados por protones y neutrones sujetos por fuerzas intensas no eléctricas. Y tenemos razones convincentes para pensar que los pro-

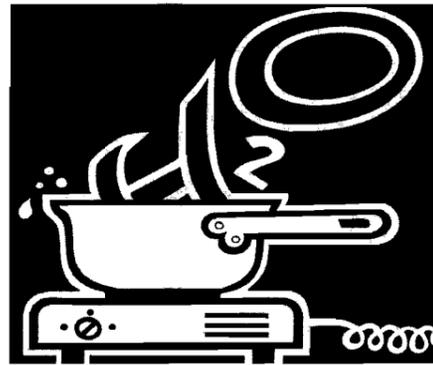
tones y neutrones son a su vez objetos compuestos por quarks cuya interacción, que llamamos fuerte, es responsable última de las fuerzas que mantienen los núcleos atómicos. Tenemos un conocimiento bastante preciso de las fuerzas que he mencionado y de otras, y no es exagerado decir que actualmente sabemos cuál es la composición común de toda la materia y entendemos cuáles son las interacciones que describen las relaciones entre átomos y otros objetos materiales pequeños.

El origen común de la materia en cualquiera de sus formas es también algo que creemos conocer bien en sus líneas generales. Todo comenzó en una gigantesca explosión hace unos quince o veinte millardos de años. En esa explosión se formaron los átomos más ligeros y comenzó una evolución cósmica que dio origen a las galaxias y a las estrellas. En el interior de éstas se producen los demás elementos químicos que salen al exterior si una estrella estalla en forma de supernova. Nuestro sistema solar procede de un tal estallido que dio origen a los planetas y al sol. La tierra se formó hace unos cuatro millardos y medio de años, y un millardo de años después aparecieron los primeros seres vivos. Se inició entonces la evolución biológica que ha dado lugar a las plantas, a los animales y, en definitiva, a nuestra propia especie hace un cuarto de millón de años. Actualmente empezamos a tener una idea bastante coherente tanto de la evolución cósmica como de la biológica y es evidente que todas las cosas tienen un origen común, aunque misterioso. Los detalles de ambas evoluciones, sin embargo, nunca serán tan seguros como nuestro conocimiento de la estructura de la materia porque este conocimiento se basa en experimentos repetibles, mientras que las evoluciones son hechos históricos. Y el conocimiento de sucesos irrepetibles no puede pasar del nivel de hipótesis plausibles.

El caso es que, a pesar de que todas las cosas tienen un origen común y están compuestas de los mismos elementos, se nos presentan como radicalmente diferentes. Es cierto que todas las entidades materiales siguen las leyes más generales, como el principio de la inercia o la conservación de la energía, pero en el transcurrir de fenómenos dispares no se observan similitudes que recuerden el origen y composición común de todas las cosas. En realidad lo que sucede es que tales similitudes existen, pero no las vemos porque están escondidas y cuesta descubrir dónde se encuentran. En las últimas décadas hemos descubierto rasgos de universalidad en los fenómenos relativos a puntos críticos. Vale la pena exponer en qué consiste esta universalidad.

Puntos críticos

Un ejemplo accesible a todo el mundo permite entender lo que llamamos en lenguaje técnico «punto crítico». A la temperatura ordinaria y presión normal el agua es un líquido y permanece predominantemente en esta «fase» líquida. Si calentamos el agua llega un momento en que hierve y aparece abundantemente el vapor de agua, que es agua en «fase» gaseosa. El cambio de estado (de líquido



MARISOL CALÉS

a gas) que ocurre cuando el agua hierve a 100 °C se conoce como «transición de fase». Viene acompañado de un cambio abrupto de la densidad del agua; el vapor ocupa 1.600 veces más volumen que el agua para igual masa y su densidad es, por tanto, menor en la misma proporción. La temperatura de ebullición del agua depende de la presión, y por esa razón en las montañas altas el agua hierve a menor temperatura y tardan más en cocer los alimentos; por el contrario, en las ollas a presión la temperatura de ebullición es más alta y por eso la cocción es más rápida. Además, si la presión y la temperatura de ebullición aumentan, la diferencia entre las densidades del líquido y el vapor es menor. Y esta tendencia sigue hasta que a una presión 218 veces la atmosférica y una temperatura de 374 °C la diferencia entre las densidades del líquido y el vapor desaparece. La temperatura y presión citadas determinan lo que se llama «punto crítico» del agua. Del mismo modo se definen los puntos críticos de los demás fluidos.

El paso del agua líquida a vapor es sólo un ejemplo de los fenómenos que se engloban dentro de las «transiciones de fase» y tienen sus correspondientes «puntos críticos». Es lo que sucede con las aleaciones, el ferromagnetismo, la superconductividad, el modo láser de la emisión luminosa..., etc. En general, llamamos «punto crítico» al conjunto de parámetros para los cuales dejan de distinguirse dos fases cuyas propiedades difieren de alguna manera.

Universalidad en los puntos críticos

En la proximidad de los puntos críticos las transiciones de fase presentan similitudes en el comportamiento de dos magnitudes llamadas «parámetro de orden» y «longitud de correlación». El parámetro de orden es la diferencia de densidades entre el líquido y el gas en el ejemplo mencionado, la imanación en el caso del ferromagnetismo..., etc. La longitud de correlación es un índice del tamaño dentro del cual la estructura microscópica de una sustancia no varía. Las definiciones rigurosas de estas dos magnitudes no interesan al no especialista. Lo importante es que cerca de un punto crítico ambas magnitudes varían con la llamada temperatura reducida según una relación exponencial. Y lo notable e imprevisto es que los valores numéricos de los exponentes son idénticos para muchos fluidos, materiales magnéticos y otras transiciones de fase. Esto es sorprendente porque las fuerzas microscópicas responsables de todos estos fenómenos complicados son muy diferentes y por eso los fenómenos en sí son físicamente distintos.

Todavía hay que añadir otro aspecto curioso de la cuestión. Los valores de los «exponentes críticos» definidos en el párrafo anterior son, como se ha mencionado, iguales en muchas transiciones de fase, pero no en todas. Hay varios grupos de transiciones con exponentes críticos comunes y por eso no po-

demostramos decir que haya una clase única de universalidad en estos fenómenos de punto crítico. Pero sorprendentemente los exponentes correspondientes a cada clase de transición no dependen del fenómeno físico en sí, sino del número de dimensiones del sistema o de otros factores especiales. Es una universalidad que podemos llamar estructural y que subyace a las interacciones físicas particulares.

La universalidad de los exponentes críticos se ha ido comprobando experimentalmente a lo largo de muchos años, pero su explicación teórica es relativamente reciente. Es claro que se trata de una propiedad de los fenómenos que llamamos cooperativos y que son aquellos en que cada átomo o molécula tiene una interacción particular con sus vecinos próximos o menos próximos. Este tipo de fenómenos es muy difícil de tratar con los métodos clásicos de la mecánica estadística aun cuando se recurra a modelos simplificados. Los modelos de computador realistas son tan complejos que ni siquiera los ordenadores más potentes permiten resolver el problema. En las últimas décadas se ha reconocido que la universalidad ocurre en fenómenos en los cuales intervienen muchas longitudes de escala diferentes o, dicho de otro modo, en los que aparecen aglomerados de diferentes tamaños. Y para estudiar teóricamente estos fenómenos se recurre al grupo de renormalización, que es un esquema matemático basado en un proceso iterativo en el que se van diluyendo los detalles para que resalten los rasgos comunes subyacentes. La aplicación del método es muy difícil y no es apropiado exponer aquí ni siquiera un esbozo de sus detalles técnicos; pero sí es pertinente afirmar que la introducción del grupo de renormalización por Kenneth Wilson es uno de los triunfos de la física de este siglo.

Otros casos de universalidad

Recientemente se han descubierto propiedades de universalidad en fenómenos cooperativos distintos de las transiciones de fase. En estos casos los rasgos comunes aparecen según otras variables. En el estudio de las disoluciones de polímeros, por ejemplo, el número de monómeros es el parámetro análogo al inverso de la temperatura en las transiciones de fase. Pero en función del nuevo parámetro aparece la universalidad.

Un caso muy interesante de universalidad ocurre en la transición de una dinámica ordenada a caótica. Esto sucede, por ejemplo, cuando se inician corrientes convectivas o cuando cesa el efecto láser. En estos casos van apareciendo oscilaciones cuyo período es cada uno doble del anterior. Es claramente un problema de muchas escalas y la relación entre diferencias de valores del parámetro pertinente resulta ser un número universal (número de Feigenbaum).

El interés de la universalidad en muchos fenómenos complejos es, en mi opinión, muy grande porque es probablemente uno de los caminos que ha de seguir la física del siglo venidero. Esa física no puede ser otra que la que trate de entender las formas complicadas de la materia. Y entre otras y en primer lugar, la misteriosa materia viva. □

En el próximo número

Artículos de *Fernando Lázaro Carreter*, *Eloy Benito Ruano*, *Ismael Fernández de la Cuesta*, *Darío Villanueva*, *Agustín García Calvo*, *Manuel García Velarde* y *Antonio Quilis*.

RESUMEN

Como recuerda Sánchez del Río, todo lo que percibe el ser humano, todo lo que se encuentra a su alrededor se caracteriza por su diversidad; pero la mente, paradójicamente, necesita orden, y ese orden precisa hallar rasgos comunes en la

inmensa variedad de las cosas. A esta cuestión de la diversidad y de la tendencia a un orden que explique el porqué de las cosas han dedicado mucho esfuerzo pensadores de todos los tiempos, y buena prueba de ello es el libro comentado.

Cyril Domb

The Critical Point. A Historical Introduction to the Modern Theory of Critical Phenomena

Taylor & Francis, Londres, 1996. 376 páginas. ISBN: 0-7484-0435-X.

Nuevo cerco al significado

Por Fernando Lázaro Carreter

Fernando Lázaro Carreter (Zaragoza, 1923) ha sido catedrático en Salamanca y en la Autónoma de Madrid y de Gramática general y Crítica Literaria en la Universidad Complutense. Es director de la Real Academia Española y autor de trabajos sobre lingüística, literatura y poética.

Hace siete años, Ramón Trujillo publicó una notable *Introducción a la semántica española*; da a luz ahora un nuevo libro, que confirma dos hechos claros de su trayectoria científica. Por un lado, su constancia, su lealtad diríamos, al mismo ámbito de problemas, en este caso, a los que plantea el hecho de que el lenguaje «significa», esto es, de que hablantes (y lingüistas) le atribuyamos significación. Por otro lado, la perseverancia en una misma actitud, más eficaz que el empeño en las soluciones que se cree haber hallado de una vez para siempre. Esto supondría una inmovilidad en el pensamiento, tendente a la parálisis. Quien conozca a Ramón Trujillo o, mejor, quien siga sus trabajos y desemboque en estos *Principios de semántica*, última destilación por ahora de sus reflexiones, se dará cuenta de que su mente, ahincada siempre en el problema central de la Lingüística, que es el significado, en ningún momento ha permanecido inmóvil, y que, en realidad, más que complacerse en soluciones —esto es muy propio de él— parece recrearse en objetar y objetarse, en abrir interrogaciones, en lugar de cerrarlas.

En la segunda línea de su prólogo ya aparece mencionado Wittgenstein, el hondo filósofo austríaco, como inspirador lejano del libro. Me parece que es el Wittgenstein del *Tractatus* quien ha estado en el presente del autor, en mayor medida que el de las *Investigaciones*. En cualquier caso, y aunque apenas se le cite, su austeridad mental, su rigor son inspiradores no muy lejanos de Trujillo, que piensa por su cuenta; tal me parece la fecundidad mayor de los aforismos wittgensteinianos: la de obligar a ir más allá de lo que dicen, con el mismo gesto sobrio con que están enunciados, y además, sin temer, como él no los temió, cambios en el punto de vista, cambios no sintomáticos de inseguridad, sino de fidelidad al fin propues-



ARTURO REQUEJO

to, que es la aproximación a la certeza, y no al camino por el cual se intenta avanzar hacia esa certeza, tan inseguro en la ciencia, que puede llegar hasta hacerse errático. Conforme al modelo del maestro vienés, Trujillo, al modo como hacía en su *Introducción a la semántica española*, arranca también de una serie de axiomas, aforísticamente presentados, que el libro desarrollará, más interesado, dice, «en el proceso del pensamiento que en sus resultados». Pues el proceso —él lo llama la acción— constituye el fin en las ciencias humanas, cuando se enfrentan con problemas seculares de los cuales se sabe de antemano que son merodeables pero no reducibles, que se pueden otear pero no rendir, y menos apresarse de modo incondicional y absoluto.

Nuestro amigo no ha pertenecido nunca a una ortodoxia o corriente de moda. A

eso debe que, en España, sea en cierto modo un «outsider», y que ninguna de las pequeñas sectas universitarias que se disputan el ámbito de la Lingüística logre atraérselo, aunque quisieran. Adscribe sus orígenes al estructuralismo, y, efectivamente, dentro de él se dio a conocer. Pero ya entonces se instalaba en lo menos estricto de las pesquisas estructuralistas, que, como es bien sabido, preferían evacuar de ellas el significado para quedarse sólo con los significantes. Desde el principio, Trujillo estuvo atento precisamente a lo que esa escuela ponía al margen, ocupándose personalmente de cuestiones semánticas y orientando a sus discípulos hacia ellas. Del estructuralismo, y esto le daba derecho a sentirse estructuralista, adoptaba el andamiaje y la terminología, los instrumentos esenciales de oposición, de rasgos y de conmutación, pero los aplicaba a la sustancia y no a la forma, a qué es lo que nos comunicamos al hablar, más que a los materiales empleados para comunicarnos.

Ahora —desde hace algunos años—, Ramón Trujillo, que ha dejado pasar también las modas siguientes al estructuralismo, ha llevado la originalidad de las preocupaciones más lejos: la Semántica o ciencia del significado no es una parte de la Lingüística, tal como tradicionalmente suele ser encuadrada, al par que la Morfología o la Sintaxis por ejemplo, por la sencilla razón de que está en todo. Existe siempre un momento en que el fonólogo y el gramático en

general se topan con la significación, por muy formal que sea su objeto: hay que definir identidades o deslindar diferencias, y éstas, en último término, sólo las deciden los significados. Formalmente, dos oraciones pueden ser exactamente iguales según los integristas estructurales. Pero no es infrecuente que el sentido común, siempre semántico, rechace tal análisis y las conclusiones que de él puedan sacarse a propósito del funcionamiento del lenguaje.

El caso es que el postestructuralismo ha desarrollado un interés enorme por el significado, como ocurre en el caso de la Semántica Generativa, con su pretensión de que existen estructuras significativas, y no sólo sintácticas; o en el de la Pragmática, que introduce en su análisis de los hechos de significación, como fundamentales, datos relativos al hablante y oyente. Pero a Ramón Trujillo, siempre receloso ante las sendas que otros trazan, no lo hallamos en ellas, ni en ninguna otra de las habitualmente frecuentadas hoy. Y se sitúa a distancia, con una actitud casi irónica; porque ¿de qué sirve que unos u otros apelen tanto al significado, si dista de estar claro qué sea, en qué consista esa entidad? Y es a esto a lo que se ha aplicado el maestro de La Laguna, a explicar su tesis de que «no se puede hablar del significado como algo independiente» y de que los textos, sean éstos una simple palabra o un ensayo o una novela, son objetos, cosas reales ellos mismos, y no simples sustitutos de otras cosas que están fuera de ellos. Éste me parece ser el centro teórico del libro: la exploración de las relaciones existentes entre esas cosas que son las palabras y esas cosas a las que todos llamamos cosas. No son, por lo demás, entidades idénticas, pues gracias a esa cosa distinta que son los textos, el hombre y la mujer se han constituido como tales, dejando de ser zoología.

Exigencia intelectual

El libro es muy denso, porque el autor se mantiene siempre en un alto grado de exigencia intelectual: son abundantes páginas, que reclaman mucha concentración para no salirse de ellas. Por supuesto, no pueden sintetizarse: su misma naturaleza analítica lo impide. Ya he dicho que el autor parte de diez axiomas, enunciados como propiedades generales de todos los textos, axiomas que, por serlo, no requieren demostración, y cuyas consecuencias constituyen, por decirlo así, el argumento del libro. Como mera demostración de alguno de ellos, he aquí el primero: «Un texto dado sólo puede ser igual a sí mismo». Esto quiere decir que la forma en que se enuncia un texto es la esencia de ese texto. Trujillo lo llama «principio de identidad», el cual, a simple vista, parece enunciar tan sólo una evidencia. Pero el autor, entrando a ahon-



En este número

Artículos de			
Fernando Lázaro Carreter	1-2	Agustín García Calvo	8-9
Eloy Benito Ruano	3	Manuel García Velarde	10-11
I. Fernández de la Cuesta	4-5	Antonio Quilis	12
Darío Villanueva	6-7		

SUMARIO en página 2



Nuevo cerco al significado

dar en las consecuencias de esa afirmación, nos conduce a esta otra que ya presenta una faz más grave: si un texto sólo puede ser igual a sí mismo (pongamos un eslogan electoral o el *Quijote*), ocurre que ningún texto puede ser igual a otro. Introduce aquí la útil noción de «semejanza» en cuanto se diferencia de la «identidad». Cuando ésta, la identidad, existe, ese fenómeno se produce fuera de nosotros: si una foto es idéntica a otra foto, ello no depende de dictamen alguno: lo son objetivamente, y puede probarse sin que intervenga para nada nuestra apreciación. Pero la semejanza es subjetiva: un niño se parece a su padre o a su madre según lo estime su abuela paterna o su abuela materna. Luego, y puesto que —lo repito— la identidad de un texto sólo puede darse consigo mismo, no es posible traducirlo. Cuando decimos que tal palabra inglesa quiere decir en español tal cosa, o cuando alabamos la traducción de una novela succeca, no afirmamos que la palabra o la traducción españolas sean equivalentes

absolutos de los textos originales, sino semejanzas que establecemos entre lo que entiende un inglés o un sueco y lo que entendemos nosotros.

Las implicaciones de este principio de identidad son muy numerosas e importantes. Tomado como instrumento central de la argumentación, no cesa de alumbrar aseveraciones o revelaciones nuevas. Y, cuando no son nuevas, se presentan de modo inesperado, para apoyarlas o destruirlas, si de esto se trata. Por ejemplo, y esgrimiendo siempre el principio de identidad, a la consecuencia de que no existe en rigor la traducción sigue esta otra: la sinonimia, pensada como la referencia idéntica de dos palabras a un mismo objeto, tampoco existe. Esto ya se había dicho muchas veces, pero Trujillo se suma ahora a los escépticos en materia de sinonimia armado con su axioma de la identidad, cuya dureza diamantina le permite entrar a fondo en incoherencias y en presuntas verdades a lo largo de todo el volumen.

Mostrando, verbigracia, que nuestra aproximación a los textos literarios se basa en la semejanza que nosotros establecemos entre ellos y el mundo a que se refieren, el cual sólo podemos imaginar. Aquí, yo interpondría alguna reserva; esa imposibilidad de entender lo que el autor dice en un texto constituye una gran moda entre los hermeneutas; pero un viejo filólogo como soy se rebela y se agarra a la idea contraria que, hoy también, pugna con la anterior, y cree que el significado de los textos puede entenderse en sus propios términos. Esa creencia mueve a la Filología, o es al menos la que me ha movido, sea cual sea el número de los fracasos. No querría verme desengañado a estas alturas.

El valor de los textos

Pero es cierto lo que el autor desarrolla en el capítulo XVII, discutiendo algo de tan difícil apresamiento como es el valor de los textos: bajo la rúbrica general de comentario de textos se ha desarrollado una palabrería que quiere pasar por ciencia o por actividad escolar lícita, basada en ocurrencias, esto es, en semejanzas que el comentarista establece entre su visión del mundo, paupérrima a veces, y la del texto comen-

tado. Dice bien Trujillo que cada texto concreto —un soneto de Lope o de Ventura Do-reste, un relato de Borges, una ley del Boletín Oficial— tiene una naturaleza particular y debe estudiarse como si no hubiera otro texto en el mundo. Piensa que, conforme al principio de identidad, aquel poema, aquellas prosas exigen una teoría propia no aplicable a ningún otro poema ni a ninguna otra prosa. Es verdad; y, en efecto, ahí está la Filología —no, por desgracia, tantos que dicen profesarla— acechando al texto en su unicidad, para intentar descubrirle su «significado», exigiéndole al filólogo la renuncia a la «significación» que quiera imputarle, y teniendo siempre presente que el texto, como cualquier individuo, aun siendo único, no está ni solo ni fuera de la historia. Otra cosa es que el filólogo sea capaz, psicológica y científicamente, de anteponer a la «significación» que la ocurrencia le dicta su interés por el «significado». Quizá sea tarea vana el intento de aprehenderlo, pero también lo es —el autor lo ha probado— inquirir qué es el significado, y ello no excluye la actividad de la ciencia semántica, como la de otras tantas ciencias que parten de lo inaveriguable: la Biología, sin ir más lejos, fundada en el concepto de vida, más inaprensible quizá que ninguno.

Si me he permitido esta leve disensión, que no afecta a ningún punto importante de las tesis de Ramón Trujillo, ha sido amparado en la aspiración que él mismo declara a suscitar discusiones. Que las promoveré, estoy seguro, tan abundantes, tan necesarias, diría yo, y que serán el mejor homenaje a su talento, porque son innumerables los puntos vitales de la Lingüística a los que, siempre armado con la clave del axioma de identidad, va aplicando la lente crítica para des-

montarlos, para replantearlos, para mostrar lo cierto o lo falso de lo circulante hasta ahora. Así, cuando discute lo que llamamos sentido recto y sentido figurado; o al precisar la noción de «norma», y aún mejor, la de «sistema» establecida por el lingüista rumano Eugenio Coseriu; o cuando vuelve con precisión agudísima a la controvertida oposición entre connotación y denotación. Casi no hay asunto clásico de la Lingüística general o española en particular en que no se ofrezca un dictamen, una perspectiva nueva y no pocas veces disidente: la etimología popular, el cambio semántico, el idealismo y el realismo en la Ciencia del Lenguaje, el concepto de lo correcto y lo incorrecto, anejo inmediatamente al de regla gramatical —que el autor, con tanta razón, quiere distinguir de lo que es simple uso preponderante de un grupo social—. Y no queda en estas cuestiones, digamos generales, aunque siempre ejemplificadas con textos familiares a todos, sino que entra en cuestiones concretas y muy litigadas de nuestra Gramática, como el de la naturaleza y funciones del pronombre o conjunción «que», o en el de la diferencia clásica entre las oraciones adjetivas explicativas y especificativas, tan vinculadas a la cuestión del artículo y del pronombre, etcétera.

Como es natural, no resulta posible ofrecer una abreviación de un libro tan rico, tan variado, de materia especializada, y aún diría que, a trechos, muy especializada. No es sólo un libro para lingüistas, sino para toda clase de personas con inclinaciones científicas, que tanto deben desconfiar del lenguaje; y también para lectores a quienes este tipo de problemas, anejos a lo más nuestro que es el lenguaje, no dejen indiferentes. □

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Fernando Lázaro Carreter comenta un nuevo libro de Ramón Trujillo que confirma, en primer lugar, su lealtad con la semántica, y en segundo lugar su dedicación al margen de ortodoxias o corrientes de moda. En esta oca-

sión lleva más lejos la originalidad de su planteamiento: afirma que la semántica o ciencia del significado no es una parte de la lingüística, como la morfología o la sintaxis, sino que está en todo.

Ramón Trujillo

Principios de semántica textual

Arco Libros, Madrid, 1996. 449 páginas. 2.800 pesetas. ISBN: 84-7635-227-1.

SUMARIO

	Págs.
«Nuevo cerco al significado», por Fernando Lázaro Carreter, sobre <i>Principios de semántica textual</i> , de Ramón Trujillo	1-2
«España románica, España gótica», por Eloy Benito Ruano, sobre <i>La cultura del románico. Siglos XI al XIII</i> , de F. López Estrada (coord.), y <i>La época del gótico en la cultura española (c. 1220-c. 1480)</i> , de J. A. García de Cortázar (coord.)	3
«Radiografía de la edición musical española», por Ismael Fernández de la Cuesta, sobre <i>La edición musical española hasta 1936</i> , de Carlos José Gozávez Lara	4-5
«Teoría y práctica posmoderna de El Quijote», por Darío Villanueva, sobre <i>Semiótica del Quijote</i> , de José María Paz Gago	6-7
«Cómo caen los átomos», por Agustín García Calvo, sobre <i>El sentido de la naturaleza en Epicuro</i> , de José Luis García Rúa	8-9
«Fluidos por doquier», por Manuel García Velarde, sobre <i>The Life and Legacy of G. I. Taylor</i> , de George Batchelor	10-11
«Y al fondo, siempre Nebrija», por Antonio Quilis, sobre <i>Actas del Congreso Internacional de Historiografía Lingüística. Nebrija V Centenario. 1492-1992</i> , de autores varios, y <i>El léxico castellano de los «Vocabularios» de Antonio de Nebrija</i> , de M. ^a Lourdes García Macho	12

España románica, España gótica

Por Eloy Benito Ruano

Eloy Benito Ruano (Madrid, 1921) es catedrático emérito de Historia Medieval, secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia y presidente de la Sociedad Española de Estudios Medievales. Su última y reciente publicación es la segunda edición (transcripción y anotación) de El libro del Limosnero de Isabel la Católica (1996).

«Con paso tardo, aunque firme» marcha hacia su culminación la *Historia de España* planificada y dirigida hasta su muerte (1936-1968) por D. Ramón Menéndez Pidal.

Proseguida su producción desde 1975 por el prestigioso historiador -catedrático y académico- José M.^a Jover Zamora, su lento progreso viene conociendo paralelamente una paulatina actualización de aquellos primeros volúmenes cuya materia ha sido objeto de trascendental renovación a lo largo de las décadas transcurridas.

A la vista del año 2000, no cabe duda de que la hoy titulada *Menéndez Pidal* será la *Historia de España* por antonomasia (emblemática dirían algunos) del siglo XX.

El desigual ritmo de aparición de sus entregas no ha seguido el orden cronológico -y lógico- de su contenido. El alto número de autores, la irregular disponibilidad, activa y pasiva, de colaboradores especialmente adecuados para tratar en el momento preciso de las épocas y fenómenos convenientes, han determinado la alterada maduración de los volúmenes en cuanto a su normal sucesión.

A la altura de 1997, pocos son ya los que aguardan ver la luz. Y un importante capítulo de la obra en su conjunto es el que constituyen los recientes tomos XI y XVI, consagrados a la historia de nuestra cultura medieval.

Tratado sobre la materia

Coordinados respectivamente por los profesores F. López Estrada y J. A. García de Cortázar, ambos componen, conjuntamente, un verdadero tratado sobre la materia, ciertamente difícil de sistematizar. Pero esa dificultad ha resultado vencida, gracias a un tratamiento rigurosamente original de planteamiento y ejecución.

Partiendo de los propios titulares de uno y otro tomos, los términos de «cultura», «románico» y «gótico» han sido analizados etimológicamente, semántica y hasta morfológicamente, justificando su aplicación conceptual al tema.

«Cultura» no sólo significa actividad superior, noble, intelectual, del ser humano y de la sociedad, sino también vida física y natural de uno y otra, incluso en cuanto a actitudes y comportamientos receptivos, pasivos, frente a lo material.

En esencia, el estudio de este conjunto consiste en acumular lo antropológico a lo tradicionalmente tenido en exclusiva por «cultural». Así -consigna García de Cortázar-, son consideradas las concepciones del mundo y las realizaciones filosóficas, científicas, literarias, plásticas o musicales; pero también los modos de vida común; lo que -decimos nosotros- tiene actual vigencia bajo la designación de «vida cotidiana».

En cuanto a la justificación de los apelativos caracterizadores «románico» y «gótico» como algo más que sendas adjetivaciones de meros estilos artísticos, es notable la argumentación del coordinador del primero de los volúmenes, el profesor López Estrada. De la derivación puramente lingüística de «romanicus» -a-, inherente a «opus romanum denaturé» «langua latine estropiéc», asistimos a su ampliación al campo de la Estética y a su posterior generalización como peculiaridad histórica, desarrollada a lo largo del siglo XIX. En definitiva, a su signifi-



La catedral de Toledo.

cación, precisamente, de «modo de vida» y, por extensión, a «espacio histórico» perfectamente caracterizado.

Análogo fenómeno constituye la aplicación del adjetivo «gótico» a otro período de la cultura occidental, encuadrable, por lo que hace a la Historia española, entre los años de 1220 y 1480 y despojado de su acepción estética, emancipada, a su vez, liberalmente, de su verdadero significado original (a partir de «godo» = «germano»).

Enciclopedia de los saberes

La compartimentación de los diversos campos en que tradicionalmente se considera articulada la «Cultura» compone, por lo demás, una verdadera enciclopedia de los saberes y creaciones intelectuales de nuestra Historia medieval. Permítansenos señalar para su conjunto una gran originalidad o especial novedad de su tratamiento.

Tal virtud posee por ejemplo -cincuenta años después de su magistral ordenación pionera por D. Benito Sánchez Alonso- el singular tratado de Historiografía que entraña el capítulo dedicado a este género literario en su etapa «románica» por el profesor Juan Gil. (Continuación, en cierto modo, de la obra de su colaboración *Crónicas asturianas*, publicada en 1985 por la Universidad de Oviedo.) Completado, por lo que hace a la producción cronística de

los siglos XIII al XV, en la breve exposición interpretativa del profesor Mitre Fernández.

La consideración histórica de la lengua como «medio de la relación social» (profesor Manuel Alvar) y de las lenguas troncales y marginales (López Estrada), en ambos casos acompañada por la manifestación literaria de los sucesivos géneros y etapas, otorga a lo que pudiera haber sido una repetitiva y breve historia de nuestra literatura medieval un especial enfoque de ésta, verdaderamente «cultural».

RESUMEN

La Historia de España que planeó y puso en marcha hace décadas Menéndez Pidal y que dirige, desde hace veinte años, José María Jover continúa su andadura, no sin problemas, pero sin pausas. Cuando faltan ya pocos tomos para que esta magna empresa llegue a su fin,

«Abrégés» efectivos de Historia del Arte, aunque tampoco meras consignaciones enumerativas, son los capítulos consagrados a dicha materia por los doctores Bango Torviso, Camacho Martínez y colaboradoras.

Aunque -séame de nuevo permitida esta personal apreciación- lo que, a nuestro juicio, constituye una novedad absolutamente excepcional por su volumen y monografismo en esta clase de obras realizadas en equipo son las síntesis relativamente detalladas (valga el contrasentido) dedicadas por los doctores Vernet y Samsó, por un lado, y García Ballester, por otro, a las Ciencias físico-naturales y a la Medicina. Así como el no menos excepcional panorama «iniciático» que al historiador y al lector profano facilita el profesor Fernández de la Cuesta en sus dos magistrales capítulos sobre música medieval.

Excelente guía a través de los «Estudios Generales» hispanos, luego de una descripción funcional de los órganos de transmisión del saber de la época gótica, proporcionan con eficacia informativa los doctores Santiago-Otero y Soto Rábanos, brindando ámbito a las contemplaciones de la producción, el sentimiento y las vivencias eruditas y populares del sentimiento religioso, las estructuras eclesásticas y el pensamiento filosófico-moral (profesores Linage Conde, Fernández Conde y Gómez Moreno).

Libertad metodológica

Señalemos, para concluir, la libertad metodológica de que cada uno de los coordinadores de uno y otro volúmenes ha gozado y dispensado entre sus colaboradores. Así, por ejemplo, la presentación de su estudio de «La vida» (la vida cotidiana) en la época románica por la profesora Ruiz Montejo, en torno a la clásica tripartición de los órdenes sociales medievales («bellatores», «oratores» y «laboratores»); mientras que el doctor García de Cortázar desarrolla su esquema sobre el mismo tema en la época gótica en una primera fase de su estudio («Primum vivere») y a lo largo de un escalonamiento de los diversos elementos básicos de subsistencia (alimentación, vestido, vivienda); para pasar después al hilo de los ritmos de la vida individual y colectiva: del nacimiento a la muerte de la persona (infancia, juventud, estado, envejecimiento, final), con sus respectivos episodios, ritos y manifestaciones; más la secuencia y jalonamiento de la vida colectiva: del día al año y a la estación (horarios, fechas significativas, trabajos temporales, fiestas, acontecimientos, ceremonias...).

En suma: una visión caleidoscópica, pero orgánica (enciclopédica, apuntamos más arriba), que sirve de digno trasfondo al contenido político, económico, social e institucional de los volúmenes consagrados a esa etapa que llamamos medieval, en el «magnum opus» que es la *Historia de España de Menéndez Pidal*.

La *Historia de España* del siglo XX. La elaboración histórica de nuestro propio ser, propia de nuestro propio siglo. □

Francisco López Estrada (coord.)

La cultura del románico. Siglos XI al XIII. Letras, religión, artes, ciencia y vida

Tomo XI de la *Historia de España de Menéndez Pidal*, Espasa-Calpe, Madrid, 1995. XXVIII + 746 páginas. 13.750 pesetas. ISBN: 84-239-8900-1.

José Ángel García de Cortázar (coord.)

La época del gótico en la cultura española (c. 1220 - c. 1480)

Tomo XVI, Espasa-Calpe, Madrid, 1994. XL + 960 páginas. 13.750 pesetas. ISBN: 84-239-8900-3.

Radiografía de la edición musical española

Por Ismael Fernández de la Cuesta

Ismael Fernández de la Cuesta (Neila, Burgos, 1939) es musicólogo medievalista, autor de una docena de libros y numerosas monografías. Catedrático del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, ha sido presidente de la Sociedad Española de Musicología. Fue prior y director del coro de monjes del Monasterio de Silos, habiendo obtenido, entre otros galardones, el Premio Charles Cros (París, 1972) y el Disco de Oro del Japón (Tokio, 1974) por algunas de sus grabaciones discográficas.

La edición musical española nunca hasta ahora había merecido un estudio de conjunto. Los musicólogos e historiadores de la música no hemos prestado atención a una realidad que tan decisivamente ha condicionado la creación musical en los últimos siglos. Ha sido un bibliotecario, José Gozávez, quien a través de un concienzudo estudio de las partituras publicadas en España, especialmente durante el siglo XIX, hace una radiografía muy contrastada de la edición musical en España. El autor declara que ha recogido información sobre más de quinientas casas editoriales y calcografías de música, comprendidas dentro de una gama que abarca desde el compositor que publicaba sus propias obras, a veces sólo un puñado de títulos, hasta el gran editor especializado que emitía millares.

La buena o mala salud de la industria editorial es el índice que marca de manera inequívoca la salud musical de un país. El maridaje entre la creación artística y la industria, que no cuesta reconocer en el Cine y en la Arquitectura, parece incompatible en materia musical a los ojos de algunos musicólogos.

El editor surge en el siglo XIX como figura distinta del impresor. Es un empresario que invierte su capital y pone su esfuerzo en dar a la luz pública obras ajenas y comercializarlas. Es un intermediario entre el autor intelectual y el artífice material del libro, recoge el producto elaborado por ambos y

lo pone a disposición del usuario. La mutua dependencia entre música e industria no es de hoy, viene de muy lejos en el tiempo. Hemos de remontarnos al medioevo para encontrar los primeros ejemplos de un matrimonio que a lo largo de los tiempos ha sido, más que de conveniencia, absolutamente necesario para el desarrollo de la técnica musical y de la creación artística.

Código gráfico

La distribución de las obras de música ha tenido más o menos la misma historia que la de las obras literarias, pero con alguna particularidad que importa mucho reseñar. El código gráfico musical que hoy usamos se formó muchos siglos después de aparecer el sistema alfabético. La música empezó a escribirse así con gran retraso respecto al lenguaje. Allá por el siglo IX se detectan los primeros neumas. El lenguaje escrito, mediante la sola lectura visual de sus símbolos gráficos, puede llegar al lugar donde termina la comunicación, el intelecto del lector, sin necesidad de interpretarlos. Sólo cuando el receptor es un oyente hace falta reproducir sonoramente las palabras escritas. La escritura musical, por el contrario, no representa tan adecuadamente los sonidos que sea innecesaria su reproducción. Por imperativo de su propia naturaleza, la música debe realizarse físicamente a través de la producción de sonidos en una secuencia temporal. Su destino inmediato es el oído, y a través del oído los sonidos llegan a la facultad superior donde se efectúa la percepción del arte, que es la que los siente y clasifica como música.

* * *

Mientras seguía el camino de la oralidad, la música subsistía sin la escritura musical. Pero la tradición oral tiene sus limitaciones para hacer circular por ella el arte musical sometido a la categoría de tiempo y no a la de espacio. Ya desde mediados del siglo IX, el imperio carolingio y el papado entendieron muy bien que la mejor manera de difundir y hacer prevalecer el canto romano gre-

goriano sobre los demás existentes en las regiones occidentales era escribirlo y fijarlo en códices. Estos debían circular por todo el Occidente y quedar depositados en los principales núcleos de influencia. Las regiones que poseían ritos y cantos propios acusaron la agresión francorromana y respondieron con la misma moneda. En la Península Ibérica, para defender su tradición hispanovisigótica (mozárabe), se fijó también por escrito su canto en hermosísimos códices. Cuando acudí por vez primera a las Bibliotecas de San Galo y de Einsiedeln para consultar los códices de la famosa tradición sangalense pude comprobar personalmente que tenían un tamaño mucho más pequeño que los hispánicos. Acostumbrado como estaba a leer los manuscritos del canto visigótico, los centroeuropeos me parecían libros de bolsillo frente a los grandes antifonarios escritos en León, en la Rioja y en Aragón. Los clérigos y monjes peninsulares querían probablemente demostrar así, ante la opinión del Papa y del conjunto de la Iglesia, que los cantos escritos en códices suntuosos, caros por su material y por su elaboración, eran más dignos que los cantos que sólo habían merecido estar copiados en pequeños manuales. Consumada la invasión gregoriana a fines del siglo XI, los manuscritos musicales de la Península serán a lo largo de la Edad Media algo más pequeños por lo general que los del resto de Europa.

* * *

Según se desprende del libro de Gozávez, España no ha tenido una industria editorial poderosa y ha estado a la zaga de países como Alemania, Francia e Italia. El hecho es, en mi opinión, ilustrativo para entender la historia. La música se ha visto profundamente afectada por él. Desde el comienzo de la imprenta musical hasta el día de hoy, los músicos han estado en manos de impresores y editores. La calidad de impresión de un libro de música era el mejor reclamo para su venta, y en consecuencia para que la música en él contenida llegase a ser interpretada en los lugares de mayor prestigio.

Lo que ocurrió en el siglo XVI es paradigmático. Los polifonistas españoles me-

jor conocidos y apreciados por la posteridad fueron aquellos que pudieron dar sus obras a imprentas italianas o flamencas, a veces a costa de grandes sacrificios económicos. Francisco Guerrero (1528-1599), después de pasar media vida ofreciendo sus obras manuscritas a cabildos de gran poder adquisitivo, como Toledo, o incluso al propio emperador Carlos V retirado en Yuste, entendió que la mejor manera de difundir sus obras era imprimirlas, a ser posible, fuera de España, como lo había hecho el gran Cristóbal de Morales (1500-1553) y lo haría también Juan Navarro (1530-1580) y T. Luis de Victoria (1548-1611). Guerrero abandonó al impresor sevillano Martín de Montedeoca, que había sacado a la luz pública en 1555 sus *Sacrae cantiones*, para dar sus libros a impresores extranjeros: Antonio Gardano en Venecia, Nicolas de Chemin en París, Pierre de Phalèse en Lovaina, Francesco Zanetto y Alessandro Gardano en Roma. El maestro sevillano se endeudó varias veces para ver publicadas sus obras. Pero las deudas impagadas que contrajo con la publicación de su hermoso *Liber vesperarum* (Roma, 1584) dieron con sus huesos en la cárcel años más tarde (1591).

En busca de editor

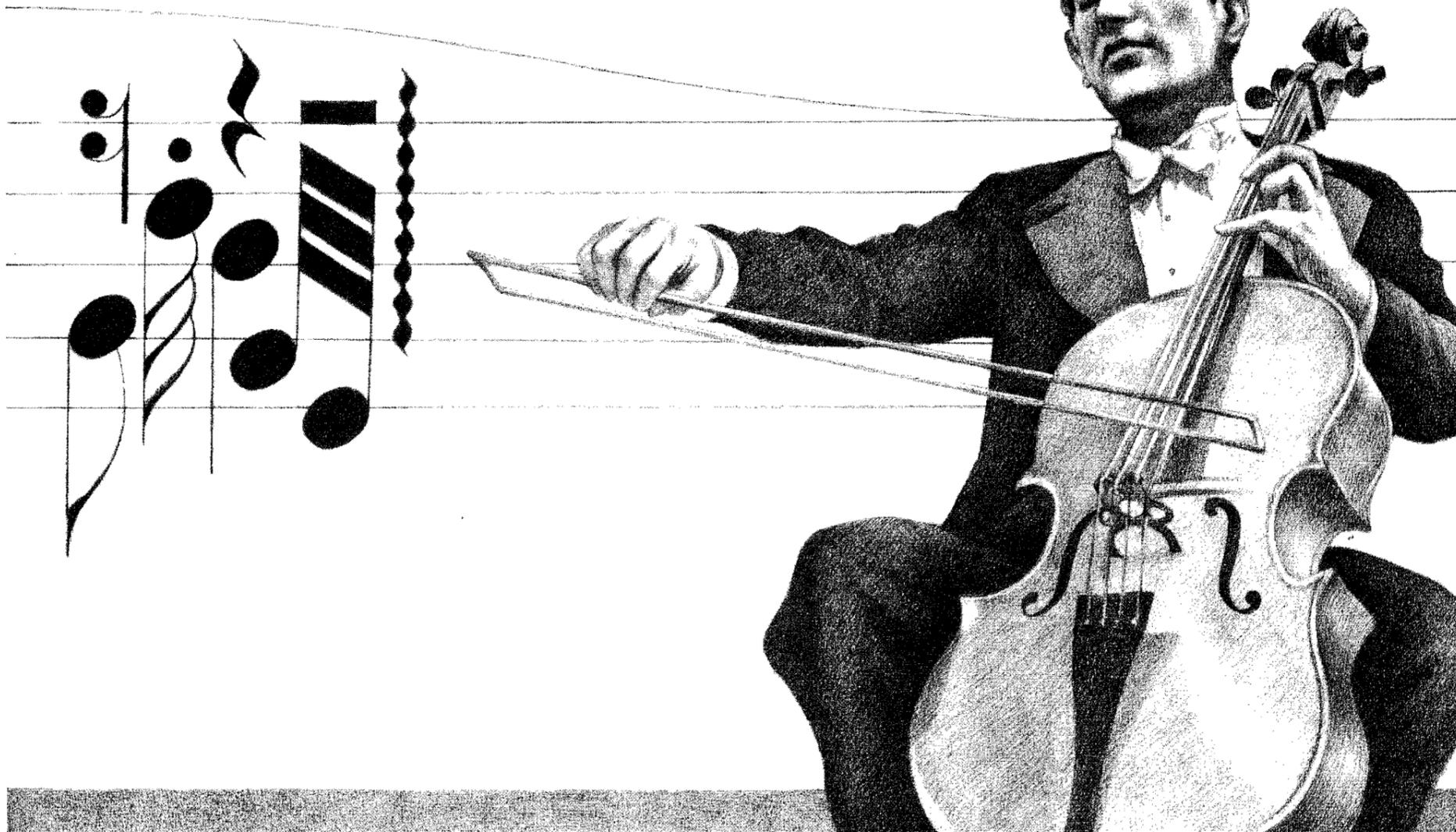
Esta triste anécdota de uno de los más grandes compositores españoles de todos los tiempos ilustra muy bien la condición del compositor empeñado en la búsqueda de un editor capaz de hacer llegar al público el producto de su creación. Francisco Guerrero fue un gran creador, con independencia de los respectivos impresores de sus obras, pero su música fue mejor conocida y más estimada, incluso por los modernos musicólogos, que la de otros insignes polifonistas contemporáneos que no pudieron publicar sus obras, ni siquiera en España.

Dando un salto hasta el día de hoy, vemos que la situación del compositor con respecto al editor ha cambiado poco en nuestro



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

país. Han sido muchas editoras extranjeras las que se han interesado por compositores españoles. Así, Chester es la editora de Manuel de Falla; Max Eschig lo es de la colección de Emilio Pujol; Schott, de Andrés Segovia; Universal Edition, de Cristóbal Halffter; Suvini Zerboni, de Luis de Pablo y otros; Moeck, de Tomás Marco, etc. Nada de extrañar, a la luz de la historia de la edición musical en los últimos dos siglos, tal como aparece en el libro de José Gozávez.

El siglo XIX y los primeros decenios del XX deben considerarse como la Edad de Oro de la edición musical en Europa y también en España. Se apuntan como causas de ello: la consolidación de un entramado industrial y comercial especializado en música, la introducción de nuevas técnicas de estampación y el aumento extraordinario de la demanda social, consecuencia directa de la enseñanza musical entre las clases burguesas florecientes. A lo largo del siglo se sucederán pequeños empresarios que, mediante la reproducción de partituras por diversos medios cada vez más perfeccionados, se constituirán en auténticos promotores de la actividad musical en todo el país.

El editor-almacenista, recuerda Gozávez, procedía a menudo del mundo de la enseñanza musical (profesores de los conservatorios) o de la práctica profesional de la música (cantantes, instrumentistas, compositores, empresarios teatrales), pero los más eran personajes que ejercían una modesta actividad como artesanos o simples empleados de un comercio musical. Todo ello hace que en España se forme un entramado editorial extraordinariamente activo y dinámico. Durante unos veinte años, 1860-80, los editores madrileños especializados en música representaban entre el quince y el veinte por ciento del total de editores que trabajaban en la ciudad. Contaba Madrid entonces con más de una docena de comercios especializados que editaban gran cantidad de partituras al año. Barcelona seguía las huellas de Madrid, pero a gran distancia. Sólo Antonio Romero llegó a publicar en

la capital del reino una media de 350 obras anuales. No es de extrañar que las casas de música más importantes estuvieran a la cabeza del sector editorial en su totalidad, por el volumen de su producción y de sus cifras económicas, lo cual contrasta ciertamente con el panorama que exhiben las editoras musicales en el día de hoy.

Extensa trama editorial

La extensa trama editorial tejida a lo largo del siglo XIX se modificó sustancialmente a partir de mayo de 1900, momento de la constitución de la Casa de Luis Dotesio como Sociedad Anónima, futura Unión Musical Española (UME). En pocos meses la Sociedad Dotesio compró los catálogos editoriales y los locales de casi todos los editores madrileños y de las principales firmas catalanas. Así es que, de forma repentina y coincidiendo con el cambio de siglo, se produjo una profunda transformación en el panorama editorial español, al efectuarse el tránsito desde la atomización que caracteriza los últimos decenios del siglo XIX a la concentración de recursos editoriales de música en un solo empresario, como no ocurriría en toda Europa. La destrucción de la pequeña industria editorial tuvo como consecuencia inmediata que la mayor parte de los músicos españoles que no fueron contratados por editoras extranjeras se pusieran en manos de la UME.

Hoy conocemos muy bien los destinos de aquella célebre Casa Dotesio, hogar de gran parte de los músicos españoles a lo largo del siglo XX. Los derechos editoriales de la UME fueron comprados en 1993 por la firma inglesa Music Sales. Desde diversos medios se dio la voz de alarma (Antonio Gallego en su columna del *ABC Cultural* y yo mismo desde la presidencia de la Sociedad Española de Musicología), pero fue la voz del que clama en el desierto, porque nadie puso remedio. Semanas más tarde de consumado el hecho, la Sociedad General de Autores y Editores de España (SGAE)

compró acertadamente los fondos conservados en los almacenes de la UME. Alguien comentó ante los medios de comunicación, en un alarde de ingenuidad o de ignorancia: «¡Magnífico, sólo se han llevado los derechos. Nos han dejado los fondos!». Algo era.

Hoy en día la industria editorial sigue las pautas marcadas por las compañías fonográficas y depende en buena parte de ellas. Las grandes firmas discográficas se apoderaron de las que por su dimensión y por su cercanía al editor y al músico abarcaban, cada una en su lugar, el espacio cultural del país. Nada se hizo entonces para impedir la nueva concentración de recursos musicales.

* * *

Desde la aparición de los neumas hasta el día de hoy la música ha estado, pues, ligada a la industria y al comercio de los libros. A lo largo de la historia se comprueba que los momentos de mayor creatividad coinciden con los de mayor pujanza de la industria editorial. Y al contrario, la ausencia de buenos compositores o la crisis de creatividad de éstos ha estado algunas veces ligada a la depresión económica de las editoras. Extraña coincidencia.

El creador del Museo de Orsay, Jacques Rigaud, en las 450 páginas de su luminoso ensayo *Libre Culture* (París, Gallimard, 1990), se esfuerza por encontrar los hilos que tejen la trama de la cultura de un país, e intenta sorprender el lugar donde se produce la vi-

talidad creativa en una sociedad evolucionada como la nuestra. El pensamiento que emerge constante a lo largo de matizadas reflexiones es la fragilidad del acto creador, trátase de la música, de la literatura, de cualquiera de las bellas artes, expuesto como está a los mil condicionamientos de la vida humana. En nuestro entorno europeo, a veces es buena y hasta necesaria la intervención del Estado en las artes, las letras y las ciencias, pero por lo general éstas encontrarán su aliento y apoyo natural en la libertad y en la diversificación de las industrias de la cultura.

Biodiversidad editorial

La «biodiversidad» editorial es una de las condiciones indispensables para la creación de la música en nuestro país. Pero los vientos no son hoy, al parecer, favorables. Superados los monopolios del Estado, llegan los de las grandes compañías. Las dominantes editoras han quedado sometidas al gigantesco entramado de la industria audiovisual, el «show business». Veremos hacia dónde se inclina la balanza cuando nuestra música entre de lleno en la red de redes informáticas. Me temo que quien da el motivo para que la gigantesca maquinaria del mercado se ponga en movimiento, el ser humano, quedará, como siempre, apenas perceptible, velado en la lejanía de la creación artística. □

RESUMEN

Se sorprende Fernández de la Cuesta de que musicólogos e historiadores de la música no hayan prestado hasta ahora la suficiente atención a la edición musical española, lo que ha impedido que existiera un estudio en con-

junto, como el que ha llevado a cabo el autor de esta obra comentada, quien a través de un concienzudo estudio de las partituras publicadas en España ofrece una radiografía muy completa de la edición musical.

Carlos José Gozávez Lara

La edición musical española hasta 1936

AEDOM, Madrid, 1996. 220 páginas. 2.000 pesetas. ISBN: 84-605-3294-1.

Teoría y práctica posmoderna de *El Quijote*

Por Darío Villanueva

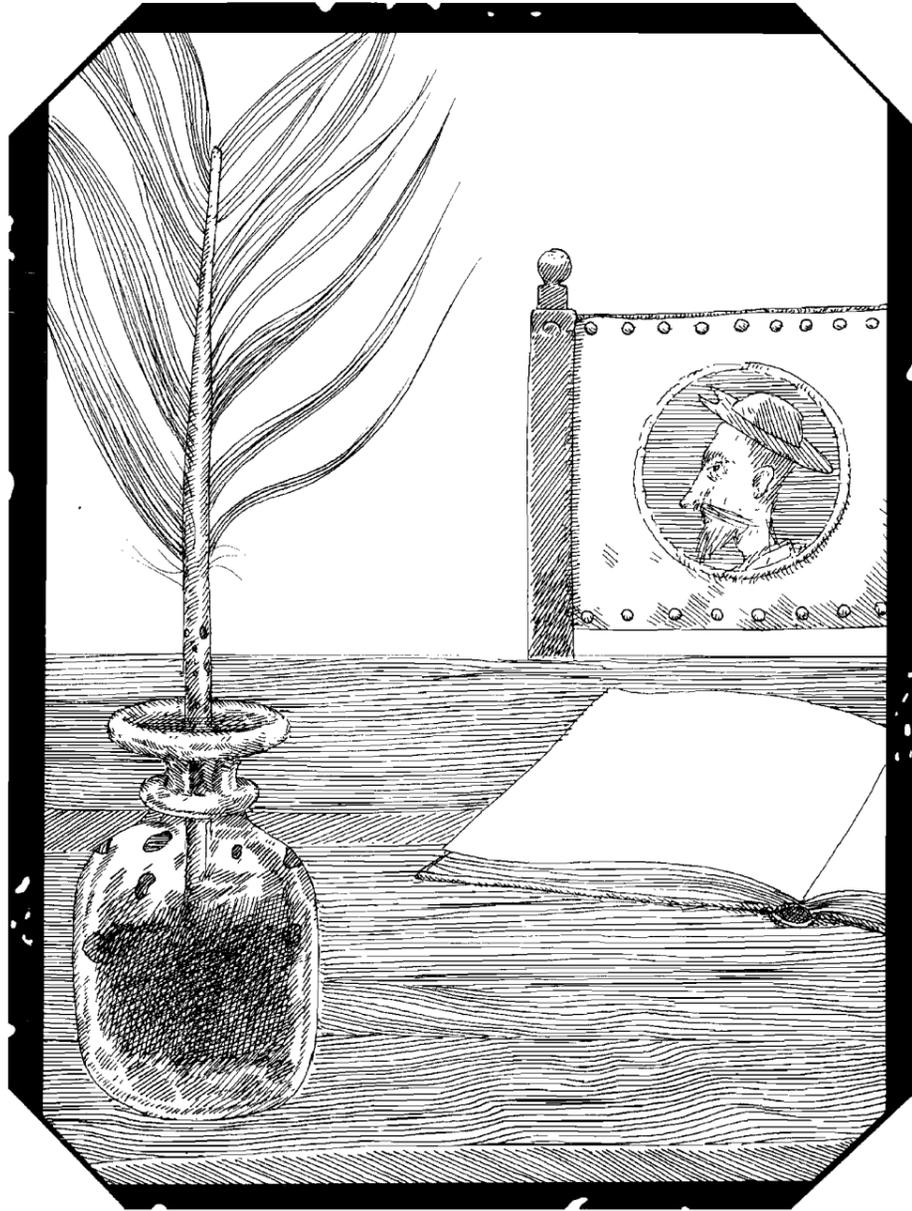
Darío Villanueva (Villalba, Lugo, 1950) es catedrático de Teoría de la Literatura y rector de la Universidad de Santiago de Compostela. Entre sus últimos libros se cuentan *El polen de ideas* (Teoría, Crítica, Historia y Literatura comparada), *Teorías del realismo literario y dos volúmenes colectivos por él compilados: Avances en Teoría de la Literatura y Curso de Teoría de la Literatura*.

No siempre *El Quijote* significó lo que hoy sigue representando en el canon literario de Occidente: el hito fundacional de la novela moderna. Tampoco supimos los españoles seguir la senda por él marcada para consolidar así su aportación decisiva. Uno de nuestros grandes críticos universitarios, José F. Montesinos, porfiaba que en el siglo de Cervantes «la novela se le escapa a España literalmente de las manos», y Torrente Ballester, autor en 1975 de un novedoso ensayo sobre «*El Quijote* como juego», reclama su pertenencia a «la tradición novelística anglocervantina», que se constituye en pleno Siglo de las Luces gracias a Fielding, Sterne, Richardson y Smollet. De todos modos, la ceguera más clamorosa ante aquella potencialidad germinativa del texto quijotesco hay que atribuírsela a uno de los primeros historiadores y teóricos del género. Me refiero al abate Pierre-Daniel Huet, que en su *Lettre-traité sur l'origine des romans*, de 1669, ve a Cervantes como un imitador de Luciano y Apuleyo en *El coloquio de los perros*, y un parafraseador de los libros de caballerías de los que «a fait une si fine et judicieuse critique dans son *Don Quichotte*».

Era la suya una valoración tan reductiva como la de los primeros lectores de la historia del Ingenioso Hidalgo, que la consideraron como mero «libro de burlas». Fueron, pues, los novelistas ingleses del XVIII los que encontraron en él un modelo inagotable de posibilidades narrativas para integrar armónicamente lo que según Clara Reeve eran, ya en 1785, dos líneas bien diferenciadas: «novel», 'picture of real life and manners', y «romance», 'heroic fable, which treats of fabulous persons and things'. Pese a esa aparente oposición, la autora de *The Progress of Romance Through Times, Countries and Manners...* muestra su convencimiento de que en los «romances» modernos, esto es, las narraciones extensas herederas de *El Quijote*, «truth and fiction were so blended together that a common reader could not distinguish them». De ahí la necesidad del ya tópico aviso que antecede a tantas novelas y filmes en el sentido de que cualquier semejanza de lo narrado con la realidad debe ser atribuida a pura coincidencia.

Desde entonces, la novela de Cervantes, como es propio de las obras clásicas, fue leída de modos diferentes por las sucesivas generaciones. Y así *El Quijote* romántico es sobre todo un libro de profundas raíces éticas, opuesto al materialismo burgués entonces emergente. Mas sin que esta significación quedara finalmente arrumbada, luego surgió su aprecio como obra psicológica, de lo que es índice la anécdota de que Freud aprendiera el español tan sólo para poder leerla en su original. El título de un ensayo de John J. Allen publicado en 1969, *Don Quixote: Hero or Fool?*, contraponen en interrogante esa doble interpretación posible.

Porque la voluminosa producción crítica inspirada por *El Quijote* nos ofrece una buena muestra de cómo fue leído y lo está siendo en la actualidad. En ello influyen, lógicamente, los paradigmas imperantes en la ciencia literaria de cada momento. Por referirnos a los más recientes, la Estilística europea no dejó de hacer frente al reto que la primera novela moderna representaba, con aportaciones



ALFONSO RUANO

tan destacadas como las de Hatzfeld o Casaldueño, y en el marco de la crítica ideológica es sintomática la evolución que se produce en la trayectoria interpretativa de *El Quijote* por parte de Américo Castro.

La aparición, pues, de un nuevo libro sobre *El Quijote*, salvo en los casos de absoluta irrelevancia o, incluso, de aberración crítica, que también los hay, constituye un acontecimiento destacable no sólo por lo que pueda aportar al conocimiento de la obra en sí y de su autor, sino por lo que tiene de síntoma referible al marco general de nuestra «weltanschauung» y al particular de los estudios literarios. Así sucede con la *Semiótica del «Quijote»* que José María Paz Gago acaba de publicar en una editorial internacional especializada en estos temas.

Amén de las aportaciones analíticas y hermenéuticas del texto cervantino que esta extensa obra contiene, muy apreciables en sí mismas, el libro de Paz Gago viene a ofrecernos un conjunto de referencias sintomáticas en relación a lo que podría ser la especificidad de una lectura finisecular y posmoderna de *El Quijote*. En cuanto al marco particular al que nos referíamos hace un momento, el propio título de la obra nos advierte con claridad acerca del terreno en que nos desenvolvemos: en el paradigma de la ciencia general de los signos configurada por Ferdinand de Saussure y Charles Sanders Peirce, y, en concreto, en su vertiente volcada al estudio de la narración, que ha dado en denominarse «narratología».

Pero no menos importancia tiene el trabajo de Paz Gago desde una perspectiva más amplia. A este respecto interesa la hipótesis formulada por Umberto Eco en el sentido de

que el posmodernismo no es exclusivamente una tendencia de época, sino una categoría espiritual, presente con anterioridad en un período en el que Cervantes se formó: el Manierismo. En consecuencia, se percibe en las obras manieristas y posmodernas la ironía y la absoluta carencia de ingenuidad de quien se sabe condicionado por la riada literaria precedente, sobre la que intenta, no obstante, erigir su propia creación. «Metaficción» —relato en segundo grado, «mise en abîme», duplicación interior— e «intertextualidad» son las palabras clave posmodernas para hablar de *El Quijote*, de lo que tratan cumplidamente dos libros ingleses traducidos ya al español, el de Edwin Williamson (1984, 1991) y el de Daniel Eisenberg (1987, 1995).

Realidad y ficción

Otro de los ejes quijotescos no se puede decir tampoco que constituya un tema exclusivamente de hoy, pues encierra uno de los puntos centrales de toda reflexión acerca de la literatura desde Aristóteles, que con su teoría de la mimesis estableció por primera vez los contornos del problema. Me refiero a las relaciones existentes entre la realidad y la ficción, que forman parte del complejo semiológico constitutivo de nuestra vida social, pero afectan en especial al sistema semiótico del lenguaje y, dentro de él, muy destacadamente al relato literario.

De todo ello se ocupó hacia 1962 Edward C. Riley en su libro ya clásico *Cervantes's Theory of the Novel*, pero de la complejidad e interés del asunto dan fe no sólo las apor-

taciones posteriores del propio Riley, sino también obras recientes como la de Félix Martínez Bonati «*Don Quixote*» and the Poetics of the Novel publicada en 1992. En definitiva, se trata de aprovechar al máximo las ideas que el mismo Cervantes expone, en forma dialogada, en los capítulos cuarentésimo séptimo y cuarentésimo octavo de la parte primera.

Allí se suscita un vivo debate sobre la literatura caballeresca, culpable de la «extraña locura de Don Quijote» (I, 32), en el que participan el cura del poblachón manchego donde vivía Alonso Quijano y un canónigo toledano, lector empedernido y crítico de semejantes historias, una de las cuales incluso había empezado a redactar. Su ataque frontal contra los libros de caballerías va en una doble dirección, coincidente con las severas objeciones que tanto los preceptistas como los moralistas les venían haciendo desde comienzos del siglo XVI, predominando los primeros en Italia gracias a los numerosos comentarios allí redactados a propósito de los «romanzi» del Boiardo, Ariosto y Torquato Tasso, y los segundos en España, con tratadistas como Malón de Chaide, Arias Montano o fray Luis de Granada, entre otros. Estéticamente les son reprochables a aquellas obras su descuidada «escritura y composición», su estilo «duro» y su carencia de «un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros», mientras que su falta de consonancia con la realidad las hace ajenas a toda verosimilitud, impidiéndoles cumplir con la ley horaciana del «docere cum delectatione».

El canónigo no se limita, sin embargo, a desautorizar a los libros de caballerías, sino que, erigiéndose en portavoz del propio autor de *El Quijote*, cuyas narraciones tanto gustaban de lo insólito —lo «peregrino», en expresión muy cervantina—, adelanta los requisitos que la literatura de ficción debe cumplir para perfeccionarse, resumibles en una regla de oro que se sitúa en el vértice de toda la poética novelesca de Cervantes: «Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren», porque «tanto la mentira es mejor cuanto más parece verdadera». Se trata, pues, como escribirá Cervantes en su *Viaje del Parnaso*, de 1614, de «mostrar con propiedad un desatino».

El cura, que ya en aquella suerte de segundo «donoso escrutinio» —como denominó al episodio I, 32 S. Gilman— producido a su llegada a la venta de Juan Palomeque había adelantado su propósito de disertar oportunamente «acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos», comparte todos estos razonamientos, pero como portavoz de los numerosos lectores de semejantes obras, les reconoce la misma virtud que ya había visto en ellas Juan de Valdés: su capacidad sin límites para entretener por la variedad de peripecias, ambientes, asuntos y personajes que allí tenían cabida. Y el canónigo concluye ratificando aquella regla de oro ya formulada, pues de lo que se trata, en su criterio, es de que «la ingeniosa invención», favorecida por una «escritura desatada», libre de rigideces preceptistas, se acomode lo más posible a la verdad, haciendo la ficción verosímil.

Frente a quienes se empeñan en contraponer la consideración inmanente de la obra literaria como puro texto analizable en sí y los que todo lo fían a su actualización por parte de los lectores, la teoría novelística de Cervantes considera ambas perspectivas como inseparables. Por eso *El Quijote* versa sobre las demasías caballerescas hechas narración y sobre los efectos que producían o deberían producir en sus lectores.

Cervantes abogaba ya por un efecto mimético o realista producido como vivencia in-



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

tencional del que lee, y no por esa otra identificación ingenua, o incluso patológica, con el mundo que supuestamente está detrás del texto, fenómeno del que conservamos numerosos testimonios históricos a partir de la popularización de la literatura caballeresca.

Por ejemplo, Melchor Cano recuerda a un cura que creía cierto todo lo narrado en los *Amadises* y *Floriseles*, porque si no lo fuese las autoridades no permitirían su divulgación por escrito, argumento que en *El Quijote* no sólo contraponen el propio protagonista al canónigo toledano (I, 50), sino también el ventero al cura (I, 32). Así pues, en Cervantes encontramos implícitamente el primer filón de lo que pasados los siglos vendría a ser la «narratología pragmática» que José María Paz Gago aplica al reexaminar con rigor y acierto *El Quijote*. El escritor calcaíno se identifica con los lectores «normales», óptimos destinatarios de la obra literaria, entre los que el proceso de actualización realista intencional del texto es espontáneo. El propio poder de la enunciación escrita y, adicionalmente, de la letra impresa sugiere cierta forma de veracidad que estimula la recepción realista de la fábula verosímil y bien articulada que se lee.

Momento trascendental

A este respecto hay que destacar que *El Quijote* se escribe en un momento trascendental para la historia de la comunicación. En *La Galaxia Gutenberg*, Marshall McLuhan estudió dos innovaciones que cambiaron radicalmente a la humanidad: la primera de ellas fue el descubrimiento del alfabeto y de la escritura; la segunda, lógicamente, la invención por Gutenberg de la imprenta de tipos móviles, a raíz de la cual «la tipografía quebró las voces del silencio».

Walter J. Ong, en su conocido libro sobre oralidad y escritura, no duda en utilizar una expresión asaz aventurada cuando se refiere a las «tecnologías de la palabra». Ciertamente le acompaña en su aventura el estímulo de McLuhan, quien asimismo había marcado las diferencias culturales existentes entre las civilizaciones puramente orales y las que dispusieron del alfabeto. Esto último significó una verdadera revolución, a la que hay que añadir otras dos: la que en el siglo XIV repor-

tó la invención de la imprenta con tipos móviles y, ya en nuestro siglo, la tecnología electrónica e informática.

El alfabeto fonético «produce la ruptura entre el ojo y el oído, entre el significado semántico y el código visual», escribía McLuhan; y así «sólo la escritura fonética tiene el poder de trasladar al hombre desde el ámbito tribal a otro civilizado, de darle el ojo por el oído». En las culturas analfabetas el oído tiraniza la vista, exactamente lo contrario de lo que ocurre tras la aparición de la imprenta, que lleva el «componente visual a su extrema intensidad en la experiencia occidental». McLuhan aduce el *King Lear* como el primer texto en el que este hecho se explicita, concretamente en el acto IV, escena VI —el famoso «Dover Cliff speech»— cuando Edgar tiene dificultades en persuadir al cegado Gloucester de que está al borde de un acantilado y un profundo precipicio.

Siempre relacioné en clave macluhiana estas páginas de Shakespeare con el episodio cervantino de los batanes (*Quijote* I, 20). En él, por el contrario, el oído aparece todavía como el sentido predominante, y es el cauce por el que comienza a erigirse todo un proyecto de aventura caballeresca que con la luz del alba la vista convertirá en una escena risible.

En la primera verbalización por parte de Don Quijote de lo que parece estar ocurriendo no falta, incluso, la transferencia que el protagonista hace de lo que son meros sonidos hacia la órbita de la «pintura». «Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles (...). Pues «todo esto que yo te pinto» son incentivos y despertadores de mi ánimo».

De esa hipertrofia de lo auditivo frente a lo visual podemos encontrar otras referencias, sin abandonar este capítulo del molino de los batanes. Por ejemplo, cuando la situación toma un sesgo escatológico, lo primero que alerta a Don Quijote ante las maniobras fisiológicas emprendidas por Panza es de nuevo el sonido —«¿Qué rumor es ése, Sancho?»—, enseguida ratificado por el olor. La llegada del alba, que hace «parecer distintamente las cosas», no tranquiliza al caballero de la Triste Figura porque «el golpear no cesaba» sin que viese «quién lo podía causar». La intriga que

Cervantes logra transmitir a sus lectores se mantiene por mor del miedo que entra por los oídos, hasta que aparecen a la vista «seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban».

La revolución tecnológica de la escritura es relativamente reciente. *El homo sapiens* data de hace unos cincuenta mil años, y sólo hacia el 3.000 o 3.500 antes de Cristo los sumerios descubrieron en Mesopotamia la escritura alfabética. Cincuenta siglos después, aproximadamente, se produjo la revolución de Gutenberg: cuando Shakespeare y Cervantes escriben se trata todavía de una conmoción apenas asimilada.

En cierto modo, esta segunda revolución potenció hasta extremos excepcionales la precedente, pues según Ong fue la impresión, no la escritura, la que de hecho reificó la palabra y, con ella, la actividad intelectual. La cultura del manuscrito seguía siendo marginalmente oral. Lo auditivo siguió, no obstante, dominando por algún tiempo después de Gutenberg. Mas la imprenta sitúa las palabras en el espacio de manera más inexorable de lo que jamás lo hizo la escritura, y ello determinó una verdadera transformación de la conciencia humana, de lo que trata precisamente *El Quijote*.

La Semiótica del «Quijote». Teoría y práctica de la ficción narrativa, de José María Paz Gago, no sólo estudia en clave narratológica la estructura interna de la inmortal novela, sino que aborda los asuntos de mayor implicación semiológica que le afectan. Comienza analizando lo que G. Genette denomina el «paratexto» de la obra —títulos, prólogos, dedicatorias...—, tan importantes para alcanzar una hermenéutica certera de la misma, y aborda luego el asunto central de los narradores,

los autores implícitos en el texto y sus narratarios. El capítulo dedicado a la dialógica hace justicia a la gran aportación teórica de Mijail Bajtin inspirada precisamente en *El Quijote*, así como el capítulo séptimo, que trata del tiempo y el espacio de la ficción cervantina, deudor del «cronotopo» bajtiniano. No se olvida tampoco de la configuración de la intriga, con sus actantes, funciones y secuencias, en la línea de la primera narratología estructuralista (aquellas denominadas «gramáticas del relato»). Pero uno de los mejores capítulos de este libro —el más extenso, por otra parte— corresponde a la ficción, en donde Paz Gago ilumina con gran justeza lo que constituye uno de los rasgos prodigiosos de *El Quijote*: «su estructura muy heterogénea de universos ficcionales que instauran un complejo sistema de referencia a universos realistas y maravillosos de distinta naturaleza ontológica, lógica y temática» (pág. 180).

La Semiótica que el crítico hace suya aquí no incurre en aquella perversión intelectual consistente en hipertrofiar sus partes más «formalizables», las llamadas Sintáctica y Semántica, a costa de la Pragmática que C. B. Morris definió como el estudio de la relación de los signos con sus usuarios, los que los emiten y los que los reciben. A este respecto participa de la misma idea de Umberto Eco: que el enfoque pragmático tiene que ver con la totalidad de la semiosis. Y en cuanto a la Narratología, Paz Gago adopta una posición integradora que enriquece las aportaciones fundacionales de Brémond, Greimas, Barthes, Propp, Todorov, Genette, Rimmon Kenan, Prince o Bal con teorías autónomas de Bajtin, Bobes Naves, Cohn, Chatman, Dallenbach, Dolezel, Friedman, Lintvelt, Ricoeur o Stanzel. □

RESUMEN

Aun siendo como es un hito fundacional de la novela moderna, *el Quijote* ha tenido una trayectoria y una valoración diferentes en cada tiempo y los investigadores se han acercado a él desde perspectivas diversas. Darío Villanueva

comenta una obra en la que se realiza una lectura finisecular y posmoderna de la novela, y lo hace partiendo de que el posmodernismo es una categoría espiritual entroncable con el manierismo propio de la época cervantina.

José María Paz Gago

Semiótica del Quijote. Teoría y práctica de la ficción narrativa

Rodopi. B. V., Amsterdam, 1995. 432 páginas. [11.800 pesetas]. ISBN: 90-5183-878-6 (CIP).

Cómo caen los átomos

Por Agustín García Calvo

Agustín García Calvo (Zamora, 1926) es catedrático emérito de la Universidad Complutense de Madrid. Ha escrito sobre filología, lingüística, política y poesía, que son las áreas en las que mayoritariamente se sitúa su amplia bibliografía tanto ensayística y académica como de creación. Entre otros libros, es autor de *Sermón de ser y no ser*, *Lalia*, ensayos de estudio lingüístico de la sociedad, *Del lenguaje*, *Canciones y Soliloquios*, *Razón común y Contra el tiempo*.

Como viniendo de un hombre tan empeñosamente enzarzado en la acción política como afanosamente dedicado al estudio del pensamiento antiguo, este libro que ahora el profesor García Rúa nos ha ofrecido es a la vez sustancioso y penetrante, y digno de que se le reciba agradecidamente como fruto maduro de tantos tormentos serenamente acometidos y tan larga y apasionada pesquisa de la verdad.

Por su directo y escrupuloso estudio de los textos (*), harto fragmentarios y dificultosos, del pensamiento de Epicuro, y también por haber considerado atentamente y sometido a crítica o discusión una gran parte de la literatura moderna, de filólogos, filósofos u otros, desarrollada en torno a sus cuestiones, el libro se recomienda ya altamente para aquéllos que deseen estar informados, con precisión y fidelidad, del estado actual de las doctrinas epicúreas.

Pero también a la vez se recomienda para aquéllos que no busquen meramente información, sino que, sintiendo que las cuestiones que la Física (y la Moral en ella implícita) de Epicuro debatía están vivas entre nosotros y nos siguen atormentando, aspiren, llevados de tan sabia mano como la de García Rúa, a entrar en discusión con Epicuro mismo y su Lucrecio, y a sacar de esa contienda algo más de claridad y desengaño en la formulación de los problemas que a ellos mismos, y a cualquiera que, al menos a ratos, esté despierto, se les plantean acerca de cómo es, y cómo no puede ser, eso de la Realidad, o sea eso de la *phýsis* o *rerum natura*, a lo que, por la perversidad de nuestra Cultura, el propio autor (como ya el abate Marchena, cuya traducción de Lucrecio él cita muchas veces) tiene que aludir con el fino y sospechoso término 'Naturaleza', para dedicarse a indagar, que es lo que importa, su sentido.

Pues ello es que la doctrina de Epicuro puede (y debe seguramente) tomarse como ejemplo ilustre, y eximiamente representativo, de lo que es la operación de la Física o Ciencia de la Realidad con respecto a aquello de que trata y, por ende, con respecto a ése que trata de ello.

Ya desde la Introducción se nos advierte de cómo es que lo que ha movido la curiosidad y trabajo del autor hacia este tema es el afán de entender bien la relación entre una doctrina o sistema físico y la necesidad que un hombre siente de ganar, junto con una serenidad por liberación de falsas ideas y temores, un fundamento para la fe en su libertad.

La parte I, 'Sensibilidad y conocimiento', acierta a presentar los problemas de la relación entre la lógica o raciocinio explicativo y el testimonio de los sentidos que al sistema de Epicuro se le presentan; «Y si las cosas hablan directamente por sí mismas [...]» se apunta también en la pág. 41. Que las nociones de 'existencia' y de 'cosa' (por oposición a la verdad subreal de los átomos y el vacío) se den por consabidas y no necesitadas de indagación, no es más que la actitud general de los estudiosos de la Física antigua y de la moderna. El autor mismo aclara ya desde aquí que no es que intente él justificar el sistema de Epicuro, pero no quiere tampoco

centrar en él críticas que acaso tocan a la Ciencia en general, recordando (pág. 44), a nombre de Aristóteles, que siempre «lo fundante requiere la fundamentación de lo fundado».

La parte II, 'El todo y los átomos', a través de los varios problemas que los títulos de sus apartados enuncian bastante elocuentemente (1. *Phýsis*: ¿Legalidad o caos? 2. ¿Anomía, o legalidad sincopada? 3. El Todo, ¿origenes pitagóricos? 4. Átomos: cualidades. 5. Vacío: arriba/abajo. 6. Movimiento: sus clases y el tiempo epicúreo), plantea lúcidamente las principales cuestiones que asaltan a la Física de Epicuro y a las que ella trata de dar respuesta; y es, entre otros muchos, un ejemplo de esposición clara y sensata el que el autor ofrece en las págs. 94-95 acerca del movimiento esencial del átomo, discutiendo también la interpretación de Marx, y no dejando de anotar lo que la crítica de Aristóteles a la visión atómica, tal como dada en Demócrito, hubo de contribuir al refinamiento del sistema de Epicuro.

Física epicúrea

Por lo demás, aunque el autor sigue su intento principal de mostrar lo razonable y congruente de la Física epicúrea hasta donde sea honradamente posible, no se le escapan las grandes contradicciones, entre ellas la que, quizá por demasiado simple, no suelo encontrar declarada en los estudiosos de la Ciencia antigua (ni de la moderna), la de 'infinito'/'todo', que, por más que tenga él que usar muchas veces la noción de 'todo infinito' (y en pág. 80, «Epicuro requiere un escenario infinito y total»), no deja de hacerle reconocer que (pág. 75) «hasta puede decirse que sólo es potencialmente conjunto, en razón de su infinitud»; y en pág. 110, «más aún, creemos que hay que poner de relieve la contradicción fundamental en la aplicación de la condición de infinito a un Todo que, por necesidad, debe ser algo completo. Pero entendemos que la aceptación de esta aporía le venía impuesta al propio Epicuro por la necesidad de cerrar su sistema, ya que, sin este cierre [...], difícilmente podía Epicuro aspirar a ofrecer una doctrina tranquilizan-

te». Lo cual puede decirse de todos los sistemas científicos igualmente.

En cuanto al movimiento y sus aporías (págs. 113 y ss.), importa notar que lo que las formulaciones de Zenón impiden es la *idea* de movimiento; por lo demás, a una Realidad que no tuviese ideas de sí misma no podría negarla nadie. Y en lo más menudo, es también de notar que el que la vibración interna o *palmós* se diferencie o no del movimiento de rebote depende solamente de que contemos con 'un cuerpo' o 'una cosa' como algo determinado. Pero son también agudas las interpretaciones del autor para las cuestiones de 'arriba/abajo' en relación con el movimiento esencial del átomo como 'peso' o 'caída'; donde merece tal vez la pena recordar cómo la Física moderna se debate con ello, desde la 'gravidad' como 'atracción', al modo de Newton, hasta el necesario mantenimiento de una 'gravitación universal'.

Y, en cuanto al tiempo, hace bien seguramente el autor en pasarlo casi por alto (pág. 126: «La irrelevancia ontológica del tiempo en Epicuro es así explicable»), dado lo poco claro que sobre ello dicen la Carta a Heródoto y Lucrecio, y lo muy poco y apenas seguro que puede sacarse de los carbonizados restos del *Perí phýseōs* hallados en Herculano y que en gran parte parece, para más desesperación, que estaban hablando del tiempo justamente.

La naturaleza humana

Por lo demás, ya en esta parte del libro, al tratar de la relación entre 'naturaleza' y 'naturaleza humana', esto es, como dicen los filósofos, entre lo objetivo y lo subjetivo, en fin, entre la Física y la vida de la gente, podrá el lector percibir (por ejemplo, en págs. 70-71) lo muy bondadoso que es el profesor García Rúa para con eso que llama, como se suele, 'el Hombre', que quizá no lo merezca tanto. En todo caso, queda, como siempre, flotando en una cierta vaguedad la manera en que ese Hombre se identifica con el Individuo (a tal respecto, lo que más suelen decir Epicuro y su Lucrecio es 'nosotros', 'para nosotros'), que es justamente lo que tiene en el átomo su fundamento físico (para

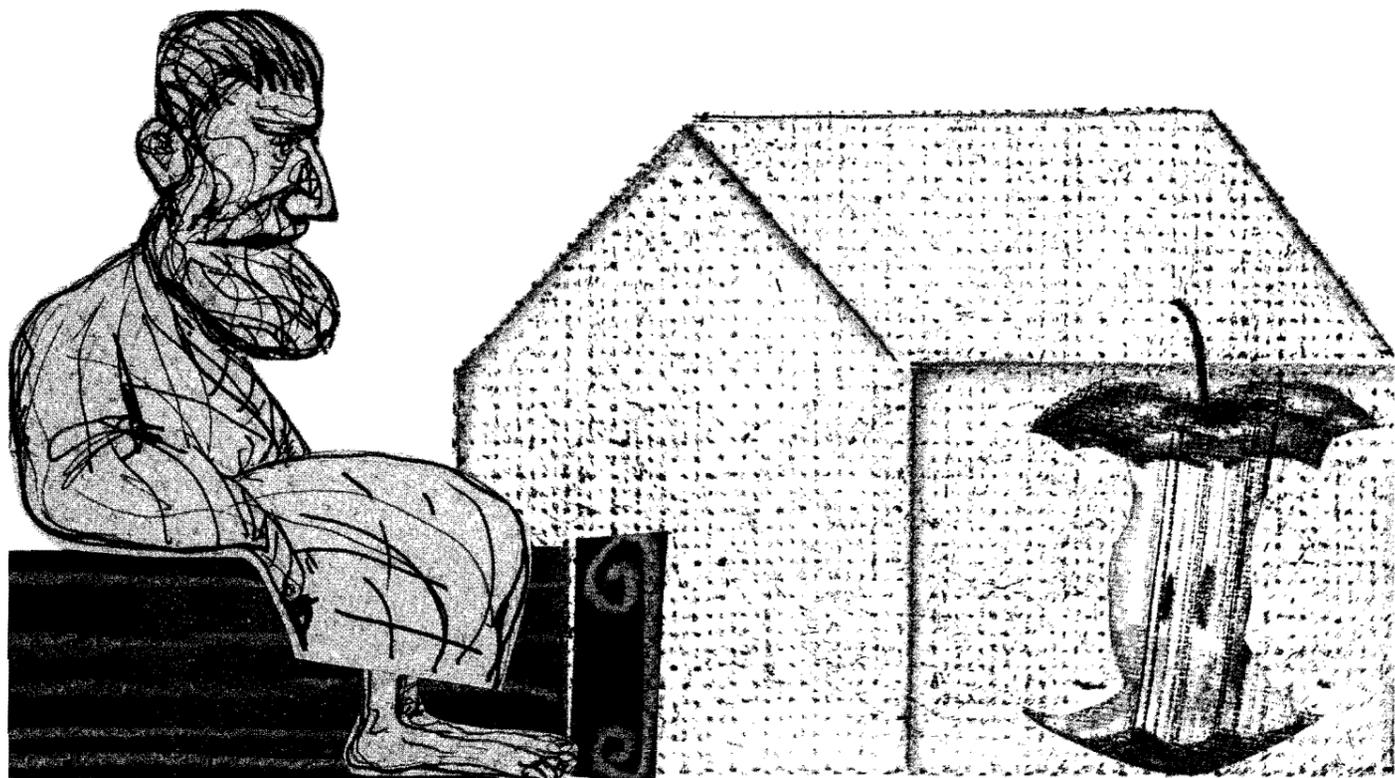
traducir *átomos* fue para lo que los romanos inventaron el término *indivuiduos*) o asimismo viceversa, si bien claramente se dice en pág. 107 esto: «Si el átomo ha de ser el tramsunto último del hombre individuo, el átomo no puede ser ni el siervo de la ley ni siquiera ciudadano de la ley».

Pero es que esto entra en la cuestión que más derechamente toca el corazón del autor y es como el *leitmotiv* de todo el libro: la de la libertad, y su contraposición o avenibilidad con alguna forma de ley; lo cual, puesto que es en la sub-realidad de los átomos donde se está de veras jugando la partida, le lleva a proponer una noción de 'legalidad sincopada' en la interpretación del movimiento de los átomos epicúreos, y algo como un fundamento último en un pacto, que no empece la libertad, porque siempre podía haber sido otro pacto diferente.

El clinamen

De esto es de lo que se trata mayormente en la parte III, 'El clinamen' (algunos títulos de sus ocho apartados: 1. ¿Racionalidad o irracionalidad del clinamen? 4. La discusión necesidad-azar. 5. Determinismo-indeterminismo. 6. La legalidad sincopada: los *foedera naturae*, que versa sobre ese punto de la doctrina, la *parénklisis* o *clinamen*, o sea, dicho algo groseramente, la desviación imprevisible y mínima del átomo en la caída que es su esencia; doctrina que, intrigantemente, no aparece (o, lo más, una dudosa alusión) en la Carta a Heródoto y los otros textos conservados de Epicuro, aunque sí ya en Lucrecio y en la crítica de Cicerón.

Con este problema de la ausencia, en primer lugar filológico, el autor se debate también doctamente y en discusión con los múltiples estudiosos que lo han tratado, y su actitud es más bien la de una cierta duda respecto a lo accidental de la ausencia en los escritos de Epicuro, o si es, más bien, que ese punto estaba para él de tal modo implícito en la doctrina física general que no se le hiciera preciso desarrollarlo; pero, en todo caso, se niega tajantemente a admitir que el cli-



G. MERINO

Viene de la página anterior



namen sea un añadido sobrepuesto con retraso a la doctrina como remedio para acudir a inconvenientes (por ejemplo, una nueva caída en la fatalidad, pero antes aún para explicar los primeros choques generativos) que se le hubieran, después de formulada, reconocido, en vida de Epicuro o más tarde: por el contrario, García Rúa le atribuye al *clinamen* una condición primaria y esencial en la doctrina.

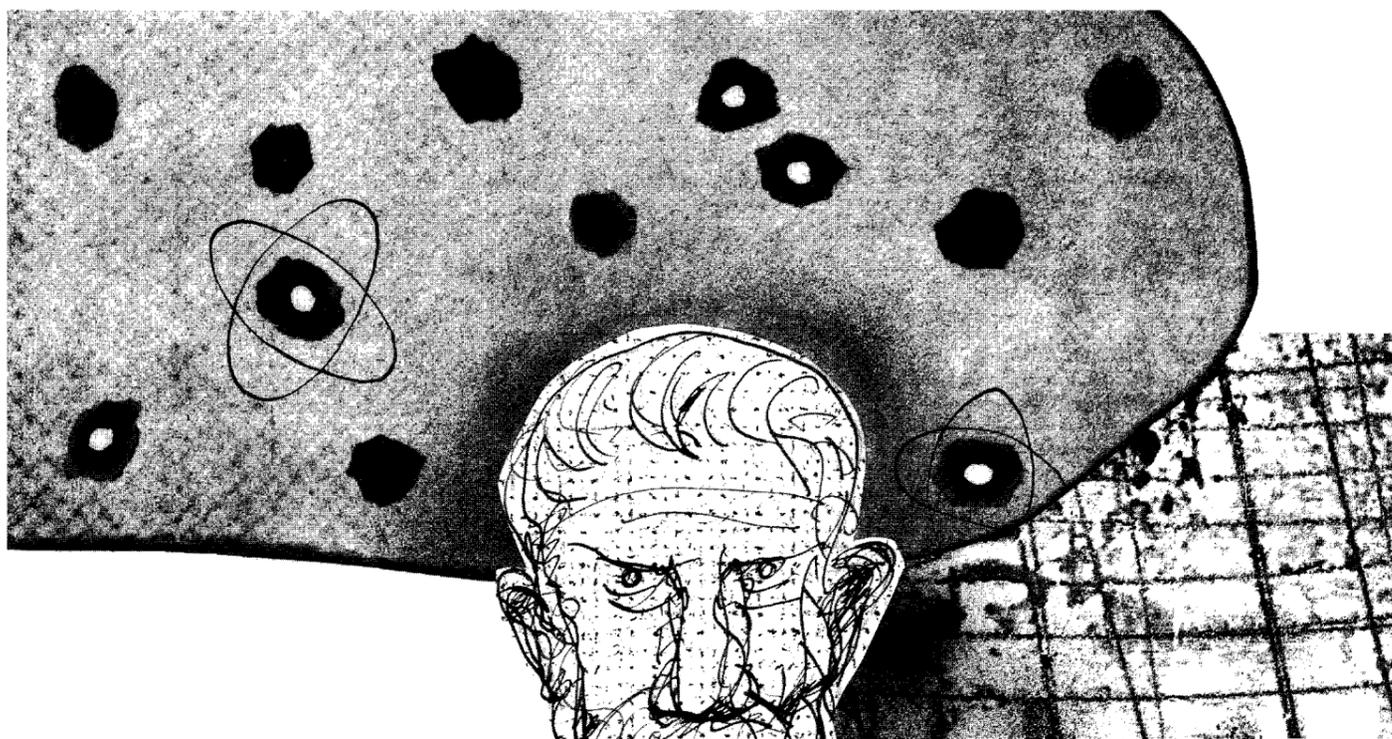
Es aguda la manera en que se intenta la compatibilidad entre la ley o caída y la desviación: pues una Física está para explicar la Realidad, y sin desviación no hay realidad ni mundos; y así, puede bien decirse en pág. 130: «lo que hay es ley y regla, y si el *clinamen* representa el primer movimiento hacia la posibilidad de esa legalidad, no puede entenderse esa *conculcación* de la legalidad como un principio de desorden, sino como el acto temporal que va a poner en juego otras legalidades», de manera que en verdad no puede decirse que la caída sea antes que la desviación, sino que la desviación está «desde siempre», desde siempre prevista la imprevisibilidad de la desviación. Tal vez nos permita el autor añadir, a modo de glosa, que juegan ahí dos necesidades, una, la de la subrealidad, los átomos, que es caer, otra, la de la Realidad, que es existir, incompatibles ciertamente la una con la otra, pero obligadas a un punto de contacto (si no, no hay explicación ni Física), y ese punto de contacto es la imperfección de la caída.

Átomos del alma

Sea como sea, y pese a sus posteriores debates con varias interpretaciones de la psicología epicúrea y el libre movimiento (págs. 181-203), hace bien el autor seguramente en no entender la relación entre «nuestra» libertad y la del átomo de una manera groseramente física, como algo especial que les pasara a los átomos del alma (pág. 151: «Epicuro no tiene ningún interés en presentar al hombre como la *rara avis* de la *phýsis* [...], sino como un *ser natural*»), sino de otra más sutil: lo que liberaría al alma de la Necesidad sería la visión del Todo liberado de la Necesidad. Cfr. pág. 198: «el hombre conjunto se comporta, a efectos de actos, movimientos y decisiones, como un átomo, y, por tanto, como portador de sus cualidades, y entre ellas, la del *clinamen*».

Lo de que se afilie a la noción de 'ley', como también el romano Lucrecio gusta de mencionar los *foedera* o *pactos* inherentes a los seres de Natura, es más bien una admirable ostinación, que le lleva a declarar (pág. 171) que la sincopación de la ley primaria, la de la caída, puede «abocar a otras legalidades infinitamente posibles» (he ahí lo que se diría imposible: porque la ley es por esencia escrita, y 'ley' implica 'previsión de lo futuro', lo cual no parece que pueda casar bien con la infinita posibilidad), y que acaso podría ponernos en peligro (ver en pág. 173 sobre «el choque con otras autonomías») de volver a la justificación de la Democracia, aquello de «mi libertad termina etcétera», que tantos sufrimientos nos ha costado comprobar lo tramposo que era.

Pero la decisión respecto a la Ley Física está sin duda estrechamente ligada con el problema de la relación entre 'explicación científica' y 'causa de los hechos', con la tentación, en que algunos caemos fácilmente, de descubrir que lo uno era lo otro y viceversa; y, aunque el autor, sospechando razonablemente algo de eso en Marx, declara tajantemente en pág. 167 «en ninguna parte del sistema epicúreo, se dice que la explicación de un hecho produzca el hecho mismo», en esa misma declaración y en otros puntos del tratamiento se muestra lúcida ad-



G. MERINO

vertido del problema. Al fin, se trata de la relación entre el campo de la verdad, el de los átomos y el vacío, que la Ciencia busca como explicación o fundamento, y el de la realidad de las cosas sensibles y los hechos.

Con motivo, pues, del *clinamen*, se debate el autor doctamente con las actitudes determinista/indeterminista, no ya de los antiguos, sino de los grandes físicos de comienzos de este siglo (hace tiempo que a los físicos no parece atormentarles mucho el tomar una actitud u otra), los *quanta* de Planck o el principio de incertidumbre de Heisenberg, con la consiguiente reducción de la partícula a punto de probabilidad (según lo glosa él en pág. 169, que «ningún electrón existe en ningún punto dado, sino que sólo existe cierta posibilidad de hallarlo allí», con ese gracioso juego de la existencia de las posibilidades), lo cual nos hace volver a la cuestión de la relación entre el lenguaje de la Ciencia y los hechos de los que habla. Y cuando, a la busca de su propia actitud, advierte inteligentemente (págs. 157 y ss.) que las novedades, destrucciones o transformaciones se dan a partir de situaciones que no por desaparecidas dejan de ser «operativas, como la circunstancia negada sigue manifestando su presencia, precisamente en la entidad de la negación», tal vez está tocando el punto clave del problema: también, por ejemplo, en la actitud indeterminista la incorporación de la negación, en forma de *in*, hace que la indeterminación sea una determinación, negada.

En fin, a propósito de la desviación física del átomo, y de su relación también con la libertad del individuo personal que en las págs. 181-203 se trata detenidamente (con aportación incluso, sobre todo para la *sýstaxis* o constitución del alma, de lo que del *Peri phýseōs* puede sacarse de los papiros herculáneos), quizá el autor me consienta que haga aquí intervenir una consideración que, sin duda por lo demasiado simple, no encuentro debidamente utilizada en los estudios en torno al *clinamen*, pero que acaso podría contribuir a un cierto trastocamiento útil de la cuestión: a saber, que, si bien de ordinario (y ya Lucrecio en sus versos) referimos la imprevista desviación, naturalmente, a los átomos en su pluralidad, es de advertir que, en rigor, para explicar la realidad o creación de mundos, basta con que eso le haya pasado a un solo átomo una sola vez, contando con el sinfín de vacío y tiempo para

el desarrollo de los choques generativos; y aún cabe añadir que, en cierto sentido, 'uno no es ninguno', una sola vez no es ninguna vez, en el sentido de que la Ciencia, como es sabido, no puede tratar de individuos ni comportamientos individuales.

El libro se cierra con su parte IV, 'Los cuerpos, génesis y cualidades', donde se discute (y trata de resolverse, salvando siempre la congruencia del sistema de Epicuro) la oposición entre empirismo y racionalidad, y el sentido del testimonio de los sentidos a favor, o al menos no en contra, de las teorías; y, al mismo tiempo que se recuerda que *Rerum natura* no puede ser buena ni mala ni practicar una discriminación de buenos y malos entre los resultados de sus combinaciones, se examina en qué sentido puede hablarse de «formas antinaturales» (pág. 214), aunque sólo sea «en el campo de la invención humana». Tal vez podría decirse que una de esas son las ideas o teorías falsas; y entonces, la experiencia o experimentación confirma o refuta ideas o teorías no nacidas de los sentidos o experiencia, sino ¿de dónde? Véase también cuando, en pág. 221, se plantea (a partir de la Carta a Heródoto 75-76) la cuestión de «aceptar un añadido nómico, o convencional, a una raíz física, por ejemplo, en el caso del lenguaje».

También ahí se combate, con la habitual lucidez, «la tentación finalística», que toma a veces la forma de justificar el mundo como conveniente para el Hombre, preguntando razonablemente (pág. 220) «¿cómo introducir dentro de un discurso de ese tipo, por ejemplo, la afirmación epicúrea de la infinitud de los mundos posibles con leyes diferentes de las de nuestro mundo?», y se discute, intrigantemente, una extrapolación (pág. 223) de la condición de Natura como *hypokéimenon* 'lo que yace por debajo (de la realidad)' a la de Natura como *hypokéi-*

menon en el sentido de 'sujeto' (agente: sus hechos se vuelven actos), que apunta a los tremendos avatares que esa noción, tan epicúrea como aristotélica, de *hypokéimenon* o *subiectum* ha sufrido de hecho entre nosotros.

Y se tocan en los dos últimos apartados, con la debida brevedad, la cuestión de la formación de los cuerpos (cosas), con la del estatuto de sus cualidades y accidentes, y la de los mundos innumerables, el nuestro entre ellos. Por lo demás, acaso no sobraría advertir que, pese a la idea de Rist, que el autor recoge en pág. 231, de que los mundos deben de ser infinitos en número, pero no infinitas las clases de mundos, como no lo son las de los átomos, 'un mundo' no corresponde a 'un átomo', sino a 'una cosa': lo uno y lo otro pertenecen a la Realidad, y no hay ninguna diferencia esencial entre 'cosa' y 'mundo', sino que los mundos son un caso de las cosas; sobre el problema de la noción de 'cosa' y 'una cosa', para Epicuro y para la Ciencia en general, ya al principio he hecho una llamada.

Espero haber sacado aquí lo bastante de retazos y vislumbres para despertar en los lectores el deseo de acudir a este libro de García Rúa: no puedo recomendarles otro más rico en sugerencias y valioso en la seria presentación y discusión de las cuestiones, importante, por un lado, en punto a esclarecer, de manera sabia y fidedigna, la interpretación del sistema de Epicuro, pero más todavía para ayudarnos a entender desde las raíces (sean las aristotélicas o las de la heterodoxia epicúrea) cómo es esto de que la Física, nacida para derrocar a la pavorosa Religión, según Lucrecio en el arranque de su obra proclamaba, haya podido venir a convertirse en la verdadera religión para nosotros. □

(*) Como en otras ocasiones, se respeta la particular grafía del autor.

RESUMEN

García Calvo elogia el libro reseñado, por ser sustancioso y penetrante, por resultar una larga y apasionada pesquisa de la verdad, al enfrentarse su autor al escrupuloso análisis de los textos,

fragmentarios y dificultosos, en los que se recoge el pensamiento de Epicuro; un pensamiento que sigue estando vivo entre nosotros y que toca a cuestiones que nos siguen atormentando.

José Luis García Rúa

El sentido de la naturaleza en Epicuro

Comares, Granada, 1996. 245 páginas. ISBN: 84-8151-296-6.

Fluidos por doquier

Por Manuel García Velarde

Manuel García Velarde (Almería, 1941) es catedrático de Física del Instituto Pluridisciplinar de la Universidad Complutense y miembro de la Academia Europaea. Becario de la Fundación Juan March en el inicio de su carrera en la Universidad Libre de Bruselas (1965), ha sido recientemente (1996) catedrático invitado de la Universidad de Cambridge gracias a un fondo provisto por la Fundación BBV.

Un tío-bisabuelo de G. I. (como los cantabricenses y algunos profesionales de los fluidos recuerdan a G. I. Taylor) fue George Everest, por quien se designa el pico del Himalaya. Su abuelo materno fue el autodidacta George Boole, el del álgebra simbólica, pensador independiente y original, dos características también del nieto. Una tía suya, Lucy, hija de Boole, fue la primera mujer profesora de Química en Inglaterra.

A los once años, en la Navidad de 1897, en el crisol de la ciencia británica, y templo de su divulgación a la ciudadanía, que es la «Royal Institution», G. I. asistió a una serie de lecciones, ilustradas con experiencias de cátedra, dadas por sir Oliver Lodge sobre la telegrafía sin hilos, quedando fascinado («I wish I could again capture the exquisite thrill those lectures gave me», dijo cincuenta años más tarde). Tales lecciones de Navidad, hoy televisadas por la BBC, fueron iniciadas en 1827 por Faraday, quien a su vez asistió entusiasmado a unos «Friday Discourses». Estos aún se celebran por suscripción (asistencia con traje de etiqueta) y empiezan pomposa, teatralmente, a las nueve en punto de la noche, siendo su duración de una hora. Años después, Taylor, en la Navidad de 1936, disertó sobre barcos usando una copiosa colección de diapositivas. G. I., sin hijos, solía decir que los niños fueron para él los oyentes más estimulantes que tuvo.

Acabada la licenciatura en Cambridge, Taylor solicitó a J. J. Thompson un problema de investigación. De entre las propuestas que éste le hizo escogió una, no por razones de su interés científico, sino porque podía hacer el experimento en un cuarto trastero de su casa. Se trataba de demostrar experimentalmente si —como imaginaban los partidarios de la teoría cuántica— la difracción de la luz variaba apreciablemente al cambiar drásticamente la intensidad de la fuente luminosa usando para la observación una fuente tan débil que casi un único fotón pasase por el aparato en cualquier instante. Intensa luz conlleva interacción entre los posibles fotones o unidades —cuantos— de luz, mientras que al pasar uno solo, era de esperar que no se presentaría tal interacción. Fue uno de los primeros experimentos cuánticos. Usó la lámpara testigo de un calentador de gas, cuya intensidad aún redujo con filtros ahumados, fotografiando la sombra de una aguja. Con tan poca luz precisaba de un largo tiempo de exposición fotográfica (hasta dos mil horas). Y, así, lo dejó en marcha ¡durante seis semanas, en las que aprovechó para navegar hacia las islas Spitzbergen, al noroeste de Noruega! El resultado no fue alentador para los defensores de las nacientes ideas cuánticas, ya que la imagen obtenida fue similar a la de luz de gran intensidad, de acuerdo con la teoría clásica. No continuó con la física cuántica porque dijo no estar llamado a profesar la física pura o, como demostró toda su vida, porque quizá un área científica de moda conlleva limitación en la libertad. Había que ser bragado y estar seguro de sí mismo, intelectualmente, para con sólo veintidós años dar la espalda a una de las grandes autoridades científicas del momento, por tanto a una segura carrera en su departamento, e ir por libre.

Su segunda publicación es ya de fluidos, combinación de teoría cinética, termodinámica e hidrodinámica, tras la lectura de una nota de Lord Rayleigh. Aparte un premio obtenido en 1910 como estudiante (el libro de R. L. Stevenson: *A Child's Garden of Verses* y 23 libras esterlinas), este trabajo le supuso recibir una beca para dedicarse a la investigación durante seis años. Fue sobre la propagación de una discontinuidad en un gas, problema ya tratado por Stokes y por E. Mach. Predijo que para que una perturbación localizada, como una onda de choque, pudiese propagarse permanentemente sin deformarse tendría que haber equilibrio dinámico entre lo que tiende a agudizar el choque, la no linealidad, y la disipación debida a los procesos difusivos en el interior de la zona de localización del choque, cuyo espesor obtuvo. La disipación impide que se desarrollen gradientes infinitos aunque deja la transición abrupta; análogo fenómeno es el salto hidráulico que ocurre en algunos ríos («bore», en inglés; «mascaret», en francés). Años antes, Boussinesq y Lord Rayleigh habían identificado otro balance entre no linealidad y dispersión (en un medio material los «colores» viajan a velocidades distintas) capaz de permitir la propagación inalterable de una perturbación localizada, una onda solitaria sin discontinuidad, por ejemplo en aguas poco profundas, como fue descubierto por J. Scott Russell en 1834 en el «Union Canal» cerca de Edimburgo.

Atmósfera, océano y turbulencia

Subraya Batchelor que la separación entre el deber y el placer no está clara en la vida de Taylor. Así, parece que fue maravilloso como aventura, por un lado, y por otro crucial para el desarrollo de su ciencia, la expedición que como meteorólogo hizo en 1913 hasta Terranova y la península del Labrador, en el ballenero (de madera) «Scotia», de 230 toneladas. Como consecuencia del desastre del «Titanic» el año anterior, el Gobierno británico, cooperando con las navieras privadas, decidió enviar un barco a fin de localizar icebergs y experimentar la transmisión de sus posiciones por radio, técnica introducida hacía poco. Fue el primer barco patrullero del Atlántico. Taylor tenía que medir la velocidad del viento, la temperatura media y la humedad, magnitudes que podrían dar información sobre nieblas e icebergs. Calculó el flujo calorífico (negativo) del mar al aire debido a la turbulencia. Mucho de lo que hizo, poniendo instrumentos en cometas y globos sonda por encima del kilómetro, fue en ocasiones a espaldas del capitán por los malos recuerdos de una anterior expedición con otro científico («I had to indulge in a slight prevarication with the captain, telling him that the winch I was fitting on his quarter-deck was for sounding, without adding that it was for sounding the air rather than the sea»). Tan ingeniosa fue su experimentación y profundas las conclusiones que extrajo que, pese a las nuevas técnicas ahora en uso, poco cabe mejorar en el entendimiento de la turbulencia atmosférica respecto al obtenido por Taylor.

G. I. tuvo siete veleros, con los que disfrutó, como marinero y como científico, estudiando desde los movimientos del barco, las olas, el empuje de las velas, hasta la «música» del ondear de la bandera. De sus extraordinarias inventiva y creatividad salió la más ligera y eficaz ancla, hoy usada en el mundo entero, para asegurar yatecitos e hidroaviones en fondos arenosos o fangosos (C.Q.R., de la que fue inventor, usuario y fabricante: «a triumph of geometrical and mechanical imagination», dice Batchelor). Su segundo barco,

el yate «Elaine», de cinco toneladas, ya para navegar en mar abierto, lo compró por cincuenta y cinco libras, juntando el dinero de su primer premio (1910) con sus ahorros. El primer barco —para recorrer el río Támesis—, de casi cinco metros de largo por dos de ancho, lo hizo él mismo en su dormitorio, ubicado en un tercer piso, de 4 x 3 metros cuadrados con un ventanuco de doce centímetros —¡increíble!—. Como recordaba años más tarde: «people were always telling me of Robinson Crusoe's famous unmovable boat».

Temática variada

Cuando el viento es horizontal y la densidad del aire disminuye con la altura, porque, por ejemplo, la temperatura aumenta al subir, el proceso de mezclado turbulento hace que, erráticamente, aire que al elevarse resulta más pesado se coloque por encima del más ligero y viceversa. Así, parte de la energía del viento, de la que surge el propio movimiento turbulento, se gasta en ir contra la gravedad, contra la flotabilidad (principio de Arquímedes), por lo que el movimiento turbulento irá reduciéndose hasta incluso desaparecer. Tal disminución de la turbulencia del viento se observa en la baja atmósfera debido al enfriamiento nocturno de la Tierra. Ocurre lo contrario, aumento de la turbulencia, al calentarse el suelo terrestre, pues se invierte la estratificación, que se hace inestable, como Rayleigh había demostrado en 1916. Análogamente, una corriente curvada ve reducido o aumentado su carácter turbulento por las fuerzas centrífugas, de modo que la velocidad aumenta o disminuye, respectivamente, del centro de curvatura hacia afuera. Este problema atrajo el interés de Taylor desde dos puntos de vista que finalmente convergieron en un solo fin: turbulencia como problema de inestabilidad. Por un lado, la cuestión de la estabilidad atmosférica en sí, y por otro, la estabilidad de una corriente entre dos cilindros contrarrotando o rotando diferencialmente, o sea, uno con mayor velocidad que el otro. Del primero, ya desde 1914 había obtenido algunas predicciones teóricas cuya redacción le valió un premio en 1915, pero no hizo publicación en una revista científica porque ocupaciones de la guerra y otras razones le habían impedido verificar experimentalmente sus resultados. Hacia 1930, otro científico S. Goldstein, desconocedor del trabajo de Taylor, le habló de ese problema y de sus resultados sobre el mismo. Al conocer lo que ya G. I. había hecho, le propuso que lo publicase, aunque sólo fuese un ejercicio teórico, de modo que, en un rasgo de honestidad profesional y calidad humana, ambos publicaron sus respectivos trabajos, uno tras otro, en el mismo número de la revista, y de ahí el apelativo de Taylor-Goldstein. La predicción teórica de ambos es que en una atmósfera estratificada establemente con viento, la estabilidad se mantiene si la razón entre la estabilizadora fuerza de la estratificación sobre la desestabilizadora del viento sobrepasa un cierto valor crítico.

El otro descubrimiento —teórico y experimental— relativo a la corriente curvada entre dos cilindros rotando se refiere a que para un valor dado de la diferencia de rotación, la corriente, dicha de Couette, se hace inestable y da lugar a formación de rosquillas convectivas toroidales apiladas como neumáticos. Junto con otros dos algo anteriores, pero próximos, uno experimental de Henri Bénard (1900), relativo a la formación de paneles celulares convectivos hexagonales en capas fluidas calentadas por la base, y el otro teórico, ya mencionado, de Lord Rayleigh (1916), que también permitió explicar la formación de las calles de nubes en la atmós-

fera, son el punto de partida de nuestras ideas actuales y la correspondiente metodología en el estudio de la estabilidad de corrientes fluidas tanto en el laboratorio como en la naturaleza, en la atmósfera y en el océano. Si somos capaces de encontrar la solución de un problema de fluidos, o sea conocer cuál sea la corriente, es asunto a veces arduo, si no imposible, saber si es estable o no y bajo qué condiciones; de ahí que el trabajo de los tres citados pioneros es un hito histórico.

Sobre la dinámica y evolución de una gota o una burbuja en presencia de campos eléctricos u otras ligaduras, Taylor se ocupó en varias ocasiones de su vida, dejando cuarenta años de intervalo entre las primera y segunda ocasiones. En 1925 empezó con la evolución de una gota, cargada o no, en presencia de un campo eléctrico, de interés meteorológico. Pero en vez de abordar la gota, se ocupó de una burbuja de jabón de la que observó su deformación, elongación y picamiento con final ruptura y eflujo de la carga por la acción del campo eléctrico. Recientes desarrollos en el entendimiento de este problema han dado lugar a una metodología —«electrospray»— del estudio de agregados moleculares que confiamos den el Premio Nobel en Química (lejos de la inicial Meteorología) a su inventor, un sabio y finísimo experimentador, John B. Fenn.

En los primeros años veinte ya puso Taylor de manifiesto, tanto teórica como experimentalmente, el papel crucial jugado por los torbellinos (remolinos, vorticidad) en los movimientos de fluidos con rotación, aun despreciando su fricción viscosa junto a paredes. Después argumentó cómo el transporte de la vorticidad y no del ímpetu es lo relevante, siendo la turbulencia esencialmente dispersiva. Fue el primero en usar correlaciones de fluctuaciones de la velocidad tomada en puntos distintos. Formulándolas en forma lagrangiana las usó para describir la dispersión turbulenta en la atmósfera. Luego se dio cuenta de que en forma euleriana las correlaciones podían ser usadas para describir las propiedades estadísticas de la turbulencia y, en particular, podrían conectarse con el ritmo de decaimiento energético de la misma. Lagrangianamente seguimos al fluido; eulerianamente —aún desde dentro— nosotros quietos lo vemos pasar. Grandes son sus trabajos publicados en 1935 como resultado, no de inspiración repentina, sino de un profundo entendimiento de la fenomenología que él mismo había ido acumulando. Pese a todo, su entendimiento no fue tan profundo como el de L. Onsager, W. Heisenberg y C. F. von Weizsacker y, sobre todos, de A.N. Kolmogoroff.

Cambio de tercio

Por necesidades del servicio en la Primera Guerra Mundial, ubicado en la real fábrica de aviones (en Farnborough), contribuyó Taylor a resolver muy diversos problemas. Se hizo piloto y paracaidista. Lo primero para poder actuar como meteorólogo y científico de la naciente aeronáutica (fue pionero en medir la distribución de presiones en alas de aviones). Lo segundo, por diversión, dio lugar a que sus sugerencias sirvieran para la mejora del diseño aerodinámico y de los materiales usados para los paracaídas. En el verano de 1914, Taylor se interesó por los problemas que los aviones tenían tanto de estabilidad aerodinámica como mecánicos, de rotura de largueros y árboles de transmisión. Así empezó a estudiar, teórica y experimentalmente, la resistencia de sólidos al arqueado y torsión. Partiendo de su visión del sólido como un medio con-



Viene de la página anterior



tinuo, la analogía con una película de jabón le llevó a explicar —también pioneramente— el comportamiento fluido-plástico y no elástico de los sólidos.

Cuando un cuerpo se somete a tracción (compresión) o cizalla, hay varias respuestas posibles: la deformación elástica (que deja de existir al desaparecer las fuerzas que la producen), la deformación plástica (que no desaparece completamente al quitar las fuerzas que la produjeron) y la fractura. En un sólido cristalino ideal, la tenacidad o resistencia y la deformación elástica predichas por la teoría superan en varios órdenes de magnitud los valores medidos experimentalmente. Introduciendo la imperfección o defecto, fallo en la estructura cristalina regular de un sólido, por ejemplo, metiendo o quitando como una cuña un semiplano reticular (dislocación en arista), Taylor supuso que la dislocación no puede estar quieta y conlleva un deslizamiento reticular, de planos sobre planos, por ejemplo. Pero las distorsiones atómicas de la red cristalina que ocurren con el movimiento de una dislocación son menores que lo que ocurriría en el caso de un cristal perfecto, en el que si los planos atómicos reticulares, deslizaran unos respecto a otros, todos los átomos del plano habrían de hacerlo sincrónicamente. Por su movilidad y por sus propiedades energéticas, las dislocaciones afectan drásticamente al comportamiento de los sólidos cristalinos, siendo responsables de su plasticidad. Un material puede hacerse más resistente reduciendo la densidad de sus dislocaciones o inhibiendo su movimiento, lo que cabe conseguir anclando las dislocaciones en sitios ocupados por impurezas o creando tantas que se bloqueen unas a otras.

Secretos militares

En el capítulo decimocuarto conocemos cómo Taylor («the universal defence consultant») contribuyó tanto en el Reino Unido como en los EE.UU. a los esfuerzos en la guerra contra los nazis y los imperialistas japoneses. Salvo la bomba atómica, al final de la guerra, el resto de la Segunda Mundial fue, técnicamente hablando, un ejercicio de física clásica aplicada, el dominio de conocimiento y experiencia de Taylor: fluidos, sólidos, aeronáutica, meteorología, corrientes marinas, etc.

Hacia 1941, a petición del Gobierno británico (luego relacionado con la preparación de la bomba atómica en EE.UU.), Taylor estudió los efectos de una explosión puntual, repentina, liberadora de una enorme pero finita cantidad de energía, con la propagación supersónica en el aire. Estimó que una intensa explosión produce un choque esférico, cuyo radio, R , crece como la potencia $2/5$ del tiempo, y obtuvo el orden de magnitud de la energía liberada. Su método comportó dos líneas de ataque. Por un lado, modelar el problema despreciando aquellos procesos o factores que no fuesen esenciales al fenómeno, y luego, identificadas las variables relevantes del problema, apreciar sus órdenes de magnitud en el mismo. Taylor supuso que la onda expansiva supersónica se propagaba de modo que la presión detrás del choque era enorme frente a la inicial. La del aire fuera de esa esfera era despreciable frente a la del gas en el interior. El choque se movía tan deprisa que no había intercambio de calor con el exterior; un proceso adiabático. Así, estimando órdenes de magnitud y usando análisis dimensional, predijo el valor de la energía liberada en el instante inicial. El Gobierno de EE.UU., en 1947, divulgó una película (filmada por J. E. Mack) del célebre hongo producido por la primera explosión atómica de prueba (Trinity, 1945), que Taylor vio en



STELLA WITTENBERG

1949. Entonces solicitó permiso para publicar sus resultados teóricos (de 1941), lo que hizo (en 1950). Haciendo uso de los datos públicos, no secretos, estimó la energía liberada ajustando su predicción teórica, $Rt^{2/5} = \text{constante}$, a la secuencia publicada (en la que estaban indicados la escala horizontal y el intervalo de tiempo transcurrido desde la explosión). Su estimación de unos 17 kilotones estuvo próxima a los 20, luego hechos públicos por el presidente Truman como resultado, también no secreto, extraído de las medidas tomadas cerca del lugar de la explosión, que éstas sí seguían estando clasificadas como secretas. Le llamaron al orden («The military authorities protested —not very strongly— that I should not have published this deduction from their published photographs»). Quedó, sin embargo, clara la estulticia de algunas «autoridades», ya que otros pudieron haber encontrado el mismo resultado, lo que, efectivamente, había ocurrido tanto en EE.UU. (J. von Neumann) como en la (antigua) Unión Soviética (L. I. Sedov).

El sabio

Aun en un hombre tranquilo la realidad puede superar a la leyenda. Se pregunta Batchelor en el capítulo primero de su libro si vale la pena publicar la biografía de un hombre (aparentemente) sencillo. Sigue adelante tras subrayar que en su sencillez de carácter y presencia está la raíz de su fortaleza científica, dando lugar a que hoy hablemos de una mecánica de fluidos en el «espíritu de G. I. Taylor». Quienes le trataron dicen que fué G. I. persona independiente hasta el límite, tanto en su vida privada como en la científica. Afable, modesto pero seguro de sí mismo, con una mente aguda, penetrante y profunda, que usó para lo que era eficaz: pensar, crear e inventar científicamente. Un ser racional a propósito, pero sin proponérselo, el arquetipo, quizá, del hombre que buscaba Diógenes. Solitario, «as a confirmed individualist, G. I. found much more fun in the problems that others had not yet recognized as being significant». Sabía lo que quería hacer y placenteramente lo hizo con suprema calidad. «No se lamenta uno de lo que ha hecho. Es no haber hecho aquello que uno pudo hacer cuando tuvo la oportunidad de hacerlo lo que provoca los peores remordimientos», dijo Taylor en 1952.

G. I., ecléctico, aparece entre los extremos clásico y romántico. Aquél examina cada detalle, y una y otra vez refina y pule su trabajo antes de enviarlo a publicar, mientras que el otro lanza sus descubrimientos cuanto antes, como estímulo para los demás, sin que hayan alcanzado completa madurez en su mente. No moviéndose por moda alguna otra que necesidades de «servicio» y, por tanto, quizá sin buscarlo, creándola («I do not remember making any forecasts of broad areas of study which have proved fruitful, but I have gone along paths which are attractive to me personally»), sus publicaciones abrieron, generalmente, nuevas avenidas para otros. Subrayemos que, en varias ocasiones, Taylor abordó problemas que ya estaban resueltos, pero su

ingenio dio nueva y mejor solución. Poca gente es capaz de innovar mejorando algo que ya es moneda corriente. Originalidad, independencia, perspicacia y la habilidad de saber qué es lo esencial son cualidades que suelen ir juntas y a veces inseparables. Taylor las tuvo todas superlativamente y las usó a fondo. Su intuición, más que el fruto de acumulación de experiencia (no siempre el demonio sabe más por viejo que por demonio), fue consecuencia de su profunda comprensión de las leyes de la física. Sus 270 artículos (150 sobre fluidos), de variada índole y longitud, durante 65 años de profesión (de los que 193 han sido reimprimos en vida en cuatro volúmenes: tres sobre fluidos y uno sobre sólidos), desde 1909 hasta 1973 —con dos guerras en medio— da un ritmo de cuatro a cinco por año.

Taylor no sólo apenas dio clases en su vida, sino que nunca buscó estudiantes de doctorado o colaboradores, y los que tuvo recuerdan cuán difícil era colaborar por la potencia, profundidad y rapidez intelectual de G. I. También recuerdan cómo aquellos que tenían iniciativa, y eran capaces de seguirle algo, se beneficiaban de sus siempre pertinentes y valiosos comentarios y sugerencias. Una excepción conviene señalar: la de su ayudante de laboratorio, Walter Thompson, quien permaneció con él durante cuarenta años, ajeno a promociones que le hubiesen alejado del sabio. Sin embargo, y a pesar de que además G. I. gustaba de trabajar en su casa e iba poco por los edificios universitarios (amén de falta de apropiado despacho y adecuado espacio, téngase en cuenta cuán pequeña era y es la ciudad de Cambridge, por lo que ir de su casa a la universidad suponía un paseo de apenas media hora), salvo para trabajar experimentalmente en el viejo Cavendish o asistir a seminarios (en los que, parece ser, estaba de mero oyente) se habla de la «Escuela de Taylor», que «oficiosamente» se inicia cuando dos colaboradores de G. I., Alan Townsend y George Batchelor, ambos treinta años más jóvenes que el maestro, son contratados el primero por el Cavendish, Departamento de Física, y el segundo por la Facultad de Matemáticas de Cambridge.

Ciencia y sociedad

En cuestiones de ética, cuando —rara vez— Taylor lo hizo, supo, clara y firmemente, poner los puntos sobre las íes. «No veo a los científicos mejor capacitados que otros profesionales a la hora de prever en qué acabarán siendo usados sus descubrimientos», dijo.

RESUMEN

Manuel García Velarde se interesa por una biografía científica y vitalista de G. I. Taylor, un atípico catedrático británico, que como marinero, aviador, paracaidista e investigador

O «ahora está de moda culpar a los científicos de los problemas derivados del uso de lo que crean o de la tecnología. Soy de la vieja idea de que eso es asunto de políticos, de nuestros gobernantes y no de los científicos mismos».

En Cambridge, por dos veces Taylor fue profesor, y catedrático, gracias a fondos provistos por ciudadanos particulares, en una Universidad que cuando tras la Segunda Guerra Mundial propuso el Gobierno hacer funcionarios a sus profesores, rechazó la oferta, manteniendo así su carácter privado, libre y competitivo, frente a cualquiera otra en el mundo. Hoy existe en la Universidad de Cambridge una Cátedra «G. I. Taylor» gracias a que a su muerte, en 1975, quien fue el ama de llaves durante décadas con el matrimonio Taylor recibió en herencia su casa y, a su vez, al morir en 1985 la legó a la Universidad. Ésta utilizó el don para, con ayuda del Trinity College, crear esa cátedra.

De lo anterior cabe inferir que la ciencia es menos una cuestión de Estado, una cuestión nacional, que un asunto de individuos y de la sociedad. De individuos (investigadores), geniales o con el talento y las dotes para profesarla, y de sociedad que con sus líderes y mecenas, su poder económico, es capaz de hacer lo que con el fútbol: interesarse por sus resultados y apoyarla económicamente por gusto, para ganar premios o por buscar rentabilidad a corto o largo plazo. Tarde o temprano, la investigación conduce a instrumentos de empleo. En ese sentido puede ser un problema nacional o local, y de gobierno.

La muerte de G. I., Sir Geoffrey Ingram Taylor (O.M., F.R.S.), el 29 de junio de 1975, marcó el final de una era dorada en la física de los fluidos. Fue Taylor doctor «Honoris Causa» por 15 universidades y miembro de prestigiosas academias; recibió una treintena de premios y medallas. Dando prueba de cómo la sociedad británica y sus medios de comunicación valoran adecuadamente a sus científicos, el diario *Times* publicó su necrología al día siguiente. «Profoundly original scientific thought came easily to him, and his character was entirely free from strain, artificiality or vanity... «Taylor seemed sometimes to be equally interested in the trivial and the profound; but anything he touched turned to gold and no longer looked trivial», magistral Batchelor dixit.

Como Faraday, Lord Rayleigh y otros preclaros científicos, G. I. Taylor dedicó su longeva vida (1886-1975) a hacer lo que le gustaba, haciéndolo magistralmente bien. «I am a bad chess player and I am always the last to fill up a cross-word puzzle», decía ya mayor. La pasión tranquila, la ambición mesurada y la libertad conseguida en una de las mejores, si no la mejor universidad del mundo, y en una ciudad encantadora. Salvando distancias y reconociendo lo impreciso de la comparación, Taylor evoca al J. S. Bach, que escribió una cantata para cada domingo, algo aparentemente anodino, voluntario por necesidades del servicio y cada una, casi siempre, sin más, una obra maestra. O a Franz-Joseph Haydn, al hombre y al autor de las sinfonías, los cuartetos y las sonatas de piano. □

disfrutó estudiando numerosas cuestiones de físico-matemática de fluidos. La pasión tranquila, la ambición mesurada y la libertad conseguida resumen su vida y su obra.

George Batchelor

The Life and Legacy of G. I. Taylor

Cambridge University Press, Cambridge, 1996. 285 páginas. 45 libras esterlinas. ISBN: 0-521-46121-9.

Y al fondo, siempre Nebrija

Por Antonio Quilis

Antonio Quilis (*Larache, Marruecos, 1933*) es investigador del C.S.I.C. y catedrático de Lengua Española de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Gran parte de su actividad investigadora la ha dedicado al estudio de las ideas lingüísticas españolas, campo en el que ha publicado estudios y ediciones de diferentes obras de Nebrija. Además, ha editado *Diálogo de la lengua*, de Valdés, las Instituciones de la Gramática española y el Epítome de la Ortografía latina y castellana (Baeza, 1614), de Bartolomé Jiménez.

De las prensas de una desconocida imprenta salmantina salió el 18 de agosto de 1492 un librito en cuarto menor de 66 folios: la *Gramática de la lengua castellana* de Antonio de Nebrija. Era la primera gramática del mundo occidental dedicada a una lengua neolatina, a una lengua «vulgar», como entonces se decía, que era aquel castellano, preludio de nuestro moderno español. Con ella, Nebrija se adelanta 37 años a la primera gramática italiana de Trissino, 44 a la portuguesa de Oliveira y 58 a la francesa de Meigret.

La empresa científica que acometió en solitario nuestro filólogo en los finales del siglo XV y principios del XVI es impresionante. Trabajador incansable y ferviente patriota, aspira por todos los medios a encauzar por nuevos derroteros la ciencia española de su época, que, por falta de estudios sólidos, había caído en una rutina de la que no podía salir, con la consiguiente degeneración de sus contenidos. Pretende inyectar savia nueva, revisar todo lo escrito y sentar los principios de un nuevo quehacer. El Nebrija humanista está lleno de inquietudes por todos los aspectos del saber, y tanto el derecho como la medicina, la educación, la botánica, la astronomía, la cosmografía, la historia, etc., ocuparon su atención en su fecunda vida.

Cuando regresa de Bolonia, donde había estudiado con Lorenzo Valla, se da cuenta de que, en España, la barbarie de mediocres maestros había corrompido el latín, lengua en la que estaba escrita toda la ciencia de la época: como consecuencia, según dice, los juristas no podían entender su código y digestos, ni los médicos eran capaces de leer a Plinio Segundo ni a Cornelio Celso; «de aquí que todos los libros en que están escritas las artes dignas de todo hombre libre, yacen en tinieblas sepultados». Se propone demostrar que esta ignorancia, generalizada en todas las ciencias, puede combatirse con el arma de la gramática y, con ella, se dispone a «desarraigar la barbarie de los hombres de nuestra nación», aparejando una «gran contención», en la que denuncia «guerra a fuego y sangre» a cuantos se le opongan. Publica en Salamanca, en 1481, sus *Introducciones latinae*, que fue

su primer libro y su primera arma en la reforma que emprendía; aquella gramática, en sus manos, era terrible: estaba convencido de que esa su disciplina tenía jurisdicción sobre todas las demás en lo tocante a la lengua, que es el instrumento de todas. Venció a los gramáticos, demostró que los profesores de derecho y de medicina no entendían sus textos, e incluso arremetió contra los teólogos.

Nebrija pensaba también que las llamadas «lenguas vulgares» —entre ellas, la que todavía entonces era castellano— podían contener todo el «artificio del latín» y ser tan dignas y tan capaces como la latina de expresar los más sutiles pensamientos, con los recursos estilísticos más eficaces. Así, once años después de publicada la anteriormente mencionada gramática latina, da a luz la *Gramática de la lengua castellana*. Su aparición, en aquel 1492, coincide en España con otros dos hechos de capital importancia: la toma de Granada y el descubrimiento de América —hacia quince días que Colón había levado anclas en Palos—. Si el primero cierra la unidad de España, el segundo abrirá a la lengua y a la cultura españolas amplios mundos nunca imaginados hasta entonces.

Hace ya casi cinco años que se conmemoró el quinto centenario de aquella fecha. Lógicamente, la inmensa mayoría de aquellos fastos se centraron en actos y reuniones, con escasos resultados prácticos, en los que los protagonistas fueron los políticos de los países de habla española y de algunos otros. A los filólogos y a los historiadores nos dejaron un hueco para hablar de nuestro Nebrija y de su época. Y nada más. En comparación con el hecho trascendental de la publicación de la *Gramática*, no fue mucho, en verdad, lo que se hizo. Fueron muy importantes dos congresos: el monográfico que organizaron las universidades de Salamanca y de Sevilla y el que se celebró en la Universidad de Murcia; ambos trataron diversos aspectos relacionados con Nebrija, su obra y su influencia. El resultado de esta última reunión científica está impreso en el cerca del centenar de comunicaciones recogidas en las *Actas del Congreso Internacional de Historiografía Lingüística. Nebrija V Centenario. 1492-1992*.

¿Qué representó la obra nebricense? Su importancia histórica, cultural y científica es evidente. Aquí, mencionaremos sólo dos aspectos. En primer lugar, el nuevo quehacer en la Lingüística de la época: hasta entonces sólo se habían estudiado las lenguas áulicas, y, a partir de Nebrija, comienzan a estudiarse, como hemos dicho más arriba, las neolatinas. Cuando se enfrenta con su lengua materna parte del sólido andamiaje teórico de sus *Introducciones latinae* y de su traducción, pero cuando redacta la *Gramática castellana* —con su diverso contenido de ortografía, gramática, retórica, su aplicación a la enseñanza— y, casi simultáneamente, sus obras lexicográficas, to-

do es nuevo. Y decir todo no es una hipérbole, porque incluso lo que hoy nos parece más obvio tuvo nuestro gramático que analizarlo, estudiarlo y engarzarlo en aquellas nuevas disciplinas lingüísticas que estaba elaborando.

El segundo aspecto es el de su influencia en la descripción de las lenguas indígenas de América y Filipinas. La difusión de sus obras en América es notoria, principalmente de las *Introducciones latinae*. La fama del filólogo sevillano se extendió por América casi a partir del descubrimiento. Se le estudiaba directamente en sus Artes y Diccionarios, o, indirectamente, por medio de compendios, en los que se adecuaba la doctrina nebricense a las peculiares situaciones didácticas de cada centro de enseñanza. Las obras de Nebrija se imprimían principalmente en España y desde aquí se llevaban a América, donde también se editaron algunas. Su *Introducciones latinae* era el texto que se utilizaba para la enseñanza del latín en los colegios de niños nobles. La *Gramática de la lengua castellana* también pasó a aquellas nuevas tierras: hay noticias de que en 1513 se enviaron veinte ejemplares a la isla Española, y que en el mismo siglo, se embarcaron con destino a Méjico 347 ejemplares de la misma obra y cinco ejemplares de su *Vocabulario español-latino*. En estos últimos años, a medida que se van editando y estudiando las primeras gramáticas —y, a veces, únicas— de aquellas lenguas indígenas, va siendo más evidente la influencia no sólo de las *Introducciones*, sino también de la *Gramática castellana* y de sus diccionarios. Pensamos que la aparición de las obras filológicas españolas de Nebrija mostraron la posibilidad del estudio de lenguas no clásicas y fueron la guía metodológica para ello.

El Congreso que aquí nos ocupa, cuyas *Actas*, cuidadosamente editadas, recogieron las comunicaciones que en él se debatieron, consiguió recorrer todos los caminos abiertos por Nebrija y llegar más lejos a través de su influencia. Se trataron todos los temas relacionados con la Lingüística: el estudio de sus teorías y su evolución hasta hoy, su presencia en las gramáticas americanas y también las relaciones, influencias o antagonismos de Nebrija o sus obras con otros gramáticos de aquellos siglos, etc. Hemos hecho antes alusión a los trabajos lexicográficos de Nebrija, cuya importancia es también notoria; cierto es que contaban con un precedente muy inmediato: el *Universal vocabulario en latín y en romance* (Sevilla, 1490), compuesto por Alonso de Palencia, que constituye el primer conjunto lexicográfico romance, pero esta obra, impregnada del espíritu latinista, está aún muy próxima a los compiladores de los glosarios medievales y quedará oscurecida por la labor del filólogo andaluz. Éste, preocupado desde siempre por el léxico de su lengua materna, publica primero el más conocido hoy con el nombre de *Diccionario latino-español* (Salamanca, 1492), y después el *Vocabulario español-latino* (Salamanca, 1494 o 1495), según se le llamó en la reproducción facsimilar de la Academia Española, que reúne cerca de 20.000 entradas. Si su *Gramática* fue la primera de una lengua neolatina, el *Vocabulario* es también el primer léxico bilingüe de una lengua viva concebido modernamente. Durante más de dos siglos servirá de inspiración a todos sus sucesores, sin excluir el gran Covarrubias, hasta tal punto que, por ejemplo, el *Vocabulista árabe impreso en letra castellana* (Granada, 1506), de fray Pedro de Alcalá, traduce las palabras latinas del *Vocabulario* al árabe. Los dos vocabularios de Nebrija se elaboran independientemente, desde la lengua de partida de cada uno, es decir, no hay un trasvase automático de vocablos. El autor reunió varios miles de palabras y las ordenó alfabéticamente en cada lengua, compaginando el criterio ortográfico con el fonético. Nebrija, en sus

obras lexicográficas, se rige por los siguientes criterios: piensa que lo importante es que el léxico incorporado sea actual, responda a las necesidades del momento: sirva de ejemplo la aparición de la voz «canao» en el *Vocabulario* al poco tiempo de oírse los conquistadores en América; la define como «nave de un madero», dando su equivalencia latina en la forma «monoxylum, i». Tiene en cuenta la arbitrariedad y el cambio, porque «las cosas de que son los vocablos —decía— o son perdurables con la misma naturaleza o están puestas en sólo el uso y albedrío de los hombres». Sopesa la dificultad de falta de correspondencia exacta entre las dos lenguas e idea procedimientos para obviarla. Distingue entre palabras antiguas, nuevas, bárbaras, aprobadas, etc., y siempre se esfuerza en sus equivalencias y definiciones por la «maravillosa brevedad».

Como se desprende de lo que acabamos de decir, en las mencionadas obras lexicográficas de Nebrija hay muchísimas palabras españolas que, aunque no representen el léxico total de la época, constituyen un acervo importantísimo. Pero esas palabras, así, tal como están en las obras, son de muy difícil utilización. Urgía, por lo tanto, arbitrar un medio que fuese capaz de mostrárnoslas, de hacer que toda esta riqueza léxica fuese accesible, y es lo que ha hecho M.^ª Lourdes García Macho en la concordancia del léxico español de Nebrija, por medio de la informatización. Y esta labor no ha sido nada fácil, pues toda informatización requiere la regularidad de un texto para su posterior automatización, y los originales disponibles no poseen esa uniformidad, que ha tenido que dar la autora, amén de deshacer las abreviaturas, corregir las erratas, lematizar manualmente las dos obras, revisar minuciosamente el orden alfabético, adoptando el actual, etc.

En cada entrada se reproducen primeramente las fichas del *Vocabulario* (E) y luego las del *Diccionario* (L); en este último, la autora ha colocado, con buen criterio, la entrada latina después de la definición en español. Por ejemplo, bajo la entrada CALAMAR, encontramos las seis papeletas siguientes: «-calamar/pescado, lolligo, lolliginis E»; «-calamar grande en su linage/lollus, ij E»; «-calamar pequeño/lolliguncula, ae E»; «-por el calamar grande/lollus, ij L»; «-por el calamar pequeño/lolliguncula, ae L»; «-por el calamar pescado/lolligo, inis L». Las definiciones, siempre breves, abundan en el diccionario: por ejemplo: «-arracife/camino de calçada uia strata E»; «-calçada/camino empedrado uia strata E», etc.

En 1514, cuando Nebrija contaba ya setenta años y estaba decepcionado por el comportamiento que tuvo con él la Universidad de Salamanca, visita al Cardenal Cisneros. Éste le concede la Cátedra de Retórica de la nueva Universidad de Alcalá de Henares, con el privilegio de que «leyese lo que él quisiese, y si no quisiese leer, que no leyese; y que esto no lo mandaba dar porque trabajase, sino por pagarle lo que le debía España». En nuestra opinión, con obras como las *Actas del Congreso* sobre Nebrija o *El léxico castellano* de los vocabularios del mismo autor, comenzamos a pagarle lo mucho que hasta ahora le seguimos debiendo. []

RESUMEN

En 1492, con la toma de Granada se completa la unidad de España y con el descubrimiento de América, la expansión imperial; fue también el año en que apareció la Gramática de la lengua castellana, de Nebrija, la primera gramática dedicada a una

lengua neolatina, «vulgar». Quinientos años después, Antonio Quilis sigue maravillándose de la ingente obra de Nebrija. Las actas de un congreso internacional y una obra sobre léxico castellano le dan ocasión de recordarla.

R. Escay, J. M. Hernández Terrés y A. Roldán (eds.)

Actas del Congreso Internacional de Historiografía Lingüística. Nebrija V Centenario. 1492-1992

Universidad de Murcia, Murcia, 1994. Tres volúmenes, 545, 189 y 675 páginas. 20.195 pesetas. ISBN: 84-7684-538-3.

M.^ª Lourdes García Macho

El léxico castellano de los «Vocabularios» de Antonio de Nebrija (Concordancia lematizada)

Olms-Weidmann, Hideslheim-Zurich-Nueva York, 1996, 3 volúmenes. 2.117 páginas. 498 marcos alemanes. ISBN: 3-487-10097-5.

En el próximo número

Artículos de Antonio Fernández Alba, Francisco Rodríguez Adrados, Antonio García Berrio, Guillermo Carnero, Domingo García-Sabell, Carlos Gancedo y Francisco García Olmedo.

Arquitecturas en la España del siglo XX

Por Antonio Fernández Alba

Antonio Fernández Alba (Salamanca, 1927) es catedrático emérito de Proyectos de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Es Premio Nacional de Arquitectura 1963 y de Restauración 1980. Su dilatada bibliografía de proyectos construidos recoge entre sus últimas obras el nuevo Campus de la Universidad de Castilla-La Mancha (Ciudad Real) y el Politécnico de la Universidad de Alcalá. De sus escritos teóricos destacan *Esplendor y Fragmento* y *Domus Aurea*.

No creo que existan muchas dudas en poder aceptar la decepción generalizada entre el proyecto imaginado por la arquitectura en la ciudad moderna y su realidad construida; el fracaso de la arquitectura moderna en la ciudad como operador espacial del nuevo ambiente industrial resulta evidente, como en gran parte lo ha sido el proyecto artístico de las vanguardias. El viejo canon donde se refugiaban resueltas a salir triunfantes de las catacumbas de los principios de siglo, ha sido difuminado por las burocracias, las tecnocracias y las bolsas que con evidente poder se han encargado de diluir las ilusiones, al parecer utópicas, que manifestaban los artistas y arquitectos del período heroico, como pone de manifiesto la crítica más radical. Su acción renovadora, sus postulados creadores, su espacialidad urbana se han transformado en ejercicios más o menos lúcidos bajo los esquemas de una economía de mercado, de unas estructuras de la racionalidad tecnocrática, o se encuentran dispersas y esclerotizadas en las diversas formas de poder burocrático.

Estas genéricas consideraciones afloran ante la lectura de las revisiones de un determinado período histórico en torno a «la arquitectura de la ciudad» en España, como es el trabajo reciente que Espasa Calpe dedica a glorificar la arquitectura española del siglo XX, dentro de la colección SUMMA ARTIS en su volumen nº XL, trabajo llevado a cabo por los profesores y arquitectos Miguel Ángel Baldellou, que analiza el período de la arquitectura española comprendido entre los principios de siglo y 1939, y el del profesor Antón Capitel que lo hace entre 1939 y 1992, en un volumen de 650 páginas ampliamente ilustradas donde se aborda la tarea historiográfica de clasificar y ordenar cronológicamente los diferentes pro-



Casa Milà, Barcelona, 1905-1910, de Antonio Gaudí.

cesos por instaurar la «modernidad» de la arquitectura en España durante el siglo que concluye. Tarea difícil no sólo por la interpretación espacial del acontecer histórico que reseña el trabajo, sino porque al reducir su metodología

historiográfica al estudio del edificio arquitectónico en sus códigos estilísticos, compositivos o como objeto autónomo en el espacio del tejido urbano, la historia de la arquitectura así estudiada se desvanece en determinados apartados, por este análisis metodológico.

La doble lectura del trabajo que comentamos es doble porque en una historia del acontecer arquitectónico ofrecen tanto interés los análisis de los documentos gráficos como el texto narrativo o documental, generoso en ambos períodos estudiados, aunque hubiera sido importante una documentación arquitectónica más amplia de los documentos gráficos como plantas, secciones o visiones axonómicas, sobre todo en la primera parte del volumen, que sin duda ayudarían a una mejor comprensión de los postulados espaciales y compositivos del Movimiento Moderno en Arquitectura (M.M.A.).

La ideología moderna en general, y en el caso de la arquitectura de un modo muy peculiar, partía de tres asertos difíciles de mantener en nuestros días: ruptura con la historia, partiendo de algunos supuestos de la concepción racionalista de la historia, el triunfo absoluto de la razón en el tiempo y espacio de la ciudad, y la fe en el progreso acumulativo y lineal del saber científico-técnico. La ciudad española, aún alejada de la evolución llevada a cabo por la revolución industrial, no podía sustraerse a estos valores y categorías que han caracterizado una parte importante del siglo XX. Los efectos de esta «modernidad» degradada quedan elocuentes en sus centros históricos y ensanches que han sufrido de estas tensiones y quedan referidos en la documentación gráfica que constituye la primera parte del volumen que comentamos.

El texto del profesor Baldellou trata de hacer elocuente en el período tratado (1900-1939) la transformación más ambiental que espacial llevada a cabo en el desarrollo de la ciudad en los primeros años de siglo frente a las corrientes arquitectónicas de la vanguardia, de manera muy significativa y explícita revisando el papel de los racionalismos periféricos, Galicia, Asturias, Castilla y León, así como el entorno profesional de las figuras más significativas del eclecticismo de esta época, con acento especial en los arquitectos madrileños desde A. Palacios, S. Zuazo a L. Gutiérrez Soto, junto a los trabajos del GATEPAC (Grupo de Arquitectos y Técnicos Españoles para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea), movimiento racionalista que, como es sabido, protagonizó de modo brillante en Barcelona y en menor grado en Madrid los episodios arquitectónicos más significativos de la difusión y asimilación de los principios del M.M.A., en los que el grupo del GATEPAC centra su análisis historiográfico y documental. Este período estudiado, 1900-1936, revela las preocupaciones éticas y de crítica política que encierra el grupo catalán del GATEPAC en su revista *A.C.*, que, junto a la ideología urbanizadora plasmada en la cuadrícula achafanada del Plan Cerdá y la figura de A. Gaudí, arquitecto de dotes singulares para la concepción espacial, configuran en Cataluña un panorama muy destacado de incorporación a la modernidad en la arquitectura española de la mitad de siglo.

Para estos reducidos grupos de arquitectos españoles, que abordaban la modernidad como una forma de vida, la ruptura con las formas históricas, el orden racional de los reducidos ensanches urbanos y la idea de progreso estaban ligados a la libertad individual y al consenso de paz social; esta actitud quedaba reflejada más en los postulados programáticos de estos arquitectos que en sus proyectos y obras, sobre todo en el grupo catalán, fieles al dogma racionalista, que unificaba técnicas, medios y formas en el incipiente proceso tecnológico. Una respuesta arquitectónica que se traducía en un buen hacer constructivo, pero que ya anunciaba, en lo limitado que tuvo

En este número

Artículos de

Antonio Fernández Alba	1-2	Domingo García-Sabell	8-9
F. Rodríguez Adrados	3	Carlos Gancedo	10-11
Antonio García Berrio	4-5	Francisco García Olmedo	12
Guillermo Carnero	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Arquitecturas en la España del siglo XX

el desarrollo de la modernidad en España, las consecuencias para la ciudad del abandono de la historia y la enfatización iconográfica de la función.

Estos episodios arquitectónicos y urbanísticos tendrían una modesta réplica en el acontecer arquitectónico madrileño con los regionalismos populistas que ilustran la periferia de este país, junto a las enfáticas sedes bancarias de Antonio Palacios en la Gran Vía de Madrid, en la tímida aventura racionalista, interrumpida y fracturada por la guerra civil, en el campus de la Complutense Ciudad Universitaria o en aquella intuición utópico-pragmática a la linealidad urbana de Arturo Soria en la periferia de los ensanches. En suma, un discurrir éste de los primeros treinta paralelo al curso artístico del siglo XIX, cuyos esfuerzos se centraban en cómo poder conjuntar la tensión dialéctica en los modos de construir los edificios con los estilos históricos revisados, y las maneras de importar y reproducir las nuevas formas que surgían ahora en el seno de vanguardias plásticas europeas. Un período

de gran calidad constructiva en la arquitectura, que, como se puede apreciar en las páginas del período reseñado, fue de una gran coherencia profesional y más próximo a los ideales del M.M.A. de lo que a veces se ha reseñado.

Los capítulos de la arquitectura posterior a la guerra civil (1939-1992) los aborda el profesor Antón Capitel y lo intenta, según su propio testimonio, tratando de transmitir su riqueza en la explicación de los contenidos internos a través de sus propios autores.

De su lectura se puede entender cómo los trabajos de reconstrucción y construcción de la ciudad que acomete el nuevo régimen de 1939 quedan formalizados en unas arquitecturas de traza monumental, junto a un híbrido eclecticismo que va asimilando los diferentes vocabularios ofrecidos por las diferentes corrientes centroeuropeas, racionalismo, organicismo y la secuencia de modas y tendencias que pueblan el despertar arquitectónico de los cincuenta.

Dimensión colosalista

Como ya he señalado en algunos de mis ensayos en torno a estos años (*La crisis de la Arquitectura española 1939-1972*, Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1972), la arquitectura en España cobraba una dimensión colosalista y su lenguaje adoptaba las viejas formas del imperio. «Las corrientes, no menos colosalistas, que propugnaban las arquitecturas de Alemania e Italia, presionaban con su bagaje formal. Las reminiscencias sinkelianas y la temática de la poderosa Roma imperial eran un estímulo para el arquitecto que durante aquellos años tenía que iniciar su actividad profesional. Los trabajos de Albert Speer y la Exposición Universal de Roma (E.U.R.) eran los esquemas más sugerentes donde canalizar su labor creadora.»

«El mimetismo formalista hacia épocas de gran apogeo político, como la formación de nuestra nacionalidad, dieron origen a un vocabulario arquitectónico carente no sólo de un simbolismo expresionista, sino de un contenido ideológico. La arquitectura que tenía que albergar los edificios gubernamentales, instituciones, centros de formación profesional, etc, aparecía como réplica de las arquitecturas del fascio italiano en su fase de

esplendor romano; el templo de Salomón o las termas de Caracalla servían de modelo para programar las necesidades de los nuevos centros. El cuadro profesional encargado de llevar a cabo esta tarea prohijó ese "mimetismo formalista e ideológico" que caracterizó la mayor parte de la arquitectura española en la década del 40 al 50.»

El predominio monumental que acoge las reconstrucciones de la posguerra española se prolongará en las nuevas instalaciones del régimen: Universidades Laborales, Ministerios, Ayuntamientos. Son arquitecturas de una expresividad deliberadamente ecléctica, donde se funden la tibia limpieza ornamental del noveciento junto a los rasgos formales de la herencia racionalista de preguerra.

Ampliamente documentado se nos muestra en el libro el discurrir de los grupos de arquitectos que tratan de acentuar en los edificios de la ciudad la sublimación de las diferentes «tendencias» y «maneras» que afloran en la Europa de los sesenta y setenta, frente a los operadores económicos que actúan sobre los crecimientos urbanos, carentes de escrúpulos, subsidiarios de un sistema político indiferente y hostil a los contenidos específicos de la ciudad moderna.

Por último, el profesor Antón Capitel realiza un recorrido por el período democrático español. La arquitectura realizada en España durante el período 1975-1992, tanto en lo que se refiere a muchos de sus proyectos como de obras construidas, muestra con elocuencia lo que podríamos denominar la primacía de la racionalidad productiva tardomoderna en la que se debate la actual sociedad española, inscrita, como no podía ser menos, en las leyes de un mercado neoliberal. Esta circunstancia obliga al arquitecto a realizar unos trabajos que o bien militan entre

la adhesión a las formas que define el «mercado de imágenes» de los media tecnológicos o acepta la entrega sin la menor actitud crítica a los estereotipos arquitectónicos que estipulan los monopolios de la industria de la construcción. La producción del espacio urbano está ligada a un pragmatismo mercantil autosuficiente en sus imágenes arquitectónicas, de manera que el profesional de la arquitectura en España, como en otros países, ha tenido que abandonar su escaso poder crítico desde las propuestas del proyecto y está sometido a los efectos de colonización simbólica de la cultura como maquillaje medial, y a tener que entender la ciudad como un bazar de objetos arquitectónicos en permanente competencia estilística.

El trabajo que nos ofrecen los profesores Baldellou y Capitel en esta revisión de la arquitectura realizada en España durante el siglo XX responde a un trabajo de referencia y consulta necesario para aproximarse a entender la construcción de la arquitectura de la ciudad en España, también de los deseos voluntaristas del proyecto de los arquitectos españoles, marginados o ensalzados según los intereses mediáticos. Loable por el esfuerzo de síntesis historiográfica de un período tan amplio como convulso, tan heterogéneo como acelerado, en una actividad como la de la arquitectura aún anclada en viejos y, sin duda, estériles nominalismos de arquitectos que la mayor parte del tiempo lo dedican a configurar objetos de fruición estética en los escenarios de la ciudad. «Arquitecturas de autor», tan abundantes en sus páginas, algunas sin duda respetables, pero insuficientes para hacer compatible historia y progreso, rehabilitar los vacíos de la ciudad y contextualizar lo arcaico y lo último de la nueva condición metropolitana. □

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Dos arquitectos españoles se han puesto a la tarea de clasificar y ordenar los diferentes procesos por instaurar la «modernidad» de la arquitectura en España en el siglo XX. Otro arquitecto, Fernández Alba, se ocupa de co-

mentar este intento de revisar ese período histórico en torno a la «arquitectura de la ciudad», analizando el edificio arquitectónico en sus códigos estilísticos, compositivos o como objeto autónomo en el espacio del tejido urbano.

Miguel Ángel Baldellou y Antón Capitel

Arquitectura española del siglo XX (SUMMA ARTIS. Historia general del Arte. Tomo XL)

Espasa-Calpe, Madrid, 1996. 651 páginas. 12.750 pesetas. ISBN: 84-239-5482-X.

SUMARIO

	Págs.
«Arquitecturas en la España del siglo XX», por Antonio Fernández Alba, sobre <i>Arquitectura española del siglo XX</i> , de M. A. Baldellou y Antón Capitel	1-2
«Una revisión de la filosofía presocrática», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>Alle origini della Filosofia greca. Una revisione storica</i> , de Eric A. Havelock	3
«Creencia postmoderna», por Antonio García Berrio, sobre <i>Creer que se cree</i> , de Gianni Vattimo	4-5
«Un siglo con Drácula», por Guillermo Carnero, sobre <i>Bram Stoker. A biography of the author of Dracula</i> , de Barbara Belford	6-7
«Un libro advertidor», por Domingo García-Sabell, sobre <i>Sobre la Vida Nueva</i> , de Antonio Colinas	8-9
«El jardín de los agustinos», por Carlos Gancedo, sobre <i>Gregor Mendel. The first geneticist</i> , de Vitezslav Orel	10-11
«Je cherche à comprendre», por Francisco García Olmedo, sobre <i>The eighth day of creation. Makers of the revolution in Biology</i> , de Horace Freeland Judson	12

Una revisión de la filosofía presocrática

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

Es inútil, pienso, insistir en la vital importancia de la Filosofía llamada presocrática para todo el pensamiento occidental. Por ello, un libro como este que se presenta como una revisión de la interpretación de esta filosofía no carece de riesgos y hace bien el autor en abrirlo con el lema platónico «hermoso es el peligro». Se trata de una interpretación en la cual son importantes los nombres de Stanley, Brucker, Hegel, Zeller, Burnet, Diels-Kranz, Cornford, Cherniss, Diarmid, Kirk-Raven, Jäger y Guthrie. Una interpretación a lo largo de la cual ha habido cambios, pero también una innegable continuidad.

Según ella, a partir de los milesios se comenzó a descubrir la unidad (o la dualidad) debajo de la multiplicidad del mundo ofrecido por los sentidos; se crearon las alternativas del materialismo y el espiritualismo, de la causalidad y el azar; y se sustituyó una visión racional a la visión mítica de los poetas. Todo ello en un entramado de influjos y reacciones intelectuales.

Pero para Havelock la metafísica milesia es una ilusión y no ha habido un proceso de debate entre los filósofos, sino una enseñanza fundamentalmente oral y personal que inventaba la prosa a partir de la poesía. Se ha exagerado el papel de la religión en Grecia e igualmente el del Pitagorismo y se ha minusvalorado injustamente a Demócrito (y en esto le doy la razón, aunque últimamente el viento ha cambiado).

Platón, al crear un «mimo» filosófico influido por el teatro, ha colocado a Sócrates, según Havelock, en una perspectiva falsa y ha favorecido la ilusión de una filosofía presocrática que, en realidad, es preplatónica. También en esto le doy la razón, así como en la relación entre físicos y sofistas, sofistas y Sócrates, pertenecientes todos a un mismo ambiente intelectual. Pero a medias, las diferencias son, también, esenciales.

En cuanto a Aristóteles, al centrarlo todo en el movimiento y sus causas, habría metido en una horma inadecuada el pensamiento de los presocráticos y habría cometido anacronismo al hacerles metafísicos. Esto creo que es verdad a medias; ya otros habían tratado de distanciar a Aristóteles.

Y considero exagerado el otro arranque, según Havelock, de los errores interpretativos: la mentalidad religiosa judocristiana de Europa. Más bien se ha exagerado en el sentido de ver en los presocráticos meros racionalistas y han tenido que venir Jäger y otros para poner de relieve sus contactos con el mito y la poesía (en lo que Havelock nos acompaña).

Como podrá comprobar el lector, soy incapaz de evitar, desde el primer momento, la polémica con Havelock: hasta tal punto es apasionante el tema, nos llega a lo hondo. Resumiendo: contiene aciertos muy notables (aunque no tan originales, todos, como piensa el autor) y consecuencias que creo excesivas, que no se deducen lógicamente de los primeros.

Para que pueda juzgarse correctamente el libro, he de decir que Havelock es un helenista americano muy distinguido, recientemente muerto a los 85 años; que fue capaz de descubrir nuevos mundos en libros que a todos nos han influido, como *The Liberal Temper in Greek Politics* (1957), *Preface to Plato* (1963), *La Musa impar a scribere* (1987).



TINO GATAGAN

Su gran proyecto era escribir, en compañía de tres discípulos suyos, una nueva traducción de las «ipsissima verba» de los llamados presocráticos, acompañada de introducciones revisionistas. Pero sólo dejó un tomo incompleto, que es el que ahora se publica con una introducción de Bruno Gentili (tan afecto al tema de la oralidad) y una *Prefazione* de Thomas Cole, uno de esos discípulos. Éste ha completado el original, le ha puesto notas y ha añadido una bibliografía y un índice analítico. Pero no ha podido evitar que algunos capítulos sean muy incompletos y contengan más aserciones que pruebas.

Pienso que la relación entre oralidad y escritura en los presocráticos (imposible prescindir ya de ese nombre distorsionado) y en Platón es verdaderamente real y que es un acierto de Havelock el destacarlo. No había una cultura libresca, que sólo creció a partir de Aristóteles (y el último Platón). Pienso que la relación, de otra parte, entre poesía (difundida fundamentalmente, en esta época, por vía oral) y expresión de los presocráticos (y luego de Platón) es cierta. Hay desde el principio una polémica, ya se sabe, entre poesía y filosofía, al tiempo que una aceptación de un léxico poético que se impregna del nuevo pensamiento.

Pero nada de esto impide una relación entre estos pensadores: viajaban y viajaban sus ideas y sus palabras por todo el mundo griego, al final varios de ellos confluyeron en Atenas. Claro que se influyeron. Y no comprendo qué tiene que ver la oralidad con la presencia o ausencia de metafísica. El capítulo IV, «L'illusione di una "metafisica" milesia», es pura hipercrítica que niega la autenticidad de los fragmentos, salvo quizá la de uno de Anaximandro, y niega, contra todas las fuentes, el uso de «tó ápeiron» como sustantivo. De Tales y Anaxímenes casi ni se habla; y el autor no se detiene en el hecho de que Heráclito, Parménides y otros presocráticos sobre los que tenemos buena documentación seguían un modo de pensar en definitiva paralelo: buscar el último principio o los últimos principios.

Cierto que separar las citas literales de las referencias no es fácil. Pero yo he propuesto, contrariamente a Havelock, que es mucho lo que en estas últimas viene, incluso léxicamente, de nuestros filósofos.

Esta mezcla de aciertos en lo relativo al mundo intelectual y lingüístico en que se mo-

vían estos filósofos y de conclusiones infundadas sobre su doctrina se encuentra en otros lugares. Por ejemplo, creo que es espléndido lo que dice nuestro autor sobre los sofistas, los presocráticos del siglo V y Sócrates en cuanto a ambiente intelectual, cultura oral, participación en los mismos intereses (el elemento «físico» ha sido borrado artificialmente de la imagen de los sofistas y Sócrates; también el tema de la evolución de la cultura). Todo en el capítulo VI. Pero no comprendo que no se diga una palabra sobre las abismales diferencias.

Creación «ex nihilo»

Otras veces Havelock parece haber perdido el contacto con desarrollos que han tenido lugar aquí o allá en la interpretación de los presocráticos. Esa ilusión del parto virginal (capítulo V), de una creación «ex nihilo» de las ideas de los milesios, no la tenemos hace tiempo muchos; es como inventar el maniquero para mejor combatirlo.

Y, desde luego, acierta Havelock, y son muchos los que así piensan hoy, en la trascendencia de las ideas de Demócrito, que pone de relieve muy elocuentemente en el capítulo IX, «La svalutazione degli atomisti». Aunque dudo que esta desvalorización se deba primordialmente a «quella cultura religiosa che tanto controllo ha esercitato sugli studi classici negli ultimi 100 anni» (pág. 187), ni siquiera a las banalizaciones de los epicúreos.

Creo, simplemente, que fue el triunfo de la escuela que llamaría esencialista, la que viene de Sócrates y ocupa prácticamente toda la Antigüedad y toda su continuidad hasta el siglo XVIII, la que desprestigió y ocultó en la Antigüedad (y, consiguientemente, luego) todo el pensamiento relati-

vista y no finalista de los sofistas, Demócrito y los epicúreos.

Pero para ensalzar a Demócrito no hace falta negar o disminuir otras líneas de pensamiento que fueron importantes. Los capítulos VII, «L'illusione di una coscienza religiosa greca», y VIII, «Il fantasma pitagorico» están llenos de una hipercrítica a la que no puedo asentir. Zeus no es Jehovah, por supuesto, pero sí existe «la justicia de Zeus», sí hay una teología de Esquilo. Y si Guthrie dice «che quasi ogni sua branca (scil., della letteratura greca) e permeata di religione», creo que dice la verdad.

Es cierto que tenemos que leer a Platón y Aristóteles, que no son historiadores de la filosofía, sino filósofos, con crítica; seguirlos sin más sería tan erróneo como interpretar a Heráclito por Heidegger. En realidad, esta crítica se aplica, con más o menos éxito. Personalmente, he propugnado el método del estudio estructural de los sistemas léxicos de los presocráticos; se gana mucho con ello, se descubren perspectivas que a los filósofos atenienses (y a los historiadores modernos) se les ocultaban. Pero no se debe llegar demasiado lejos por un prejuicio anti-

Lo notable es que este prejuicio se basa en una posición justa sobre el ambiente intelectual de los presocráticos y los filósofos del siglo V, sobre la cultura oral griega, sobre la influencia de la poesía. Este conocimiento ayuda a comprender a nuestros pensadores (y a Sócrates y Platón), y en el libro de Havelock se encuentran aportaciones importantes. Pero no se deben dar a partir de ahí saltos mortales como los que se dan en el libro. Me queda la curiosidad de qué dirían sus autores sobre pensadores como Heráclito o Parménides o los filósofos que vivían en la Atenas de Pericles. No imagino un salto tan excesivo. □

RESUMEN

Rodríguez Adrados, desde el principio de su comentario, no rehúye la polémica con el autor de esta sugerente revisión de la filosofía presocrática, que tan trascendente papel ha desempeñado para el pensamiento occidental, y

le lleva a entablar con él una sana confrontación. Adrados alaba, además, el coraje del autor, un ilustre helenista americano, recientemente fallecido, y que no pudo llevar a cabo el plan original.

Eric A. Havelock

Alle origini della Filosofia greca. Una revisione storica

Laterza, Roma-Bari, 1996. 222 páginas. 38.000 liras. ISBN: 88-420-4915-8.

Creencia postmoderna

Por Antonio García Berrio

Antonio García Berrio (Albacete, 1940) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense, en Madrid. Desde 1968 desempeña la misma cátedra en las Universidades de Murcia, Málaga y Autónoma de Madrid, habiendo sido profesor visitante en varias universidades extranjeras. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: Formación de la teoría literaria moderna, Introducción a la poética clasicista y Teoría de la literatura: la construcción del significado poético.

Con frecuencia la especulación filosófica se origina y desemboca en creencias o descreencias de naturaleza religiosa. En el caso de Gianni Vattimo al menos ha resultado ser así. El protagonista y máximo animador del «pensamiento débil» confiesa en su último libro, *Crear que se cree*, que decidió su atenuación humanizada del pensamiento sobre el ser tratando de esquivar la «violencia», para él inasimilable, de una metafísica fundida sobre la horma de una creencia teológica «acientífica» según los parámetros «modernos» del cientificismo y de la moral política de izquierda, así como casi obligatoria para los universitarios europeos «correctos» de los años sesenta.

Saber-leer un libro implica en casos de libros como el último de Vattimo la estrategia de sectorializar asimilativamente la lectura. Nuestras propias competencias e intereses de lectores y también, en esta ocasión, la delicada coyuntura biográfica del autor, que caracterizan el origen y los móviles del libro a examen, deciden seguramente la sectorialización del enfoque selectivo sobre los contenidos de la obra. La condición obvia para establecer parcelas legítimamente y con alguna utilidad en la lectura la pone la índole compleja y profunda de los textos objeto; porque en *Crear que se cree* el juego polifacético de las sugestio-

nes y la hondura apasionante de los términos a debate están más que garantizados.

De entre toda la sociología de intelectuales estrella de los ochenta, que el rigor implacable de un marxólogo irredento como es Jameson ha caracterizado punzantemente en su *Teoría de la postmodernidad* como «pandilla variopinta de extraños compañeros de cama», Vattimo ha representado un verdadero caso aparte por la flexibilidad no apocalíptica de sus propias posiciones. Movido en origen por la exclusividad de la «violencia» metafísica, ha evitado sistemáticamente recalcar, contra la práctica de la inmensa mayoría de los deconstruccionistas –Derrida o De Man, incluido Rorty–, en la violencia contradictoria de la verdad-paradoja conclusiva del nuevo escepticismo. A mi modo de ver, durante su trayecto personal de revisionismo metafísico, Vattimo ha sorteado con elegancia y «bondad» las tentaciones apocalípticas de abismación aporética con las que nos ha fustigado infecundamente la escapatoria interior, visceral o endobiográfica, de tantos otros relativistas y escépticos postmodernos.

El fin de la modernidad

Con tales fundamentos, nuestra focalización selectiva lectora sobre los contenidos de *Crear que se cree* puede eludir en este caso hasta un silencio seguramente legítimo las motivaciones más acuciantes y primarias del autor: el fondo y las razones autobiográficas de su crisis oportuna –¿oportunistas?, quiero decir narrativamente productiva– de descreencia intelectual-sociológica pactada. Mi sectorialización de la lectura de este último Vattimo pretende atenerse diferencialmente a los correlatos peculiares en el seguimiento de las crisis de la autoinmolada metafísica postmoderna, que se ha adentrado tan atronadora como infecundamente en las apacibles regiones filológicas de la crítica literaria y artística.

No es cosa, por supuesto, de encontrar con deslealtades inhumanas –aunque tal género de lealtades no sea ya práctica corriente de ninguna crítica «profesionalista»– la candorosa inocencia de la narración personal de Vattimo. Confesar como él lo hace (págs. 86-92) el paralelismo biográfico de sus decisiones en sus dos crisis juveniles simultáneas: la general científica y la ética personal (por más que se formule al amparo de reglas de «género» del relato confesional institucionalmente intocables, con los antecedentes de San Agustín o Rousseau) desafia el principio de legítima defensa y tanto más en este tiempo actual de transgresión generalizada. Abrir descarnadamente el fácil proceso de sospechas contra la causalidad directiva de la crisis ética en la metafísica de esta «narración» es algo que no merece, en mi opinión, la generosa perspicacia del trabajo filosófico y cultural de Vattimo.

Lo principalmente aleccionador en el relato para quienes, como yo mismo, se hayan interesado en los últimos diez o quince años en los cambiantes avatares sobre la suerte de la cultura «moderna» se desvela sobre todo al corroborar manifiestamente en el libro las débiles raíces, por más que tiernas y hasta conmovedoras, que fundamentaban el bien argumentado recelo «débil» de Vattimo contra el espíritu de progreso, en su percepción como «violenta» y autoritaria de la científicidad «moderna». Por lo menos habría que convenir, tras conocer la narración confesional de Vattimo, que ni los mitos de origen ni el del desenlace en la «kenosis», es decir, la humanización encarnada del principio metafísico-teológico, le otorgan razones concluyentes a la crítica radical postmoderna de la metafísica y tanto menos, en el centro de nuestro propio interés, a la del principio de científicidad progresiva del ideal moderno. Con *Crear que se cree*, la encomiable franqueza personal de Vattimo ha descargado definitivamente de razones intersubjetivas sus ar-

gumentaciones técnicas sobre «el fin de la modernidad».

Crisis científica y crisis metafísica

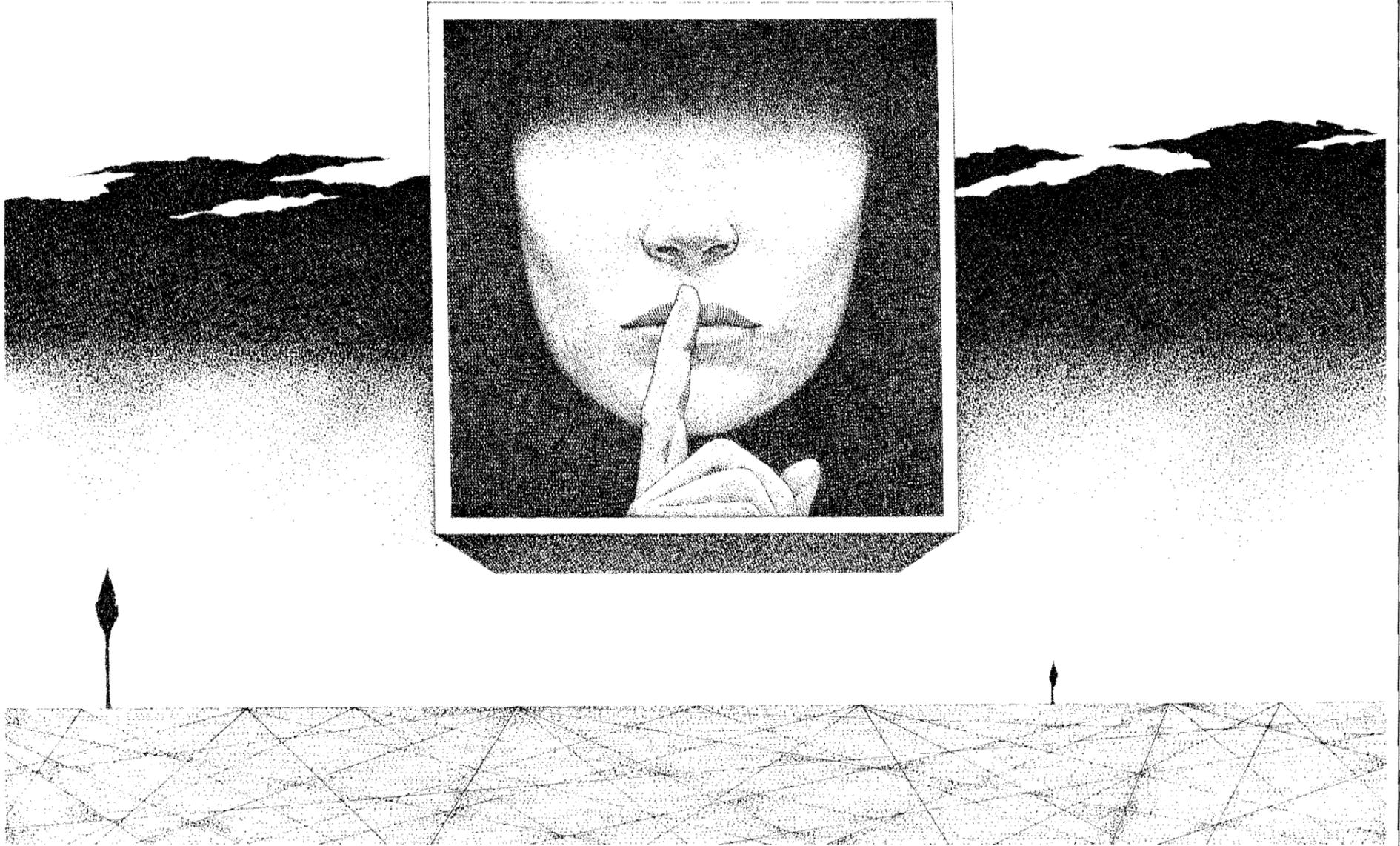
La identificación que ha practicado Vattimo a lo largo de su más que considerable trabajo interno en la filosofía revisionista postmetafísica, entre el necesario «debilitamiento» del objeto ontológico a la medida –según él– de las insuficiencias científicas de la metafísica, y la diversidad de objetivos y de tareas englobadas en el ideal de progreso moderno, implica prolongar el viejo prejuicio «violento» de la centralidad metafísica, contra el que se han movido fundamentalmente el propio Vattimo y sus confesados mentores, Nietzsche y Heidegger. El lamentable vacío historiográfico que proclaman las indistinciones generalizadas sobre etapas y perfiles precisos en la modernidad, ha facilitado esta apropiación perpetuada del viejo principio autoritario de la «violencia» metafísica.

Pero al margen del viejo escrúpulo centralista y englobante de la metafísica «violenta», prolongado y fagocitado en la peor tradición de la que ellos mismos reniegan, por los filósofos críticos postmodernos, la condición primariamente sociohistórica y últimamente científico-metodológica de los ideales modernos de científicidad y de progreso ha encontrado sus propios cauces de afirmación en el dominio de sus objetos autónomos. Tales, entre los síntomas que mejor conozco, la ruptura antfigurativa del arte abstracto, la especialización sincronista de los textos-objeto asumida en la lingüística y la antropología estructural o en la poetología formalista, así como en las mismas innovaciones funcionales de la arquitectura moderna...



FRANCISCO SOLÉ

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

El principio metódico de cientificidad, recreadamente «moderno», será en consecuencia la causa de la crisis de la metafísica «violenta», que se habría visto obligada, a partir de la crítica de Nietzsche y de Heidegger, y según las narraciones del propio Vattimo, a movilizar más humanizadamente por «debilitamiento» la violencia primitiva en su imagen objetiva del ser. Así pues, las exigencias del principio progresivo de cientificidad, identificado sin disputas como uno de los centros fundantes de la cultura «moderna», serían las que habrían precipitado paradójicamente el origen de la crisis de la metafísica con la que se han abanderado los varios revisionismos postmodernos como el de Vattimo. Por esa vía se instalan así en una contradicción flagrante, la que supone la posibilidad de apropiarse del fundamento aporético de la debilidad «científica» de la metafísica para desestimar desde él, a su vez, la suficiencia del mismo principio de cientificidad progresiva mantenido como ideal constitutivo de la cultura «moderna».

La modernidad y sus crisis

Caracteriza masivamente a las reflexiones históricas sobre la modernidad una paradójica debilidad de la ambición historiográfica. La indagación conducida ejemplarmente por Habermas sobre el emplazamiento inicial de la conciencia moderna no se ha visto extendida hasta ahora con solvencia filológica al inventario objetivamente convincente de sus órdenes y formas de contenido específico, acotado por tanto en sus perfiles constituyentes, temáticos y formales, y debidamente diferenciado en sus inflexiones internas de etapas cronológicas y de regionalidad. Participa así también la investigación sobre la modernidad en la misma quiebra del análisis filológico, que caracteriza la deficiencia general y las ambigüedades registradas en la mayoría de los debates categoriales de la segunda mitad del siglo, como el reciente sobre el «canon» y sus transacciones.

Por esa vía, los argumentos tradicionales de Vattimo sobre «el fin de la modernidad» actuaban y actúan ahora sobre una presentación histórica relativamente indefinida y en vacío. Una indefinición objetiva que, si favorecía el éxito a corto plazo para este tipo de negaciones postmodernas, ha acabado por desnaturalizarlas no poco cuando se sustancia el panorama de sus propios desencuentros recíprocos. Así es como la condición inconfundiblemente postmoderna de la crítica moderada de Vattimo resulta en rigor difícilmente compatible e identificable con otras negaciones postmodernas de la viabilidad referencial, como las de los deconstruccionistas.

En buena medida, la traslación metafórica esperanzada que practica el último Vattimo en el dominio reconstruido de la creencia no disuena de las holguras optimistas que nunca ha dejado de proyectar sobre su «voluntad» la heideggeriana «escucha» del ser. De esa manera, y en buena lógica, la traza de metafísica debilitada en la arqueología de su propio pensamiento que Vattimo recaba ahora como fundamento de su creencia caritativa se desentiende a partes iguales del rigor «violento» de la cientificidad inhumana exigida en la encuesta científica moderna y de la «legalidad» extrema, no menos inhumana, exigida por la crítica deconstruccionista a la referencialidad del lenguaje.

Circularidad de la creencia

En las páginas finales de su ensayo, formula el propio Vattimo una interrogación punzante sobre las verosímiles objeciones a la naturalidad no interesada ni meramente derivativa de su proceso último de creencia: «... pero ¿este reencuentro del cristianismo no será, en consecuencia, un intento de dar fuerza al pensamiento débil, es decir, a una determinada filosofía, legitimándola y recomendándola como auténtica heredera de la tradición religiosa predominante en la sociedad occidental?» (págs. 116-117). Vattimo, desde luego, no

lo ve de esa manera, y hemos de añadir por nuestra parte que su sinceridad en este trance resulta convincente. En los procesos iniciales de tránsito entre la creencia religiosa y la doctrina filosófica hemos conocido en la sociedad intelectual moderna muchas más manipulaciones y acomodos interesados con la media verdad y la conveniencia que en los más raros episodios de finalización conversiva, siempre más proclives al descrédito cientificista.

En todo caso, lo que constata la circularidad del proceso completo de Vattimo es la persistencia razonable de sus hábitos estabilizados, intelectuales e imaginativos, de construcción íntima sobre las imágenes de realidad. Presionado quizás inicialmente a la retracción científica, en los momentos —no se olvide— de fuerte doctrinarismo político académico de los años cincuenta y sesenta (sin dejar de mencionar tampoco las decisivas razones personales alegadas, que le llamaron a exceder el círculo vicioso «confesión-pecado-confesión»), la sucesiva inserción de Vattimo en la filosofía aparece como una estrategia razonable, elaborada de manera rigurosamente congruente, de transferir los hábitos y problemas de la creencia a un sistema de doctrina. De ahí que esta última sea, en su caso, tan caritativa y tolerante en su «debilidad» ontológica como lo requería seguramente el fondo problemático de su creencia y de su biografía personal.

Pero al igual que antes hemos reprochado un cierto grado de imperialismo tra-

dicional metafísico y, en último término, de simplificación objetiva de la historia al proceso de suplantación crítica de la filología que se generaliza en los análisis culturales postmodernos, tenemos ahora que sospechar inocultables demasías en los más que explicables esfuerzos de Vattimo para reproducir la constancia de sus parámetros característicos en su última transición a la creencia. Como poco resultan demasiado metafóricas e imprecisas, fuera del espacio íntimo emocional del propio Vattimo, las transferencias pretendidamente homólogas entre la debilitación ontológica del ser y la «kenosis» encarnada de la divinidad. Tanto más cuanto dicha continuidad simbólica es alegada para «reforzar» convencionalmente la «debilidad» discontinua de los trayectos entre filosofía y creencia: desde el pascaliano de la «apuesta» al de la brecha insalvable que Vattimo denomina «irracionalismo del pensamiento trágico», con el dios-otro de Levinas y Blanchot (págs. 100-108). De todas formas, la conmovedora franqueza de Vattimo en esta por ahora última singladura de su itinerario siempre riguroso y modesto —diríamos con él que «débil» y «caritativo»— hacia la Verdad, precisamente por sus irregularidades y demasías excepcionales, confirma la singularidad genuinamente postmoderna de su atractivo pensamiento. Postmodernidad ahistórica sin filología, que finaliza retractivamente en creencia: en el caso personal de Vattimo un amable, razonable narcisismo. □

RESUMEN

Se pregunta García Berrio si toda especulación filosófica se origina o desemboca en creencias o descreencias religiosas. En el caso del italiano Gianni Vattimo, célebre animador del conocido como «pensamiento débil», así

es, tal como él lo confiesa en su última obra, de la que se ocupa pormenorizadamente el comentarista. El libro de Vattimo profundiza en las razones autobiográficas de su crisis de descreencia intelectual-sociológica.

Gianni Vattimo

Creer que se cree

Paidós, Madrid, 1996. 127 páginas. 1.100 pesetas. ISBN: 84-493-0327-3.

Un siglo con Drácula

Por Guillermo Carnero

Guillermo Carnero (Valencia, 1947) es doctor en Filosofía y Letras y catedrático numerario de la Universidad de Alicante. Dirige la revista *Anales de Literatura española*. Ha publicado, entre otros trabajos, *Los orígenes del Romanticismo reaccionario español*, *Las armas abisinias* y *La cara oscura del Siglo de las Luces*, así como ediciones críticas.

En este año de 1997 se cumple el centenario de la publicación de *Drácula*, la novela de Bram Stoker llamada a ser, probablemente, la obra de mayor impacto en la cultura del siglo XX. Otras habrán tenido superior trascendencia en la apertura de horizontes científicos o en el trazado de derroteros literarios experimentales; pero ninguna puede igualarse en su capacidad ecuménica de configurar la imaginación contemporánea. Desde los estratos sociales de mayor cultura a los rigurosamente analfabetos, sin distinción de edades, nacionalidades o lenguas, el vampiro humano recorre Europa —y el mundo entero— con mayor presencia que ningún otro fantasma. Procedente del folklore centroeuropeo, se ha convertido en un ingrediente imprescindible del universal. Su historia ha sido traducida a todas las lenguas, ha sido adaptada al cine y al cómic, ha inspirado parodias, está presente en la vida cotidiana en forma de juguetes y objetos que traicionan —como observó Salvador Dalí a propósito del *Angelus* de Millet— una persistente pulsión del subconsciente colectivo. La novela de Stoker ha alcanzado el supremo honor de convertirse en una obra «tradicional», en el preciso sentido que daba al adjetivo Menéndez Pidal; su autor ha sido olvidado, cualquiera se cree autorizado a utilizar y modificar el texto: «ande de mano en mano a quienquiera que'l pediere / como pella a las dueñas», según el *Libro de Buen Amor*, estrofa 1629.

La razón de tal éxito no reside en el carácter terrorífico del vampirismo, sino en que se trata de un mito que cristaliza, mediante personajes y situaciones simbólicos, una gavilla de obsesiones de importancia primordial: el miedo a la vejez, la impotencia y la muerte; la capacidad de conferir vida que el amor y el sexo poseen; la fascinación que ejercen la seducción irresistible y la violencia, la iniciativa femenina, la homosexualidad y las prácticas sexuales no comunes. Las zozobras eróticas del fin de siglo victoriano —la época de «Jack el Destripador», del *Retrato de Dorian Gray* de Wilde, del *Doctor Jekyll y Mister Hyde* de Stevenson— arrojan mucha luz sobre la creación de Stoker; la latencia de contradicciones y conflictos no resueltos en la nuestra explica que sigan vivos el nombre y la imagen transfigurada de un principillo rumano muerto en 1476.

Vida y obra de Bram Stoker

Sobre la interpretación de *Drácula* existe una abundante literatura a la que el libro de Barbara Belford no ha pretendido incorporarse, pues se trata —con contadas excepciones que comentaré más abajo— de un intento, bien logrado y documentado, de reconstruir la vida de Abraham Stoker. La autora se ha basado en documentos conservados por sus descendientes o depositados en diferentes archivos y en estudios anteriores sobre el autor (Charles Osborne, 1974; Daniel Farson, 1975; Phyllis Roth, 1982; Richard Dalby, 1983; Clive Leatherdale, 1985) y sobre el actor Henry Irving (Austin Brereton, 1908; Edward Gordon Craig, 1939; Lawrence Irving, 1951; Madeleine Bingham, 1978).

Los episodios fundamentales de la vida de Stoker quedan así reflejados en una cró-

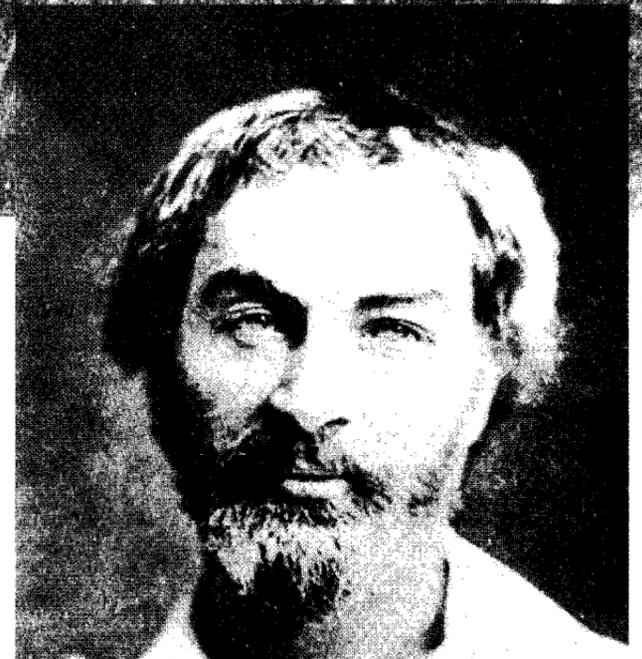
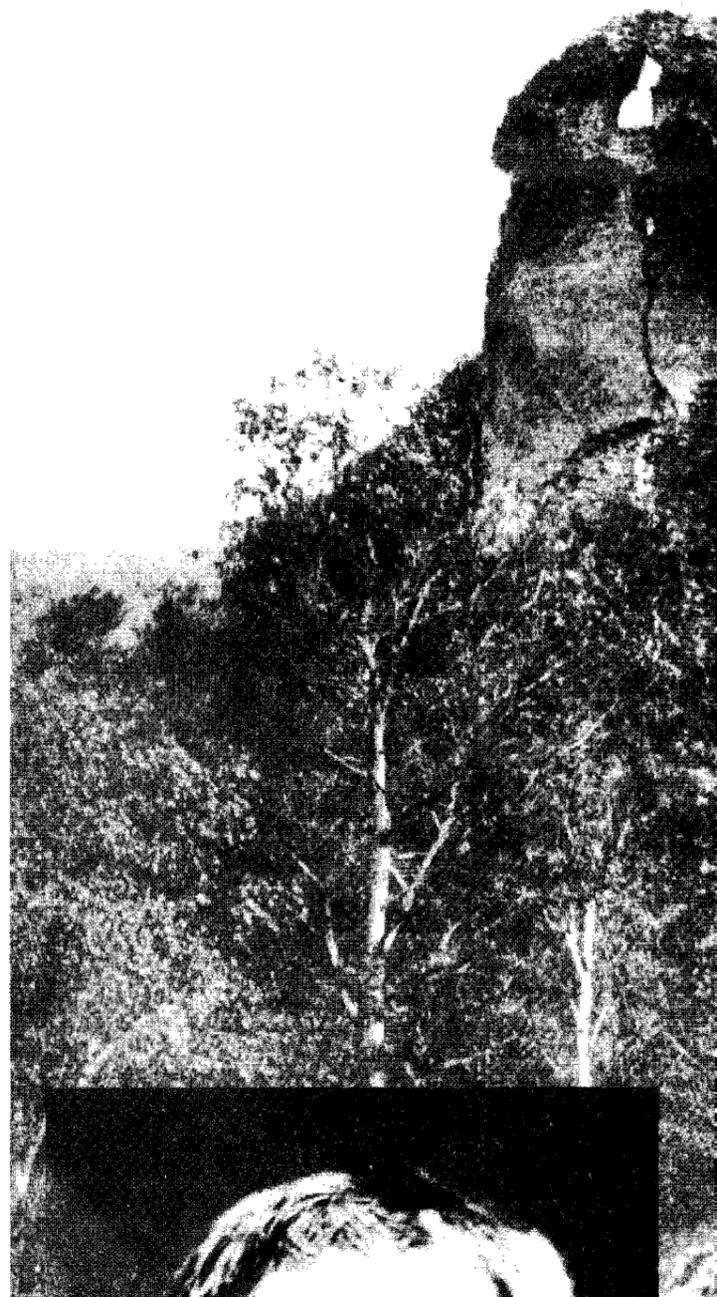


Bram Stoker (arriba, izq.).

Retrato de Vlad III Tepes Drácula, datado en el siglo XV y conservado en el castillo de Ambras, junto a Innsbruck (abajo, izq.).

Ruinas del castillo de Drácula, en las inmediaciones de Arefu (Rumanía) (arriba, dcha.).

Walt Whitman en 1854 (abajo dcha.).



nica enjundiosa y airosamente escrita. El nacimiento en Clontarf, aldea cercana a Dublín, en 1847, el ambiente familiar y la infancia soñadora y enfermiza; los estudios en el Trinity College de Dublín y la iniciación profesional como crítico del *Evening Mail* dublinés, uno de cuyos propietarios era Sheridan Le Fanu, el autor de *Carmila*, seguro antecedente de *Drácula*; las relaciones de admiración, amistad e intercambio literario con Walt Whitman, Mark Twain, Bernard Shaw, Alfred Tennyson, Richard Francis Burton, James Whistler, Oscar Wilde y sus padres (expertos éstos en folklore y supersticiones irlandesas, entre las cuales figura el vampirismo femenino); los contactos con la sociedad teosófica «Orden Hermética del Amanecer Dorado»; pero, sobre todo, la relación y estrecha colaboración, desde 1876, con el actor Henry Irving, a quien Stoker si-

guió durante casi treinta años como agente artístico, secretario y gestor financiero en la empresa del teatro Lyceum de Londres.

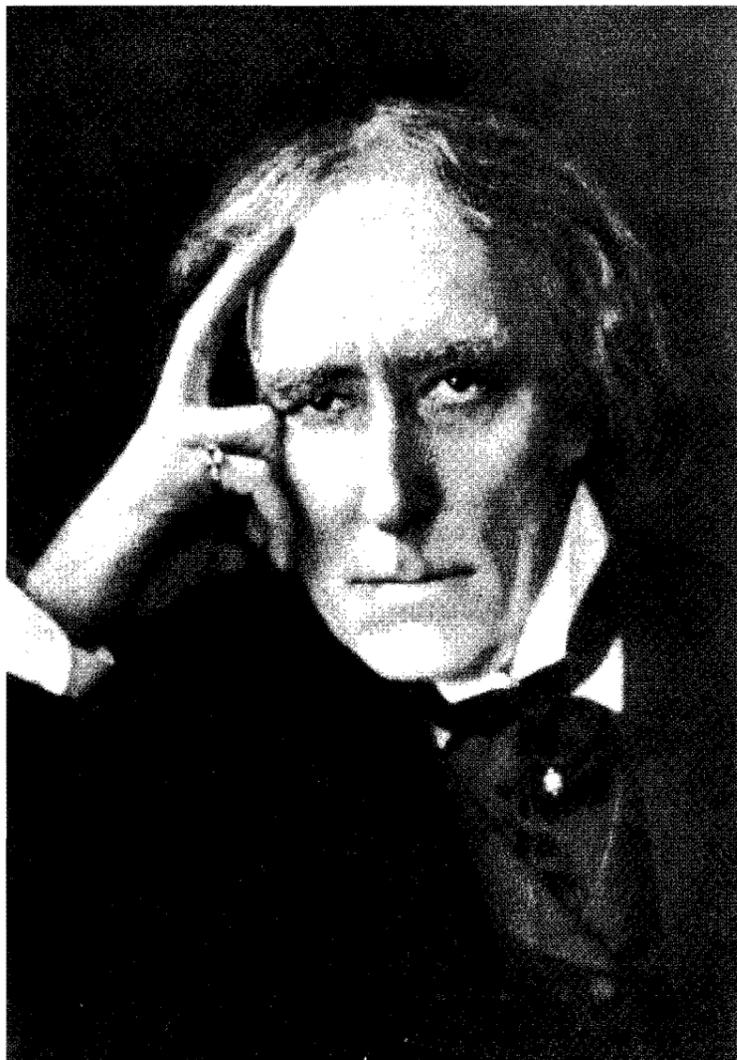
Ningún desarreglo íntimo, extravagancia o singularidad erótica ha podido ser asignado a Stoker por su diligente biógrafo. Murió en 1912 tras haber compartido su vida con una esposa un tanto «evaporada», Florence Balcombe, que subastó sus papeles al año siguiente y pasó sus quince últimos años pleiteando para exigir la destrucción del *Nosferatu* de Murnau y reclamar una indemnización

a la empresa que había producido la primera versión cinematográfica de la obra maestra de su difunto marido.

Al margen de su obra periodística como crítico teatral, el autor de *Drácula* publicó una considerable cantidad de textos narrativos, desde su primer cuento, *La copa de cristal* (1872). Se trata de relatos fantásticos y de terror en los que resulta claramente visible la huella de



Viene de la página anterior



Henry Irving en el año de su muerte (izquierda).

Henry Irving caracterizado como Mefistófeles (derecha).

la tradición «gótica» inglesa. Su primera novela, *El desfiladero de la serpiente* (1890), apareció en forma de folletín periodístico y adquirió la técnica típica del género, basada en reiteraciones, amplificaciones y «suspense» calculado, que tan perceptible resulta en *Drácula*. En *La joya de las siete estrellas* (1903) evocó la búsqueda de la resurrección en el antiguo Egipto; en *La dama de la mortaja* (1909) trató el vampirismo femenino. Un año antes de morir dio a la imprenta *El cubil del gusano blanco*, terrorífica historia de una mujer monstruosa y de naturaleza no humana.

Su convivencia con Irving le proporcionó la información privilegiada y directa que utilizó en sus *Recuerdos personales de Henry Irving*, publicados en 1906, un año después de la muerte del actor. En 1914 apareció póstumamente *El huésped de Drácula*, donde se recoge el suprimido capítulo segundo de la novela.

Dejando ésta a un lado, la mejor de las narraciones de Stoker es su cuento *El secreto del oro creciente*, historia de un hombre que asesina a su amante y la sepulta bajo el suelo del salón de su castillo, pero el cabello rubio de la muerta sigue vivo y brota de una rendija entre las losas, persiguiendo sin tregua al asesino.

Ingredientes biográficos en *Drácula*

El minucioso recorrido por la vida de Stoker ha sugerido a Barbara Belford la posibilidad de identificar diferentes anécdotas y experiencias de aquélla como materiales incor-

porados a la construcción de la novela, dando al paralelismo el variable grado de certeza que resulta de la soberanía de la imaginación.

La estancia de Stoker en Whitby (Yorkshire) en 1890 parece una indudable fuente de inspiración. En Whitby encalla el barco que trae al conde Drácula a Inglaterra, y Stoker utilizó la descripción del naufragio de un barco ruso en 1885, impresa en el periódico local. Asimismo recordó el cementerio de la iglesia y la escalinata que conduce a ella, y las leyendas locales sobre naufragios y ahogados. En la biblioteca del lugar leyó la *Descripción de los principados de Valaquia y Moldavia* de William Wilkinson, que contiene la leyenda y el nombre de Drácula.

En 1882, y en compañía de Irving, visitó Nuremberg y Rothenburg para preparar la ambientación del *Fausto* de William Gorman Wills. El castillo de Nuremberg y sus instrumentos de tortura debieron de dejarle una profunda huella, tanto como la representación de la obra tres años después, con su noche de Walpurgis, sus fantasmas y sus efectos especiales, de gran calibre y novedad para la época, entre ellos el uso de espadas eléctricas fabricadas en el taller de Edison (cada uno de los combatientes ponía el pie en uno de los polos eléctricos situados en el suelo del escenario, llegando la corriente por un cable oculto entre la ropa hasta una pieza de metal situada en la palma de la mano, enfundada en guante de goma, de tal modo que al cruzarse las espadas se cerraba el circuito, saltando chispas).

El aspecto físico del conde Drácula fue compuesto, en opinión de la profesora Belford, combinando rasgos de Walt Whitman, Franz Liszt, Richard Francis Burton, Jacques Damala —esposo de Sarah Bernhardt— e Irving, en la realidad y en varios de sus papeles: Macbeth, el Holandés Errante, Ricardo III, Mefistófeles. Apunta que el actor fue acaso el primero en llevar a las tablas a Mefistófeles

vestido de escarlata. El conde manifiesta también, en su carácter y personalidad, cierta analogía con el Svengali de la novela *Trilby* (1894) de Georges du Maurier.

Otras influencias son mucho más conjeturales: de la actriz Ellen Terry en el personaje de Mina, dotado también de rasgos propios de ideal de mujer del entonces naciente feminismo; de la esposa de Stoker en Lucy, lo cual no resulta especialmente halagador para la memoria de la primera; del ocultismo y de los trabajos de Jean-Martin Charcot sobre histeria e hipnotismo, en Van Helsing; del propio Stoker y del pintor Joseph Harker, empleado en el Lyceum, en Jonathan Harker.

Finalmente, en ciertos detalles muy concretos la autora del libro que comentamos parece haber sucumbido a la tentación de lo que en España llamamos «sacar leche de una alcuza»: cuando relaciona la caja fuerte donde guardaba Stoker los libros de contabilidad del Lyceum, con la que usa Mina en la novela; el crucifijo de oro regalado por Oscar Wilde a Florence Balcombe, y reclamado cuando ella se comprometió con Stoker, con el que aparece asimismo en *Drácula*; los cilindros gramofónicos en que

Tennyson grababa poemas, con los empleados por el doctor Seward para conservar los datos de sus observaciones, especialmente las concernientes a Renfield; o el título *Deméter y otros poemas*, que encabeza una colección del mismo Tennyson, con el nombre del barco del conde.

Comienzos editoriales y cinematográficos

Drácula apareció en librería en 1897, y simultáneamente —para asegurar el copyright teatral— se dio una lectura de su dramatización en el Lyceum. Stoker tenía en mente presentar su obra en los escenarios y verla convertida en un éxito seguro gracias al prestigio de Irving; pero éste rechazó el papel, acaso porque el conde Drácula, aun siendo esencial en la historia, interviene en ella esporádicamente y no tiene, por lo tanto, la suficiente presencia en escena. El Lyceum ardió al año siguiente y Stoker hubo de renunciar al sueño de ver a su criatura convertida en un segundo y mejor Mefistófeles, y rodeada de la parafernalia escénica que él mismo había contribuido a crear para el *Fausto* de su adorado e ingrato Irving. De hecho, la primera dramatización hubo de esperar a 1927, en competencia ya con el cine. Ya se ha mencionado el *Nosferatu* de Murnau (1922): fue una adaptación poco feliz, que simplificó y desnaturalizó el significado de su original, aunque puso de manifiesto lo mucho que la técnica cinematográfica podía aportar a la creación de los ambientes y efectos que se habían logrado en *Fausto* gracias a la iluminación, los artificios eléctricos y una tramoya movida por cuatrocientas cuerdas. El *Drácula* de Tod Browning (1931), encarnado por Bela Lugosi, fue el segundo y definitivo episodio en una trayectoria que Barbara Belford no sigue más allá de la muerte de la viuda de Bram Stoker. □

RESUMEN

Para Guillermo Carnero, *Drácula*, la novela del irlandés Bram Stoker, y de cuya publicación se cumple este año el centenario, está llamada a ser, acaso, la obra de mayor impacto en la cultura del siglo XX. Mucho se ha escrito

y muchas interpretaciones se le han dado a los distintos mitos que se reúnen en esa novela, pero no es demasiado lo que se sabe de su autor, al que se le ha dedicado una exhaustiva biografía, que comenta Carnero.

Barbara Belford

Bram Stoker. A biography of the author of Dracula

Alfred A. Knopf & Random House, Nueva York, 1996. 382 páginas. 30 dólares. ISBN: 0-679-41832-6.

Un libro advertidor

Por Domingo García-Sabell

Domingo García-Sabell (Santiago de Compostela, 1908) es doctor en Medicina, académico de número y presidente de la Real Academia Gallega, y ha sido delegado del Gobierno en Galicia. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre gallego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

Asistimos hoy a un traspaso decisivo en la dinámica del pensamiento.

No se trata sólo del aprovechamiento mental de determinados y asombrosos progresos en la investigación positiva que, sin duda, los hay y ahí están para pasmo y veneración del gran público. No.

Se trata de algo más radical, de algo que tiene origen en las conquistas del saber concreto, pero que, a partir de esos logros, está pidiendo, está exigiendo un cambio en la manera de ejercer la función del pensar. Dicho de otro modo, nos encontramos en un desconcertante atolladero: o seguimos practicando unos razonamientos ya caducos o inventamos otros capaces de corresponderse estrictamente con los desorientadores hallazgos de la ciencia actual.

La crisis de nuestro tiempo tiene su cifra secreta, tiene su «ábrete sésamo» en la disparidad entre lo que ya sabemos de la realidad física del mundo, o de la entraña íntima de la criatura humana, y los medios necesarios, indispensables para cazar esos saberes en el armadillo de nuevas especulaciones, es decir, en la red que traiga a la superficie la abismal e incógnita fauna, hasta ahora invisible, hasta ahora jamás sospechada. La materia, la corporeidad concreta, se nos está disolviendo en la sutileza de la matemática. Y los laberintos del alma del hombre huyen ligeros e inaprensibles de los mecanicismos hasta este momento puestos en marcha para orientarlos con rigor y con autenticidad.

De aquí la conciencia de crisis que se difunde por el horizonte de la vida cultural y socio-política europea. Y, en consecuencia, universal. Somos dueños de nuestras presas, pero no atinamos a dar con su última y definitiva valoración, con su trascendente significado. Todo en Europa apunta a una situación de espiritual menesterosidad, en definitiva, inapelable. Y, sin embargo, esta desorientación oculta en su interior una riqueza inaudita.

Europa es hoy una pura, una viva paradoja. Pero las paradojas son como lazos tendidos a nuestra vera que nos inmovilizan y, en el peor de los casos, nos obligan a dar el traspás y caer de bruces. Esos traspás, una vez superados, nos descubren lo que en ellos había de trampa y de engañoso espejismo. Ciertas interpretaciones estrechas de la realidad —estrechas y miopes— que hoy se han venido abajo así lo demuestran.

Una visión pretérita

Y lo curioso de esta situación estriba en que nunca le faltaron a nuestro continente asomos e intuiciones que una y otra vez apuntaban a esa compleja e ignota objetividad sólo entrevista. Europa se ha pasado estos últimos cien años dando trompicones y haciéndose daño cuando constantemente disponía de testimonios salvadores. De testimonios, firmes y espléndidos, que fueron algo así como guías del pensamiento una y otra vez desestimadas. O lo que es peor, absorbidos, succionados por el encanto estético de tales proféticas adivinaciones. Fueron textos en los que la perfección formal genialmente alcanzada apenas sí permitía ver la sutil, la delicada trama del conocimiento en ellos oculto. Era, pues, me-

nester mirarlos en transparencia para poder contemplar su fino perfil, su dibujo dotado de sentido. Entre lo que el papel escrito mostraba, dejaba leer, y el raciocinio que sustentaba el paisaje literario existía una sutil correspondencia. Pero su destino casi siempre fue el de pasar desapercibida. Era, pues, algo así como una boda sin testigos.

Mas ahora, en este preciso momento, se está recobrando. Llega a mis manos un libro de Antonio Colinas, *Sobre la Vida Nueva*, que yo sitúo en esa confluencia del rescate y la valoración auténtica de lo que los antiguos anticiparon, lo que Colinas llama «un lenguaje místico del pensamiento». Aquí tenemos la raíz del problema. ¿Por qué? Pues sencillamente porque en los buceadores de la cuestión, esto es, la imposible fusión cognoscitiva con lo que nos supera y trasciende, es decir, con el misterio como San Juan de la Cruz, Luis de la Palma o Miguel de Molinos, hasta llegar a Plotino, corrientes existenciales que el autor señala, es posible entroncar y conceder validez racional (¿sólo racional?) a nuestros místicos. Su lenguaje es, en último extremo, y así lo confesaba Bergson a nuestro García Morente, «el lenguaje filosófico por excelencia».

La dificultad máxima

La primera parte del libro que ahora comento está dedicada al análisis, por cierto muy penetrante y muy bien documentado, de la *Vita Nuova* del Dante. Ya se sabe cuál es la esencia de esta pequeña y reveladora obra: la pasión del florentino por Beatrice Portinari. Una pasión que jamás tuvo cumplimiento, pero que originó «las más altas reflexiones místicas y metafísicas». A la vez —señala Colinas— «la vida irrumpe en ella con una frescura y con una naturalidad sorprendentes».

Mas aquí, en estas palabras del autor, se esconde un problema, el más radical de los problemas. Un problema que domina nuestra época y amenaza con aplastarla al socaire de ambigüedades y de falsas idealizaciones.

Veámoslo. Un arrebatado amor teórico y etéreo, un erotismo sin realización, obliga al espíritu a acompañar al cuerpo para elevarlo al «topos ouranios» del que emergen algunas ideas de máximo perímetro, aquellas que de alguna manera van a conducirnos inexorablemente al inquietante enigma del Ser, de su posible perfil —si es que lo tiene— y de la posibilidad de enmarcarlo —posibilidad utópica— en el horizonte de lo real. Mas, al mismo tiempo, todo esto, todo este viaje a los cielos de la especulación y de la idealización, no impide que la vida, la vida de todos los días, brote —repito la cita— «con frescura y con naturalidad sorprendentes».

Aquí, aquí, en esta confluencia de dos estratos vitales al parecer contrapuestos, yace oculta y, sin embargo, acuciante la dificultad. He aquí, a nuestro lado, palpitante y en plenitud de realidad, la pasión amorosa, el afán jamás colmado de fundirse con la pareja para formar un único ser. El frenesí pático reclama la coyunda. Y la coyunda pide, por su parte, realización absoluta. Pero justo en ese momento asoma la presencia de la duda. Una duda inquietante y exigente: la de dar con la condigna explicación que torne racional lo que, de entrada, semeja extramuros de todo pensamiento lógico.

Entre la vida, con sus exigencias concretas y apremiantes, y la existencia que va más allá de cualquier necesidad objetiva aparece una tierra de nadie en la que, si no disponemos de brújula, vamos a perdernos inevitablemente, fatalmente. El libro de Antonio Colinas nos pone en guardia con honestidad y rigor simultáneos. Por eso en el título de este mi comentario he escrito el calificativo de «advertidor».

Entre la vida, con sus exigencias concretas y apremiantes, y la existencia que va más allá de cualquier necesidad objetiva aparece una tierra de nadie en la que, si no disponemos de brújula, vamos a perdernos inevitablemente, fatalmente. El libro de Antonio Colinas nos pone en guardia con honestidad y rigor simultáneos. Por eso en el título de este mi comentario he escrito el calificativo de «advertidor».

La meta última del libro

Antonio Colinas apunta a los últimos hallazgos de la Física de nuestro tiempo y a la inevitable consecuencia que de ellos se desprende. Expresado muy en esquema, y según yo veo estas secuelas, creo que estamos autorizados a admitir la indisoluble ligazón entre lo que es materia, materia física, y lo que es espíritu, espíritu inaprensible. Ambas instancias se articulan de tal forma que separarlas es, en el mejor de los casos, «trabajo de amor perdido». Platón sostenía que el amor tiene forma líquida. O lo que es lo mismo, que presenta una estructura distinta según el amador que lo practique, es decir, según la vasija que lo contenga. Nuestro recipiente orgánico, tan limitado en el tiempo y en el espacio, «siente oscuramente» que esas fronteras son suscep-

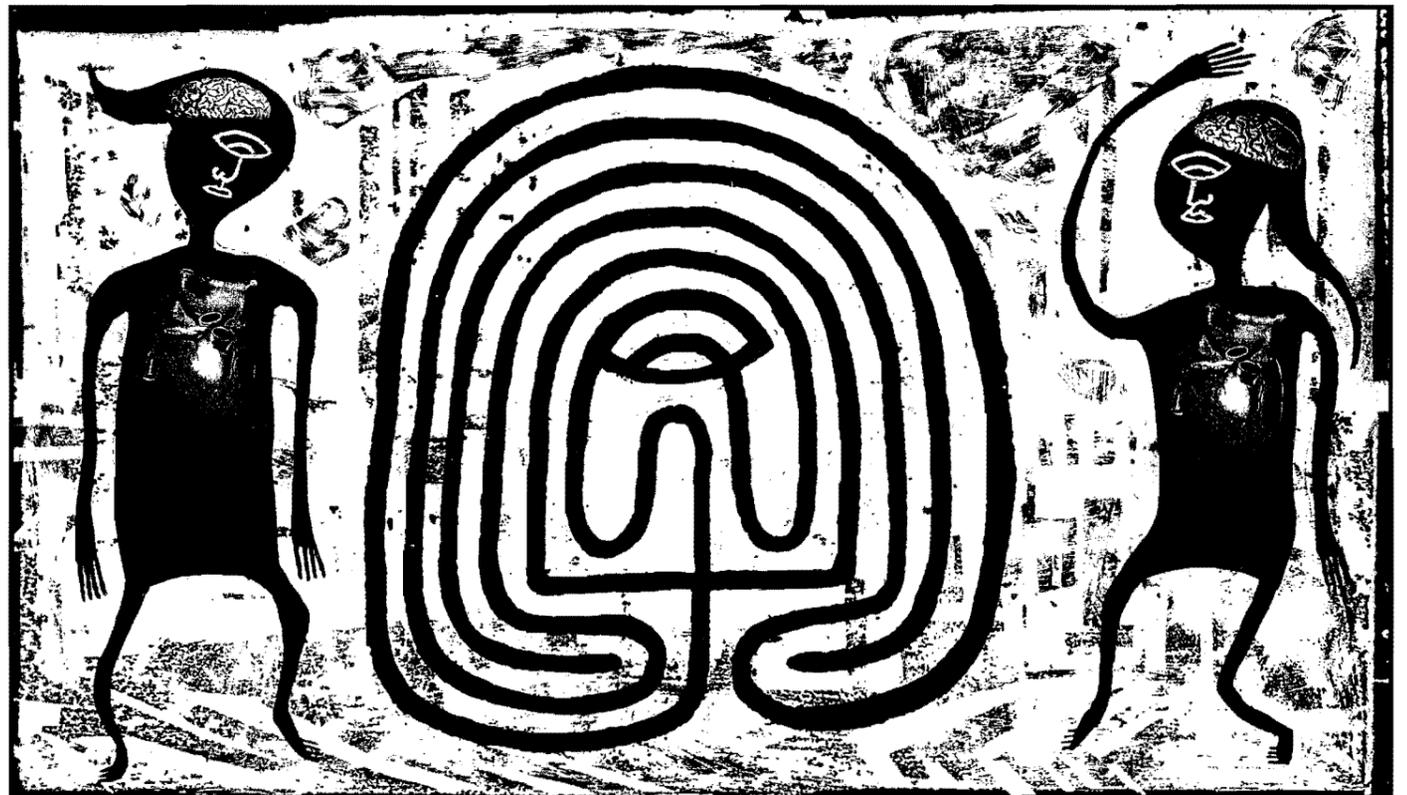
tibles de ser superadas. ¿Cómo? Mediante la emigración desde el predio concreto de lo finito al área inmensa de lo infinito. Pero ese viaje apenas sí es realizable, quiero decir, que no resulta «viable», no dispone de «vía», de camino para recorrerlo. A no ser que contemos con la capacidad casi sobrehumana para despertar en nuestra mente la conciencia de pertenecer, con actitud ubicua, al gran todo del Universo. Somos partículas insignificantes de un organismo enorme situado más allá de las fronteras del saber objetivo. Somos emigrantes desde una patria mínima hacia otra de máximo perímetro que es menester entender como otra tierra madre, como una Tanit inmensa, situada lejos, muy lejos de nuestra percepción.

Ver y mirar

Esto nos lleva fatalmente al intento de buscar nueva mirada, nueva operatividad visual. Que no es suceder si en ella no incluimos como componente indispensable, como vector esencial, a la imaginación. Nuestros ojos ven y miran, es decir, acusan el impacto de la luz en su interior y, a la vez, y por un dinamismo todavía no bien aclarado (me temo que no lo pueda ser nunca), acusa el choque físico inicial en otra forma, a saber, la de la apertura a las significaciones formales y emocionales de lo visto. Este salto entre lo meramente anatómico y lo que ya es despertar de la conciencia como vector subjetivo que interpreta y valora, ahí está ante nosotros, desafiando cualquier explicitación más o menos mecanicista.

Ver es interpretar. Ver con los ojos de la reflexión equivale a dar entrada a un nuevo e inédito factor: la imaginación. La vieja distinción entre lo que «aparece» y lo que «parece», ya presente en la mente de los griegos, está hoy más viva que nunca. Su presencia, la inesquivable presencia de lo imaginario, constituye ahora mismo una especie de necesidad interna. Sin imaginación, todo el proceso del conocimiento científico se paraliza y pierde aliento pesquidor.

Esto lo saben muy bien las gentes de laboratorio; y atinaron a intuirlo científicos radicalmente renovadores, como en el siglo pa-



VICTORIA MARTOS

Viene de la página anterior



VICTOR MARTOS

sado V'ant Hoff, cofundador de la Estereoquímica y autor de un trabajo, *La imaginación en la Ciencia*, cuya lectura recomiendo vivamente. Hoy nos encontramos en una tesitura en la que lo más necesario, lo indispensable, viene dado por la audacia mental. Es preciso que nos atrevamos a pensar de distinta manera a como se vino haciendo históricamente hasta ahora. Los principios fundamentales de la lógica caen irremisiblemente y se hace necesario el asumir heroicamente el nuevo estilo mental. Hay que dar entrada a una actitud en la que figuren a partes iguales el atrevimiento en la meditación y la conducta resignada sobre los alcances últimos de la inicial osadía.

La irrupción del misterio

¿Y por qué tenemos que someternos a una nueva forma de cogitación? Simplemente, porque ahora, y a partir de este crítico momento, insisto, vamos a toparnos con una nueva y desconcertante realidad: la del misterio. Por fin, se cae en la cuenta de que no todo lo objetivo, todo lo que nos rodea, y muy en primer término nosotros mismos, nuestra extraña e inconcebible mixtura de lo material y lo espiritual, integran, en última instancia, un aspecto decisivo de lo real misterioso. De lo real incognoscible. El monje benedictino David Steindl-Rast (el autor de *El Tao de la Física*, libro ya sumamente popular), en un diálogo con el investigador Fritjof Capra, *Belonging to the Universe* (me parece que ya traducido al castellano), sostiene que la idea y el concepto de misterio no debe entenderse como lo que «todavía» no entendemos, sino como lo que nunca entenderemos. Y a este propósito cita a Rilke cuando el gran lírico afirmaba que la vida, es decir, la órbita biográfica de cada uno de nosotros, no constituye un problema que reclame solución, sino un misterio que ha de «ser experimentado» y, por consiguiente, que habrá de ser incorporado a la sustancia específica del individuo. Mas esa evanescente sustancia nos remite, «velis nolis», a otra esfera de la realidad que nos sobrepasa, que se sitúa más allá de toda comprensión racional y que, por eso mismo, justo por eso, nos trasciende. Podemos entonces invocar

una última y definitiva objetividad extramundana. Y, por descontado, podemos bautizarla con la palabra Dios. Ahora se entienden, «vistas así las cosas», la profunda sentencia de San Agustín, que Thomas Matus rememora, según la cual la divinidad se transforma, «y parece y aparece» como el estrato más interior —y por ende más inaccesible a toda indagación intelectual— de la persona: «Deus intimior intimo meo». Es el «Dios dentro de nosotros» que Santa Teresa buscaba y que Antonio Colinas trae a cuento con muy ceñida consideración.

Hasta aquí el terreno movedizo y quizá un tanto amorfo de la visión imaginativa o, para decirlo con palabras definitivas que también Colinas asume, del «pensamiento imaginativo», de la reflexión conceptual a favor de la fantasía. Una revolución cultural que ahí está, a nuestros pies, ofrecida, humilde, pero ostensible y cargada de promesas, cargada de futuras cosechas, encinta de fecundidades todavía con no bien perfilados contornos. Algunas cabezas alertas comienzan a denunciar su potencial presencia y a señalar sus puntos de novedad, es decir, de inflexión axiológica. Uno de ellos, y muy sugerente, viene dado por el nuevo libro que ha suscitado en mí estas improvisadas reflexiones. *Sobre la Vida Nueva* nace en torno a la figura señera del Dante. Esperemos que haga largo y fecundo camino.

El irracionalismo como carga útil

Habla Colinas como de pasada de «la carga de irracionalismo» en el juego metafórico de San Juan de la Cruz. Efectivamente, ese literario traspasar los límites de la razón, del «logos», es algo que se da constante y genialmente en la obra del místico castellano. Pero no echemos en olvido, o no nos pase desapercibido, que ese rostro irracional comienza ya a justificarse, y cada día con mayor nitidez, en los más sesudos y difíciles estudios de los científicos actuales. Hay, en estos instantes, como una extraña e inquietante confluencia entre los avances creacionales de la poesía y los progresos investigatorios de la búsqueda positiva. ¿Qué ocurre aquí? Que tropezamos, que nos damos de narices con

una traslocación de los valores de siempre admitidos. Si queremos emplear una palabra hoy muy discutida, hablaremos de cambio de «paradigma». Lo que equivale a admitir la existencia de un giro radical «en el estilo de pensar y de sentir». Todo vale. Y como todo vale, recogemos en nuestro regazo intelectual lo vagamente intuido, lo apenas sospechado, y lo sometemos a una oportuna y necesaria destilación. Todo vale. El libro que comento es una buena prueba de ello. Antonio Colinas parte de ciertos vectores que se nos antojaban ya un tanto esclerosados, y a partir de su dura consistencia ha llevado a cabo lo que yo llamo «la combustión esencial». Sus testimonios históricos, tras los que late una seria y elegante erudición, una virtual erudición, son como viejos leños capaces de engendrar llamas y de regalarnos con el calor de la convivencia en el hogar común de Europa. Esta Europa sometida a tantas y tan graves desviaciones, a tantas y tan grotescas caricaturas ideológicas.

Final. El componente ético

El trueque de paradigma, si se me permite tal palabra, supone asimismo otro cambio, a saber, el del comportamiento moral. No ya en el campo de la Bioética, hoy en plena efervescencia (testigo, Diego Gracia), sino extendido a los más diversos dominios del pensamiento y de la creación.

Bajo el arrollador cambio de estilo late, sin duda, un factor de liberación, un elemento que tiende a desatar la mente de los rigores y las rigideces de la razón en sentido estricto.

Recordemos determinadas excursiones de la Psicología profunda hacia el oscuro pié-

lago de lo inconsciente. Recordemos la evolución de esas ideas hacia una jerga, como diría Borges, que no resiste un análisis conceptual ceñido y que, además, se ha mostrado estéril para la finalidad que se proponía: erradicar o, por lo menos, atenuar las conductas neuróticas. Está por hacer la crítica seria de lo conseguido y de lo no conseguido por el Psicoanálisis. Está por enfocar, o quizá fuese mejor decir, por situar el paisaje «de un proceso retorcido y malsano de ser, como ciertas teorías freudianas habían supuesto», afirma con gran acierto nuestro ensayista.

Un fragmento heraclíteo nos advierte que «la Naturaleza ama el ocultarse». Siempre, pues, tropezaremos con una capa geológica inaccesible.

De ahí que lo que en principio semejaba cerrazón y ausencia de sentido, ahora recobre su propia legitimidad. La pregunta, la dramática pregunta, no estriba en inquirir sobre el fundamento de la realidad, sino sobre su consistencia. Su consistencia apresable a favor de la inteligencia y de la sensibilidad. En definitiva, del ser totalizador en que consiste la criatura humana. Nuestra mente pide y exige significaciones. O, lo que es lo mismo, luz que otorgue traducción humanizada a lo que vemos, a lo que tocamos y a lo que, en último término, ejerce el juego desconcertante de ocultarse. Somos mineros y de ahí no pasamos.

La obra *Sobre la Vida Nueva* de Antonio Colinas avisa y nos muestra el terreno que pisamos, el túnel en el que nos movemos. Que no deja de tener sus peligros, sus desnortes y sus cegueras. Pero que es eso: una leal, una entrañable y hermosa guía en la tiniebla que nos constituye. □

RESUMEN

Un penetrante análisis de Antonio Colinas de una obra de Dante, en el que el italiano vuelca su pasión no cumplimentada por Beatrice, llevándole a las más altas reflexiones místicas y metafísicas, le permite al propio

comentarista, Domingo García-Sabell, terciar en algunas de las cuestiones planteadas: por ejemplo, la indisoluble ligazón entre lo que es materia física y lo que es espíritu inaprensible.

Antonio Colinas

Sobre la Vida Nueva

Nobel, Oviedo, 1996. 227 páginas. 2.100 pesetas. ISBN: 84-87531-60-1.

El jardín de los agustinos

Por Carlos Gancedo

Carlos Gancedo (Madrid, 1940) es Profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, adscrito al Instituto de Investigaciones Biomédicas. Se ha dedicado a la investigación sobre la bioquímica y la genética de levaduras, habiendo publicado varios trabajos originales sobre este tema.

La ciudad era importante y a lo largo de su historia había sido sacudida por diversas guerras: la de los husitas, la de los Treinta Años y las campañas napoleónicas. Austerlitz, escenario del gran triunfo de Napoleón en la guerra de los tres emperadores, se encuentra a pocas leguas de ella. Los Habsburgo encerraron en una fortaleza de esa ciudad a los Carbonari italianos, entre ellos a Silvio Pellico, y en algunas páginas de *Mis prisiones* ha quedado reflejada la dureza de los torreones de la fortaleza de Spilberk. En un establecimiento de enseñanza secundaria de esa ciudad ejerce como profesor de física y ciencias naturales un joven religioso de mediana estatura, anchas espaldas y algo corpulento, con una frente despejada y ojos azules que brillan amablemente a través de sus gafas de aros dorados. Este profesor prefiere que sus alumnos muestren un vivo interés por las materias que trata a que conozcan una gran cantidad de datos. Alaban sus alumnos su manera de enseñar y reconocen su trabajo concienzudo, su justicia y su amabilidad. Y, sin embargo, este buen profesor no superó sus exámenes de aptitud docente. Su ejercicio de física sobre las propiedades del aire y el origen de los vientos fue bien calificado; el de geología sobre las rocas ígneas se consideró deficiente, y el de zoología fue todavía peor. Se consideró que «la parte del tema referente a la utilidad de los animales desde el punto de vista industrial o médico está tratada de una manera infantil. El candidato parece no dominar el lenguaje técnico, nombrando todos los animales con palabras del alemán vulgar, evitando la nomenclatura sistemática. Además, el estilo no es el que convendría a un profesor». En los exámenes orales no le fue tampoco muy bien, ya que se juzgó que aunque «el candidato ha estudiado diligentemente, le faltan conocimientos y lo que sabe no lo sabe con claridad». Sin embargo, el nombre de este profesor de instituto iba a ser conocido universalmente, ya que con el trabajo que realizó fuera de sus actividades docentes sentó las bases de una rama de la Biología que ha resultado tan importante como para afectar incluso a la manera en que los humanos ven su situación en el mundo. Ese profesor de física y ciencias naturales de aquel establecimiento de enseñanza secundaria de la ciudad de Brünn era el fraile agustino Gregor Mendel.

El siglo XIX ha producido una serie de personalidades extraordinarias que han marcado rumbos y modos de pensar tanto en filosofía como en las ciencias. Un público amplio conoce algo de la obra y la vida de algunas de estas figuras, por ejemplo de Marx, de Pasteur o de Darwin, cuya caricatura sigue apareciendo en las etiquetas de las botellas de un anís español. No sucede lo mismo en el caso de Mendel: su obra permaneció, si no ignorada, incomprendida durante casi treinta años, y de su vida pocos podrían decir algo. Este hombre, que tuvo un papel de relieve en la vida científica y política de su ciudad, era al parecer una persona introvertida que en la primera página de un libro que poseía escribió: «el que no sabe estar solo no está en paz consigo mismo», y no dejó mucha información acerca de su persona. No ha habido muchas biografías bien documentadas de Mendel; la clásica de Iltis data de 1923, y después de ella quizá la siguiente sea la pu-

blicada por Vitezslav Orel que origina este comentario. Esta biografía está escrita por una persona que fue director del Mendelianum de Brno (Brünn en la época de Mendel) y que ha manejado una serie de documentos y publicaciones que le permiten presentar una imagen de Mendel situada tanto en su entorno intelectual como en el material, haciéndonos partícipes de la influencia que diversos acontecimientos ejercieron sobre la obra del agustino. En el comentario que sigue he escogido algunos puntos que parecen importantes en el esquema general del libro, y al margen del libro presento algunas reflexiones provocadas por su lectura.

La familia y el monasterio

Mendel nace en 1822, el mismo año que Pasteur, y como él en una familia humilde. Sus padres son campesinos en el pueblo de Heizendorf, y tres días a la semana deben prestación personal al señor. Sin embargo, han podido construirse una casa de ladrillo y tienen además un huerto en el que el padre se dedica a injertar árboles frutales. Johann Mendel —todavía no se llama Gregor— heredará algún día la pequeña hacienda y por eso tiene que ayudar a su padre en las tareas agrícolas. Johann asiste a la escuela, donde enseña un sacerdote que había sido profesor en un curioso establecimiento de enseñanza fundado por una condesa partidaria de los francmasones y de los ideales de la Ilustración. En esa escuela los niños aprenden ciencias naturales muy cerca de la naturaleza, y a los que parecen más dotados se les envía a un instituto (Gymnasium) a otra ciudad situada a unas cuantas leguas. No es fácil para los padres de Mendel, en una situación económica difícil, abandonar la idea de que continúe en la granja familiar y vaya al instituto, pero finalmente acceden. En un documento autobiográfico cuenta Mendel en tercera persona cómo «al salir del Gymnasium en 1840 su primer problema fue el asegurarse los medios necesarios para continuar sus estudios. Para ello realizó varios intentos de colocarse como tutor particular, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles por falta de amistades y referencias. La pesadumbre de ver estas esperanzas defraudadas y la angustia ante el negro futuro le afectaron de tal manera que enfermó y tuvo que retirarse un año a casa de sus padres para restablecerse». Los padres acaban cediendo la granja a una hermana de Johann con la condición de que ésta le entregue una modesta suma durante el tiempo que durasen sus estudios en la Universidad de Olomouc (Olmütz). Allí estudia una serie de materias, entre ellas física que le apasiona. Pero surge de nuevo el fantasma de la inseguridad económica por lo que solicita admisión en el monasterio de Santo Tomás de Brünn. Es difícil y temerario opinar sobre la vocación religiosa de Mendel a falta de documentos personales o de testimonios de personas allegadas sobre este asunto; pero sí está claramente documentado que la labor de cura de almas no le fue agradable cuando se le asignó después de su ordenación. Parece que la idea de garantizarse una seguridad personal «beneficiosa para cualquier tipo de estudios» (sic) fue muy importante en la decisión de entrar en religión.

Un monasterio en la primera mitad del siglo pasado situado en el imperio austro-húngaro, medio destruido por los prusianos en el siglo XVIII en una guerra contra Austria, ocupado por los ejércitos de Napoleón a principios del XIX, no parece el lugar más adecuado para seguir una carrera científica como la que al parecer aspiraba Mendel. Hace ya mucho que los monasterios habían dejado de ser centros de saber, creadores de nuevas ideas; sin embargo, los cambios po-

líticos iniciados bajo José II alteraron la orientación de los monasterios y —aunque les crearon ciertos problemas— les ampliaron los horizontes intelectuales de forma inesperada. José II, el emperador ilustrado que emancipó a los judíos —incomprendido en su tiempo, juzgado hoy más positivamente por la historia—, había iniciado una reforma de los monasterios del imperio. Más de la mitad fueron suprimidos y los monjes tuvieron que asumir labores de clero secular, o trabajar en hospitales o centros de enseñanza. En esa línea, Francisco I, sucesor de José II, encarga a los monjes de Brünn la enseñanza de las matemáticas y los estudios bíblicos en el nuevo Instituto de Filosofía. En esta situación es nombrado abad una persona que parece poseer unas raras cualidades: culto, abierto, interesado por las ciencias. Decide el nuevo abad preparar a sus monjes para estar al día en los avances científicos, y para subvenir a las necesidades económicas del monasterio —entre las que se encontraba el pago de unas contribuciones a un fondo estatal— mejora las instalaciones de las granjas dependientes del monasterio introduciendo nuevos cultivos y mejorando las especies de frutales ya existentes, llegando a escribir un libro sobre el tema. Organiza también un jardín experimental en el monasterio y participa activamente en las reuniones de la Sociedad de Agricultura Local, la Asociación Pomológica y la Asociación de Criadores Ovinos. Así pues, cuando Mendel ingresa entra en contacto con una serie de personas interesadas por las ciencias, y estudia, aparte de la teología, ciencias agrícolas, que eran obligatorias para los novicios. Es en esos cursos donde aprende la técnica de la polinización artificial. Después de ese período de tiempo, Mendel comienza a enseñar en un instituto, y es en esa época cuando tiene lugar su fracaso en los exámenes pedagógicos mencionado al principio. A pesar del fracaso y en vista de su poca aptitud para el trabajo en una parroquia, el monasterio decide enviarle a la Universidad de Viena. Allí estudia con el físico Doppler —nombre ligado a un fenómeno ondulatorio— y con su sucesor Etinghausen, que había publicado poco tiempo antes un libro sobre análisis combinatorio y colaborado en otro sobre física básica, donde se ponía gran énfasis en la importancia de expresar mediante generalizaciones matemáticas los resultados experimentales. No parece muy osado pensar que estas enseñanzas influyeron profundamente en la formulación de los posteriores trabajos de Mendel. Mendel dejó la Universidad en 1853, pero no se presentó a los exámenes, lo cual parece que no le impidió comenzar a dar clases de ciencias naturales en un nuevo instituto. Es en esa época cuando comienzan sus investigaciones sobre la hibridación de las plantas usando los guisantes como modelo.

La genialidad de Mendel

Aparentemente, Mendel tenía pensado un tema de investigación sobre plantas híbridas y la transmisión de caracteres a través de las sucesivas generaciones. No está claro que se dispusiera a elucidar las leyes de la herencia; sin embargo, la naturaleza del asunto y las disposiciones que tomó para su estudio hicieron que las conclusiones de su investigación hayan sido consideradas como el fundamento de una nueva y potente rama de la biología.

El fenómeno de la transmisión de una serie de rasgos —la heredabilidad de unos caracteres— es tan llamativo que hay referencias a él desde la antigüedad más remota. Jacob aparecía sus ovejas junto a unas ramas de ave llano peladas con la intención de que los corderos heredaran un cierto color y poder separarlos así del rebaño de Labán. A lo largo de

los siglos se proponen distintas ideas para explicar la heredabilidad de los caracteres. Pero las semejanzas o diferencias entre individuos relacionados tienden a considerarse tanto por el vulgo como por los estudiosos de la herencia de una forma global; así Goethe, uno de los últimos genios universales interesados activamente por numerosas materias, escribe en el libro VI de su obra *Ondinas amables* (*Zahme Xenien*): «De mi padre tengo la estatura y la conducta sería de la vida; de mi madrecita, la alegría por la vida, el gusto de contar historias» («Von Vater habe ich die Statur und des Lebens ernstes Führen; von Mütterchen die Frohnatur, die Lust zum Fabulieren»). Hoy sabemos que la mayoría de los rasgos que se observan a primera vista en un organismo son el resultado de la interacción de diversos factores y que, por tanto, es imposible seguir su herencia estudiándolos como un conjunto. Dos aspectos del trabajo de Mendel muestran su genialidad. Uno de ellos fue el comprender que sólo se podría avanzar en el estudio de la transmisión de caracteres («Merkmale») considerando caracteres simples, concretos y prescindiendo de la transmisión global de los rasgos característicos de la especie. Aunque ya Descartes, en su *Discurso del método*, había escrito que una de las maneras de resolver un problema era dividirlo en tantas parcelas elementales como fuese posible, esta idea no había calado entre los naturalistas, que consideraban su objeto de estudio distinto de los demás porque trataba de la vida. Fue necesaria la acción de una serie de grandes figuras para despojar a los estudios sobre los seres vivos del aura que les confería la palabra vida.

Mendel escogió algunos caracteres hereditarios aislados y se propuso observar cómo se transmitían a la descendencia. Cruzando entre sí individuos que presentaban diferencias en esos caracteres concretos pudo observar a lo largo de generaciones cómo se comportaban esos caracteres en la descendencia.

Desde el principio de su estudio, y así lo manifiesta en la introducción de su trabajo *Versuche über Pflanzen Hybriden*, Mendel tuvo la idea de que no podría llegar a ninguna explicación razonable de la transmisión de los caracteres sin la utilización de un gran número de plantas experimentales para eliminar cualquier posibilidad de efectos debidos al azar.

El otro aspecto genial fue el de examinar cómo caracteres cualitativos se distribuían de una forma cuantitativa y el aplicar la teoría combinatoria para explicar los resultados de esa distribución en la progenie resultante de los cruces sucesivos.

Mendel utiliza para sus estudios guisantes cuyas semillas son de distinto color, verde o amarillo. Pacientemente ha seguido la constancia de esos colores durante varios años para convencerse de que son colores puros antes de usarlos para sus experimentos. Cruza plantas de semillas verdes con plantas de semillas amarillas y observa que toda la progenie produce semillas amarillas. Es como si el carácter amarillo dominase al carácter verde. Pero si se autofecundan estas plantas, aparecen de nuevo guisantes verdes en su progenie, tres veces más amarillos que verdes. Es decir, el carácter verde no había desaparecido. Este mismo resultado de aparente desaparición de un carácter en la primera generación y reaparición en la segunda en la proporción 3 a 1 lo observa también con otros caracteres en el cruce de plantas con semillas lisas y plantas con semillas rugosas. ¿Qué quiere decir esta desaparición-reaparición y la proporción que se encuentra siempre en los cruces de plantas con dos caracteres diferentes? Es aquí donde Mendel propone la



Viene de la página anterior



21^{ava} Färner 1872.
Gregor Mendel
1864

Rehor Mendel
Opát

La firma de Mendel en alemán y en checo.

hipótesis de la separación de los caracteres en las células reproductoras: si el carácter verde se separa del amarillo en los óvulos y en los granos de polen, pero se conserva de alguna manera; si la probabilidad de que las células reproductoras reciban el carácter verde es la misma que la de que reciban el carácter amarillo; y si la fecundación se hace al azar, está claro que puesto que amarillo domina a verde, la proporción esperable en la segunda generación es de tres amarillos por uno verde. Y se puede deducir también que entre los guisantes amarillos habrá amarillos puros y otros amarillos híbridos cuya descendencia se escindirán otra vez en la proporción de 3 a 1 en amarillos y verdes.

La misma hipótesis la aplica Mendel al caso de cruces en los que estudia la herencia de dos caracteres, por ejemplo verdes redondos y amarillos rugosos, y ve que los resultados son consistentes con la hipótesis de separación al azar de los caracteres en las células reproductoras.

Numerosos autores han analizado desde muchos puntos de vista el trabajo de Mendel, desde considerar sus posibles ideas preconcebidas hasta plantear la cuestión de si amañó o no sus resultados. Desearía mencionar un aspecto que me parece importante desde el punto de vista del denominado método científico: la elección del material experimental. En los párrafos iniciales de su trabajo, Mendel escribe que «el valor y la utilidad de cualquier experimento están determinados por la adecuación del material a la finalidad para la que se usa», algo similar a lo que Claude Bernard escribiría en su *Introducción al estudio de la medicina experimental*: «... en la investigación científica los menores procedimientos son de la mayor importancia. La elección feliz de un animal, un instrumento construido de determinada manera, el empleo de un reactivo en lugar de otro, son suficientes para resolver las cuestiones más arduas». Mendel elige el guisante porque esta planta se autofecunda, lo cual facilita el trabajo del estudio de los híbridos, pero al mismo tiempo no es difícil fecundar artificialmente para cruzar dos plantas con caracteres diferentes. Y en su elección tuvo una buena dosis de suerte, ya que posteriormente el uso de otra planta, el hieracium —con unas características muy particulares en su reproducción—, le hizo concebir dudas sobre la validez de sus ideas.

Fracaso y triunfo de Mendel

Mendel expone sus trabajos en la Sociedad de Historia Natural de Brünn el 8 de febrero y el 8 de marzo de 1865; al final de la exposición no hay una sola pregunta. La aparición de la matemática en un trabajo sobre hibridación parecía una elucubración extraña, una más en la historia de la interpretación de la transmisión de los caracteres hereditarios. El trabajo se publica en la revista de la Sociedad, que tiene una cierta difusión: se ha encontrado en al menos 120 bibliotecas. Además, Mendel envía una serie de separatas a distintas personas, entre ellas a Carl Wilhelm von Nägeli, botánico suizo profesor en Munich, que se dedica precisamente a estudios sobre hibridación; mantiene un intercambio epistolar con él, incluso le envía algunas semillas, pero los guisantes desaparecen pronto de la correspondencia.

En vida de Mendel sólo aparece citado su trabajo una vez en 1881 en un libro titulado *Los híbridos vegetales* (*Die Pflanzenmischlinge*). La cita dice que Mendel «creía haber encontrado relaciones numéricas constantes entre los tipos producidos por hibridación». Esta cita es importante, ya que gracias a ella, cuando a lo largo de 1900 Hugo de Vries, Carl Correns y Erich Tschermak

descubren independientemente la segregación de los caracteres trabajando sobre diversas plantas, se enteran de que 35 años antes un monje en Brünn había observado lo mismo y había sabido interpretarlo.

Una pregunta que parece obvia al considerar la historia de lo que se ha venido a llamar las leyes de Mendel es la de por qué se ignoró el trabajo de Mendel y se aceptaron inmediatamente las conclusiones de De Vries, Correns y Tschermak, que venían a decir lo mismo. Una explicación posible es que el trabajo de Mendel no se podía adaptar a las estructuras de pensamiento aceptadas en su época, mientras que los otros trabajos sí. En un artículo titulado «Anticipación y singularidad en el descubrimiento científico», el genético G. Stent hacía observar que, para la mente, la realidad es un conjunto de estructuras elaboradas a partir de los datos primarios obtenidos en la observación del mundo real y que un conjunto de datos primarios sólo logra un significado si es coherente con una estructura ya preexistente en la mente. El conocimiento canónico es simplemente el conjunto de estructuras superiores preexistentes con las que los nuevos datos científicos se hacen congruentes. Si los nuevos datos no pueden transformarse en una estructura congruente con el conocimiento canónico, van a una vía muerta; no contienen significado hasta que no se logra convertirlos en una estructura congruente con el canon. Posiblemente esto es lo que ocurrió con las ideas de Mendel: no había forma de hacerlas concordar con el canon de la época. En cambio, los resultados de los otros investigadores citados encontraron estructuras mentales distintas, modificadas por nuevos descubrimientos e interpretaciones surgidos en las últimas décadas del siglo XIX.

Se tiene también la impresión, al leer la correspondencia de Mendel con Nägeli, de que el agustino no luchó demasiado por la aceptación de sus datos. Podemos preguntarnos, en un arriesgado ejercicio mental: ¿se dio cuenta realmente Mendel de la trascendencia de su descubrimiento? Esto es algo que no sabremos nunca. Lo que es cierto es que Mendel no aparece intentando difundir sus ideas de la forma en que Pasteur disemina y defiende las suyas. Y la ciencia tiene una parte muy importante de comunicación, de hacer ver los resultados. A pesar de esa falta de difusión, cuarenta años después de la publicación de su trabajo el nombre de Mendel está ya asociado con una determinada forma de interpretar los mecanismos de la herencia que es aceptada por todos los estudiosos de la materia.

La genética, la política, la sociedad

Teniendo en cuenta la importancia de la transmisión a la descendencia de una serie de caracteres, no es de extrañar que sistemas políticos conceptualmente distintos hayan intentado utilizar los descubrimientos de la genética en apoyo de sus ideas. Mencionemos como ejemplos el movimiento eugenista y la persecución de los científicos contrarios a la idea de la transmisibilidad de los caracteres adquiridos. Ambos alcanzan su clímax en estados totalitarios. El eugenismo, muy pujante en la primera mitad de este siglo en los Estados Unidos (entre 1911 y 1934 se aprueban en 30 estados leyes que regulan los matrimonios interraciales), culmina su influencia en Europa con las leyes nacional-socialistas alemanas de eliminación de disminuidos y de «razas inferiores». Mientras que del eugenismo se ha escrito mucho, es menos conocida la persecución de los científicos que rechazaban la transmisión de los caracteres adquiridos. Es éste un episodio trágico de la

biología soviética, que acabó con los estudios rigurosos de genética no sólo en la URSS, sino en los países europeos de su área de influencia. El comienzo de esta historia podría situarse hacia 1924 con la publicación de un libro titulado *La herencia de los caracteres adquiridos* en el que aparentemente se demostraba en el sapo partero la heredabilidad de una pigmentación adquirida. El autor de los trabajos se suicidó dos años después, al descubrirse que la base científica del libro había sido un fraude cuyo perpetrador no fue claramente identificado. Pero el libro tuvo éxito y una traducción rusa llamó la atención del ministro de Cultura y Educación, A. Lunacharsky. Estaba claro que la heredabilidad de los caracteres adquiridos era muy importante para la forja de un nuevo tipo de sociedad. Se iniciaron discusiones sobre ese problema y sobre la existencia de genes como portadores de los caracteres hereditarios y bastante pronto el debate se desplazó al terreno ideológico. Como suele ocurrir cuando faltan argumentos, uno de los grupos implicados recurrió a las descalificaciones personales y una serie de genéticos fueron tildados de «mencheviques idealistas», lo cual tuvo consecuencias graves en un plazo muy corto. En ese momento entra en escena Lyssenko, un agrónomo ambicioso que pretende haber desarrollado métodos que permiten la transmisión de caracteres adquiridos, lo cual se traduciría en un rápido incremento en los rendimientos de la agricultura soviética. Sus trabajos fueron ignorados o rechazados por los partidarios del mendelismo, pero el rechazo de los científicos no pudo nada contra el «¡Bravo, camarada Lyssenko, bravo!», pronunciado por Stalin en una sesión del Congreso de granjas colectivas. Aquella exclamación determinaría el futuro de la genética soviética. Según la ortodoxia dominante, la herencia era una propiedad difusa de la materia y no podía localizarse en los cromosomas. Vavilov, un famoso genético de plantas moría en prisión; otros correrían parecida suerte y muchos más perdieron la posibilidad de trabajar en su campo por ser «mendelistas». Poco después del fin de la segunda guerra mundial, Lyssenko y sus partidarios lograron imponer su teoría a toda la biología soviética después de una tormentosa sesión de la Academia Lenin de Ciencias Agrícolas. Lo más grotesco de este episodio es que, en Occidente, los partidos comunistas impusieron entre sus simpatizantes la misma teoría y en Francia Louis Aragon —inicialmente escritor surrealista— escribía que «... en la URSS la lucha encarnizada desencadenada por los mendelianos contra los michurinianos [grupo de Lyssenko] no es considerada por éstos ni por Lyssenko como una lucha biológica-científica, reducida al grupo de los biólogos, sino que se considera naturalmente una lucha sociológica por parte de los científicos que están bajo la influencia de la burguesía...». Entre los biólogos miembros de partidos comunistas europeos, probablemente sólo Haldane, un ilustre genético británico, defendió la genética mendeliana. Los demás prefirieron la consigna a los hechos. En un prólogo a un libro

sobre el caso Lyssenko, Jacques Monod se preguntaba por la razón de esta conducta por parte de personas que no tenían que temer por su vida o por su trabajo, a diferencia de lo que pasaba en la URSS. La conclusión de Monod era que esas personas se encontraban frente a un terrible dilema: si el partido omnisciente se equivocaba en algo tan burdo, ¿no se podría equivocarse en otras cosas? Y si esto era así, ¿dónde buscar una certeza ideológica? Terrible conflicto de todo aquel que confía ciegamente en dogmas totalitarios de cualquier signo.

Estos ejemplos muestran la influencia de la genética en la política y en la sociedad, influencia que vuelve a hacerse patente con los nuevos avances de la genética molecular. La manipulación de genes nos coloca ante una serie de problemas éticos que conciernen a todos y que exigen decisiones que sólo una sociedad civil educada en la ciencia podrá tomar adecuadamente.

¿Sabemos más sobre Mendel?

Volviendo al libro que nos ha ocupado, ¿qué es lo que nos ofrece en concreto sobre Mendel, su entorno y su obra? Durante su lectura se puede percibir el ambiente científico alrededor de Mendel, conocer el estado de un campo de la ciencia en esa época y sentir la atmósfera de curiosidad científica prevalente en una pequeña ciudad centroeuropea en un momento en el que se esperaba mucho de la ciencia y en el que había un imperioso deseo de descubrir la esencia de los fenómenos naturales para dominar a la naturaleza. Asimismo se puede intuir el ambiente político de la época, alrededor de la revolución de 1848, y de la génesis de los nacionalismos que andando el tiempo destrozarían el mosaico de la imperial monarquía austrohúngara. También nos enteramos de otras actividades menos conocidas de Mendel, meteorólogo notable, apicultor y abad de su monasterio. En relación con los variados trabajos de Mendel quizá se hubiesen podido aligerar comentarios sobre aquellos que no han resistido el paso del tiempo, echándose de menos, en cambio, una reproducción al menos de las partes más importantes del trabajo clave sobre los cruces de los guisantes, al que con justicia se le dedica un amplio comentario. En un libro en inglés como éste se hubiese podido incluir la traducción clásica del genético Bateson, que no ocupa más de veinte páginas. También en el capítulo titulado «La génesis de una teoría», en el que se consideran diversos juicios sobre la obra de Mendel, se hubiese apreciado una escritura más fluida, así como una toma de posición del autor ante las diferentes opiniones. A pesar de estos posibles defectos, el libro es útil para personas interesadas por la biología y por el origen de una de sus ramas más pujantes. Pero seguimos sin conocer muy bien a Mendel desde un punto de vista personal, y teniendo en cuenta la privilegiada posición del autor en cuanto a documentación sobre el agustino, probablemente esto es lo más que podremos saber. □

RESUMEN

En el libro del que se ocupa Carlos Gancedo se intenta presentar la obra de Gregor Mendel centrada en su entorno, mostrando las influencias de éste y la trayectoria intelectual del agustino. Asimismo se consideran distintas facetas de su vida y la repercusión

ulterior de un trabajo científico que hizo que su nombre sea hoy reconocido como el del fundador de la genética, a pesar de que su figura no sea tan popular como otros científicos contemporáneos suyos, como Pasteur o Darwin.

Vitezslav Orel

Gregor Mendel. The first geneticist

Oxford University Press, Oxford-Nueva York-Tokio, 1996. 363 páginas. 49,95 dólares. ISBN: 0-19-854774-9.

Je cherche à comprendre

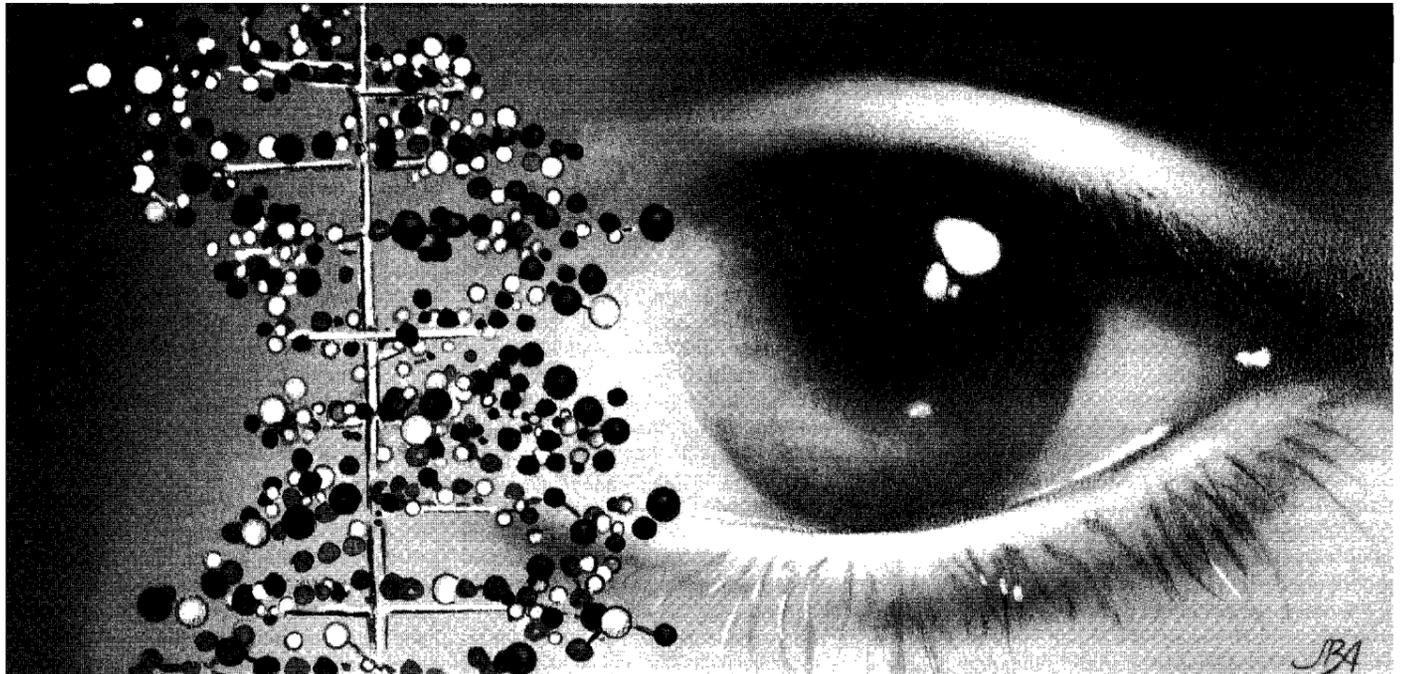
Por Francisco García Olmedo

Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es licenciado en Química y doctor ingeniero agrónomo; es catedrático en la E.T.S. de Ingenieros Agrónomos de Madrid, donde dirige un grupo de investigación sobre biología de plantas. Es miembro de la Academia Europæa.

Hace ya casi dos décadas, viví durante varias semanas bajo el influjo estimulante de un libro singular. Ahora traigo a la atención del lector una edición ampliada –recién aparecida– de dicho libro. Se trata de una historia testifical del inicio de lo que ahora ya podemos discernir como la más importante revolución científica desde la que se inició con Newton. Su autor, el americano Horace Freeland Judson, merece el lugar de honor en esta reseña porque representa un modelo de comunicador digno de emular para los que pensamos que la ciencia debe ser una parte integral de la cultura.

No es éste un ejemplo típico de libro popular escrito por un científico, que afortunadamente empieza a estar al uso en estos tiempos, sino que es algo más raro, un libro de tema científico, semipopular y riguroso, magistralmente escrito por un periodista. Judson fue corresponsal residente en Londres y París de la revista *Time*, ocupándose de la crítica de teatro, arte, libros y ciencia, antes de escribir ensayos y libros sobre avances científicos recientes. Según cuenta el autor, la idea de este libro nació durante una visita al laboratorio de Max Perutz en 1968 y se expandió en 1969, por consejo de Jacques Monod. A lo largo de la década que transcurrió hasta su publicación, Judson registró más de un millón de palabras de entrevistas con los actores de la historia: más de 120 científicos, algunos de los cuales fueron entrevistados repetidas veces. Éste es el sustrato principal del libro, pero no el único, ya que el autor tuvo acceso a los archivos y correspondencia inédita de los principales científicos, tales como Francis Crick, Sydney Brenner o Jacques Monod, así como, en aspectos clave, a los diarios de laboratorio. El manuscrito, en fin, fue siendo leído y corregido en sucesivos borradores por varios de los protagonistas. Todo esto explica el singular resultado: voces y personalidades fielmente retratadas, al tiempo que integradas de forma equilibrada en un conjunto coral vivo y asequible.

La historia se organiza en torno a tres puntos focales: la determinación de la estructura del DNA, el descubrimiento de que el RNA es el intermediario en la expresión génica y el descifrado de la clave genética. La primera escena transcurre en mayo de 1968: el autor comparte un taxi londinense con Perutz y tienen una conversación en la que se refieren, entre otras cosas, al enfado de la mayor parte de los colegas de J. D. Watson ante la publicación de *The Double Helix*, libro en el que la impudicia y el arte narrativo brillan a la misma altura. La primera edición



JUAN RAMÓN ALONSO

de *The Eighth Day of Creation* terminaba con las últimas palabras inteligibles que Monod pronuncia en el lecho de muerte: *Je cherche à comprendre*. En su actual edición ampliada se han incorporado al libro un largo epílogo, que cubre los desarrollos más importantes de la biología molecular hasta el presente, y dos apéndices en los que el autor trata de ajustar posiciones sobre las contribuciones de Rosalind Franklin y Erwin Chargaff, respectivamente.

El descubrimiento de la estructura del DNA por Watson y Crick en 1953 constituye, sin duda, el acontecimiento más importante en la investigación biológica durante el siglo XX. En primer lugar resalta la heterodoxia creativa y los geniales atajos experimentales que llevaron al resultado: con datos cristalográficos incompletos imaginaron un modelo estructural tan bello que tenía que ser real. Este elemento de realidad adivinada, de gran predicción, que no se había producido antes en la misma medida en toda la historia de la investigación biológica, fue una de las aportaciones de los numerosos físicos que cambiaron su hábito por el de biólogos.

A la belleza formal del modelo estructural propuesto para el DNA había que añadir dos características importantes: su generalidad y su capacidad de sugerencia en términos de mecanismos genéticos. En efecto, la estructura propuesta representaba a todas las moléculas de DNA en mayor medida que las estructuras tridimensionales de las proteínas hemoglobina y mioglobina –respectivamente determinadas por Perutz y Kendrew– representaban a todas las proteínas. Y de modo similar, las estructuras de estas proteínas eran menos sugerentes respecto a sus funciones que la del DNA. Así, el histórico trabajo que se publicó en la revista *Nature* (171, 737-738, 1953) termina con esta

célebre frase: «It has not escaped our notice that the specific pairing we have postulated immediately suggests a possible copying mechanism for the genetic material».

La búsqueda de la clave genética parte de una idea que se explicita en un trabajo de Watson y Crick publicado en la misma revista tan sólo un mes más tarde: la información genética debe estar codificada por la secuencia precisa de las bases (A.T.G.C.) que constituyen el DNA. Es decir, se intuye que debe existir una correspondencia entre el lenguaje del DNA, escrito en un idioma de cuatro signos que se repiten en aparente desorden, y el lenguaje de las proteínas, escrito con 20 signos (20 aminoácidos) que se repiten en un orden distinto para cada proteína. Algunos de los hitos más notables de esta etapa son de resaltar: la demostración por Crick, Brenner y colaboradores de que la clave consiste en que cada 3 nucleótidos de la secuencia del DNA determinan 1 aminoácido en la secuencia de la proteína correspondiente, trabajo que, según dice John Maddox en el prefacio, puede haber sido el más elegante que la revista *Nature* haya publicado nunca; la selección intuitiva por Watson y Crick de los 20 aminoácidos realmente involucrados en la estructura de las proteínas (comprobada más tarde); la predicción por Crick del papel de los tRNA, moléculas adaptadoras que permiten la traducción entre los dos lenguajes; la predicción por Jacob y Monod –en discrepancia con Crick y Brenner– de la existencia del RNA mensajero; y la dilucidación de la clave genética, capitaneada por los grupos de Nirenberg y de Ochoa.

Una ciencia despersonalizada: 1970-1995

En las aportaciones que hemos reseñado se da la paradoja de que, siendo fruto de un esfuerzo concertado y armónico de científicos de varios países, representan probablemente la última oportunidad –por mucho tiempo– en que brillarán plenamente las grandes individualidades en la investigación biológica. Según Judson, el clima científico de la etapa posterior es radicalmente distinto. La edad de la inocencia –de los medios modestos y de las ideas grandes, del intercambio relativamente libre y de la gozosa creatividad compartida– ha dado paso a una etapa de secretos, competitividad feroz y malas maneras, de la mano de una invasión del templo aca-

démico por parte de los intereses comerciales. Esto no es óbice para que los progresos realizados hayan dado lugar a un fin de siglo deslumbrante: la invención de la ingeniería genética, los avances del estudio del desarrollo de los organismos o de las investigaciones inmunológicas y neurológicas, la implementación de programas para secuenciar el genoma humano y otros genomas, y el desarrollo de una nueva industria de grandes dimensiones constituyen los elementos más salientes de este panorama.

Aunque el autor presenta sin duda un gran equilibrio de puntos de vista y un impecable método en el acopio de información, no ha podido evitar trabar amistad y ser subyugado por algunas de las personalidades consultadas, tal como queda reflejado en el registro de entrevistas y conversaciones que aparece al final del libro. Así, las opiniones de Jacob, Monod, Watson, Crick, Brenner y, sobre todo, Perutz impregnan toda la narración, y su forma de hacer ciencia es resaltada no sin justicia, pero sí con una minusvaloración implícita de las contribuciones de personalidades tan variadas como puedan ser McClintock, Nirenberg o el mismo Ochoa. La comunidad intelectual que Crick ha denominado «El círculo mágico», la que en algún momento instituyó el «RNA Tie Club», cuyo esnobismo se materializó en una corbata con una molécula de RNA como emblema, ha quedado retratada para la posteridad por alguien que se propuso conocerla a fondo. Nadie olvidará ya la figura de ese héroe del siglo XX que fue Monod: en California, en compañía de Ephrusi, quien se desespera cuando su joven discípulo desdeña las enseñanzas del gran Morgan, mientras crea y dirige una orquesta de cámara –*La Cantate*– que tiene gran éxito entre la buena sociedad de Pasadena; en la dirección de la resistencia francesa; abandonando temprano el partido comunista; haciendo ciencia en el Instituto Pasteur; curando heridos en las barricadas del 68; como autor de *El Azar y la Necesidad*; al timón de su velero; en el lecho de muerte. □

En el próximo número

Artículos de *Elías Díaz*, *Jesús Villa Rojo*, *Felipe Mellizo*, *Francisco Abad*, *José Manuel Sánchez Ron* y *Sixto Ríos*.

RESUMEN

García Olmedo, que ya hace veinte años vivió el influjo estimulante que le produjo la primera edición de la obra que ahora, ampliada y puesta al día, ha vuelto a leer, sigue considerando que se trata de un libro extraordinario que recoge los más impor-

tantes avances biológicos de este siglo y que aún rigora científico con calidad literaria. No es un texto popular escrito por un científico, sino un libro de tema científico magistralmente escrito por un riguroso periodista.

Horace Freeland Judson

The eighth day of creation. Makers of the revolution in Biology

Cold Spring Harbor Laboratory Press, Nueva York, 1996, 704 páginas. 39 dólares. ISBN: 0-87969-478-5.

Unamuno: la tragedia de la filosofía

Por Elías Díaz

Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid y director de la revista de pensamiento Sistema. Es autor, entre otros libros, de Estado de Derecho y sociedad democrática, Revisión de Unamuno. Análisis crítico de su pensamiento político y Los viejos maestros: la reconstrucción de la razón.

Romanticismo «versus» Ilustración. Historicismo «versus» racionalismo. Pre/posmodernidad «versus» modernidad. Pueden ayudar estas correlaciones, pero es verdad también que el mundo, la realidad, no son sólo así de dualistas. Precisamente por eso, ¿dónde y cómo situar, en esa escala, las actitudes más justas, las respuestas más válidas e, incluso, más eficaces, las propuestas más inteligentes –se les denomine de un modo y otro, aunque nunca soluciones definitivas y absolutas–, ante la fuerte confrontación entre esos dos polos de inevitable pero desigual referencia que se designan aquí como filosofía (concepto, razón) y como tragedia (sentimiento, pasión)?

Los quiasmos con una y otra son casi siempre fáciles de establecer. Lo difícil, ya que depende asimismo de las circunstancias concretas y de los problemas específicos (del arte a la ciencia), es acertar sobre aquellas coordenadas de determinación y composición entre razón y pasión. Pues sin pasión no se hace nada, al menos nada que valga la pena; pero sin razón todo puede acabar en un auténtico desastre, en una real y verdadera «tragedia».

Esas son precisamente las categorías básicas –Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno– que, como resume el subtítulo, vertebran esta muy completa e intensa biografía cordial e intelectual de aquél, elaborada por Pedro Cerezo (catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada) con sereno estudio y profunda meditación bajo el, a su vez, significativo título de *Las máscaras de lo trágico*. Al hilo sistemático de ello, de una larga y difícil época, de una compleja y poliédrica obra, las de Unamuno en su plural y hasta contradictoria personalidad, se despliega –como resalta Pedro Laín Entralgo en su muy aquiescente prólogo– «el vasto, vario y hondo contenido de este libro»: desbordante de preocupaciones teológicas, reflexiones filo-



FUENCISLA DEL AMO

sóficas, referencias históricas, literarias y políticas, conocimientos e informaciones que enriquecerán sin duda a todo buen lector de él. Entreveradas con tales indagaciones no podían faltar en su autor, claro está, las valoraciones críticas de uno u otro signo, los juicios de valor más o menos fundidos (aunque nunca confundidos) con los juicios de hecho, si bien evitando en todo momento el simplismo de «una hermenéutica más propensa a juzgar que a comprender».

Comprensión e identificación

Unamuno –lo sé, como tantos otros, por propia experiencia– es autor que capta al lector, que sabe entrar en su ánimo y hacerse con él, aunque también incite y provoque la protesta y el enfrentamiento. Me parece que entre esos dos impulsos (con zonas de mediación) Pedro Cerezo ha aceptado dejarse llevar mucho más por el primero, la íntima, poética, casi religiosa vibración en él y con él, que por el segundo, el distanciamiento o la unamuniana oposición «contra esto y

aquello», incluido –¿por qué no?– contra el propio Unamuno. Un colega filósofo, José Luis Molinuevo, tras destacar con acierto en su comentario a aquél «no sólo la clave poética, sino el fondo e interés predominantemente religioso que se aprecia en el libro», subraya asimismo –y no puedo sino coincidir con él– que «la simpatía entre autor e intérprete tiene a veces ejemplos de maravillosa simbiosis».

En esa línea veo yo aquí, en efecto, a Pedro Cerezo como en exceso identificado ahora con Unamuno, casi por completo –¿voluntariamente?– atrapado por él: ¿resultado de la larga y paciente convivencia? Su identificación implica en este caso lado positivo, minucioso conocimiento, profunda comprensión; pero a su vez, eso mismo le hace –yo diría– demasiado comprensivo con todo, con casi absolutamente todo, lo de aquél. Los reparos son menores o, por lo general, en temas menores. Pedro Cerezo comprende, en los dos sentidos de la palabra, todo lo que hace y dice Miguel de Unamuno: todo, o casi todo, se lo explica, se lo disculpa y se lo justifica (pienso, por ejemplo, en algunas de sus reacciones ante la Segunda República). Bien es verdad que esta metodología no positivista y esta actitud, además de intelectual, valorativa, siempre expresada con rigor y claridad, argumentada con talante abierto, medurado, no sólo tolerante, sino sumamente respetuoso con las opiniones de los demás, ofrece por ello mismo fructífero margen, grata oportunidad para la polémica, la crítica e, incluso, la discrepancia. A ellas recurro yo también, como se ve y cuando ha sido menester, en este comentario mío a su tan importante y esforzada obra.

Desde el inicio de ella, en las propias explicativas palabras con que abre su introducción (y también, por tanto, en el final, que es cuando prólogos e introducciones realmente se escriben), Pedro Cerezo se explaya sobre algunas implicaciones de esos dos ejes –filosofía y tragedia– que le sirven, quizás con algún riesgo de distorsión por equivalencia, no sólo para situar la obra de Unamuno, sino también la historia toda del pensamiento humano: «Entre filosofía y tragedia –escribe aquél– ha reinado siempre una violenta y áspera discordia. La filosofía ha reprochado a la tragedia el delirio incontinente que anula el rigor del concepto. Y la tragedia, a su vez, acusa a la filosofía de matar el espíritu del mito, sin el que no cabe creación genuina. Mito trágico y reflexión crítica parecen, pues, incompatibles y, sin embargo, indisolubles como la luz y la sombra. La tragedia –seguimos leyendo– tiene en la filosofía la contrafigura luminosa, apolínea, del optimismo de la razón, que confía en poder despejar alguna vez todo lo tenebroso y sombrío de la existencia. Y la filosofía, por su parte, encuentra en la tragedia su propia sombra, el límite terco de sus aspiraciones, con la fatídica advertencia de que el mundo inmarcescible de las ideas acabará también por hundirse en el caos del que ha surgido». (...) «Precisamente por ello –continúa Pedro Cerezo– los eternos enemigos no pueden desconocerse. No hay tragedia genuina si no logra desenmascarar las pretensiones absolutistas del logos, ni razón crítica que se niegue a enfrentarse con el espíritu trágico». (...) «En suma –concluye ¿equidistante?–, dialéctica y tragedia son los verdaderos antagonistas de la historia del pensamiento, aunque sólo de tarde en tarde se alcance entre ellos una coyuntura de reflexión».

La palabra y el mito

Éstos son, y así expresados, los términos de la cuestión en estas páginas de Pedro Cerezo. Pero ¿qué hacer –ahondando en ella– con esos antagonistas, con esos eternos enemigos irreconciliables y, parece, indisolubles? Aquél sitúa, y hace bien, a Unamuno en ese marco, no sólo español («desastre del 98»), sino más general, europeo y occidental («crisis de la razón»). Y en esa doble perspectiva, creo que el sentido y la orientación de su obra y de su biografía podría verse –por decirlo echando mano otra vez de esa referencia inicial mía a los quiasmos– como tránsito siempre agónico desde la filosofía de la tragedia hacia la tragedia de la filosofía; es decir, hacia un excesivo (aunque nunca total) dominio de la fe y la pasión sobre la ciencia y la razón.

Ése sería, al menos, el Unamuno más unamuniano: el que, siempre en lucha y contradicción consigo mismo, va a ir no linealmente desde la irrupción en su vida y pensamiento de la gran crisis espiritual de 1897



En este número

Artículos de

Elías Díaz	1-2-3	Francisco Abad	8-9
Jesús Villa Rojo	4-5	J. M. Sánchez Ron	10-11
Felipe Mellizo	6-7	Sixto Ríos	12

SUMARIO en página 2



Unamuno: la tragedia de la filosofía

(filosofía de la tragedia) hasta, simbólicamente, aquel 19 de julio de 1936 con su adhesión a los militares facciosos alzados en armas contra la República (tragedia de la filosofía). Sin rupturas absolutas, antes del 97 hubo en él ese —a mi juicio— importante tiempo y esa filosofía que Pedro Cerezo califica muy bien, aunque sin suficiente aprecio, como de «racionalismo humanista». Y al final, en aquel terrible verano del 36 y hasta el último día de ese diciembre en que muere en la Salamanca «nacional», la tragedia de la guerra incivil —he escrito en otras ocasiones— reabre la conciencia (ética, democrática) y la consciencia (intelectual, más racional) del viejo liberal que fue siempre Unamuno. Esa tragedia le hace repensar de nuevo su filosofía. O como él mismo lo expresa, con palabras que —pese a las reservas de Cerezo— también ahora, en esa penetrante circunstancia bélica, habría que tomar muy en serio: «La experiencia de esta guerra me pone —dice— ante dos problemas: el de comprender, repensar, mi propia obra, empezando por *Paz en la*

guerra y luego comprender, repensar, España». (Reenvío sobre ello a mi libro *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón*, Madrid, Alianza Editorial 1994, págs. 33-52.)

En esta magna obra, Pedro Cerezo ha hecho un enorme y para nada baldío esfuerzo de trascendencia metafísica y teológica por asumirlo todo, por ir más allá de lo empírico, de lo fraccionario, incluso de lo contradictorio, para penetrar en el fondo último del alma unamuniana. En esta reconstrucción, tal vez en alguna medida idealizada, se integran sin duda no pocos componentes fundamentales de aquél: la religión como clave de todo y para todo: cristianismo muy personal y, a su modo, popular; la agonía (lucha) y la tragedia (fe) siempre aleteando sobre él; la libertad, un profundo liberalismo ético y cultural, alterutra; la palabra, la originaria, la que es creación y no sólo reductiva razón; el mito que es necesario crear, y crearse, para la acción primordial; y, desde ahí, el poeta-profeta que, para España, Unamuno quiso ser.

Reproducir las propias palabras de Pedro Cerezo, una breve selección, es lo que mejor y más fielmente nos introducirá —creo— en el espíritu de tal reconstrucción: «Existir en la palabra, radicarse en ella, es tanto como hacer de la palabra la forma de la existencia. Aquí está la clave de la aspiración unamuniana a confundir vida y obra, existencia y poesía». (...) «Sí. El mito para Unamuno es la palabra constituyente que trae a la luz lo que se resiste en su sustracción, el fondo sin nombre inagotable. En este sentido es creación originaria y fundacional, invención/revelación de sentido y de valor. Construye poéticamente el mundo, en la medida en que acierta a dar un alma —intención o voluntad— a la autoexpresividad de lo real». (...) «El idealismo poético de Unamuno —señala aquél— es unitario con su idealismo ético-religioso. El nuevo mito de una libertad empeñada en dar finalidad humana al universo no es otro que el cristológico» (...) «Se diría que el antropocentrismo ético religioso de Unamuno es una versión poético-existencial de su cristocentrismo». (...) «Esta comprensión ontológico-existencial de la lengua —sigue Pedro Cerezo— es propia de un poeta. Y en verdad, esto fue lo que quiso ser y alcanzó a ser en gran medida Unamuno, un poeta o creador por la palabra». (...) «Y en la medida en que el poeta sondea lo profundo—numi-

noso en clamor de conciencia, trayéndolo a la palabra y haciéndose él mismo palabra ejemplar, es a la vez profeta». (...) «De ahí —añade— que el profeta sea también el conductor de su pueblo, o mejor su educador moral. Ahora bien, si guía a su pueblo es porque se ha dejado interpelar por sus exigencias y apremiar por sus valores. Y puede ser el oráculo de sus dioses porque ha sondeado antes la necesidad de su corazón». (...) «¿No fue acaso ésta la misión histórica que se atribuía Unamuno en la España de su tiempo?» (...) «Me atrevo a afirmar —concluye el profesor granadino, el filósofo cordobés— que ésta fue la aspiración más profunda de Unamuno, ser el poeta civil de la nueva España, al estilo de la gran poesía del «Risorgimento» italiano: la España ideal y eterna, como gustaba de nombrarla» (páginas 32 y 41-48).

Las máscaras de Unamuno

A mi juicio, es decir, en lo que yo conozco, muy posiblemente el Unamuno de Pedro Cerezo sea el que (más se acerca a lo que) el propio Unamuno creía y/o quería ser. Y esto —la propia opinión— es algo fundamental con lo que siempre hay que contar a la hora de entender y/o valorar cualquier realidad, sobre todo las de carácter personal. A don Miguel —pienso— le hubiera complacido sobremanera verse y leerse en esta densa e intimista pero nada autista obra. Es, sin duda, para estar su autor muy orgulloso de ello. Pero también es verdad que a nadie —persona individual, grupo social, época histórica— se le juzga, ni se le reconoce sólo, exclusiva y totalmente, por lo que cada uno piensa, ve o quiere ver de sí mismo. Hay autoestimas bien certeras y justificadas, pero hay otras que para nada lo son. Y —más aplicable a esta situación— hay también, sin reduccionismos objetivistas, implicaciones y consecuencias no queridas o no previstas pero lógicas y pre-visibles, así como necesarias confrontaciones intersubjetivas, que no se deben en modo alguno infravalorar.

En tales problemas de identidad inciden, en ese caso, las máscaras de Unamuno o —como rotula Pedro Cerezo— *Las máscaras de lo trágico*, que en aquél, como bien apunta Laín, no son sólo sucesivas, sino —para mayor complejidad— también simultáneas. «Una serie de sucesivas o simultáneas máscaras trá-

gicas, no ocultadoras o desfiguradoras, como las del carnaval, sino —dice éste— sinceramente expresivas de su más personal intimidad fueron, en efecto, los varios modos de ser hombre que se vio obligado a ser y a la vez quiso ser a lo largo de su vida, hecho y deshecho por el «duro bregar» que según confesión propia esa vida fue.» Tales máscaras biográficas están perfectamente especificadas en el libro de Pedro Cerezo «como los cuatro nodulos del drama espiritual unamuniano. Puestos a darle un título —dice éste—, yo los llamaría respectivamente racionalismo humanista, utopismo, agonismo y nadismo. La trama consiste en la conexión interna de estos cuatro actos y la consecuencia existencial que remite del uno al otro en una tensión permanente. No son (señala Cerezo) puntos de transición que quedarán, por así decirlo, superados, sino de escisión interior. El primero define la estación de partida, pero tan inestable e inconsistente —desdén éste—, tan inadecuada, en suma, con la problemática existencial de fondo que la había motivado a partir de la pérdida de la fe, que pronto se derrumbó originando el síndrome trágico que ya será definitivo. Entre el primero y el segundo no hay, pues, propiamente tránsito, sino salto de la dialéctica a la tragedia, como formas de pensamiento —radicaliza ahora Cerezo— heterogéneas e incommunicables. Las tres restantes exponen la tragedia íntima, como la llama Unamuno, al desarrollar las alternativas inherentes a la existencia trágica —utopismo y nadismo—, como las dos caras contrarias/complementarias del agonismo. Éste —concluye aquél— representa la tensión trágica en su pureza, es decir, en su punto de equilibrio inestable entre la aspiración al todo y la seducción por la nada» (página 116).

El propio Unamuno ratificó en su día «la —así lo dejó escrito— íntima relación entre mis *Recuerdos* (de niñez y mocedad), mi *Vida de Don Quijote*, y mi *Sentimiento trágico*, tres actos de mi tragedia íntima». A esas tres etapas y sus obras, de algún modo representativas respectivamente del racionalismo humanista, del utopismo y del agonismo, añade ahora —para el nadismo— Pedro Cerezo «el cuarto y definitivo acto de *San Manuel Bueno, mártir*». Apartada por éste, ya vimos, la primera de ellas, lo que queda es la visión



Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Unamuno: la tragedia de la filosofía», por Elías Díaz, sobre <i>Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno</i> , de Pedro Cerezo Galán	1-2-3
«En torno a Luciano Berio», por Jesús Villa Rojo, sobre <i>Berio</i> , de Enzo Restagno (coord.)	4-5
«El material de un sueño», por Felipe Mellizo, sobre <i>El sueño de África. En busca de los mitos blancos del continente negro</i> , de Javier Reverte	6-7
«Historia lingüística e historia cultural», por Francisco Abad, sobre <i>Crisis históricas y crisis de la lengua española</i> , de Rafael Lapesa	8-9
«Acciones y pasiones sobre la fisión nuclear», por José Manuel Sánchez Ron, sobre <i>Lise Meitner. A Life in Physics</i> , de Ruth Lewin Sime	10-11
«Médicos, abogados y estadísticos», por Sixto Ríos, sobre <i>Bayesian Methods and Ethics in a Clinical Trial Design</i> , de J. B. Kadane, y <i>Statistics and the Law</i> , de autores varios	12

Viene de la página anterior



trágica del mundo y sus sucesivas y simultáneas máscaras: «Utopismo y nadismo son las dos modulaciones o máscaras, simétricamente opuestas, de la tensión trágica», señala aquél. (...) «Don Quijote, modelo de todo utopismo y héroe agónico por excelencia, según Unamuno, no es menos trágico que el protagonista de *San Manuel Bueno, mártir*, héroe nadista tocado por la misma pasión quijotesca» (pág. 25). En este contexto, e invocado por Pedro Cerezo, «el quiasma ontológico del todo o nada», su ya mencionado crítico José Luis Molinuevo escribe asimismo: «El libro es sobre las máscaras de la tragedia, de esa imposibilidad de la esperanza, y acaba siendo —dice, y así titula su comentario— sobre la tragedia de las máscaras, de esas máscaras que son el utopismo, el nadismo, lo cómico, a través de las cuales sigue latiendo la esperanza» (*Revista de Occidente*, núm. 185, octubre de 1996, págs. 145 y 147).

Crisis de la modernidad

La cuestión de fondo, como ya se señalaba aquí al inicio de estas anotaciones, es la denominada «crisis de la modernidad», es decir, los problemas y hasta las patologías científicas de la razón ilustrada; pero también las alternativas o propuestas de resolución ante ella. En aquella perspectiva es mérito, otro, de Pedro Cerezo haber situado y comprendido así la obra de Unamuno no tanto, o no sólo, en la circunstancia interna, hispánica, del desastre del 98 como símbolo, sino —mostrando con pruebas su no aislamiento casticista, de él y del mejor pensamiento español— dentro de ese más amplio y general contexto histórico y filosófico europeo. Lo que habría tan fuertemente influido en él y en otros no era, pues, sólo el «mal de España», sino también, sin desconexión, el «mal del siglo». Por eso subraya Reyes Mate: «Hay que sacar a Unamuno del casticismo y ubicarlo entre esos grandes pensadores europeos que tan tempranamente reconocieron lo que ahora llamamos la crisis de la modernidad. Hay un aire de familia —señala éste desde esa opción y no sé si con alguna indiferenciación respecto de los componentes cristiano y liberal— entre Unamuno y los grandes nombres de la crítica de la cultura occidental, llámense Nietzsche o Hamman, pero también con los contemporáneos Kafka, K. Kraus, F. Rosenzweig, los primeros frankfurtianos o el propio Heidegger. Todos ellos reconocen —concluye Reyes Mate— que los sueños de la «ratio» ilustrada han producido monstruos y optan entonces por el «verbum» o lo presocrático» («Unamuno, figura europea», comentario a este libro de Pedro Cerezo, *El País*, 30 de marzo de 1996). De todos modos, junto a ello, ciertas señales del casticismo unamuniano podrían sin duda reconocerse todavía en esa obsesiva y absolutista imposición de los planteamientos o visiones de carácter religioso y espiritualista —aunque heterodoxos para el integrismo católico tradicional— con prevalencia sobre todos los demás enfoques, temas y dimensiones de su obra y de su personal biografía.

Unamuno, ¿vestigios de la premodernidad?, ¿precursor de la posmodernidad? Algo de todo ello hay —creo— en esa difícil enrejada suya, pero, además, sin poder prescindir tampoco de la moderna razón en esa «triple lectura del sentimiento trágico según los tres códigos dominantes —escribe Pedro Cerezo— en la cultura de Occidente»: Nietzsche (Dyonisos y Apolo) y Freud (Thánatos y Eros), desde luego, pero antes —y no sólo cronológicamente— yo subrayaría (también lo hace aquél) la presencia, siempre latente, de Kant. Éste sería el código de lectura «específicamente moderno» del conflicto trágico, «la versión moderna —dice Cerezo— del viejo

conflicto trágico entre la libertad y el destino», que ahora Kant reformulará a través del antagonismo entre causalidad y finalidad, entre necesidad y libertad.

Éste, en la estela crítica kantiana, hubiera sido, a mi juicio, el mejor Unamuno: alguien que, a pesar de las duras condiciones y contradicciones de la tragedia, también de hecho y en parte fue. Pedro Cerezo lo analiza con detalle y pulcritud en el Unamuno joven, siempre de fondo liberal, en la evolución desde el racionalismo humanista hacia un consecuente socialismo humanista. «Al reconocer —dice aquél— el valor absoluto de la persona (...) y entender la persona como agente moral se tenía una sólida base para redefinir los conceptos de libertad e igualdad. En este viraje fue decisiva —señala Cerezo— la influencia de Kant, del Kant moral, de quien recibió Unamuno, si mucho no me equivoco, el impulso teórico fundamental para su apertura al socialismo. Pero —añade— hay que contar igualmente con la honda influencia de Hegel». (...) «La línea Rousseau-Kant-Hegel marca así una dirección de marcha de tendencia socializadora que tenía que abrirle, a la postre, a los problemas del socialismo. La posterior influencia de Marx —subraya Cerezo— vino a integrarse en ese marco y, en cierto modo, quedó condicionada por su problemática ético-antropológica. Y en virtud de esto se explica, por lo demás, la fuerte impregnación humanista del socialismo de Unamuno» (páginas 201-202).

Frente a esta línea de pensamiento, no pocas implicaciones y consecuencias negativas que frustraron y distorsionaron tantas cosas estaban en esa reducción científicista (o sea, no científica) de la razón ilustrada. Fue negativo tanto el hecho, empírico, histórico, ayer y hoy, de esa efectiva reducción en las sociedades modernas, desarrolladas y tecnificadas, como (paso del ser al deber ser) la aceptación inapelable de tan simplista identidad, propiciando así, por un lado, dogmáticos positivismos y, por otro (como reacción), arbitrarios irracionalismos. No era, ni es fácil recuperar una razón científica que fuera, que sea, más allá, razón crítica, aunque ha habido sin duda válidos intentos y avances nada despreciables en tal dirección. Pero en aquellos tiempos y en nuestro caso concreto me parece que el sentimiento trágico unamuniano no logra tampoco salir tan indemne y tan en justa posición, como quiere verlo Cerezo, ante semejantes reducciones y enfrentamientos: ¿no adolece de ello su ética del sentimiento, una ética no racional, ni de principios ni de utilidades? (pág. 455). Pero incomparablemente peor, desde luego, que esa reducción de la razón habría de ser enseguida su más directa destrucción.

La destrucción de la razón

Destrucción de la razón que lo arrasaba por entonces casi todo: también casi todo de lo que el propio Lukács quería salvar. La tragedia asolaba Europa y, en su nombre, la filosofía, el pensamiento libre, la dignidad humana eran, sin más, prohibidas y perseguidas. En España era la peor tragedia, la de una guerra civil: incivil, como la llamó Unamuno. Era la destrucción de la democracia, la destrucción de la República, tramada desde el principio y efectivamente ejecutada por fuerzas dirigidas por el fascismo europeo y español. Y eso, a pesar de todo (incluidas importantes deficiencias propias de aquella situación política), es lo que, hasta el mismo verano sangriento del 36, aquél —a mi juicio— no alcanzó a entender. El viejo liberal parece estar ya fuera de la historia, fuera de la realidad.

Siento mucho disentir de Pedro Cerezo en no pocos de sus juicios y de sus análisis

sobre estos tan difíciles años de nuestro país, aunque concordemos en otras muchas cosas fundamentales de ellos. Me parece, en síntesis, que por salvar y justificar a Unamuno, culpabiliza casi absolutamente a la República y a todo el mundo dentro de ella, es decir, a casi todos sus políticos, partidos, sindicatos y prácticamente al entero pueblo español de aquellos terribles tiempos (págs., entre otras, 776, 809, 820). Unamuno —debiera ser obvio advertirlo— no era el único, ni el primero, que intentaba ver claro en todo aquello, intentando salvar la libertad y, otra vez, la dignidad, incluso con muy justas críticas a la República y a unas u otras de sus concretas políticas. Particularmente injusto fue Unamuno, y Cerezo se lo aplaude, con otro gran hombre de la España de aquel tiempo, Manuel Azaña: ¿Romanticismo «versus» Ilustración? ¿Trascendentalismo religioso-político «versus» laicismo y sentido democrático del Estado? (Véanse, por ejemplo, páginas 770, 771, 775, 776).

Liberalismo y democracia

Pedro Cerezo opta también por contrastar estas dos personalidades a través del dualismo entre liberalismo (Unamuno) y democracia (Azaña), pero acota ambas concepciones políticas en términos que, a mi juicio, exigirían mucha mayor precisión. Aquí no hay espacio suficiente para ello, pero, al menos, no quiero dejarlo sin mencionar. «Porque democracia —dice— es el gobierno de la mayoría, y ésta puede volverse despótica si da la espalda al principio liberal, al respeto —define aquél— a la autonomía del yo/conciencia. Cabe, en efecto, una democracia totalitaria, imperialista, al modo de la dictadura del proletariado». Dejando a un lado que esta última no fue nunca una democracia (de ningún tipo, aunque se apellidase popular), lo que significa aquélla, la democracia, no es sólo el gobierno de la mayoría, sino también otras cosas: libertad, respeto a las minorías, consenso y, en cualquier caso, gobierno de todo el pueblo. Y completa Cerezo: «Porque el fondo insobornable de la actitud liberal descansa en la convicción de que la conciencia y —añade— la ley (= el derecho) están sobre la decisión de las mayorías» (pág. 797 y también, entre otras, 356-359). Sin entrar ahora en «cuestiones de conciencia», de mucho más hondo calado y acerca de las cuales también entre nosotros tenemos abierta desde hace años ardua polémica, yo sólo querría llamar ahora la atención sobre el riesgo de reflexión circular de aquél en este tan importante tema: si en democracia las mayorías —admitámoslo con él, sin más matices— son quienes hacen la ley, ¿cómo puede estar ésta por encima de la decisión de las mayorías? Posiblemente Cerezo quería referirse a la Constitución, con mayorías muy cualificadas detrás, o más probablemente —pero hay que decirlo y, además, eso abre ya otros problemas, incluido el del iusnaturalismo— a lo que quiere aludir como límite es a los derechos fundamentales de la persona. En cualquier

RESUMEN

Para Elías Díaz, muy posiblemente el Unamuno de Pedro Cerezo sea el que más se acerca a lo que el propio Unamuno creía y/o quería ser. Pero ello, advierte el comentarista, no debe ser obstáculo para las matizadas críticas a intérprete y autor, en casi

Pedro Cerezo Galán

Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno

Trotta, Madrid, 1996. 861 páginas. 5.000 pesetas. ISBN: 84-8164-068-9.



BIBLIOTECA FUNDACIÓN JUAN MARCHE

Querido amigo: Ayer llegué de Oporto donde he estado unos días. Te manda la escritura por expresos. En tanto, queda siempre en verdad tu amigo Miguel de Unamuno. Salamanca, VII 10

Foto dedicada de Unamuno, en 1910.

caso no queda del todo claro —al menos en su vertiente política— algo tan decisivo en su libro como es ese liberalismo desde el cual, pero yendo siempre muy al fondo, aquél interpreta la biografía y los escritos de Miguel de Unamuno.

Lo que, en cambio, penetra todo el libro de Cerezo y toda la obra de Unamuno, por debajo o más allá de la agonía, el utopismo y el nadismo de esas máscaras de la tragedia, es la no desaparición de la esperanza. En esto concuerdo plenamente con él, aunque luego la hallemos —pero eso es, creo, secundario— en diferentes papeles, tiempos, acciones o palabras suyas. Hablando aquí de la tragedia, pero también de la esperanza unamuniana, veo que yo tampoco debo ser insensible a las señales del destino, del azar y la necesidad: justo en estos muy finales de 1996 en que escribo estas notas y vuelvo a la pelea con el viejo vasco, en los sesenta años exactos de su muerte y ahora a través de esas claves semánticas de Pedro Cerezo, acabo de recibir un muy valioso y valiente libro de otro vasco, Gurutxáuregui —éste, joven amigo—, que lleva precisamente como título *Entre la tragedia y la esperanza. Vasconia ante el nuevo milenio*. Ha pasado un siglo desde aquel también joven Unamuno, el de *Paz en la guerra*; y así estamos hoy, aquí y allí, con viejos y nuevos problemas. Però es verdad que son muchos más y mucho mejores estos vascos y no vascos (de ellos deberían los otros, los violentos, aprender) que con sus solas palabras y razones, no exentas desde luego de pasiones, constituyen, en libertad y democracia, la más digna y eficaz esperanza para la paz. □

total identificación, en casi total, y discutible, equidistancia «normativa», entre tragedia (pasión) y filosofía (razón). En su opinión, es ésta una gran obra que dignifica, con justo mérito, a la historia del pensamiento español de ayer y de hoy.

En torno a Luciano Berio

Por Jesús Villa Rojo

Jesús Villa Rojo (Brihuega, Guadalajara, 1940) estudió clarinete, piano, violín y composición en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, donde actualmente es profesor. Ha sido director del Centro para la Difusión de la Música Contemporánea (1995-1996). Fundador de los grupos *Nuove Forme Sonore* y *The Forum Players* en Roma y del LIM (Laboratorio de Interpretación Musical), del que es director artístico en Madrid. Es autor de los libros *El clarinete y sus posibilidades*, *El clarinete actual*, *Juegos gráfico-musicales* y *Lectura musical I-II*.

La edición correspondiente a 1995 de «Settembre Musica» de Turín fue dedicada a Luciano Berio, con motivo de celebrar su setenta aniversario, siendo programada una parte importante de su producción. Simultáneamente a los actos musicales se confeccionó una publicación recopilando textos escritos por el propio Berio, junto a otros de varios autores, entre los que figuran personajes de la cultura que —como Calvino, D'Amico, Eco, Mila, Sanguineti— han reconocido la trascendencia de la labor realizada por este compositor. Coordinada la publicación por el crítico musical y profesor de Historia de la Música en el Conservatorio «Giuseppe Verdi», de Turín, Enzo Restagno, son incluidos escritos que definen su personalidad artística, situando cada uno de los aspectos conceptuales que le han guiado en su carrera como conocedor de todos los planteamientos estéticos y técnicos practicados en el pasado.

La amplia capacidad intelectual de este personaje ha permitido que los escritos discurren por los principales vericuetos culturales del siglo XX, es decir, por los de un período eminentemente imaginativo donde la creatividad muestra una capacidad ilimitada. En estos escritos, elaborados, además de los ya mencionados, por Lorenzo Arruga, Luigi Rognoni, Enzo Restagno, David Osmond-Smith, Laura Cosso, Luciana Galliano, Philippe Albèra, Thomas Gastmann, Caroline Delume, Giovanni Carli Ballola y Giorgio Pestelli, es analizado el significado dado por Berio a cada uno de los planteamientos surgidos a lo largo de su obra, que representan uno de los más amplios y variados catálogos de nuestro tiempo.

Efectivamente, el estudio, investigación y recuperación de obras o elementos del pasado no le han distanciado de lo más actual del presente. Cuando son recordados los pioneros de la experimentación electroacústica o los compositores que hacían música de la abstracción literaria o pictórica, Berio estaba en la vanguardia asumiendo sus compromisos;

pero cuando las crisis intelectuales han minado la credibilidad social del arte, ha sabido incorporar ideas capaces de mantener un nuevo concepto, aunque haya tenido que apoyar sus tesis en elementos heredados de la historia.

La concepción artística de la música actual, de la que Luciano Berio es uno de sus mejores exponentes, se sitúa en los niveles creativos más variados y contrastantes que se hubiera podido imaginar. Las conexiones internacionales (interculturales), unidas a la disposición social de conocer las demás culturas existentes y hacer convivir en lo espiritual sus razones de ser, han exigido en lo sonoro o musical contemplar los elementos fisonómicos que mejor puedan representar las características universales. Aun así, las posibilidades enriquecedoras surgidas de las nuevas tecnologías derivadas de la electrónica han hecho posible llegar a esos niveles nunca alcanzados. La adopción de todo lo nuevo que haya podido multiplicar la capacidad expresiva del sonido no ha impedido que el pasado, en lo sustancial de sus ejemplos representativos, se mantenga vigente y, desde la perspectiva interpretativa, con matices de verdadera actualidad. Así las conexiones interculturales no solamente conviven en los espacios o zonas geográficas, sino que conviven igualmente en el tiempo, superponiéndose entre períodos y épocas.

Esta demostración de convivencia, que podría ser simbólicamente representativa de una época, ha necesitado la personalidad creativa de artistas capaces de resumir en limitadas dimensiones conceptos estéticos y técnicos, desarrollados a lo largo de los siglos para alcanzar su auténtica fisonomía. Han sido creadores imaginativos, pero sobre todo han sido conocedores de una historia, tan claramente asumida que en cierta medida se han apropiado de ella. Han mostrado una naturalidad expresiva en cualquiera de los planteamientos elaborados que en buena parte han invertido su concepción temporal. Los movimientos más actuales no podrían manifestarse con la espontaneidad que lo hacen, de no existir esta interrelación temporal y geográfica de las culturas. Tendrían que concentrarse y reducirse a cada uno de los aspectos, ante todo, mostrando una imagen representativa propia, poco reconocible más allá de su entorno geográfico y nada reconocible fuera de su tiempo.

Estas personalidades, guiadas por una gran dimensión de su labor creativa, han unido continentes, reducido a segundos la temporalidad de los siglos o limitado a una sola lengua el mare magnum expresivo de vocablos incomprensibles entre las distintas zonas geográficas del mundo. Su concepción universal de las culturas en el tiempo y en su situación geográfica ha permitido eliminar toda

frontera artística de la música, abriendo vías que la unan con cualquier reminiscencia tradicional, de época o período, y que la guíen hacia nuevas formas de expresión.

Entre los Stravinsky, Debussy, Falla, Villa-Lobos, Messiaen, Cage y tantos otros compositores interesados en ensanchar los espacios reducidos a una cultura dominante, llena de condicionantes y, después de todo, limitada geográficamente, Luciano Berio posee la virtud y la capacidad que anteriormente se mencionaba de resumir en limitadas dimensiones conceptos estéticos y técnicos que habían necesitado muchos años para su desarrollo. Berio ha mostrado igual fantasía creativa para abordar con naturalidad planteamientos experimentales de innovación que en cualquier planteamiento ajustado a reglas estéticas o técnicas, característico de otros períodos o épocas, donde el concepto de multipolaridad puede concentrar (adelantando o retrasando) todo lo acaecido tanto en el tiempo como en el espacio del arte y de la cultura.

«Este concepto de multipolaridad Berio lo ha tomado de los documentos más significativos de la civilización contemporánea, de la lingüística, de la antropología, de las artes figurativas, de la etnomusicología, de la filosofía de la ciencia, de las obras narrativas lingüísticamente y estructuralmente más audaces, y ha sabido introducirlo en la labor musical con una congenialidad y una facilidad de oficio sin confrontación alguna. Podemos decir que este concepto late en cada una de sus obras, constituyendo el corazón más secreto, y llega a quien escucha fascinado por su música para encontrarlo» (puntualiza Enzo Restagno).

Como pionero de la más trascendental aportación contemporánea «me parecía volar en aquellos años, era consciente de tomar y de empezar a dominar las nuevas dimensiones musicales y acústicas que me llegaban a través de las primeras investigaciones y de las primeras experiencias electroacústicas». Desde otra perspectiva, aunque siguiendo vías paralelas... «Pienso haber sentido de manera aguda la necesidad de explorar el eterno recorrido entre el sonido y el significado. No un significado específico, pero sí un significado de los procesos musicales. En una época en que se andaba cerca de las nuevas organizaciones del material, consideraba natural estudiar la organización de las lenguas. Evidentemente todo aquello que ha sido reforzado como consecuencia de la experiencia de Joyce en el trabajo sobre la palabra» (escribía Berio).

En su dimensión investigadora, las experiencias electroacústicas son desarrolladas paralelamente a las lingüísticas, las teatrales y las instrumentales. Por ello, Umberto Eco considera que entre los materiales experimen-

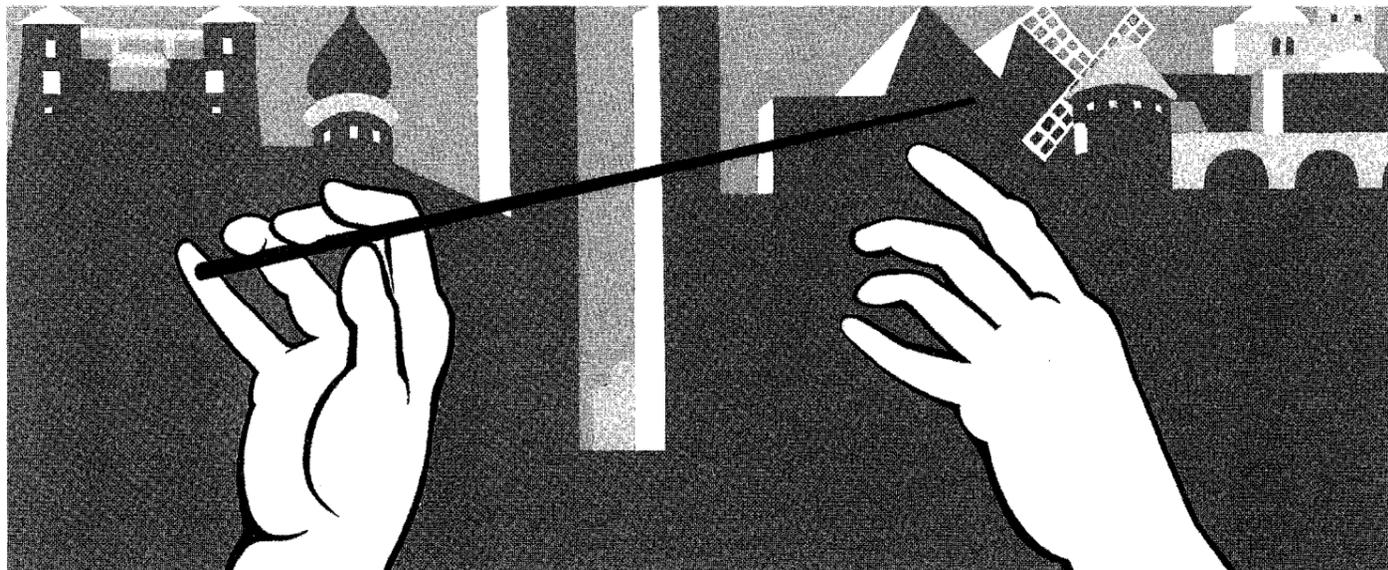
tados por Berio, la voz humana ocupa un lugar particular, sin que puedan sólo considerarse testimoniales sus composiciones con y para Cathy Berberian. Efectivamente, en la producción de Berio, la figura de Cathy Berberian deslumbra por las novedades originales que aporta a las posibilidades interpretativas de la voz. La relación de los creadores, compositor-cantante, produce algunos de los ejemplos más representativos de la nueva concepción vocal en la música contemporánea, pero la utilización de la voz en Berio va más allá del aislado acto experimental, es una constante que recorre toda su producción y, entremezclada con las innovaciones instrumentales, supone buena parte de su personalidad compositiva.

Musicalidad fonética

Su ideología poética, o mejor su musicalidad fonética, desarrollada principalmente entre Joyce y Sanguineti, le ha permitido abarcar toda la amplitud conceptual desarrollada en nuestro siglo. Joyce le facilita el acceso a nuevos planteamientos estructurales, considerando las entradas canónicas y formales de la fuga, mientras que algunos de los procedimientos típicos de la labor poética de Sanguineti, como la acumulación y yuxtaposición de palabras o frases en varias lenguas, que llevan consigo implicaciones culturales y sociales, le facilitan la interrelación expresiva y comunicativa. Elige los puntos de referencia «más profundos y más concretos» en la obra de Joyce, sobre la cual el interés por la lingüística lo había orientado. Extrae de sus textos algunos fragmentos verbales dotados de intensa connotación musical y los usa para explorar la línea del confin entre el sonido portador de significado lingüístico y el sonido totalmente definido por su especificidad acústica: «El verdadero desarrollo no sería entonces oponer o mezclar dos sistemas expresivos distintos, pero sí crear, en cambio, una relación de continuidad entre ellos, de hacer posible el pasaje de uno al otro, sin darlo a entender».

Pero... ¿qué se requiere para escuchar la música de Berio? «Nosotros vivimos en una sociedad y en una situación donde el mundo se parece a un gran collage, donde hay lugar para todos», ha escrito Berio. Para Lorenzo Arruga, se requieren «algunas cosas antiguas, algunas nuevas y algunas solamente suyas, pero, sobre todo, se requiere tiempo, el tiempo necesario para escuchar todo, con atención total. No hay nada que se supiese ya al inicio, no está trazada ninguna parábola intuitiva de las promesas o de las intenciones anunciadas desde los primeros compases (...). Además, la música de Berio necesita una cierta disposición física del que escucha. Está el signo, pero está también el gesto, y quedan unidos indivisiblemente. No es música que se defina sobre el pentagrama. Está hecha por personas que la generan moviéndose en un espacio. Parece que Berio es hoy uno de los pocos autores con capacidad para realizar correcciones, escuchando, escribiendo directamente en el atril de los instrumentistas. Para él, no se trata de determinar qué modificaciones debe aportar a la partitura para obtener ciertos efectos que ha pensado, sino que va directamente a provocarlos: si pudiese, cogería el instrumento como un maestro constructor medieval de catedrales, capaz de manejar hábilmente con la mano la maza y el martillo».

«El máximo de la especulación para él no puede venir más que en el máximo de la concreción: quien no tiene la pasión o al menos la alta consideración del artesanado, no podrá más que probar escuchando, apreciando la realidad.



MARISOL CALÉS

Viene de la página anterior



»Estas son las cosas antiguas de escuchar. Las nuevas, forman parte de nuestra mentalidad o percepción que vive ante todo de sobreposiciones simultáneas. Las notas, los ritmos, las palabras, las ideas, las sensaciones... La idea de Berio, en cambio, es que en la música permanezca siempre la memoria del sonido, tanto que si un músico, por ejemplo, hace sonar una campana, no puede evocar todas las campanas que hemos oído, ni excluir el significado que hemos conferido; naturalmente la misma activación viene en los procesos más complejos.»

La música vocal, ha declarado Berio en una ocasión, es una «messa in scena della parola». En otra ocasión ha afirmado que le interesa en lo que mima y describe «el prodigioso fenómeno que es el aspecto central del lenguaje: el sonido que cambia de significado». «Creo que Berio (escribe Sanguineti) ha quedado fascinado, desde siempre, por la fuerza expresiva e impresiva que en la comunicación intersubjetiva pueden adquirir los signos voluntarios e involuntarios de que es portadora la emisión vocal preverbal, desde el gemido al golpe de tos. Es este grado cero (más bien, bajo cero) del lenguaje, que se podría definir puro rumor oral, puro gesto sonoro, este espacio así resistente a la notación escrita, y así de bajo nivel convencional, este aspecto no articulado de la vocalidad, aquello en que todavía funda las propias raíces cada discurso.»

«Pero Luciano no habla (continúa Sanguineti) solamente de "messa in musica" de la palabra, lo hemos visto anteriormente, habla de "messa in scena". Se trata de vocalidad (y de instrumentalidad) corpórea, y la corporeidad vocal está inscrita en un sistema más vasto de significados corpóreos, en el léxico general de la gestualidad. En el momento mismo en que, con la música "ex machina", a nivel tanto generativo como receptivo, deteriora el significado del instrumento como instrumento de un cuerpo, como prótesis corpórea si optamos decir, y si resulta sintetizable la misma voz, una restitución de sentido no puede volver con fuerza a referirse, con la interpretación en general, la emisión vocal en particular, a su dinámica de base física, a la "scena".»

«Las historias, verdaderas o deliberadamente falsas (escribe Osmond-Smith), han ocupado un lugar secundario en la aproximación de Berio al teatro musical. Efectivamente, para encontrar un verdadero ejemplo de narración en sus trabajos es necesario retroceder cerca de veinte años antes de la ópera *La vera storia* a su precedente colaboración con Italo Calvino: *Allez-hop* (1952-59), la parábola irónica narrada por mimos. Las sucesivas comisiones apenas permiten a la imaginación teatral de Berio incluir en las partituras la voz humana; las tentaciones de la narración dejan pronto el paso a un acercamiento más alusivo y estratificado.»

Tratamiento de la voz

En realidad, Berio es muy consciente del tratamiento dado a la voz habitualmente en la ópera. Sus experiencias practicadas alrededor de una de las cantantes que más han aportado al enriquecimiento técnico y expresivo de la voz en nuestro siglo, Cathy Berberian, no le permiten su utilización en cualquier partitura. Es consciente de que los textos y el comportamiento de los cantantes de ópera responden a esquemas que no son precisamente los que le identifican como compositor comprometido con su tiempo. Por ello, teniendo presente su amplitud de criterios estéticos, adopta posiciones que, de no provenir de una imaginación creativa tan rica de ideas, difícilmente podrían conjuntarse. En su relación con Calvino siempre está atento a diferenciar texto y tratamiento vocal en relación



Luciano Berio.

con la función dramática de cada número, en el interior de sus tramas de base.

«La música (escribe Berio), por fortuna para nosotros, no coincide nunca completamente con aquello que su autor se propone comunicar —no sólo como expresión de una idea, de un concepto y de una visión poética—, sino también como documento de (o comentario a) una realidad concreta. Un texto, poético o no, es, en cambio, una realidad concreta que coincide habitualmente con aquello que su autor se propone comunicar. En otras palabras (y simplificando), un poeta, poniendo en acción mecanismos detonantes más o menos complejos, puede no sólo crear un laberinto de asociaciones significativas, puede también permitirse el lujo de mentir a conciencia y de manipular la realidad y las referencias. El músico no puede mentir, no tiene los instrumentos, es un puro (con todo el mal que de ello deriva): él es aquello que es, y los mecanismos connotativos de su música son aquello que son, también asiduamente frecuentados y condicionados por los fantasmas de la historia, de la técnica, de las escuchas posibles, y también si el significado de aquello que hace está parcialmente en otra parte y no coincide nunca completamente, ahora, con aquello que ellos se proponen comunicar.»

»Pero la creatividad musical ha intentado siempre desarrollar diversos modos de complicidad con la realidad concreta y con las ideas que la habitan: con la vida pública, por ejemplo; con la vida privada, la ciencia, el teatro, los datos naturales y las técnicas. Cada vez el músico intenta asimilar, sublimar y transformar heroicamente aquella realidad concreta en otra cosa (ojalá sea sólo en un título), también sin saber situar el problema y definir verdaderamente de qué se trata. No hay duda alguna de que se trata de una definición bastante difícil que requiere instrumentos de naturaleza filosófica análogos, me parece, a aquellos que vienen usados cuando se busca una definición del tiempo. Cuando, solos, pensamos en la realidad concreta, sabemos siempre lo que es. Pero cuando se pregunta lo que es, no sabemos responder otra cosa y quedamos asombrados por la duda de que aquello de realidad concreta (y de tiempo) no es un concepto y además un modo de decir muy poco concreto. Entonces, en el inmenso repertorio de "realta concreta" con la cual el músico está siempre mezclado, la realidad de lengua hablada y escrita, de la poesía y de la prosa, ocupa seguramente un lugar privilegiado. Lugar que le hace responsable del vasto mar de música vocal donde la

realidad de la lengua hablada se asocia a las virtualidades del lenguaje musical.»

Poética y teatralidad instrumental

El mundo filosófico y poético de Luciano Berio, nunca separado de la investigación experimental, influido primero por la figura mítica de Joyce, después por su relación también con Calvino, Sanguineti, Eco, Maderna y Boulez, entre otros, ofrece en el conjunto tanto instrumental como operístico una concepción teatral que unifica toda desviación más o menos estética de su producción. Centrada esta publicación, en buena parte, en la concepción teatral de Berio, con toda una filosofía actual, sin entrar en las importantes aportaciones de su catálogo dedicadas al género sinfónico, se supone que por el trazado expuesto dentro de «Settembre Musica», que es lo que, como se decía, motiva la publicación, figura como bloque importantísimo la serie de doce solos instrumentales denominados «sequenze». Éstas «abren ante nosotros el teatro instrumental de nuestro tiempo. Para escucharlas, lo más útil sería estar "entre bastidores" (escribe Lorenzo Arruga), antes de que cada intérprete afronte su "secuencia" correspondiente: tensión, concentración son para él como para un torero cuando se viste de luces siguiendo el ritual taurino.»

Los distintos autores que han estudiado la obra de Berio coinciden en la trascendencia instrumental y teatral de estos solos, «que están entre los trabajos más estimados y programados de toda la producción musical de nuestro siglo» (Luciana Galliano). Igualmente coinciden en que estas obras han pasado casi desapercibidas para la mayoría de los estudiosos de la música en general. Posiblemente, el limitado interés por la grandiosidad orquestal o formal que presentan haya desviado la

atención de aquellos que confunden lo importante con lo grande y lo insignificante con lo pequeño. Los autores de esta publicación no pertenecen a ese grupo y entienden que se trata de una parte relevante del trabajo de Berio porque verdaderamente cada una de las «secuencias» supone un novedoso y original tratado dedicado al instrumento que se utiliza en cada una de ellas.

«Cada "sequenza" presenta algunas ideas fundamentales, resumidas de esta forma: respeto por el instrumento en cuanto "testimonio" de una historia específica, estimulado hacia una nueva forma de virtuosismo; exploración de la técnica del instrumento en relación con el trabajo de escritura y de forma experimental; desarrollo polifónico de un discurso aparentemente monódico; importancia atribuida al gesto, que, integrado en la composición, aparece con una teatralidad virtual del intérprete.»

»El respeto por el instrumento, por su historia está claramente afirmado por el hecho de que Berio no ha tratado nunca de cambiar los instrumentos en un modo o en otro (como ha hecho Cage, por ejemplo, con el piano preparado). Las nuevas técnicas de ejecución aparecen como una prolongación de la técnica tradicional, como una extensión y no como una modificación. El aparato experimental de las "sequenze" (a nivel de técnica interpretativa o de composición) no implica nunca por parte de Berio una "limitación" de la historia; al contrario, se integra con la imagen del instrumento que ha venido fraguándose en el repertorio "culto" y "popular" y con algunas referencias compositivas implícitas. Consecuentemente, cada "sequenza" representa una confrontación con la historia, a través de la mediación del instrumento, y al mismo tiempo instaaura con ello una aproximación re-creativa.»

»El concepto de virtuosismo está estrechamente ligado, en Berio, a esta dimensión. No se trata de simples exhibiciones técnicas, sino de estímulo de nuevas posibilidades de escritura y de expresión. Berio mismo sostiene que el virtuosismo "nace habitualmente de un conflicto, de una tensión entre la idea musical y el instrumento, entre el material y la materia musical. (...) El virtuoso de hoy, digno de tal nombre, es un músico capaz de moverse en una amplia perspectiva histórica y de resolver las tensiones entre la creatividad de ayer y de hoy". Así, Luciano Berio exige del intérprete la capacidad de combinar las técnicas tradicionales con aquellas recientes y de pasar rápidamente de unas a otras en el transcurso de una misma obra» (escribe Philippe Albèra).

Las «sequenze» constituyen hasta el momento una serie de doce piezas para instrumentos solos, escritas entre 1958 y 1995, destinadas a un virtuoso, habitualmente realizadas con su colaboración y en sus dedicatorias figuran los nombres entre otros, de Severino Gazzelloni (I), Francis Pierre (II), Cathy Berberian (III), Joey de Carvalho (IV), Stuart Dempster (V), Serge Collot (VI) y Heinz Holliger (VII), que han sido sus principales intérpretes aunque a su difusión, después, han contribuido otros muchos solistas. □

RESUMEN

Jesús Villa Rojo se detiene en el papel desempeñado por el compositor italiano Luciano Berio en la concepción artística de la música actual, de la que es uno de sus mejores exponentes, destacando su evolución desde la ex-

perimentación electroacústica o desde la abstracción llevada a la música hasta la incorporación de nuevos conceptos en un tiempo como el actual, en el que las crisis intelectuales han minado la credibilidad social del arte.

Enzo Restagno (coord.)

Berio

EDT, Turín, 1995. 318 páginas. 35.000 liras. ISBN: 88-7063-248-2.

El material de un sueño

Por Felipe Mellizo

Felipe Mellizo (Córdoba, 1938) es periodista y escritor. Ha sido corresponsal y enviado especial en casi todo el mundo y director de los *Telediarios 1 y 2* (TVE) en 1984 y 1985. Es Premio Nacional de Periodismo 1984. Autor, entre otros, de *El lenguaje de los políticos*, Arturo Rey, *Literatura y enfermedad*, *De letras y números* y *Otra manera de cantar el tango*.

Cuando escribo estas líneas, sangra Ruanda y algo de esa sangre salpica las pantallas de televisión y los titulares de los periódicos, nunca lo suficiente para que se altere nuestro acomodo bajo la ducha de bilis diaria de la peculiar vida del país. No hace mucho sangraba Liberia. ¿Cuándo, ya, Nigeria, Tchad, Sudán, el Congo, África del Sur, Angola, Etiopía, Guinea? Y ¿cuándo nos ha importado verdaderamente a los que aquí vivimos, más o menos? ¿Qué ha sido y es el África subsahariana para los españoles? ¿Y para las letras españolas? Javier Reverte recuerda en sus citas preambulares que «Semper aliquid novi ex Africa»; no se pregunta qué es eso «nuevo» que hemos aprendido nosotros.

No se vivió aquí plenamente, ni siquiera modestamente, la malhadada aventura colonial, con la excepción guineana y, por supuesto, una mayor presencia y una mayor presión en la franja magrebí y las costas atlánticas, frente a Canarias, un África mediterránea, y no del todo atlántica, árabe y en buena parte desértica. Los grandes colonizadores del África negra fueron otros. Su impertinencia está siendo, todavía, castigada. Pero esa impertinencia dio lugar a una literatura, un género, casi siempre en lengua inglesa. Pase lo que pase en África, ya no hay forma de evitar que las crónicas al uso se titulen *El corazón de las tinieblas*, sin hacerse cuestión de aquello que, en verdad, quiso decir Conrad. Bien, esa literatura ha sido ajena a nuestros escritores.

Memoria confusa

Claro que hay excepciones. Las suficientes para urdir una tesina hasta hoy no concebida en la que habría que recurrir a unos pocos textos sobre Iradier, aquellos fondos oficiales de estudios sobre Guinea Ecuatorial —Derecho pamue, meteorología, gramáticas bubi, etc.— que se perdieron en los sótanos del IDEA. Fuera de aquella literatura factual, útil y razonablemente seria, la presencia de España en el Golfo de Guinea no nos dejó más que una memoria confusa, avergonzada, sucia por algo que nunca nos fue debidamente explicado. Recuerdo algo más, vagamente. El improbable Ganivet, tal vez Baroja —¿*Memorias de un hombre de acción?*—, *Paradox, Rey?*—, Bartolomé Soler con *La selva humillada*, Iñigo de Aranzadi, el guineano Donato N'Dongo, *Lluvia de hierba*, de Eduardo Garrigues, la extraña historia del sargento Restituto Castilla que escribió Carlos Fleitas y alguna novela de Alberto Vázquez Figueroa, al que es fácil costumbre desdeñar, sin que haya manera de saber la última razón, porque ha escrito varios estupendos libros de aventuras. Pero, sobre todo, recuerdo *La casa de piedra*, de José Antonio López Hidalgo, una novela que interesó a Luis Landero y a Soledad Puértolas, que se publicó hace un par de años y que, probablemente porque a mí me conmovió, pasó desapercibida. Habrá que añadir que hubo y hay entre nosotros algunos africanistas. Pero nunca hubo africanos.

Cabe sospechar que Javier Reverte lo es. Como todos nosotros, empezó a adquirir esa condición de niño. Casi todos nos quedamos después varados, quietos, sin seguir tan desafortunada vocación. Todo parece indicar que Reverte insistió, se rindió a la llamada que



El explorador David Livingstone.



El explorador Henry Stanley.



El «Iren Lunático» unía el Indico con el lago Victoria.



Rider Haggard, el autor de *Las minas del rey Salomón* (arriba).

Phil Percival, uno de los más célebres cazadores, y el escritor Ernest Hemingway (dcha.).



El cazador Frederik Selous inspiró el personaje de Allan Quatermain de *Las minas del rey Salomón*.

para los demás sólo fue un sueño leído en sueños obvios. O visto en obvias películas. Supimos de las Fuentes del Nilo, del cortés encuentro «merc British», de Livingstone y Stanley, de las Minas del Rey Salomón, de aquel Burton, peligroso y atractivo como un tigre, y de los remotos «askaris». No es chocante que Javier Reverte sea miembro de la «Royal Geographical Society» de Londres, porque de una u otra manera lo somos todos y sólo vagamente nos llegaron, en nuestra mocedad, noticias acerca de los otros bandidos correctos que asolaron el África negra en nombre de reyes o de compañías insolentes: franceses, portugueses, alemanes, belgas, árabes, más allá en el tiempo.

Bien: Reverte ha hecho un viaje. Recuerdo un poema del cordobés Pablo García Baena, «Bajo la dulce lámpara / el dedo sobre el atlas entretenía al muchacho en ilusorios viajes / y un turbador perfume de aventuras / salpicaba de sangre el mar antiguo de los corsarios». Reverte ha hecho ese viaje, bajo una dulce lámpara, pero pasando el dedo por el otro atlas, ese, cruel y candoroso, que el Tiempo trazó sobre el Planeta Tierra, con óleos, pasteles, arenas y tintes vegetales, y al que solemos identificar con la realidad, con el mundo real.

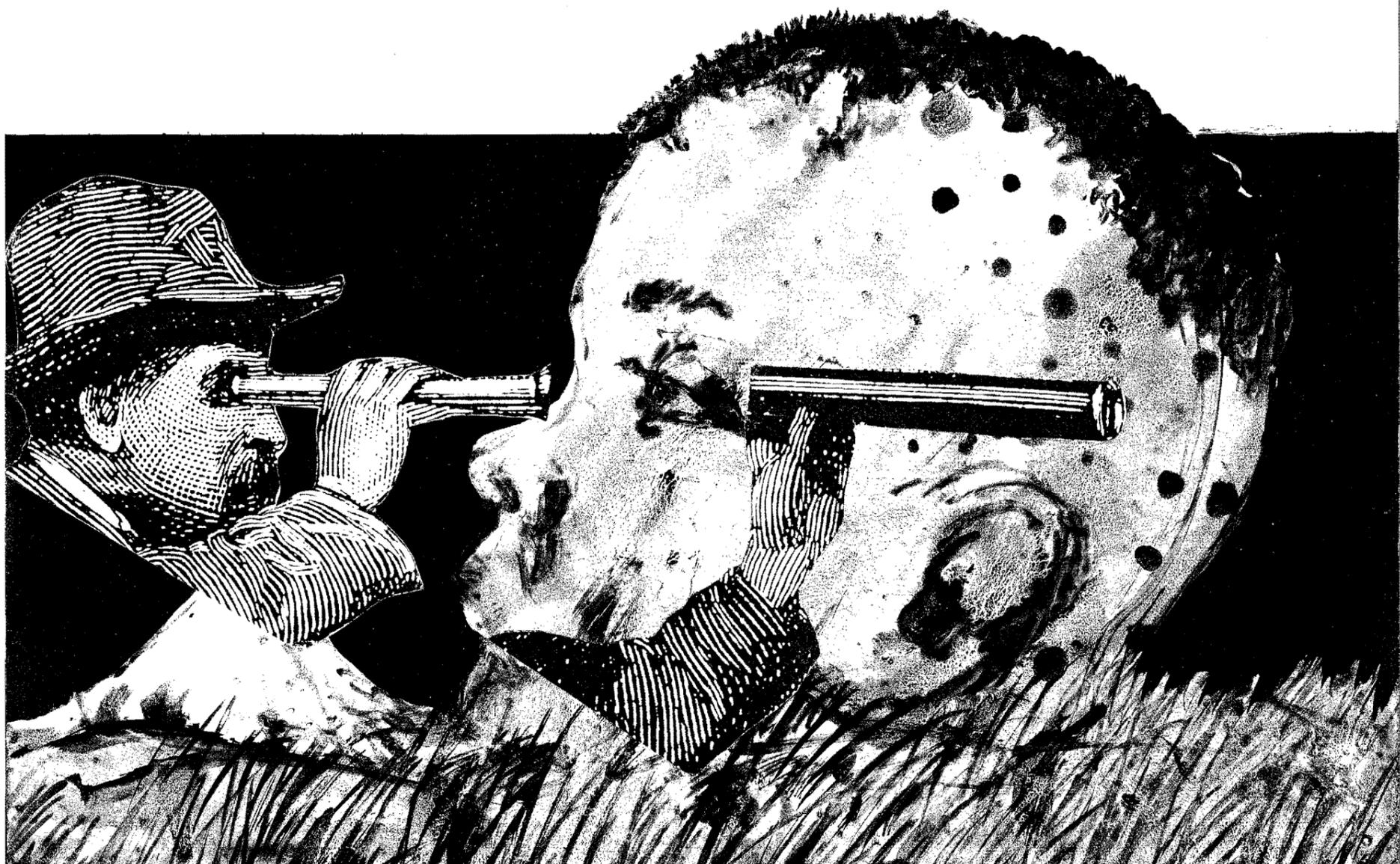
El sueño de los blancos

Asegura en los párrafos iniciales que «quería buscar en el África negra el sueño de los blancos». Un largo, tenso recorrido por África Oriental: Uganda, para alcanzar, desde Kampala, el Lago Alberto, las estribaciones de las Montañas de la Luna, la ribera septentrional del Lago Eduardo, Kabale —al borde de la Ruanda ensangrentada— y, hacia Oriente, las Fuentes del Nilo en la Jinja ribereña del Lago Victoria. Después, Kenia y Tanzania. En la primera, Kisumu, Nakuru, la frontera y legendaria Mombassa, Nairobi naturalmente, violenta, sucia, desigual, emocionante, y desde Mombassa a la pequeña Lamu, que



Joseph Thomson fue el primer explorador que atravesó el peligroso país masai.

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

prendó al viajero. Arusha, en Tanzania, ligeramente al sudeste del monte Kilimanjaro, ante el cual se sintió Javier Reverte en posesión de la verdad, y el Ngorongoro, el gigantesco cráter todavía a salvo en el misterio, que resiste a los turistas y a los cámaras de cine y televisión como otrora resistió a los fabulosos cazadores. Luego, la terrible Dar es Salaam, y frente a la turbia ciudad, nada menos que Zanzíbar, varada sobre el azulísimo Índico. ¿Quién sabe ahora, por ejemplo, que en nuestra infancia aquello era Tanganika, de cuyo matrimonio con Zanzíbar nació la Tanzania independiente de Julius Nyerere? ¿Recuerda alguien a Kwana Nkrumah o a Patricio Lumumba?

Ése fue el viaje, unos cuantos miles de kilómetros en avión, tren, todoterrenos, avionetas, barcos y pic enjuto. Pero un hombre blanco, un «mzungu» —que en swahili, para que las cosas queden claras, quiere decir «forastero que se marcha pronto»—, nunca viaja sin armas por esos horizontes. El arsenal de Reverte era rico. En primer lugar, llevaba sus sueños infantiles. En dos momentos dedica el libro a su madre, que «me contaba —dice— para dormirme historias imaginarias de leones y cazadores». Tímidamente, añade que «en el origen de este libro están las mujeres», cuando lo cierto es que las mujeres están en el origen de todas las cosas. Ese dardo feminista —¿o deberíamos decir «mujeriego», como don Pío?— en el carcaj del viajero disuade a cualquier enemigo potencial, en África y en todas partes. Por eso pudo descender a los infiernos en la River Road de Nairobi, que huele como debió oler el Primer Día de la Creación, y recibir, precisamente de una mujer sonriente, una declaración de amor: «¿Feliz, mzungu?», en medio del tumulto de los tenderetes.

Pero aún llevaba más armas. Se llaman «ideas preconcebidas», algo sin lo que, a pesar de su mala fama, no se podría ir a parte alguna. Y, además, cabe siempre la sospecha platónica de que no hay idea que no sea preconcebida. Pero nosotros, los aguerridos

«hombres modernos», hemos preferido ser aristotélicos y afirmarnos en el convencimiento de que nada hay en el entendimiento que no haya entrado allí por los sentidos.

Pues en el caso de ese África, y de alguna otra cosa, no es así. Nuestro entendimiento, por ende el de Javier Reverte, ha configurado nuestros sentimientos. Por eso nos sentimos marxistas, liberales, agnósticos, ácratas, procastristas, racistas o revolucionarios. Da lo mismo. Cuando exponemos nuestros sentidos al peligro, a Nueva York, por ejemplo, tacto, olfato, vista, oído y gusto, tocan, ven, huelen, oyen y paladean el Nueva York que había elegido, antes, nuestro entendimiento. Los sentidos corroboran nuestro convencimiento. Duce mucho llegar a la Antártida esperando encontrar rastros de Scott en el hielo profundo y toparse con playas manchadas de petróleo, tiendas de «souvenirs» y turistas uniformados con chubasqueros de plástico rojo.

El problema, entonces, está en contar lo que en verdad se ha visto. Es un asunto, créanme, difícil para un periodista, y eso es lo que es Javier Reverte, que no todos se dedican a menesteres obscenos y rentables. Es necesario, entonces, recurrir a las ideas preconcebidas. Reverte llevó sus libros en la cabeza, también sus criterios éticos, políticos, profesionales. Y su energía personal para «hacer el viaje», pasar por la ordalía. Y así encontró lo que buscaba. Blancos que tenían el alma negra, como Stanley. Negros que tenían el alma blanca, como Jomo Kenyatta y algún otro. Y, por supuesto, blancos y negros que tenían el alma del color adecuado. Una historia de violencia y traición, de inocencia y egoísmo, de vanidad y de entrega; nada muy distinto a lo que es una historia de las llamadas de amor. Me temo que ésa es la metáfora más exacta, porque, a poco que uno se fije, la relación de la Europa colonialista, impetuosa, bandolera y audaz, con el África negra, grande, fértil, feroz, hermosa, ha sido, y es, la del varón rijoso y dispuesto con la hembra dura de pelar, distante, distinta y comprometida como una serpiente de cascabel. No

es sorprendente que el autor dedique, continuamente, su libro a las mujeres. Tampoco que la «mujer negra» sea una obsesión del «hombre blanco», lo que ha dado lugar a páginas graves, heridas, junto a otras, claro está, más adecuadas para el papel higiénico.

Se corre cierto riesgo al hablar de los colonizadores europeos y, a su modo, árabes, en África. Ocurre con ellos lo que con los conquistadores españoles en América, una osadía incomparablemente mayor. Ese riesgo es llegar a admirar el coraje, la determinación, la energía, por encima de todo lo demás, la violencia, la frialdad moral, el menosprecio al otro, la codicia. De todo eso nació la pavorosa suciedad de la esclavitud. En el caso de África, esa admiración, alentada por la literatura, lleva a cierta detestable «anglofilia» de la que el propio Reverte, a pesar de sus denodados esfuerzos, no consigue tampoco escaparse. Pocos lo consiguen. Las mujeres —otra vez—, sí. Karen Blixen, Doris Lessing, Nadine Gordimer, la portuguesa Lydia Jorge vivieron y vieron otras Áfricas. Entre los hombres, William Boyd, Paul Bowles y, con matices, Joseph Conrad, incapaz, como buen británico de mentirijillas, de sacudirse del todo los resabios imperiales, y un francés entre varios, Raymond Gary, gracias a un libro majestuoso: *Las raíces del cielo*. Casi todo lo demás tiende al heroísmo «a lo Hemingway». Más despacio habría que hablar de los portugueses, de

aquellos caboverdeanos de la revista *Claridade*, Baltasar y Manuel Lopes, o los angoleños Castro Soromenho (*Terra morta*) y Luandino Vieira. Y algunos más, pero otra será la ocasión. En cualquier caso, ningún «mzungu» es Wole Soyinka, tan Premio Nobel como cualquier otro, por muchas vueltas que le demos. En cuanto a los libros de historia, uno, relativamente reciente en español, ha sido paño de lágrimas: la *Historia del África negra*, de Joseph Ki-Zerbo. Reverte, entre muchos, ha leído otro, adecuado a su aventura: *A History of East Africa*, de Odhindo Atiendo.

Una noble aventura

El libro de Reverte es una noble aventura. Creo que, junto a la ya citada novela de López Hidalgo, en otro género, lo mejor que sobre África hemos podido leer en nuestro país, escrito por gente de nuestro país. Cargamos con un enorme saco de nada.

Dice Reverte que el pueblo «masai», gente alta y brava, carece de historia. Toman para ello precauciones y, cuando muere uno de ellos, entierran su nombre. Además, creen en un Dios formidable, que sólo promete como premio la más absoluta soledad. Así es que los «masai» juegan con una insuperable ventaja. □

RESUMEN

En ausencia de literatura de viajes africanos en castellano, Javier Reverte ha hecho un notable trabajo, tras un sueño y una experiencia personal que resulta extraña para nuestro país, según Felipe Mellizo. El suyo es un

viaje difícil por África Oriental, con una copiosa documentación histórica y geográfica y una dimensión crítica interesante e insólita; no libre de prejuicios sentimentales e ideológicos, probablemente por fortuna.

Javier Reverte

El sueño de África. En busca de los mitos blancos del continente negro

Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1996. 405 páginas. 2.950 pesetas. ISBN: 84-7979-374-0.

Historia lingüística e historia cultural

Por Francisco Abad

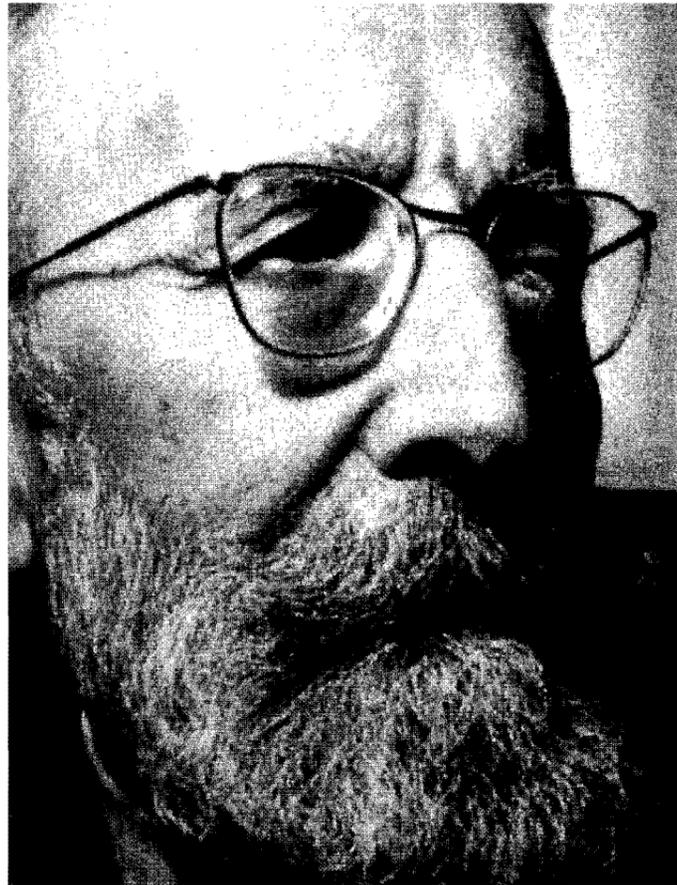
Francisco Abad (Granada, 1948) es catedrático de Lingüística General y Crítica Literaria, actualmente en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Entre sus obras se encuentran: Diccionario de lingüística de la escuela española, Literatura e historia de las mentalidades y Curso de crítica literaria.

Rafael Lapesa es el último autor vivo de cuantos formaron con Menéndez Pidal, desde 1910 y hasta la guerra española, el «Centro de Estudios Históricos» de la Junta para Ampliación de Estudios; se trata de la «escuela española» de filología, que como tal grupo colectivo ha elaborado la mejor lingüística y los mejores estudios literarios de nuestra centuria; a la vez que ellos o después de ellos, sólo cabe hablar del esfuerzo y la obra personal de distintos autores. En el cómputo de conjunto de la filología en España durante el siglo XX (al menos de la filología referida a la lengua y la literatura castellanas), queda como referencia señera y de importancia científica trascendente esta escuela pidalina de investigación; por supuesto, y según decimos, en ese cómputo entra asimismo la obra personal y también relevante de otros autores que han trabajado más individualmente.

Junto con Menéndez Pidal formaron escuela Américo Castro, don Tomás Navarro, Amado Alonso, Gili Gaya, Dámaso Alonso, Salvador Fernández Ramírez y Rafael Lapesa, etc. En distintos campos de estudio —gramática, fonética, métrica, diacronía e historia de la lengua, historia y crítica literarias—, buena parte de lo fundamental que conocemos acerca del idioma y las letras españolas a ellos se debe, en cuanto autores que fueron de obras de conjunto fundamentales.

Tradición krausista

Lapesa ingresó en el Centro de Estudios Históricos cuando era casi más un adolescente que un joven, llevado de la mano de Américo Castro, y luego ha continuado siempre el esfuerzo y el rigor en el trabajo y la magnanimidad ética, que el Centro heredó de la tradición krausista y que han caracterizado tanto a don Ramón Menéndez Pidal como



Ramón Menéndez Pidal.



Américo Castro.

a varios discípulos suyos, y entre ellos ya decimos que a Lapesa.

Nuestro autor publicó en 1942, a partir de una sugerencia de don Tomás Navarro Tomás, uno de sus textos fundamentales, la *Historia de la lengua española*. Esta Historia apareció prologada por Menéndez Pidal, quien observaba que su autor «toma como hilo conductor la historia externa del idioma español, y simultáneamente... expone la evolución interna gramatical y léxica»; en efecto, nos hallamos ante el relato general de la trayectoria del idioma en tanto instrumento comunicativo y a la vez ante la reseña de los rasgos de su evolución interna como código lingüístico. Don Ramón presentaba de esta manera la *Historia* de Lapesa, pero asimismo notaba

otra de sus características, la de «ensanchar el estudio lingüístico con el de los principales estilos literarios». Según decimos, la exposición estaba hecha tomando como punto de partida la trayectoria del idioma en tanto vehículo comunicativo, para reseñar a la vez el cambio producido en los rasgos de la lengua: en esa marcha global del idioma entra también el despliegue de la lengua literaria, y Lapesa, en efecto, alude al mismo con mayor o menor amplitud; en realidad nuestro autor ha analizado con carácter monográfico los estilos literarios españoles en sucesivos estudios particulares.

La *Historia de la lengua española* constituye un libro clásico en nuestros estudios filológicos; quedó escrita inicialmente por sugerencia que don Tomás Navarro hizo al autor, y creemos que se entiende mejor si se la toma en cuenta a la vez que el conjunto de monografías que sobre el estilo y el idioma de sucesivos autores literarios ha ido publicando Lapesa.

Una obra poco conocida

Al año siguiente de su *Historia de la lengua* publicó nuestro autor un libro que nunca hemos visto luego recordado ni mencionado, pero que tiene el interés que vamos a apuntar. Se trata de un manual para el Bachillerato entonces vigente, y lleva el título de *Formación e historia de la lengua española*.

Consta la obra de un capítulo preliminar de «Ideas generales sobre el lenguaje y su evolución», de la primera parte dedicada a una «Breve Historia de la lengua española», y de una segunda parte sobre «Gramática histórica». Como se ve, no estamos ante el mero resumen del libro anterior y mayor, sino que ahora encontramos otros desarrollos.

Un epígrafe del capítulo preliminar lo dedica Lapesa a los cambios semánticos, y estamos sin duda ante una de las primeras veces que en un manual o exposición de conjunto se habla de «semántica»: «Los cambios de significado —escribe el autor— constituyen el objeto de una ciencia del lenguaje, la "semántica" o "semiología". Sus dos cauces prin-

cipales son la ampliación y la restricción del sentido». Tenemos aquí documentado el uso de la palabra «semántica» y una concepción de la misma: es la disciplina (según se nos dice) que ha de ocuparse de los cambios de significación de los vocablos; ésta era la perspectiva diacrónica con que estaban concebidos primariamente los estudios semánticos, antes de que se iniciase una semántica que se ocuparía de los «valores» lingüísticos y de las formas del contenido. Se documenta por igual en este pasaje del joven Rafael Lapesa (si no hay errata) el empleo de la palabra «semiología» en tanto sinónima de «semántica».

Nuestro autor hace en el presente libro una historia breve de la lengua, y al llegar al siglo XVIII anota la labor de la Real Academia entonces fundada: el llamado Diccionario de Autoridades y la *Gramática* de 1771. En conjunto se llega a una «relativa inmovilidad» en el idioma, y sobre ella escribía Lapesa estas preciosas líneas que constituyen a la vez un programa de trabajo: «Estabilizada la pronunciación, reglamentada la gramática y sujeta a normas rigurosas la ortografía, los cambios lingüísticos del español moderno son menores... En contraste... es muy activa la renovación del léxico, e incesante la creación estilística».

Queda sugerida aquí una inflexión en la trayectoria de la lengua: en épocas anteriores, los cambios idiomáticos son mayores, mientras que a lo largo del siglo XVIII se llega a una mayor fijeza del sistema, y ahora lo que el estudioso deberá atender con mayor análisis es el léxico y el estilo de las creaciones literarias. Ya vemos que la presente *Formación e historia de la lengua española* es obra que no consiste en una inerte exposición pedagógica, y bien cabría reseñarla por sus datos innovadores, pero sobre todo importa por la parte que tiene de «Gramática histórica»: son siete capítulos en los que efectivamente asistimos a una exposición de la fonética histórica de las vocales y las consonantes, y a la de la morfología histórica de las partes de la oración, e importa destacar que es la única vez que Rafael Lapesa ha escrito un tratado



Rafael Lapesa.

Portada de una de las ediciones de su *Historia de la lengua española*.



Viene de la página anterior



STELLA WITTEMBERG

de conjunto de esta materia. Nuestro autor nunca ha vuelto luego a una exposición de conjunto de la Gramática histórica castellana, y de ahí el interés de estos capítulos suyos; luego don Rafael ha escrito monografías muy densas sobre sintaxis histórica.

Historia lingüística e historia de las letras

En 1948 editó Lapesa dos monografías cuyas de sólida vigencia: un estudio sobre «Asturiano y provenzal en el Fuero de Avilés» y *La trayectoria poética de Garcilaso*. El primero de estos análisis atendía al hecho de que en el Fuero de Avilés un redactor extranjero deseaba expresarse en la lengua de la región en que habitaba, y así resulta en el texto una coexistencia de rasgos románicos asturianos y provenzales; se trata de un estudio que continuaba el llevado a cabo por su autor en la tesis doctoral, y que respondía en conjunto a la dedicación al dialecto leonés que hizo suya en buena medida la escuela de Menéndez Pidal, desde los trabajos del propio don Ramón hasta en nuestros mismos días los de Álvaro Galmés y Diego Catalán.

En cuanto al libro sobre Garcilaso es una pulcra monografía que recorre la trayectoria de la obra escrita por el poeta; no agota las cosas, y en este sentido el propio Lapesa ha hecho después más estudios garcilasianos, pero constituye un pulcro análisis de referencia necesaria. Inmediatamente se puso nuestro autor a trabajar en los decenios anteriores, a los que la obra de Garcilaso le había llevado a asomarse: pasó del XVI al XV, y de este afán surgió otra monografía asimismo necesaria y vigente, *La obra literaria del Marqués de Santillana*. A la vez que seguramente el estudio de Garcilaso llevó a Lapesa hasta el siglo XV, a Santillana, el análisis de los hechos demográficos que incidieron en la lengua y que se comprobaban en el Fuero de Avilés condujo a nuestro autor a otros hechos demográficos y a su consecuencia idiomática: la disidencia lingüística sevillana y el surgimiento de una nueva norma, la andaluza e hispanoamericana.

Nuestro autor publicó así en 1957 el artículo «Sobre el ceceo y el seseo andaluces», y el conjunto del presente y otros escritos convergentes, más los que trataban de la presencia de los «francos» en la Península, dio

lugar al volumen *Estudios de historia lingüística española*; son trescientas páginas de apretada tipografía y una gran densidad de contenido. Acaso con este libro y con sus artículos de sintaxis histórica ha alcanzado nuestro autor una densidad de datos y conceptual como muy pocos otros autores de los que se dedican a los estudios filológicos.

Lapesa ha consagrado asimismo muchas horas a la labor de la Academia de la Lengua, y en buena medida como resultado de ella han surgido los dos tomitos que se titulan *Léxico e historia*; del trabajo académico y asimismo del Seminario de Humanidades que organizó Julián Marías dentro de las actividades del Banco Urquijo han salido en buena parte los escritos recogidos en otra obra fundamental, *El español moderno y contemporáneo. Estudios lingüísticos*. Llamamos fundamental a este volumen porque en él se abordan los siglos más necesitados de tratamiento monográfico y en particular de exposición de conjunto en la historia de la lengua: los siglos más cercanos, desde el XVIII hasta el que ahora acaba.

Nacionalismo retrospectivo

La escuela pidalina ha estado atenta sobre todo a la Edad Media y al Siglo de Oro, y ello por varios motivos, uno de los cuales fue inicialmente acaso el de un nacionalismo retrospectivo atento románticamente a las épocas de orígenes y a las épocas de esplendor; además de abordar en su obra estos tiempos medievales y áureos, Lapesa ha dirigido su mirada a la lengua propiamente «moderna» (la posterior a 1713), y de esta manera ha resultado el volumen al que hacemos referencia, no menos denso que el dedicado a los «francos» en España y a la norma de Sevilla.

Los estudios de historia y crítica literarias de don Rafael han quedado recogidos asimismo en sucesivos tomos: *De la Edad Media a nuestros días, Poetas y prosistas de ayer y de hoy, De Ayala a Ayala y De Berceo a Jorge Guillén*.

El texto que sirve de punto de partida al presente comentario ha sido el del discurso de recepción de Rafael Lapesa en la Academia de la Historia, y aparece dedicado a las *Crisis históricas y crisis de la lengua española*; la palabra «crisis» significa

aquí 'mutación importante', que es en efecto una de sus acepciones aunque los hablantes no tengan en general conciencia de ella. Este discurso constituye en abreviatura un recorrido por toda la historia de la lengua: según decimos, se trata en realidad de una abreviatura acerca de la trayectoria de nuestro idioma, y va precedida de algunas consideraciones teóricas.

En lo fundamental, lo que viene a postular don Rafael en estas consideraciones doctrinales suyas es la necesaria integración de las llamadas lingüística interna y lingüística externa, es decir, de las perspectivas interior o inmanente y social y cultural al hacer Historia de la lengua. Nuestro autor mantiene de esta forma que el desarrollo de una transformación en el código idiomático «estará condicionado parcialmente por obstáculos o facilidades procedentes del mismo sistema de la lengua; pero la manera de sortear unos y aprovechar otras, y por lo tanto el resultado a que se llegue responderá en gran parte a las peculiares preferencias de los hablantes», esto es, a hechos socio-culturales.

La suerte del castellano

Se refiere Lapesa en su texto al nacimiento del castellano y a su peculiaridad peninsular, al «arabismo y europeísmo» patentes en la lengua medieval, a Burgos y a Toledo como centros de influencia lingüística, al nacimiento del andaluz, etc.; ya hemos dicho que nuestro autor no desatiende —según es más usual hacer— las centurias últimas en la historia del idioma, y así dedica ahora párrafos preciosos a ocuparse de la

suerte del castellano en los siglos últimos y a lo ocurrido con el catalán, gallego y vascoense.

La parte final del presente discurso completa lo expuesto por su autor en el volumen mencionado acerca del español «moderno», y se engloba en la trayectoria entera de la historia de nuestra lengua, trayectoria entera que el buen estudioso no deberá dejar de atender.

Diacronía lingüística, historia general de España e historia de la cultura española se interpenetran en la exposición del autor, una exposición que acaso sólo él está en condiciones intelectuales de hacer y que además —lo que es muy importante— no se descuenta de lo ocurrido en las distintas regiones peninsulares: el discurso trata así de la lengua en Cataluña, Baleares y Valencia, del resurgimiento del gallego literario, de los estudios sobre el vascoense y, en definitiva, de «nuestra lengua en España y América», aunque todo ello en abreviatura; estamos, no obstante, ante una síntesis muy orientadora y que ilustra bien acerca de cómo la realidad del pasado es siempre compleja y no cabe simplificarla.

A un texto como *Crisis históricas y crisis de la lengua española* no se llega sino tras un esfuerzo continuado de análisis durante muchos años, y tras una voluntad de rigor o solidez en la investigación, sin apresuramientos superficiales. Es de destacar asimismo el esfuerzo y el ejemplo de dedicación al estudio que supone el discurso presente, elaborado cuando su autor tiene ya una edad muy avanzada: sin duda es el esfuerzo en el trabajo que en la tradición de la ética del krausismo hizo suyo el Centro de Estudios Históricos pidalino. □

RESUMEN

La publicación del discurso de recepción de Rafael Lapesa en la Academia de la Historia le parece a Francisco Abad una excelente ocasión para recordar, en apretada y obligada síntesis, la extraordinaria labor filológica y literaria que ha llevado

a cabo Lapesa en su larga vida intelectual desde que entrara, casi un adolescente, en el Centro de Estudios Históricos, de la mano de Américo Castro; y uno de cuyos hitos esenciales es su Historia de la lengua española.

Rafael Lapesa

Crisis históricas y crisis de la lengua española

Real Academia de la Historia, Madrid, 1996. 88 páginas. 1.144 pesetas.

Acciones y pasiones sobre la fisión nuclear

Por José Manuel Sánchez Ron

José Manuel Sánchez Ron (Madrid, 1949) es doctor en Física por la Universidad de Londres y catedrático de Historia de la Ciencia en la Universidad Autónoma de Madrid, en donde con anterioridad fue profesor titular de Física Teórica. Sus libros más recientes son Diccionario de la ciencia y National Military Establishments and the Advancement of Science and Technology, que ha editado (éste último) junto a Paul Forman.

La forma en que marcamos la progresión del tiempo es lineal; después de un minuto, día o año concreto, viene otro que difiere del anterior en una unidad. Pero semejante señalización es artificial, una mera convención que utilizamos por comodidad; el devenir histórico es mucho más complejo: unas veces avanza, otras vuelve sobre sus pasos, y no faltan los momentos en los que parece como si el tiempo no transcurriese, como si se congelase formando una imagen entre fantasmagórica y esperpéntica. Por fortuna, ocasionalmente tienen lugar acontecimientos que utilizamos para establecer puntos de referencia, mojones de la historia que nos permiten orientarnos en lo que de otra forma no sería sino una enmarañada –no importa que esté ordenada– sucesión de vivencias.

Pues bien, el descubrimiento de la fisión del uranio, entendido como una «observación» problemática perteneciente al ámbito de las transmutaciones atómicas que fue «interpretada» como la ruptura de un núcleo pesado en dos partes de magnitud parecida, constituye uno de esos «mojones de la historia». Hay un «antes» y un «después» asociados a ese descubrimiento, realizado en 1938 y al que están vinculados tres nombres: Otto Hahn, Fritz Strassmann y Lise Meitner. Asociados, pero no, en lo que a reconocimiento público se refiere, en idéntica medida; basta con recordar que fue únicamente Hahn quien recibió ese supremo galardón que es el premio Nobel: en 1944, la Academia Sueca le concedió, en solitario, el premio de Química correspondiente a 1944 «por su descubrimiento de la fisión de núcleos pesados».

El mundo no fue el mismo, ni política ni culturalmente, una vez que se supo que cuando se lanzaban neutrones sobre uranio los núcleos de este elemento químico se partían,

produciendo energía y neutrones (más de uno por cada reacción); neutrones que, a su vez, podían dividir otros núcleos de uranio, iniciando de esta manera un proceso («reacción en cadena») altamente explosivo. Es natural, en consecuencia, que la bibliografía dedicada a la energía nuclear sea muy extensa. En ella encontramos joyas como la descripción (*Now it can be told*, 1962) que el general Leslie Groves hizo del Proyecto Manhattan, del que fue director administrativo; estudios ya clásicos (Margaret Gowing, *Britain and atomic energy, 1939-1945*, 1964), «best-sellers» (Richard Rhodes, *The making of the atomic bomb*, 1988); o narraciones tan rigurosas como apasionantes, que poco tienen que envidiar a una buena novela de intriga, como son, por ejemplo, la reconstrucción de la fabricación de la primera bomba atómica soviética, en la que se mezclan ciencia, política, guerra y espionaje (David Holloway, *Stalin and the bomb*, 1994); los esfuerzos germanos por dominar la energía nuclear durante el régimen hitleriano (Mark Walker, *German National Socialism and the quest for nuclear power, 1939-1949*, 1989), o las transcripciones de las grabaciones que secretamente se realizaron de las conversaciones que mantuvieron diez distinguidos científicos nucleares alemanes, entre los que se encontraban figuras tan destacadas como Walther Gerlach, Werner Heisenberg, Max von Laue, Carl Friedrich von Weizsäcker y el propio Otto Hahn, detenidos en una casa de campo inglesa –«Farm Hall»–, entre junio y diciembre de 1945 (*Operation Epsilon: The Farm Hall transcripts*, 1993).

Escenario intelectual e histórico

Excelentes como son las obras anteriores, se las puede acusar, no obstante, de ser, en cuanto a los temas concretos que estudian, demasiado clásicas, independientemente del hecho de que algunas hayan sido publicadas muy recientemente. A través de ellas aprendemos, iluminamos nuestro entendimiento en un dominio de la ciencia y la tecnología clave para comprender la historia de los últimos cincuenta años, pero no deja de ser menos cierto que las cuestiones que abordan se enmarcan en un escenario intelectual e histórico en el fondo no excesivamente sorprendente. Afortunadamente, existen algunas obras, menos naturalmente, que van más allá,

introduciéndose en áreas con anterioridad poco transitadas. Ejemplos en este sentido son libros como el de L. Hoddeson, P. W. Henriksen, R. A. Meade y C. Westfall, *Critical assembly. A technical history of Los Alamos during the Oppenheimer years, 1943-1945* (1993), que nos permite ver los trabajos de Los Alamos, habitualmente presentado como el lugar donde desarrollaban su labor creativa «científicos puros» del calibre de Oppenheimer –el director del grupo–, Feynman, Von Neumann, Ulam o Bethe, como un centro de investigación y desarrollo en el que los problemas de tipo tecnológico eran fundamentales y dominantes. Sirve así este texto para que nos formemos una idea más correcta de la relación entre ciencia y tecnología, una idea en la que la tecnología es algo más que «ciencia pura aplicada», y para hacernos comprender que el propio desarrollo científico («puro») se enriquece considerablemente gracias a la tecnología, lo que es tanto como decir que la ciencia «básica» de una nación que no se preocupe por la tecnología distará mucho de ser completamente satisfactoria, incluso aunque invierta grandes esfuerzos en la promoción de la ciencia fundamental.

Otra de las limitaciones de nuestro conocimiento histórico del mundo nuclear se encuentra en la relativa escasez de estudios que no tienen al Proyecto Manhattan y su entorno (en un sentido amplio) como protagonistas. Sabemos, en efecto, mucho menos de la historia de la introducción de los conocimientos y técnicas nucleares en el ámbito civil, e incluso en el militar posterior a los alrededores de 1950, que de los sucesos que condujeron a las bombas de agosto de 1945. Y, sin embargo, aquella historia nos es, en múltiples aspectos, más próxima y relevante que ésta. Temas como la dependencia de la tecnología nuclear para usos civiles (centrales nucleares) de la desarrollada en la década de los 40 con fines militares, las conexiones entre investigación nuclear civil y militar, por un lado, y políticas nacionales, por otro, con el transcurso de unas sociedades (civiles) que durante mucho tiempo fueron convidadas de piedra de un dudoso banquete, son no sólo interesantes desde una perspectiva académica e intelectual, sino que constituyen, asimismo, prerrequisitos imprescindibles para poder enfrentarse con garantías suficientes a cuestiones, de gran importancia –en un futuro no demasiado lejano, acaso de «absoluta» importancia,

como es, por ejemplo, la de las fuentes de suministro energético.

Entre las obras ya existentes que abordan algunos de estos problemas se encuentra la de Alvin Weinberg, un veterano del Proyecto Manhattan, que participó en el diseño de los primeros reactores nucleares (entre ellos el que se convirtió en elemento central de la flota de submarinos atómicos estadounidense), y que llegó a ser director del Oak Ridge National Laboratory entre 1955 y 1973: *The first nuclear era. The life and times of a technological fixer* (1994). O la apasionante trilogía de Glenn T. Seaborg, el químico nuclear estadounidense que descubrió los elementos transuránicos de la serie del actinio, que recibió, junto a Edwin McMillan, el premio Nobel de Química de 1951, y que presidió la Comisión de Energía Atómica de Estados Unidos entre 1961 y 1971: *Kennedy, Khrushchev and the test ban* (1981), *Stemming the tide. Arms control in the Johnson years* (1987) y *The Atomic Energy Commission under Nixon* (1993).

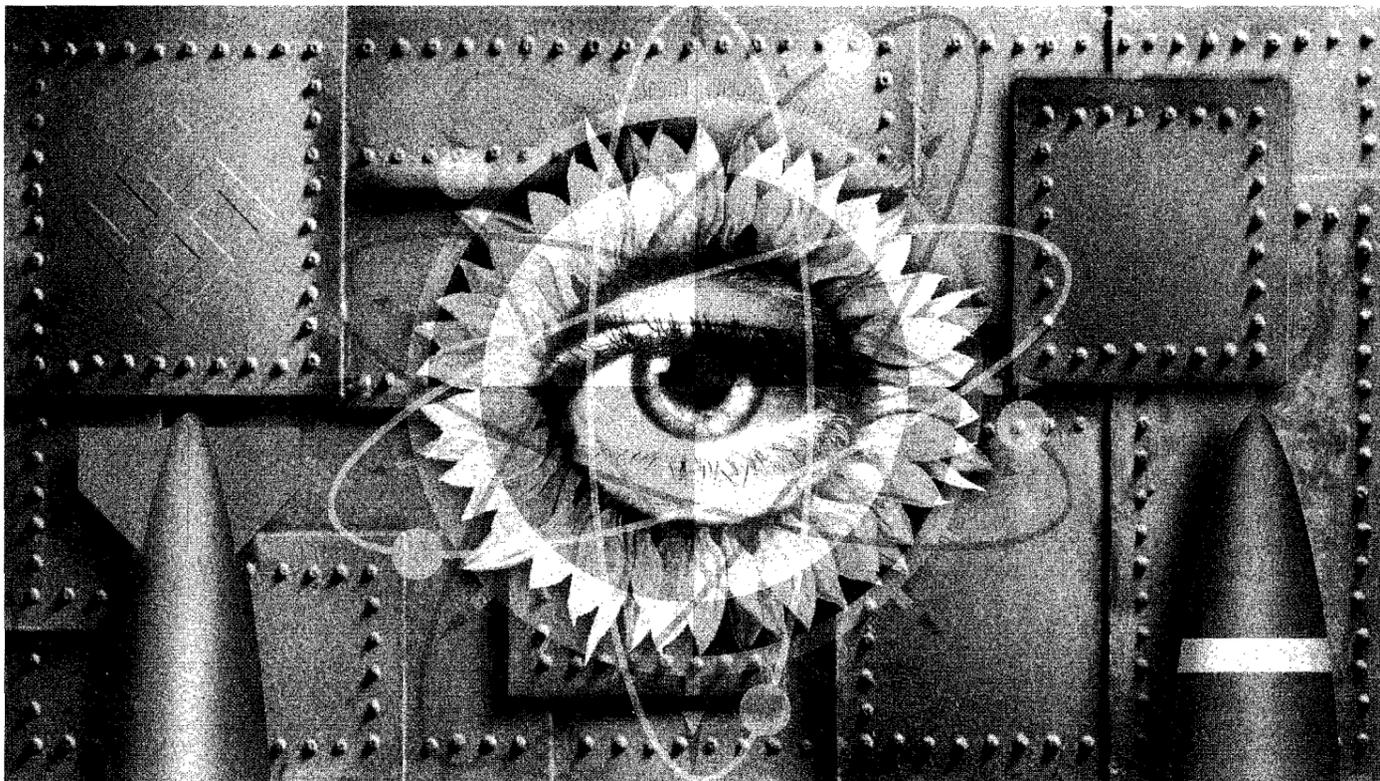
Con sus libros, Seaborg ha facilitado la tarea de los historiadores de la ciencia, tecnología y política nucleares. Pero no ha limitado sus servicios a este punto. Ha puesto, asimismo, a disposición de los estudiosos los diarios que, día a día, compuso entre 1939 y 1946, diarios que describen, por un lado, las investigaciones que le llevaron, junto a Emilio Segrè, a identificar, en el invierno de 1941, los primeros núcleos de plutonio, un elemento fisiónable como el uranio, y, por otro lado, los febriles esfuerzos por cuantificar las propiedades del nuevo elemento con vistas a facilitar su producción para poder fabricar una bomba atómica (la segunda bomba atómica, la que explotó sobre Nagasaki, era de plutonio, no de uranio). Estos diarios, cuidadosamente anotados –por R. L. Kathren, J. B. Gough y G. T. Benefiel–, se encuentran desde hace poco a disposición de todos los interesados, en una monumental edición (920 páginas de gran formato): *The Plutonium story. The journals of Professor Glenn T. Seaborg, 1919-1946* (1994).

Otto Hahn

Si sabemos ya tanto –continuando con el ejemplo anterior– de Glenn Seaborg, cuyas investigaciones más conocidas siguieron, al fin y al cabo, la senda desbrozada por los trabajos de Otto Hahn y Lise Meitner, ¿no será, o debería ser, mucho más amplio, detallado y articulado nuestro conocimiento de la obra y personalidad de estos dos últimos científicos? Se trata, cuando menos, de entender la génesis, contexto en el que se produjo y desarrollo del descubrimiento de la fisión del uranio.

La realidad en este punto es, aunque compleja, profundamente desequilibrada. Sabemos más, mucho más, de Hahn que de Meitner, independientemente del hecho de que la física austriaca no sea, en modo alguno, una desconocida. Hahn no sólo recibió el premio Nobel, sino que al término de la guerra mundial, y una vez liberado del confinamiento a que fue sometido en «Farm Hall», alcanzó la cumbre de la ciencia alemana al ser nombrado en 1946 presidente de la Sociedad Max Planck (Max Planck Gesellschaft), el organismo estatal para la investigación científica que sustituyó a la Kaiser Wilhelm Gesellschaft, disuelta por los vencedores de la guerra.

Un personaje tan famoso, y poderoso, difícilmente podía resistirse a la tentación de escribir su autobiografía: *Mein Leben* (1968; versión inglesa: *My life*, 1970). Ni los historiadores de la ciencia a convertirle en centro de algunos de sus estudios, como ejemplifica



ÁLVARO SÁNCHEZ

Viene de la página anterior



el libro significativa, pero injustamente, titulado *Otto Hahn and the rise of nuclear physics* (William R. Shea, ed., 1983).

La historia, no se olvide, es con demasiada frecuencia patrimonio de los vencedores, y Hahn fue un vencedor, no importa –notable paradoja– que su nación fuera derrotada militar e incluso culturalmente.

No hay duda, por supuesto, de que su ascenso al pináculo de la ciencia alemana, al igual que la fama mundial que le rodeó a partir de 1945, se debió a la importancia y especial naturaleza del descubrimiento de la fisión del uranio. Pero en este punto, el observador atento debería preguntarse cómo encaja semejante hallazgo en el conjunto de la obra científica de Hahn, o si debió mucho, poco o nada a Strassmann o a Lise Meitner, ambos mucho menos agradecidos por fama y poder.

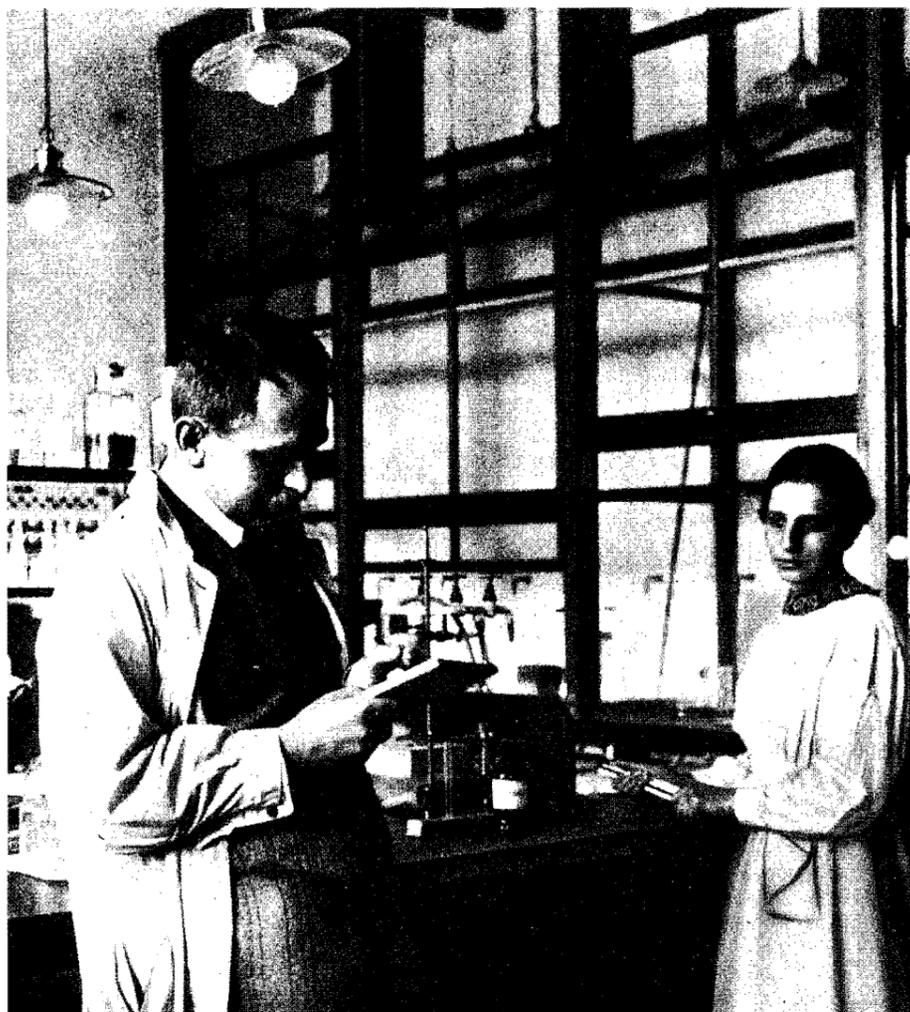
Lise Meitner

Esta última pregunta es, especialmente en lo que se refiere a Meitner, particularmente relevante; al fin y al cabo, Hahn y Meitner trabajaron juntos durante más de treinta años, entre 1907 y el 13 de julio de 1938, cuando Lise tomó, acompañada por su amigo el valeroso físico holandés Dirk Coster, un tren para Holanda, sin dinero, sin permiso (de hecho, se había prohibido su salida), silenciosamente, procurando que nadie alertase a las autoridades alemanas de su huida, de la huida de una científica austríaca (alemana jurídicamente desde el «Ausschluss», la anexión de Austria del 12 de marzo de 1938) y de origen judío.

Ruth Lewin Sime, profesora de química del Sacramento City College, ha contestado a semejante pregunta. A esa y a muchas otras más. Su libro, *Lise Meitner. A life in physics*, es, en primer lugar, una biografía completa de alguien que, después de lograr –era, no lo olvidemos, una mujer– estudiar física en Viena con Boltzmann («sus clases –recordaría cincuenta años después– fueron las más bellas y estimulantes que jamás he escuchado»), se trasladó a Berlín, el centro de la física mundial, en donde consiguió abrirse camino, ganarse el respeto y la amistad de figuras como Max Planck y James Franck, y entrar en el grupo de investigación de Hahn en el Instituto Kaiser Guillermo de Química, en donde terminaría liderando su propio grupo (aunque no por ello dejase de colaborar con el de Hahn), con la categoría de «Professor», una «Frau Professor», en un mundo habitado casi exclusivamente por «Herren Professoren».

Pero sobre esta base biográfica, aparentemente singular y concreta, Sime ha levantado otros edificios, narraciones históricas de excelente estructura en sí mismas. Edificios como el formado por una extensa, detallada y, al mismo tiempo, transparente, aunque por supuesto no completa (deja fuera –no podía ser de otro modo– incontables investigaciones y multitud de científicos), exposición del desarrollo y problemas de la física y la química de las transmutaciones radiactivas, un mundo éste extremadamente complejo, superpoblado por sustancias difíciles de identificar y distinguir. Ni siquiera estaba claro de qué había que hablar: ¿cuáles de esas sustancias eran realmente diferentes, elementos químicos, independientes y básicos? No es casualidad que proliferase el término «emanaciones», algunas de las cuales terminarían siendo nuevos elementos químicos.

Al recorrer la vida de Lise Meitner penetramos, asimismo, en el mundo de la ciencia, la política y la cultura alemanas del, aproximadamente, primer tercio de nuestro siglo. Como es bien sabido, aquel mundo condujo a la aparición del nacionalsocialismo, personificado y dirigido por Adolf Hitler, y lo que podemos considerar como el núcleo central del libro que nos ocupa gira en torno a aquel



Otto Hahn y Lise Meitner (Berlín, 1913).

nefasto clímax político. Las dificultades por las que tuvo que pasar Meitner, que la llevaron finalmente a exiliarse en Suecia, en el Instituto de Manne Siegbahn, con quien Lise nunca llegó a entenderse, a pesar de que permaneció en Estocolmo hasta su jubilación, constituyen un excelente marco para abordar cuestiones tan difíciles como inevitables, especialmente en este caso: la fragilidad y ductilidad humanas –y sus ambiciones–, o la distancia tan pequeña que puede terminar existiendo entre el difícil –acaso más imposible que difícil– arte de nadar y guardar la ropa ante las presiones de un régimen político dictatorial, y la renuncia moral, el abandono de valores éticos y morales (algunos hablarían, simplemente, de «dignidad»).

Los sucesos que precedieron, acompañaron y, sobre todo, siguieron al descubrimiento de la fisión del uranio ejemplifican magníficamente cuestiones como las anteriores. Ruth Sime explica con claridad y basándose en una extensa evidencia documental (fundamentalmente la correspondencia entre los principales protagonistas, y un sólido análisis del contenido de los trabajos científicos implicados) cómo se descubrió que los núcleos de uranio se partían. Y de su estudio surge, implacable, la evidencia del decisivo papel que desempeñó Lise Meitner, ya exiliada cuando Hahn y Strassmann realizaron sus experimentos. No es únicamente, como tradicionalmente se ha presentado, que Meitner fuese la primera en ofrecer, en Suecia y junto a su sobrino Otto Robert Frisch, una interpretación teórica del fenómeno observado en Berlín, cuando su viejo colega y amigo Hahn le informó de él, con prontitud, por carta. Ni siquiera es que el «espíritu» de Lise permaneciese todavía en los laboratorios y despachos de la capital germana (al fin y al cabo, ¿qué es eso del «espíritu»?); es que mediante cartas, aquí puntualmente citadas, Meitner ayudó –una ayuda a la postre decisiva– a dirigir a Hahn y Strassmann hacia su monumental e inmortal hallazgo.



Lise Meitner

Lise Meitner (1916).

del cielo que le convirtiera en política y profesionalmente invulnerable. Pero para ello tenía que transformar el descubrimiento en algo que fuese suyo y solamente suyo, el producto de su instituto y de su disciplina, la química. Ni la física, ni Meitner (una judía en una nación oficialmente antisemita) formaban parte del guión que más le convenía.

La tarea que, consciente o inconscientemente (es difícil ser categórico en este punto), tenía ante sí Hahn era difícil. Todo el mundo que trabajaba en este campo sabía que, a pesar de la importancia que, sin duda, tenían los datos radioquímicos y analíticos que obtenían los químicos, la investigación había sido iniciada y desarrollada, paso a paso, por físicos. Era evidente también que otros habían contribuido de manera muy importante al descubrimiento, del que no estuvieron lejos (como Irène Curie y Pavel Savitch, cuyos trabajos ayudaron a señalar a Hahn y Strassmann la dirección correcta), y que la ausencia de Meitner de Berlín se debió a motivos políticos; sólo así se evitó que participase en el descubrimiento, que en condiciones normales habría sido entendido como la culminación del trabajo de un grupo interdisciplinar.

Pero, como apunté anteriormente, si recurrimos a esos implacables indicadores que son el reconocimiento público, los honores recibidos y el poder acumulado, no hay duda de que Otto Hahn –sin duda un gran científico por sí mismo– recibió mucho más que su colega austríaca. No sólo sobrevivió en las proximidades de la cúspide científica durante el período hitleriano, sino que cuando éste colapsó se instaló en la misma cumbre.

Mientras tanto, Meitner nunca retornó a su antiguo puesto, los honores que recibió fueron muchísimo más modestos, y la influencia que pudo desplegar, mínima. Y lo que es peor, vio cómo aspectos básicos de su participación en el descubrimiento de la fisión fueron marginados o desenfocados; esto es, asistió al nada ejemplificador y siempre doloroso espectáculo que es una reconstrucción o deformación de la historia. Veintiocho años después de su muerte, Ruth Lewin Sime nos ha ofrecido una imagen de su vida y obra mucho más equilibrada y completa, más justa en definitiva, que la que hasta ahora podíamos conocer. □

RESUMEN

Si el tiempo es una convención que progresa linealmente, de vez en cuando aparecen unos puntos de referencia, unos mojones de la historia, que permiten al hombre orientarse en esa sucesión de vivencias. Como un mojón de la historia define Sánchez

Ron el descubrimiento en 1938 de la fisión del uranio, que dio paso a la era nuclear, de tan trascendentales consecuencias, como recuerda con detalle al comentar una biografía sobre uno de sus tres descubridores, Lise Meitner.

Ruth Lewin Sime

Lise Meitner. A Life in Physics

University of California Press, Berkeley, 1996. 526 páginas. 36 dólares ISBN: 0-520-08906-5.

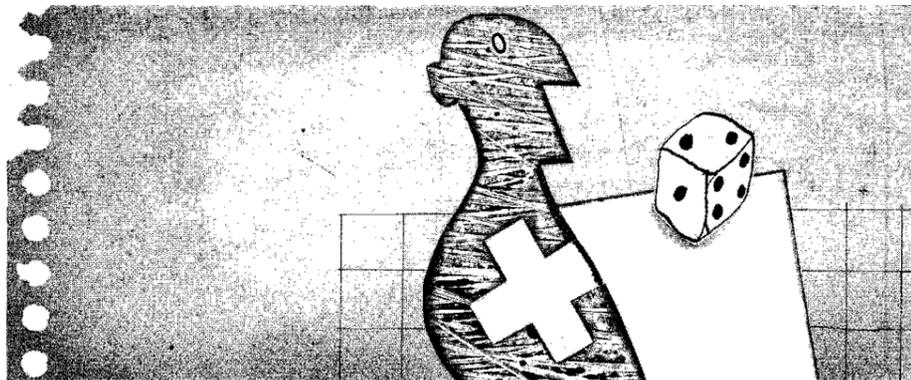
Médicos, abogados y estadísticos

Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society, y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

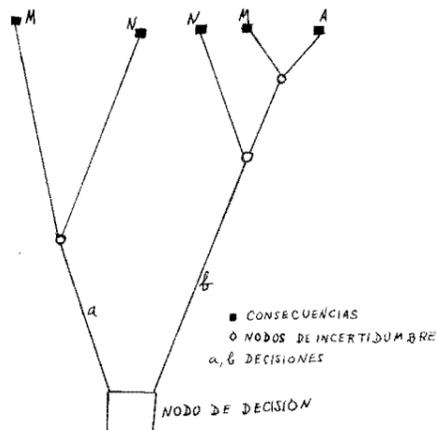
Los dos libros que han inspirado la redacción de este artículo contienen aportaciones importantes y recientes en campos (Medicina, Derecho) en que la investigación multidisciplinar (médicos, filósofos de la ética y el derecho, estadísticos, psicólogos, informáticos...) está contribuyendo a la resolución tanto de los problemas que se presentan en las llamadas pruebas clínicas y forenses como los de la práctica profesional y oficio diario de médicos y abogados. Los problemas de experimentación de nuevos tratamientos y drogas curativas en los seres humanos, mediante pruebas clínicas, han preocupado seriamente a los médicos también en sus aspectos éticos, legales, psicológicos, salvo en algunos ejemplos raros, como el experimento Tuskegee, que mantuvo sin tratamiento a un grupo de negros con sífilis para observar el «curso natural» de la enfermedad, o el que escucho, mientras escribo estas líneas, de los niños inculados con sida en Rumanía. Parece que es indudable que para progresar en este área de las pruebas clínicas hay que experimentar, pero para experimentar hay que hacer correr riesgos a los pacientes. Se trata, pues, de organizar las pruebas clínicas humanas de modo que sean razonablemente mejores y científicamente más responsables. Las contribuciones recogidas en estos libros son realmente importantes, gracias a la introducción de nuevos conceptos (tratamientos admisibles para los pacientes, nuevos diseños -Zelen-, que se comparan con los secuenciales y adaptativos...) que se estudian tanto en el marco de la estadística clásica como en el de la nueva metodología bayesiana.

«Mi esperanza al editar el libro -dice Kadane- es presentar algo del sabor del debate. Para lograrlo he estimulado a cada autor a que cuente una historia personal en un estilo personal. La consecuencia ha sido una cierta dosis de disparidad de capítulo a capítulo, y las conclusiones no siempre han conducido a coincidencias, pues en más de una ocasión parecen a unos erróneas u ofensivas las conclusiones de otros. Para solventar adecuadamente estas serias dificultades se recogen las correspondientes discusiones en los sustanciosos capítulos finales». Pero nuestro artículo no es para especialistas médicos, abogados o estadísticos, sino para explicar al hombre cultivado cómo también estas investigaciones han contribuido y contribuirán a progresos en la práctica profesional y en el trabajo diario de médicos y abogados, con la indispensable colaboración de estadísticos. En la actualidad, el campo más importante de actividad médico-estadística es el análisis de decisiones, al que aluden Ledley y



G. MERINO

Lusted (1959), al decir que las decisiones médicas deben ser tomadas científicamente. Poco a poco se va progresando en esta línea de trabajos, y ya en 1978 los psicólogos experimentales Elstein, Shulman y Sprafka afirman que el diagnóstico médico debe considerarse como un paradigma de razonamiento incierto, y tras esto Clarke se plantea la cuestión de encuadrarlo en el marco del moderno análisis de decisiones, con las consiguientes ventajas científicas y prácticas, al convertir un proceso intuitivo descriptivo en lógico normativo.



En el ejemplo, bien conocido, que vamos a exponer se alude a que es raro que los cirujanos estén seguros del diagnóstico de apendicitis. En un paciente para el que los exámenes y analítica indican que puede tener apendicitis, la decisión médica está en elegir (ver figura) entre dos alternativas: a) operación inmediata con buen resultado (M), admitiendo que quizá el paciente no tenga apendicitis (N), o bien alternativa (b) esperar, observando algunas horas, para ver si el problema no es de apendicitis y se resuelve sin operación (N) o bien va a más gravedad realizando una operación que conduce a curación (M), o quizá a una perforación, consecuencia (A) más grave que la simple apendicitis. Estos pasos del proceso decisorio del cirujano se ven representados en el «árbol de decisión» de la figura, que los médicos tradicionales tienen en su cabeza cuando en vez de las probabilidades y utilidades, se expresan con frases como «... las alternativas son...», «... pe-

sando los pros y los contras...», etc.; pero que si se quieren constituir en un modelo científico de decisión en incertidumbre deben formularse con el lenguaje y los métodos básicos del actual análisis de decisiones, y representados mediante un grafo tipo árbol o el diagrama de influencia, tal vez con ayuda del ordenador. Para completar el modelo se consideran en el árbol descrito que define la «estructura» del proceso decisorio dos aspectos: 1º) creencias del médico sobre la presentación de las consecuencias finales, y 2º) deseos o preferencias del paciente, con la asistencia del médico, sobre dichas consecuencias.

Esta modelización, llamada «decisión bayesiana», culmina introduciendo: 1º) la llamada «probabilidad subjetiva» para medir las creencias del decisor, y 2º) un índice de «utilidad» que es una medida cardinal de las preferencias del paciente asistido por el médico. Una vez asignadas estas probabilidades y utilidades, el modelo se integra en una axiomática que conduce a la «regla normativa» de elegir la decisión a la que corresponda la «máxima utilidad subjetiva esperada» (M.U.S.E.). Con este «comportamiento normativo» se logran unos resultados en las decisiones médicas difíciles, que son muy superiores a los que se obtienen por diversos métodos intuitivos que suelen denominarse globalmente «comportamiento descriptivo o tradicional». El ejemplo elemental visto es una manera natural y sencilla de poner un conjunto de juicios diagnósticos en incertidumbre en forma de un esquema matemático, cuyo desarrollo permite comportarse lo mejor posible frente a una situación de incertidumbre. Podríamos decir que es un ejemplo sencillo, aunque no trivial, de un «sistema experto médico normativo». El sentido de la locución normativa es análogo en nuestro contexto al que se aplica cuando, para hacer los cálculos para medir el área de una parcela de terreno, se utilizan las reglas de la Geometría y del Cálculo numérico en vez de operaciones abreviadas «ad-hoc» que dicte la intuición en cada ejemplo particular, que llamaríamos comportamiento descriptivo. Así también investigadores importantes (Heckerman, Howard, Nathwani...) consideran que es mucho más coherente y correcto científicamente usar en los problemas médicos, en vez de los métodos intuitivos tradicionales, los llamados sistemas «expertos normativos bayesianos», como el Pathfinder (1983, 1992), inventado para el tratamiento de 60 enfermedades, que se presentan en los ganglios linfáticos, con el que se logra reducir de 75.000 a 14.000 el número de probabilidades necesarias para su empleo eficaz en decisiones médicas de gran complejidad.

Como dice Heckerman, «los sistemas expertos normativos tienen en potencia la posibilidad de mejorar la calidad de las decisiones tomadas por los médicos y, por consiguiente, mejorar dramáticamente los resultados para los pacientes. Tales sistemas representan sin duda un progreso sobre los sistemas expertos tradicionales, que reproducen fielmente y reiteran los errores de los expertos. Además, los sistemas expertos normativos permiten a los especialistas beneficiarse de su propio conocimiento (conocimiento que es ingresado en

el sistema asociado a los axiomas del mismo)». Si pasamos al contexto de la toma de decisiones en los pleitos nos encontramos con una fuerte y secular tendencia antiprobabilista, que ya se refleja hace más de 2000 años en el Talmud: «El precepto 290 prohíbe ejecutar una pena aunque la causa tenga una probabilidad grande, incluso si es próxima a la certeza...». Pero de hecho serían muy pocas las causas que se podrían decidir sin el uso implícito de probabilidades. Y es curioso observar cómo con los mismos datos de partida, mediante sutiles razonamientos pseudoprobabilísticos obtienen la defensa y la acusación (trasládese esto también a la política y a los tribunales de oposiciones) resultados totalmente diferentes. Sin embargo, parece que los éxitos recientes de la aplicación de los métodos estadísticos para establecer la culpabilidad de los acusados mediante pruebas del DNA, pruebas de paternidad, hacen esperar una penetración rápida de la toma de decisiones para dictar sentencias mediante expertos normativos en forma análoga a como hemos visto que se viene haciendo en medicina con el diagnóstico y tratamiento de enfermedades.

Es importante considerar cómo estos nuevos progresos y aplicaciones del análisis de decisiones en Medicina, Derecho, etc., se relacionan con la necesidad de avances en la cultura general de comportamiento frente a la incertidumbre. Si volvemos a los tradicionales juicios clínicos intuitivos de los médicos al utilizar probabilidades en sus cálculos, es interesante recordar los experimentos realizados por Eddy (1982) y Gigerenzer (1995) con médicos de EE.UU., proponiéndoles que calcularan «a su manera» la probabilidad de cáncer de mama en un grupo de mil mujeres dándoles los datos necesarios para tal cálculo. En tales experiencias, el resultado fue que un 80% de los médicos dieron como respuesta 0,75, mientras el resultado correcto, calculado con la fórmula de Bayes, es 0,075. Esta fuerte discrepancia observada en otros muchos experimentos puede evidentemente contribuir a mantener un comportamiento erróneo en los diagnósticos y tratamientos de los expertos y de los sistemas expertos convencionales, lo que no ocurrirá en los sistemas expertos bayesianos. Es éste un aviso significativo de que en esta y otras profesiones: abogados, economistas, sociólogos, psicólogos, políticos, militares..., en que también hay que tomar decisiones en incertidumbre, se hace necesario poner al día la cultura probabilística no sólo de los profesionales, sino de la sociedad culta que es afectada por sus decisiones para que las acoja con respeto y entusiasmo.

En efecto, los psicólogos Kahneman y Tversky han dicho que la mente humana presenta una laguna importante: «la gente no suele seguir el cálculo de azar o la teoría de la predicción estadística, pues por alguna razón nuestras mentes no están construidas para trabajar con las reglas de la probabilidad». Pensamos que quizá la explicación está en el importante lapso de tiempo que la mente humana necesita normalmente para habituarse a una nueva forma de pensar que implique en nuestros comportamientos el cálculo de probabilidades. Hay que tener en cuenta que así como los razonamientos de la lógica deductiva y los comportamientos humanos asociados se vienen practicando al menos desde Aristóteles, la lógica inductiva no se inició hasta que Laplace (1812) redescubrió el teorema de Bayes. □

En el próximo número

Artículos de Antoni M. Badia i Margarit, Medardo Fraile, Francisco López Estrada, Emilio Lorenzo, Alvaro del Amo, Miguel de Guzmán y Francisco Rubio Llorente.

RESUMEN

El matemático Sixto Ríos se hace eco de dos libros que recogen aportaciones recientes de cómo el análisis estadístico está contribuyendo a establecer progresos en la práctica profesional de colectivos tan decisivos en la

sociedad como el de médicos y abogados. Y es que, por ejemplo, y tal como señala Sixto Ríos, la estadística puede convertir un proceso intuitivo descriptivo -un diagnóstico médico- en uno lógico normativo.

J. B. Kadane

Bayesian Methods and Ethics in a Clinical Trial Design

John Wiley & Sons, Nueva York, 1996. 318 páginas. ISBN: 0-471-84680-5.

De Groot, Fienberg and Kadane

Statistics and the Law

Wiley Classics Library, John Wiley & Sons, Nueva York, 1996. 484 páginas. ISBN: 0-471-05538-7.

La lengua española: ¿triumfos o trances?

Por Antoni M. Badia i Margarit

Antoni M. Badia i Margarit (Barcelona, 1920) es catedrático emérito de Gramática Histórica española y catalana en la Universidad de Barcelona. Miembro del Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española. Ha publicado libros de lingüística y de sociolingüística.

Recuerdo muy bien el momento en que apareció la primera edición de la *Historia de la Lengua Española* de Rafael Lapesa. Corría el año 1942, y a mí todavía me quedaba casi un año para terminar la licenciatura en la Universidad de Barcelona. Justamente, si en otras materias disponíamos de manuales que nos ayudaban a introducirnos en el estudio de trabajos monográficos, los estudiantes echábamos de menos una obra de conjunto sobre la evolución de la lengua y que cupiera en el marco de un año académico. Los deseos se hicieron realidad con el libro de Lapesa. Su *Historia* se ajustaba a la perfección a nuestras necesidades. El libro no era el único existente, pero sí el que mejor aunaba solvencia informativa, rigor metodológico, claridad expositiva, visión sintética. Bibliografía abundante y al día, sin aherrojar. Que el manual en cuestión estaba adornado con estas cualidades lo prueba que en poco tiempo se convirtió en un clásico, y sigue siéndolo todavía hoy. Todos volvemos a menudo a la *Historia* de Lapesa, siempre al corriente de los vaivenes de la ciencia.

La impresión que me produjo su último libro *El español moderno y contemporáneo* (cuyo comentario inicio) era que tenía ante mis ojos una nueva versión de su manual clásico, pero que una potente lupa me agrandaba el contenido de los capítulos que abarcan del siglo XVIII hasta la actualidad más reciente. Y la impresión correspondía a la realidad.

El autor, con su proverbial honestidad, añade el subtítulo «Estudios lingüísticos». Se trata, en efecto, de una colección de trabajos escritos y dados a conocer en distintas ocasiones, que se especifican en cada caso. La verdad es, empero, que en su conjunto parecen capítulos articulados de un texto unitario (las fisuras que se podrían detectar quedan salvadas por la división en capítulos). Que se

imponga al lector esa idea de obra consistente prueba que Lapesa tomó para sí una tarea cuya aportación, por más que esparcida según oportunidades, recobra, juntada en un volumen, la entidad que tenía al ser concebida. Las inevitables repeticiones (que él mismo se adelanta a reconocer) ejecutan la función pedagógica de insistir, de modo que nada se repite sin que objetivamente quede justificado.

El texto de Lapesa es indicador de lo que ha caracterizado su larga y fecunda trayectoria docente e investigadora: fiel heredero de Menéndez Pidal, se siente responsable de lo que escribe; sopesa datos y los maneja con lógica; usa un estilo elevado, pero asequible a cualquier lector culto. Todo ello hace que sus páginas se lean con provecho y con fruición. Y que los temas de la lengua moderna susciten el interés general.

Ya el primer capítulo, que nos lleva de la Ilustración al Romanticismo, estimula a no dejar de leer ni una página del libro que abrimos. Ahora se nos presenta una curva evolutiva de la lengua, en especial en el vocabulario, que sorprendentemente siempre es de progreso, enriquecimiento y madurez, por más que sus condicionamientos ambientales e ideológicos sean tan alejados como lo son el mundo de Benito Jerónimo Feijoo y Mayans y Siscar, por un lado, y el de Mariano José de Larra y José Espronceda, por el otro. Un siglo removido, cuyos avatares y contradicciones habían de avivar el ritmo de los cambios léxicos y semánticos. Si alguien me pide que cite un ejemplo de esas modificaciones, lo escogeré relativo a la «falacia de las grandes palabras» (págs. 116-119), que sufren alternativamente procesos de devaluación y reevaluación. Pienso, entre otras, en las curiosas evoluciones de los pares «felicidad» y «libertad», «igualdad» y «fraternidad».

En el capítulo dedicado al español en España y en América, Lapesa hace una magnífica síntesis de la formación de la lengua y de las vicisitudes de su extensión peninsular y ultramarina. Su exposición descansa en la doctrina de Menéndez Pidal, que él hace suya, pero incorporando complementos y matizaciones inventariados en la bibliografía posterior y haciendo de todo ello una nueva creación personal. Las variedades histórico-geográficas actuales, justificadas tanto por elementos inherentes al desarrollo interno



JUAN RAMÓN ALONSO

de la lengua como por factores que determinaron su propagación, son clasificadas en cinco grupos: 1) las variedades solariegas (Castilla la Vieja, partes oriental del antiguo reino de León y septentrional de Castilla la Nueva); 2) las de expansión y avanzada (Toledo, la Mancha, Extremadura, Andalucía, Murcia, Canarias y América); 3) las procedentes de sustrato (zonas que se han llamado vascorrománicas, y otras cuyo sustrato ya es romance anterior, incluso mozárabe); 4) las de adstrato (donde el castellano convive con otras lenguas, como Cataluña, Valencia, Baleares y Galicia, los confines del dominio vasco); y 5) las de diáspora (como son el judeoespañol, el habla de puertorriqueños y mejicanos establecidos en los Estados Unidos, etc.).

De no menor provecho será la lectura de las variedades socioculturales. Es sabido que la lengua de un acto académico y la que se oye en una estación de metro, aun siendo siempre la misma, difieren desde cualquier ángulo de visión (pronunciación, gramática, vocabulario, entonación). Lapesa informa sobre las modalidades que solemos llamar la lengua culta, la coloquial o familiar y la popular o vulgar. La ausencia de límites precisos entre ellas suministra la mejor prueba de que se trata de una sola lengua. De las instituciones y de la cohesión de la sociedad depende que esas interferencias robustezcan la unidad lingüística o la perturben con grietas amenazantes.

Para el capítulo que versa sobre la lengua en la España del siglo XX auguro un alto índice de lectura. Las personas que se preocupan por el idioma, aun no siendo especialistas, se sentirán subyugadas por las trepidantes ampliaciones del léxico a medida que se ensanchaban las realidades (en las comunicaciones y transportes, en urbanismo y vivienda, indumentaria, vida de sociedad, espectáculos y deportes, política y funcionarios, etc., según las primeras muestras dadas; y presentadas a través del ágil estilo que Lapesa ya había utilizado con fortuna en su *Historia* hace más de cincuenta años), o por las últimas innovaciones (muchas de ellas extranjerismos más o menos adaptados), de las que esos mismos lectores son protagonistas cotidianos, o, todavía, por las actividades de la Real Academia Española

y el Centro de Estudios Históricos, así como las relaciones con el mundo hispanoamericano.

No crea el lector que, con lo que he dicho hasta aquí, haya dado cuenta completa de la notable aportación de Lapesa a la lengua española moderna y contemporánea. Varios artículos se quedan aquí sin comentario. Mi intención era dar un juicio global sobre la obra y señalar las grandes vías por donde discurren su pensamiento y su información.

Con todo, he de confesar que no sería sincero si no dedicase la segunda mitad de mi comentario a recoger el sentimiento de tristeza que manifiesta Rafael Lapesa cuando se siente emplazado a atisbar el futuro de la lengua. Ya lo anticipa en el umbral del libro, que él hubiera querido terminar con un «canto de vida y esperanza» (pág. 8). Su deseado canto se torna lamentación ante tres situaciones que se dan en España: 1) el descuido que impera en la enseñanza de la lengua y la prisa y la improvisación con que se la flagela en los medios de comunicación; 2) las actitudes insolidarias que se han forjado con respecto a las relaciones entre la lengua española y las demás lenguas reconocidas; y 3) la pretensión de convertir en lenguas de cultura dialectos que la estructura, la historia y la tenue conciencia idiomática de sus hablantes confirman como tales.

Comprendo que Rafael Lapesa, acusando el peso de su larga y fructífera trayectoria humana y profesional, se sienta presa de desaliento. Yo desearía que las consideraciones que voy a enhebrar le ayuden a superarlo. Y si mi respeto y mi amistad con él ya justificarían lo que voy a decir, lo hago con mayor gusto al pensar que puedo contribuir al mismo tiempo a contrarrestar una desazón muy general, que se hace sentir un poco por doquier, al margen de edades, profesiones e ideologías.

En primer lugar, el mal que denuncia es universal: en todas partes la lengua es poco atendida. Nadie hubiera podido detener el proceso hacia la cultura de masas. Y si alguien hubiese podido, ¿se habría atrevido? La cultura es un bien y un derecho. Lo que ocurre es que todas las medallas tienen un anverso y un reverso. Cuanto más extendida se halla una cultura, más endeble suele ser su grosor. En Francia, hace menos de cuarenta años una falta de ortografía en una escuela era una catástrofe. La permisividad social, la poderosa televisión, la escritura ya tan prescindible (y otros factores sociológicos) han hecho el resto. También en Francia. Ya sabemos que «mal de muchos», poco consuela. Pero, en cierto sentido, yo hablo del «mal de todos», que es algo distinto. Ya se entiende qué quiero decir.

Todos sabemos que el porvenir de la lengua en América es motivo de exultante alegría. Pero, atención: tampoco allí faltan escollos ni actitudes preocupantes, cuyo peso



En este número

Artículos de

Antoni M. Badia i Margarit	1-2	Álvaro del Amo	8-9
Medardo Fraile	3	Miguel de Guzmán	10-11
Francisco López Estrada	4-5	Francisco Rubio Llorente	12
Emilio Lorenzo	6-7		

SUMARIO en página 2



La lengua española: ¿triumfos o trances?

a veces no nos paramos a calcular, atraídos por las dimensiones del halagüeño anverso de la medalla. Además, una lengua poco cuidada en la enseñanza y algo maltratada por locutores no es óbice para que surjan escritores de categoría. Y esto ocurre en todo el mundo.

Por otro lado, la lengua sigue su camino evolutivo y es poco hácedero ponerle cortapisas. La lengua sabe más que los que la gobiernan y que los que la cultivan. Pienso en los eruditos que han estudiado la revolución fonética del siglo XVI, que puso las bases de la pronunciación española moderna. Entre ellos, Rafael Lapesa, tanto de la mano de Amado Alonso como por sus propios medios, hizo patente la perplejidad en que estaban sumidos los escritores, al percibir que ya sonaban lo mismo una «s» y una «ss». Pues bien, pese a todas las reservas, la confusión de las consonantes sordas y sonoras se consumó de modo irreversible. No se ha de perder la confianza: la lengua cambiará, pero,

mientras cambie, será cierto que sigue existiendo.

Examinemos la segunda lamentación, que Lapesa introduce en varias de sus «repeticiones» (o «insistencias»). La perenne cuestión de las llamadas «lenguas regionales» en España no cesará mientras no se abandone el concepto que esta denominación implica. La oposición terminológica «nacional» / «regional» no parece adecuada a lenguas de antigüedad pareja, de uso literario comparable, de un mismo prestigio en la sociedad respectiva. Una oposición que, por razones obvias, la diferente demografía no puede justificar. La imposición por la fuerza es la única explicación posible de la frase «lengua regional», la cual, pese a todo, quiere ser amable (se aparta del cruel «dialecto»).

No ignoro que suele decirse que el cultivo literario del catalán se redujo considerablemente antes de que se tomaran medidas coercitivas contra su uso. Es cierto que el excepcional Siglo de Oro de las letras castellanas sedujo a los hombres de letras de todo el reino. También a los portugueses, cuya lengua, en cambio, siempre fue respetada, sobre todo después de 1640. Pero las reacciones violentas de 1460 y de 1640, entre otras, muestran el malestar existente en Cataluña (en buena parte referido a la lengua), y siempre antes de la guerra de Sucesión (1702-1714). Dejaré esta vía, que me llevaría a otro derrotero. Sólo me permito recordar que el declive del catalán escrito tenía mucho que ver con otros factores determinantes y sólo menciono uno de ellos: desde 1412, los monarcas de la Corona de Aragón no hablaban la lengua propia de la mayor parte de sus territorios, con las obligadas consecuencias que esto había de tener.

Sin embargo, y sin menoscabar eloquentes razones históricas, hoy preocupa a muchos (y al propio Rafael Lapesa, pág. 464) la situación y el trato recíproco de ambas lenguas en la actualidad. Tampoco puedo extenderme en un tema que merecería un documentado ensayo. ¿Supone la normalización del catalán, del gallego y del eusquera un quebranto para la lengua castellana en las zonas respectivas? La respuesta obliga a distinguir: 1) reduce sus usos en parcelas en que históricamente ésta había suplantado a aquéllas; 2) establece una calculada distribución de empleos idio-

máticos, estimando los hoy tan debatidos derechos lingüísticos de las dos partes; y 3) renuncia, por razones políticas y de convivencia, al monopolio absoluto de usos que podría preconizar. Con palabras de Lapesa, «son necesarios prudencia, amor y comprensión».

En cuanto al temor de que el castellano quede arrinconado, mucho se podría decir. Me ciño a una anécdota significativa. Hace más de sesenta años, Américo Castro abandonaba, decepcionado, su cargo de vocal en el Patronato de la Universidad Autónoma de Barcelona de 1933, porque entendió que la causa de la lengua castellana en la Universidad estaba perdida. Pocos meses después, en la primera hornada de cursillistas para proveer cátedras de español en institutos de segunda enseñanza, los candidatos catalanes se impusieron en cantidad y en calidad entre muchos aspirantes. Américo Castro olvidaba que en la Universidad de la ciudad condal las cosas se tomaban en serio, también la enseñanza de lengua y literatura españolas. Ejemplo que sigue vigente.

A menudo he afirmado que las cuestiones lingüísticas que tan apasionados debates suscitan son un simple problema de educación. Bastaría que los escolares de media docena de generaciones fuesen instruidos sobre un país al que la historia ha deparado la suerte de poseer cuatro lenguas. Instruidos con objetividad, con datos históricos y sociolingüísticos. Sin prepotencia ni paternalismo de ninguna de ellas. Que comprendiesen que los hablantes de cada una de esas lenguas defienden para la suya lo mismo que los de las demás: su realización libre de trabas. Ni más ni menos que los suizos de Lau-

sanne saben de los de Zurich, de Lugano y de Cuera.

Un tercer problema causa inquietud en nuestros días: la pretendida elevación de ciertos dialectos históricos a lenguas de cultura. Aquí voy a ser muy lacónico, porque ya expuse y publiqué lo que pienso a propósito de uno de ellos (que es lo que pienso de todos). En principio, enaltecer la propia modalidad idiomática me parece plausible. Pero, enunciados los principios, hay que pasar a logros concretos. Y lo menos que se puede decir es que convertir en realidad el noble proyecto requiere largos años de una labor que no se improvisa (constitución de un bagaje literario, cultural y científico) y contar con la adhesión de la sociedad hablante (organización de una encuesta objetiva sobre el grado de conciencia lingüística). Si no es posible conseguir lo que suponen los dos extremos, lo más honesto es seguir trabajando por la mejora y la dignificación de las hablas existentes (premisas indispensables para que la situación se trueque) y dejar para otra oportunidad el hoy quimérico afán de promoción. No, la lengua española tiene también asegurado el futuro desde este ángulo.

El libro de Rafael Lapesa sobre el español moderno y contemporáneo es obra de un experto conocedor de la materia, formulada al mismo tiempo con rigor y con amenidad. Hará un buen servicio a la causa que defiende. El balance de realización de esta lengua en los tres últimos siglos de su historia es a todas luces favorable. Si el autor se muestra inquieto ante la presencia de ciertos factores que él considera temibles, me ilusiona pensar que tal vez mis pobres argumentos podrán ayudarle a vencer sus preocupaciones. □

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

El lingüista catalán Antoni M. Badia se ocupa de un reciente libro de Rafael Lapesa en el que éste, al referirse al español moderno y contemporáneo, muestra una cierta preocupación por el futuro de la lengua común, en-

tre otras razones por el descuido en la enseñanza y el mal uso que hacen de él los medios de comunicación y por las actitudes insolidarias surgidas entre las distintas lenguas de España.

Rafael Lapesa

El español moderno y contemporáneo. Estudios lingüísticos

Crítica, Barcelona, 1996. 504 páginas. 3.500 pesetas. ISBN: 84-7423-734-3.

SUMARIO

	Págs.
«La lengua española: ¿triumfos o trances?», por Antoni M. Badia i Margarit, sobre <i>El español moderno y contemporáneo. Estudios lingüísticos</i> , de Rafael Lapesa	1-2
«La maravilla de Muriel», por Medardo Fraile, sobre <i>Reality and Dreams</i> , de Muriel Spark	3
«La lírica primitiva en Oriente y Occidente», por Francisco López Estrada, sobre <i>Las jarchas mozárabes. Forma y significado</i> , y <i>El amor cortés en la lírica árabe y en la lírica provenzal</i> , de Álvaro Galmés de Fuentes	4-5
«La deuda hispánica del inglés», por Emilio Lorenzo, sobre <i>Spanish Loanwords in the English Language. A Tendency towards Hegemony Reversal</i> , de Félix Rodríguez González (ed.)	6-7
«Nanas para el bebé centenario», por Álvaro del Amo, sobre <i>Cuentos de cine</i> , de autores varios	8-9
«Matemáticas y Sociedad: acortando distancias», por Miguel de Guzmán, sobre <i>What's Happening in the Mathematical Sciences</i> , de Barry Cipra	10-11
«La guerra como tragedia», por Francisco Rubio Llorente, sobre <i>Memoria y olvido de la Guerra Civil española</i> , de Paloma Aguilar Fernández	12

La maravilla de Muriel

Por Medardo Fraile

Medardo Fraile (Madrid, 1925) es escritor y ha sido el primer catedrático de Lengua y Literatura españolas, ahora emérito, de la Universidad de Strathclyde (Glasgow). Ha publicado una veintena de libros (cuentos literarios y juveniles, novela, crítica literaria, ensayo), y por sus relatos ha obtenido, entre otros, el Premio de la Crítica (1965). Es autor de obras como *Cuentos Completos*, *Autobiografía y Entre paréntesis*; y editor de *Cuento español* de postguerra.

Muriel Spark no había vuelto a los focos publicitarios desde que publicó la primera parte de su autobiografía, *Curriculum Vitae*, que apareció en 1992. Alejada del Reino Unido —vive en Italia desde hace ya muchos años—, y de los escaparates novedosos de las librerías, sus seguidores esperaban, con justificado interés, que continuase sus memorias, interrumpidas en *Curriculum Vitae* a partir de 1957, el año en que publicó *The Comforters*, su primera novela. No ha sido así. A los 78 años nos ha ofrecido otro relato, *Reality and Dreams*, que la ha puesto de nuevo en el candelero, añadiendo varios honores a su ya muy honrada persona: «Commandeur» de la Orden de las Artes y las Letras de Francia, país en el que cuenta con millones de lectores, y el prestigioso Premio David Cohen de Literatura, por su labor de toda una vida.

Las críticas a *Reality and Dreams* no han sido unánimes en el elogio, aunque la mayoría se hayan escrito con el debido respeto a la autora de por lo menos siete u ocho novelas y algunos cuentos que son difíciles de olvidar. La extensión de *Reality and Dreams* —160 páginas— la sitúa en ese grupo de novelas más bien cortas en el que la autora regala y asombra al lector con un dominio absoluto de todos los elementos activos o pasivos en el relato, como ocurre en *The Driver's Seat*, de sólo cien páginas y considerada por la Spark como su novela mejor construida; y también en *The Ballad of Peckham Rye*, *Loitering with Intent*, *The Girls of Slender Means* y en la archiacclamada *The Prime of Miss Jean Brodie*, entre otras. De hecho, una sola de sus novelas no me parece a la altura de las demás, aunque tenga páginas brillantes, por supuesto: *The Mandelbaum Gate*, su única obra de más de trescientas páginas, y eso a pesar de la pasión de la autora por el tema, que le brotaba de lo más hondo y polémico de sí misma, por ser medio judía y católica.

Muriel Spark escribe con la precisión de un creador de cuentos y la belleza y la hondura de un buen poeta. «Adoro la sobriedad en la prosa y siempre trato de encontrar el camino más corto para expresar lo que quiero decir» (*Curriculum Vitae*, pág. 102). Ella cree que sus novelas son poemas —lo cual no le haría ningún favor, tomado al pie de la letra—, y que su trabajo es de artista, aunque, para entender esto, debemos tener en cuenta otra afirmación suya: que el libro tiene que juzgar, que hay que arriesgarse escribiendo y que los escritores tímidos no le interesan. Los poemas que ella ha escrito están debidamente alojados en un libro aparte, el titulado *Going Up to Sotheby's*. Lo que hace en sus novelas es no olvidarse nunca de la poesía de otros (y de la poesía bíblica), que conoce muy bien. Algunas de sus novelas están floreadas o apuntaladas, por decirlo así, con recuerdos de poemas o versos sueltos, o estrofas, que matizan significados o ayudan a la andadura y la atmósfera narrativas. Por ejemplo, en *The Girls of Slender Means*, *The Abbes of Crewe*, *The Only Problem* y también en la novela que acaba de publicar, donde cita a Longfellow y el fragmento de un poema de T. S. Eliot, cuyo significado «nobody really



STELLA WITTENBERG

knows» se incorpora al texto en la mitad del relato de forma que se podría considerar caprichosa o innecesaria, aunque quizá no lo sea. Ese fragmento pertenece a «The Love Song of J. Alfred Prufrock», un poema de postrimerías que ella no quiere nombrar, en el que, nebulosamente, se divaga y se calla, en el camino lento hacia la muerte, sobre nuestras incertidumbres y banalidades diarias, a quién y cómo podremos contarlas más tarde y lo que nos espera por ellas en el Juicio Final; en suma, lo que «nobody really knows» y más allá de la vida. Esa parece ser la actitud del protagonista, Tom Richards, un hombre ecléctico de 63 años, director de cine, apasionado creador de sueños que se le impregnan de realidades e indiferente y sin prejuicio alguno para todo lo que no sean cuerpos y escenas. El interlocutor llamado en el poema de Eliot pasa a ser en la novela, con un toque de humor, el prosaico taxista Dave, que dialoga con Tom (como era de esperar en su oficio), y sirve a la novelista para suplir al lector con información de índole más rara, íntima y personal que la que se adquiere oyendo hablar a Tom con otros personajes. De ahí el leitmotiv iniciado en la segunda mitad de la novela por Tom y Dave: «Let us go them, you and I», que es el primer verso del poema de Eliot, y expresa la pretensión de acercarse a una realidad menos aparente o menos escenográfica y más sincera. Lo mismo en el poema que en la novela —a pesar del personaje Dave, al que la Spark convierte más tarde en víctima inocente—, podría tratarse sólo de un monodílogo, de un hablar con ese otro que llevamos dentro.

Reality and Dreams no es —ya lo hemos dicho— la continuación de *Curriculum Vitae*, pero la biografía de su autora no está muy lejos de sus páginas, como ocurre en la mayoría de las novelas de Spark, desde la primera y en las más celebradas posteriormente: *The Prime of Miss Jean Brodie*, *A Far Cry From Kensington*, *The Hothouse by the East River*, *Loitering with Intent*, etc. Y, además, parece preocuparle en esta nueva novela la memoria. El protagonista, director de cine famoso, es más joven que Muriel Spark, pero su edad ha sido calculada, sin duda, para que pudiera conocer y tratar a personajes desaparecidos, «older than myself», que se cruzaron venturosamente en la vida y el mundo de la escritora. El capítulo 5 es un cálido cobijo de recuerdos, y en él aparecen el poeta Auden «con sus ro-

pas raídas», Graham Greene «siempre refiriéndose al sexo, como si hablara del árbol prohibido del Paraíso», y otros personajes de menor cuantía conocidos en Europa y América. Pero no sólo en el capítulo 5, sino a lo largo del libro, van surgiendo opiniones y recuerdos personales: el alfilerazo a la novelista George Eliot por sus personajes «desgarbados, sin gracia»; Agatha Christie, suprimiendo sus frases racistas y suavizando el antisemitismo que sentía en las reediciones de sus novelas; el cuidado de Ingmar Bergman para que los personajes emparentados en sus filmes tuvieran un parecido físico real; Tennessee Williams, colgado siempre al teléfono, hablando con sus amigos de todo el mundo; Noël Coward, celoso de los éxitos teatrales de Edward Albee; Franco Zeffirelli, cordial con todos, humano; y otra vez Auden, educado, correcto, al que los doce volúmenes novelescos de Proust le parecían ligeros, comparados con el *Finnegans Wake* y el *Ulyses*, del «prolijo y mal educado» Joyce... Muriel Spark ha escrito (*Curriculum Vitae*, pág. 120): «He disfrutado la mayoría de las experiencias memorables de mi vida, o las he usado como fondo o antecedente para escribir un cuento o una novela.»

Potenciador de recuerdos

Pero no sólo la memoria como potenciadora de recuerdos, sino como elemento capaz de transformar o crear, como fenómeno humano. «Una persona consiste esencialmente en memorias», afirma Tom. «¿Nacemos ya con memorias?», pregunta Dave. «Una persona sin historia no es real... como un enfermo anestesiado en el quirófano» (Eliot). Y en el capítulo 12, Tom/Spark insinúan, tímidamen-

RESUMEN

Aunque los lectores de la novelista inglesa Muriel Spark tal vez esperasen una continuación de sus memorias, tras ese primer volumen aparecido en 1992 y que se detenía al aparecer su primer relato hace cuarenta años, lo cierto es que en esta breve no-

te, su pretexto para no dejar constancia de los recuerdos vívidos: «unos se han perdido sin remedio y otros parecerían demasiado triviales. ¿Quién quiere oír hablar de una marca de té o de unos guantes blancos de cabritilla? Yo mismo —responde Dave—. Esos detalles nos dicen algo de la persona...»

El argumento de la novela —más o menos verosímil y, a veces, frívolo— no es más que uno de los vehículos posibles para desarrollar el tema, que no puede ser más aparente desde el título: una meditación sobre la realidad y los sueños o, lo que es igual, una cala en la realidad de la ficción o lo contrario. La novela se abre con una frase de resonancia shakespeariana: «Se preguntaba con frecuencia si todos éramos personajes de uno de los sueños de Dios», y esa misma pregunta vuelve a hacérsela Tom Richards en la página 63. Tom, como director de cine, crea «pictures inside frames», mundos de dos horas compuestos de realidades y sueños, que él vive también, dentro y fuera de los estudios, con más intensidad que su propia vida, y que se desvanecen al acabar el filme. Como un dramaturgo o un novelista. Y en su mundo de celuloide hay accidentes reales, amores fingidos y verdaderos, belleza y fealdad, frustraciones, logros justos o inmerecidos, lo mismo que en el mundo llamado real que nos parece, a veces, más soñado que un sueño. También nuestras vidas son «pictures inside frames». No hay frontera entre realidad y sueño, y tal posibilidad de fusión no acarrea confusión, sino luz, porque embellece la realidad y atempera el sueño.

Reality and Dreams no es una de las grandes novelas de Muriel Spark, pero está escrita por ella y, pese a todo, como ha dicho un crítico, ningún otro escritor podría haberla hecho. Su escritura única reaparece todavía en imágenes, como la de esa enfermera «who was making the bed with a flourish of sheets that looked like a ship in full sail». Aún brillan en estas páginas su naturalidad, la del que escribe una carta a un amigo (*A Far Cry from Kensington*, págs. 84-85), sus breves «flashes back», con la gracia de una charla pasajera de esquina, sus repeticiones deliberadas con leves variantes, que van ejerciendo en el lector su poder hipnótico, porque todo gran arte ejerce ese poder (*The Abbess of Crewe*, página 89).

En *Robinson*, su segunda novela, tan personal como influida por lecturas de Daniel Defoe y, sobre todo, de Stevenson, autor nacido en Edimburgo, como ella, y pasión de su adolescencia, uno de los cuatro habitantes de la isla donde se sitúa la acción, encuentra la página de anuncios de un periódico roto y lee uno de los mensajes publicitarios, que dice así: MURIEL THE MARVEL. «La maravillosa Muriel, con los rayos X de sus ojos leerá hasta el fondo de tu alma. Millares de clientes satisfechos...» (pág. 61), travesura humorística de la autora que, en su segundo libro, no era vanidad. Por aquellas fechas, 1958, David Lodge, el prestigioso crítico del «New York Times», entre otros, la consideraba ya «la escritora británica más innovadora y de más talento de su generación». Y eso continuó siendo verdad más de treinta años. □

vela —breve como lo son casi todas las suyas— que comenta Medardo Fraile, la biografía de la escritora está presente de algún modo, algo por otro lado muy normal en su literatura, y que el comentarista repasa en su artículo.

Muriel Spark

Reality and Dreams

Constable, Londres, 1996. 160 páginas. 14,95 libras. ISBN: 0-09-469670-5.

La lírica primitiva en Oriente y Occidente

Por Francisco López Estrada

Francisco López Estrada (Barcelona, 1918) ha desarrollado su actividad académica en las Universidades de La Laguna, Sevilla y Madrid. Ha sido vicepresidente de la Asociación Internacional de Hispanistas y es autor de estudios sobre la época medieval, una Introducción a la literatura de este período, libros de viaje, poética y teatro, así como de distintas ediciones críticas y monografías sobre textos y autores de los Siglos de Oro, y en la época moderna ha estudiado a los Machado, Juan Ramón Jiménez y otros autores.

Los libros piden autores idóneos; y pocos tienen la preparación para abordar los asuntos tratados en los dos libros que he de comentar como Álvaro Galmés, romanista y arabista a un tiempo, y además aplicado al estudio de los orígenes literarios en el período en que España estuvo partida en dos, como fue el medieval después de 711, en que los árabes entraron en la Península y rompieron la unidad del reino visigodo, y una parte quedó bajo el signo cristiano y la otra bajo el de Mahoma. Uno de los libros trata de las jarchas mozárabes, y el otro, de las relaciones que pudiera haber habido entre la lírica de los árabes de Al-Ándalus y la poesía cortés de los trovadores. Los dos libros se complementan en cierto modo, tanto por el tiempo de los hechos estudiados, como por ser ambos manifestación de la filología, aplicada en este caso al estudio de la lírica del período de orígenes. Siempre los comienzos de una literatura fue cuestión debatida (y con pasión, a veces), y más cuando se implica a los patrimonios culturales de Occidente y de Oriente.

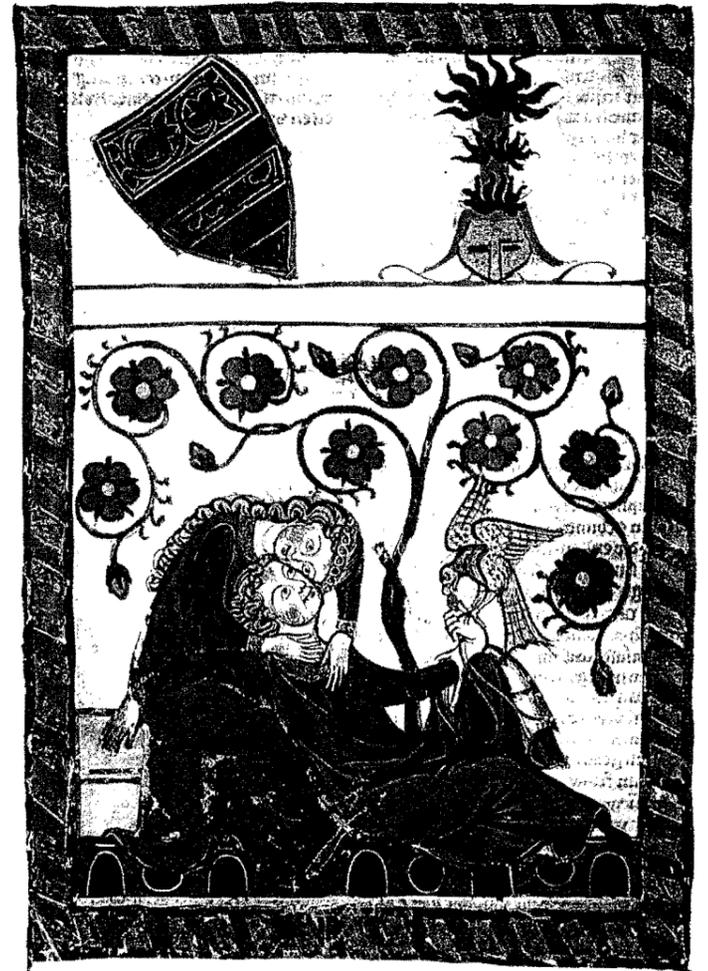
Acaso por eso, Á. Galmés, en varios lugares de estos libros, hace patente que no pretende apoyar posiciones radicales en las cuestiones que expone. Y por eso no propone resolver problemas de génesis de una manera excluyente. Con este objeto cuida de afirmar que él rechaza que sea partidario de un origen único árabe, como se le ha atribuido.

Ambos libros implican el conocimiento de una numerosa bibliografía, subyacente en ellos. Los asuntos que expone han sido muy tratados de frente o de refilón en muchas ocasiones. Á. Galmés opera, pues, con una base amplia, y su pretensión es reunir y armonizar una exposición de conjunto con los datos entre los que observa posible relación, alguna coincidencia, contactos presumibles en un orden individual o colectivo en torno a cuestiones que han sido planteadas de manera independiente en los estudios del dominio románico europeo y del árabe.

Y el medio que utiliza es reunir para la apreciación de los lectores los textos convenientes de esta poesía primitiva, escogiéndolos de entre los mejor conservados, con una conveniente garantía filológica. En sus dos libros acude a textos mozárabes, gallego-portugueses, catalanes y castellanos, además de los árabes y hebreos medievales; y en todos los casos ofrece la correspondiente versión española.

Las jarchas mozárabes

El primero de los libros sobre la forma y significado de las jarchas mozárabes trata de los testimonios poéticos más antiguos en una lengua vernácula, de procedencia hispanorrománica, que se han conservado por su escritura en otras dos lenguas: el hebreo y el árabe. Estos testimonios ponen de manifiesto una obra literaria que pertenece al orden de una lírica breve en extensión elemental en sus motivos humanos. Esta poesía, por sus caracte-



terísticas, hubo de hallarse destinada a una interpretación cantada, de naturaleza tradicional, y su escritura en los alfabetos hebreo o árabe fue siempre aproximada, y más a través de sucesivas copias hechas por quienes no la entendían. Los manuscritos que han permitido conocer este legado poético se sitúan en dos series: la árabe y la hebrea. Los de la serie árabe son uno posterior a 1554 y otros de los siglos XVIII y XIX. Los de la serie hebrea son más antiguos, algunos de los siglos XII y XIII. Estos textos han requerido una cuidadosa interpretación; y tal labor es uno de los monumentos de la filología del siglo XX, a la que se han aplicado maestros como Emilio García Gómez, Ramón Menéndez Pidal y Dámaso Alonso, por citar sólo los eminentes del campo español.

Por su parte, Á. Galmés ha estudiado con detenimiento la lengua mozárabe en Mallorca, Valencia, Murcia, Toledo y otros lugares en una diversidad de manifestaciones, y esto le autoriza para un estudio de esta especie. El dialecto mozárabe fue hablado por comunidades que pertenecieron a la peculiar historia de la España medieval. Como es sabido, se llama mozárabes a los cristianos que, después del año 711, quedaron en el espacio político árabe hispánico que se llama en conjunto Al-Ándalus. Se trataba de una población empeñada en conservar su identidad viviendo en vecindad con los musulmanes y en inevitable dependencia con ellos. Esta población se vio siempre en apurada situación, pues, por una parte, recibía la presión cultural de los árabes y, por otra, si se pasaba a los reinos cristianos o los reconquistadores la liberaban, quedaba muy pronto asimilada por ellos. Por estos motivos, la gente mozárabe estaba predispuesta al bilingüismo con los árabes; y, por otra parte, éstos, al menos los cercanos a los mozárabes, pudieron conocer en más o en menos el dialecto románico que hablaban en Al-Ándalus, y, en consecuencia, sus cantos. Y lo mismo había de ocurrir con la comunidad judía de Al-Ándalus, en cuanto a unos y otros. Existieron, pues, condiciones propicias para la relación entre mozárabes y árabes

y también con los judíos, necesarias para la interpretación filológica de la cuestión que se plantea en el libro de Á. Galmés.

De este pueblo mozárabe, de tan aventurada supervivencia, nos ha quedado un asombroso testimonio poético que ha irrumpido con fuerza en los estudios de la literatura española y ha tenido una notable repercusión en la europea. Ya el maestro arabista Julián Ribera (1858-1934) había señalado los indicios; y en 1948 S. M. Stern dio a conocer unas muestras de esta poesía, que enseguida atrajeron la atención de los filólogos. Desde entonces no han cesado los esfuerzos por interpretar y ampliar el testimonio poético en cuestión. Durante este medio siglo, la polémica sobre el mismo ha crecido, con disparidad de opiniones y juicios sobre los textos y su contexto. El libro de Á. Galmés representa un esfuerzo por presentar lo que hoy es ya un capítulo imprescindible de la historia literaria de la España medieval en sus tres dominios culturales: el cristiano en su diversidad de manifestaciones; el árabe, también vario en la procedencia de sus gentes, y el judío de Al-Ándalus.

El libro de Á. Galmés se desarrolla en dos sentidos. En uno de ellos informa sobre los juicios que ha levantado esta poesía mozárabe; y en el otro representa un esfuerzo por constituir un conjunto armonioso entre la disparidad de los juicios de la crítica filológica que ha querido interpretar la lengua, los autores y los intérpretes de este testimonio poético. Lo que refiere pretende ser una exposición ordenada en la que acepta, matiza o rechaza estos juicios ajenos en relación con su propio entendimiento del caso. Hay que contar, según él, con la peculiar situación cultural del pueblo mozárabe, sobre todo en relación con la población árabe que lo rodeaba, diferente a su vez por los vaivenes del pueblo musulmán. De entre las costumbres de los mozárabes, una hubo de ser el mantenimiento de una tradición de cantos que valía como uno de sus signos de identificación cultural. Y de esta tradición procede la jarcha, que es una pieza poética de breves dimensiones, co-

mo es propio del canto de amor popular. Los árabes y los judíos cercanos a los mozárabes la hubieron de oír y gustaron de ella, y sus poetas la aprovecharon para situarla en el cuerpo de las muasajas, piezas líricas mayores escritas en sus lenguas para que las jarchas les valieran como fin o salida de sus propias obras. Partiendo de los testimonios existentes, algunos se han inclinado por creer que la jarcha fue invención de los poetas árabes, y entonces la sitúan del lado árabe. Otros, entre los que se cuenta Á. Galmés, defienden la independencia de la jarcha como canción originalmente mozárabe, utilizada e imitada en grados diversos en los marcos árabe y hebreo. Desde este punto de vista, la jarcha es una pieza poética que se relaciona con las canciones de amigo gallego-portuguesas, los villancicos castellanos y los «refrains» o estribillos franceses en la línea de la tradición de una lírica anterior a los trovadores e independiente de la poesía árabe y hebrea.

Á. Galmés ha escogido para el lector las jarchas que mejor representan el patrimonio poético de esta lírica primitiva. Éstos son algunos de sus rasgos: es un canto puesto en boca de una mujer, a veces explícitamente nombrada en la transición entre la muasaja y la jarcha, con mención de la madre y de las hermanas, que así se convierten en confidentes del amor de la joven cantora; se refieren a la ausencia del amante o su despedida, a las quejas de amor, etc. Estos contenidos son los que mejor representan esta tradición, pero no son únicos, pues hay jarchas arabizadas en distintos grados, desde el léxico y la lengua hasta las que acogen tópicos de la lírica árabe clásica (comparaciones y metáforas que relacionan la mujer con la luna, la lanza, la caza, las aves, o aluden al amor homosexual, etc.). La jarcha se muestra así receptiva, y esto ocurre porque el pueblo mozárabe resulta abierto a los influjos del contenido árabe y también por la elaboración de los poetas árabes o hebreos al situar las jarchas dentro de las muasajas.



Viene de la página anterior



La labor filológica de Á. Galmés ha consistido en establecer la primacía de las formas y contenidos que hacen de la jarcha una primera manifestación de la poesía tradicional de los pueblos románicos, conservada tan de milagro en Al-Ándalus por la peculiar situación de la población mozárabe y sus relaciones con árabes y judíos. Las jarchas son así, en su forma decisiva, como voces de la mujer enamorada que tantas veces y en tantos lugares sonaron, y que han quedado fijadas por este medio. El amor sigue siendo el contenido más común de la lírica, y en Al-Ándalus pudieron oírse estos cantos del pueblo en el cauce de la tradición románica. El libro de Á. Galmés recoge esta actividad filológica en torno de las jarchas, que ya dura medio siglo, y ordena y pone de manifiesto una parte decisiva de las mismas que aún conserva su encanto literario. En 1989 se reunió en Madrid un Congreso de conocedores de esta poesía, en el que fueron debatidas y expuestas muchas cuestiones sobre estas jarchas y su contexto (*Poesía estrófica*, Madrid, Universidad Complutense e Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, 1991), y en el que se puso de manifiesto la atracción que existe por el asunto en los círculos filológicos internacionales implicados en el asunto.

Las líricas árabe y románica

El segundo de los libros de Á. Galmés amplía el dominio de la consideración tratada: ya no es una forma determinada, islote poético de la España medieval sólo explorado recientemente, sino el enfrentamiento y posible relación entre las líricas árabe y románica en la gran extensión de la Europa medieval, contando con el espacio crítico de Al-Ándalus. En este otro libro, el dominio referido es propiamente el de la relación posible entre las culturas cristiana y musulmana en un aspecto preciso: el de la poesía lírica de la época primitiva que ha llegado a nuestro conocimiento, procedente de unos y de otros.

De entre la lírica, es sabido que el tema amoroso fue el más tratado y sobre el que nos queda mayor documentación; corresponde a una situación humana universal, y de ahí que la poligénesis sea una primera explicación de coincidencias formales con sus previsible contenidos. Y éste es un motivo por el que «amor» sea una de las palabras más complejas en cuanto a su significado. Y así se aplica en un sentido humano y con cuanto le sea comparable, contando también con la dirección divina en cuanto a la religiosidad. Pero aun siendo así, el amor resulta siempre una experiencia que es personal y social conjuntamente, pues en su proceso intervienen hábitos y costumbres de cada grupo humano. La poligénesis evidentemente inclina, pero luego es necesario establecer un orden, un sistema y un código expresivo de comunicación, que es muy varío y que cambia con el tiempo, dentro de las coordenadas generales.

Y éste es el problema que se aborda en este libro; se trata de un asunto de larga historia, pues si la jarcha fue un episodio de contorno limitado, la relación que indico lleva siendo tratada hace muchos años desde diferentes puntos de vista en la historia de la literatura y, desde ella, en su proyección cultural: me refiero al amor llamado «cortés», que obtuvo de repente, en la forma que nos es más comúnmente conocida, su mejor expresión y variedad posible en la poesía trovadoresca, asegurada en la lengua provenzal de la región de la Provenza. Esta poesía cortés afirma por primera vez en Europa una literatura que se difunde en una lengua románica y que posee un prestigio social propio, diferente del que tenía la literatura latina; estas canciones de amor se fijan con la



escritura y se extienden por otros reinos europeos, más allá del espacio provenzal. Y entre estos reinos se encuentran los cristianos de España.

Un tan súbito origen perfecto y una expansión tan afortunada promueven numerosas cuestiones. Y una de ellas, fundamental, es el posible origen de este amor cortés, cuyas formas y contenido hacen suyas las altas clases de la sociedad medieval y cuyas características son bien conocidas: la mujer amada se alza con gran prestigio frente al amante, que le obedece y proclama servirla con su amor. Es un amor puro, en el sentido de que no llega hasta la unión sexual, propia del matrimonio, que no espera recompensa y que ha de mantenerse secreto. El inicio del enamoramiento puede ser sólo la fama de la hermosura de la amada. A ella la rodea la primavera, con sus brisas; el alba se evoca como el fin del acercamiento nocturno de los amantes. Este amor es el signo más explícito de la cortesía, y el amante con él se siente mejor en su condición humana y así lo manifiesta en una poesía adecuada, la cortés, expresión del código de su comportamiento social. Así se cierra un círculo en el que la palabra poética y la conducta se reúnen y acaban por ser lo mismo. Gracias al libro de Martín de Riquer sobre la lírica de los trovadores disponemos de la suma de los textos provenzales y su versión al español, que nos permite una información suficiente sobre esta parte de la cuestión. El proceso de la aparición y expansión del amor cortés, que es un asunto de obligado conocimiento en el estudio de las literaturas europeas, se ha propuesto como una señal peculiar del comienzo de la modernidad literaria y se ha relacionado con el feudalismo y su ritual social.

Este libro de Á. Galmés reúne, como el otro de las jarchas, una información sobre las noticias que ponen de manifiesto que, entre los árabes, había existido una concepción en cierto modo semejante del amor, a la que cabe aplicar también el calificativo de «cortés»; y esto había ocurrido desde la Arabia preislámica y después en la extensión del Islam, contando con Al-Ándalus. Los escritores musulmanes lo expresaron en su lírica y en tratados espirituales, de todo lo cual nos quedan testimonios relativamente abundantes. Si se consideran los códigos amorosos de esta lírica árabe y los que son propios de

los provenzales, se encuentran coincidencias que el mismo lector puede percibir en la exposición de Á. Galmés a través de los textos convenientemente vertidos a la lengua española. Y además este libro que comento tiene la ventaja de que el lector encuentra reunidos en forma accesible datos y textos que hemos conocido separadamente, unos en los estudios sobre la poesía provenzal y otros en los que se refieren a la literatura árabe, o bien expuesto en forma polémica en defensa de la primacía y separación de unas u otras literaturas.

Como Á. Galmés indica, esta exposición de los aspectos coincidentes entre las poesías a las que se aplica este calificativo de «cortés», propia de los árabes y de los provenzales, no ha de ser tomada como una clave única para explicar la aparición de la poesía europea del amor cortés, pero sí representa un factor que pudo ayudar en su formulación, si se demuestra que pudo haber relaciones entre el ámbito donde el amor cortés surgió en Europa y el ámbito árabe. Y en este planteamiento, Al-Ándalus representa un espacio privilegiado que pudo servir como tránsito entre las dos culturas. Las relaciones entre los andalusíes y los reinos cristianos de la Península son evidentes, y cada vez se conocen mejor y se matizan en su diversidad. Todo Al-Ándalus fue un lugar propicio para la comunicación, tanto en relación con la población que permaneció sobre el suelo (y los mozárabes son el mejor

ejemplo, como ocurrió con el caso de las jarchas, examinado en el libro que antes comenté) como en cuanto a los que llegaron de fuera, de los espacios del África y aun del Asia. La frontera de Al-Ándalus resulta ser así un límite evidente por cuanto marca la separación de formas diferentes de vida y religión entre los cristianos y los musulmanes, ambos enfrentados con las armas, aunque con largos tiempos de treguas entre ellos. Pero, al mismo tiempo, es un lugar por el que transita la gente y cuanto esta lleva consigo en las alforjas y en las almas, en un vaivén que hay que seguir explorando; hubo allí viajeros de muy distinta especie, caballeros, mensajeros, tratantes y artistas de diferentes actividades, apóstatas por creencia o por conveniencia, etc. Y la Provenza quedaba cerca de los reinos límites con Al-Ándalus y recibía esta población movidiza.

Lo que hoy es una amplia bibliografía que aumenta y matiza lo que sabemos sobre estas cuestiones queda en este libro expuesto de una manera clara; la intención pedagógica es manifiesta, pues reúne material informativo de una y otra parte en forma accesible al lector, contando con la exigencia filológica de la presentación de los textos aducidos. Aquí, en este libro, se trata de manifestaciones que se refieren al amor humano, pero hay también otras que tocan al amor divino. En este sentido acaba de aparecer el libro titulado *El sol a medianoche. La experiencia mística: tradición y modernidad*, publicado por el Centro Internacional de Estudios Místicos, al cuidado de Luce López-Baralt y Lorenzo Piera (Madrid, Editorial Trotta, 1996), que contiene una colección de estudios sobre el amor místico y su variedad y comunicación entre el Occidente y el Oriente. Y esto puede considerarse como otra cara, a lo divino, de lo que en el libro de Á. Galmés se trata a lo humano.

Como cierre de esta noticia sobre estos dos libros sitúo lo que dijo el trovador catalán Ramón Vidal en sus *Razós de trobar* (fines del siglo XII): «Todas las gentes, cristianos, judíos y sarracenos, ponen constantemente su entendimiento en trovar y en cantar». El canto de las gentes de diferentes religiones implicaba una actividad literaria que, referida al amor, constituía una experiencia humana, contando con que ésta se proyecta en la palabra poética de la canción lírica, en la que caben estas coincidencias, favorecidas por unas relaciones dentro de la posible comunicación cultural. Y esto no impide que cada poesía en su propia lengua sea una obra legítima en sí misma y que haya ejercido su función en las circunstancias en que logró expresión, cualesquiera que sean los elementos que hayan intervenido en la misma. Y todo lo que se dice en estos dos libros de Á. Galmés sirve para que podamos percibir en su complejidad el contenido poético de las primeras obras de la lírica hispánica. □

RESUMEN

López Estrada comenta conjuntamente dos obras de Álvaro Galmés sobre las jarchas mozárabes y el amor «cortés» en las líricas árabe y provenzal; en el primer libro, su autor se sitúa entre los que defienden la condición románica de esta clase de lírica como forma

poética tradicional de los mozárabes, y en el segundo, trata de las semejanzas de contenido que hayan podido existir entre el amor «cortés» de la poesía árabe y el de la provenzal; la posible existencia de relaciones no implica una dependencia de origen.

Álvaro Galmés de Fuentes

Las jarchas mozárabes. Forma y significado

Crítica, Barcelona, 1994. 206 páginas. 1.900 pesetas. ISBN: 84-7423-667-3.

Álvaro Galmés de Fuentes

El amor cortés en la lírica árabe y en la lírica provenzal

Cátedra, Madrid, 1996. 158 páginas. 1.300 pesetas. ISBN: 84-376-1453-8.

La deuda hispánica del inglés

Por Emilio Lorenzo

Emilio Lorenzo (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística inglesa y alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre los idiomas de su especialización, de El español de hoy, lengua en ebullición, El español y otras lenguas, una edición de Jonathan Swift y el reciente *Anglicismos hispánicos*.

Estamos tan acostumbrados a la influencia imparable del inglés en todas las lenguas que resulta insólito el intento de analizar —nada menos que en catorce artículos— el impacto de una de ellas, en este caso el español, sobre la cultura anglosajona. Y no es que el inglés sea inmune a la invasión de voces extranjeras. Si hay una característica que lo separa de todas las lenguas de cultura es la de ser portillo abierto sin reservas a toda novedad léxica y a la restauración de viejos vocablos que observamos a diario en el comercio, las ciencias y la tecnología y en los medios de comunicación que las aceptan y difunden. Sería ocioso polemizar sobre la deuda contraída por todas las comunidades que acuden al inglés pidiendo prestados significantes que, según los puristas, estaban ya disponibles en la propia lengua. Pero en la mayoría de los casos lo único inglés del material tomado como préstamo es el significado nuevo que le ha conferido esta lengua a una voz latina o romance (en especial francesa) incorporada a su acervo léxico sin el menor reparo a su bastardo linaje. Entra en ese acervo, claro, el importante contingente de voces tomadas del español en distintas épocas y por grupos de varia procedencia geográfica y social. En el volumen que nos ocupa, la mayoría de las aportaciones se centran en zonas y grupos de marcada fisonomía norteamericana, sea ésta anglosajona o mexicana, en especial del Suroeste de los EE. UU. y de California, además de algunas zonas de habla inglesa en el Caribe (Belice, Guyana, Jamaica, Antigua, Trinidad, sobre todo la última). Aunque la deuda histórica hasta 1900 abarca al inglés en general, en la hora actual lo que destaca es la modalidad americana (la bibliografía es abrumadoramente ultramarina). Sólo un artículo, el del profesor Anthony Gooch, enfoca la cuestión desde la perspectiva británica. El compilador del volumen, aparte de una introducción que explica el propósito del libro, nos ofrece una copiosa

y documentada guía bibliográfica.

La presencia del español en la lengua inglesa había sido objeto de numerosos estudios, que en América parten de un objetivo y un planteamiento inversos, los de averiguar hasta qué punto está influido el español trasplantado al Suroeste de los EE. UU. por el inglés, dominante en política y economía. Pionero en este campo hay que considerar a Aurelio M. Espinosa, quien a principios de este siglo, en sus *Studies in New Mexican Spanish*, analizaba las características del español hablado no sólo en Nuevo México, sino también en Tejas, Colorado y Arizona. La coexistencia de las dos lenguas en el mismo territorio favorece el traspase recíproco de préstamos en ambas. Cuando H. L. Mencken publicó en 1919 la primera edición de *The American Language* no podía imaginar que los 250.000 hispanohablantes estudiados por Espinosa en Nuevo México, Arizona y Colorado se iban a convertir —hacia 1989— en cerca de 2 millones, los cuales, unidos a los de California y Tejas, iban a alcanzar hoy un censo de más de 16 millones de hispanos, de menos poder político y económico que los «anglos», pero que, pese a cierta xenofobia patente en campañas electorales, son capaces de dejar marcada su huella lingüística en el inglés preponderante que los rodea. Las condiciones de la Florida (millón y medio de hispanohablantes) anulan el débil componente político-económico de los estados del Suroeste, pues los protagonistas son emigrados o refugiados políticos dotados de clara autonomía cultural y económica.

Tienen especial relevancia en este volumen las cuestiones que tocan el papel del español en la variante americana del inglés, cuestiones que en el plano socioeconómico atañen, por ejemplo, a los grupos urbanos más vulnerables a la presión de la subcultura de la droga, donde domina la jerga de los narcotraficantes y sus distribuidores. El artículo de Thomas E. Murray registra un total de 422 términos, con 518 acepciones, de los cuales un 70 % pertenecen a ese mundo de la droga, en especial de la marihuana o marijuana, lo que supone un 3% del léxico del «slang» contemporáneo yanqui. Cabe preguntarse si todas las entradas así registradas pueden calificarse, en rigor, de hispanismos, ya que muchos sólo delatan el área hispanohablante de procedencia de la droga (cf. «Acapulco gold» [«red»], «Columbian gold» [«red, pink, green»], «Panama» [«nian»], «gold» [«red»], «Santa Marta gold» [«red»], «Oaxacan» y los «eufemismos», «Doña Juana», «Doña Juanita», «juanita», «marigold», «Maria Johan-

na», «Mary Ann», «Mary and Johnnie» con sus variantes y derivados). Es cuestionable también si los términos en que «México» o sus derivados aparecen en función adjetiva, a menudo como despectivos (p. ejem., «Mexican», «mexicano» en estos contextos se define como «perteneciente a algo considerado inferior u ordinario»), deben entrar en la categoría de hispanismos («Mexican beer» = cerveza mex. = «agua», «Mexican breakfast» = desayuno mex. = «cigarrillo y agua»). Pese a las dimensiones del glosario, la influencia léxica que estos términos delatan no pasa de ser algo restringido al mundo del hampa, que antaño habrían entrado en el vocabulario de germanía.

Posible filiación

El artículo de John Algeo «Spanish loanwords in English by 1900», quizá el más ambicioso del libro, centrado también en el inglés americano, se plantea cuestiones del origen último (Algeo prefiere «distante») o inmediato de voces de posible filiación hispánica. «Pueblo», referido a tribus indias y su lengua, parece más español que «barbecue» (< esp. «barbacoa», voz taína), pero ambas son hispanismos; la primera, voz patrimonial heredada del latín, y la segunda, un término atestiguado en español a principios del siglo XVI, luego aletargada y últimamente reactivada por influjo del inglés americano. Más complicado parece el caso de «veranda», tomada por el inglés en la India, cuyo último origen podría ser el portugués o el español —la grafía con «v» es común a ambas lenguas—, pero la presencia lusa en la India favorece al portugués. No es claro tampoco el origen inmediato de «nadir» (1391) en Chaucer, pues este arabismo podría ser un préstamo del latín medieval o de una lengua —romance-francés, español, italiano, etc.— Las voces tomadas por el inglés antes de 1900 son objeto de un examen detenido por Algeo en el que se fijan variantes debidas a la época de entrada, al significado, a la grafía y a la difusión actual del vocablo. A este grupo pertenecen palabras como «Castilian» 'castellano'; «sombbrero»; «tamale» 'tamal'; «munchacho»; «mondongo», falsos análisis como «lariat» 'la reata'; «canyon» (topónimo) 'cañón', etc. Tal examen le permite cuestionar y disculpar algunas de las etimologías propuestas por los dos diccionarios más prestigiosos a ambos lados del Atlántico: el *Webster's New World Dictionary of American English* (Third College Edit.) y el *Oxford English Dictionary = OED* (2ª ed. Comp. Disc.). Uno y otro, en especial el británico, son la principal fuente de información histórica sobre el origen y uso de los hispanismos. Registra el OED unas 1.350 palabras de posible origen español, de las cuales un 40% (526) suelen encontrarse en un diccionario inglés corriente. Este medio millar forma un glosario en el que se indica el significado, se explica el uso, se insinúa otro origen y se da la fecha del primer testimonio en inglés; así, p. ej. «brazil» (1386) 'a dye from a brownish-red wood' [also Pg., It. or Med. Ln, the country being named from the wood, «terra de brasil» 'red-dye-wood land', not vice-versa]; «canoe» (1555) 'canoa'; «chinch» (1625) 'chinche'; «amontillado» (1825); «olla podrida» (1599), 'an indiscriminate mixture'; «sarsaparilla» (1577) 'zarzaparrilla'; «quintal» (1470) «steeve» (1482) 'estibar'; «stevedore» (1788) 'estibador'; «cork» (1440) < corcho, alcorque; «miser» (1542) 'avaro'; «carbonado» (1586) 'asado a la brasa'; «cordovan» (1591) 'cordobán'; «magazine» (1583) 'magacén'; «crimson» (1400) < esp. ant. «cremesín» 'carnesí'; «Negro» (1555) 'persona negra', etc. Son muchos, sin embargo, los términos de este glosario que se prestan a dudas, y el autor propone otras fuentes no hispánicas para subrayar su escepticismo. Así, cuando señala la posible procedencia de otras lenguas románicas en el caso

de «nadir», «quintal», «veranda», «miser», «magazine», «steeve», «crimson», «Negro», etc.; mas desorienta al lector al citar «indigo», «caiman», «baldachin», «tomato» y alguna más como existentes en otras lenguas. Menos cauteloso aparece Algeo cuando acepta como hispanismos voces de dudosa estirpe española como «skiff» 'esquife'; «romanize» 'romanizar'; «portico», «strappado». Esta última y otras formaciones inglesas en «-ado» («bravado», «desperado», «avocado» 'aguacate', «tornado», etc.) deben todas al español el sufijo «-ado», que se presenta también en alguna forma coloquial como «hoosegow» < *jugao < juzgado, claro hispanismo fechado ya en 1860-65, al lado de otras tomadas directamente del español, p. ej., «El Dorado» (1596), «renegado» (1599), «zapateado» (1845), «aficionado» (1845), «incom(m)unicado» y otras más, desusadas hoy en español, p. ej. «gambado» (1820), «bastinado» (1577) < «bastonada», «camisado» (1548) 'ataque nocturno', etc. Cabe discrepar, naturalmente, de otras atribuciones de origen, propias del siempre inseguro terreno de la etimología. Basta consultar en Corominas la entrada «vihuela» para ver lo arriesgado que resulta llamar hispanismo al ingl. «viola», aunque se admita también como italianismo. Lo mismo vale para «biretta» (esp. «birreta», it. «berretta», préstamos ambos de origen incierto).

En el otro extremo del eje diacrónico, mas con una laguna de medio siglo, se sitúa el artículo de Garland Cannon, profesor de la Texas A&M University «Recent borrowings from Spanish», que aprovecha una serie de diccionarios (entre ellos los del propio Cannon) de voces nuevas en inglés a partir de 1950, fecha arbitraria de referencia, que le permite reunir un glosario de 153 entradas (+ 3 variantes), del cual se han excluido, pero se mencionan, las que ya habían desaparecido del uso corriente y reaparecen después de 1950. El lector español se sorprenderá al encontrar palabras que son prerativas de algún país hispano, pero desconocidas para él: «añu», «basuco», «burundanga», «chimichanga», «coqui», «huaquero», «shuayco», «nacho», «paiche», «seviche», etc. Otras le resultarán familiares, pero no su significado: «botanica» 'tienda especializada en vudú'; «burrito» 'tortita rellena'; «maquiladora» 'centro de montaje'; «granadero» 'cierto policía mejicano'; «turista» 'diarrea'; «sinsemilla» 'tipo de marihuana', etc. El autor no es precisamente un hispanista y sí un buceador de diccionarios que identifica como americanismos voces de uso general en España: «barriada»; «flauta» 'tortita enrollada'; «caló»; «churro» 'raza ovina'; «cochifrito»; «cursillista»; «escabeche»; «gauchesco»; «latifun-dist», «-dism», «-dismo», etc., algunas de ellas con leve desplazamiento semántico. Hay que señalar también la inclusión de algunos calcos semánticos del español que no entran en la categoría de «loanwords», pero sí en la de «borrowings»: «moment of truth» 'la hora de la verdad'; «Shining Path» 'Sendero luminoso'; «God's eye» 'ojo de Dios' (= cruz de adorno, Méx.); «liberation theology» 'teología de la liberación'; o híbridos como «Tortilla Curtain» (sobre el modelo de «Iron Curtain»), etc.

Las cifras hasta ahora citadas no reflejan, ni mucho menos, la presencia numérica de hispanismos en inglés, tal como se infiere de inventarios que nos dan casi 6.000 voces registradas en la 2ª edición del OED (1989). En esta antología nadie acomete el estudio del período 1900-1950, excluido en los artículos de Algeo y Cannon, exclusión involuntaria que se compensa con otras valiosas aportaciones, como la de Félix Rodríguez sobre «Aspectos estilísticos del préstamo español en la prensa política», Thomas E. Murray, «Spanish loanwords in contemporary American slang»;



JUSTO BARBOZA

Viene de la página anterior

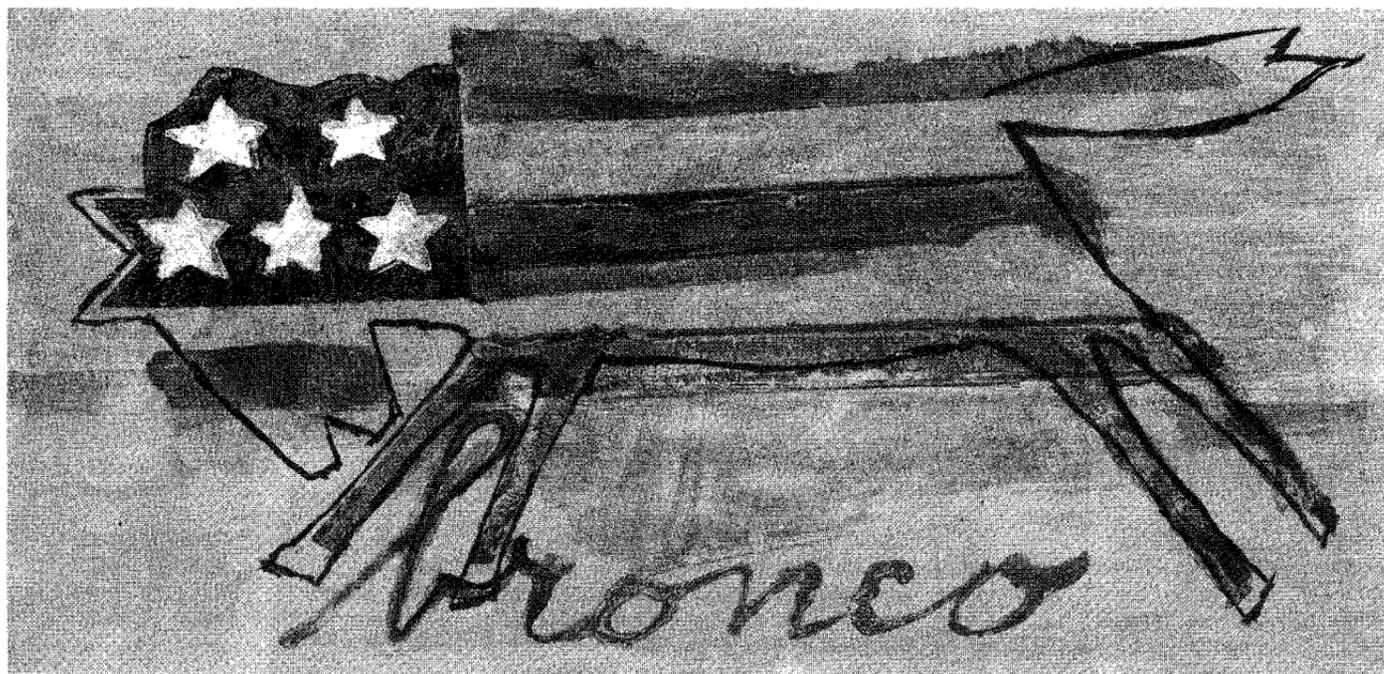


Beatriz Varela, «Ethnic nicknames of Spanish origin in American English», donde analiza los nombres y apodos –algunos claramente despectivos– que se aplican a los hispanos, pero también los referidos a los anglos. Merecen especial atención, por su frecuencia, «Hispanic», «Chicano», «Gringo», «Negro», «Dago», «Pochó», etc. La autora, de origen cubano, plantea, con abundante documentación oral y escrita, problemas etimológicos y sociológicos interesantes que no siempre cabe resolver. Merece aplauso su intento de aclarar el origen de la voz «gringo», explicado, creo, por el profesor Soldevila (cf. mi *Anglicismos hispánicos*, pág. 229).

Aparte del compilador, el único español entre los autores es Juan R. Lodares, quien aborda un tema poco tratado, el del sustrato sociocultural sobre el que se asienta la épica de los «cow-boys» y de los buscadores de oro. Aunque hacia 1850 ya sólo había un hispanohablante en California frente a 50 de otras lenguas, principalmente el inglés, Lodares señala, sin embargo, que en la jerga de la minería se cuentan unos 850 términos españoles –muchos de vida efímera–, entre los que figura el catalanismo «placer» (existe incluso el topónimo «Placerville»), así como «bonanza», «clavo», «ojo» y «fuente», voces que aluden a la riqueza de las vetas mineras o tipos de éstas; «plata» y «platina» también eran frecuentes (de «platina» se deriva el término químico latinizado «platinum»). «Greaser» en inglés designa en general al mexicano, pero es calco del esp. «grasero» < «grasas» 'escorias' (en minería). No veo razón para considerar hispanismos «gambusino» y «buillon», el primero aparece como cubanismo en el RHD (*Random House Dictionary*).

Al mundo de los vaqueros y su léxico les dedica Lodares apropiados comentarios. Ya hemos señalado (*Anglicismos hispánicos*, pág. 167) cómo «cow-boy» puede ser calco de «vaquero», que además aparece, como préstamo, un siglo antes, deformado en inglés en las grafías «buckaroo», «vachero», «bakhará», «baccaro», etc., hoy infrecuentes. A la misma esfera pertenecen «caballero», «chaps» (< «chapparreras») «wrangler» (< «caballerango», en Méx. 'mozo de cuadra'), «bolas», «sombbrero», «lasso» (< «lazo»), «riata», «reata», «lariat», «larriat» (< «la reata»), «to cinch» 'sujetar' (< «cincha»). En lo equestre se señalan «pinto», también aplicado a ciertas alubias («pinto beans»), «bayo», «canelo», y, en otros tiempos, «garaanón». Los más extendidos son «bronco» y «mustang» para el caballo sin domar; el domador en el espectáculo que ofrecen los «rodeos» se llama «bronco-buster». «Burro» es término corriente. No hay que olvidar «ranch» (< «rancho») y sus compuestos: «ranchman», «ranch house», «ranch wagon» 'ranchera', ni tampoco el famoso «corral», («O. K. Corral») popularizado por películas e inmortalizado por Cela. No son propias del mundo vaquero las voces «vamoose» (< «vamos») ni «savvy» (< «saber»), procedentes del 'pichinglis' o «pidgin English».

Queda restringido al artículo ya mencionado del profesor Anthony Gooch el examen de lo que, desde el punto de vista histórico, hubiera merecido primordial atención, a saber, el impacto del español en el inglés británico. Tal vez por no repetir lo que cree del dominio común, este investigador, uno de los hispanistas mejor dotados para enjuiciar problemas del lenguaje, se limita a hacer unas cuantas observaciones –que podría haber multiplicado sin esfuerzo– sobre las vías de entrada de hispanismos en inglés: a) través del francés desde la Península; b) desde Hispanoamérica a través de España; c) desde el inglés americano como intermediario al inglés británico. Buscando en textos las huellas de lo hispánico, nos recuerda que Francis Bacon, el filósofo, utilizaba ya «peccadillo», «punctilio» (< «puntillo»), «to mate» (< «jaque ma-



JUSTO BARBOZA

te»), «adust» (< «adusto») y «desemboltura», y otros textos los conocidos «galleon», «flotilla», «parade», «embargo», etc. Todo ello lo salpica Gooch con ejemplos modernos como el de «Mosquito Armada», usado por Churchill al designar la que decidió la evacuación de Dunquerque en 1940. Para no caer en la rutina, Gooch escoge y comenta con datos originales una breve serie de hispanismos muy actuales que reflejan la actitud británica hacia lo hispánico. Son «macho/machismo»; «caudillo/caudillismo», «desperado», «vaquero» y «vigilante». En esa misma línea destaca, para terminar, lo que él califica de «romantic, colorful and exotic elements», donde entra todo lo que confiere color local a una narración o una noticia («fiesta», «siesta», «fandango», «mañana», «bolero», «flamenco», etc.). Este excelente artículo, demasiado breve, revela lo que ya queda apuntado, la desigualdad inherente a estas antologías –«readings» las llaman en EE.UU.–, que nace de los distintos intereses y planteamientos de los autores y que el compilador, aun solicitando la colaboración con directrices muy claras, rara vez se atreve a censurar.

No es nuestro propósito resumir un libro tan rico en documentación. Quien aspire a ella la encontrará en profusión, pero ha de abstenerse de buscar un inventario o catálogo de todos los hispanismos del inglés, empresa de objetivos jamás delimitados ni en el tiempo ni en el espacio, y que hoy, a la vista de la permeabilidad de las lenguas en contacto, consideramos irrealizable. Una carencia imprevisible si hemos de destacar, pues la achacamos a alguna incomprensión de colaborador invitado: el período 1900-1950, ya aludido más arriba. Espigando entre las entradas fechadas en ese período en el RHD (letras A, B, C y M) cabría anotar aquí la falta de «bracero» (1915-20), «barrera» (1920-25), «latifundio» (1920-25), «burladero» (1935-40), «burrito» (Méx. 'taco relleno', 1940-45), «capeador» (1905-10), «cesta» (en frontón, 1900-05), «conga» (1930), «corbina» (pez, 1900-05), «criollo» (1905-10), «macho» (1925-30), «machismo» (1945-50), «mambo» (1945-50), «mariachi» (1940-45), «merengue» (danza, 1935-40), «moment of truth» (calco taurino de 'la hora de la verdad', 1930-35). Se podrían añadir «fifth column» ('quinta columna', 1938), «zapateo» (baile cubano, 1920-25) y también, dentro de contextos políticos, las aportaciones individuales del propio compilador en su original artículo «Spanish borrowings in the political press», ampliación oportuna, sin pretender corregir la plana a Algeo y Cannon, del publicado

en 1991 en el libro *Prensa y lenguaje político* (Madrid, Edit. Fundamentos, págs. 249-273). Repasando su denso glosario, se observa que muchos de los hispanismos aportados figuran ya incorporados a diccionarios monolingües de inglés. Anoto, de las primeras páginas, «barrio», «cabildo», «campesino», «Carlist(a)», «caudillo», «comandante», «compañero», «conquistador», «contra», «desaparecidos», «ejidatario», etc. Otros –«Peronism», «Yanqui», «latifundia», (plural latino por latifundios, es usual en inglés, insólito en español)– creo que no deben contarse como hispanismos.

Sería deseable, pero utópico, poder sacar de este libro conclusiones que aliviaran o compensaran del desconsuelo general que agobia a muchos hispanohablantes cuando asisten impotentes a la llamada invasión de anglicismos, pensando que así han obtenido cumplido desquite de tantos años de «servidumbre lingüística» al inglés. Sí, sería una pobre e ilusoria satisfacción, pues si contemplamos fríamente este fenómeno de transculturación en marcha, observamos que en el trasiego de los vasos comunicantes no hay ni remotamente equilibrio entre el volumen de lo que se exporta y el de lo que se recibe, pero tampoco en la calidad de la materia exportada o recibida. El breve artículo de E. G. Cotton y J. M. Sharp sobre el estereotipo hispánico en el inglés americano parece suavizado para no herir a los hispanohablantes. Partiendo de que todo lo extranjero, desde el nombre de los bárbaros en Grecia, tiende a teñirse de matices despectivos, estos autores admiten que no es sorprendente que «el vocabulario que describe la imagen popular de los hispanos sea frecuentemente peyorativo», si bien los países hispánicos y sus habitantes entran tradicionalmente en la categoría de «pintorescos». El estereotipo hispano es un mejicano bajito, moreno, bigotudo, envuelto en sarapes y mal calzado. El artículo, bien planteado y

prometedor, resulta, por su brevedad y uso de materiales conocidos, pero desaprovechados, un tanto insuficiente y decepcionante.

Más directo y vigoroso –y amplio (17 páginas)– se nos antoja el planteamiento de José Antonio Burciaga, de la Universidad de Stanford, que se enfrenta, desde el ángulo chicano, con un tema al parecer aséptico –«Spanish words in Anglo-American literature»– partiendo de una afirmación: «El racismo, los prejuicios o la ignorancia en la literatura angloamericana con respecto al pueblo y la cultura mejicano-americana son un hecho». Como niño educado en una escuela, junto al Río Grande (= río Bravo), donde estaba prohibido el español, su estudio rebasa los límites escuetos del léxico y se adentra en los problemas que subyacen hace más de un siglo al destino de los actuales chicanos: «El mestizaje del odiado indio con el odiado español hacía a su descendencia doblemente despreciable. La guerra con México, [la tesis del] Destino Manifiesto, y el complejo de superioridad padecido (sic) por los angloamericanos no eran sino continuación de los viejos prejuicios ingleses contra España y el catolicismo». Esta actitud comprometida se extiende a todo el artículo, que no por ello pierde objetividad y juicio ponderado, sobre todo cuando se centra en la literatura del siglo XIX y en ciertos escritores del XX (Hemingway, John Steinbeck). Walt Whitman sería, según él, quien marcó el cambio de actitud hacia México y el Suroeste, seguido por H. D. Thoreau y Mark Twain. Menciona también, sin entrar en pormenores, a John dos Passos, Carlos Williams, Katherine Ann Porter y algunos escritores chicanos, reales o ficticios, que filtran hispanismos no siempre adecuados en sus narraciones.

La obra, en resumen, es el intento más logrado hasta hoy de interpretar y valorar la deuda hispánica del inglés. □

RESUMEN

Como dice el filólogo Emilio Lorenzo, es tan habitual dar por hecho la influencia creciente del inglés en otras lenguas que resulta insólito ocuparse, como hace el comentarista, del impacto de una de esas lenguas, el español,

en este caso, en la cultura anglosajona, en el inglés hablado en Estados Unidos, sobre todo. Lorenzo analiza con detalle esta obra colectiva que es, en su opinión, el intento más logrado de cuantificar la deuda hispánica del inglés.

Félix Rodríguez González (ed.)

Spanish Loanwords in the English Language. A Tendency towards Hegemony Reversal

Herman Wekker-Mouton de Gruyter, Berlín-Nueva York, 1996. 300 páginas. 168 marcos. ISBN: 3-11-014845-5.

Nanas para el bebé centenario

Por Álvaro del Amo

Álvaro del Amo (Madrid, 1942) estudió Derecho y se tituló en dirección en la Escuela Oficial de Cinematografía. Cineasta, dramaturgo y novelista, ha realizado en 1980 la película *Dos*, ha estrenado en 1992 su obra teatral *La emoción* y ha sido finalista del premio Herralde en 1993 por su novela *El horror*.

El cine ha cumplido su primer siglo y la sonora onomástica arrastra, como ocurre en las más entusiastas fiestas de cumpleaños, una variada marea de residuos. Cuando los homenajes callan, después de cerrar el álbum de fotos, el festejado cinematógrafo permanece, solo en la sala vacía, mirándose en la pantalla blanca, con una probable impresión de desconcierto. Es muy joven aún, prácticamente un niño si se compara con sus parientes, las artes de las que es consecuencia, un grupo venerable con miles de años a sus espaldas. Ante la literatura (dividida en sus géneros: la épica, la narrativa, el teatro, también la poesía), la música, las diferentes disciplinas plásticas (desde el dibujo y la pintura hasta el diseño y el comic), el cine se siente un adolescente inmaduro, un torpe zangolotino que apenas ha empezado a dar los primeros pasos. Lo que no le impide olvidar, qué caramba, la cantidad de cosas que ha vivido en su cumplido siglo de existencia. Ha crecido a buena velocidad, se ha desarrollado como un ser precoz que pasa del temblor y la mudez de sus primeros balbuceos a la firmeza y el empaque de una madurez que nada tiene de borroso ni de primitivo. El cine, a la vez muchacho inexperto y viejo resabiado, aprovecha su primer centenario para sentarse a respirar. Primero se contempla el ombligo. Luego levanta la vista para comprobar que, a su alrededor, el panorama, tan distinto del paisaje que lo vio nacer, continúa, en lo esencial, invariable.

El arte número siete, tan moderno e independiente, tan brillante y peculiar, depende, quizá hoy más que nunca, de un influyente antepasado, la literatura, después de un siglo de complejos forcejeos. Entre la sabiduría y la experiencia de la señora mayor y la listeza y desobediencia del chico díscolo ha habido de todo. Influencia mutua y mutuo rechazo, complicidad e indiferencia, intercambio de

piropos e insultos, debates y coloquios para dilucidar lo que une o separa a la una del otro, largamente aceptada su consanguinidad tanto como causa de pletórica actividad como peligro cierto de degenerar en tumor maligno. En la discusión entre la vieja y el niño ha sido la vieja, a pesar de la generosidad de sus canas, quien ha debido apechugar con la peor parte. El relato ágil y sintético, absorbente por su pericia para condensar con acierto la peripecia y sus personajes, recibe, elogiosamente, el calificativo de «cinematográfico». La película morosa y reiterativa, que se pierde en digresiones y confía excesivamente en las palabras, resulta, peyorativamente, «literaria». El pimpante chicleo se permite sacar la lengua a la matrona proveya, sabiendo que, después de sus impertinencias, volverá a ella. Para refugiarse en sus brazos y, aprovechando un descuido de la dama venerable, desabrochar su blusa y succionar, de su antiguo pecho inagotable, el alimento. El muchacho tendrá cien años, pero aún no ha dejado de mamar.

Un repaso a la cartelera, fijarse un poco en cualquier lista de premios, una mirada a lo que sostiene las estatuillas, y resaltar una contundente evidencia: detrás de un sinfín de películas se encuentran las correspondientes novelas. Éxitos del presente, representantes del género conocido como «best seller», y también respetables títulos de la narrativa del pasado. Un pasado no muy reciente. Un único y llamativo ejemplo: la insistencia del cine anglosajón en adaptar grandes clásicos decimonónicos; no sólo Thomas Hardy o Henry James, sino ¡Jane Austen!, cuyas obras prácticamente completas han merecido ya el título, en su trasvase cinematográfico, de «boom», una agitación ajena, en principio, a la reposada plausibilidad de la novelista inglesa.

También el teatro, en su condición de paralela cantera riquísima, surte hoy al cine con sus abundantes tesoros. Acaba de darse, entre nosotros, un ejemplo llamativo y estimulante. La comedia de Lope de Vega *El perro del hortelano* ha sido, en su versión cinematográfica, una de las películas españolas del año. Celebrada por la crítica, visitada por el público, galardonada con abundantes Goyas, la obra es una adaptación fiel del texto. Pilar Miró, artífice del feliz trasvase, ha demostrado, en un ejercicio conjunto de audacia y lucidez, de perspicacia y humildad, que «la locura» de fil-

mar a Lope de Vega no es sólo un empeño posible, sino también necesario y oportuno. ¿Por qué? Porque el cinematógrafo, conocido con confianza y cariñosamente como «el cine» a secas, no se ha desprendido, en su primer siglo flamante, de la literatura. ¿Significa esta dependencia una deprimente servidumbre, un síntoma de la incapacidad del arte reciente de librarse de una atávica atadura, una obsesión que conviene disipar de una vez? La respuesta a tales interrogantes debe ser negativa. Un convencido y optimista ¡no!, que clausure una aparente dicotomía. El cine seguirá convivendo, por imperativo de su propia naturaleza, con sus prestigiosos parientes, las artes mayores y menores. En el caso de la literatura, aunque no siempre esté garantizado el afecto recíproco, no es aventurado vaticinar la continuidad de una cohabitación aún irremediable. El trato será, tal vez, no siempre considerado y respetuoso, sino, en más de una ocasión, malhumorado, turbulento, promiscuo y desgarrado. No importa. Ya sabemos que los seres vivos, ya sean plantas, animales, cuentos o películas, no nacen siempre en parques apacibles, limpios laboratorios o despachos bien ordenados, sino en ambientes azarosos dominados por la angustia y la seguridad de que no cabe invocar certeza alguna. Nada mejor para celebrar el matrimonio entre el cine y la literatura, apasionado en su desgarramiento, que explorar los secretos de la pareja. La colección de relatos reunidos como regalo de cumpleaños, compartiendo la alegre broma irónica de entonar una nana, despliegan, ante la cuna ruinosa y prometidora, rancia y pujante, maloliente y perfumada del bebé centenario, un atractivo abanico de actitudes dispares. En las reuniones familiares siempre ocurre lo mismo. Cada deudo mira al recién nacido con unos ojos diferentes. José Luis Borrau, el anfitrión de la fiesta, ha cursado las invitaciones para que unos cuantos escritores acudan a felicitar al pequeñín con un siglo encima. La editorial Alfaguara, remedando en un grueso y grato volumen la tonalidad de una poderosa tarta de vainilla, nos presenta el manjar. Dada la variedad de ingredientes de la tarea emprendida, un dulce que no desdena lo soso ni lo salado, será cada lector quien pruebe, elija, saboree y rechace. El cine podrá preferir este o aquel retrato, nunca quejarse de falta de variedad.

Adoración

En ambos lados del espectro aparece un doble grupo de relatos. Los que toman el cine como pretexto y los que se organizan como un homenaje. En ambos casos se observa el asunto desde una considerable distancia.

En *Declaración de Guillermo* de Bernardo Atxaga, *Cartas bajo la manga* de Juan Madrid, *La oficina* de Carmen Martín Gaité y *Un deseo* de Clara Sánchez, el cine aparece como alusión marginal, rozándose apenas o utilizado como un escenario que, para el meollo narrativo, podría ser intercambiable.

La actitud opuesta acomete el homenaje al cine procurando una recreación. Una serie de «peculiaridades filmicas» pasan a la escritura para encontrar allí un nuevo cobijo. Una actitud de veneración respetuosa que, con el pretexto de adorar al homenajeado, afirma al mismo tiempo una lejanía. El cine, convertido en literatura, exagera así sus rasgos distintivos. La literatura, imitando al cine, no es capaz de disolverse en él. *Horas muertas* de Francisco Ayala es un ejercicio de «montaje» cinematográfico; *Mala índole* de Javier Marías es un «thriller» con Elvis Presley; *El halcón eibarrés* de Mario Onaindia, un policíaco de los años cincuenta; y en *Casablanca* de Osvaldo Soriano conocemos al que estuvo en el café de Rick, el famoso local de la película del mismo título.

Rizan el rizo del homenaje literario Gonzalo Suárez en *Charlot en los cielos* y Bernardo Sánchez Salas en *Sombras Saavedra*. El primero es el diálogo introductorio de Charles Chaplin con el portero del paraíso. El cineasta parece decepcionarse con lo que encuentra «porque aquí no hay sombras y donde no hay sombras no hay cine, sólo hay Dios, así que, de acuerdo, ¡buena la hemos hecho!, tanto agitarse, tantas inútiles pasiones engarzadas en tantos inútiles gestos y tantas inútiles palabras para obtener, por fin, la más blanca de las pantallas blancas, sin un solo espectador». El segundo llega a imaginar al mismísimo Miguel de Cervantes como precursor del cinematógrafo, con un supuesto teatrillo de sombras chinas, donde se representaba *El retablo de las maravillas*, hasta que los oficiales de la Inquisición, alarmados por el invento diabólico, intervienen para desba-



El gran dictador (1940) de Charles Chaplin.



Ciudadano Kane (1941) de Orson Welles.



Me siento rejuvenecer (1952) de Howard Hawks.



El halcón maltés (1941) de John Huston.



Los olvidados (1950) de Luis Buñuel.

Viene de la página anterior



PÉREZ D'ELÍAS

ratar el tingladillo. El autor del *Quijote* fue también «sombromanista».

Mito y rito

La cinefilia, con su nombre que invoca una enfermedad de la sangre, es una fecunda fuente de inspiración. Películas, actores y directores han poblado las mentes de varias generaciones con la penetrante insidia de la mitología, derivada a menudo hacia el trazo esquemático del tópico. En toda adoración incondicional la sinceridad del arrebato acaba conviviendo con la rutina que emana de las visitas frecuentes a cualquier altar. Los «héroes y heroínas de la pantalla», desgajados de su medio ambiente, el celuloide, siguen conservando su aureola. El mitómano abraza con más fuerza el mito cuando lo encuentra, o lo imagina, paseando por la calle. La cinefilia anima el plácido delirio de sus contagiados para que fabulen, con familiaridad, sobre sus deidades inalcanzables.

Con *En defensa de la envidia* de Sealtiel Alariste nos asomamos al «boudoir», envenenado por la traición de dos «estrellas» mexicanas rivales, la madura que declina y la joven que emerge para destronar a la madura. Fernando Fernán-Gómez en *Para que nos quieran más* evoca el encuentro entre Roberto Rossellini e Ingrid Bergman. Ángel Fernández-Santos transmite, con una alucinada minuciosidad de pesadilla, en *Ruta de los siete callejones (Paisaje para una película)*, los movimientos de Ava Gardner y Nicholas Ray en un Madrid herido aún por la posguerra. *Primera persona del singular* de R. H. Moreno Durán sueña con una visita de Orson Welles a Bogotá. Manuel Vicent nos cuenta cómo asistió a *La muerte de Julio Alejandro*.

Como paso siguiente, o síntoma sucesivo, especializado, de la cinefilia, aparece el cine como síntesis del cine, El cine en su acepción de local donde el cine se proyecta tiene el valor de un símbolo. Para los nacidos en la primera mitad del siglo, el lugar donde se ven, se veían las películas, es el ámbito donde la infancia se evadía, donde la adolescencia se refugiaba. Es también la cueva secreta que se visita en la madurez y, para los españoles

nacidos en los años 30, 40 y 50, el emblema ambiguo del franquismo. Ambiguo porque las salas cinematográficas funcionaban a la vez como alivio de la sordidez reinante y como la más perfecta encarnación de esa misma sordidez. La enfermedad y su remedio, el gozo y la congoja se confunden en un templo tierno y horroroso a un tiempo, que se presta, por su oscilación entre el rencor y la añoranza, a sabrosas evocaciones literarias. Lo agradecido es agradecida materia narrativa. Ah, los cines, capillas, iglesias, catedrales modernas de la irredención del fin del milenio.

Así lo han entendido Rafael Azcona (*Cinema Ideal*), Juan Marsé (*El fantasma del cine Roxy*), Manuel Rivas (*Cuando lloró Charo*), Juana Salabert (*La gran ola*). José Luis Borau, en *El interfecto*, traspasa los límites, siempre ligeramente lacrimosos, de la evocación para resumir, en sobria instantánea, una época espantosa en una imagen espantosa: el huido (un rojo quizá, o un maqui) que elige el cine vacío, donde precariamente le refugian, para ahorcarse.

El tabernáculo, con su conocida tendencia macabra para convertirse en tumba, ha ejercido también de cátedra. El cine, su materia y su aula, han sido también generoso alimento para los habitantes del siglo, con mayor vigor quizá para los pertenecientes a las generaciones aludidas. Julia, la mujer madura de *Happy End*, el cuento de Josefina R. Aldcoa, lo expresa muy bien: «Pero lo cierto es que sin el cine no hubiéramos sabido lo que queríamos y no teníamos, lo que necesitábamos y no conocíamos...».

El carácter religioso del mito, la zozobra de los recuerdos se integran armoniosamente en la variedad y la inteligencia de una educación no sólo sentimental. El cine, «parte íntima e irrenunciable de nuestras vidas», se presenta como un amigo equilibrado y próximo, que no es sólo una figura imprescindible de la cotidianidad, sino que esconde riquezas aún por descubrir. En su calidad de maestro perenne, el cine está en todas partes y siempre tiene algo que enseñar. Son alumnos aplicados de la gran asignatura cinematográfica: Alfredo Bryce Echenique (*La muerte más bella del 68*), Guillermo Cabrera Infante (*El fantasma del cine Essoldo*), Agustín Cerezales (*Confidencias*), Reinaldo Montero (*Una muchacha café*), Ma-

ruja Torres (*El cuarto hombre*). El cine, densa presencia del pasado, se aligera en el presente. El empaque y la gravedad del gran gurú se volatiliza en un leve anecdótico. No conviene tomarse demasiado en serio nada, ni siquiera el cine, aseguran los apuntes livianos de Juan José Millás (*Simetría*), Soledad Puértolas (*A la salida del cine*) y Rosa Regás (*Hasta la vista, amigo*). Olvidemos emociones téticas de antaño, recomiendan, prolongando la levedad anterior, otros autores. El cine, al fin y al cabo, es «también» un entretenimiento. ¿No pueden fabularse, a su propósito, apuntes costumbristas, situaciones de comedia, alegres piruetas de travesura erótica? Tal cosa proponen *Las actrices y los escritores no deberían conocerse* de Martín Casariego, *Hasta mañana* de Emma Cohen, *Los elefantes rosados no pueden viajar los viernes* de Jesús Díaz. Vicente Molina Foix, en *Dúo*, recorre un muy reconocible presente, citado con nombres y apellidos, en una sofisticada versión literaria de la cruda salacidad de la comedia cinematográfica madrileña. El cine se va liberando de sus pesadillas. Hoy respira mejor, dispone de mejores salas, la capilla ardiente es ya un rincón aséptico y refrigerado. Una pregunta inquietante: ¿será buena tanta ventilación o echaremos de menos los aromas (densos, ácidos, putrefactos) de antaño?

Cine puro

En la amplia, sugestiva colección de *Cuentos de cine* no llega a la media docena los

buceadores que se han atrevido a tocar fondo. Más allá de la evocación, la recreación, el homenaje o la parodia, unos pocos escritores no han tenido que aproximarse al cine. Tampoco que convocarlo o recordarlo. Ya se encontraba, por lo que se ve, en sus tripas, en sus vidas, confundido con el resto del caudal de la experiencia, presente como una oscuridad aún sin iluminar, destacando del acervo común de alarmas con la originalidad de una voz propia. El cine, respirado desde la infancia, ha sido incorporado, parecen asegurar estos audaces visionarios, al corazón y al cerebro de este siglo. Desde allí, el arte nuevo, hoy bebé centenario, continúa irradiando el feliz parpadeo de su luz con sombra y, como obligado contraste, una alarma frenética. Un viejo buen amigo que no se resigna a dejar de asustar.

En *Miedo a la pantera* de Enriqueta Antolín, la pantera sale de la pantalla para perseguir a la niña por las calles de Toledo, en certera y aterradora síntesis de la infancia. *Fuera de campo* significa, así lo advierte José Ramón Martín Largo, situarse al margen de la vida. *El niño lobo del cine Mari*, de José María Merino, es un niño que aparece en un cine derruido y termina colándose en la nave espacial de una película. En *El juego del tiempo* de Justo Navarro y en *Doble vida* de Suso del Toro el cine demuestra, con plácida crueldad, que la temida irrealidad no es sino la irradiación lógica de una realidad sórdida.

Muchas felicidades, joven centenario. Que la tarta color vainilla endulce el inicio de tu segundo siglo, aún ignoto. □

RESUMEN

El cinematógrafo, que ha cumplido ya un siglo, es apenas un bebé, recuerda Álvaro del Amo, si lo comparamos con sus «parientes», las otras artes; con un siglo a sus espaldas y todavía está echando a andar y sin poder, además, desprenderse del influjo de la literatura.

Precisamente un nutrido grupo de escritores en lengua española escribe de o sobre el cine, lo utiliza como pretexto o como homenaje, en un grueso volumen de relatos que ha coordinado José Luis Borau y comenta Álvaro del Amo.

Autores varios

Cuentos de cine

Ed. de José Luis Borau, Alfaguara, Madrid, 1996. 662 páginas. 2.950 pesetas. ISBN: 84-204-2879-5.

Matemáticas y Sociedad: acortando distancias

Por Miguel de Guzmán

Miguel de Guzmán (Cartagena, 1936) es catedrático de Análisis Matemático de la Universidad Complutense y presidente de la Comisión Internacional de Educación Matemática. Es también miembro de la Real Academia de Ciencias. Su campo de trabajo es el análisis matemático y la educación matemática, temas sobre los que ha publicado diversas obras.

En los últimos años, la American Mathematical Society, organismo que en Estados Unidos ha venido atendiendo tradicionalmente sobre todo a los aspectos de desarrollo interno de la investigación matemática, se ha ocupado también seriamente, a través de diversos proyectos, de que la sociedad perciba con claridad el lugar que la matemática ocupa en el desarrollo de la ciencia, de la tecnología y de la cultura. Desde 1993 viene publicando anualmente, en fascículos dirigidos al público no especializado, descripciones de los resultados más recientes de la investigación en matemáticas. Con ellos se pretende dar una idea de la importancia que la matemática y sus aplicaciones tienen en otras ciencias y en las tecnologías derivadas. La acertada realización de este proyecto, bajo el título *What's Happening in the Mathematical Sciences*, ha corrido hasta ahora a cargo de Barry Cipra, un competente expositor matemático con gran experiencia.

En las líneas que siguen trataremos de explorar el sentido y la oportunidad de un proyecto semejante, así como los principales rasgos que determinan el acierto de éste en concreto.

La matemática ocupa un lugar muy importante en nuestra cultura

La matemática ha llegado a ocupar un lugar central en la civilización actual. Y esto por motivos muy diversos:

Es una ciencia capaz de ayudarnos en la comprensión del universo en muchos aspectos. Es en realidad el paradigma de muchas ciencias y un fuerte auxiliar en la mayor parte de ellas, gracias a sus modos de proceder mediante el razonamiento simbólico, sobrio, con el que trata de modelizar diversas formas de ser del mundo físico e intelectual.

Es un modelo de pensamiento, por sus cualidades de objetividad, consistencia, sobriedad, las cuales le dan un lugar preeminente entre las diversas formas que tiene el pensamiento humano de arrostrar los problemas con los que se enfrenta. Este aspecto es la raíz de sus profundas conexiones con la filosofía de todos los tiempos, también del nuestro.

Es una actividad creadora de belleza, en la que se busca una cierta clase de belleza intelectual, solamente accesible, como Platón afirmaba, a los ojos del alma, y en esto consiste en el fondo la fuerza motivadora y conductora siempre presente en los esfuerzos de los grandes creadores de la matemática.

Es un potente instrumento de intervención en las estructuras de la realidad a nuestro alrededor, ayudando en la aplicación de modelos fidedignos al mundo tanto físico como mental. En realidad bien se puede afirmar que la mayor parte de los logros de nuestra tecnología no son sino matemática encarnada con la mediación de otras ciencias.

Es una actividad profundamente lúdica, tanto que en los orígenes de muchas de las porciones más interesantes de la matemática el juego ha estado presente de forma muy activa (teoría de números, combinatoria, probabilidad, topología...).

Esta intensa presencia de la matemática en nuestra cultura no es algo que vaya a menos, sino todo lo contrario. A juzgar por las tendencias que se manifiestan cada vez con más fuerza, parece claro que el predominio de la intelección matemática va a ser un distintivo bien patente de la civilización futura.

Escasa visibilidad de la matemática en sociedad

Aun siendo así las cosas, la visibilidad de la matemática en la cultura de nuestro país ha sido tradicionalmente bastante débil, y lamentablemente lo sigue siendo, como se pone de manifiesto claramente sin más que echar una mirada en derredor.

Es idea prevalente en nuestro ambiente, fuertemente escorado hacia las humanidades desde hace siglos, que cultura viene a coincidir, más o menos, con literatura, música, escultura, cine y otras manifestaciones artísticas.

Nuestros medios de comunicación, con contadas excepciones, apenas son capaces de reseñar con mediano sentido de rigor informativo, a no ser copiando de otros medios extranjeros, los hechos más sustanciales que van surgiendo en el mundo de la ciencia. A nuestra muestra puede valer la siguiente anécdota. Varios medios de comunicación se hacían eco seriamente hace pocos meses de la resolución del problema de la trisección del ángulo en Baracaldo, lo que evidencia que los responsables científicos de dichos medios entendían tan poco del problema y tenían respecto a él

tan poca sensibilidad como el director de circo que «lo resolvió».

Nuestras estructuras administrativas, políticas, a nivel global o local no suelen ser muy pródigas en lo que se refiere al fomento de la ciencia. Rara vez un concejal de Cultura considerará de su incumbencia la organización de una actividad científica, y mucho menos matemática.

Bastantes de nuestros responsables políticos, así como muchos de los insignes próceres de «nuestra cultura», no suelen tener ningún empacho, sino más bien un extraño y estúpido orgullo, al confesar en las circunstancias más solemnes su absoluta ignorancia de los temas más elementales de la ciencia en general y de la matemática muy en particular, contagiando así al resto de nuestros ciudadanos. Es de imaginar, en cambio, que de ningún modo se atreverían a decir en público el escaso número de libros que han leído en los últimos meses.

Es verdad que situaciones semejantes se dan también en otros países de nuestro entorno, si bien no tan extendidas como entre nosotros. Lo cual tampoco es motivo de mucho consuelo.

Necesidad de una divulgación matemática bien realizada

La tarea de hacer llegar de un modo asequible a un amplio segmento de la sociedad el sentido de la actividad que la comunidad matemática va realizando es algo necesario y que ha de ser realizado con esmero si es que pretendemos que nuestra cultura progrese

adecuadamente. La divulgación matemática contribuirá sin duda:

a) A romper el lastre de prejuicios que vamos arrastrando de una generación a otra en torno a la matemática y que, en muchos casos, es causa de bloqueos con respecto a ella colocados en la mente de nuestros niños.

b) A mejorar las condiciones culturales de muchas personas, abriéndoles los ojos a la realidad de la cultura actual y haciéndoles capaces de proveerse de herramientas indispensables para muchas de las actividades de las profesiones del futuro.

c) A que la sociedad sea capaz de valorar de modo adecuado el papel de la matemática hoy día, de tal modo que se percate de que incluso muchos aspectos que podrían parecer ociosos del quehacer matemático básico posiblemente tendrán su fruto práctico en el futuro, como un somero conocimiento de la historia de las ciencias y sus aplicaciones nos muestra.

¿Qué puede pretender la divulgación matemática?

Una divulgación de la matemática bien realizada puede tener como dignos objetivos, entre otros:

a) Compartir la belleza, el poder de las matemáticas con un público amplio, tratando en muchos casos de penetrar a través de las barreras tradicionales entre las dos culturas, mucho más sólidas alrededor de las matemáticas que alrededor de cualquier otra ciencia.

b) Tratar de cambiar las actitudes hacia las matemáticas de muchos que necesitan tal cambio, con la convicción profunda de que tales actitudes son altamente perjudiciales a la vez para un sano desarrollo de la cultura y para el progreso de la matemática.

c) Animar a más personas a ser matemáticamente más activas, con la persuasión firme de que esto les puede conducir hacia una vida más plena intelectualmente y más satisfactoria.

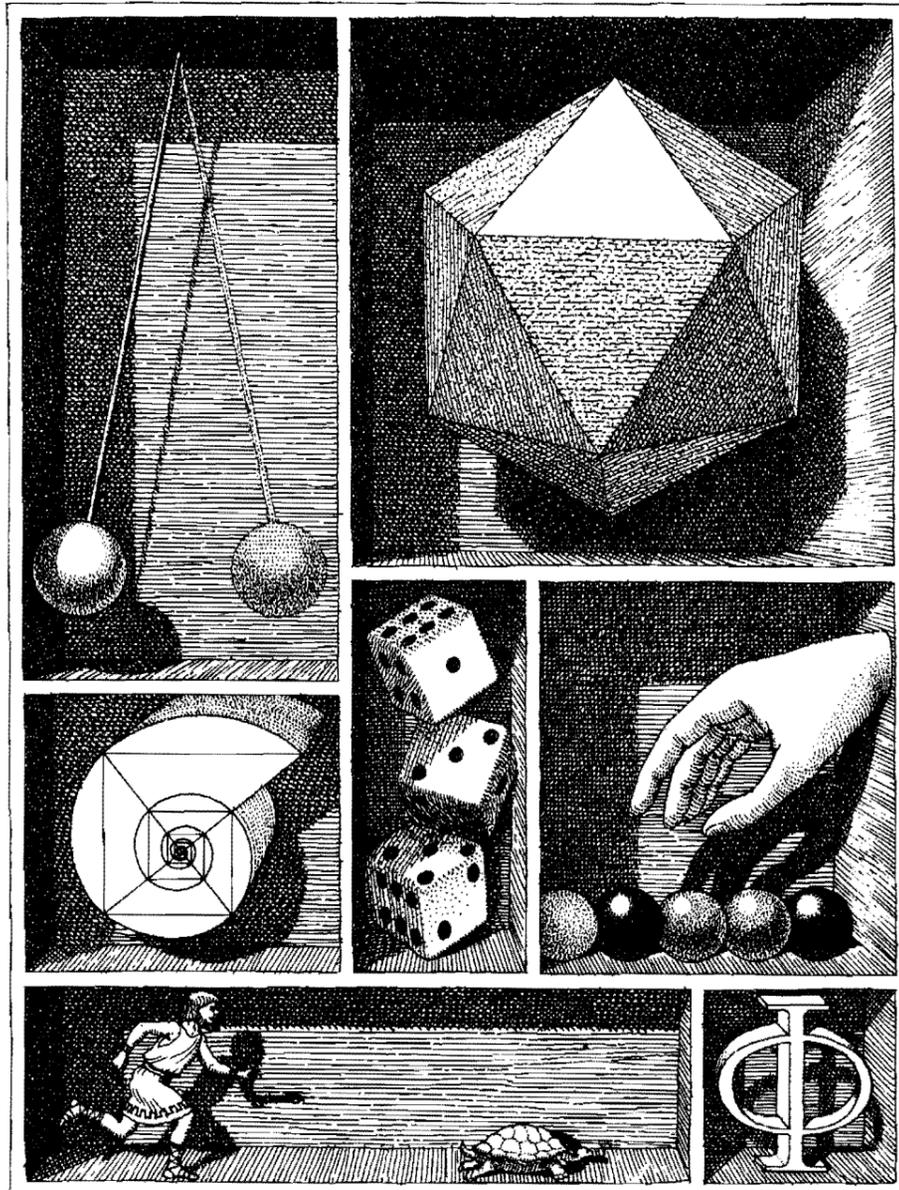
d) Estimular un desarrollo de la actividad matemática en libertad, no por compulsión, tratando de deshacernos de los muchos prejuicios infundados hondamente arraigados entre tantos niños y adultos en nuestra civilización.

¿A quién debería ser dirigida la popularización?

Al público en general. Evitando tecnicismos deberíamos tratar de transmitir en cuanto sea posible el impacto y los métodos del pensamiento matemático acerca de algunos temas especiales. Las biografías de los matemáticos pasados y más actuales. Aplicaciones, ideas, hechos que deberían formar parte de la cultura como el desarrollo de la concepción de estructura científica entre los pitagóricos, el desarrollo del cálculo infinitesimal, el sentido, en relación con la comprensión de los misterios de la mente humana, de algunos de los modernos desarrollos de la matemática.

A los más jóvenes. Con una sensibilidad correcta de sus posibles intereses y motivaciones alrededor de este tema. Por aquellos que saben cómo comunicarse con ellos para transmitirles su entusiasmo. A través de exposiciones, competiciones, juegos...

A los estudiantes de educación secundaria. Con los aspectos más importantes de la historia, la evolución y las aplicaciones de cada uno de los temas con los que se les pone en contacto. A través de las biografías de los hombres y mujeres más importantes de las



FRANCISCO SOLÉ



Viene de la página anterior



matemáticas, mediante una presentación adecuada de los impactos culturales de la matemática a lo largo de la historia de la humanidad.

A los otros profesionales dentro y fuera del mundo académico. Existe una multitud de aspectos de la matemática que tal vez ellos no usan actualmente en su propio trabajo, pero que podrían arrojar nuevas luces sobre su forma de arrostrar los problemas propios de su ocupación. Muchas de las soluciones más creativas provienen de la aproximación a los problemas de un campo con las herramientas de otro distinto.

A los profesionales de las matemáticas. El desarrollo de la matemática es tan intenso que es rara la persona que pueda entender el lenguaje de dos o tres de los muchos campos actuales de la matemática. También los matemáticos formados en un cierto campo necesitamos que alguien nos explique con un lenguaje adecuado las ideas que van teniendo más éxito en otros campos vecinos y no vecinos, con la convicción de que tales ideas, por razón de la unidad en lo profundo de la matemática, puedan sernos de utilidad para una comprensión más penetrante del propio campo en que trabajamos.

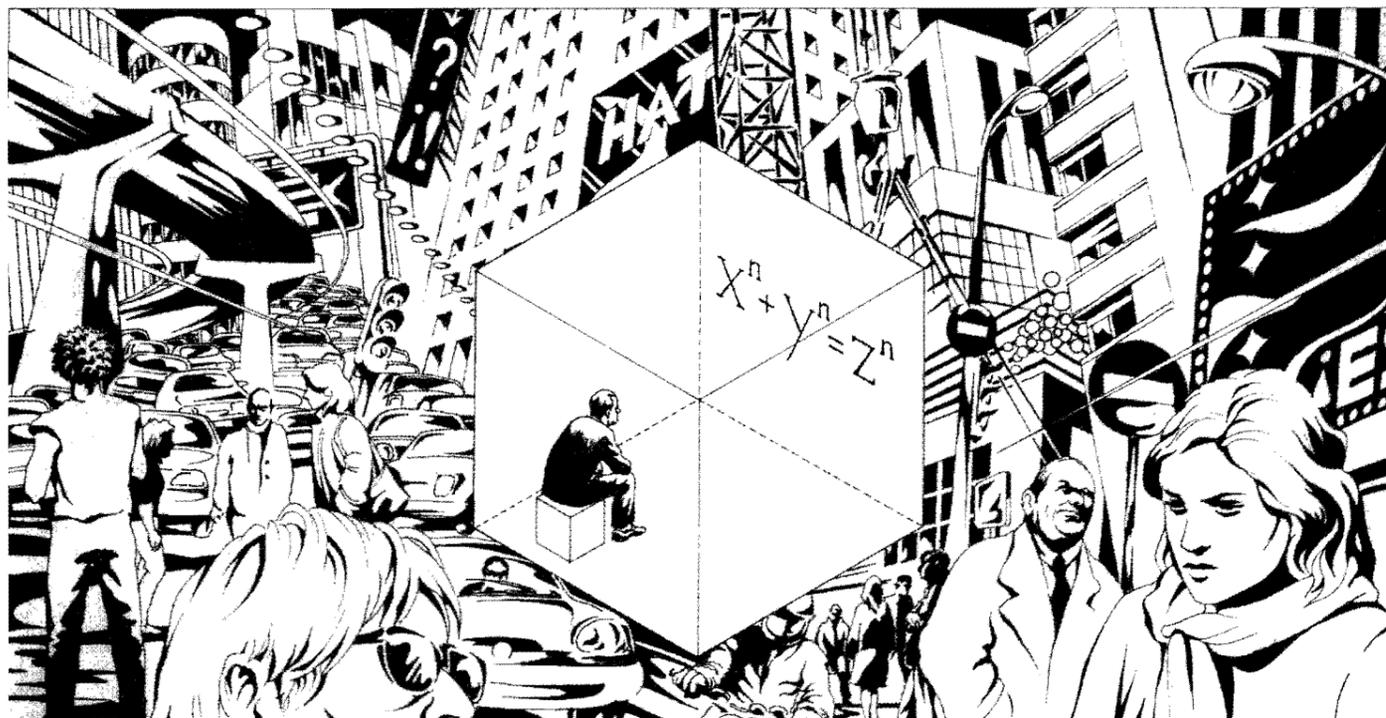
¿Cómo debería ser una buena divulgación de la matemática hoy?

Los potentes medios de comunicación que están hoy día a nuestra disposición abren un sinfín de posibilidades. La matemática, que es mucho más un quehacer, es decir, un saber de método, que un mero saber de contenidos, se presta muy bien a un tratamiento interactivo a todos los niveles a través de los diversos recursos informáticos (programas de cálculo simbólico, presentaciones interactivas en el ordenador, en internet, etc...) y audiovisuales (vídeo, televisión...) que apenas hemos comenzado a explotar.

Los grandes expertos en comunicación matemática que lograron hacer proezas con los medios tradicionales nos pueden servir de modelos para explorar cuáles son las formas adecuadas de proceder al aplicar su experiencia con las nuevas herramientas a nuestra disposición. ¿Se pueden detectar algunas características que hayan influido especialmente para que obras tales como las de Gardner, Rademacher, Toeplitz, Steinhilber, Courant-Robbins, Kline, Davis-Hersh... hayan sido tan leídas e influyentes en un pasado reciente?

Yo me atrevería a señalar unos cuantos rasgos comunes presentes de una forma u otra en las obras de estos grandes expositores de la matemática:

- a) Genuino interés y entusiasmo en la tarea de comunicación, con la convicción profunda de su importancia y de su atractivo.
- b) Selección cuidadosa de temas por su belleza, por su profundidad, por su cercanía, por su posible aplicabilidad, por sus consecuencias interesantes y actuales en el mundo real, en las ciencias, por su importancia histórica, por su atractivo lúdico...
- c) Asequibilidad para el lector particular a quien el autor se dirige, colocándose en su mismo plano, aludiendo a lo que el lector ya sabe, sin tecnicismos inadecuados, sin guiños sólo inteligibles para el experto, huyendo de la pompa y de la solemnidad, con un lenguaje simple, directo y agradable.
- d) Interactividad con el lector, de manera que éste, con lo que va entendiendo, pueda ya entrar él mismo en el juego de manera activa, si se lo propone.
- e) Énfasis en el interés humano por los temas y su desarrollo, por los personajes que han intervenido y están interviniendo en ellos,



FRANCISCO SOLÉ

por las consecuencias que para la realidad del propio lector pueden tener.

¿Y qué está sucediendo en las ciencias matemáticas?

Los tres fascículos de Barry Cipra constituyen un indudable acierto expositivo en donde se ponen de manifiesto bien claramente muchas de las cualidades mencionadas arriba. He aquí una breve descripción de dos de los temas tratados en el tercer fascículo, que puede dar una idea bien significativa del tipo de trabajo expositivo que se presenta:

«Fermat's Theorem, At Last!» (El teorema de Fermat, ¡por fin!).

Como todo el mundo tuvo ocasión de enterarse por los titulares de los periódicos, en junio de 1993 el matemático Andrew Wiles presentó en Cambridge, Inglaterra, una demostración de la conjetura de Fermat, formulada hace tres siglos y medio: «No existen tres enteros positivos x, y, z , tales que, para algún entero n mayor que 2, verifiquen la ecuación $x^n + y^n = z^n$ ». Como muchos que han seguido con algún interés este asunto saben, tal demostración resultó tener una seria laguna, una afirmación no probada, que la hacía incompleta. La conjetura no estaba demostrada. Había expertos que opinaban que la demostración del eslabón que faltaba bien podría llevar otros tres siglos. Tras un período de intenso trabajo en colaboración con Richard Taylor, en 1995 apareció por fin publicado, en la revista *Annals of Mathematics*, lo que ahora consideran los expertos una demostración válida de lo que ya, por fin, podemos llamar teorema de Fermat.

Es verdad que la comprensión cabal de las matemáticas involucradas en la demostración del teorema es algo que sólo está al alcance de las personas especializadas en el tema. Pero el aura que envuelve el teorema y su historia, la influencia que ha tenido en el desarrollo de no pocos aspectos del álgebra moderna, la emoción intensa de las últimas etapas del ascenso hasta la cumbre, la transmisión de las vivencias personales del mismo Andrew Wiles alrededor de lo que ha constituido el centro de toda su vida matemática y de sus arduos esfuerzos en los últimos años..., son aspectos que todo el mundo puede percibir y que Barry Cipra ha sabido plasmar con acierto en este artículo de una docena de páginas. Para

quienes quieren adentrarse un poco más en algunos de los aspectos matemáticos más importantes, el artículo ofrece también una visión, asequible para los no especializados, de las ideas relativas a las últimas etapas de la investigación en torno al problema, como los desarrollos alrededor de la conjetura de Taniyama-Shimura, formulada ya en los años 1950, que ha sido la clave del éxito de Wiles.

«Computer Science Discovers DNA» (Las ciencias de la computación descubren el DNA).

En mayo de 1994 Leonard Adleman, de la Universidad de California del Sur, presentaba en una conferencia en el MIT la solución que había obtenido de un caso sencillo de un problema bien clásico de la teoría de grafos. Un grafo es un conjunto finito de puntos (vértices) en el plano y un conjunto de curvas (arcos) en el mismo plano, cada arco uniendo dos vértices del grafo. No necesariamente todos los vértices están unidos por arcos y puede haber varios arcos distintos uniendo los mismos vértices. El problema de Hamilton es el siguiente: en un grafo se señalan dos vértices y se pide, si es posible, construir un camino (sucesión de arcos) que vaya de uno de esos vértices al otro pasando una sola vez por cada uno de ciertos vértices prefijados del grafo.

El interés de la solución de Adleman para un caso particular bien sencillo del problema de Hamilton consistía en que había sido obtenida poniendo a trabajar durante una semana en un tubo de ensayo una colección de fibras de DNA, aprovechando las formas en que se enlazan las unidades A, C,

G, T de nucleótidos. Mediante una selección y manipulación adecuada de las fibras de DNA había logrado modelizar el problema, y a continuación las interacciones propias del DNA se habían encargado de proporcionar la solución. Lo que se pretendía demostrar con este ensayo es la posibilidad de conseguir en un futuro tal vez no muy lejano un computador biológico que, gracias a la posibilidad que ofrece la interacción espontánea de muchos billones de elementos moleculares, permita arrostrar problemas que hoy día, como sucede con el famoso problema del viajante, que en realidad es un caso complicado del problema de Hamilton, resultan intratables mediante los actuales computadores electrónicos.

Cipra pone aquí de nuevo al alcance del no especialista las ideas básicas del experimento de Adleman, la interacción propia entre los protagonistas de su desarrollo, las perspectivas de este incipiente e intrigante avance de la ciencia actual, aprovechando para subrayar los aspectos de interdisciplinariedad presentes en él, tan característicos de la investigación moderna.

La habilidad de Cipra para conducir al lector de modo ameno y agradable a través de los más recientes logros de la actividad matemática y de sus aplicaciones hacen de esta pequeña obra (30 ensayos expositivos independientes) un magnífico ejemplo de buena divulgación matemática y un instrumento muy recomendable para quienes quieran informarse y hacerse capaces de informar a otros sobre aspectos de la matemática actual que van abriendo caminos de desarrollo hacia el futuro. □

RESUMEN

Desde hace años, la American Mathematical Society procura que la sociedad perciba con claridad el lugar que la matemática ocupa en el desarrollo de la cultura, y para ello edita anualmente unos fascículos con los resultados

más recientes de la investigación matemática destinados a un público no especializado. Miguel de Guzmán se ocupa de alguna de estas publicaciones para subrayar las relaciones, cada vez más estrechas, entre sociedad y matemáticas.

Barry Cipra

What's Happening in the Mathematical Sciences

American Mathematical Society, Providence, Rhode Island. I: 1993, 49 páginas, 7 dólares, ISBN: 0-8218-8998-0; II: 1994, 53 páginas, 8 dólares, ISBN: 0-8218-8998-2; III: 1995-1996, VI+113 páginas, 12 dólares, ISBN: 0-8218-0355-7.

La guerra como tragedia

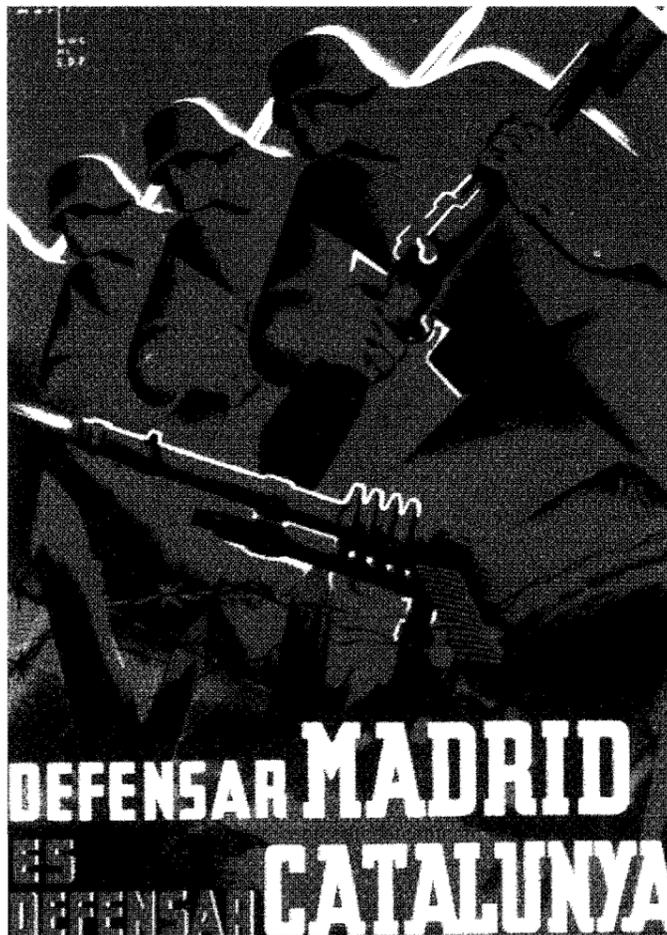
Por Francisco Rubio Llorente

Francisco Rubio Llorente (Berlenga, Badajoz, 1930) es catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense de Madrid, habiéndolo sido antes de la Universidad Central de Venezuela. Ocupó, entre 1977 y 1979, la Secretaría General de las Cortes y fue nombrado, en 1980, magistrado del Tribunal Constitucional. Su obra teórica está dispersa en revistas especializadas, libros colectivos y estudios introductorios.

La idea de que la clave de nuestra transición política se encuentra en la preocupación obsesiva por evitar que volviera a repetirse la tragedia de la guerra es una idea generalizada y poco discutible. El interés del libro no está por eso en ella, sino en el camino seguido para demostrarla, que se lleva a cabo en un doble plano. De un lado, el de la teoría sociológica, intentando situar el caso español en el seno de una concepción general del proceso de formación de la memoria colectiva y de los mecanismos mediante los que esa memoria se activa en determinados momentos de la vida de la sociedad. Del otro, en el análisis concreto de los instrumentos mediante los que el franquismo intentó crear y mantener una determinada memoria de la guerra «de liberación».

Un intento en parte fracasado y en parte, también, abandonado. En qué medida lo uno y en cuál lo otro, es cosa que, me parece, no queda del todo clara en el libro. La autora afirma reiteradamente que la historia no es indefinidamente maleable, que la verdad termina por imponerse y que la versión oficial de la guerra que no se quería calificar de civil no logró nunca desplazar por entero las versiones distintas que se difundían por otras vías, incluso, claro está, a través de la familia. Pero también explica, en un análisis largo y detallado, que la versión oficial fue cambiando a lo largo de los años; la versión «heroica» de los primeros tiempos fue poco a poco abandonada, para ser sustituida por una versión simplemente trágica, a medida que el esfuerzo del régimen por afirmar su legitimidad de origen dejó paso a su enérgica afirmación de una «legitimidad de ejercicio». Esta segunda «memoria oficial» de la guerra, que ya era civil, no estaba muy distante, al menos en cuanto a sus efectos prácticos, de la memoria «no oficial», de manera que las generaciones que hicieron la transición operaban ya de hecho con una memoria «unificada»: la de la guerra como tragedia a evitar a toda costa.

La guerra, desde luego, pero quizás no sólo ella; también el régimen que la precedió y que desembocó en su estallido. El libro pretende estudiar, como su título indica, la memoria de la guerra civil, los símbolos utilizados para hacerla pervivir y conformarla en un determinado sentido, el uso que de ella se hizo en los medios de comunicación de masas (por cierto, ¿por qué esa atención minuciosa al NO-DO y ese olvido absoluto de la prensa?) y en los libros de texto (que también, por cierto, no eran sólo los de «forma-



UNIDAS SIN DISTINCION DE CLASES

ción del espíritu nacional»; véase *El florido pensil*); pero el capítulo tercero, al estudiar las lecciones que de ella se extrajeron para asegurar la paz, parece evidenciar que esas lecciones se extrajeron sobre todo de la Segunda República como modelo negativo. Yo no estoy seguro de que fuera el deseo de distanciarse del modelo republicano el que llevó a los constituyentes a la forma monárquica, al bicameralismo y al sistema electoral proporcional, pero sí coincido con la autora en que para todos ellos, con muy pocas excepciones, la democracia de la Segunda República fue una democracia muy defectuosa. Permítaseme recordar, en apoyo de esta opinión, una frase de Santiago Carrillo que me parece expresiva y que seguramente ha

repetido en otras ocasiones, pero que traigo aquí como anécdota personal.

En algún momento de 1978, en un alto de una sesión de la Junta de Portavoces del Congreso de los Diputados en la que había habido una discusión bastante idiota, y como respuesta a una impertinente pregunta mía sobre la proporción relativa de tontos en las Cortes de la República y en las de aquel entonces, me dijo con el tono campanudo que lo caracteriza: «Mire usted, Rubio, yo no sé si entonces había más o menos que ahora, porque tontos hay siempre muchos en todas partes, pero en lo esencial, estas Cortes son muy superiores a aquéllas. Si Largo Caballero y Calvo Sotelo se hubieran hablado con el respeto con el que nos hablamos el señor Fraga y yo, los españoles nos habríamos ahorrado muchos sufrimientos».

La memoria de la guerra civil es indisoluble de la de la República y probablemente ambas han sufrido la misma evolución, el mismo proceso de desmitificación. En buena medida, claro está, simplemente por obra del tiempo. La transición política española fue,

cabe decir, una transición biológica, no sólo porque se produce tras la muerte del dictador, sino porque, en parte como consecuencia de la longevidad de éste y en parte como resultado de una deliberada política de apartamiento de las generaciones que todavía tenían un recuerdo personal y por eso escindido y no desmitificado, de la República y de la Guerra (un aspecto quizás descuidado en el libro), fue protagonizada por quienes tenían ya una «memoria» común y realista de la una y de la otra y podían, en consecuencia, mirarlas con distanciamiento.

Un distanciamiento que era suficiente para no sentir el odio cainita de los contendientes, pero que no era tan grande que ignorase su existencia y la posibilidad de que renaciese. De ahí el temor al enfrentamiento y la obsesión por la concordia; la disposición a olvidar y a aceptar soluciones que, para salvar susceptibilidades de los unos o de los otros, creaban ambigüedades. Sólo por estupidez o por maldad puede hacerse, sin embargo, la crítica de esos olvidos o de esas fórmulas mediocres en nombre de los principios puros, sin poner en la balanza el riesgo que una «política de principios» hubiera creado. Lo malo es que, como el libro de Paloma Aguilar demuestra, no es el pasado, sino el presente, el que determina el contenido de las lecciones que extraemos de la historia, y a veces se tiene la impresión de que el que hoy vivimos está sacando otras. En estos tiempos de «segunda transición» conviene recordar que las bases sobre las que se asentó la primera no pueden ser desdeñadas si no queremos «volver a las andadas».

RESUMEN

Rubio Llorente analiza un libro que estudia la memoria de la guerra civil, cómo se moldeó ésta desde el bando vencedor y cómo aquélla acabó indisoluble de la memoria de la República y cómo, al final, la transición política fue también una transición biológica,

apartándose de ella deliberadamente a toda una generación que había vivido aquella época y dando paso a una generación que tenía ya una «memoria» común y realista de lo que fue la guerra civil y podían, por tanto, mirarla con distanciamiento y superarla.

Paloma Aguilar Fernández

Memoria y olvido de la Guerra Civil española

Alianza Editorial, Madrid, 1996. 435 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-206-9468-1.

En el próximo número

Artículos de Manuel Alvar, Ángel Fernández-Santos, José Luis Pinillos, Olegario González de Cardedal, Miguel Ángel Alario, Gonzalo Anes y Javier Tusell.

De las cosas y de las palabras

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) ha sido catedrático de universidad y director de la Real Academia Española, de la que sigue siendo miembro. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los *Atlas Lingüísticos del Español*.

No olvidemos un hecho fundamental: Emma Martinell es lingüista. Su mente está estructurada de una determinada manera y al analizar unos textos contemporáneos procede con el rigor y la exactitud con que se orientaría por los viejos documentos. Esto es necesario para entender este libro: la creación de un corpus, su ordenación, el establecimiento de constelaciones homogéneas de significados, las conclusiones que de todo ello extrae. No cabe duda que el proceder condiciona un trabajo y lo lleva a un fin convincente para el lector. ¿Suficiente? Creo que no, porque el rigor hace que la autora llegue de arribada a otras conclusiones: digamos rendimiento textual, rendimiento narrativo, alusiones, etc. Pero de todo ello tendré que hablar. Dejemos planteadas así las cosas porque el todo se asienta en un despiadado despojo que deja a la investigación en un mundo taxonómico en el que las piezas se acumulan para que sepamos por qué las cosas han sido así y por qué no han podido ser de otra manera.

Yo pienso en algo marginal y protohistórico. Todos admiramos a Carmiña Martín Gaité, pero no todos saben un pequeño y perdido secreto. La novelista insigne empezó ejercitándose de filóloga. Soy un par de años mayor que ella y fue alumna mía en una clase de literatura italiana en la Universidad de Salamanca (que los dioses me perdonen); de esto no ha quedado más que una fotografía, de otras cosas no: un día Carmen Martín Gaité, a mí, estudiante mesteroso, me trajo un ramo de lilas: compuse mi cuadro: flores, lentes, libros y con una tosca máquina de retratar (sólo cinco minutos de exposición) hice mi fotografía. Cuarenta años después la novelista me la trajo y ahí la guardo, entre mis bellos recuerdos de unos años felices. Pero no quería hablar de esto, sino de la filóloga Carmen



TINO GATAGÁN

Martín Gaité. Acabó la carrera y la veo sentada en el Seminario de Lingüística Románica (chaqueta azul con un escudo universitario, pañuelo vagaroso que se escapaba de un chaleco blanco) y rodeada de miles de papeletas: había despojado los tres tomos de las *Canciones de Amigo* de J.J. Nunes y trataba de poner en orden el léxico de aquellos viejos trovadores. Me pregunto: ¿no estaba allí la premonición de lo que Emma ha hecho con sus novelas? Porque tenemos ahora miles de fichas ordenadas con un criterio científico, y vuelvo a preguntarme: ¿en los relatos de la novelista, no subyace la formación científica que un día adquirió y que le ha ido reafirmando consciente o inconscientemente a lo largo de una carrera ejemplar? Porque no sé si Emma hubiera podido hacer su obra, así, como ahora es, de no haber tenido Carmen una mente rígidamente organizada para captar la realidad y los devíos que la hacen ser de una manera muy precisa.

Porque en este libro tenemos un vocabulario que se nos da en un orden que no es otro que el que signaría cualquier tratadista de lexicografía: las relaciones de la palabra y el contenido al que representa. Resulta entonces que la semántica no es únicamente lo que pretendemos descubrir, sino un mundo simbólico que trasciende de cualquier apariencia que puede ser falaz, o, cuando menos, vaga e imprecisa. Que tal tipo de investigaciones rebasa con mucho la propia apariencia es evidente. Y si no ahí están esas antinomias que ha establecido Emma Martinell: dentro / fuera, exteriores / interiores, luz / oscuridad, persona / objeto, real / irreal, sueño / vigilia, etc. Que no es éste todo el arte de Carmiña Martín Gaité es evidente, pero sin la serie de antinomias jamás lo entenderíamos. Resulta entonces, que los elementos más triviales tantas veces están trascendidos y se encuadran dentro de una teoría totalmente nueva de valores: ya no estamos ante una estilística tradicional, sino como explicación de los hechos sociales. Y aquí, sí, los hallazgos de Emma me parece que explican muy bien el arte de Carmen.

Teoría de significados

Partamos de una cualquiera de las antinomias que he anotado, dentro / fuera. Inmediatamente vemos que se enlazan con otras también apuntadas: exteriores / interiores, luz / oscuridad o, incluso, real / irreal, sueño / vigilia. Muy lejos de cualquier propósito se han creado unas correspondencias

o, si se prefiere, una teoría de significados en torno a ese dentro / fuera que asociamos a todas las otras parejas de opuestos que –sin carácter deliberado– nos han asaltado en nuestra enumeración. Teoría de signos que vienen a crear una constelación de satélites en torno a una idea. Porque dentro / fuera en el mundo doméstico que nos movemos es una oposición marcada por el objeto que la determina. Sustancialmente, es puerta porque ventana, visillo o cualquier otro elemento que ayude a la separación no es otra cosa que variante formal de una idea claramente establecida. Pero lo que resulta sorprendente es que si abro un Diccionario de los símbolos, el de Chevalier-Gheerbrant, por ejemplo, en la primera acepción de la palabra 'puerta' se nos dice: «la puerta simboliza el lugar de paso entre dos estados, entre dos mundos, lo conocido y lo desconocido, la luz y las tinieblas, el tesoro y la necesidad. La puerta se abre a un misterio. Pero tiene un valor dinámico, psicológico, pues no solamente indica un pasaje, sino que invita a atravesarlo. Es la invitación al viaje hacia un más allá». Creo que no hace falta forzar las cosas: son éstos los atributos que yo encuentro en la teoría de opuestos de Emma Martinell, que no es otra cosa que decir en los relatos de Carmen Martín Gaité. Después de esto nos podrán hablar de cuanto se quiera: de los pórticos catedralicios, los torana hindúes, las ciudades Khmers, los torii japoneses. Todo ello no es sino el descubrimiento del espíritu humano, tal y como se encuentra en los hallazgos de estas dos mujeres que tenemos cerca de nosotros. No hace falta perseguir interpretaciones cósmicas: la realidad se ha conformado con algo tan concreto y real como pueda ser una puerta, pero que se ha enunciado en los relatos de una novelista nuestra y en el hallazgo de una investigadora no menos nuestra.

La riqueza descriptiva

Sin querer hemos llegado a un mundo (y quítese toda solemnidad a la palabra) en el que las cosas se ordenan conforme a una distribución obligada por los propios objetos: «trataremos de esbozar varias explicaciones de la riqueza descriptiva de los textos de Carmen Martín Gaité, que se plasma en la profusión de referencias a las habitaciones, a la distribución en ellas de los muebles y de los objetos. Más que explicaciones, reconocemos técnicas narrativas apoyadas en tales menciones descriptivas». No cabe claridad mayor. Como en una galaxia, miles de estrellas o de fragmentos apenas perceptibles están dentro de unas órbitas que las mantienen unidos y que hacen que el todo sea el mundo válido, no la taxonomía que practiquemos con cada objeto.

Para mí lo sorprendente son los hallazgos que en cadena se vienen manifestando.



En este número

Artículos de			
Manuel Alvar	1-2	Miguel Ángel Alario	8-9
Ángel Fernández-Santos	3	Gonzalo Anes	10-11
José Luis Pinillos	4-5	Javier Tusell	12
O. González de Cardenal	6-7		

SUMARIO en página 2



De las cosas y de las palabras

Porque se nos habla del «rendimiento textual de las referencias» y esto no es sino resultado de unas manifestaciones capaces de convertirse en teoría. Leo estas páginas y descubro las que Georges Matoré dedicó a *La méthode en lexicologie*, o las de R. L. Wagner en *Les vocabulaires français*, o las de A.-J. Greimas en *La sémantique structurale*. No importa tanto lo que dice cada uno de estos libros como el hallazgo de unas actitudes que son técnicas. Desde unos tiempos que ya van siendo lejanos, Trier y Van Wartburg pusieron sobre el tapete la teoría de los campos semánticos, es lo que Emma ha practicado y lo que Carmen le ha servido con reiteración. Pero, a pesar de cuantas protestas se formulen, en el fondo aparecerá la estilística o modo personal de articular el lenguaje. Idealismo de Vossler y de Spitzer. Ciertamente. Pero si tenemos en cuenta «el rendimiento textual de las piezas léxicas que se refieren a objetos muebles y habitaciones» se obtienen unos resultados muy claros:

1. La presencia de términos próximos.
2. Transformación de los objetos.
3. Vitalización de los objetos.
4. Acumulación enumerativa de referencias.

De algún modo hemos llegado a una teoría que pudiéramos llamar idealismo. Porque en un plano estrictamente teórico Vossler y Spitzer fueron los grandes maestros de la escuela, pero Meriger o Schuchardt con sus palabras y cosas también fueron vislumbrados como idealistas. Cuanto más estos resultados a los que llegan Martinell-Martín Gaité que nos ofrecen un mundo trascendido en el que la novelista está «como de pasada en todos los personajes» de su obra «sin estar biográficamente retratada en ninguno de ellos».

Rigor del método

Enfrentarse con un mundo novelesco es un atrevimiento que cambia mil veces de presencia, lo que es una aventura y un riesgo. Pero frente a tanta y tanta crítica subjetiva, la que Emma Martinell ha practicado tiene un implacable rigor y es, para mí, el único camino para llegar a resultados ciertos. Labor ascética, no lo dudo; sin embargo, la única válida. Decía Maurice Coyaud que «el gran defecto de los teóricos actuales en lingüística es su falta de información sobre la lengua concreta». Traslademos la afirmación al campo de la crítica literaria y podríamos decir lo mismo: nos falta rigor en los planteamientos y seguridad en los resultados. Por eso, lo que Emma Martinell ha hecho ha sido establecer las palabras-clave de la escritora y establecer una teoría de significantes. Éste es el primer paso; luego viene el descubrimiento de los significados que subyacen más allá de las apariencias. Más o menos lo que hicieron lingüistas de la escuela del lenguaje documental que, en los códigos léxicos, han llegado a establecer un lenguaje hipermotivado: así la palabra teléfono cabe en varias codificaciones diferentes; digamos aparato, electricidad, transmisión, información. Son cuatro factores semánticos afectados por relaciones que los unen al concepto total que expresa teléfono. Estamos en un camino al que ha llegado Emma Martinell sin tener más guía que la lógica de ordenar aquel mundo de

signos que la novelista le ha facilitado. Las conclusiones también son válidas en su organización por cuanto lo que se ha hecho es ni más ni menos que llegar a esa lexicología social de Matoré que debe «aportar en un sector de las humanidades –especialmente mal delimitado y mal explorado– un método especial, capaz de desempeñar un papel y cuyo interés los filósofos e historiadores de las ciencias (Bachelard, Ducassé) han sido los primeros en descubrir».

El arte de una novelista

El análisis de un libro científico nos ha descubierto el carácter hondamente estructurado del arte de una novelista. Que éste no es el único procedimiento para aplicarlo me parece evidente, pero –evidentemente, también– que nos facilita recursos objetivos y materiales para que sigamos perfeccionando nuestros análisis. Leo las páginas y veo el relieve que tienen gestos apenas percibidos, pero que significan mucho en el arte de los relatos. Simbólicamente, nada como la aparición de tantos y tantos espejos como van acompañándonos en las páginas de Carmen Martín Gaité; desde un realismo eficaz los elementos de apariencia asignificativa, pero que tanto valen para descubrir la conducta del personaje. Creo que nada comparable a ese hallazgo de las medias con las que una mujer se delata: la costura torcida, la imagen de abandono o dejadez que pueden ofrecernos. Mínimos motivos, pero hondas observaciones que se instalan en un mundo poblado de «cosas» y de la intención que en cada una de ellas encontramos los

lectores. Es entonces cuando descubrimos cuán lejos –o cuán cerca– está Martín Gaité del realismo social, de la literatura fantástica, del realismo trascendido, del psicoanálisis, etc. Es todo eso, pero si sólo fuera eso nos quedaríamos en enunciados tan triviales como decir que es una escritora de la postguerra o de la denuncia de la condición de la mujer en España. Prefiero adueñarme de otras cosas: las que este libro descubre, el hallazgo de los motivos que hacen arte a la obra que de otro modo apenas sí pasaría de ser literatura. Que también la crítica, en sus muchos riesgos, tiene no pocas posibilidades de acierto. Se me dirá si no encuentro elementos negativos. No lo sé. Me quedo al margen de tantas ubicaciones, de algún constatado y de poquísimas cosas más. A mí no me gustan, pero ¿esto es algo en el mar que se nos ha descubierto?

Conclusión

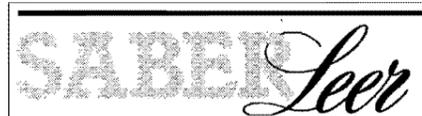
Emma Martinell ha escrito de lo que sabe, y sabe mucho. Ahí quedan trabajos como *Un aspecto de la técnica presentativa de Carmen Martín Gaité*, o «*El cuarto de atrás*»: un mundo de objetos o *Isidora Rufeta (La desheredada) a través del entorno inanimado*, o los prólogos a *Desde la ventana* o *Retahílas*, o la organización de la obra colectiva *Hilo a la cometa. La visión, la memoria y el sueño*. Baste ya. El simple enunciado nos dice que el quehacer no se ha improvisado, sino que venía de lejos: el libro es culminación de muchos quehaceres. Lo que nos asegura la sazón del fruto que hemos gustado. □

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la **Fundación Juan March**, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Manuel Alvar comenta un ensayo de la profesora Emma Martinell quien desde su actividad profesional de filóloga se adentra, con atención, aventura y riesgo, en el mundo novelesco de la escritora Carmen Martín Gaité, que a su vez, como recuerda Alvar, realizó

estudios de filología, lo que, sin duda, ha facilitado la tarea a la autora del libro, puesto que la labor lexicográfica a la que ha sometido a las novelas de Martín Gaité se ha beneficiado de la formación filológica de la escritora.

Emma Martinell Gifre

El mundo de los objetos en la obra de Carmen Martín Gaité

Universidad de Extremadura, Cáceres, 1996. 288 páginas. 1.250 pesetas. ISBN: 84-7723-255-5.

SUMARIO

	Págs.
«De las cosas a las palabras», por Manuel Alvar, sobre <i>El mundo de los objetos en la obra de Carmen Martín Gaité</i> , de Emma Martinell Gifre	1-2
«El cine como herramienta política», por Ángel Fernández-Santos, sobre <i>La pesadilla roja</i> , de autores varios	3
«Las esquelas del postmodernismo», por José Luis Pinillos, sobre <i>The Idea of the Postmodern. A History</i> , de Hans Bertens	4-5
«Kierkegaard y el cristianismo en España», por Olegario González de Cardedal, sobre <i>Migajas filosóficas o un poco de filosofía</i> , de Sören Kierkegaard	6-7
«Vendiendo ciencia», por Miguel Ángel Alario, sobre <i>Selling Science: How the Press covers Science and Technology</i> , de Dorothy Nelkin	8-9
«Memorias de un diplomático», por Gonzalo Anes, sobre <i>Recuerdos de una vida itinerante</i> , de Luis Guillermo Perinat	10-11
«Un gran polemista intelectual», por Javier Tusell, sobre <i>Mémoires. Le voleur dans la maison vide</i> , de Jean-François Revel	12

El cine como herramienta política

Por Ángel Fernández-Santos

Ángel Fernández-Santos (Los Cerralbos, Toledo, 1934) es periodista, escritor (autor, entre otros libros, de *Más allá del Oeste*) y guionista cinematográfico (El espíritu de la colmena y El Sur, de Víctor Erice, y Madregilda y Padre nuestro, de Francisco Regueiro). Actualmente escribe la crítica de cine en el diario El País.

La conversión del lenguaje y el arte cinematográfico en herramienta política a ras de suelo, destinada a mover y promover consignas o a ilustrar ideologías, es una artimaña cuyo origen el cine debe a hombres de las vanguardias soviéticas de los años veinte. Lenin intuyó antes que ningún cineasta la posibilidad de reducción de la pantalla a arma de combate y dio alas a la idea de que el cine es, de todas las artes, la que más se presta a dejarse convertir en un instrumento utilitario de eficacia inmediata en la operatividad de la estrategia de soborno de la conciencia, inherente a toda concepción totalitaria de la sociedad.

La fórmula que acota al cine como «arte de las masas» proviene del período soviético pre-estalinista, pero tal acuñación se les escapó a sus autores de las manos y de ellas les salió una navaja de doble filo, pues el invento fue adoptado al pie de la letra por sus más encarnizados enemigos, los fascismos, y llevado a su punto de mayor contundencia por uno de ellos, el alemán, en la, al mismo tiempo tosca y sutil, brutal por astuta, idea del estratega de la propaganda nazi Josef Goebbels de que el secuestro más rápido de una convicción se produce mediante el bombardeo sostenido de imágenes sobre la conciencia emocional en que se sostiene. Tales imágenes han de ser al mismo tiempo toscas, elementales pero también nítidas, de modo que posean condición de orientadoras del instinto de supervivencia encauzado contra algo, es decir: en forma (antiartística) de anti, axioma sobre el que sigue gravitando parte sustancial de los despliegues publicitarios en las actuales sociedades de mercado.

De ahí que la consigna de elaboración de un cine anticapitalista en la Unión Soviética de los años veinte no tardase en encontrar la réplica de un cine anticomunista en la lógica del fascismo posterior. En realidad se trata de cines anticomunistas, pues no hubo uno sólo. Hubo cines anticomunistas italiano, alemán, español y, sobre todo, hubo un cine anticomunista estadounidense, el más relevante de todos y el único que, además de no proceder de una sociedad totalitaria, tuvo a su alcance medios técnicos y apoyos institucionales suficientes para desarrollar el embrión de un subgénero de películas derivadas de las convenciones de un género ya minuciosamente elaborado (el cine bélico de Hollywood, derivado de dos guerras mundiales), adaptadas y acopladas a las peculiaridades del escenario y a la lógica envilecedora de la pugna de dominio y reparto del planeta en la llamada Guerra Fría que siguió a la segunda posguerra.

Algunos grandes cineastas clásicos, alérgicos al bolchevismo, presagiaron algunos aspectos de este movimiento. Por ejemplo, Ernst Lubitsch en su célebre *Ninotchka* (junto a *Camarada X* y otros destellos antibolcheviques surgidos en el esplendor del gran Hollywood de la anteguerra), donde se burló con refinado talento del modo de vida del comunismo ruso, pero sin aspirar nunca a desencadenar un cuerpo de filmes de militancia política anticomunista. La referencia a Lubitsch abarca también a filmes posteriores de gran calidad, como *El tercer hombre*, de Carol Reed; *Unos, tres*, de Billy Wilder; *Cortina rasgada*



El senador Joseph R. McCarthy.

y *La trama* de Alfred Hitchcock; *La carta del Kremlin*, de John Huston; la popular serie *007* y su contraserie realista, que inició Martin Ritt en *El espía que surgió del frío*; y muchas más.

Éstas y otras obras destilan las ideas críticas contra el comunismo de sus directores y escritores, pero no son filmes atrapados por el prefijo privativo anti, por lo que no entran en las turbias aguas del cine convertido en anticine en que nos sumergen las páginas del libro *La pesadilla roja*. En estas páginas se afronta otro tipo de películas, argumentalmente variadas (y a veces dispares: dramas, comedias y, sobre todo, «thrillers» y ficciones científicas, casi todas centradas alrededor del pretexto argumental del peligro de invasión exterior, metáfora nacionalista que es un resorte infalible en la captura de conciencias), pero que se sostienen y uniformizan por el hecho de que fueron rodadas al dictado de consignas de enganche y planeadas alrededor de una contradicción moral y política persistente: la asunción por una sociedad democrática de un cine de tono y contenido explícitamente totalitario.

Pesadilla americana

La pesadilla roja es el recuento de esta tortuosa contradicción, reflejo de una pesadilla americana todavía no extinguida, sobre la que hoy se apilan incontables tomos de estudio, que, sin embargo, no logran limpiar las capas de polvo que siguen intactas dentro de sus bambalinas. Siempre queda algún rincón sin explorar, un punto de vista desde el que observar desde un ángulo inédito, un rincón oscuro sobre el que arrojar algo de luz, dentro de este pozo enquistado en la historia del gran cine americano: el derivado de la convulsión desencadenada en la sociedad estadounidense por la silenciosa declaración de la Guerra Fría en una franja imprecisa de tiempo situada entre 1946 y 1948.

La creación (simultánea a la de la CIA) en 1946 de un aparato institucional represor policial, político e inquisitorial, aglutinado alrededor del célebre y siniestro Comité de Actividades Antiamericanas del Senado, alcanzó el paroxismo durante los seis años (1950-55) en que estuvo bajo las órdenes directas de un político rastreador y déspota, de ideología fascista químicamente pura, el senador por Wisconsin Joseph McCarthy, que, fiel a las fuentes de donde bebía su (es un decir) pensamiento, vio en el cine la primera diana de sus sospechas y, por consi-



Fotograma de *Iván el Terrible* (1943-45) de S. M. Eisenstein.

guiente, de sus disparos; y desencadenó las dramáticas purgas que conocemos hoy como «caza de brujas» y, bajo ellas, de la subida a las pantallas de todo el mundo del rosario de películas que conforman un pintoresco capítulo del libro de Hollywood, aberrante fenómeno de traslación a la creación artística de pulsiones contraartísticas genocidas, que es lo que conforma el fondo de la selva en que este luminoso libro nos abre paso.

Es *La pesadilla roja* una investigación a cuatro voces. Cuatro voces aparentemente frías, pero en realidad llenas de una cálida lucidez beligerante: las de Antonio Montes de Oca y Eduardo Haro Tecglen que se ocupan del tronco de la cuestión: el senador McCarthy y el macarthismo en cuanto cáncer de la historia del cine estadounidense; y las de Carlos Heredero y Manuel Vázquez Montalbán, que diseccionan con precisión la variante española de este asunto: el cine anticomunista del franquismo. Y las cuatro proponen al unísono una imagen de la distorsión ideológica que degradó al arte por excelencia de este tiempo en fuente de las películas, unas balsámicas y otras insecticidas, que conforman este subgénero de cine bélico y belicista. La lectura de los cuatro estudios es un caudal riquísimo en documentación y desbroce analítico, que convierte a *La pesadilla roja* en uno de los más solventes (y los hay en número suficiente para llenar una biblioteca) trabajos con que desde ahora cuentan los estudiosos de este rincón oscuro de la intrahistoria del cine moderno.

Los ensayos de Haro Tecglen y Vázquez Montalbán, respectivamente sobre el cine promovido desde el fascismo macarthista y sobre la conversión del llamado cine de la Cruzada en cine de militancia anticomunista en la España del general Franco, son piezas admirablemente dibujadas y están escritas con una clarividencia que no oculta en sus entrelíneos pasión contra algo que todavía hoy (basta ver el filme *Independence Day*) se mantiene vivo en la mentalidad que lo hizo posible. Ambos trabajos encabezan los re-

RESUMEN

Ángel Fernández-Santos, tras recordar cómo, primero, la Revolución soviética y, después, el nazismo y el fascismo se dieron cuenta bien pronto del papel que como herramienta política podía desempeñar el cinematógrafo, centra su comentario en el período de la guerra



Humphrey Bogart y Laurent Bacall, junto a otros actores, llegan a Washington para las vistas de 1947.

corridos de Montes de Oca y Heredero por el itinerario de este fangoso reguero de celuloide, que si en España abarca una veintena escasa de largometrajes realizados entre 1950 y 1960, en Estados Unidos (y durante algunos años menos, en concreto hasta la caída de McCarthy en 1955, tras su intento de iniciar una campaña de rastreo de comunistas en el ejército de los Estados Unidos, temeridad que obligó al presidente Eisenhower a reaccionar drásticamente contra él) dio lugar a muchas decenas de filmes, algunos de ellos dirigidos por eminentes cineastas y, a veces, obras no exentas de vigor expresivo.

Es éste uno de los aspectos más turbadores de esta excrecencia cancerosa: la participación en ella de cineastas de gran salud estética y talla universal, como Elia Kazan (*Fugitivos del terror rojo*) y Samuel Fuller, una de cuyas mejores películas, *Manos peligrosas*, es minuciosamente desvelada como ejemplo de la patología política a que obedeció. Pero el libro está lejos de ser meramente un ejercicio evocador. Los buenos trabajos historiográficos indagan siempre, por lejano que sea el pretexto que los desencadena, zonas vivas del comportamiento, vigencias de fondo. La minuciosa documentación, la claridad expositiva y el vigor analítico de que hacen gala los estudios filmográficos de Heredero y Montes de Oca se alían así a las brillantes andanadas de Haro Tecglen y Vázquez Montalbán, conformando una apasionante visión cuadrangular de un asunto aun no cerrado sobre sí mismo, pues resuena no sólo en ecos residuales dentro de la vida estadounidense actual, reavivados durante los mandatos presidenciales de Ronald Reagan y George Bush y prolongados en el actual alza de la ola de conservadurismo y ultranacionalismo, sino también en la creación de muchos espectáculos cinematográficos del Hollywood de los últimos años, que sigue en deuda con pautas maniqueas cuyo origen está en el cine del macarthismo, estudiado y desmenuzado en este libro, indispensable, como todo esfuerzo de recuperación de la memoria en la corrosión del olvido hoy dominante. □

Autores varios

La pesadilla roja

Festival Internacional de Cine de San Sebastián, San Sebastián, 1996. Volumen I, 188 páginas; volumen II, 216 páginas. 1.500 pesetas. ISBN: 84-88452-07-1.

Las esquelas del postmodernismo

Por José Luis Pinillos

José Luis Pinillos (Bilbao, 1919) es catedrático emérito de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia Española, de la de Ciencias Morales y Políticas y pertenece al Colegio Libre de Eméritos. Es autor de Principios de Psicología, La mente humana, Psicopatología de la vida urbana y El corazón del laberinto.

Cuando Mark Twain leyó la noticia de su muerte le pareció exagerada. Al postmodernismo le ocurre algo por el estilo. Hace quince o veinte años aseguraron que había nacido muerto, se dijo también que era una antigüalla, un nihilismo de pacotilla, o sea, nada. Ahora, en vista de que ha fallado la profecía, hay quien piensa que es mejor ahorrarse las esquelas dando a entender, sin decirlo, que estamos ya en un tiempo post-postmoderno. En todo caso, es cierto que últimamente aparecen libros y se convocan reuniones para hablar de lo que pasa después del postmodernismo, «after the postmodernism».

La cuestión tiene interés por razones que van más allá de lo anecdótico. Lo de menos es que, a pesar de las esquelas, el postmodernismo siga en pie y continúe lanzando dardos al proyecto de la modernidad. Lo que importa es que la crítica postmoderna a la modernidad resulta ininteligible si no se lee al trasluz de la historia.

Por lo pronto, conviene refrescar la memoria de quienes creen que el postmodernismo es un desvarío que surge en los años ochenta. Sin remontarnos a algún que otro brote esporádico que se da en el siglo XIX —Schelling, por ejemplo, se refiere a una iglesia postmoderna— y a principios de éste, el postmodernismo comienza a dar señales de vida bastante antes de lo que acostumbra a decirse. En 1934, Federico de Onís habla de un postmodernismo poético que aparece en 1909 como reacción al modernismo de Rubén Darío, a la vez que asocia el modernismo a la profunda crisis histórica en que, a su juicio, ha entrado Occidente. En los países de habla inglesa, sobre todo en Estados Unidos, el postmodernismo empieza a moverse a partir de los años cuarenta. En 1942, un profesor de literatura llamado H. R. Hay se refiere al postmodernismo de un poeta mejicano, Enrique González Martínez, en unos términos similares a los descritos por Federico de Onís. Muy poco después, y en relación con el arte, se manifiesta Bernard Smith, a propósito de

un Arte que llama Post-Bizantino, y también del Arte Post-Modernista de los años cuarenta. También en 1945 hay un arquitecto, Joseph Hundnut, que alude a la vivienda postmoderna, aunque sólo de pasada.

1947 es el año en que Arnold Toynbee utiliza por primera vez la expresión «Post-Modern Age». La emplea en un sentido histórico amplio, para designar el período que ha sucedido a la Edad Moderna. Este período se caracterizará, piensa Toynbee, por unos rasgos que no difieren demasiado de los que hoy se atribuyen a la postmodernidad. En las dos décadas siguientes, a la par que se produce el enfrentamiento de la cultura de masas y de la contracultura con el elitismo modernista, el postmodernismo extiende su campo de acción hasta invadir el terreno de las ciencias sociales. Charles Olson, Peter Drucker, Wright Mills, Irving Howe, Harry Levin, Thomas Pynchon, Susan Sontag o Leslie Fiedler, o Carlos Bousoño entre nosotros, son algunos de los nombres significativos de esta etapa. Finalmente, en los años 70, William Spanos, pero sobre todo Ihab Hassan hacen una presentación global del postmodernismo, entendido como visión del mundo, al mismo tiempo que el postestructuralismo francés —Foucault, Derrida, Bataille— desestabiliza el significado de las palabras y allana así el camino del postmodernismo europeo en su lucha contra el modernismo.

En pie de guerra

De todos modos, la confrontación del postmodernismo con la modernidad no pasa a mayores hasta que Jean-François Lyotard, un filósofo marxista pasado por el postestructuralismo, cuestiona a fondo el gran relato emancipador con el que la Ilustración había legitimado su proyecto de modernidad. Es entonces, a raíz de que Lyotard publica en París *La condición postmoderna* (1979), cuando el filósofo alemán Jürgen Habermas, que ha percibido el alcance de la crítica de su colega francés, va a dar la voz de alarma y a poner en pie de guerra el pensamiento neoilustrado.

En efecto, con motivo de la recepción del Premio Adorno en 1980, Habermas pronuncia un discurso en el que hace una crítica muy dura del postmodernismo y sus aliados. Entre otras cosas, Habermas se deja decir que el postmodernismo es un movimiento anarquista que busca, como los neoconservadores, el fin de la Ilustración. Habermas sugirió además que tanto el postmodernismo francés como

el alemán eran movimientos alineables con el fascismo y, por último, advirtió que, bajo esa cobertura postilustrada, era posible que sólo se ocultara la complicidad con una tradición contrailustrada ya venerable.

Las admoniciones de Habermas, que fue mordaz en algunas de sus críticas, no cayeron en saco roto. Por ejemplo, un sector de la nueva filosofía española, que para esas fechas había optado ya por la modernidad, se hizo eco del mensaje habermasiano. Hubo quien profetizó que para el año 1998, o sea, ya mismo, el postmodernismo brillaría por su ausencia. Otros señalaron que el postmodernismo llevaba escrito en su rostro la huella de un pasado reaccionario y que, en un futuro no lejano, su nombre habría que buscarlo en el fondo del baúl de los recuerdos.

Por supuesto, no todo el mundo reaccionó en este registro. Javier Sádaba, valga su ejemplo, sostuvo una posición equilibrada ante la cuestión postmoderna. Y como él, otros. Pero ello no debe hacernos olvidar, sin embargo, que a un Rubert de Ventós se le criticó porque en su estudio *De la modernidad* (1980) había acogido con excesiva complacencia ese pensamiento acrítico y viscoso que, en el fondo, era el posmodernismo. Por lo demás, el caso de Rubert de Ventós no creo que fuese una excepción, ya que a otros autores —a Jorge Lozano, por ejemplo—, me parece que les sucedió tres cuartos de lo mismo. Como quiera que fuese, el hecho es que en nuestro país el interés por el asunto decayó pronto, y el debate de la postmodernidad se superó antes de haber entrado verdaderamente en él.

En otros países menos impacientes, la querrela de modernos y postmodernos fue a más. El debate creció hasta el punto de que hoy es el día en que las publicaciones sobre temas postmodernos siguen siendo tantas que es prácticamente imposible seguir las con detenimiento. Por descontento, muchos de esos trabajos son sumamente críticos con el postmodernismo. En países como Estados Unidos, Canadá, Francia, Inglaterra o Alemania, por citar sólo unos pocos, la oposición al postmodernismo ha sido y es fuerte, pero no acostumbra a ser —aunque haya de todo— improvisada. A título de ejemplo, permítaseme recordar que el conocido crítico literario inglés Christopher Norris ha publicado al menos tres obras críticas importantes sobre el postmodernismo, especialmente en el terreno de la literatura y de la estética. Otro ejemplo bien notable es el del prestigioso intelectual americano Fredric Jameson, cuyos minuciosos trabajos sobre la ideología del postmodernismo,

que entiende como la lógica cultural del capitalismo, se han sucedido a lo largo de un decenio, sin que sus discrepancias empañaran su voluntad de comprensión.

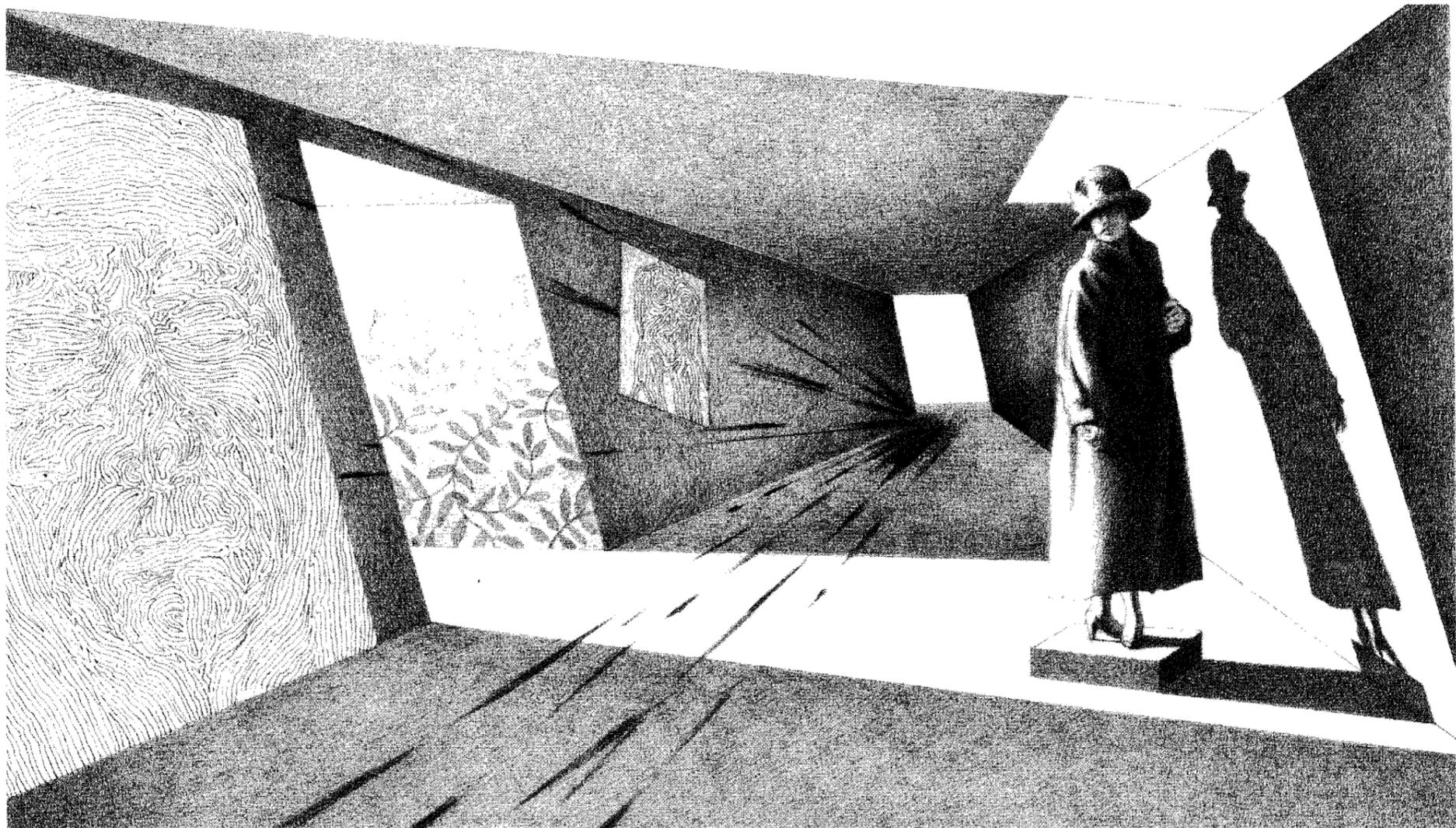
En fin, déjenme añadir que, como era de esperar, el análisis serio del problema ha ido quitando hierro a la polémica. Cabría decir que del cuerpo a cuerpo se ha pasado al tiro por elevación. La crítica al postmodernismo se realiza ahora por la vía más indirecta del balance. En otras palabras, se comienza dando por supuesto que el postmodernismo ha agotado su ciclo histórico, y que lo que procede ahora es valorar su herencia. A finales de los ochenta, John Fekete publicó un libro sobre la vida después del postmodernismo (*Life after Postmodernism*), donde hacía notar que, después de este movimiento, la sociedad se estaba distanciando de la asepsia racionalista, y aceptaba ya que los juicios de valor formaban parte de la vida humana. No mucho más tarde, en 1994, Herbert W. Simon, profesor de Retórica y Comunicación, y Michel Billig de Ciencias Sociales, editaron una obra que titularon sencillamente *Después del postmodernismo*. Su objetivo era reconstruir la ideología crítica que, al parecer, había avcriado el deconstruccionismo postmoderno. O lo que es igual, a su paso el postmodernismo había dejado huellas en la cultura moderna, cuya naturaleza era menester evaluar. Un año más tarde, otros dos profesores universitarios, Richard Smith y Philip Wexler, repitieron la suerte con una nueva publicación colectiva que llevaba idéntico título que la anterior: *After Postmodernism*.

Por lo demás, con un título igual o muy parecido a los anteriores, en los últimos años se han celebrado también reuniones y mesas redondas. Éste es el momento, vaya por caso, en que el profesor Eugene T. Gendlin prepara un Congreso Internacional, que tendrá lugar el próximo mes de noviembre en la Universidad de Chicago, y cuya convocatoria se ha vuelto a hacer bajo el mismo lema: después del postmodernismo. La finalidad del Congreso es someter a discusión ciertas cuestiones, algunas muy graves, que el postmodernismo ha dejado en herencia a la cultura actual. Los problemas que ha seleccionado Gendlin como representativos del movimiento postmoderno son, en principio, tres. El primero se refiere al elemento lúdico que el postmodernismo utiliza habitualmente en sus desarrollos artísticos, literarios y filosóficos. El segundo problema tiene que ver con la crítica postmoderna a las



FUENCISIA DEL AMO

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

ideas de «objetividad» y «universalidad» que Occidente ha manejado en apoyo de la hegemonía cultural, política y económica del hombre blanco. A costa, claro es, de la mujer, de las razas de color y de otros grupos marginados. Finalmente, el punto tercero versa sobre la obsesión postmoderna por desvelar la condición relativa de los numerosos principios que se tienen a sí mismos por absolutos y que, a la postre, son el verdadero origen de los totalitarismos y fundamentalismos que amenazan el porvenir de la convivencia y, tal vez, de la existencia humana.

Un movimiento no agotado

En principio, el planteamiento no parece malo. El problema estriba en que a su realización se oponen dificultades que sólo pueden salvarse mediante una consideración «sine ira et cum studio». Nos guste o no, la realidad es que, por el momento, siguen apareciendo publicaciones de inspiración postmoderna, o relacionadas con ella, en ámbitos tan diversos e importantes como la educación y la política, los problemas raciales, el feminismo, el multiculturalismo, la antropología, la historia, el arte, la sociología, la religión o la filosofía. Con la dificultad añadida de que esas publicaciones no son simples flecos de un movimiento agotado. Más bien ocurre que contienen ideas y observaciones originales, sin cuya discusión el balance del postmodernismo se cerraría en falso.

Un ejemplo bien reciente que ilustra esta cuestión —y como él hay otros muchos que resulta imposible considerar en este trabajo— es el del filósofo polaco Stefan Morawski. Su reciente libro sobre los problemas del postmodernismo (*The Troubles of Postmodernism*, 1996) es, en efecto, la obra de un pensador que retoma creadoramente el debate de la postmodernidad. Con frecuencia, Morawski hace observaciones, no siempre negativas, sobre el arte, la literatura y el pensamiento postmoderno, indicativas de que, «después del postmodernismo», el pensamiento postmoderno continúa presentado batalla a la modernidad.

He citado el libro de Morawski, aunque tengo sobre mi mesa algunos más que podría

haber tomado asimismo como pie de estas reflexiones, porque *Los problemas del postmodernismo* es obra de un pensador católico que ha sabido hacerse cargo del desafío que representan los tres frentes —sociocultural, artístico y filosófico— en que, a su juicio, opera la cultura postmoderna. Su libro constituye un ejemplo bien patente de lo arriesgado que es ponerse a enterrar con precipitación un tema que continúa vivo.

A esta dificultad se añaden otras, quizá menos obvias, pero no por ello menos graves. Una de ellas radica en que la comprensión del postmodernismo exige un esfuerzo que, de una parte, no se compagina bien con la aparente frivolidad del asunto, pero, de otra, tampoco se acompasa con la aceleración de los cambios en la vida actual. Vivimos en un mundo donde el tiempo escasea cada vez más, y así ocurre que conceptos tan complejos como los de modernismo y postmodernismo, que son los ejes del debate de la postmodernidad, resulten con frecuencia imprecisos. Ello explica en buena parte por qué las discusiones sobre este asunto degeneran tantas veces en auténticos diálogos de sordos, donde a la postre cada cual sólo atiende a su juego.

A esta falta de precisión contribuye también la ausencia de una historia cabal de ese milenario concepto que es lo moderno, y al cual hace referencia inesquivable el de lo postmoderno. Ciertamente, desde hace un par de años disponemos ya de una historia del postmodernismo que no está nada mal. El libro de Bertens, *La idea de lo postmoderno: una historia*, es en verdad excelente, excepto que su inevitable proximidad a un fenómeno cultural tan disperso como el postmodernismo no favorece la presentación del asunto en una perspectiva unitaria. Dicho de otra forma, dado que por su propia naturaleza pluralista el postmodernismo carece de un discurso unificado, su historia es también propensa a que los árboles no dejen ver el bosque. Por supuesto, Bertens se apoya en trabajos anteriores, como los de David Antin, Michael Kohler, Andreas Huyssen o David J. Herman, pero aún queda mucho camino que andar, mucha investigación por hacer antes de que la cartografía del postmodernismo logre dejar bien marcados los perfiles y la orografía de este territorio.

A todas éstas, para complicar todavía más la cuestión, acontece que los principales teóricos del postmodernismo —Baudrillard, Lyotard, Bauman— no se consideran a sí mismos postmodernos, aunque justamente por ello sus puntos de vista ayudan a entender un poco el meollo del postmodernismo.

Revolución moderna

Baudrillard, que sigue en esto a Max Weber, piensa que la verdadera revolución moderna consistió en el desencantamiento científico del mundo, en su racionalización. Lo que ha hecho la revolución postmoderna ha sido, en cambio, acabar con el significado. La destrucción del sentido ha ido más allá de la destrucción de las apariencias, ha superado el desencanto llevado a cabo por la modernidad. La destrucción del significado ha invertido la relación moderna del sujeto con el objeto. En la modernidad tardía o radical, que así es como Baudrillard llama al mundo en que vivimos, el objeto se ha adueñado del sujeto. Esto, concluye Baudrillard, es efectivamente nihilismo, y además la estrategia que lo rige se llama fatalidad.

Lyotard sostiene que el rechazo de los grandes relatos emancipadores, al estilo del imaginado por la Ilustración para legitimar la modernidad, constituye el rasgo distintivo de la condición postmoderna. A última hora, sin embargo, la bestia negra de Lyotard es la idea de Todo, concebida no como idea regulativa del uso de la razón, sino como idea

constitutiva de lo real y, por tanto, opresora de la diferencia y de la libertad. Dicho en términos muy simples, Lyotard se opone al concepto monolítico de la vida humana que se deriva de una razón puramente instrumental, insensible al valor humano de los fines e incompatible con toda iniciativa individual que pueda alterar sus planes.

En línea con Lyotard hasta cierto punto, Zigmunt Bauman, un competente sociólogo de fina sensibilidad filosófica, piensa que la condición postmoderna radica a última hora en la convicción de que la realidad, sobre todo la humana, es ambigua y, por tanto, excede de las posibilidades de esa lógica bivalente tan apreciada por la modernidad, donde no hay lugar para la ambivalencia. A decir verdad, advierte Bauman, los caracteres más conspicuos de la condición postmoderna (pluralismo, variedad, contingencia y ambigüedad) son todos ellos obra de la sociedad moderna. La diferencia estriba en que, en lugar de apreciar su valor, como hace el postmodernismo, la modernidad ha tratado de eliminar esos rasgos o, al menos, de ocultarlos, dado que sus ideales son justamente la universalidad, la homogeneidad, la monotonía y la claridad.

En definitiva, pues, las discrepancias del postmodernismo con la visión moderna del mundo distan mucho de ser lo triviales que se nos ha querido hacer ver. Por el contrario, algunas son tan graves que uno se pregunta por quién doblan las campanas, si por el postmodernismo o por la modernidad que queda atrás. □

RESUMEN

Aunque se viene sosteniendo que el pensamiento contemporáneo está situado hoy en plena post-modernidad, lo cierto es que, en opinión de José Luis Pinillos, a pesar de las «esqueletas», el postmodernismo, como corriente de pensamiento, sigue en pie y lanzando, nos

recuerda, dardos contra el proyecto de modernidad; y a su vez esta belicosidad no puede entenderse sin verla al trasluz de la historia. De todo esto trata el libro comentado, una historia del postmodernismo, nada fácil de realizar dado que éste no tiende a la perspectiva unitaria.

Hans Bertens

The Idea of the Postmodern. A History

Routledge, Londres, 1995. 284 páginas. 13 libras. ISBN: 0-415-06012-5.

Kierkegaard y el cristianismo en España

Por Olegario González de Cardenal

Olegario González de Cardenal (*Lastra del Cano, Ávila, 1934*) es doctor en Teología por la Universidad de Munich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otros libros, de *Madre y Muerte, Raíz de la esperanza, Cuatro poetas desde la otra ladera* y *La entraña del cristianismo*.

La aparición de esta obra de Kierkegaard en nuestra lengua es un acontecimiento por su importancia tanto para la filosofía como para la teología. Hasta ahora no la podíamos leer en buen español. La admirable y benemérita empresa, llevada a cabo por Demetrio G. Rivero con sus nueve tomos de *Obras y papeles*, traducidos para Ediciones Guadarrama, no llegó a este escrito de Kierkegaard, publicado el 13 de junio de 1844, y que junto con su continuación titulada: *Postscriptum no científico y definitivo a las migajas filosóficas* (1846) constituye la clave para conocer el aguijón, que desencadena todo el quehacer de Kierkegaard.

Un genio y un santo

Un hombre tan fraterno de espíritu, con ilusiones y angustias tan cercanas a las suyas, como Wittgenstein, escribió de él: «Kierkegaard fue con mucho el pensador más profundo del siglo pasado. Kierkegaard era un santo». Dejemos abierta la cuestión de si fue el pensador más profundo del siglo XIX, para afirmar con toda certeza que el siglo XX es incomprensible sin él. Nuestro siglo sólo es comprensible como un intento de superar a Kant, a Hegel y al protestantismo liberal por un lado, de recuperar la verdadera identidad del catolicismo frente a sus expresiones contrarreformistas por otro; y finalmente de encontrar una filosofía de la existencia y de la vida. Como en todos los procesos vivos esas reacciones sólo surgen cuando, llevados los movimientos anteriores hasta su extremo límite, nos hemos asustado de los abismos ante los que nos colocan, de los silencios que guardan y de las ausencias que no explican. El redescubrimiento de Kierkegaard corre paralelo con la afirmación de la fenomenología, del modernismo, de la mística redescubierta y de la teología dialéctica enfrentada al protestantismo liberal.

Este lento proceso, que tiene en Unamuno uno de sus pioneros y geniales zahoríes, se incrementa y queda definitivamente acreditado en el decenio 1920-1930, después de que la guerra mundial pusiera al descubierto las ambigüedades profundas o los engaños radicales tanto de una cultura como de una religión, que en el universo germánico habían ido de la mano. Prusia, Berlín, el protestantismo, Hegel y Kant llevando a su consumación racional y moral el legado de Lutero contra la heteronomía y los poderes aherrojadores de la libertad del individuo, la moral de la burguesía nacionalista y xenófoba: todo ello quedó bajo sospecha en la conciencia colectiva y bajo condenación manifiesta para las mentes más lúcidas. Karl Barth habla del «dies ater», día aciago aquel de agosto de 1914, en que noventa intelectuales apoyan la declaración de guerra del Kaiser. Entre ellos estaba su maestro de teología: Adolfo Harnack.

En ese preciso enclave espiritual de la posguerra alemana aparece la figura de Kierkegaard como el vigía de la existencia individual, de la libertad nacida en el enfrentamiento con la verdad personal, de la soledad del hombre, de Dios como realidad cualitativamente distinta e infinitamente distante del hombre, del Absoluto encarnado en el tiempo,

no en la figura de majestad sino de humillación. Sobre ese fondo dejan de ser palabras máximas: la especulación, lo racional lógico, la historia universal, el proceso absoluto que marcha al futuro, la teología especulativa. Otras palabras nuevas son ahora soberanas: el límite; el instante; la voluntad; el emplazamiento; el escándalo; la imitación y el seguimiento del crucificado frente a la admiración del ídolo o la adoración del Eterno indiferente a la historia; el único ante Dios; el pecado; la existencia; la paradoja del Absoluto encarnado.

Un padre de nuestro siglo

¿Se puede decir que Kierkegaard es el padre de la filosofía existencial, de la teología dialéctica y del personalismo, tanto judío como católico? Los dos libros que presentamos (nos referimos también al *Postscriptum*, que prolonga las *Migajas*) son la necesaria puerta de acceso para comprender la filosofía de la existencia, la teología de la crisis y la ruptura de un pensamiento católico de proveniencia escolástico-tomista en un sentido o modernista en otro. De Kierkegaard vienen Heidegger y Jaspers directamente; tras ellos Jean-Paul Sartre, Albert Camus en Francia y Ernesto Grassi en Italia; por otros caminos Buber y Rosenzweig. De él vienen también los que han propuesto un existencialismo que reconoce en la fe una de sus raíces como Peter Wust, Hans E. Hengstenberg, Alfred Delp, Ferdinand Ebner, Theodor Haecker, Karl Thieme y Erik Peterson. Algunos de estos recibieron del vigía de Copenhague un empuje hacia la Iglesia católica, hacia la que los encaminó finalmente la madurez intelectual de Newmann, complementario de Kierkegaard. Éste rechazó la armonización del cristianismo con la filosofía de Hegel, pero no menos la armonización del cristianismo con la política oficial de Dinamarca, ya que las consideraba una profanación, porque reducían el cristianismo, uno a lógica general y otra forma social de coexistencia. Newmann, cuya vida duró dos veces la de Kierkegaard, rechazó semejantes misticismos del cristianismo y, llegando hasta la Iglesia católica, dio razón con libros fundamentales de esa elección y de la ruptura con lo anterior.

Sin Kierkegaard son incomprensibles los máximos exponentes de la teología nueva del protestantismo: Barth, Brunner, Gogarten, Grisebach, Thurneysen, Bultmann, Tillich y a distancia de ellos Hans Reuter, Hermann Diem, Walter Ruttenbeck, Emmanuel Hirsch, Henmann Diem. Incomprensibles sin Kierkegaard son también escritores como Ibsen, Strindberg, Rilke, Kafka, Frisch. El puente desde Kierkegaard al catolicismo ha sido tendido por figuras decisivas en la evolución del catolicismo en la primera mitad del siglo XX. La primera es el filósofo Ferdinand Ebner (1882 - 1931), converso a sus 35 años en 1917 y que ejerció un influjo decisivo en Theodor Haecker, converso también como aquél de la mano de Kierkegaard y sobre todo de Newmann, a través de su obra: *La palabra y las realidades espirituales* (1921). Los otros dos nombres claves en esta recuperación son E. Przywara con su obra, *El misterio de Kierkegaard* (1929) y sobre todo Romano Guardini, con estudios como *El punto de arranque del pensamiento de S. Kierkegaard. El significado de la melancolía. Diferenciación de lo cristiano* (1935). Dos herederos de este legado son Hans Urs von Balthasar con su tesis doctoral, *Apocalipsis del alma alemana*, y H. de Lubac, *El drama del humanismo ateo*, que dedican sendos capítulos a nuestro autor.

Si yo tuviera que recomendar dos obras claves para conocer al Kierkegaard, que en unión indisoluble es pensador y literato, histrión y apasionado, filósofo y teólogo, reco-

mandaría las *Migajas filosóficas* y la *Ejercitación en el cristianismo*. Es sabido que nuestro autor ha escrito obras muy diversas en su género (literarias, filosóficas, religiosas), con distinto talento e intencionalidad, que van desde la diatriba al discurso edificante, desde quien fustiga al extravertido a quien divierte como si fuera un payaso en el circo, manteniendo siempre aquella ironía socrática, que es la más encubierta crítica del oyente y la más descubierta fidelidad a esa verdad, que no tiene su patria en este mundo y que, sin embargo, le está destinada.

Kierkegaard sabía de la complejidad a la vez que de los múltiples accesos, perspectivas, lecturas posibles y determinaciones existenciales de la verdad. Por eso ha escrito con múltiples sobrenombres como si quisiera estratificarse a sí mismo cuando accede a los múltiples estratos de aquélla. Sin embargo, cuando se trata de sus obras religiosas adopta la identidad verdadera o deja aparecer su nombre como editor de una obra cuyo autor es el que figura. No es juego fácil ni desprecio al lector sino matizada voluntad de ir llegando al corazón del castillo por distintos adarves, de posibilitar al propio sujeto interpretar la diferente, a veces irreconciliable, sinfonía que lleva en su interior.

Las *Migajas* las firma con uno de esos pseudónimos, Juan Clímaco. Es una obra filosófica, que él considera menos elevada religiosamente. Aquí se intenta descubrir las implicaciones filosóficas de las afirmaciones cristianas y se le buscan las vueltas a Hegel, poniendo en cuestión desde la raíz esa aparente evidencia de su sistema. Lo que lleva a cabo es un ejercicio de zapador frente a los fundamentos del edificio hegeliano, bajando paso a paso hasta el fondo o llegando hasta la altura desde donde queda desmantelado el sistema. Por eso ha elegido el pseudónimo Juan Clímaco, monje y escritor espiritual (570-649), abad de un monasterio del Sinaí, autor de una obra que se hizo clásica en la historia del monaquismo oriental: *La escala - klimaks - del paraíso*, donde trata en treinta capítulos las virtudes y vicios de la vida anacórita, hasta llegar como por pasos de escalera a la «serenidad suma» (apatheia). ¿Kierkegaard había leído el libro? Nada más opuesto a su talento que la búsqueda de tal alcóncico estado. Lo suyo era la pasión batalladora y la búsqueda agónica. Pero quizá por eso lo eligió: porque quiso desenmascarar la contradicción de los hegelianos que tratando del abismo del Absoluto en la cruz, de Dios encarnado, del Eterno en el tiempo, del cristianismo derivando del crucificado, lo redujeron todo sereno y tranquilizadamente a sistema, dejando al cristianismo reducido a generalidades, que no inquietan a nadie, aptas para pensadas o admiradas, mas no imitadas y padecidas.

Hegel lleva a cabo una trasvaloración de lo religioso al hablar, por ejemplo del «viernes santo especulativo», convirtiendo en clave de comprensión del ser universal lo que fue la historia particular de Dios en Cristo (vida - muerte - resurrección), con la tranquilidad de quien hace de ese hecho «paradójico» y «escandaloso» de Dios en carne, tiempo y muerte, una normal estructura de la realidad (posición - negación - superación). En este sentido Hegel es un «apático» Juan Clímaco y aparece como autor - destinatario de las *Migajas*.

Contra Lessing y Hegel

Las *Migajas* ofrecen una filosofía de la fe, elaborada en clave socrática y en diálogo-debate con la Ilustración, expresamente con Lessing, cuyo axioma indubitable es que las verdades históricas contingentes no pueden llegar a ser la prueba de verdades necesarias de razón. Kierkegaard entra directamente al toro al poner como exergo de su libro: «¿Puede

darse un punto de partida histórico para una conciencia eterna? ¿Cómo puede tener este punto de partida un interés superior al histórico? ¿Puede basarse la felicidad eterna en un saber histórico?». Todo el libro tiende justamente a mostrar que la Ilustración y Hegel rechazan el cristianismo en su punto de partida, al reducirlo a moralidad, a racionalidad o a utopía social. Vacían al cristianismo de su entraña y con la cáscara que retienen elaboran su sistema. Descartan la paradoja, porque no son capaces de sufrirla: que Dios se introdujo en la vida humana, que tomó rostro de siervo, que se humilló en igualdad con cada uno de nosotros, que murió «por mí». La primera y esencial consecuencia es que la historia es irreductible a sistema, lo particular a universal y que la fe no es recuperable por la razón. «El cristianismo es el único fenómeno histórico que, pese a lo histórico, mejor dicho, precisamente por lo histórico, ha querido ser el punto de partida del individuo para su conciencia eterna, ha querido interesarle de un modo distinto al puramente histórico, ha querido basar su salvación en la relación con algo histórico» (111 - 112).

La contemporaneidad con Cristo

Dios existió encarnado en un tiempo. ¿Quiere decir que tendríamos que haber sido todos contemporáneos de Cristo para poder creer en él, testigos de la paradoja de la encarnación con nuestros propios ojos, discípulos de primera mano? Éstas son las cuatro ideas claves del libro explicitadas en cuatro capítulos: Dios mismo es el maestro y salvador; la paradoja absoluta de la encarnación; la contemporaneidad del discípulo con Cristo; el discípulo de segunda mano. Pero la historia del Absoluto en el tiempo no se agota en aquel tiempo, ni se reduce a aquel tiempo, ni ofrece una ventaja especial para los que la pudieron contemplar con sus ojos de carne. La historia del Eterno, por ser absoluta, perdura en todo tiempo accesible a quienes en el instante se dejan enseñar por Dios. Los ojos de la fe otorgan la posibilidad de ver por nosotros mismos lo que Dios quiere mostrar, la realidad absoluta, como salvación para el pecador y como gozo para el desesperado. Kierkegaard habla así de la «auto-opsia» de la fe. En relación con Cristo, que es Dios encarnado, distingue los coetáneos, los lejanos y los contemporáneos. No tuvieron aquéllos especial ventaja, ya que tampoco a ellos les fue dada la realidad inmediata, teniendo que saltar del judío nazareto, que veían, al reconocimiento de la presencia de Dios en él y de él como Dios. Lo que fueron para ellos los hechos físicos, vistos con los ojos de la cara, son para nosotros los testimonios del origen. Unos y otros sólo son ocasión de la fe, ya que causa de la fe sólo puede ser Dios mismo. La ocasión de la fe es una cosa, mientras que la posibilidad concreta y su realización son otra. Los hombres, los documentos, los efectos históricos y las producciones culturales del cristianismo pueden ser incluso ocasión necesaria; mientras que la posibilidad real sólo puede serlo Dios mismo. En este sentido la fe hace a todo creyente contemporáneo con Cristo.

Crear es posible siempre en cualquier tiempo y lugar gracias a la luz que Dios nos da y a los ojos que incrusta en nuestro rostro. La fe es un don de Dios, no una conquista del hombre; no es la conclusión de un proceso racional de la mente sino la decisión resultante de un itinerario en el que la voluntad, la libertad y el amor tienen un lugar capital. Esa fe nos hace entrar en el universo de permanencia eterna en que existe Cristo, quien una vez glorificado está más allá del tiempo. «Hacerse

Viene de la página anterior



«cristiano en verdad viene a significar el hacerse contemporáneo con Cristo». Los siglos y la distancia «son algo que ni quita ni pone, que no lo cambian a él, ni tampoco esclarecen quién era Él, puesto que quién era es solamente claro para la fe». Ante Cristo los hombres de todos los tiempos están en la misma situación, son esencialmente iguales.

El creyente recibe de Dios mismo la condición para convertirse en discípulo. Todo lo demás es desproporcionado para el acto de creer. De los demás hombres recibe el creyente la ocasión; sólo de Dios recibe la condición para la fe. Desde ella puede reconocer un hecho histórico como absoluto. Sólo quien es enseñado por Dios reconoce al verdadero Dios; no al Dios domesticado por los hombres, reducido a nuestra talla y convertido en servidor de nuestras necesidades. Quien cree es alzado a la majestad de Dios, que se nos ha manifestado en la humildad de nuestra historia; es relevado como pecador y trasferido al ámbito de la santidad divina. El cristianismo verdadero no es ese galimatías que los hegelianos han creído poder construir como rescate definitivo de la fe sino exactamente lo contrario. Kierkegaard no reconoce en su «teología especulativa» una interpretación auténtica del evangelio sino su degradación. En esto el sistema de Hegel es maligno mientras que el de Sócrates es benigno, por más fiel servidor de Dios. Porque ser precristiano cuando se vive antes de Cristo incluye una posibilidad de gracia pero intentar ser precristiano después de Cristo, obliterando la encarnación de Dios, es encaminarse hacia la propia condenación.

El legado de las Migajas filosóficas

El libro se cierra con una moraleja sustanciosa, en la que el autor da razón al lector de cómo se puede ser socrático, yendo más allá que Sócrates. Es socrático porque remite a la existencia individual, porque enfrenta a cada uno con la verdad, porque no quiere aceptar nada que no haya sido cribado por el cedazo fino de la existencia «coram Deo». Sócrates es la expresión máxima de quien, dejando todas las actitudes estéticas, se ha enfrentado en absoluta seriedad ética con la misión que le ha sido confiada y en ella se ha encontrado con la raíz religiosa de la existencia. Por ello no se puede ser socrático y diluir al individuo con su personalísimo destino, en el concepto, el sistema, la eticidad, el Estado. La máxima acusación de Kierkegaard a Hegel es que ha construido un inmenso palacio, pero no vive en él sino en una pequeña cabaña a su lado. Una verdad pensada y no habitada por quien la piensa no es una verdad personal; no es verdad. La verdad es la subjetividad; aunque no siempre la subjetividad es la verdad.

Las últimas palabras de este libro nos abren al siguiente que es firmado por Johannes Anticlimacus y lleva por título: *Ejercitación en el cristianismo*. He aquí el «poco de filosofía» que nos legan las *Migajas*: «Porque aquí se ha supuesto un nuevo órgano: la fe; un nuevo presupuesto: la conciencia del pecado; una nueva decisión: el instante; un nuevo maestro: Dios en el tiempo». Los libros posteriores dedicados expresamente a los temas religiosos volverán sobre cada una de estas cuestiones. El cristianismo no es una religión a la que se accede por mera ilustración o información sino por ejercitación, poniendo la vida en juego delante de Dios, como Dios la puso en juego y en riesgo con nosotros y por nosotros; no admirando sino imitando a Cristo.

Solo una nueva existencia puede reconocer la novedad absoluta de Dios encarnado, que presenta el cristianismo. Es necesaria la conversión, actitud concreta ante el Dios concreto, que se nos da en lugar y en el instante.



El filósofo danés Søren Kierkegaard, según algunos dibujos de la época.



Ser cristiano no es una vulgaridad ilustrada sino un dramático destino, donde la libertad es retada al máximo y donde el amor da su jugo más fecundo: «Cuando se planta una bellota en un tiesto de barro, éste se rompe; cuando se echa vino nuevo en odres viejos, éstos revientan, ¿qué sucederá cuando Dios se implanta dentro de la debilidad del hombre, si éste no se hace hombre nuevo y nuevo vaso?» (48).

Cristianismo en el límite

Kierkegaard ha llevado a un extremo admirable, casi insoportable, la dimensión paradójica, casi trágica del cristianismo. Ahora bien, que Dios se haya encarnado puede ser visto como lo impensable, si se calcula sólo que Dios es el Absoluto, Santo, Eterno, totalmente otro, quedando entonces sobrecojidos por el pavor. Pero debe también ser pensado justamente en sentido complementario: la encarnación es fruto de la filantropía divina; presupone que Dios tiene entrañas de amor y por ello se hace amigo del hombre, que valora al hombre absolutamente, que el hombre tiene capacidad de recibir, expresar y «ser» Dios. La consecuencia entonces de la encarnación es el resuello absoluto del hombre, el gozo y el amor agradecido, la confianza sin límites en la humanidad y humildad de Dios. Kierkegaard ha visto con máxima lucidez que sólo Dios conoce a Dios y sólo Dios puede dar a conocer a Dios, pero ha olvidado que Dios tiene su gozo en integrar a las criaturas en su acción creadora, redentora y santificadora. En esto Kierkegaard ha permanecido luterano; aunque hay muchos síntomas en su obra de que él percibió los límites de la subjetividad radical, la falta de criterios de objetividad para la predicación y el ministerio y de que sintió la necesidad de pensar las mediaciones. No pocos autores han visto incluso en ciertas direcciones internas de su obra una orientación hacia el catolicismo (Cfr. H. Roos, *Kierkegaard y el catolicismo*, Madrid, 1959). Uno de sus más lúcidos conocedores E. Przywara llegó a escribir: «Quien es dirigido por Kierkegaard no puede terminar en otro sitio que junto a Juan de la Cruz» (*Das Geheimnis Kierkegaards*, München - Berlín, 1929; págs. 171 - 174).

España no ha integrado a Kierkegaard. Quizá el talante de éste es tan luterano, tan determinado por la angustia de la salvación y del pecado —«En el cristianismo se ingresa a través de la conciencia del pecado»— que se convierte para unos en una fascinación y para

otros en un revulsivo. Así se explica la relación de Unamuno con él. J. A. Collado (*Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*, Madrid, 1962) ha estudiado su descubrimiento, sintonía de fondo, uso literario. Las otras dos columnas de la filosofía española en el siglo XX, Ortega y Zubiri, no lo han conocido, ni valorado. Ortega pasa por tres fases en relación con el danés: en la primera sólo conoce anécdotas y ejemplos; en la segunda se vuelve contra los que dicen que su filosofía de la vida tiene en Kierkegaard y Dilthey las raíces; en la tercera indignado lanza un ataque vergonzoso contra Kierkegaard, a quien acusa de vulgar provinciano, que ha gustado el vino del romanticismo e histriónicamente va haciendo gala de su insensatez.

En el *Prólogo para alemanes* y en *La idea de principio en Leibniz*, tiene páginas, crueles e injustas, donde tras confesar que no lo ha leído pasa a un ataque violento. Asesta a Heidegger y a Unamuno el mismo golpe, negando toda dignidad y validez al sentimiento trágico de la vida. Tras hacer el inventario de todos los textos en que Ortega cita a Heidegger he quedado admirado y avergonzado. «En cuanto a Kierkegaard ni entonces ni después he podido leerle», escribe en los años treinta (*O. C.*, VIII, 45 - 46). «Esta idea del sentimiento trágico de la vida es una imaginación romántica y como tal arbitraria y de un tosco melodramatismo. El romanticismo envenenó al cristianismo de un hombre histriónico de raíz que había en Copenhague: Kierkegaard, y de él pasó a Unamuno primero y luego a Heidegger» (VIII, 299). «Al existencialismo se le ha subido a la cabeza el tosco aguardiente del romanticismo provinciano que fue Keirkegaard. Era éste el típico genio de provincias» (VIII, 301 - 302).

Frente a la angustia Ortega reclama la calma, frente a las situaciones límite la apacibilidad de la vida y frente a la dramaticidad del danés la jovialidad del meridional, que con

más luz encuentra más paz y más sentido a la existencia. En esta perspectiva Ortega intenta con razón reequilibrar la extremosidad unamuniana, uniendo con la voluntad que decide la inteligencia que penetra, el cristianismo como paradoja de un redentor encarnado, que nos redime del pecado, con el asombro alborozado ante un Dios, que es también hombre, y de un hombre, que se puede encontrar a sí mismo en Dios.

«No parece asentarse en fundamento bastante la calidad privilegiada que algunos pensadores de hoy quieren conceder a las 'situaciones extremas', rehabilitando cierto frenesí de Kierkegaard. No es en la 'angustia' sino en la 'calma', que la supera y pone en ella orden, donde el hombre puede verdaderamente tomar posesión de su vida y en efecto 'existir': en ella propiamente se humaniza» (VII, 23).

Más allá de Hegel y Kierkegaard

El teólogo católico no puede optar entre Hegel y Kierkegaard. Si en los años veinte Guardini y Przywara recuperaron la fecundidad de Kierkegaard para la conciencia católica, en nuestros días Hans Urs von Balthasar, A. Chapelle, A. Léonard, E. Brito, además de los teólogos protestantes W. Pannenberg, E. Jüngel, J. Moltmann, han redescubierto cómo Hegel ofrece posibilidades fecundas para pensar algunas dimensiones auténticas del cristianismo que hasta ahora no habíamos descubierto o subrayado suficientemente. En el cristianismo hay también una plenitud y santidad de la inteligencia; no sólo una exigencia para la voluntad y un riesgo para la libertad.

Unamuno y Ortega representan dos expresiones antitéticas en su experiencia de la vida (sentimiento trágico uno, sentimiento estético el otro) y, por consiguiente, dos actitudes ante el cristianismo: una que ve en él una religión sobre todo de redención y reconciliación; y otra que ve en él una religión ante todo de revelación e ilustración. Por eso su reacción ante Kierkegaard es tan diversa. Con la perspectiva que nos da el tiempo, la teología en un sentido y España en otro pueden ya integrar la fecundidad de este pensador que removié las entrañas de Europa tras repensar con rigor y vivir con apasionamiento el cristianismo. Kierkegaard y Unamuno tienen razón en mostrar cómo en el límite se descubre una verdad de la existencia, que en la vida diaria no percibimos. Ortega, en cambio, tiene razón al reclamar para la vida cotidiana la atención, la calma y el amor que merece. El cristianismo se juega no sólo en las 'situaciones límite' sino también o sobre todo en el ejercicio de la libertad, en lo que el propio Kierkegaard llama «las obras del amor» de cada día. La encarnación no ha angostado ni ha angustiado al hombre sino que lo ha dilatado hasta Dios mismo, quien en Cristo lo ha acogido como expresión suprema de su existencia personal. No hay pasión sin resurrección. El cristiano vive referido no sólo a la exterioridad y particularidad agónicas de Cristo sino también a la interioridad y universalidad gozosas del Espíritu Santo. □

RESUMEN

González de Cardedal saluda la traducción de un texto fundamental de Kierkegaard, y cuya publicación en España resulta ser un acontecimiento de primera magnitud tanto para filósofos como para teólogos, a la vez que expone la relación de Unamuno y Ortega con él. En ese texto

aparecido en 1844 se encuentran algunas de las claves para conocer el aguijón que desencadena todo el quehacer del ensayista danés: tal vez, señala Cardedal, no el pensador más profundo del XIX, como quería Wittgenstein, pero sin él todo el siglo XX resulta incomprensible.

Søren Kierkegaard

Migajas filosóficas o un poco de filosofía

Ed. de Rafael Larrañeta. Trotta, Madrid, 1997. 113 páginas. 1.300 pesetas. ISBN: 84-8164-146-4.

Vendiendo ciencia

Por Miguel Ángel Alario

Miguel Ángel Alario (Madrid, 1942) es catedrático de Química Inorgánica en la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Complutense de Madrid, de la que ha sido decano. Es académico de número de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Premio de Investigación «Rey Jaime I», su línea de investigación se centra en el estudio de no estequiometría y defectos extensos en materiales inorgánicos.

La comunicación de la ciencia es una de las ramas de la información que más ha crecido en los últimos años en España, y ello en una época en la que debido al innegable incremento cultural —la sociedad española es ahora más culta que a principios de siglo y que en los años cuarenta, por citar dos fechas significativas— y a la evolución de la forma política del Estado, la prensa ha ido jugando un papel cada vez más importante. Cabe recordar que anteriormente, la prensa se encontraba en una curiosamente denominada «Secretaría de Prensa y Propaganda» que reflejaba bien el hecho de que aquella era esencialmente un órgano de ésta. A pesar de esos incrementos absoluto y relativo, la información científica es todavía modesta y, en todo caso, insuficiente, en un país que, tras dejar de ser «la décima potencia industrial» de acuerdo con algunas estadísticas, se acerca peligrosamente a una situación en la que su principal actividad serían los servicios. Ciertamente que no es necesariamente sinónimo de malo y que tampoco sería sensato que no se aprovecharan las magníficas condiciones que para el bien vivir ofrece nuestro país. Se trata, claro está, de alcanzar un equilibrio entre las diferentes actividades humanas, y, de entre ellas, es la de la Ciencia de la que queremos hablar y, más concretamente, de la Información sobre Ciencia. Ciertamente que los medios españoles de comunicación escrita se ocupan cada vez más de Ciencia y que los principales diarios de ámbito nacional tienen secciones semanales dedicadas a la Ciencia, sobre todo a tratar «descubrimientos científicos». Aunque algunos científicos preferirían que la Ciencia no ocupase una sección específica sino que estuviese distribuida por todo el periódico (pues se piensa que de este modo puede haber gente que haga lo que otros hacen con las

páginas de deportes, política, anuncios, etc. ¡saltárselas!), la verdad es que, poco a poco, dicha comunicación va creando una opinión que, en España, es bastante favorable a la Ciencia.

Ello no obstante, los medios de comunicación se ocupan además de la Ciencia y de la técnica de otra manera, de manera sensacionalista cuando se produce alguna catástrofe: Chernobil, la lanzadera Challenger, un petrolero que se accidenta en una reserva natural... De tal manera que Ciencia y Técnica, excepto en los suplementos científicos a que hacíamos referencia, aparecen más como culpables de todo tipo de desastres que como generadoras de beneficios para la humanidad.

Conocer el trabajo científico

Pero la comunicación científica tiene además otra vertiente, la del interés de los propios científicos en que se conozca su trabajo, lo que casi siempre es bueno para mejorar la consecución de fondos para llevarlos a cabo, además de producir una cierta satisfacción en ellos al ver que la sociedad se ocupa de su actividad. En el caso de los científicos que trabajan en las grandes corporaciones industriales, tan características de la sociedad norteamericana, la comunicación de la ciencia a la sociedad es además motivo de propaganda y constituye generalmente un flanco de su actividad que rara vez se deja desguarnecido.

El libro que comentamos: *Vendiendo Ciencia: cómo se ocupa la Prensa de Ciencia y Tecnología*, estudia todos esos aspectos, refiriéndose casi exclusivamente a los Estados Unidos, y lo hace con abundantes datos tomados de los periódicos estadounidenses a partir de un excelente banco de datos de prensa, «Newsbank», que cubre más de cien periódicos locales, además de haber analizado los de mayor difusión a escala nacional como el «NYT», el «Cristian Science Monitor» o el «Washington Post» y los semanarios tipo «Newsweek», «Time», etc. Su autora, Dorothy Nelkin, es una conocida especialista de la comunicación científica y profesora universitaria y, en esta segunda edición —la primera salió en 1987—, hace un interesantísimo análisis de la compleja realidad mediática de los temas científicos en el país científico por antonomasia.

Lo primero que resalta Nelkin es que científicos, tecnólogos y médicos —y la medicina es, quizá, de las tres la que recibe mayor espacio en la prensa de aquel país—, tienden a condenar a los medios, quejándose de que nunca informan con rigor de aquello que se les dice y achacando a ello la mala imagen que pueda tener la Ciencia en la opinión pública. Trasponiendo esto a nuestra sociedad, pienso que ésta sería también la opinión más común, aunque probablemente se atribuirá tanto a la falta de formación específica del periodista, como a las socorridas prisas del cierre de edición que casi siempre impiden al científico releer y corregir la información antes de que se haga pública. No llega sin embargo el problema a influir en nuestra política científica que, en general, viene más a menudo alterada, a favor o en contra, por razones económicas que de opinión pública.

El interés de los lectores

Los medios de comunicación, sin embargo, se deben a sus lectores, que son los que les mantienen... indirectamente, ya que, de acuerdo con Nelkin, la publicidad financia el ochenta por ciento de los periódicos y, por término medio ocupa un sesenta y cinco por ciento de su superficie impresa. Pero, claro, sin lectores no hay anunciantes y sin éstos no hay periódico... Y esto pasa también en la prensa específicamente dedicada a la comunicación científica de masas con anuncios de informática o de objetos más o menos científicos, pero que requieren gran cantidad de ciencia, y de técnica, como cámaras de vídeo o incluso automóviles. Y a los lectores, según decía en 1924 E.E. Sloson, recogiendo una impresión generalizada en los medios, les interesan los gatos de tres colas, los elefantes enanos o las coliflores gigantes, esto es, lo sensacionalista, distinto, ciertamente, de lo sensacional. Y la cantidad de espacio dedicada recientemente a la clonación de Dolly, a los embarazos postmenopáusicos o a la ingeniería genética indican que no se ha mejorado mucho en este aspecto. Se trata, evidentemente, de un problema de cultura, tanto de cultura periodística como de cultura popular.

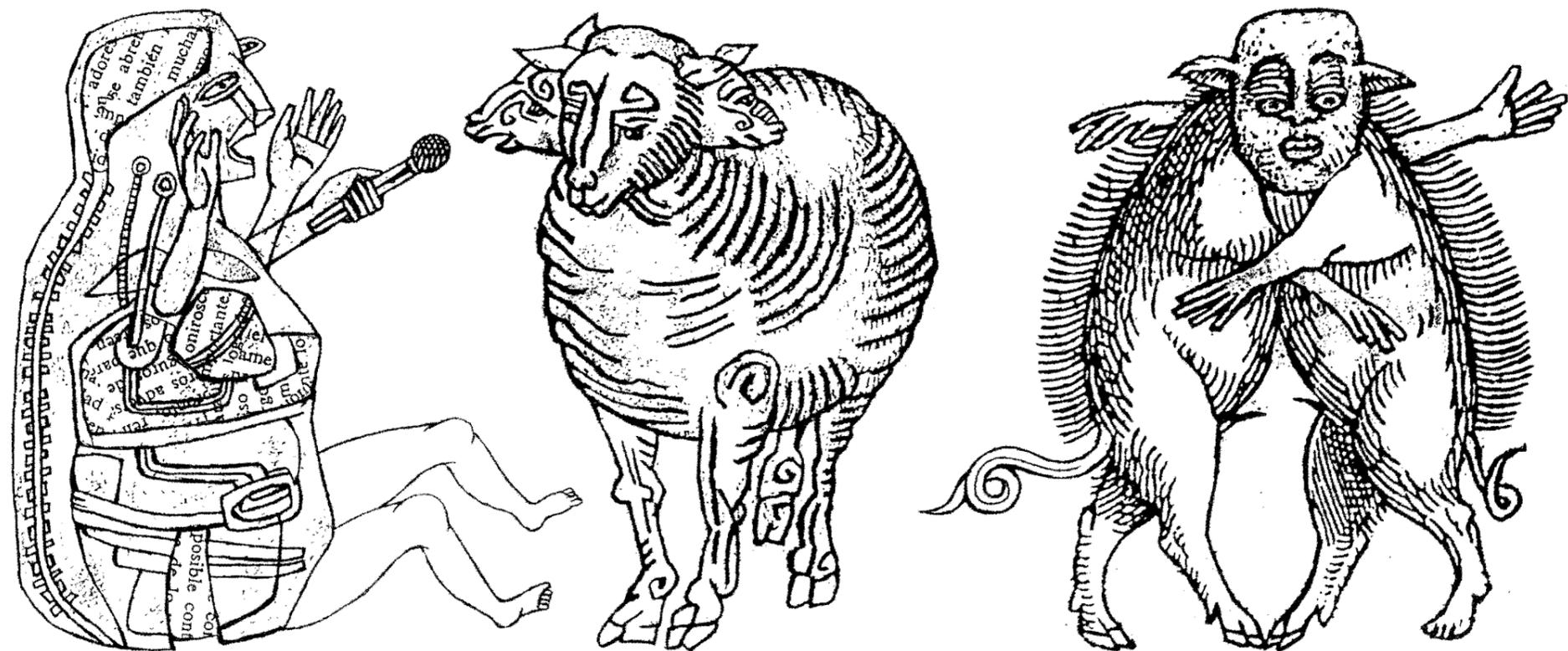
También, muestra Nelkin con abundancia de referencias, cuando la prensa se ocupa de los protagonistas de la Ciencia, esto es de los científicos, casi se les considera como a los

seleccionados olímpicos, especialmente si han conseguido alguna distinción. En este sentido, parecería a esos medios que en ciencia se trata como en Olimpia de llegar más alto, más pronto y más lejos, independientemente de en qué se haga...

Así, la descripción anual de la concesión de los premios Nobel, que con cierta hilaridad recoge la autora del libro, trata a los científicos así honrados casi como semidioses aislados de los demás mortales sin entrar en su Ciencia con ningún detalle y limitándose a decir que es muy difícil y, a veces, para qué sirve, si es que es evidente, lo que en lo que concierne a los premios Nobel rara vez ocurre. De ahí se pasa, demasiado fácilmente, a considerar a los científicos como expertos en cualquier otro campo: política, filosofía, en gran medida opinables por la mayoría, pero también, y esto es peor, en materias menos especulativas, como por ejemplo preguntar a un Nobel de medicina sobre la conveniencia de instalar un cementerio nuclear en un determinado sitio...

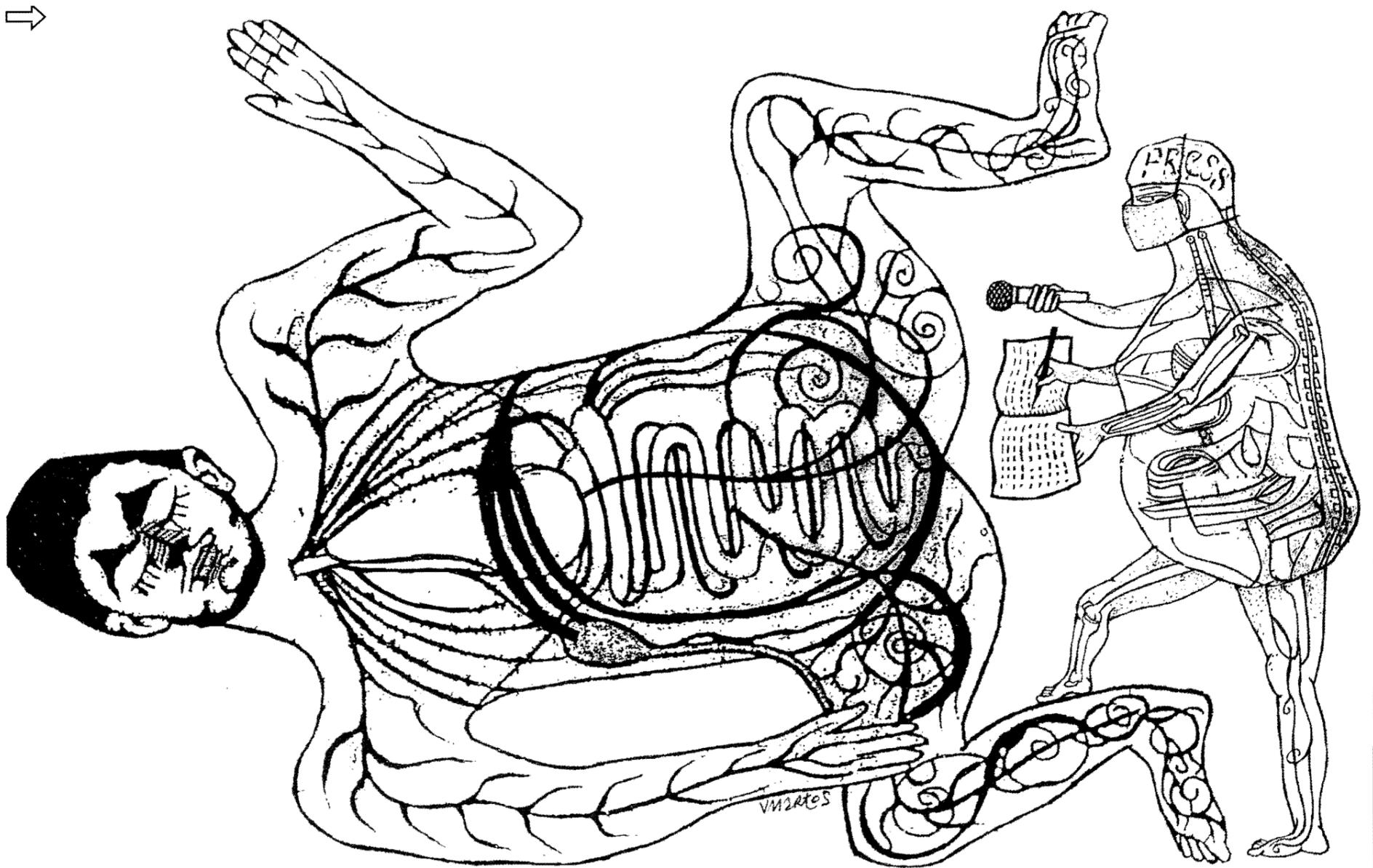
En el caso de las, desafortunadamente pocas, mujeres que reciben tan importante distinción, los titulares alcanzan niveles de simpleza rozando la estulticia: «Una abuela inglesa, estupenda ama de casa, obtiene el premio Nobel de Química», refiriéndose a Dorothy Crowfoot Hodgkin que lo obtuvo por determinar la estructura molecular de la vitamina B12, o, en el lado opuesto, con ocasión de la misma distinción, pero en Medicina, a Barbara McClintock, «Newsweek» tituló: «La Greta Garbo de la Genética no quiso casarse para dedicarse a la investigación».

Otras veces, las tesis de los científicos son pura y simplemente erróneas, pero recogidas por la prensa en un cierto momento, pueden luego propagarse en todas direcciones. El ejemplo paradigmático recogido en esta obra se refiere al catedrático de Harvard E. O. Wilson, uno de los padres de la sociobiología cuya descripción —abusiva— del comportamiento humano a partir de sus estudios sobre los insectos le llevó a simplificar sobremanera las complejas relaciones existentes entre las influencias sociales y biológicas en los seres humanos. Bien, pues este modelo, esencialmente racista, fue posteriormente utilizado por revistas tan variadas ideológicamente como: «Time», «Play Boy», «The Boston Globe», «Fa-



VICTORIA MARTOS

Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

mily weck», «Psychology today» y «News-week» para «justificar» diferentes comportamientos que iban desde el machismo a la violación.

El fraude, en sus diversas variantes es otro de los puntos destacados de la obra que comentamos, y Dorothy Nelkin se extiende en dos de los casos más recientes, los de Robert Gallo, acusado de «apropiarse» del descubrimiento del virus del Sida, y David Baltimore, acusado por una de sus colaboradoras como coautor de un trabajo de otra en el que, se decía, había resultados inventados. La tesis de la autora es que aunque ambos han sido absueltos de fraude, incluso antes de ello la sociedad justificaba esos supuestos actos y en cierto modo «condenaba» al periodista denunciante. Una vez más aparece la «aureola» del científico como gran hombre y, sobre todo, la Ciencia permanece idealizada: lo que se suele denominar la «mística científica».

Una buena campaña de prensa

Pero la Ciencia, al menos en la segunda mitad del siglo XX, y presumiblemente también en el ya próximo XXI, tiene también modas, y la influencia mutua —a veces sinérgica, a veces muy negativa— entre Ciencia y Comunicación, influye en dichas modas. El espacio en los años sesenta y setenta, los superconductores en los ochenta, genética y biotecnología en los noventa... son algunas de las líneas maestras de investigación en estos últimos años. Claramente una buena campaña de prensa puede conseguir que los fondos se destinen a una u otra causa.

De todas maneras, si hubiera que destacar un solo aspecto de este estupendo libro que señala con abundancia de datos concretos y perfectamente recopilados en una excelente bibliografía final, sería que, en la comunicación científica sigue predominando el sensacionalismo: ejemplos como el de los primeros trasplantes que se describían como «desarrollo revolucionario que cambiará nuestras vidas» olvidaban a menudo mencionar que el pacien-

te moría. Tras los inicios de Barnard en África del Sur, la pelota se fue al lado americano y a los dos más destacados cirujanos cardíacos de la época se les describía como «Dr. Maravilla» y «El Tornado de Tejas», y ciertos periódicos llevaban una especie de marcador de los resultados de sus operaciones.

El libro se adentra posteriormente en la crónica del periodismo científico, especialmente norteamericano, y describe los primeros «servicios científicos», esto es, las agencias especializadas en noticias científicas, la primera de las cuales fue creada, en 1921, por Edwin W. Scripps, quien consiguió asociar a su idea nada menos que a la Academia Nacional de Ciencias, a la Asociación Americana para el progreso de las Ciencias, y a algunas destacadas figuras periodísticas y científicas de la época. La loable y en gran medida con segunda intención de Scripps era «traducir la Ciencia a un lenguaje que la gente pueda entender». El servicio científico consiguió llegar a través de unos cien periódicos a más de siete millones de lectores y consiguió además influir en la visión que la gente tenía de la Ciencia. De todas formas, el primer director de la agencia tenía como divisa: «es la excepción a la regla lo que hace algo atractivo para las gentes...»; con lo que entreabría la puerta a un cierto «amarillismo», como se dice ahora.

Al principio, los reportajes científicos eran más bien fantásticos «¡murciélagos observados en la Luna!», etc., pero poco a poco se fue haciendo camino la idea de que la Ciencia era útil, que incluso daba poder. Y de ahí al nacionalismo no hay más que un paso, que fue franqueado al llegar la Primera Guerra Mundial: al comprobar el potencial impresionante de la Ciencia alemana en esa época las portadas se preguntaban: ¿qué pasa con la Química americana?...

El problema de la objetividad de la prensa permea el libro en casi cada párrafo y, en este sentido, Nelkin observa importantes diferencias entre la prensa europea más partidista y la americana, más independiente, incluso más objetiva. Entre las razones de esa objetividad la autora del libro señala el hecho

de que, con las enormes dimensiones del mercado norteamericano de noticias, las agencias tratan de ser objetivas para abarcar el mayor número de clientes posible. Además, y en un plano bastante más ético, en el primer «libro de estilo» de prensa, aparecido, como era de esperar, en los Estados Unidos, se hacía especial énfasis en la objetividad urgiendo la separación entre hechos y valores como la de Iglesia y Estado. Pero el problema no es de solución sencilla y como recuerda Nelkin, el que haya dos opiniones contrapuestas no es garantía de objetividad; en última instancia, ambas pueden estar equivocadas. Pero es que, además, no es infrecuente observar cómo los periodistas evolucionan con el tiempo y ello se debe en parte a que la opinión de la propia sociedad con respecto a la Ciencia va evolucionando, en gran medida debido a la influencia de los propios periodistas que pasaron de maravillarse con la carrera espacial soviético-americana a criticar la energía nuclear y la contaminación: «¡la Ciencia es la culpable!». Y llegamos así al tema de la especialización de los periodistas, terreno en el cual hay dos perspectivas irreconciliables: los que piensan que el periodista debe tener inicialmente una formación en Ciencia, Medicina, Economía, Política o cualquier otra rama del saber —digamos que en un primer ciclo universitario— para luego hacer un segundo ciclo en el que aprenda las técnicas específicas de la comunicación, y los que creen que lo fundamental es aprender bien la profesión periodística y

luego especializarse. La verdad es que, como puede suponerse dada la naturaleza del problema, ambos puntos de vista tienen parte de la razón de su parte... Después de todo, dada la propia y creciente extensión y especialización de la Ciencia, un mismo médico no sería probablemente capaz de describir con la misma «soltura científica» la influencia del plegamiento de una proteína en el transporte de oxígeno y la mejor manera de extirpar un tumor de colon; y lo mismo podría decirse de otros científicos.

Buena formación

A pesar de ello, está claro que alguna formación científica tienen que tener los que se dedican a divulgar la Ciencia. En este sentido, el libro de Dorothy Nelkin podría ser un buen punto de partida para los jóvenes periodistas que piensan dedicarse a la comunicación científica, y ello tanto por el amplio bagaje informativo que aporta como por la amenidad con que está tratado un tema que, aun basado esencialmente en hechos que al cabo del tiempo se hacen anecdóticos, no deja de tener su enjundia.

Pero también sería conveniente que los científicos se acercaran a los informadores con un espíritu comprensivo. Como casi siempre, las dos partes tienen algo de razón y, en todo caso, la entente cordial es mejor que la desconfianza... □

RESUMEN

Siendo como es la comunicación de la ciencia una de las ramas de la información más en auge en los últimos años, no debe extrañar que siga creciendo la bibliografía que se ocupa de este tema —sobre la necesidad de acercar el trabajo científico al público no es-

pecializado y resolver, consiguiendo, las dificultades del lenguaje propiamente científico que no favorece la comprensión de dicha tarea investigadora—. A uno de estos libros que se centra en la información de temas científicos en EE.UU. dedica Alario su comentario.

Dorothy Nelkin

Selling Science: How the Press covers Science and Technology

W. H. Freeman & Co., Nueva York, 1995, 224 páginas. [3.475 pesetas]. ISBN: 0-7167-2595-9.

Memorias de un diplomático

Por Gonzalo Anes

Gonzalo Anes (Trelles, Asturias, 1934) es catedrático de Historia Económica en la Universidad Complutense, académico de número de la Real Academia de la Historia y Premio Nacional de Historia. Ha publicado, entre otros, los libros: Las crisis agrarias en la España moderna, El siglo de las luces y La Ley Agraria.

Luis Guillermo Perinat, marqués de Campo Real, acaba de publicar un libro de gran interés, por el acierto con que revive, como en una ensoñación, el mundo de su infancia, de su juventud y de su madurez. Trae a este libro recuerdos de un Madrid en el que aún se conservaban las viejas casas nobiliarias, con sus formas de vida tradicionales. Rememora sus viajes juveniles a una Cuba floreciente, a «la perla de las Antillas», tan distinta de la de hoy. Nos da impresiones de su vida como joven diplomático, en el Egipto del rey Faruk, en Nueva York, en París y como embajador en Londres y en Moscú, ya en los años de la «transición política». Como diplomático y como embajador, puede hacer interesantes retratos de la reina Isabel II de Inglaterra; del general De Gaulle, de Margaret Thatcher, de Henry Kissinger, de Valéry Giscard d'Estaing, de Andrei Gromiko, de Ronald Reagan. También son de sumo interés sus impresiones como diputado en el Parlamento español y como vicepresidente del Parlamento europeo. *Recuerdos de una vida itinerante* viene a ser, pues, un libro de memorias. Está escrito con sencillez y elegancia. Ambas cualidades solían darse juntas, aunque hace tiempo que lo común sea verlas separadas o ausentes.

Luis Guillermo Perinat tuvo una infancia grata. Conserva recuerdos muy claros de cómo vivía su familia en los últimos años del reinado de Alfonso XIII y de la reacción nobiliaria ante la caída de la monarquía. Perinat recuerda muy bien cómo no pudo celebrarse la fiesta familiar preparada con motivo de la primera comunión de su hermana, el 14 de abril de 1931. Aquel día, por la mañana, grandes y chicos salieron de la calle del Prado número 26 para la del Caballero de Gracia, con el fin de asistir a la ceremonia religiosa. Se celebró la misa y tuvo lugar la comunión. A la salida, en la calle de Alcalá esquina a la Gran Vía, junto a Caballero de Gracia, encontraron grupos de manifestantes que vociferaban, «detenían y rodeaban los coches». Ya en casa, comenzó la espera impaciente de los convidados, que no acababan de llegar. Los mayores parecían nerviosos. Nada decían a los chicos. No llegó nadie, «porque las calles del centro de Madrid, rebosantes de gente, se habían convertido en una inmensa manifestación». Unos días después, la familia Perinat salía para Biarritz en donde pensaron pasar aquellos años.

Los recuerdos que el autor del libro tiene de la vida en Biarritz entre 1931 y 1940 son sumamente interesantes. Aunque era un niño, se fijaba en los amigos de la familia y sabe referir sus recuerdos infantiles con claridad y concisión. La época de sus estudios en Tudela y en el colegio del Pilar, en Madrid, y las pintadas con que refleja la vida en la España de la guerra civil y de la postguerra tienen el valor de cosa vivida, lo mismo que las impresiones que transmite de su primer viaje a Cuba, en 1942, cuando acababa de cumplir 19 años. Este viaje, en el primer trimestre de sus estudios universitarios, acompañado de uno de los secretarios de la administración de su casa, tenía por objeto conocer los bienes que Luis Guillermo Perinat había heredado en Cuba, procedentes de su abuela paterna Terry. La travesía del océano, en el «Marqués de Comillas», en plena guerra, duró casi un mes. El barco tenía que zigzaguear en aguas del Atlántico y ajustar su ruta a los dictados del



El diplomático en la Conferencia de la Organización Internacional de Energía Atómica (Viena, septiembre, 1958).

mando británico para evitar los convoyes que navegaban desde los puertos de los Estados Unidos a Inglaterra. El autor consigue, en pocas páginas, hacer un relato de la travesía y de su viaje a la Cuba de entonces. Para un español con dinero, acostumbrado a ver a su alrededor las privaciones de la postguerra, los racionamientos y la convivencia con la miseria, la Cuba de los cuarenta era un verdadero paraíso. Se veía sorprendido al comprobar que allí abundaba todo, y que se podían obtener las cosas a bajos precios, comparados con los del «estraperlo» en España. Por las calles de la Habana y de otras ciudades de la isla, circulaban grandes automóviles de fabricación norteamericana. Las gentes con dinero tenían magníficas casas y los clubes de golf o de vela daban una impresión de prosperidad análoga a la de Florida o a la de California, pero con el atractivo de la simpatía y de la gracia cubanas.

Carrera diplomática

Perinat, a su vuelta a España, prosiguió los comenzados estudios de Derecho. Al terminar su licenciatura, opusculó con éxito a la carrera diplomática. Estuvo destinado, como secretario de Embajada, en el Egipto del rey Faruk. Frecuentó allí el ambiente de la familia real, cuyas formas de vida describe y salpica con la narración de las excentricidades del soberano. El ambiente de Zohria está plasmado en bellísimas páginas, en las que el autor consigue reflejar cómo era la sociedad del Egipto de entonces, tan distinta de la de hoy.

La vida grata en El Cairo, que Perinat aprovechó cuanto pudo, no le hizo apartarse de sus obligaciones como diplomático. Supo estar a la altura de su cometido y observar cuánto de interesante ocurría en Egipto. Se percató enseguida de que, para un diplomático, El Cairo era un puesto interesantísimo. La capital de Egipto venía a ser, en aquellos años —los del reinado de Faruk— el «centro neurálgico» del mundo árabe. En El Cairo tenía su sede la Liga Árabe. Su secretario general, Azzam Pachá, desempeñaba importantísimo papel en las complicadas relaciones con los países del Oriente Medio. Vivió Perinat en Egipto los últimos días del reinado de Faruk. Fue trasladado a Madrid poco antes de que los oficiales de El Cairo dieran el golpe de estado que derrocó al rey y a la monarquía y que constituyó el comienzo de un panarabismo que, encabezado por Nasser, impuso la entrada en la escena política mundial de una nueva figura que tanto iba a pesar en las decisiones y en el equilibrio futuros. El siguiente puesto de Perinat fue Nueva York,



Perinat (en el centro), junto a otros miembros de la embajada española en París, saludando a De Gaulle en el Palacio del Eliseo.

con el destino de cónsul adjunto. En aquellos años tuvo lugar el ingreso de España en las Naciones Unidas, conseguido gracias a una inteligente acción diplomática para contrarrestar la oposición de la Unión Soviética.

Coincidiendo con la boda de don Juan Carlos y doña Sofía en Atenas, a la que asistió, fue nombrado miembro de la delegación española que iba a participar en la Conferencia de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra. La presencia de la legación española originó protestas. El Comité de Verificación de poderes de la OIT retenía las credenciales de los delegados sindicales españoles, por considerar ilegítimo su carácter «vertical». Perinat reconoce que tal postura era consecuencia de una gran hipocresía, pues «si bien resultaba incontestable que la delegación sindical española era hechura del régimen» y que, por ello, «carecía de legítima representatividad al no haber sido elegida libremente por los trabajadores», ocurría que gran número de las demás delegaciones sindicales —todas las de las «democracias populares» y las de otros países con regímenes de carácter dictatorial— respondían, en su elección, a criterios análogos a los de España respecto a la falta de representatividad, y nadie emitía la menor queja sobre ello. El incidente da ocasión a Perinat para hacer ciertas consideraciones sobre la influencia que pueden ejercer los periódicos en crear un estado de opinión, cosa que hicieron —y que dejaron de hacer— los suizos en aquellos días. También para valorar lo que significa una prensa libre: «he vivido demasiado tiempo —toda mi juventud— nos dice, bajo el ambiente mezquino y asfixiante de la censura, como para no valorar en su justa medida el paso gigante que para la humanidad ha significado la conquista de la libertad de expresión».

Al ascender a consejero de embajada a finales de 1962, Luis Guillermo Perinat pasó a la legación de España en París. Le tocó vivir allí la época de consolidación de la V República y del aumento del prestigio de Francia en Europa, gracias a la concepción gaudista de la necesidad del entendimiento franco-alemán, para formar, con el tiempo, en el espacio que parecía configurar una herencia carolingia, la que podría ser una Europa confederal, o «de las patrias». El embajador José María de Areilza había sabido ganarse la confianza y la estima del general De Gaulle. La ejecución, en Madrid, del dirigente comunista Grimau originó grandes manifestaciones de protesta en el extranjero, muy especialmente en París. Las repercusiones políticas del proceso, previstas por Areilza, no impidieron la ejecución de la sentencia de muerte.

Aquellos años de negociaciones para que España se integrara en distintos organismos internacionales son analizados «desde dentro» por Perinat. Él asistía todos los meses a la comida que tenían todos los consejeros de embajada de los países pertenecientes a la CEE, a la OTAN y a la OCDE. El consejero Perinat podía formar parte del aquel club porque España pertenecía a la OCDE. Allí podía cambiar impresiones y recibir información directa de los demás consejeros, buenos conocedores de los asuntos de interés internacional. Cosa importante entonces para un diplomático de un país como España, sometido aún al aislamiento debido a que el régimen de Franco seguía suscitando las reservas, cuando no la repulsa de las democracias de occidente. A Perinat le fue fácil relacionarse en París con personajes de la política y de la sociedad francesas, por su carácter abierto y por sus relaciones de familia. Le ayudó a ello su parentesco con la mujer de Giscard d'Estaing. A Giscard lo considera político «frío, de gran inteligencia, algo distante, muy ambicioso y eminentemente pragmático».

En 1969, Perinat participó en las gestiones para que se hiciera, en Robledo de Chabela, una estación de seguimiento espacial de la operación Apolo XI. Gracias a la eficacia de su labor, las palabras de Neil Armstrong al llegar a la luna pudieron escucharse en España, el 2 de julio de 1969. Poco después, una delegación de Estados Unidos visitó a Franco y le entregó una de las piedras que habían traído de la luna los astronautas. Pasado el tiempo, ya muerto Franco, siendo Perinat embajador en Londres, tuvo noticia de que la piedra lunar española iba a ser vendida en una casa de subastas de aquella capital.

Ocaso del caudillaje

Es de gran interés el capítulo que Perinat titula «El ocaso del caudillaje». En él narra su experiencia como director general de política con América del Norte y Extremo Oriente. Rememora con gran objetividad la audiencia reglamentaria que Franco le concedió. Perinat nos presenta en estas páginas a un hombre ya envejecido, físicamente frágil, achicado en su estatura, de rostro chupado y enrojecido, que se tenía en pie con dificultad y que trataba «de evitar el temblor de una de sus manos sujetándola con la otra». El Franco de entonces tenía sus facultades mermadas tanto para expresarse como para captar lo que se le decía. Esta situación era aprovechada por los ministros para actuar por cuenta propia, escudándose —eso sí— en que habían consultado previamente con el «Generalísimo», al menos hasta que Carrero Blanco fue nombrado presidente del Gobierno. Perinat señala que, a pesar del estado físico y mental de Franco, en política exterior continuaban vigentes las directrices básicas de «un nacionalismo arraigado; amistad platónica con los países árabes; estrechamiento de relaciones con los países hispanoamericanos y entendimiento pragmático con los Estados Unidos». Perinat valora muy positivamente a Kissinger. Es notable su narración sobre la entrevista con Carrero Blanco, el secretario de Estado norteamericano, López Rodó como ministro de Asuntos Exteriores, el embajador de Estados Unidos, almirante Rivero y el propio Perinat. En la entrevista, Carrero se refirió a la guerra subversiva. Mostró entonces, según Perinat, una visión certera del futuro, al vislumbrar el fenómeno del terrorismo, que, en los años siguientes, iba a pesar tan trágicamente en el mundo, pero del que aún no se tenía conciencia. Y concluye: «Han transcurrido muchos años desde que se celebró aquella en-



Viene de la página anterior



trevista y, al recordarla ahora, después de tanto tiempo, uno no puede menos de preguntarse cuáles fueron las razones que llevaron al presidente Carrero a destacar de una forma tan concreta lo que él calificaba como guerra subversiva. Lo cierto es que aquel hombre, que era considerado, con razón, por la mayoría de la opinión pública como desfasado de su tiempo, con mayores virtudes militares que políticas y cuyo encumbramiento se debía más a la lealtad a su jefe que a sus cualidades como estadista, supo captar el peligro de un fenómeno del que él mismo sería víctima. Unas horas después, ETA haría saltar por los aires el coche en el que viajaba, marcando con su muerte un nuevo hito trágico en la historia de España tantas veces ensangrentada. Su mención de la guerra subversiva no sólo fue la exposición realista de un militar, sino que llevaba toda la carga de un presentimiento».

Al tratar de Gerald Ford, Perinat no se extraña, como buen conocedor que es de la formación cultural de los universitarios estadounidenses, de que, cuando se comentó, camino de la Zarzuela, que en Toledo había una interesante exposición sobre Carlos V, preguntara el presidente si Carlos V y Carlomagno eran la misma persona. Perinat captó muy bien la gran preocupación de Ford —su alarma— por el giro que pudiera tomar la situación política en Portugal. La entrevista de Ford con Franco, en junio de 1975, sorprendió a todos porque el general se expresó con acierto al hablar del peligro que la revolución de los claveles podría originar en un Portugal que pertenecía a la Alianza Atlántica. Franco que, por entonces, estaba tan deteriorado física y mentalmente, insistió, imperturbable, en que era necesario dejar pasar el tiempo para que las cosas volvieran a su cauce en Portugal; que nada de lo que ocurría iba a tener consecuencias definitivas; que cualquier intervención sería contraproducente y que el pueblo portugués iba a comprender pronto que los dirigentes políticos de entonces no defendían los intereses verdaderos y legítimos del país. Perinat, al estar presente en la entrevista, puede narrar con toda exactitud cómo se produjo y cómo vio y oyó a Franco. Lo hace con suma objetividad y con las palabras justas, como observador inteligente, no sólo al tratar de esta conversación entre Ford y Franco sino también al descubrir cómo encontró al general la última vez que lo vio: fue en el Palacio Real de Madrid con motivo de la manifestación allí concentrada en apoyo al régimen, y como respuesta a la reacción exterior por las sentencias de muerte de varios terroristas.

Después del restablecimiento de la monarquía, Luis Guillermo Perinat fue nombrado embajador en Londres. Su labor en la capital británica fue de gran interés en aquellos momentos. Llevaba instrucciones verbales del ministro Arellano sobre que insistiese allí en la decidida vocación democrática del pueblo español. Son muy interesantes sus páginas sobre la entrevista con la reina Isabel II a la que califica de gran conocedora de los asuntos de Estado, de inteligente y de haber llegado a alcanzar, por derecho propio, después de larga experiencia, un prestigio reconocido en la vida pública mundial. En el capítulo que dedica a sus experiencias como embajador en Londres, hay interesantes noticias sobre los personajes de la corte y de la política y sobre el siempre planteado y nunca resuelto caso de Gibraltar. Perinat, después de Londres, pasó a Moscú como embajador. Pronto se percató de que «la Unión Soviética era un gigante con los pies de barro»; de que era inevitable el cambio; de que una reforma o algo similar a lo que fue luego la «perestroika» resultaba imprescindible para la apertura, por lo irracional de la producción y las anomalías en el abastecimiento, con toda la



El matrimonio Perinat con el Príncipe de Gales.

complejísima red de corrupción que se organizaba bajo aquel sistema.

Las negociaciones previas al ingreso de España en la OTAN originaron tensiones con el gobierno de la Unión Soviética. Perinat las narra con exactitud. El argumento de la diplomacia española ante la oposición de la URSS consistía en señalar que nada esencial cambiaba con el ingreso, porque España, mediante el tratado defensivo con los Estados Unidos, ya formaba parte del sistema occidental de defensa.

Como fiel observador de la realidad soviética, Perinat, que también fue embajador de España en Mongolia Exterior por estar acreditado en Ulan Bator como jefe de misión en Moscú, pudo percatarse de que, en la URSS de los estereotipos del comunismo, «todo era posible, todo era ambiguo, nadie sabía el terreno que pisaba el vecino, y las situaciones se producían de forma cambiante e intermitente». En aquellos años, los diplomáticos veían constantemente el doble juego y eran objeto de espionaje y de confidencias. Se trataba de situaciones contradictorias, fruto del sistema. Aquí Perinat se siente especialmente inclinado al análisis de lo político y de los entresijos de las negociaciones diplomáticas. No por ello deja de referir anécdotas interesantes, que completan la visión sobre las realidades sociopolíticas que presenta. Así, respecto a la vida social moscovita, refiere un hecho que choca con las costumbres de los pueblos de occidente: con motivo de la conmemoración del Día de la Mujer, las conyuges de los grandes jerarcas del sistema convidaban a una fiesta en un palacete situado en la llamada «colina de Lenin», en las cercanías de las edificaciones estalinianas de la Universidad. La concurrencia —salvo los camareros— era femenina. Resultaba asunto de conversación, en los días siguientes al festejo, cuántas veces alguna afortunada había tenido el honor de bailar con la señora del camarada Brézhnev o cuántas veces a otra la había sacado a bailar la señora del camarada Gromiko, «no sin cierto orgullo y vanidad» por parte de las afortunadas.

Terminada la misión en Moscú, Perinat regresó a España. Con su experiencia diplomática como buen conocedor de las relaciones internacionales, interesado siempre por la política, se decidió a militar en Alianza Popular. Permaneció diez años en la política. A ellos dedica el último capítulo del libro. Reconoce

su rechazo a los mítines, por lo que tienen de exageración, de gritos estridentes dirigidos a un público convencido, de utilización de argumentos y conceptos insinceros, todo ello muy distinto a las maneras diplomáticas propias de un embajador. Perinat confiesa que la oratoria mitinera se le «resistía de verdad». Para aprovechar la experiencia y saber hacer del diplomático, Fraga le encargó de la dirección de las relaciones externas de Alianza Popular. Acompañó a Fraga en muchos viajes a distintas capitales: París, Jerusalén, Londres, Bonn, Buenos Aires, Oslo, Washington. Perinat, desde que se hizo cargo de las relaciones exteriores de Alianza Popular, se propuso conseguir entrevistas con los principales dirigentes mundiales de centro derecha y, especialmente, con los que estaban en el gobierno. Fue su gran éxito la entrevista de Fraga —al que acompañó— en el «Oval Room» de la Casa Blanca.

Perinat fue elegido diputado por el Partido Popular en el Parlamento Europeo. Ocupó una de las vicepresidencias cuando fue elegido Plumb presidente. Un año antes —en marzo de 1987— había participado en las discusiones que tenían lugar en el seno de Alianza Popular sobre la postura a tomar ante la decisión del gobierno socialista de someter a referéndum la permanencia de España en la OTAN. Se trataba de conseguir un voto afirmativo que justificara la renuncia a aquel lema del Partido Socialista de OTAN, «de entrada, no». Perinat aconsejó siempre votar a favor, aunque la tendencia interna del partido era abstenerse. Los eurodiputados de Alianza Popular, que veían las cosas desde fuera, se opusieron al abstencionismo. Enviaron un escrito a Fraga, firmado por todos ellos, pidiendo, al menos, libertad de voto.

RESUMEN

Aristócrata, monárquico, diplomático y diputado, Luis Guillermo Perinat ha escrito un libro de memorias en el que, según Gonzalo Anes, repasa con sencillez y elegancia —dos cualidades que antes se daban juntas, puntualiza, ahora rara vez— su juventud y su

Perinat, en Madrid, manifestó a Fraga, con total lealtad: «Si gana el sí será un triunfo de Felipe González y si gana el no, te echarán la culpa». En aquella ocasión pensó seriamente en abandonar su puesto como responsable de la oficina de política exterior de Alianza Popular. No lo hizo para no originar problemas en el partido.

Retirada a tiempo

La experiencia de Luis Guillermo Perinat como diputado, al obtener su escaño por Murcia en las elecciones de 1989, le hizo ser pesimista y pensar que era llegado el tiempo de retirarse de la política activa. Vio que los debates se convertían muchas veces «casi en un mero juego». El diputado que no está inmerso en el tema que se debate, o que no forma parte del aparato partidista, queda reducido, en su papel, a apretar un botón u otro, según el número de dedos que levante el portavoz situado en uno de los escaños de la delantera. Piensa con tristeza que el parlamentarismo basado en la libre expresión de la voluntad popular por sus representantes elegidos ha sido sustituido en la práctica por el dominio de los partidos —más bien aparatos— por lo que ve en ello una adulteración de la democracia, mal que agrava el sistema de las listas cerradas: ser o no diputado nacional o autonómico depende de la voluntad de los altos dirigentes de los respectivos partidos políticos. Cuando se convocaron elecciones en la primavera de 1993, Perinat decidió abandonar la política. Familia, amigos, conocidos opinaban, sobre ese abandono, de forma muy diversa. En el partido le hablaron del Senado y de ser portavoz. Perinat pensó que, para él, ni era el momento ni era su afán. Pasó a la vida privada, en la que tanto tiene que hacer, y a la Asamblea Española de la Orden de Malta, al ser elegido para ese cargo. El nuevo puesto le abre un campo de actividad lleno de posibilidades por la labor social y asistencial de la Orden.

Grande de España, recibió de su familia una gran fortuna: propiedades rústicas, inmuebles urbanos, cuadros, tapices, muebles de gran valor. Heredó a su padre y dispuso de su fortuna desde muy joven, al ser emancipado por su madre. Supo conservar y mejorar cuanto heredó, hacer sus estudios y llegar a brillante diplomático. La providencia puso en su camino a una mujer excepcional, Blanca Escrivá de Romani, condesa de Casal, bellísima, inteligente, sensible, con alma y profesión de artista, ya que es excelente pintora. Pues todos estos bienes, toda esa fortuna y toda la felicidad de su hogar sirvieron a Luis Guillermo Perinat no para llevar una vida placentera sino para dedicar su tiempo al servicio de los demás en la diplomacia, en la política y, ahora, al frente de la Asamblea española de la Orden Soberana Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta, cuyas leproserías y labor asistencial en el mundo son exponente de bien hacer y ejemplo de cuanto puede lograrse con un trabajo organizado y con una buena administración. □

Luis Guillermo Perinat

Recuerdos de una vida itinerante

Compañía Literaria, Madrid, 1996. 298 páginas. 1.800 pesetas. ISBN: 84-8213-029-3.

Un gran polemista intelectual

Por Javier Tusell

Javier Tusell (Barcelona, 1945) es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Ha publicado más de una veintena de libros sobre la historia política española del siglo XX obteniendo, entre otros, los Premios Nacionales de Literatura (en sus modalidades de Ensayo y de Historia), el Premio Espejo de España y el Premio Mundo.

Conocí a Jean-François Revel en una ocasión que luego se demostraría una fracasada aventura, más próxima al mundo intelectual que al político. En las elecciones presidenciales del Perú en que concurrió, contra Alan García y Fujimori, Mario Vargas Llosa tuvo la idea de convocar a unos días de debate a un grupo de escritores identificados con lo que de forma genérica podría definirse como el liberalismo democrático. Eran aquellos momentos en que todavía no parecía definitivo el colapso del comunismo y en que el escritor peruano parecía muy cercano a tocar la máxima responsabilidad ejecutiva de su país con la yema de los dedos. Pero creo que eso le interesaba mucho menos que propagar unas ideas en las que creía con apasionamiento. Una de sus referencias intelectuales e ideológicas más entusiastas —entonces y ahora— ha sido Revel, cuyas memorias en estos últimos meses han figurado en los primeros lugares de las listas de éxito en Francia.

Algo hosco y no precisamente simpático, Revel tiene a su favor un rasgo que suele ser requisito imprescindible en un polemista, es decir, una inmensa capacidad de indignación. A veces, sin embargo, hay quien reduce a eso su dedicación a la polémica. Revel, en cambio, testimonia una capacidad y una vocación intelectuales muy singulares. La descripción que de sí mismo hace en las páginas de su libro le parecen al lector un buen testimonio de ese tipo humano. Amante de la soledad de la lectura, pero también de la conversación como supremo goce del intelecto, e interesado por muy plurales pasiones en este terreno, Revel da la sensación de ser ese género de persona para la que las ideas han sido mucho más importantes que las pasiones o los afectos. Eso puede llegar a producir monstruos, en especial si quien es así resulta ser político. Pero si se tiene capacidad para distanciarse de esa profesión, gusto por la polémica y un bagaje ideológico denso y capaz de fundamentar la democracia liberal, el resultado puede ser muy positivo para el conjunto de los seres humanos.

Del libro de Revel, quizá demasiado largo y en ocasiones desordenado al saltar el orden cronológico de los acontecimientos, se desprende un cierto regusto de decepción, no sólo individual sino coincidente con la colectiva. La Humanidad se encontraría en estos momentos como un ladrón que hubiera asaltado una prometedor mansión para descubrir que ha sido abandonada por sus dueños y está vacía. Sin embargo lo cierto es que las causas que ha defendido Revel a lo largo de su vida pueden considerarse hoy en día como triunfantes



ALFONSO RUANO

y no parece que se pueda poner en duda que el resultado de ello ha sido positivo.

Su trayectoria biográfica, por otro lado, le ha permitido una acumulación de experiencias enriquecedoras. Ha sido resistente en contra del nazismo, promotor de la cinefilia en México, comunista durante tres días, antagonista a la vez del colonialismo francés en Argelia y de la megalomanía del general De Gaulle, seguidor político de Mitterand durante algún tiempo y elemento díscolo de la derecha liberal francesa que no dudaba en atacar al PCF por cuestiones de principio incluso incomodando con ello al propio Giscard, mucho más proclive a ver las relaciones con este partido desde un punto de vista ficticio. Todo esto puede dar la sensación de un comportamiento errático cuando su caso es estrictamente el contrario: sus opiniones han sido poco cambiantes en sus líneas esenciales. Ha sido eso que entendemos habitualmente como un intelectual, es decir un editor, profesor, periodista o autor de libros —o, como en su caso, todas las cosas a la vez— de una enorme influencia no sólo en Francia sino en todo el mundo. En realidad él mismo nos dice que siempre ha considerado el libro como el verdadero centro de gravedad de su obra pero, lejos de abordar en sus memorias el pensamiento de fondo que le ha llevado a escribirlos, como sería lo lógico, prefiere ceñirse tan sólo a la experiencia biográfica propia. Tras ella queda retratada la personalidad peculiar de ese género de defensor de causas, en ocasiones de improbable victoria, que es siempre un intelectual. Revel señala con toda razón que en el fondo escribir o dar clase viene a ser lo mismo: en ambos casos resulta imprescindible tener ideas claras, desear propagarlas y ponerse en el lugar de quien escucha o lee. Con acierto ha descrito el periodismo que hace como «de intervención», es decir no basado sólo en la información sino también en las ideas y, por lo tanto, no llevado por la actualidad sino capaz de crearla o, al menos, de influir en forma decisiva. Pero no lo ha hecho sin incomprendiones ni dificultades por parte de aquellos

a quienes ha tenido más cerca. Su relación con los dueños de los medios en los que ha trabajado —Servan Schreiber o Goldsmith— ha sido conflictiva. Muy a menudo han respondido a este tipo humano del que interviene en materias de las que no sabe contribuyendo a la inestabilidad y siendo en última instancia incapaces de una verdadera dirección de un medio de información y orientación de la opinión.

El lector de este libro de memorias constatará hasta qué punto su autor ha estado respondiendo a esta doble condición de intelectual y persona acuciada por las circunstancias del día a día. Empezará por no aburrirse porque su condición de polemista le hace muy a menudo repartir mandobles a lo largo de las páginas —incluso contra sí mismo recordando su identificación con una secta teosófica al final de la segunda guerra mundial— pero además porque ha sido protagonista en muchas ocasiones de debates cruciales en la vida de la humanidad en este último medio siglo. Siempre ha considerado que la proclividad del intelectual a identificarse con un compromiso de carácter político le convierte en instrumento de un partido. Eso es especialmente válido para el caso de la identificación con los partidos políticos de carácter totalitario, como el comunista. Temprano anticolonialista, porque presenció el final de la presencia francesa en Argelia, siempre se ha mostrado muy crítico también respecto al tercermundismo, ese ideario de acuerdo con el cual el culpable del subdesarrollo es siempre un otro distante y poderoso y no, en cambio, algún defecto o insuficiencia propios. No ha habido nadie que haya criticado como él las visiones revolucionarias que atribuyen al Tercer Mundo una capacidad de transformación de la vida de la humanidad, pero que en realidad han nacido en un mundo desarrollado, entre minorías intelectuales que en realidad lo tratan como si fuera capaz de valerse por sí mismo. Incapaz de aceptar a los comunistas, incluso cuando pretendieron haber evolucionado pero mantenían una financiación ligada a la Unión Soviética, y también a ese género de izquierda complaciente con la perduración del colonialismo, se manifestó siempre intelectual de izquierdas pero en realidad ha sido un liberal aunque carente de ese profetismo que ha caracterizado a muchos otros que se autodenominan de esta manera. Esta rápida excursión sobre su pensamiento parece demostrar que Revel, quien, como todos los polemistas, ha podido errar más de una vez en planteamientos concretos, ha precedido una evolución intelectual que en realidad ha sido general y, por lo tanto, válida para muy distintas opciones políticas.

Los retratos de personalidades que con frecuencia aparecen en estas memorias testimonian hasta qué punto su autor ha estado

en el centro mismo de la vida intelectual francesa. Muy a menudo no son complacientes sino crueles, pero tratan con matices a quienes aparecen en ellos. Revel disecciona de manera implacable principalmente a los profesionales de la política. Estuvo muy cerca de Mitterand largo tiempo, como afiliado a su partido, y descubrió en él, elevado hasta el máximo, la imagen de esa mezcla entre banalidad, voluntad de utilizar instrumentalmente a los intelectuales y carencia de verdadero interés por resolver los grandes problemas de una sociedad que caracteriza casi siempre a los profesionales de la vida pública. En última instancia casi todos los franceses con arraigo en la opinión ilustrada están de acuerdo hoy en que el desaparecido presidente fue excelente tan sólo en su capacidad para conquistar y conservar el poder o en poner zancadillas a los políticos de centro y de derecha con los que cohabitó a partir de un determinado momento. También con Raymond Aron convivió Revel largo tiempo en empresas periodísticas comunes. Resulta patente la admiración que profesa a su memoria, en definitiva el filósofo logró un reconocimiento intelectual, generalizado, del que él careció. Pero la imagen que proporciona tiene también aspectos agrídulces en el sentido de que le achaca megalomanía, ensimismamiento ególatra en su propio pensamiento y una condición de espectador distante que está en la perfecta antítesis de lo que Aron pretendía ser. De Louis Althusser ofrece Revel un retrato en que se mezcla la bondad con no ya una condescendencia respecto del estalinismo, sino un ferviente deseo de que volviera a sus esencias perdidas.

Quien sea o haya sido observador apasionado o simplemente interesado de este peculiar mundo que es la intelectualidad francesa, de la que tantos errores y aciertos hemos padecido, leerá absorto un libro como éste, de improbable traducción al castellano. Y quizá saque la sensación de que no hay razones para sentirse, como su autor, como un ladrón en una casa vacía. La vida de Revel ha sido apasionante y su influencia, siempre importante, ha contribuido a que la de los demás humanos de este fin de siglo haya resultado algo mejor. □

En el próximo número

Artículos de Joan Vilà Valentí, José Luis Borau, José-Carlos Mainer, Miguel Artola, José Antonio Melero, Fernando Vallespín y Vicente Verdú.

RESUMEN

Javier Tusell se encara con las memorias del periodista y ensayista francés Jean-François Revel, un peso pesado del liberalismo democrático y un ferviente polemista, dotado de una inmensa capacidad de indignación (requisito imprescindible, subraya Tusell, para ser un buen polemista); un hombre con capacidad

y vocación intelectuales muy singulares y en quien parece que las ideas han sido más importantes que las pasiones o los afectos. El comentarista cree que estas memorias destilan un cierto regusto de decepción, aunque las ideas de Revel sean las triunfantes en el mundo político de hoy.

Jean-François Revel

Mémoires. Le voleur dans la maison vide

Plon, París, 1997. [4.390 pesetas]. ISBN: 978-2259-180221

Dividir y organizar un país llamado España

Por Joan Vilà Valentí

Joan Vilà Valentí (Sallent, Barcelona, 1925) es catedrático emérito de la Universidad de Barcelona, en la que ha formado un nutrido y activo grupo de geógrafos. Académico de la Real Academia de Buenas Letras y de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona y miembro del Institut d'Estudis Catalans. Autor de numerosas publicaciones geográficas y fundador y director de la «Revista de Geografía».

Este libro cuenta una curiosa historia: de qué manera se ha dividido el territorio español, en los dos últimos siglos, para convertirlo en un Estado moderno. Quiere decirse, para llegar a configurarlo, por lo menos en cuanto a su estructura territorial, como un Estado ágil y eficaz, puesto al día. Digamos, de antemano, que la obra que da lugar a los presentes comentarios en modo alguno es sencilla. Y es que, a pesar de su buena ordenación y agrupación temáticas, a pesar de su estilo adecuado y correcto, no puede ser de lectura fácil. El autor vierte una impresionante información, a veces resumida en unas frases o notas, frecuentemente apoyada en numerosos datos y citas, de pronto desplegada en una amplia documentación, incluso con la publicación completa de determinados decretos, informes o instrucciones. Para mostrar esta riqueza informativa, téngase en cuenta que, en menos de 300 páginas de texto aparecen 770 notas, unas notas ricas en observaciones, datos, citas y referencias bibliográficas. Además, se incluyen ocho cuadros estadísticos con las distintas divisiones de España y 12 anexos documentales. Añadamos, inmediatamente, que el libro no es simplemente informativo. Con una información ya de por sí compleja y valiosa, a veces inédita, con frecuencia utilizando trabajos varios y dispersos, siempre intentando unas aportaciones completas. Sólo este hecho constituiría, sin duda, una importante e incluso, en algunos aspectos, decisiva aportación. Pero es que, además, el presente trabajo conduce muchas veces a una reflexión, que el autor presenta en forma clara y explícita o simplemente insinúa. Por todo ello, queremos decir que estas nuestras líneas quieren ser fundamentalmente una cálida invitación a la lectura de esta obra.

Por fuerza hemos tenido que bracear entre tanta información y escoger unos determinados problemas y períodos. Nos hemos centrado en los años, debates y propuestas que probable-



mente podemos considerar fundamentales. Nos referimos a los dos o tres decenios que preceden a la división en provincias de 1833, en definitiva todavía vigente. Con una vigencia, por lo tanto, de casi 165 años, ampliamente superior al siglo y medio, y sin síntoma alguno de declinación, bien al contrario. Con los estudios recientes de algunos autores—Antonio M. Calero y Manuel Morán, especialmente—y las aportaciones de Jesús Burgueño, con el libro que da lugar a los presentes comentarios, cabe considerar que los principales problemas acerca de la división territorial de la España contemporánea han sido por fin planteados y que la documentación hasta ahora tenida en cuenta y analizada los va resolviendo cumplidamente. Superadas hasta cierto punto las actitudes tan sólo críticas o reformistas de la tardía Ilustración o incluso algunos proyectos más o menos utópicos, como la curiosa combinación de establecer una división en relación con una red de canales por tierras españolas—formulados dichos planes por la «secta de hombres extraordinarios que llaman proyectistas», según Cádiz—, se plantea, más de acuerdo con la realidad, la necesidad de una nueva y más adecuada organización territorial. Durante unos decenios se hablará simplemente y por lo general de buscar una «división territorial» o «división del territorio».

En 1814, Vargas Ponce—más atraído por la geografía y la cartografía que otros autores—se refirió a ella como una «división geográfica», pero con un sentido en definitiva equivalente. Pero él mismo apunta ya a un objetivo más concreto cuando escribe, en ocasiones, «división geográfico-política», finalidad que aún quedará más netamente definida en otros autores, cuan-

do hablan sencillamente de «división política». Realizada ya la fundamental y definitiva división de 1833 por Javier de Burgos, Fermín Caballero alude a ella, al año siguiente, como una «división civil», señalando implícitamente que había otras divisiones (militares, judiciales, eclesiásticas) de carácter bien distinto. De hecho la judicial, como es sabido, tendría ya en cuenta, aquel mismo año, los nuevos marcos provinciales definidos recientemente.

Enunciar simplemente una división territorial puede parecer una tarea sencilla. Se tratará simplemente de delimitar, de trazar unas líneas de confín. Problema en principio puramente técnico, que resolverán unos geómetras o cartógrafos. Sin embargo, inmediatamente se suscitan numerosos problemas e interrogantes. El experto necesitará una documentación y que le señalen determinados criterios, que frecuentemente serán variados, complejos e incluso contradictorios. A ellos hemos de referirnos más adelante. Lo que ahora queremos subrayar es que estos criterios deben ser formulados de acuerdo con unos determinados objetivos, que en último término serán definidos por unos políticos o por quienes como tales actúen.

Por otra parte, en el momento de la aplicación concreta en cada caso, entran en juego numerosos y dispares puntos de vista y consideraciones. El problema, en efecto, puede llegar a ser endemoniadamente complejo. Pero es que incluso el simple comienzo del proceso, es decir, la fase de recogida de materiales e información, puede presentar ya numerosos problemas. De ello se tenía conciencia, ante la necesidad de «una división más conveniente del territorio español», en las Cortes que preparaban la Constitución de 1812: no era posible efectuar la citada tarea por aquel entonces «por falta de datos en muchas partes, por las inmensas dilaciones que este trabajo causarían», puesto que «esta grande obra exige para su perfección un cúmulo prodigioso de conocimientos científicos, datos, noticias y documentos». Aparte de la búsqueda y manejo y estudio de las necesarias fuentes estadísticas e informativas, aparte de los necesarios trabajos de campo, aparte del cúmulo de contradictorios puntos de vista e intereses, quedaba el problema global de definir los objetivos generales de la división, sin prescindir de un pasado y apuntando a un futuro. De antemano, se plantea la búsqueda de una solución a la posible oposición entre una histórica diversidad política y administrativa y un igualitario uniformismo. El catalán Antoni de Campmany hablaba, por los años 1808-1811 de la existencia, dentro del territorio español en su conjunto, de «pequeñas naciones», mientras el extremeño Diego Muñoz Torrero subrayaba rotundamente que «la Nación española era una». Más adelante convendrá insistir en esta cuestión general, que contaba y seguirá contando, a lo largo de dos centurias, con una

perspectiva de raíces históricas—por aquel entonces las «provincias» del siglo XVIII, correspondiendo por lo general a unas «regiones históricas»—y una perspectiva de cara al futuro, en aquellos momentos las nuevas provincias.

Respecto a cada una de las futuras circunscripciones que puedan surgir, debe evaluarse el cumplimiento de los objetivos comunes, en un amplio abanico administrativo y político: desde posibles ámbitos de actuación fiscal y jurídica, hasta marcos de administración de servicios públicos y de aplicación de las disposiciones del gobierno. Por ello cada nueva división territorial comportará, desde el punto de vista humano, nuevos cargos y nuevos funcionarios; desde un punto de vista social y geográfico, además de otras condiciones, la necesaria elección de un núcleo de población como capital. Este último aspecto, sobre el que insistiremos más adelante, planteará en ocasiones un muy agudo problema. Aun ciñéndonos a la treintena de años que hemos escogido es sorprendente la cantidad—y calidad, en varios casos—de autores y personajes que intervienen en los debates y en la preparación y redacción de los distintos proyectos. Señalemos los que probablemente sean los más destacados, junto con su origen territorial y su profesión o preferencias, en cuanto a actividades. En ambos sentidos, notablemente distintos y diversos entre ellos. Indiquemos, entre los que actúan ya en el siglo XVIII, al gaditano José de Vargas Ponce (1760-1821), marino, historiador y político. Marino también, además de cosmógrafo y geodesta, era el mallorquín Felip Bauzá i Cañas (1764-1834) que intervendrá en dos importantes proyectos, en 1813 y 1821.

Destaquemos simplemente a siete autores más: el matemático y geodesta, de una familia de origen navarro, José María de Lanz (1764-1839); el murciano Diego Clemencín (1765-1834), historiador, filólogo y político; el guipuzcoano José Agustín de Larramendi (1769-1848), ingeniero de caminos y canales; el valenciano Francesc Amorós (1770-1848), militar; el andaluz, motrileño, Francisco Javier de Burgos (1778-1849), escritor y político; el también andaluz, gaditano, José García Otero (1794-1856), ingeniero militar; finalmente, el conquinense Fermín Caballero (1800-1876), abogado, geógrafo y político. Los criterios utilizados en cuanto al tamaño y configuración de las provincias pueden ser muy diversos, de acuerdo con los objetivos perseguidos y los conocimientos y pareceres aplicados por cada autor o grupo de autores. Tengamos en cuenta, por otra parte, unas circunstancias iniciales que alcanzan a ser claramente negativas: la complejidad e irracionalidad de las divisiones anteriores—«la división geográfica de España es irregular y monstruosa» escribe el geógrafo Isidoro de Antillón en el primer decenio del siglo pasado—o la inexistencia de una correcta cartografía. En cambio, una buena formación técnica o un buen conocimiento directo de España—Jesús Burgueño ensalza «el conocimiento que Larramendi tenía de la geografía del país y de su estructura física»—pueden ser evidentemente factores personales con

En este número

Artículos de

Joan Vilà Valentí	1-2	José Antonio Melero	8-9
José Luis Borau	3	Fernando Vallespín	10-11
José-Carlos Mainer	4-5	Vicente Verdú	12
Miguel Artola	6-7		

SUMARIO en página 2





Dividir y organizar un país llamado España

toda claridad positivos. Algunos autores subrayan la importancia de ciertos hechos naturales, como el trazado de las cordilleras o las formas y extensión de las cuencas hidrográficas. Siguiendo el modelo francés, las denominaciones efectuadas a partir de nombres de río prevalecen en el mapa de prefecturas de José María de Lanz (1810): Lugo es «Miño Alto», Barcelona es «Llobregat» y Granada es, claro está, «Genil», pongamos por ejemplo. Por otra parte, la posición de la provincia, sea marítima o sea interior, es una característica que frecuentemente es muy valorada. Acaba siendo una novedad definitivamente aceptada que un buen número de las provincias proyectadas sean de carácter marítimo (21, en la división de 1833, de un total de 49), con capitales también en la misma costa o muy cerca de ella (16, en la citada división). Éste es un rasgo, subrayamos, que se aceptará y mantendrá.

Otros criterios que pueden ser tenidos en cuenta aluden a cantidades totales de las nuevas provincias, como pueden ser no alcanzarse de una superficie media, salvo casos excepcionales, o la cifra global de población. Aunque no suele

expresarse con claridad, parece aceptarse comúnmente como característica favorable la diversidad fisiográfica de los distintos sectores provinciales, lo que suele ser más fácil de conseguir, por lo general, en las circunscripciones marítimas o con sectores montañosos. El abanico de criterios puede ser todavía más amplio y diverso si tenemos en cuenta desde visiones más o menos utópicas, como lo que podríamos llamar modelos de tipo geométrico-matemático, hasta la elección de unos concretos elementos empíricos, que sería prolijo señalar, de carácter poblacional o económico.

Antes hemos aludido a la decisiva importancia que puede tener la decisión acerca de la ciudad que se convertirá en capital provincial. Indiscutible, a veces, puede dar lugar en otras ocasiones a una auténtica «lucha por la capitalidad». Pueden desempeñar un importante papel la centralidad—casi siempre simplemente en el sentido de una posición «central», aunque a veces se apunta hacia una consideración de destacado núcleo poblacional o funcional— y asimismo las características referentes a la accesibilidad. Citemos tan sólo otras características que pueden ser valoradas en cuanto a la elección de la capital: emplazamiento, antecedentes históricos, elementos «de prestigio», antecedentes administrativos o políticos, población actual, edificios destacados, morfología urbana, infraestructuras y equipamientos materiales y humanos, salubridad—algo como es sabido, muy tenido en cuenta a partir de aquellos decenios— y finalmente las distintas características económicas. Incluso cabe hablar de una posible concesión de «la capitalidad como recompensa». La importancia del núcleo urbano escogido es tal que, en la división de 1833, a semejanza de otros proyectos anteriores, casi todas las provincias son conocidas precisamente por el nombre de su capital, salvo unos pocos casos. Se trata, insistimos en ello, de otra característica nueva y que pasa a ser definitivamente aceptada y mantenida.

El decreto firmado por Javier de Burgos, el 30 de noviembre de 1833 puede aparecer como una pronta resolución, sin claros antecedentes. Pero ahora quedan bien ensamblados los trabajos de los tres decenios anteriores. Unos antecedentes «remotos», en primer lugar, en los años 1810-1813. Los antecedentes más cercanos y sin duda de importancia, incluso decisiva, para el mapa provincial que acabará prevaleciendo, son las destacadas aportaciones de Felip Bauzá y José de Larramendi (1821), con 48 provincias y la división presentada por

la Comisión de las Cortes, al año siguiente, con 52 demarcaciones. Los antecedentes inmediatos con los distintos trabajos efectuados durante la Década absolutista, especialmente el estudio y conclusiones de división provincial de 1829, en buena parte realizada por José de Larramendi, «auténtico eslabón perdido», según Jesús Burguño, el proyecto de 1822 y el decreto citado. Así, pues, no se trata de una pronta e improvisada resolución, a pesar de las apariencias, ni cabe atribuir a Javier de Burgos un papel decisivo en su formulación. Lo que posiblemente es justo concederle es un evidente interés personal y político en la ultimación del proyecto y en su promulgación. Analizando más a fondo este hecho, van surgiendo algunas contradicciones. Una de ellas, una paradoja política: aunque la división provincial fue en buena parte gestada en el ambiente liberal del Trienio, su promulgación se efectúa en otras circunstancias y por ello presenta en definitiva un carácter más bien «conservador e historicista». Pero la gran paradoja la constituye indudablemente, contemplada como ahora nosotros hacemos, desde finales del siglo XX, su larga duración en el tiempo. Una permanencia de casi 165 años. A pesar de que recién nacida o a los pocos años—gestada, por otra parte, en un ambiente social muy inestable—, sufrió ya numerosas críticas políticas (general Baldomero Espartero, por ejemplo, en 1841) y técnicas (proyecto de Fermín Caballero, 1842). No sólo la división efectuada en 1833 se mantiene, sino que, además, se mantiene rígidamente, a lo largo de situaciones políticas y sociales notablemente distintas, con frecuencia claramente opuestas, incluso en medio de conflictos bélicos. En un lapso de tiempo tan largo, sólo algunas variaciones en límites, por otra parte escasas, y una nueva provincia, sin implicar modificaciones en áreas limítrofes.

Es cierto que existen varios debates y no se resuelven ciertos problemas de fondo. Uno de ellos, como antes señalábamos, el carácter uniformista que la división provincial puede tener. En pleno siglo XX este uniformismo—respecto a posibles consideraciones favorables a rasgos distintivos de algunas, por lo menos, regiones históricas— se acentúa en los regímenes políticos autoritarios, en el tercer decenio y más tarde durante más de treinta años. Los regionalistas catalanes se lamentaban, ya en la segunda mitad de la pasada centuria, de que incluso el mismo nombre de «Cataluña» hubiese desaparecido. Utilizan un término durísimo: las provincias han «esquarterat» («descuartizado») el ámbito territorial catalán, lo que sin duda puede ser exacto, incluso numéricamente. El hecho de que una autoridad conservase el nombre no les consolaba, quizá por tratarse precisamente de una autoridad militar, el capitán general de la región. Curiosamente y en forma en buena parte imprevista, la llamada «España de las autonomías» ha representado recientemente una reacción contra la corriente uniformista. Pero las piezas de la división provincial se siguen manteniendo rígidamente y las demarcaciones de las nuevas comunidades autónomas son agrupaciones de provincias o bien provincias aisladas, ahora con un nombre regional. Queda, por otra parte, al final del largo recorrido, un cierto aire de imprevisibilidad e indefinición, como en todo hecho humano y social. La última conclusión de Jesús Burguño es que «en el campo de las divisiones administrativas no existen verdades absolutas e inmutables». Aunque, claro está, ello no empece—quizás, al contrario, lo hace más y más recomendable— que el esfuerzo y el empeño puestos en la tarea sean, en todo caso, todavía mayores. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Aunque pueda parecer sorprendente, no existía un buen y global estudio de la división provincial en España, efectuada en 1833, y de su duración hasta el presente. El profesor Vilà Valentí subraya el esfuerzo realizado por el

geógrafo Jesús Burguño para mostrarnos en toda su complejidad la gestación de dicho cuadro administrativo y político, su largo mantenimiento hasta hoy día y sus repercusiones en la sociedad española contemporánea.

Jesús Burguño

Geografía política de la España constitucional. La división provincial

Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1996. 442 páginas. 2.800 pesetas. ISBN: 84-259-1010-2.

SUMARIO

	Págs.
«Dividir y organizar un país llamado España», por Joan Vilà Valentí, sobre <i>Geografía política de la España constitucional. La división provincial</i> , de Jesús Burguño	1-2
«Desde el camino», por José Luis Borau, sobre <i>Viaje de ida</i> , de Román Gubern	3
«Una maleta de 1936», por José-Carlos Mainer, sobre <i>Papeles póstumos de José Antonio</i> , de Miguel Primo de Rivera y Urquijo	4-5
«Las leyes del Reino», por Miguel Artola, sobre <i>El libro de las leyes del siglo XVIII</i> , de Santos M. Coronas (ed.)	6-7
«Patrones de evolución molecular», por José Antonio Melero, sobre <i>Patterns in evolution: the new molecular view</i> , de Roger Lewin	8-9
«Pluralismo social y sistema democrático», por Fernando Vallespín, sobre <i>Die Einbeziehung des Anderen. Studien zur politischen Theorie</i> , de Jürgen Habermas	10-11
«Un planeta a la deriva», por Vicente Verdú, sobre <i>Un mundo sin rumbo</i> , de Ignacio Ramonet	12

Desde el camino

Por José Luis Borau

José Luis Borau (Zaragoza, 1929) es presidente de la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España. Productor, guionista, profesor y director cinematográfico, entre su filmografía se cuentan títulos como *Mi querida señorita*, *Furtivos*, *El monosabio*, *Río abajo* y *Celia* (serie para TVE). Ha obtenido, entre otros premios, la *Concha de Oro del Festival de San Sebastián* y el *Oso de Plata del Festival de Berlín*. En 1988 le concedieron la *Medalla de Bellas Artes*.

Viaje de ida, sí, pero también de vuelta, o de varias vueltas incluso porque, como el viajero resulta ser hombre curioso y atrevido, al final de cada aventura, o de cada intentona –y en este libro se registran bastantes– ha de replegarse a su cuartel de invierno particular, ese agujero donde hierve, vaya usted a saber con qué aditamentos, la reflexión. Avanzar en algún sentido, y no digamos ya en el intelectual, implica recular una y otra vez, echar cuentas, recobrar aliento si cabe, y seguir, creyendo que ahora vamos mejor gracias al simple hecho de haber andado y desandado buena parte del camino. Toda trayectoria personal, por decidida que parezca, más se asemeja al patético tejer y destejer de un zancudo en el agua que a la flecha disparada a ciencia cierta.

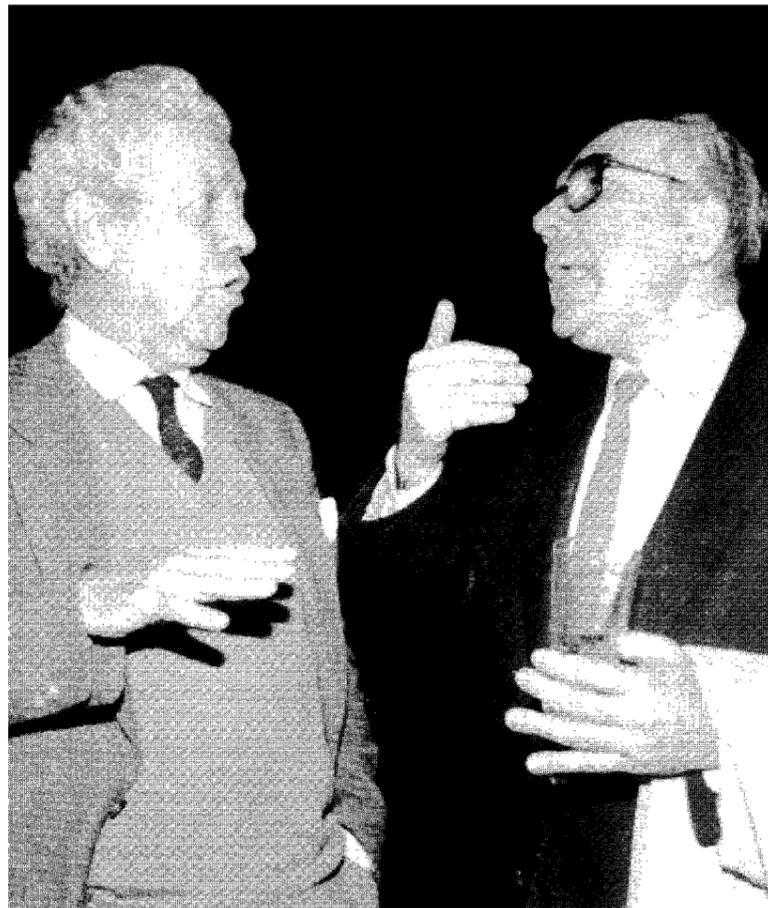
Vienen tales consideraciones a cuento de las memorias publicadas por Román Gubern bajo el atractivo y un tanto melancólico título de *Viaje de ida*. Estudioso de prestigio, catedrático, historiador, guionista cinematográfico y responsable de una larga serie de obras de reconocido mérito en diferentes campos, el autor nos describe en estas sus nuevas páginas sesenta años de excursión por el dédalo de las ideas y de la cultura, más que por el confuso bosque de la vida; andadura llevada a paso gimnástico, de buen talante y con la cara lavada, es decir, sin componendas.

Tanto tiempo y distancias tan considerables como las recorridas –del exilio infantil en San Sebastián a la irrupción del «New Left» americano, de los chanchullos en el seno de un jurado cinematográfico a la radical militancia antifranquista, de los restos del naufragio de la Lincoln Brigade a los secretos «voltios» del Vaticano (*)– suponen un notorio traqueteo físico pero sobre todo moral, con el consiguiente riesgo de subir y apearse en marcha de trenes que iban, o eso creíamos, en la misma dirección. Y aun cuando Gubern no parezca hombre inclinado al morbo de la queja, sino que más bien ofrece la imagen del viajero impertérrito en continuo estado de gracia frente al panorama –algo así como un Philias Fogg sin apuesta previa–, resulta natural que de cuando en cuando también él quiera saber dónde se encuentra verdaderamente, y a través de qué vericuetos psicológicos, culturales o políticos ha llegado a verse en su nueva postura, todo lo cual empuja sin remedio a esos pequeños viajes de vuelta que, según queda dicho ya, implica la reflexión.

El autor se ha impuesto el primordial y sanísimo propósito de no cansar, y en consecuencia evita demorarse más de lo justo en cada estación o en cada personaje surgidos al paso, con lo que tan agitado y tenso devenir acaba por envolver también al lector, quien –cual fiel *Passepartout*– va y viene a la vera del patrón, sin tiempo apenas de tomarse un respiro, compartiendo asombros, aceptando inesperados cambios de rumbo, o celebrando las jocosas «salidas» de aquél si el cuerpo lo pide, caso frecuente porque el libro –adelantémoslo ya– rezuma inesperado sentido del humor. Un lenguaje claro



Román Gubern en la pausa de un rodaje.



Gubern con Luis G. Berlanga.

y sencillo, lejos del temible tono doctoral y aun sin excesiva preocupación literaria, facilita todavía más el seguimiento.

Dos etapas aparecen iluminadas con particular intensidad, y en la cuidadosa descripción de las mismas es donde reside el mayor interés de este viaje, su enjundiosa aportación a la crónica general de nuestra época. Una corresponde a lo que dio en llamarse «gauche divine», público rechazo a los postulados oficiales de la dictadura, mansamente acatados hasta entonces por la alta burguesía barcelonesa –quizá porque se beneficiaba de ellos–, y respondidos de pronto con airada e irónica brillantez por buena parte de sus privilegiados vástagos. Comportamiento anárquico, dicho sea de paso, de la respuesta bronca y anárquica que se adueñara de la ciudad sesenta años atrás.

Bando «divino»

Con información de primera mano, dado que el propio Gubern fue pieza útil en el bando «divino», el libro se suma a la descripción emprendida por Carlos Barral en sus *Años de...*, continuada a través de textos intermitentes de Gil de Biedma y remachada recientemente por Oriol Bohigas, aun cuando la condición peregrina y casi cosmopolita del autor insufla una nueva perspectiva a los acontecimientos. Si en *Viaje de ida* se aportan datos inéditos de la Brigada Político-social que a la sazón acogotaba Barcelona, de la «cooptación» practicada por el Gelabert, o de la célebre «capuchinada» de 1966 y su consecuente «Taula Rodona», igualmente se vuelca en un sinfín de anécdotas significativas, como la sobrecogedora duda de Espriu acerca del «finis Cataloniae», el escándalo de los Simonov ante la «degenerada» pintura de Tàpies, o el afán de Jaime Camino por sumarse a la lucha africana de Lumumba, generosidad ésta no tan distante, si vamos a ver de la del revolucionario Feltrinelli que moría con camisa de seda natural al intentar abatir un tendido eléctrico. Los tiempos, al igual que los héroes, necesitan de su cuota

de suerte para pasar a la Historia con el relieve merecido, y en esto la Barcelona de «los felices sesenta» –agridulce título premonitorio del mismo Camino– no ha podido encontrar cronistas de mayor autoridad.

La segunda etapa singularmente bien estudiada es tangente a la anterior, y ocupa, al menos para el lector con inquietudes cinefílicas, la parte más jugosa de la obra, llevando en esto clara ventaja a las demás, como era presumiblemente conocida la vertiente cineasta de Gubern, también adscrito en buena medida al grupo en cuestión. Nunca se nos habían desmenuzado con mejor conocimiento de causa los altos y los bajos de la célebre e indefinible Escuela de Barcelona, sus orígenes, planteamientos y ambiciones, los logros y debilidades de aquel movimiento que, a partir de *Fata Morgana*, segundo film de Aranda, y apoyado económicamente en principio por el padre de uno de sus miembros más conspicuos, trató de replantearse el quehacer cinematográfico de arriba a abajo, liberándolo tanto de presiones materiales, como culturales y, por supuesto, políticas. Siempre sin pelos en la lengua, Gubern no duda en calificar a Joaquín Jordá de iconoclasta profesional; a Jacinto Esteva, cuyo talento por otra parte reconoce, de autodestructivo y caprichoso; a Muñoz Suay de pontífice con aires de comisario; al portugués Nunes de peón de brega; y al futuro senador Portabella, de remilgado y distante, mientras achaca la escasa participación de

Néstor Almendros en el grupo a las consignas dadas en contra suya como «gusano» de Castro. Pero, a la vez, rinde homenaje a la singular significación y aliento de un fenómeno sin precedentes en nuestra cinematografía.

Sin paños calientes

Quizá el autor no nos haya contado toda la verdad –¿quién podría exigirlo, juicios «à la Hollywood» aparte?–, pero queda claro que es cierto cuanto cuenta, condición doblemente imprescindible en un trabajo definido por el propio Gubern como las memorias de un historiador. Y cuenta, repetimos, sin recurrir a eufemismos ni a guiños privados, prescindiendo con la mayor naturalidad de paños calientes; valentía muy de agradecer cuando, en nombre del pudor y del respeto, tanto miedo hay a la desnudez.

Tampoco para muchos lectores será éste solamente un viaje de ida. Quien se interese por algunas de las múltiples figuras y cuestiones consideradas en el libro habrá de volver a él. Repaso que generará, a su vez, la sempiterna porción de vuelta inherente a cualquier... reflexión. □

(*) Voltio: lugar especialmente acondicionado para conservar negativos de películas, en este caso los de la Filmoteca Vaticana, de cuya Comisión para el Centenario del Cine fue nombrado el autor.

RESUMEN

Si el viajero es hombre curioso y atrevido, después de cada aventura regresará a su cuartel de invierno, en donde reflexionará. Así ha hecho, tal como lo ve José Luis Borau, Román Gubern, catedrático, historiador, hombre de cine, quien en estas memorias

que comenta nos describe sesenta años de excursión por el dédalo de las ideas y de la cultura, y no tanto por el confuso bosque de la vida; y lo ha hecho Gubern, añade Borau, a buen paso, con buen talante y sin componendas.

Román Gubern

Viaje de ida

Anagrama, Barcelona, 1997. 417 páginas. 3.900 pesetas. ISBN: 84-339-0779-4.

Una maleta de 1936

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*, *Literatura y pequeña burguesía en España*, *La Edad de Plata (1902-1939)*, *La doma de la Quimera*, *De postguerra y el ensayo de teoría* Historia, literatura, sociedad.

El hombre joven que, en la portada de los *Papeles póstumos de José Antonio*, levanta a un niño en brazos —con el fondo apacible de un frondoso seto de jardín— tiene bien poco que ver con la imagen de aquel otro joven en mangas de camisa, cruzados los brazos y fijos los ojos en la lejanía, que presidió aulas escolares y despachos oficiales durante tan largos años. Y, sin embargo, ni la camisa azul mahón (que quería ser proletaria), ni las tres estrellas de capitán debajo del yugo y las flechas, ni el pelo cuidadosamente planchado, ni siquiera aquella mirada pretendidamente magnética, borran de aquel omnipresente retrato un cierto toque de fragilidad y un aire de profunda tristeza.

Al joven de altura mediana e indiscutible buena planta le sentaba mejor el «smoking» que lucía cuando en 1928 se retrataba con su padre, el general dictador, y con los hermanos Machado en el Hotel Ritz, que el mono carcelario y las botas de fútbol con que se nos mostraba en la Modelo apenas ocho años después. Evidentemente, no era el ambicioso y desaprensivo joven Mussolini (al que su progenitor impuso el nombre del revolucionario Benito Juárez), ni el oscuro cabo Adolf Hitler que aprendió el resentimiento en el largo crepúsculo de 1918, ni el iluminado terrorista Cornelio Codreanu, ni siquiera el botarate Sir Oswald Mosley o el militar profesional Vidkun Quisling. Tampoco se parecía en nada a Ramiro Ledesma Ramos, funcionario de correos, autodidacta notable y orgulloso caballero de una poderosa motocicleta, ni a Onésimo Redondo, alumno de los jesuitas de Valladolid y agitador a sueldo de los propietarios remolacheros, ni a Ernesto Giménez Caballero, hijo de impresores e hijo pródigo del nacionalismo liberal. De todos los intelectuales que le rodearon, el mejor amigo del joven Primo de Rivera fue Rafael Sánchez Mazas, al que alguien llamó su apóstol San Juan, la más opaca y singular de las biografías fascistas españolas: burgués con hebras de aristócrata, escritor desdeñoso y perfeccionista a la par, leal hasta el final al fantasma que había contribuido a edificar y del que ya nada quedaba. Y que venía a ser un fascismo más religioso que vitalista, más renacentista que romántico, más soñador que activo, mucho más agrarista que industrial. En términos de sociología política, era seguramente lo que daba de sí, en cuanto a totalitarismos, un país dominado por el capital agrario y el capital financiero, sin apenas clases medias y en el que se afirmaba una vigorosa izquierda revolucionaria: el resultado lógico sería un fascismo de ex-alumnos (más que de sacristía) y de provincianos que mezclaban en su rencor la modernidad intelectual, el internacionalismo obrero y las mujeres que fumaban.

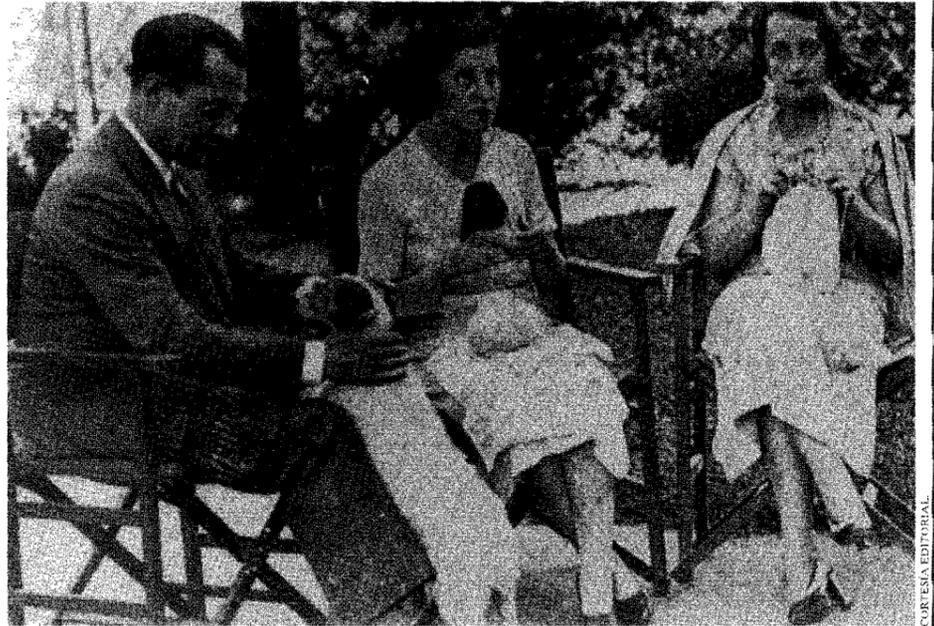
Y el fascismo español nunca fue mucho más, a despecho de quienes tienden a convertir la derrota y el olvido en añoranza pueril de lo que pudo ser y no fue. En la reciente y atractiva novela del joven Juan Manuel de Prada *Las máscaras del héroe* (1996) —relato que tiene todas las virtudes y los defectos de lo escrito por el primero de la clase—, se mezcla a Primo de Rivera con el mundo literario de su tiempo y se dice de él que «cultivaba la medida, la timidez, el rigor verbal, cierta me-

lancolía sin subrayados» (pág. 363) o que, «guapo y taciturno, ya las hijas de las marquesas se desentendían de los camareros y se arremolinaban ante él, para recaudar su autógrafo» (pág. 418), aunque en la página 454 se tantea la pistola que lleva bajo el sobaco. Pero cabe sospechar que ni era para tanto la formación literaria de Primo (con todo y no ser banal), ni la romántica premonición de su aciago destino. Ya en la pintoresca «biografía apasionada» publicada por Felipe Ximénez de Sandoval en 1941 (pieza capital de una idolatría subrayada de pujos homosexuales) se encuentran todos los elementos del mito: el José Antonio exquisito, lector apasionado y probable amigo —en secreto— de García Lorca, el José Antonio que autoriza a Ximénez a asistir al homenaje a Alejandro Casona con motivo de *Nuestra Natacha*, el José Antonio que recita el *If* de Kipling y recomienda a sus escuadras ver *Tres lanceros bengalíes* de Hathaway y *El delator* de John Ford, pero que también admira *Tiempos modernos* de Chaplin. Aquel hombre de treinta años era, en efecto, culto, cortés, seguramente tímido, aunque como tantos seres de fondo inseguro tuviera lo que Ximénez de Sandoval llamó «cóleras bíblicas». En una de ellas abofeteó al general Queipo de Llano, que había insultado a su padre, por lo que Primo fue expulsado del ejército. En otra, consumó su ruptura con Ramiro Ledesma Ramos sobre quien publicaría un texto de señoritismo cruel, *Aviso a los navegantes*. *Arte de identificar revolucionarios*: la polémica entre los dos líderes manifiesta el escaso fuste político de ambos, pero es un documento precioso de la latente pugna de dos fascismos, el pequeño burgués y seudorrevolucionario de Ledesma y el reaccionario y pseudoaristocrático que representaba Primo.

Los sueños de «Alarico Alfós»

Los textos que traen estos *Papeles póstumos de José Antonio* confirman el diagnóstico, mal que pese a la buena voluntad y al noble y legítimo entusiasmo de su editor, Miguel Primo de Rivera. Han visto la luz sesenta años después de la muerte de su autor y casi veinte después de que el socialista Víctor Salazar entregara a sus herederos la famosa maleta con las pertenencias que José Antonio Primo dejó en la cárcel de Alicante, donde fue fusilado el 20 de noviembre de 1936. En ella estaban las cuatro carpetas de escritos de entre los que, con muy sagaz intención propagandística, Indalecio Prieto hizo publicar el testamento en plena guerra civil. Lo que restaba inédito, y ahora se nos ofrece con pocas ausencias, comprende algún borrador literario, notas para futuros artículos, cartas personales y políticas y apuntes forenses que usó en su propia defensa, a los que el editor ha añadido unos pocos y no muy interesantes documentos pertenecientes a su tío Miguel Primo, compañero de prisión y de juicio del fundador de Falange Española. Una generosa antología de *José Antonio en sus textos* ahorra al lector curioso la consulta de las ya inencontrables *Obras Completas*, a la vez que busca entre su holgado millar de páginas lo más favorable a la imagen de un José Antonio «humanista» y declaradamente «no fascista» que esboza la «Semblanza» preliminar, obra del editor. Y, por último, una selección de juicios ajenos busca también esa misma benevolencia en la pluma de amigos, adversarios o historiadores.

Quizá lo que más llamará la atención del lector curioso es la presencia de una novela, *Alarico Alfós*, de la que se tenían vagas noticias y que fue iniciada en 1924 y prolongada en 1936, en sus días finales, lo que habla con elocuencia de su importancia íntima. Mucho de ella es autobiográfico, en efecto, como suele suceder en la obra de escritores aficionados.



José Antonio Primo de Rivera con sus hermanas Pilar y Carmen en su casa de Chamartín, en el verano de 1934.

El protagonista y dueño de tan pintoresco onomástico es un aristócrata reciente, como lo fue el propio autor, cuya familia se ha empuñado, sin embargo, en conferir solidez y abolengo visigóticos a un modesto título alfonso: de ahí el nombre del muchacho. (Los Primo de Rivera eran una familia de terratenientes jerezanos y el título de marqués de Estella fue otorgado por Alfonso XII al general Fernando Primo, conquistador de la villa epónima en la guerra carlista; era tío abuelo de José Antonio y, al morir sin hijos, heredó el marquesado su sobrino mayor, el futuro Dictador, y de él, su primogénito.)

Pero, al margen de las irónicas observaciones sobre su estirpe, *Alarico Alfós* es la historia de un tímido que se enamora por vez primera a los nueve años. Una injusta fama de juerguista (fruto de una primera e involuntaria borrachera con un cóctel de nombre tentador) le granjeó, sin embargo, el éxito erótico que le negaba su anterior asiduidad. Y la paradoja le ha convertido en un cínico venial: «Soy muy aficionado al amor —confiesa—. Sé que es una mentira, pero es un arte. Todas las artes son mentiras, y cuanto más refinadas, más. Pero no por mentirosas son menos agradables. Quizá tenga vocación para el arte de amar, pero de ahí no puedo decidir que sirva para marido». Indudablemente, la novela hubiera avanzado por ese camino, a medias entre una crónica inocentona de galanteos en el Madrid de 1920 y una reflexión de poco fuste sobre el donjuanismo, pero lo más significativo es que cuando el autor reanuda la novela, abandona la perspectiva y el título. El «navegante solitario», como se llama ahora, está escrita en tercera persona y abundan rasgos de embrionario perspectivismo sobre su personaje: «Alarico, contra lo que expresa esta especie de prólogo —leemos en una nota—, es considerado unánimemente como un hombre alegre, acaso burlón, seguro de sus fuerzas y satisfecho de sí mismo». ¿Observación complacida? ¿Queja displicente? El tono revela, sin duda, la temprana añoranza de afectos reales, extramuros de una familia que, por lo demás, parece que estuvo muy entrañablemente unida. Parece al respecto muy revelador que el encuentro de Alarico con una antigua novia ya casada reproduzca (como subraya el editor) un episodio real y reciente: en el Parador de Gredos, Primo, que acudía a un congreso de Falange, se tropezó con su antiguo amor, Pilar Luna Azlor de Aragón, que estaba en viaje de bodas con su marido.

Sin embargo, puede que el texto más revelador de la crónica joseantoniana sea el datado en el 14 de enero de 1933. El cinismo mundano se deshace ahora en el revelador

recolo de un machista tímido: «Entre las mujeres laicas sólo son tolerables las que salen un poco golfas (...) Pero las que además de laicas, son abstemias en amor, emanan una frigididad horripilante de quirófano». No sabría decir si Carmen Werner, una falangista de primera hora, era —cuando menos a los ojos de José Antonio— una «mujer laica» y de qué naturaleza, pero entre los textos de estos *Papeles póstumos* se ha deslizado una carta muy reveladora que la tiene como destinataria. Primo escribe desde París en 1935 e inevitablemente juega a ser por un momento Alarico Alfós. Comenta a su amiga que siente la «melancolía de París», consecuencia de una ciudad cuyo encanto está demasiado maduro, casi en el límite de la decadencia. «Y lo malo —se lamenta— es que un fascista no debiera sentirse melancólico por eso. Todo ello anuncia la vuelta al campo, a la guerra, a la vida austera y primitiva, pronto tal vez llevaremos la sangrienta ración de carne cruda bajo la silla ecuestre, jinetes por los campos de Europa, pero el «foie-gras gelé» ¿estaba tan bueno!».

Lo más significativo es que aquello que en este texto se ve como un porvenir en el fondo muy poco apetecible comparece en septiembre de 1936 como un horizonte políticamente deseable. El *Cuaderno de notas de un estudiante europeo* (título que parece deudor de las fantasías europeístas cultivadas por Giménez Caballero, Montes y Sánchez Mazas) desarrolla una tesis nada original en el marco de lo que Furio Jesi ha llamado la «cultura di destra»: la Reforma protestante, con Lutero y Calvino, canalizó hacia lo humano la energía que la Edad Media había consagrado a lo trascendente; el optimismo antropológico —Rousseau— y el económico —Adam Smith— ratificaron en el siglo XVIII la trayectoria que vivió su momento culminante en el liberalismo decimonónico (aunque tuviera un aguafiestas en Karl Marx); nuestro siglo, a cambio, presencia los síntomas del final de la «vitalidad burguesa» que ha sido la beneficiaria de la suplantación del espíritu por lo humano. Y las edades clásicas (como la nuestra es, en cierto modo) concluyen en catástrofes, mientras que las edades medias son las que se transforman en clásicas. Primo, lector de *Una nueva Edad Media* de Nicolai Berdiáiev, piensa que ante la inminencia de la catástrofe la solución no es el anarquismo, por individualista, ni el fascismo, por idólatra, ni el comunismo, que es el propio caos que se intenta conjurar, sino el regreso a la fe. Y con ella, «la vuelta a la naturaleza. Égloga y geórgica. Sentido geórgico del nuevo regreso. Desmon-



Viene de la página anterior



te del capitalismo: solidarismo gremial, des- congestión urbana. Deshielo de la superin- dustrialización. Vida dura en las clases medias e intelectuales. Formación militar de las clases superiores. Alegría prerreligiosa. ¿España? Y así acaso vuelva un día a encenderse sobre Europa unificada la alegría católica».

Como se comprobará, a reserva de la costumbre tártara de macerar la carne cruda bajo la silla de montar, toda la aprensión de 1933 se ha convertido en jubilosa profecía. Y no solamente sucede en ese texto. El joven aristócrata que, en *Alarico Alfós*, se burla con benévola donosura de su estado, justificaba en el ensayo inédito *Aristocracia y aristofobia* la necesidad histórica de la primera. No se le oculta que ha perdido «valor efectivo» y que, después de 1931, solamente vive en el resentimiento de sus enemigos que se complacen en consignar la condición de «ex-duque» o «ex-marqués» en sus adversarios políticos. Pero quien en 1931 había caracterizado a los republicanos como «mezquina gentecilla» compuesta de «abogadetes, politiquillos, escritoruelos, mequetrefes» («La hora de los enanos», en *ABC* del 16 de marzo de 1931, artículo que el lector deberá buscar en las *Obras Completas*), ahora afirma que vivimos un momento de «ordinariez, envidia, rencor» en el que urge «aristocratizar la clase media»; yerran los nobles cuando «se burlan de sus imitadores. ¡Pero si justamente su misión consiste en procurarse imitadores!». Y es que «cuando las masas se encuentran en el callejón sin salida a que ha de conducir las su incapacidad para el mando, es seguro que, sobre la confusión y la ordinariez imperantes, volverán a alzarse unas cuantas minorías selectas».

En agosto de 1936 otro borrador de ensayo, *España: germanos contra bereberes*, planteaba el mismo problema. Niega el autor la visión tradicional de España como una constante idiosincrática —«una tradición espacial»—, permanentemente asediada por invasores extraños: romanos, visigodos, árabes... Una patria —viene a concluir este discípulo tardío de Renan— es «la proyección física de un destino», y en tal sentido, España solamente conoce dos ingredientes: el talante vernáculo y bereber que «guarda siempre el tono particularista y hostil» y el componente germánico que significa la voluntad de prevalecer en la historia, ya sea construyendo el Estado unitario, identificándose con la monarquía o colonizando América. Cuando en España se menta al «pueblo», el término tiene «un tono particularista y hostil, ajeno a cuanto no sea mera sobrevivencia étnica: decir «pueblo» en Israel, sin embargo, es una noción que comprende también a los profetas, como mentar el «pueblo» en el Reino Unido incluye a la Cámara de los Lores». En tal sentido, la izquierda española, resentida y crítica, impermeable a los grandes «proyectos históricos», es una herencia del espíritu bereber (que no debe confundirse con el árabe): entre 1931 y 1936 ha dedicado sus esfuerzos a «la demolición de todo el aparato monárquico, religioso, aristocrático y militar que aún afirmaba, aunque en ruinas, la europeidad de España».

El rescate imposible

El lenguaje de Primo es, a primera vista, orteguiano y constituye ya vieja tradición consignar su deuda con el autor de *La rebelión de las masas*. La ambigüedad del pensamiento sociopolítico del Ortega posterior a 1917 es, por otro lado, muy evidente. En *Genio de España* (1930), Ernesto Giménez Caballero había consagrado su segunda parte, «Los huevos de la urraca (notas a Ortega)», a vindicar la función de éste como precursor del fascismo español: como el pájaro del título, el filósofo

«en un 'lao' pega los gritos / y en otro pone los huevos», lo que vale decir que «pone su devoción, su pánico religioso, en el Templo de la Humanidad, que es el Parlamento, el Liberalismo y Ginebra. Pero los huevos, los gérmenes, a pesar suyo tornan al otro 'lao'», al del nacionalismo fascista. El propio Primo repitió esas especies, con no mucha originalidad, en su «Homenaje y reproche a don José Ortega y Gasset» que publicó en la primera entrega de la revista *Haz* (1935). Pero lo que en rigor suena tras el léxico aparentemente orteguiano de José Antonio Primo es el fondo torvo de los ideólogos de *Acción Española* (empezando por Ramiro de Maeztu) y el espíritu de nacionalismo aristocratizante —mucho peor conocido que el regeneracionismo populista o burgués— fraguado en la Baja Restauración —en el mundo de los «jóvenes mauristas»— y largamente ensayado durante el período de la Dictadura.

Y eso no tiene mucho que ver con las dudas antiliberales de Ortega que hallaron su más patética expresión en el «Prólogo para franceses» y el «Epílogo para ingleses», escritos en Holanda y en 1937 como presentaciones de sendas traducciones de *La rebelión de las masas*: Ortega pudo ser —y, a su pesar, fue— un referente de la crítica a la democracia y del nacionalismo, pero siempre se movió en el contexto de un liberalismo inexorablemente laico. Los universitarios que en marzo de 1932 firmaron el manifiesto del «Frente Español» y hablaron del «Estado Nacional», de la «organización funcional de la sociedad por criterios de trabajo» y del «cumplimiento de la misión histórica de España» fueron, sin duda, herederos legítimos de la *España invertebrada* de Ortega pero también fueron nacionalistas extraviados en la general confusión política de los años treinta y en el irrefutable descrédito del liberalismo. Pero no son exactamente fascistas: no lo fueron firmantes como José Antonio Maravall o María Zambrano, ni lo fue por entero Salvador Lissarrague, pese a su posterior colaboración con el franquismo. El llamado «discurso fundacional» de Primo en el Teatro de la Comedia en febrero de 1933 fue, sin embargo, un discurso claramente fascista y se publicó íntegro —conviene no olvidarlo— en la revista de Maeztu y Quintanar *Acción Española*, donde lo prologó con elogio el carlista Víctor Pradera. Así lo recuerda «Roberto Lanzas» (Ramiro Ledesma Ramos) en *¿Fascismo en España?*, y aún añade que «el mítin fue radiado a toda España, y además muy protegido por la fuerza pública. Esto originó que Giménez Caballero, hombre alerta, aunque quizá marre algunas veces la mirada, expendiese la creencia de que la masonería —entonces en el poder— no sólo favorecía el mítin, sino que, además, merced a una larga intriga, se disponía a controlar el movimiento fascista que de él pudiera derivarse».

De un modo que no deja de ser patético, Primo consagró muchos esfuerzos a romper su identificación —aunque no sus amarras reales— con la derecha. En noviembre de 1934 aconsejaba al general Sanjurjo —pertinaz esperanza de los revoltosos antirrepublicanos— que desistiera de encabezar cualquier nuevo remedo de la intentona de agosto de 1932: «Lo único que habría en él de verdaderamente nacional y popular sería el nombre de usted», argüía, porque, en su ánimo, la «verdadera revolución nacional» tendría que hacerse con gentes «conquistadas al socialismo, al sindicalismo, al anarquismo, gracias a la fuerza inmensa de lo patriótico». Estos son los párrafos que los exégetas incondicionales suelen subrayar como testimonios de un Primo «naturaliter» izquierdista. Pero no se puede olvidar que la misiva se dirige a un general golpista y reaccionario y que, por otro lado, la historia demostraría no muchos años después que una «revolu-



Primo de Rivera leyendo.

En la cárcel de Alicante.

ción nacional», la de la Francia de Vichy, podía aliar a un mariscal octogenario y glorioso, a un antiguo radical (Pierre Laval), a un «normalien» socialista (Marcel Déat) y a un sindicalista comunista (Jacques Doriot) en uno de los episodios más abyectos de la historia de la Europa de nuestro siglo. El historiador no puede dejar de recordar que el 4 de mayo de 1936 Primo escribía su «Carta a un militar español» (piadosamente olvidada ahora por su sobrino) en la que presentaba la España del Frente Popular como la consecuencia de «una invasión extranjera» donde «las consignas vienen de fuera, de Moscú (...). Se dijera que vivimos una pesadilla o que el antiguo pueblo español (sereno, valeroso, generoso) ha sido sustituido por una plebe frenética, degenerada, drogada en folletos de literatura comunista». La cita de Oswald Spengler no puede ser, en este caso, más inequívoca: «A última hora siempre ha sido un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización». De polvos como esos vendrían los bien conocidos...

Naufragar en esa confusión (o en esa espantosa certeza) hubiera sido el final de José Antonio Primo de Rivera y quizá el destino fue piadoso con su figura al dejar abiertos algunos interrogantes. Decididamente, aquel aristócrata (con cierta conciencia de «parvenu»), cultivado y descontento, inseguro e irascible, fue una víctima más de un tiempo inclemente y es hora ya de no seguir fantasean-

do futuribles a su costa. Puede que, en rigor, lo más impresionante de este libro sea la imagen inolvidable (y siempre nobilísima) del hombre que sufre y que sabe que ha de perder la vida a los treinta y tres años. La dimensión auténticamente humana de esa tragedia nos la proporcionan, mejor que los endeble argumentos de su editor, esos borradores de su autodefensa jurídica donde Primo apunta que «jamás disculpé ni alenté el terrorismo fascista (cuando tantos textos acreditan lo contrario), o cuando niega su implicación en la rebelión (pese al hallazgo de dos pistolas en su celda), o cuando sostiene todavía que, al igual que le sucedió a su padre, sus peores enemigos estuvieron en las viejas derechas. Aquel hombre joven quería, sobre todo, salvar su vida pero la honda retórica cristiana de sus expresiones más íntimas, cuando ya está sentenciado, nos conmueve profundamente, y quizá más todavía cuando la contrastamos con los términos más mundanos de la carta de despedida a Sánchez Mazas, la más emocionante de todas las doce que escribió en su última noche. Al fin y a la postre, en aquellos días aciagos para él (como para tantos otros que han tenido peor fortuna editorial) lo que quedaba de la vida era el recuerdo de las dos mil pesetas que le había dejado en depósito la anciana clienta Práxedes Merino, los trajes que debía al sastre Cid o las minutas que encarecía a sus pasantes que pasaran al cobro.

RESUMEN

La publicación de los papeles (políticos, literarios y personales) que tenía José Antonio Primo de Rivera en su celda de Alicante en el momento de ser fusilado en noviembre de 1936 le lleva a José-Carlos Mainer a analizarlos, de-

teniéndose en la figura política del fundador de la Falange que sitúa en el contexto del fascismo español, y en la literaria, adentrándose en sus relaciones con muchos de los intelectuales de su tiempo a los que trató y, a algunos, estimó.

Miguel Primo de Rivera y Urquijo

Papeles póstumos de José Antonio

Plaza & Janés, Barcelona, 1996. 395 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-01-53011-3.

Las leyes del Reino

Por Miguel Artola

Miguel Artola (*San Sebastián, 1923*) es emérito de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid. Es Premio Nacional de Historia 1992, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, académico numerario de Historia y ha sido presidente del Instituto de España. Entre sus obras pueden citarse *La burguesía revolucionaria*, *Los orígenes de la España contemporánea* y *Antiguo Régimen y revolución liberal*.

La versión más antigua de la ley se asocia a la voluntad de un legislador personal. Superior a cualquier otra, la «ley divina» es la voluntad de Dios, conocida a través de la revelación y es posible descubrirse en la Creación como «ley natural». La «ley positiva», como la divina, aparecía como la expresión de una voluntad personal, la del «príncipe» que se ejercía por la «gracia de Dios». Aunque no había límites para su voluntad fuera de la ley divina y natural, su razón, afectada como la de los demás hombres por las consecuencias del pecado original, le obligaba a contar con el «consejo» de personas de saber y experiencia o a buscar en el «consentimiento» de una asamblea la seguridad de que sus decisiones eran conformes a los fines de la sociedad. La versión política de la doctrina cristiana dio origen a una práctica en la que el rey hacía leyes «con consejo» o «con consentimiento», en tanto no había condiciones a la hora de designar a las personas llamadas a prestarle uno u otro tipo de colaboración.

Un lugar común hasta la Constitución de los EE.UU. asociaba la extensión del territorio con la forma de gobierno al suponer que sólo la monarquía podía garantizar la continuidad de un estado de ciertas dimensiones. Además de una forma de gobierno, la Monarquía era un tipo de estado distinto del Reino. La monarquía se había formado por la unión de diferentes Reinos que conservaron ciertos elementos de su «Constitución» anterior. Las diferencias políticas en el interior del Reino se debían a la condición social de las personas y no al origen (naturaleza) con independencia de sus dimensiones que podía ser tan pequeño como Dinamarca o tan extenso como Rusia. Los súbditos de las monarquías compartían una misma imagen política, veían como reinos a todos los demás y sólo reconocían como monarquía a la propia. En toda Monarquía había «negocios de Estado» —guerra y paz, unidad religiosa, la jurisdicción superior, el comercio exterior y entre los reinos, la gestión y empleo de las fuerzas armadas— que eran materia reservada a la Corona, cuyas decisiones eran válidas en todo el territorio. Los «negocios de los reinos»: la legislación, la organización y administración de la justicia local, la gestión de la hacienda, el mantenimiento del orden público.

El gobierno de la Monarquía de España respondía a un modelo general, organizado en torno a dos centros de poder: la «Corte» donde se decidían los negocios de Estado y desde donde se intervenía en los de los reinos a través de los Consejos Territoriales de Castilla, Aragón, Indias, Italia; y la «Corte Virreinal», que reproducía a menor escala el modelo anterior, donde un representante personal ocupaba el lugar del rey y un «acuerdo», habitualmente formado por los letrados de la audiencia, el del Consejo. Además de autoridades y oficiales reales, los reinos de la Monarquía contaban con una asamblea con el nombre de Cortes, Parlamento y Estados Generales según los reinos. Las leyes se hacían con «consejo» tanto en la corte del rey como en la del virrey y con «consentimiento» únicamente en las asambleas de los reinos.

El carácter territorial de la ley se descubre en la ausencia de una asamblea común

y en la falta de leyes de la Monarquía. Si la consideramos como ley, podríamos decir que la Pragmática de los tratamientos y cortesías de 1586 fue la única de la Monarquía de España, la sola norma que se aplicaba en todo el territorio. La asamblea y el derecho eran particulares del reino y el procedimiento legislativo no experimentó cambios por la incorporación en la Monarquía, aunque sufrió los efectos del distanciamiento progresivo de las reuniones, fenómeno común en la Europa continental. El consentimiento dio paso al consejo a la hora de legislar y los nombres tradicionales de la ley y los «ordenamientos» de Castilla, «los fueros» de Aragón, Valencia y Vascongadas, las «constituciones» de Cataluña y los «capítulos de Cortes» de Castilla y Cataluña, convivieron con las «pragmáticas», «edictos», «decretos», «provisiones», cuando no «leyes» hechas con consejo. La diversidad léxica no se justifica ni por el procedimiento ni por el contenido, hay más palabras que cosas y en el caso de los «fueros» el mismo nombre designa realidades diferentes.

La comunicación y publicación de la ley era un trámite costoso, que aportó nuevos nombres, como «cédula», y su conservación fue tan difícil que el paso del tiempo ha resultado selectivo. En principio la ley es una carta abierta del rey y los varios nombres que recibe, incluso en el mismo documento, constituyen una dificultad que hasta ahora hemos eludido mediante la aplicación de cualquiera de ellos. La relación de personas y títulos, que siguen a los títulos del rey no hace de ellos destinatarios privilegiados de las muchas cartas que expedían las cancillerías, eran autoridades, obligadas a cumplir lo dispuesto en la carta, cuando el interesado lo requiriese. El insostenible gasto de tantos traslados condena aquella interpretación y la ausencia de ellas en los archivos familiares lo confirma. Cuando la aplicación de la ley se manifestaba a través de la acción de los oficiales reales, bastaba con la comunicación. Los súbditos descubrían en la práctica el contenido de las ordenanzas dirigidas a los oficiales del rey en tanto se acudía a la lectura por un pregonero de aquellas normas que autorizaban o prohibían las acciones de los particulares y cuando llegó la imprenta se perfeccionó con la fijación de bandos en los lugares de mayor concurrencia.

La conservación de la ley era un empeño de resultados aleatorios. El ejemplar único del pregon estaba condenado a la desaparición

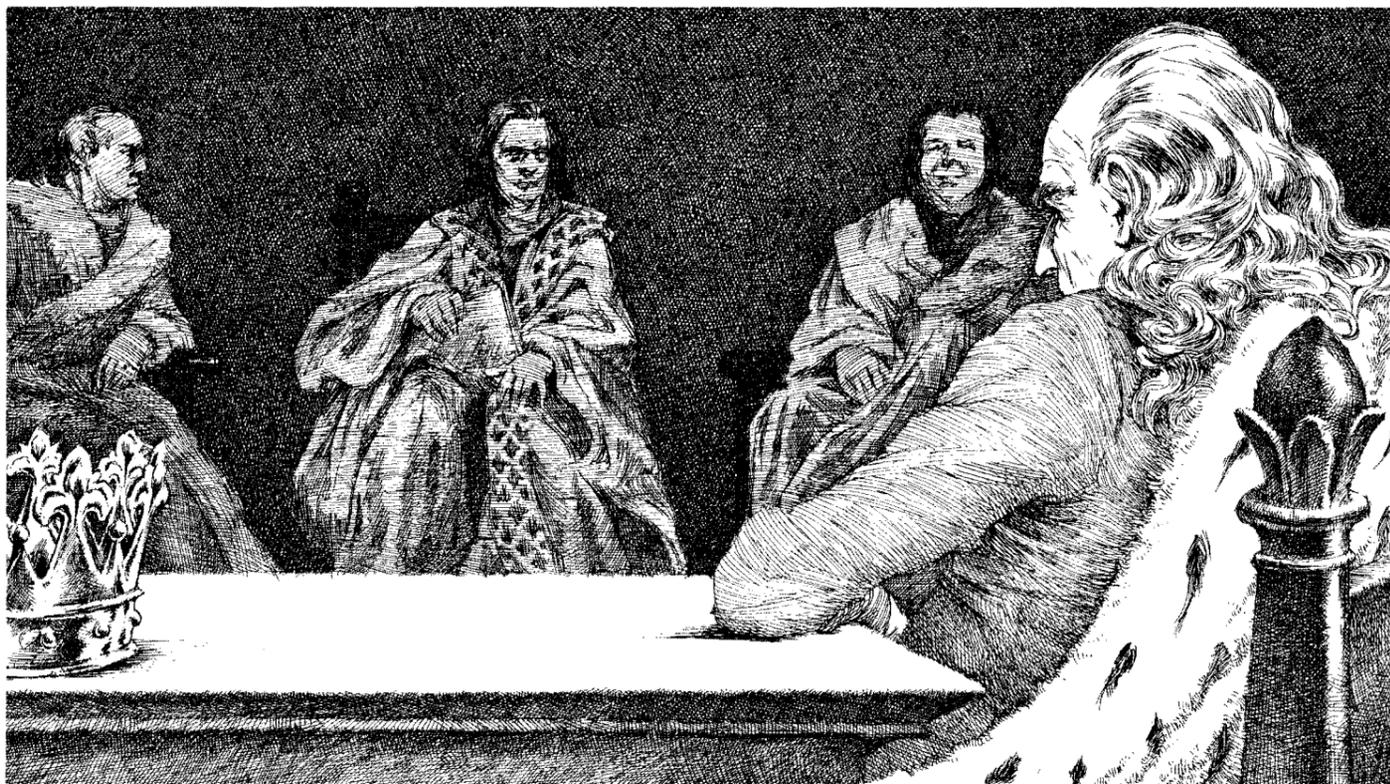
y las tiradas de las leyes eran tan cortas que muchas se perdieron, como se descubre en las referencias a disposiciones precedentes. Las pocas «compilaciones» tenían un carácter especializado, temporal o temático, y el mercado no justificaba su reedición. Las «recopilaciones», más accesibles para los contemporáneos por su organización sistemática, se reimprimían, pero la manipulación las ha despojado de la información sobre su elaboración y con frecuencia de la literalidad del texto. La difusión de la palabra «ley» se debe al recopilador, que aplica este nombre a cada uno de los párrafos recopilados.

La dualidad de procedimientos legislativos hasta el momento en que las Cortes dejaron de reunirse dio lugar a un conflicto «constitucional», cuando la ley hecha con consejo entra en conflicto con la hecha con consentimiento. A pesar de alguna declaración explícita que pretendía regular la interpretación «constitucional» de la ley, la práctica estuvo dominada por la acción de fuerzas contrapuestas. La Corona y sus representantes legislaron con consejo y las Cortes se cuidaron de mantener vivo el recuerdo de las leyes en que habían participado. En tanto las Cortes y Diputaciones de los reinos financiaban la edición de las leyes hechas con consentimiento, los agentes de la Corona no encontraron dinero para conservar las hechas con consejo. Sólo en la Corona de Castilla se cuidaron de la edición de sus leyes, con independencia de su origen. Compilaciones como el *Libro de las bulas y pragmáticas* de Ramírez son excepcionales y las recopilaciones eran tan selectivas, que han reducido el corpus legislativo a un mínimo, en el que faltan más leyes de las que se recogen. Hemos aceptado que los pocos miles de leyes de la *Nueva Recopilación* y de la *Novísima* contienen la legislación de Castilla; la *Recopilación* de 1680, el Derecho indiano; los *Fueros*, el de las tierras Vascongadas, Aragón y Valencia; y las *Constituciones*, el de Cataluña, cuando fuera de ellas se encuentran tantas o más que en éstas, perdidas muchas en los apéndices de los libros de historia.

La abolición de los Fueros de Valencia y Aragón en junio de 1707, acabó por limitarse al Derecho público de Aragón y Cataluña, de acuerdo con la doctrina enunciada por Felipe V: «en el modo de gobernarse los reinos y pueblos no debe haber diferencia de leyes y estilos». Los decretos de «nueva planta», una denominación frecuente, reformaron

las audiencias e introdujeron el corregimiento en las ciudades. A pesar de su impacto, no fueron éstas las novedades políticas más relevantes, si las comparamos con lo que ocurrió a los secretarios de Estado, que sin cambiar de nombre se convirtieron en ministros responsables en áreas determinadas de gobierno, como Estado, Justicia, Guerra, Marina e Indias y Hacienda. Bajo los Austrias, los individuos de los Consejos de Estado o Guerra se habían limitado a dar opiniones para que el rey tomase la decisión más conveniente, en tanto los Consejos de gobierno habían esperado la conformidad del rey a sus consultas. Los validos fueron los únicos actores políticos responsables y como tales fueron castigados. La atribución a los secretarios de Estado de un área de competencias implicaba responsabilidad, que lleva aparejado poder para gobernar y capacidad para legislar, sin más trámite que la conformidad del rey, que se registra en la referencia que hace el secretario cuando —de orden del rey— comunica sus decisiones al Consejo Real para su publicación. La iniciativa legislativa de los ministros fue un factor decisivo en la modernización de España, aunque no fuese ésta una opinión por todos compartida.

Al margen de su contenido, las leyes con consejo fueron un medio de unificación legislativa al tener vigencia en toda España y cierto número de ellas se adaptaron para su aplicación en América. La *Novísima* recoge un centenar de leyes anteriores a 1700 y más de 3.500 del siglo XVIII, tantas como las que hay en la *Nueva*, que recoge las de varios siglos. Tanto como el número inquietaba la amenaza que representaba para la identidad política de los territorios forales, circunstancia que explica la activación del «uso foral». El nuevo régimen adquirió nombre propio en el momento en que los revolucionarios lo identificaron con el «Antiguo Régimen», en tanto era condenado por los que, durante un siglo, lo habían sufrido como «despotismo ministerial». La legislación del Antiguo Régimen empleó los viejos nombres: «pragmáticas», «decretos», «cédulas» y «provisiones», a pesar de los significativos cambios que se habían producido en el procedimiento. Sus autores no mostraron ningún interés por identificar formal y materialmente las diferentes leyes, en el caso de que las distinguiesen, y dejaron



FRANCISCO SOLÉ

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

para la posteridad un trabajo que los historiadores aún no hemos resuelto.

Legislar era necesario pero no suficiente para construir un derecho propio del Reino de España; hacía falta enseñar el derecho positivo a los estudiantes de las facultades y proporcionar a jueces y abogados un corpus sistemático de Derecho Real, que substituyera al romano. La ofensiva de Macanaz desde la fiscalía general del Consejo Real incluía la renovación de los estudios universitarios, en tanto la resistencia de las universidades a cambiar de planes, podían haber sido inspiradas desde el Consejo Real. La caída de Macanaz aplazó la reforma hasta el reinado de Carlos III, durante el cual se aprobaron los nuevos planes universitarios, que en algún caso incorporaron la enseñanza del Derecho Natural y de Gentes. Los efectos del cambio se vieron limitados por la necesidad de renovar la composición de los claustros antes de alcanzar a los estudiantes.

La actualización del contenido de la *Nueva Recopilación* no era suficiente para recoger las nuevas leyes y a partir de 1745 no se hicieron más que reimpressiones. Los planes para eliminar la legislación en desuso y recoger la nueva no dieron resultado hasta la publicación de la *Novísima* en 1805, cuando su contenido estaba a punto de pasar a la historia, debido al impacto de la revolución. En el intervalo, el acceso a la ley dependía de la riqueza de los archivos y de la calidad de sus registros. El Consejo Real, que se cuidaba de la impresión de las leyes y de la administración de la justicia, tenía mayores medios y tanta necesidad como los otros tribunales. El encargo que hizo a sus oficiales sorprende por la modestia de sus objetivos, reducido a la encuadernación por orden cronológico de los impresos disponibles, sin añadir siquiera un índice. Manuel de Sande, escribano del Consejo, formó una colección de catorce o más volúmenes, que se identifican por la numeración que llevan en el lomo. La impresión de las leyes corría a cargo del Consejo, que enviaba los documentos a la imprenta, en tanto una de sus oficinas, la Subdelegación de penas de cámara, con ingresos propios, corría con los gastos y recibía como justificante de la tirada un ejemplar de los impresos. En 1780, Campomanes mandó que se usasen éstos para hacer una colección legislativa y el contador de gastos de justicia, Manuel Navarro, hizo cuanto pudo para reunir todos los que había desde la llegada de los Borbones. Formó una colección de doce volúmenes, que comenzaba en 1708 y llegaba a 1781, en la que se aprecia la ausencia

de una parte substancial de los más antiguos. Cada uno de los dos primeros tomos cubre más de tres lustros, los tres siguientes entre 8 y 9 años, después dos y el último recoge la legislación de 1781. El celo de Navarro, si no fue la precaución de Campomanes, se descubre en la elaboración de un «Resumen alfabético» por materias, con una descripción del contenido de cada una de las leyes, que se completa con un «Índice» más breve que facilita el acceso. La encuadernación continuó en los años siguientes hasta formar el volumen 26, con las leyes de 1795.

El propio Navarro quiso ofrecer para el uso del fiscal otra colección privada, pero no encontró ejemplares de las leyes más antiguas por lo que comienza con el reinado de Carlos III. Es un magnífico ejemplar, en 26 volúmenes, que el Banco de España adquirió hace unos años, y concluye en la misma fecha que el anterior, coincidiendo con las últimas actividades políticas de Campomanes. Un coitejo sumario de ambas fuentes muestra su identidad, aunque sería necesario un trabajo más completo, para decidir sobre su literalidad.

El libro de las leyes del siglo XVIII es la reimpression de los doce libros que formaban la colección cuando Navarro hizo el «Resumen», un importante empeño que ha salido adelante por el esfuerzo del Boletín Oficial del Estado y del Centro de Estudios Constitucionales. Contiene un millar de leyes, de las que sólo una parte quedó incorporada de forma parcial en la *Novísima* y el editor lo indica en cada caso. Hay que destacar el cuidado en señalar cuándo un título es original o ha sido puesto para la edición, práctica que, de aplicarse a las futuras ediciones de textos, permitiría depurar la nómina de las denominaciones legales y documentales. El estudio de Santos M. Coronas González es una excelente introducción al tema y su lectura tiene interés para todo tipo de usuarios de una obra que marca una época en el conocimiento de la legislación del Antiguo Régimen.

Nadie puede ignorar la importancia de la ley a pesar de que la práctica no se ajustase a la letra o en razón de su ocasional incumplimiento. Muchos países publicaron en el siglo XIX colecciones más o menos completas de sus leyes históricas, distintas de las ediciones que habían servido a los juristas, porque la ley recopilada podía servir para hacer justicia, pero no es suficiente para hacer historia. Antonio Pérez Martín y Johannes-Michael Scholz publicaron en 1978 un completo catálogo de las fuentes impresas de la *Legislación y jurisprudencia en la España del Antiguo*

Régimen, la primera obra que asume la realidad de la Monarquía de España, un libro que la Universidad de Valencia debería haber reeditado hace muchos años. La necesidad de recuperar el mayor número de textos legales y de hacerlo en su integridad es hoy objetivo prioritario, dado que contamos con índices suficientes para emprender la tarea. Faustino Gil Ayuso publicó en 1935 una muy cuidada *Noticia bibliográfica de textos y disposiciones legales de los reinos de Castilla impresos en los siglos XVI y XVII* con indicación de los ejemplares conocidos y Natividad Moreno Garbayo editó en 1977 un índice de obligada consulta de la *Colección de Reales Cédulas del Archivo Histórico Nacional*, en el que hay una abrumadora mayoría de textos del siglo XVIII. El Grupo '77 dio noticia en 1982 de algunas de las colecciones que se conservan en los archivos y ofreció en *Legislación del Antiguo Régimen* un índice de voces para acceder a una base de datos organizada temáticamente, un trabajo que aún no hemos conseguido ofrecer al público por motivos que no son del momento.

La publicación de *El libro de las leyes* marca el comienzo de una nueva etapa en la recuperación del corpus histórico, el momento en el que el texto substituye al índice antes de seguir el camino que se nos ofrece y aconseja discutir los términos en que se debe continuar la empresa. Los índices disponibles, de los que sólo hemos citado los más significativos, y la informática hacen posible la construcción de una base de datos con la legislación histórica, en la que se incluyan los textos y a la que tengan acceso todos los interesados, tanto para consultar los fondos como para aportar sus noticias. De esta parte del trabajo, la incorporación de los textos es un empeño costoso, que el «scanner» y la mejora de los sistemas informáticos harán cada día más fáciles.

RESUMEN

Para Miguel Artola la importancia de la Ley en la constitución del Estado y en la organización de la sociedad ha sido minusvalorada debido a la dificultad que existe para su conocimiento. El acceso a las leyes, cuando no existía un medio como el del Bo-

letín Oficial, es laborioso e inseguro. Sólo contábamos con recopilaciones selectivas y manipuladas y por ello insuficientes. Con la publicación de El libro de las leyes del siglo XVIII disponemos ahora de un inapreciable corpus literal.

Las cuestiones doctrinales aconsejan un previo debate con vistas a un acuerdo de mínimos para reducir la confusión. La «identificación de la ley» es una necesidad, tanto para crear una nomenclatura como para distinguirla de las medidas de gobierno. No cabe utilizar el nombre original cuando se encuentran varios en un mismo texto, ni emplear una taxonomía cuyos caracteres no hayan sido rigurosamente definidos. La recuperación de la ley exige acudir a una versión completa, dado que no tiene sentido hablar del original de la ley. Una de las mayores carencias en el tratamiento de la información se refiere al índice, enmascarada en informática por la posibilidad de usar todas las palabras como descriptores. La primera ley de una teoría del índice, aún por hacer, dice que la utilidad de un índice es inversamente proporcional al número de respuestas que ofrece. Cuando una consulta encuentra más de 25 referencias penetra en la zona oscura que el usuario es reticente a visitar. La confección de un «thesaurus», sistemático y alfabético, requiere su parte de atención antes de darlo por bueno. No es razonable pensar en un acuerdo sobre todos estos puntos, aunque para llegar a resultados cuya utilidad no parece discutible, es posible imaginar un acuerdo, que no comprometa demasiado a los más rigurosos, satisfaga a los menos y ayude a todos, que permita el acceso a una masa documental en parte ignorada a pesar de ser conocida.

La determinación de la posición es condición necesaria para la navegación. La posición en que nos encontramos y las condiciones de la mar prometen una rápida singlatura si elegimos el rumbo conveniente. Los efectos que tendría sobre la historiografía disponer de un corpus de leyes en lugar de un índice, de leer en pantalla lo que está disperso, sólo cabe imaginarlos, y nadie mejor que el lector para soñar los efectos que tendría sobre su trabajo. □

Santos M. Coronas González

El libro de las leyes del siglo XVIII

Boletín Oficial del Estado/Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1996. Libro-Índice y cuatro tomos. 30.000 pesetas. ISBN: 64-340-0872-6.

Patrones de evolución molecular

Por José Antonio Melero

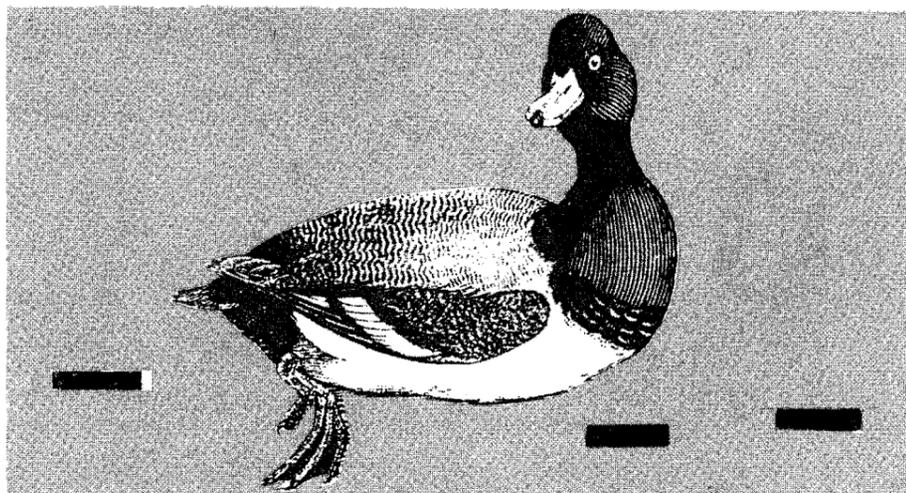
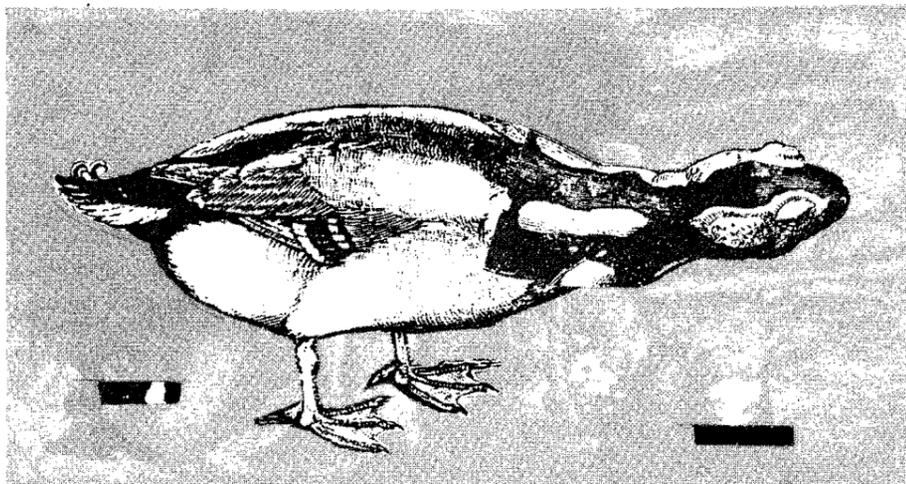
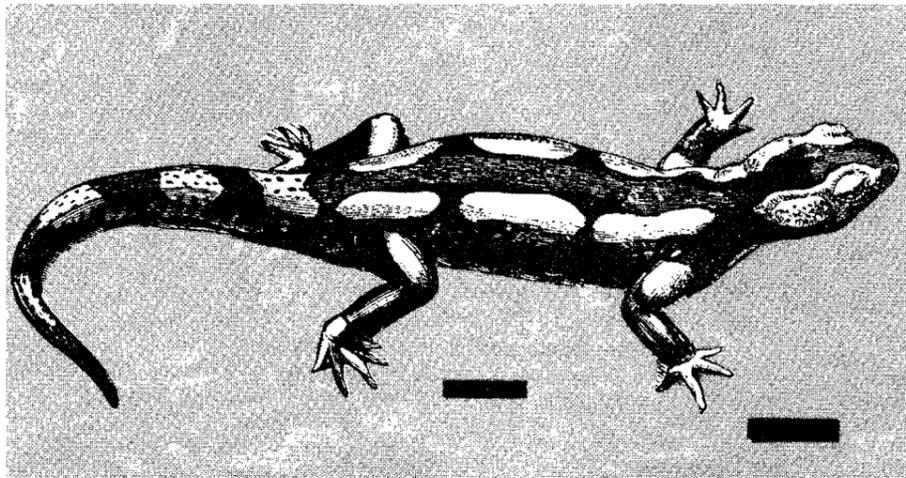
José Antonio Melero (Fuentes de Nava, Palencia, 1948) es doctor en Ciencias Químicas y actualmente es director del Centro Nacional de Biología Fundamental del Instituto de Salud Carlos III. Los principales temas de investigación que ha abordado han sido la transformación de células en cultivo y la variabilidad genética y antigénica de distintos virus implicados en patologías humanas.

Cuando se intenta estudiar la Evolución Biológica, el primer problema que se plantea es que ésta tiene lugar durante períodos de tiempo que ni el mismo Matusalén, habiendo vivido cientos de años, habría podido observar más que una fracción insignificante de los cambios que han tenido lugar desde que la vida emergió en nuestro planeta, hace aproximadamente 4.000 millones de años (sin entrar en la discusión de posibles formas de vida en otros lugares del Universo). Sin embargo, hoy observamos una tremenda variedad de seres vivos, desde los microorganismos hasta los grandes mamíferos, y creemos que toda esta diversidad se debe a un lento proceso de evolución en el que la mayor parte de las especies biológicas existentes en algún momento ya han desaparecido. Las especies actuales pueden representar un mero 1% de todas las que han existido a lo largo de la historia de la Tierra. ¿Cómo podemos reconstruir, por tanto, la historia natural de todos los seres vivientes sin recurrir a explicaciones teleológicas «creacionistas»? ¿Cómo hemos surgido nosotros, la especie humana, y cuál es el futuro que nos aguarda?

Origen de las especies

Observando las formas de los seres vivos que encontramos a nuestro alrededor podemos inferir relaciones de parentesco e incluso imaginar mecanismos por los que dos especies cercanas hayan llegado a ser lo que son actualmente. Charles Darwin se basó precisamente en la observación minuciosa de especies similares para proponer su teoría sobre *El origen de las especies por medio de la selección natural o la conservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida*. Ahora bien, las respuestas que demos a las preguntas más simples no dejarán de ser hipótesis, pues nadie estuvo en el período cámbrico, por ejemplo, hace más de 500 millones de años, cuando emergieron la mayor parte de las formas ancestrales de los seres que viven actualmente, para decirnos lo que pasó en ese momento. Por ello, el campo de la Biología Evolutiva ha sido propicio para la confrontación airada entre científicos con teorías o proposiciones opuestas y controversias que han durado largos períodos de tiempo, y muchas aún duran.

El libro que Roger Lewin ha escrito plantea gran parte de esas preguntas que los investigadores se han hecho a lo largo de los años. Pero el libro tiene un subtítulo, *La nueva visión molecular*. Este subtítulo hace referencia a la nueva perspectiva que sobre la evolución se puede tener cuando se aplican las técnicas modernas de Biología Molecular. Son numerosos los ejemplos que Roger Lewin describe pero, tratando de generalizar las conclusiones, creo que hay dos aspectos a los que se debe hacer referencia: 1) Las nuevas respuestas que las técnicas de Biología Molecular dan a preguntas no resueltas o resueltas de forma equivocada. 2) Las nuevas ideas y conceptos que surgen de la aplicación de dichas técnicas a los estudios sobre evolución de los seres vivos.



ARTURO REQUEJO

Cuando se intenta reconstruir la historia evolutiva de los seres vivos que ahora nos rodean tenemos que hacer hipótesis sobre los antepasados que les precedieron. Por ejemplo, imaginar cuál era la forma, el tamaño, los hábitos de vida, etc., de nuestros antepasados homínidos ha sido la constante preocupación de antropólogos. Cualquiera que no sea un experto se maravilla al oír las conclusiones a las que los antropólogos pueden llegar con la mera observación de unos pocos huesos encontrados en algún lugar remoto. De igual manera, las teorías sobre el nacimiento de determinadas especies, basadas en el estudio paleontológico de determinados fósiles, parecen más bien el resultado de una imaginación calenturienta que de un trabajo científico riguroso, aunque esto último sea lo que realmente es. ¿Qué puede, por tanto, aportar la Biología Molecular a los antropólogos, paleontólogos y naturalistas para que sus trabajos adquieran el marchamo de ciencia «dura», abandonando la categoría de ciencias «blandas» atribuida a las mismas hasta hace poco? Básicamente la revolución que la Biología Molecular ha

introducido en los estudios sobre evolución es la consecuencia de poder «leer» el mensaje genético, codificado en las moléculas de ácido desoxirribonucleico (ADN), donde se encuentra la información que permite a cualquier organismo cumplir su programa biológico. Ese mensaje genético es, además, el resultado de la historia evolutiva del organismo en cuestión y en él se han ido introduciendo todos los cambios que a lo largo de los millones de años han dado como resultado el «texto» final que determina, por ejemplo, el desarrollo de un organismo pluricelular a partir de un óvulo fecundado. Si comparamos la anatomía de los organismos de especies cercanas evolutivamente, la cebra y el caballo por ejemplo, podemos imaginarnos un antepasado común que originase esas dos especies. Rasgos anatómicos similares, por tanto, nos dan idea del parentesco de las especies que consideremos. De igual manera, si comparamos el mensaje genético de dos especies biológicas, es decir, la secuencia de nucleótidos de sus moléculas de ADN, el grado de parentesco nos vendrá dado por la similitud de esas secuencias. Ade-

más, las diferencias que observemos nos dirán algo sobre su historia evolutiva e incluso sobre su antepasado común.

¿Cuál es, por tanto, la ventaja de comparar los genomas (o moléculas de ADN) de dos especies frente a la comparación de sus rasgos anatómicos? Un ejemplo resultará ilustrativo en este momento. Durante mucho tiempo (desde la época de la Grecia clásica) se ha venido especulando sobre la clasificación de los flamencos, esas aves esbeltas que abundan en el Parque de Doñana, por ejemplo. Los flamencos se parecen, por un lado, a las cigüeñas en que poseen largas patas pero, por otra parte, también se parecen a los gansos en la membrana de los pies, la estructura del pico y en sus graznidos. Uno de los estudios realizados para averiguar si los flamencos debían clasificarse con las cigüeñas o con los gansos consistió en observar los piojos de sus plumas. Se supone que estos parásitos han estado conviviendo y evolucionando en armonía con la especie hospedadora. Por este criterio, los piojos de los flamencos les acercaban a los gansos; sin embargo, esos piojos eran demasiado parecidos entre las dos especies y podría ser que, después de todo, los flamencos los hubiesen incorporado recientemente al ocupar el mismo hábitat que los gansos. Cuando en los años 80 Sibley y Ahlquist compararon el material genético de las tres especies en cuestión, por la técnica de hibridación de DNA-DNA encontraron claramente que los flamencos son cigüeñas y no gansos.

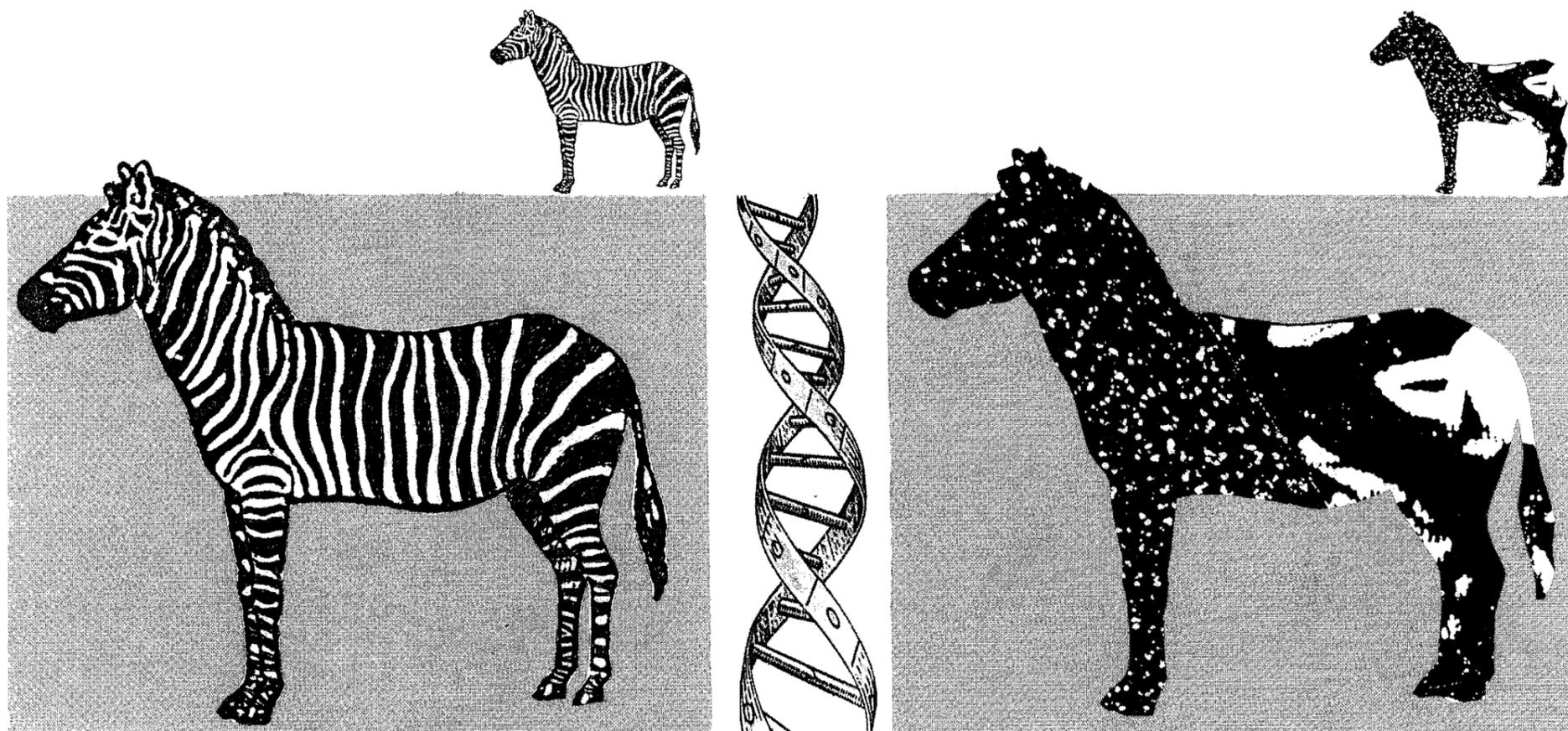
Monos y hombres

Otro ejemplo puede ilustrar otra cuestión evolutiva que nos afecta más directamente. La clasificación tradicional de los monos y el hombre establecía que los monos africanos (chimpancé y gorila) formaban un grupo con el que estaba relacionado el orangután (mono asiático) y todos ellos estaban distantemente relacionados con el hombre actual (aunque había algunos datos que indicaban otras relaciones). Esa clasificación, basada fundamentalmente en similitudes anatómicas, era de pura lógica y totalmente intuitiva para mentalidades antropocéntricas. Cuando en 1975 King y Wilson publicaron los primeros estudios comparando el material genético de monos y humanos por la técnica de hibridación de DNA-DNA, llegaron a la sorprendente conclusión de que el primo más próximo al chimpancé es el hombre, no el gorila. En estudios posteriores, estos autores pusieron en tela de juicio otro de los dogmas establecidos por los antropólogos. Mientras que los datos fósiles indicaban que la familia de los homínidos era tan antigua como 30 millones de años, los datos moleculares indicaban que las especies antecesoras de los chimpancés y de nosotros habían empezado a divergir sólo hace cinco millones de años. Aunque acogida con escepticismo, la interpretación de los resultados de análisis del material genético motivó que los antropólogos revisasen sus datos hasta que finalmente abandonaron al «Ramapithecus» como el origen más primitivo de los homínidos. Hallazgos posteriores confirmaron esta conclusión.

Estos ejemplos ilustran la contribución de la Biología Molecular a los estudios clasificativos y filogenéticos, pero ¿cuáles son los nuevos conceptos sobre evolución que se pueden derivar de los análisis moleculares? Quizá el más importante de todos sea el del «reloj molecular», como medida del tiempo que ha mediado entre cambios evo-



Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

lutivos sucesivos que puntúan la historia natural de los seres vivos. Este nuevo concepto tiene importantes repercusiones. La diversificación de las especies ha ocurrido en momentos históricos concretos. El conocimiento de esos momentos y de las circunstancias que los rodearon nos pueden indicar, así mismo, cuál o cuáles fueron los factores y mecanismos que determinaron esa diversificación. Si podemos conocer la cronología de los hechos habremos aprendido mucho sobre las bases biológicas de la evolución misma.

La idea del «reloj molecular» se basa en un concepto muy simple. Las diferencias genéticas entre dos especies biológicas que tuvieron un antecesor común serán proporcionales al tiempo en que esa divergencia tuvo lugar. Si comparamos los genes de las hemoglobinas de las especies de mamíferos actuales podemos ver que el grado de divergencia de esos genes se correlaciona, en general, con la clasificación que podemos hacer de esas especies a través de otros datos. Si asumimos que la acumulación de cambios genéticos (mutaciones) ocurre de manera constante a lo largo del tiempo, podemos estimar los momentos en que las distintas especies fueron diversificándose a partir de antecesores comunes. Para que esto sea cierto debemos asumir una segunda premisa. Esos cambios genéticos son «neutros»; es decir, no suponen una ventaja o desventaja evolutiva. La idea de las mutaciones neutras fue expuesta de manera explícita en 1983 por el genetista Motoo Kimura en su libro *The Neutral Theory of Molecular Evolution*. De nuevo esta teoría contradecía alguno de los dogmas que desde los tiempos de Darwin se habían ido imponiendo en la comunidad científica. Hasta entonces se pensaba que el motor que movía la evolución de las especies era la selección de nuevas variantes, que surgían como errores durante la replicación del material genético. Si una mutación confería una ventaja biológica sería seleccionada positivamente y predominaría entre los organismos de la misma especie; si era desventajosa se seleccionaría negativamente y desaparecería rápidamente del repertorio genético de esa especie. La continua generación de variantes o mutantes genéticos ofrecía una fuente de selección de aquellos que estuviesen mejor adaptados a un entorno cambiante.

Ante estas ideas, la formulación por Kimura de la neutralidad de las mutacio-

nes dejaba en entredicho las bases mismas de la evolución por selección «natural», como habían sido expuestas por Darwin y refinadas por los neo-darwinistas. Para Kimura la mayor parte de los cambios genéticos que distinguen genes homólogos de especies distintas (los de la hemoglobina antes mencionados) habían aparecido como resultado de una deriva al azar de mutaciones neutras. Sin embargo, Darwin mismo había escrito en su obra sobre *El origen de las especies*: «Estoy convencido de que la selección natural ha sido el principal 'pero no el único' medio de modificación (de las diversas formas anatómicas encontradas en los seres vivos)». Parafraseando a Darwin, Kimura escribió recientemente: «Estoy convencido de que la deriva al azar actuando sobre mutantes neutras ha sido el principal 'pero no el único' medio de evolución molecular».

Relaciones genéticas

¿Dónde está, por tanto, el antagonismo entre las proposiciones de Darwin y Kimura? Es más, ¿existe realmente tal antagonismo? La respuesta definitiva está aún por desvelarse en sus detalles más íntimos. En realidad Darwin y Kimura estaban hablando acerca de cosas distintas. Mientras el primero se refería a «organismos» y su adaptación al medio ambiente, el segundo lo hacía acerca de «moléculas de ADN». Esto nos lleva, por tanto, a plantearnos la relación entre información genética y morfología. Como vimos anteriormente en el ejemplo de los monos y el hombre, las relaciones genéticas entre especies cercanas (hombre y chimpancé) pueden contradecir la aparente similitud de rasgos morfológicos entre especies más distantes (chimpancé y gorila). Esto es así porque muchos de los cambios genéticos no conducen a cambios morfológicos aparentes.

Hay una dicotomía, por tanto, entre evolución molecular y evolución morfológica que explica la aparente contradicción entre Darwin y Kimura. ¿Cuáles son los cambios genéticos que se traducen en cambios morfológicos? Ésta es una de las preguntas que más arduamente se hacen los expertos en Evolución y en Biología del Desarrollo o, como recientemente los denominaba la revista *Science* (Vol. 277, 4 de Julio, 1997), los «evo-devo», abreviaturas de «evolution-development». Gran parte de los cambios genéticos son por tanto neu-

trales, o quasi-neutrales, y sólo unos pocos, aquellos que afectan a genes reguladores de procesos metabólicos o de embriogénesis, por ejemplo, tendrán un efecto notable en la anatomía o en la eficacia biológica de sus portadores ante cambios medioambientales. Así, seleccionados adecuadamente, la comparación de genes homólogos entre especies distintas nos puede servir de reloj evolutivo o «máquina del tiempo», con la que viajar hacia tiempos pretéritos y observar cuándo y cómo ocurrieron los cambios que distinguen a las especies actuales.

El reloj evolutivo

Pero además del reloj evolutivo, con el que podemos inferir la historia natural de los seres vivos examinando el genoma de las especies actuales, las técnicas de Biología Molecular están permitiendo observar realmente el material genético de especies ya extinguidas y que son antepasados de algunas de las actuales. En los últimos 10-12 años las técnicas de extracción y secuenciación de ADN han tenido un desarrollo espectacular. Esto ha permitido descifrar completamente la información genética contenida en el genoma de la levadura de los panaderos («*Saccharomyces cerevisiae*») o de la bacteria que produce la mayor parte de las úlceras gástricas en el hombre («*Helicobacter pylori*»). Así mismo, se ha podido iniciar la secuenciación del genoma humano mediante un proyecto multinacional. Pero esas técnicas han tenido también una aplicación sorprendente en los campos de la antropología y de la paleontología.

En 1977 Charles Pellagrino, un paleontólogo neoyorquino, especuló: «Tres décadas más de avance tecnológico y podremos extraer ADN del estómago de insectos

(petrificados) y, si tenemos suerte, podremos encontrar la sangre y la piel de dinosaurios». Bien, sus predicciones no se han cumplido totalmente (nadie ha visto todavía el ADN de los dinosaurios) pero, sin haber pasado todavía 30 años, se ha podido extraer ADN de organismos fosilizados, algo impensable hace tan sólo unos pocos años. A partir de 1990 empezó una carrera especial para ver quién conseguía extraer ADN de fósiles cada vez más antiguos. Así, se han extraído trozos cortos de ADN de hojas de magnolias de hace 17 millones de años, de termitas de hace 25 millones de años, de abejas de hace 40 millones de años y, finalmente, de otros insectos con una edad estimada de 130 millones de años. Si tenemos en cuenta que el período cámbrico ocurrió hace 530 millones de años, nos estamos acercando al momento más importante para la historia evolutiva de la mayoría de las especies que nos rodean actualmente. Son muchas, sin embargo, las dificultades técnicas inherentes al estudio del material genético de los fósiles, y algunos de los estudios realizados se ha visto posteriormente que se habían llevado a cabo sin las debidas precauciones. De todas formas, estos estudios, a los que Roger Lewin dedica el último capítulo de su libro, abren perspectivas que hasta ahora sólo podían adivinarse desde el dominio de la ciencia-ficción.

Es una lástima que el libro de Roger Lewin tenga algunos errores tipográficos de bulto que desfavorecen la excelente presentación del mismo. De todas formas, este libro puede ser una amena lectura para los no iniciados que quieran conocer el estado actual de las teorías sobre evolución, y un gratificante repaso para los expertos, que encontrarán multitud de ejemplos recopilados de forma magistral por el autor. □

RESUMEN

Roger Lewin presenta de forma amena y rigurosa los temas que más preocupan hoy a los científicos interesados en el estudio de la Evolución Biológica. Su enfoque, explica José Antonio Melero, se basa en la aportación de las técnicas de Biología Molecular para re-

solver las preguntas planteadas desde hace tiempo por antropólogos, paleontólogos y naturalistas sobre la historia natural de los seres vivos. Estas nuevas tecnologías permiten modificar o ampliar las ideas sobre los mecanismos de evolución de las especies biológicas.

Roger Lewin

Patterns in evolution: the new molecular view

Scientific American Library, Nueva York, 1997. 246 páginas. 32.95 dólares. ISBN: 0-7167-5069-4.

Pluralismo social y sistema democrático

Por Fernando Vallespín

Fernando Vallespín es catedrático de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid y director del Centro de Teoría Política de dicha Universidad. Además de dedicarse a la tradición clásica de la teoría política ha analizado sus distintas corrientes contemporáneas en numerosos trabajos publicados en España y el extranjero. Entre sus libros figuran *Nuevas teorías del Contrato Social* y *la edición en seis volúmenes de Historia de la Teoría Política*.

La creciente pérdida de fuelle en nuestros días de las perspectivas neoilustradas parece haber afectado también a la repercusión actual de la obra de Habermas. Si hace no más de un decenio era ávidamente traducido y leído en toda Europa, hoy se encuentra en todo el continente —en lo que a interés editorial y público se refiere— en un perfil bajo. Sigue editándose —¡cómo no!—, pero ya no es el referente inevitable de toda discusión en ciencias sociales o filosofía, ni su «último libro» del momento —siempre fugaz— genera una pugna editorial por hacerse con los derechos. Otro tanto ocurre con la literatura secundaria de la que siempre venía acompañado. Se me ocurren dos razones para este relativo hastío de todo lo habermasiano. En primer lugar, la propia irreprimible productividad del personaje, verdadera tortura de doctorandos y lectores habituales. Pero, sobre todo, la falta de calado que, fuera de los especialistas, suele tener hoy la filosofía y sociología hecha con pretensión de «sistema». A este respecto compite mal con los inteligentes y deshilvanados ensayos de un I. Berlin —cuando los escribía—, la facilidad de conectar con un discurso periodístico a lo Huntington o la originalidad y siempre renovada capacidad de «epatar» y bautizar ágilmente las distintas tendencias sociales que siguen teniendo las diversas olas de pensadores franceses. Un autor de peso, sobre todo si lleva ya varias décadas en la palestra, casa mal con la ligereza de nuestros tiempos.

Sin embargo, y a pesar de la reciente jubilación académica de Habermas, su última obra es de un interés extraordinario para la mayoría de los debates intelectuales de este fin de siglo. Así parecen haberlo reconocido los propios norteamericanos, que han resultado ser voraces lectores de su *Faktizität und Geltung* (1992), donde recoge su enfoque más sistemático de filosofía jurídica, moral y política. Tempranamente traducido al inglés para lo que suele ser habitual en los autores «continentales», está teniendo la acogida que hasta ahora —salvo para la típica minoría de fieles— se le había venido hurtando al otro lado del Atlántico. Y el libro que aquí recensamos es buena prueba de ello. En su último capítulo se recogen, precisamente, sus réplicas a las críticas y observaciones hechas a *Facticidad y validez* en un amplio simposio celebrado en la prestigiosa Cardoso Law School de Nueva York. Incluye asimismo las críticas de Habermas a la obra de Rawls, por las que el autor norteamericano mostró un inédito interés, y dieron lugar a uno de los más seguidos debates intelectuales de los últimos tiempos. O, por no dejar fuera a ninguno de los grandes, aborda aquí también sus diferencias con la «política del reconocimiento» del mismo Charles Taylor, el filósofo más prestigioso de la corriente comunitarista.

El aspecto más sugerente de este libro para quienes no son filósofos ni sociólogos de profesión y están más interesados en presentaciones más generales se centra en la discusión que Habermas emprende sobre el «futuro del Estado nacional», bien sea en la nueva Europa, o bien en la sociedad globa-

lizada; la justificación de los derechos humanos, los modelos de democracia y la conexión entre el Estado de derecho y democracia. Los diferentes temas se abordan en ensayos independientes, casi todos ya publicados con anterioridad, pero en todo caso, siempre después de *Facticidad y validez*. Y el objetivo reconocido reside, precisamente, en abordar todos estos temas desde el modelo allí desarrollado de «kantismo republicano». Este modelo, como el de «liberalismo político» de John Rawls, busca hacer frente a lo que se considera que es el mayor problema de las actuales sociedades democráticas desarrolladas: la integración del pluralismo y de las «diferencias», que se ha convertido ya en el tema estrella de la teoría política en este fin de siglo. Pluralismo que se manifiesta en la multiplicidad de formas de vida, concepciones del bien o valores, así como en la proliferación de sociedades «multiculturales». Lo que hace que esta situación sea «problemática» no es, desde luego, la irreversible ruptura de la homogeneidad social, imposible de alcanzar en una sociedad tan diferenciada; la dificultad estriba más bien en la necesidad de buscar nuevos principios de integración normativa en los que todos quepan cómodamente.

Como ya hemos dicho, Habermas busca resolver estas dificultades recurriendo a un «republicanismo universalista», que —a su juicio— sería tremendamente sensible hacia las diferencias. El respeto que impondrían sus principios permitiría contemplar al «otro», a quien no participa de las señas de identidad generalizadas, como a «uno de los nuestros». Significaría, pues, la abolición de un «nosotros» con líneas bien demarcadas, dirigido a la «absorción» en lo propio de quien es distinto. Pretende hacerlo, además, renunciando al reconocimiento de derechos colectivos, manteniéndose en una reinterpretación de los derechos individuales del liberalismo, y sin caer en las lógicas de los nacionalismos y comunitarismos. La ventaja que tienen estos trabajos recogidos en el libro, respecto de otros del mismo autor sobre el mismo tema, es que afronta directamente estos problemas en el contexto de la actual crisis del Estado, la revitalización del

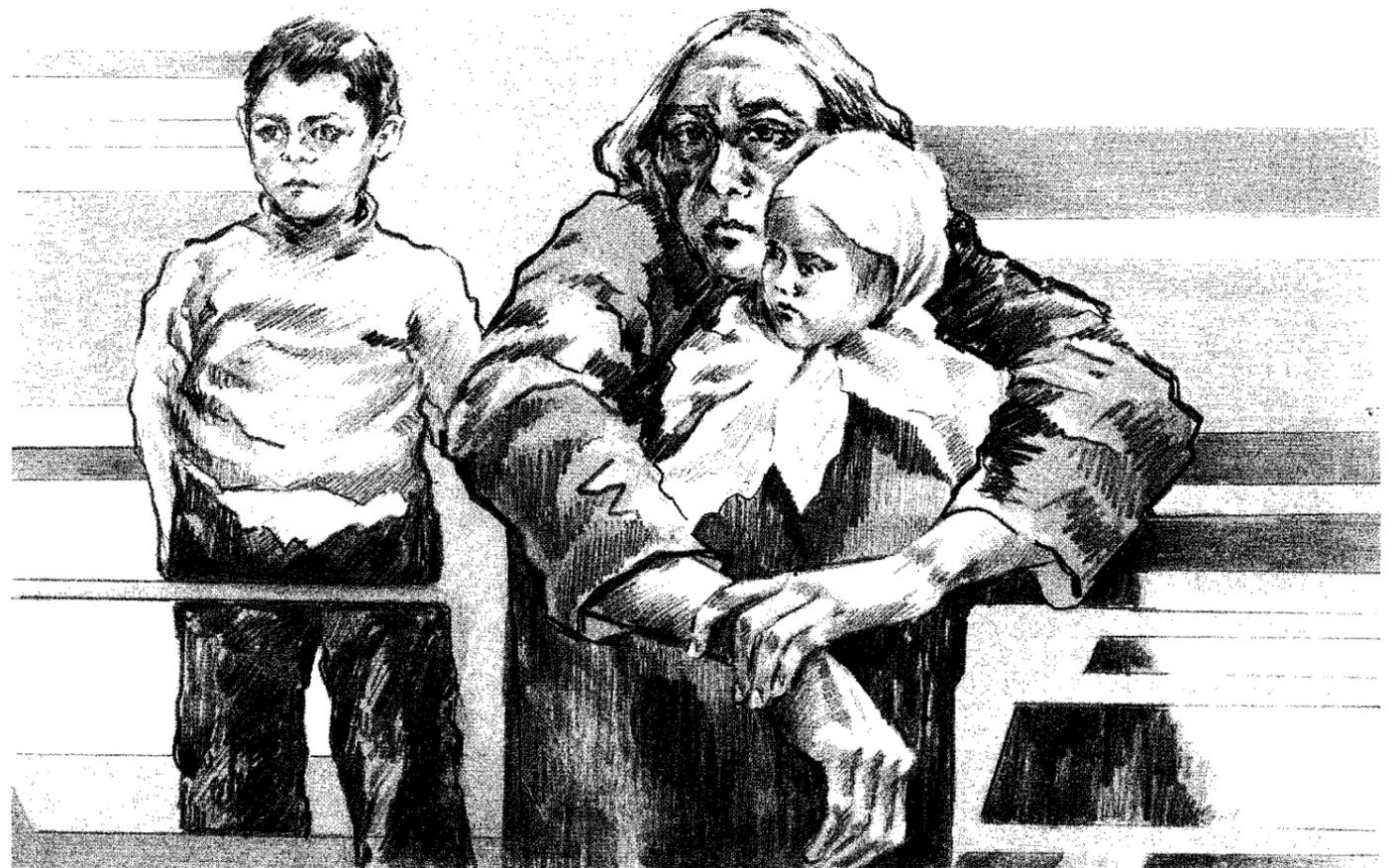
nacionalismo y el proceso de integración supranacional en Europa. Al presentar su teoría, se me permitirá organizar de la manera más ágil posible los diferentes contenidos de esta obra.

Tras una larga serie de debates que vienen ocupando a los teóricos políticos desde hace al menos dos décadas, el problema de la integración del pluralismo —o el del «multiculturalismo», si se quiere— ha acabado por centrarse en dos posturas principales: una es la que Charles Taylor defiende bajo la rúbrica de la «política del reconocimiento», y otra es la defendida por el liberalismo político de Rawls o el republicanismo kantiano de Habermas. A los efectos de esta reseña ignoraremos las «disputas de familia» entre estos dos últimos autores, y nos concentraremos en el debate Taylor-Habermas, que en sí mismo sirve para representar magníficamente la última escaramuza habida en la ya larga disputa entre comunitaristas y «liberales».

La tesis básica de Taylor es que el liberalismo habría emprendido —ya desde sus orígenes— una falsa ruta teórica a la hora de plantearse el problema de las diferencias entre personas y grupos sociales. Su mayor defecto consistiría en partir de una visión del hombre «autónomo», desprovista de toda referencia a los elementos empíricos que lo constituyen como tal: raza, sexo, credos, orígenes nacionales, etc. La organización política liberal se constituye así a partir de aquellos rasgos que toda persona tiene en común, aquellos que son compartidos «universalmente»; a saber, su igual «dignidad» y respeto moral, que exigen una correlativa protección estatal mediante el sistema de los derechos individuales e imponen al Estado una exquisita neutralidad respecto de las cuestiones de la vida buena. Sobre esta base, toda persona debe ser libre de organizar su vida según los criterios de su «autonomía racional». Para Taylor, sin embargo, esta «política del universalismo», puramente procedimental, ignoraría la vitalidad de los diferentes contextos culturales a la hora de conferir identidad a las personas. La igualdad abstracta del liberalismo sería ciega ante la indesligable conexión entre iden-

tidad individual y particularismo cultural —étnico o racial, nacional o de preferencia sexual—, que son los elementos que dotan de sentido a amplias capas de la población, sobre todo en sociedades multiculturales. Una política multicultural debe exigir el «reconocimiento» explícito de estas ideas sustantivas sobre la vida buena propia de los diferentes grupos sociales y debe articularse explícitamente como una «política de la diferencia». Sustentada sobre las peculiaridades culturales de los diferentes «grupos» sociales, reniega de soluciones individualistas apoyadas en la supuesta autonomía de las personas. Lo que distingue al individuo y lo separa de otros no se consigue abstrayéndose de sus particularidades, sino por el contrario, afirmándolas. Como atestigua el movimiento feminista o el de los grupos de color en los EE.UU. su equiparación al resto de los grupos equivale en la práctica a la «renuncia» de muchas de sus señas de identidad propias, a su «autenticidad». Frente a la neutralidad e inhibición del liberalismo «individualista», Taylor propugna, entonces un liberalismo «social», que fuera «más hospitalario» con dichas señas de identidad mediante su promoción activa por parte de los poderes públicos.

Habermas niega el presupuesto fundamental de Taylor recurriendo a una reformulación de las bases sobre las que se asienta el principio de igualdad formal del liberalismo. La estrategia empleada es el resultado de pequeñas alteraciones que ha venido introduciendo en su teoría a lo largo de los últimos años. La clave para ello residía en encontrar un mecanismo idóneo de relación entre la dimensión «ética» —los elementos que dotan de identidad a las personas, pero no son generalizables a «toda» la población— y la dimensión «moral» —encargada de velar por la protección del sistema de derechos individuales, supuestamente universalizable a todo ciudadano, «aquello que es bueno para todos». La constante acusación comunitarista acentuaba el carácter «ético», es decir, «contextual», de los supuestos contenidos «morales». Combatía,



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



pues, las bases de dicha distinción. Organizarse políticamente bajo los presupuestos de la autonomía moral de las personas sería uno de los atributos fundamentales de «nuestra» forma de vida, uno de los aspectos de nuestra identidad, pero no una derivación inexorable de la racionalidad aplicada al campo de la moralidad. Y mantener esta distinción, como hemos visto que denunciaba Taylor, equivaldría a ignorar los factores contextuales de la identidad humana imponiendo una falsa neutralidad. No es ésta la opinión de Habermas, que si bien no ignora la constitución social de la subjetividad, no por ello considera necesario renunciar a dicha distinción. Es más, bajo las actuales condiciones del pluralismo cultural y de formas de vida, gozar de un sistema de derechos individuales encartados en el sistema jurídico-político parece convertirse casi en una necesidad irrenunciable. De hecho, toda pretensión por ver reconocidas señas de identidad supuestamente subvertidas se hace en nombre de una dignidad moral «no realizada», y no puede pretender negar ese mismo derecho a otras que no coincidan con ella. La interpretación «individualista», en términos de «autonomía» o de «derechos» se hace imprescindible. Otra cosa es que ésta no permita una reinterpretación «intersubjetiva», capaz de acoger las reivindicaciones justas de los grupos que se sienten amenazados en la realización de su identidad. Para ello se hace necesario sumar a la dimensión «privada» de la autonomía su dimensión «pública»: la capacidad de participar activamente en la conformación de la voluntad política efectiva. Libertad negativa y positiva se funden simétricamente en un mismo concepto, que por otro lado permite blindar los derechos básicos frente a injerencias sociales, pero por otro se abre a la pluralidad social al permitir un casi ilimitado acceso a la esfera pública a todos aquellos grupos que se consideran marginalizados, oprimidos o lesionados en su respeto o dignidad propia. El ámbito «moral» se restringe a los mecanismos procedimentales que hacen posible este doble movimiento, pero no a las decisiones que en cada caso resulten de las distintas deliberaciones, compromisos o acuerdos, a los distintos «contenidos».

Dado su carácter universalista, el sistema de los derechos individuales y los principios del sistema constitucional están ajustados a la moral, pero nada obsta para que otros principios integrados en la Constitución o, por supuesto, la legislación misma, no estén imbuidos de componentes éticos que aluden a formas de vida concretas, o éstas se introduzcan a la hora de su interpretación. Habermas mismo pone como ejemplo el reconocimiento constitucional alemán de ciertos privilegios otorgados a las iglesias cristianas del país, o la defensa de la unión familiar frente a otras fórmulas alternativas. El problema no reside tanto en que estas disposiciones existan o no, cuanto en permitir la posibilidad por parte de ciertos grupos o personas de rechazar una determinada concepción del bien dominante a partir de razones defendibles —el reconocimiento de las parejas de hecho de homosexuales, por ejemplo—. La apertura de la esfera pública debe permitir estas «luchas culturales en las que minorías no respetadas se defienden frente a una cultura mayoritaria insensible». Y qué duda cabe que, bajo las condiciones del pluralismo actual, la integración normativa podrá ser alcanzada de una manera más exitosa cuanto mayor sea la neutralidad estatal respecto de las distintas convicciones éticas. El objetivo del planteamiento habermasiano es claro, lo que no lo es tanto, y éste ha sido siempre el aspecto problemático de su teoría, es que por el mero hecho de



SHEILA WITTENBERG

existir esos mecanismos de deliberación pública y una organización institucional bien sintonizada con ellos vayan a desactivarse los conflictos. Quizá ocurra con aquellos que afectan a formas de vida que de una u otra forma presuponen los valores de la tolerancia y la autonomía, pero ¿qué ocurre con los grupos que no participan de esos valores o los subordinan a otros bienes sustantivos distintos?

Reconocimiento de diferencias

En toda cuestión relativa a la integración del pluralismo, el reconocimiento de las diferencias, etc., hay que saber distinguir entre la diferente naturaleza de los distintos conflictos concretos que se pueden producir. No es lo mismo la lucha por el reconocimiento de los grupos feministas, que la de los inmigrantes u otras minorías en los países desarrollados, o la de los movimientos de liberación nacional o de reconocimiento de derechos de autonomía o emancipación de grupos étnicos o nacionales. Habermas es consciente de esta complejidad, y muchos de estos temas los aborda en trabajos independientes. En todos estos supuestos, el criterio de decisión sigue, sin embargo, las directrices teóricas ya señaladas, aunque se detiene con especial fruición en el problema del nacionalismo. Éste es también el tema más contencioso de cuantos caen bajo la rúbrica del multiculturalismo, y es el que más directamente afecta a nuestro país. A este respecto es bien conocida su posición «no nacionalista», que generalmente se simplifica tras su concepto del «patriotismo constitucional». Contrariamente a formulaciones anteriores, sus reflexiones de este volumen acogen muchos más matices. Es cierto que Habermas diseña dicho concepto pensando ante todo en el caso alemán y, por derivación, en todas aquellas concepciones de la nación que se basan en el paradigma del nacionalismo cultural. Por las razones antes mencionadas, Habermas favorece un tipo de integración política en el que las identidades colectivas producto de la historia, cultura, raza y lenguaje comunes se separan de una integración política abstracta apoyada en el ideal de la ciudadanía democrática. La tensión entre el universalismo de una comunidad legal igualitaria y el particularismo de una comunidad cultural unida por el origen y destino histórico la resuelve a favor de la primera. El patriotismo constitucional propugnado por Habermas aboga por una identificación de los ciudadanos con principios abstractos universalizables, es decir, por aquellos en los que «todos» los que habitan la comunidad pueden reconocerse como partícipes de un destino «político» co-

mún. La insoslayable y persistente diversidad que caracteriza a la ciudadanía de nuestras sociedades apenas puede ser unificada si no es en torno a principios generales que permitan moderar la libre y democrática comunicación y enfrentamiento entre modos de vida y concepciones del mundo divergentes. Pero esto no significa que nuestro autor carezca de sensibilidad hacia aquellos grupos nacionales que no han visto reconocidas sus señas de identidad dentro de estos Estados. Lo que no existen son soluciones generalizables a todos ellos; algunos podrán encontrar un mejor acomodo recurriendo a esquemas de tipo federal o de la autonomía política, cuando su asentamiento territorial así lo permita, otros podrán ver satisfechas sus necesidades recomponiendo las pautas del sistema educativo o, incluso, en casos extremos —como el kurdo, por ejemplo— recurrir a la secesión; cada caso es diferente. Lo que sí se desprende con claridad es su desconfianza hacia la proliferación de nuevas fronteras, que acaban reconduciendo el mismo problema de las antiguas hacia su interior. Por sintetizar: reconocimiento de los particularismos sí, pero dentro de un proceso en el que prime la opinión política y la conformación de voluntades de la ciudadanía, y no meras argumentaciones prepolíticas apoyadas en interpretaciones etnocéntricas. El gran desafío consiste en reconocer las diferencias entre individuos y grupos sin «externalizarlos» como «enemigos» ni asimilarlos a lo propio. Habermas desconfía del «valor» de la preservación de comunidades étnicas específicas como si esto fuera un bien en sí mismo que habría que aceptar dogmáticamente, algo que Taylor claramente favorece. Significaría algo así como una traslación del discurso ecologista de la «supervivencia de las especies» al ámbito sociopolítico, «la preservación de las especies por la vía administrativa». Toda cultura, toda forma de vida se encuentra permanentemente inmersa en procesos de cambio social y de constante cuestionamiento de su herencia. Mantener una determinada forma de vida cultural y querer transmitirla a ge-

neraciones futuras es algo perfectamente razonable, pero tiene que compatibilizarse con su apertura a nuevos desafíos y a la presión de nuevas reivindicaciones. En este contexto introduce Habermas las desviaciones que en países como Alemania introduce la inmigración masiva en las concepciones nacionales estandarizadas, y la obligación moral de atender las demandas de asilo masivo a pesar de sus potenciales consecuencias económicas y culturales.

Un interés especial cobra su reflexión sobre el proceso de unificación europea, consecuencia lógica del debilitamiento progresivo del Estado-nación. Dicho proceso se vería enormemente favorecido si, en la misma línea de lo que sugiere para el fortalecimiento de entidades políticas multiculturales, se apoyara en las tradiciones constitucionales y en los valores comunes de todos los pueblos de Europa. Lo que Habermas no puede dejar de detectar es el gran desfase existente entre la poderosa presencia de un «sistema» económico y administrativo en el ámbito europeo, y la manifiesta ausencia del correspondiente «mundo de la vida» en el que las distintas culturas nacionales pudieran encontrarse en un espacio público pan-europeo estrictamente político. Si la integración sistémica opera al nivel europeo, ¿cómo puede restringirse la participación política al ámbito estrictamente estatal? Sólo un fortalecimiento de las estructuras de un espacio público de ciudadanía compartida pueden conseguir, por un lado, el debilitamiento de los sentimientos nacionales excluyentes en los países de Europa; y, de otro, el disciplinamiento de las lógicas autónomas de un sistema económico y administrativo considerado, con razón, como algo «ajeno».

Como se habrá podido comprobar, el gran mérito de este libro consiste en la necesaria apertura del discurso filosófico a algunos de los grandes desafíos de las sociedades actuales. Esperamos que contribuya decisivamente a dar un nuevo impulso a la lectura de este gran clásico contemporáneo. □

RESUMEN

Aunque un autor de peso, y que lleva además muchos años ya en la palestra del debate intelectual, como Jürgen Habermas casa mal, opina Fernando Vallespín, con la ligereza doctrinal de nuestro tiempo, lo cierto es que siempre un ensayo de Habermas, riguroso como

en él es habitual, despierta gran interés en la comunidad intelectual especializada; y más si se da el caso, como en esta ocasión, de que se ocupe del futuro del Estado nacional, preocupación que es centro de atención no sólo de filósofos y sociólogos.

Jürgen Habermas

Die Einbeziehung des Anderen. Studien zur politischen Theorie

Suhrkamp, Frankfurt, 1996. 404 páginas. [3.600 pesetas]. ISBN: 3-518-58233.

Un planeta a la deriva

Por Vicente Verdú

Vicente Verdú (Elche, 1944) es licenciado en Económicas y periodista. Ha sido redactor jefe en Cuadernos para el Diálogo y jefe de Opinión y de Cultura del diario El País. Fue finalista en el premio Anagrama de ensayo con *Días sin fumar*, y lo obtuvo más tarde con *El planeta americano*. Es autor, también, de *El fútbol: mitos, ritos y símbolos* y *El éxito y el fracaso*.

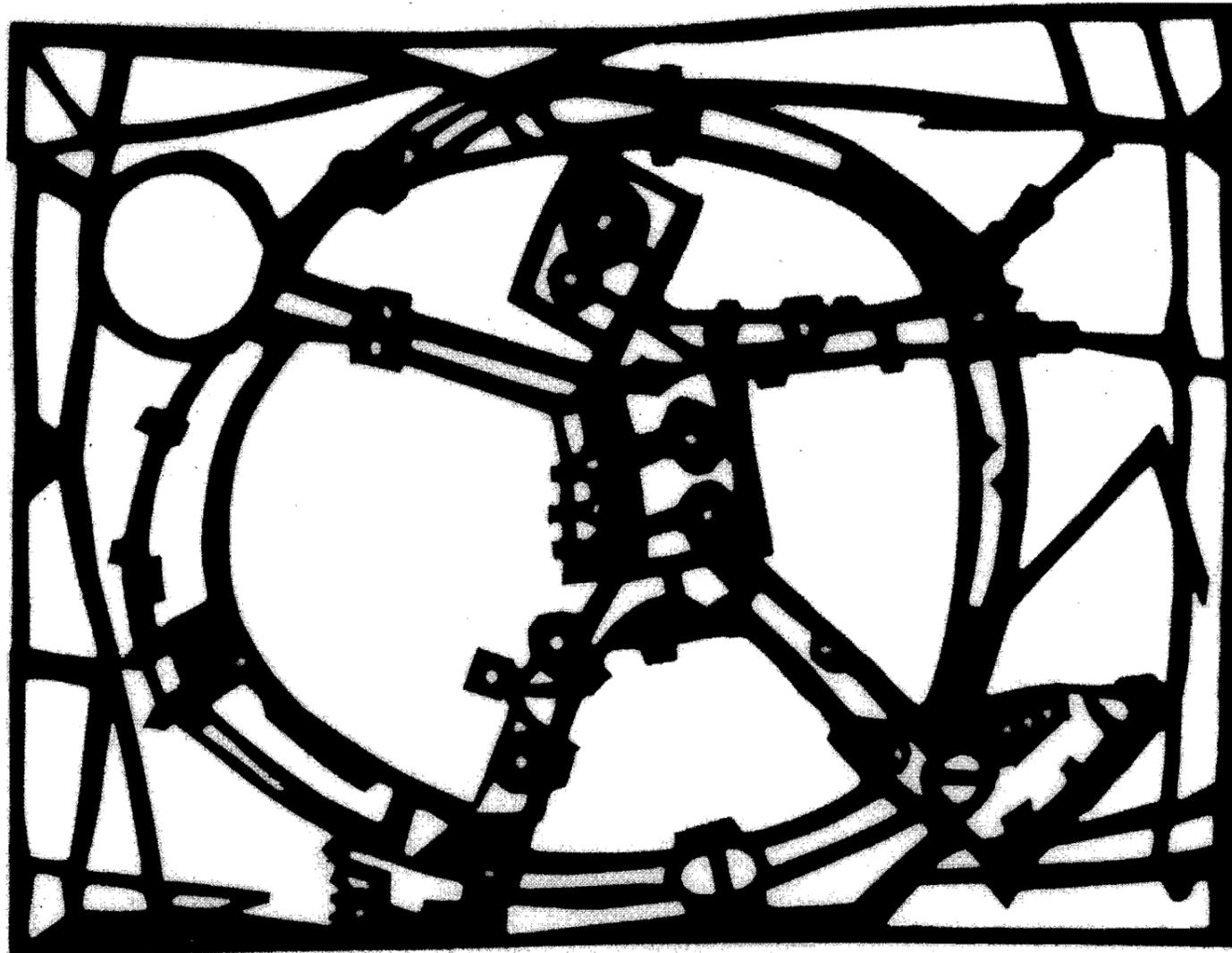
La actualidad se llena de contradicciones: el mundo se globaliza mientras se fragmenta en nacionalismos y luchas étnicas, la productividad crece como nunca mientras no se reduce y reparte el tiempo de trabajo; el progreso se corresponde con el incremento de la criminalidad; la civilización se concreta en una ascendente trivialización de la cultura. En suma, junto al momento histórico más lúcido y capaz para el diseño de nuestros destinos se atiende al ciego designio del mercado.

Ignacio Ramonet, periodista y director de *Le Monde Diplomatique*, ha escrito un libro, *Un mundo sin rumbo*, para tratar de despejar, entre una tempestad de paradojas, la cartografía de la contemporaneidad. Demasiados acontecimientos inciertos en un mundo cambiante, demasiados impactos en un presente discontinuo que ha conducido hasta un fin de siglo donde la humanidad parece haber extraviado una idea clara sobre su porvenir. La economía marcha razonablemente bien, la democracia se extiende como un sistema general, las guerras se controlan y, sin embargo, el malestar no decrece. «¿Si lo estamos haciendo tan bien —titulaba *Newsweek* en la primavera de 1997— por qué nos sentimos tan mal?»

Hacia dónde

En primer lugar, dice Ramonet, porque no sólo sentimos que no vamos bien sino que, además, ignoramos hacia dónde vamos. La desintegración del bloque liderado por la URSS y la desactivación de la amenaza iraquí en la Guerra del Golfo produjeron unos momentos de euforia y hasta el presidente Bush se apresuró a anunciar el nacimiento de un «nuevo orden mundial». Pronto, no obstante el desconcierto y la confusión han ido ganando densidad e importancia.

En las circunstancias de los últimos cinco años dos propuestas de análisis, provenientes de Estados Unidos, han tratado de explicar la situación actual. Una y otra se representan en dos libros muy debatidos mundialmente. Uno de ellos, *El fin de la historia*, de Francis Fukuyama, pretendía que el mundo, tras el hundimiento comunista, habría logrado una fórmula de desarrollo sin alternativa mejor. Otro, el de Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (Paidós, Barcelona, 1997) atribuye lo que está pasando, los nuevos conflictos y



JUSTO BARBOZA

crisis políticas, los racismos y la explosión de valores, al choque que la mundialización provoca entre siete u ocho civilizaciones mayores: la occidental, la confuciana, la japonesa, la islámica, la hinduista, la eslavo-ortodoxa, la latinoamericana y, tal vez, la africana. «Los conflictos más importantes que se están preparando para el futuro —asegura Huntington— tendrán lugar a lo largo de líneas de fracturas culturales que separan las civilizaciones.»

¿Qué cree, entre tanto, Ramonet? Ni una cosa ni la otra. El diagnóstico de Fukuyama le parece interesadamente conservador y la tesis catastrofista de Huntington aberrada por el lugar desde donde se emite. Ambas teorías tienen, con todo, en común, la desconfianza sobre el progreso. O, bien: la desconfianza sobre lo conocido como progreso que, emancipado de su antiguo sentido humano se convierte en una dinámica sin un determinado control. «La sociedad, la sociedad mundial —escribe Ramonet—, necesita con toda urgencia un mapa de su ubicación; fijar las latitudes del mundo y saber dónde se está es el primer paso indispensable para reconocerse y, a partir de ahí, asumirse o superarse.»

Atendiendo a este apremio, Ramonet aísla varios pares de elementos articulados de la siguiente forma: 1) en un sistema doble; 2) en dos revoluciones implícitas; 3) en dos nuevos paradigmas.

1. Un sistema doble: El sistema dominante se concreta, según el autor, en la llamada «globalización», y de dos maneras:

a) Como fenómeno de mundialización: todas las economías están interrelacionadas y responden a un modelo igual. Un modelo neoliberal que funciona tanto en la economía real como en la financiera, equivalente ésta al 70 % del capital total.

b) Como fenómeno de globalización: la globalización general determina que la sociedad haya sido tomada por el mercado y sólo exista el mercado como referente para abordar y resolver cualquier problema. La educación, el deporte, la religión o la cultura, que antes se encontraban al margen del mercado, han sido también incorporados a él.

2. Dentro de este imperio de lo mercantil, se registran, a la vez, dos revoluciones:

a) Una revolución tecnológica que sustituye no ya al músculo por la máquina sino al cerebro por el artefacto.

b) Una revolución sociológica: el poder deja de ser jerárquico y se difunde en forma de redes. El ciudadano no sabe dónde está el poder ni puede oponerle resistencia porque el poder se disipa en estímulos y organizaciones complejas. Ni hay estructura ni orden distinguible mientras la comunicación es multidireccional, se carga con valores distintos, se sobrepone a sí misma y crea, en fin, una atmósfera de rizomas. De hecho, mientras faltan organizaciones sociales y políticas de integración impera la mitología de la integración total. El individualismo crece y con él el sentimiento de rivalidad, de desamparo, de soledad y anhelo de identi-

dad, pero la proclama es que el planeta se ha convertido en una entrañable aldea.

3. Finalmente, dos nuevos paradigmas, transformadores de lo recibido, se encuentran en acción:

a) Al paradigma del progreso conjunto, equilibrado y solidario de la especie, le sustituye el paradigma de la comunicación.

La idea de progreso se ha hecho equivalente a «comunicación» y cuanto más comunicados estamos más nos parece que se ha adelantado. Pero adelantado, ¿hacia dónde? La comunicación fue liberadora con la difusión del saber, el conocimiento, las luces de las razones. «Hoy, sin embargo, la comunicación se ha convertido en superstición», dice Ramonet.

b) Al paradigma de un progreso inspirado en la metáfora del reloj, donde cada pieza desempeñaría una función para la buena marcha del conjunto, se ha impuesto la maquinaria del mercado que excluye, sin miramientos, a quien carece de capacidad para comprar. No sólo los símbolos se han convertido en mercancías, sino los mismos seres humanos son parte del tráfico general. De ahí que más que conductores de su embarcación los individuos se sientan trasportados y de ahí, también, que más que vivirse como dueños de una buena dirección temen ser objetos de un mundo sin rumbo. □

RESUMEN

Del periodista Ignacio Ramonet, autor del libro que comenta Vicente Verdú, dice éste que ha escrito una obra para tratar de despejar, entre una tempestad de paradojas, la cartografía de la contemporaneidad. La humanidad tiene que hacer frente, en este fin de milenio, a demasiados cambios, a demasiados acontecimientos inciertos, y en consecuencia parece como si se hubiera extraviado una idea clara sobre el porvenir. Se cree que el planeta Tierra va bien y, sin embargo, según Ramonet, no sólo no va bien, sino que se ignora hacia dónde va.

dos cambios, a demasiados acontecimientos inciertos, y en consecuencia parece como si se hubiera extraviado una idea clara sobre el porvenir. Se cree que el planeta Tierra va bien y, sin embargo, según Ramonet, no sólo no va bien, sino que se ignora hacia dónde va.

Ignacio Ramonet

Un mundo sin rumbo

Debate, Madrid, 1997. 246 páginas. 1.900 pesetas. ISBN: 84-8306-064-7.

En el próximo número

Artículos de Rafael Argullol, Juan Antonio Bardem, Francisco Ruiz-Ramón, Victoria Camps, Pedro Cerezo Galán y José María Mato. INDICE 1997.

La sabiduría simbólica

Por Rafael Argullol

Rafael Argullol (Barcelona, 1949) es escritor y catedrático de Humanidades en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Ha escrito poesía, narrativa y ensayo. Entre sus obras cabe destacar *Duelo en el Valle de la Muerte*, *La razón del mal* (Premio Nadal 1993), *Sabiduría de la ilusión* y *El cazador de instantes*.

Desde que, cuando era estudiante, cayó en mis manos la edición de 1969 de *Diccionario de símbolos* de Juan Eduardo Cirlot he consultado en multitud de ocasiones muchas de sus voces. De hecho, en el momento de aquel descubrimiento yo no tenía ni idea de quién era Cirlot y en la universidad, naturalmente –desgraciadamente– nadie había hecho nada para paliar mi ignorancia; sin embargo, desde el primer momento, establecí una relación especial, casi secreta, con aquel libro, de manera que cíclicamente recurría a él en busca de información y, mucho más frecuentemente, a la caza de intuiciones.

Con el tiempo, interrogando aquí y allá, y casi siempre en librerías de viejo, fui adquiriendo otros libros de Cirlot, aproximándome así a su figura de pensador polifacético y de poeta. Recuerdo muy bien que cada una de estas adquisiciones incrementaba en mí la sensación del aislamiento intelectual que aquel hombre debía haber tenido en el panorama cultural español de su tiempo, como luego he tenido ocasión de corroborar. Cirlot resultaba, y sigue resultando, intempestivo.

Aunque el interés de sus libros poéticos y sus ensayos sobre teoría del arte es muy alto, considero, no obstante, que su obra cumbre –también para él, según sus propias palabras– es el *Diccionario de símbolos*, y en este sentido su reciente publicación en Ediciones Siruela debe saludarse con especial entusiasmo ya que, tanto por razones de forma como de fondo, aparece como la versión definitiva.

En efecto, desde un punto de vista formal –y como es de rigor en esta editorial– la edición es impecable, con un extraordinario despliegue gráfico en el que las ilustraciones encajan a la perfección con las sucesivas definiciones. Paralela-



Azufre.



Cuerno de la abundancia.

mente, la organización de esta nueva edición ha ido a cargo de la prestigiosa profesora Victoria Cirlot, no sólo la hija, sino –junto a su hermana Lourdes Cirlot– heredera espiritual del autor. Gracias al rigor de esta organización el texto al que ahora acceden los lectores incorpora numerosos añadidos y variaciones con respecto a las ediciones anteriores. En el epílogo la profesora Victoria Cirlot explica detalladamente los criterios metodológicos aplicados y sitúa muy oportunamente la obra en la evolución vital y literaria de su artifice.

Un objeto simbólico

El acierto de plantear estas explicaciones como epílogo estriba en el respeto a la libre entrada del lector a los prólogos de 1958 y 1969 realizados por Juan Eduardo Cirlot, encabezado este último por la cita de Salustio: «El mundo es un objeto simbólico». Estos prólogos sirven de afilado pórtico para la admirable introducción del autor a lo que él consideraba la «ciencia de los símbolos», la «lengua simbólica», sabiduría permanentemente en formación que indaga en la montaña ocul-

ta bajo la punta del iceberg de los conocimientos particulares.

Quien quiera acceder a la concepción del mundo de Cirlot debe leer atentamente esta introducción, pues en ella, sutilmente yuxtapuestos, aparecen tanto las fuentes como los frutos de su pensamiento. Insólitamente generoso en la admisión de influencias, el autor cita sin reservas a sus instigadores e interlocutores principales, desde Jung, Eliade o Zimmer hasta su amado Marius Schneider, el «gran maestro» a quien dedica el libro. La erudición de Cirlot es asombrosa, aunque con la particularidad de que, siguiendo el consejo de Goethe, es siempre una erudición íntimamente adherida a la vida. Sin esta adhesión, como afirma rotundamente con talante de poeta, el conocimiento teórico deviene estéril por completo.

Esta orientación, que exige la simbiosis de pensamiento y experiencia, aleja a Cirlot, sea del academicismo sea del hermetismo vulgar, al tiempo que acentúa el atractivo de unas indagaciones que, lejos de quedar encerradas en una suerte de narcisismo gnóstico, quieren avanzar hacia el desvelamiento global y profundo de la existencia. El «símbolo», entonces, no es solamente el plano que conduce al tesoro del conocimiento, sino también la piedra angular de la vida.

En el *Diccionario de símbolos* la importancia que Cirlot otorga a la simbología –con intersecciones y diferencias con respecto a otros simbólogos de nuestra época– se acerca a lo que, en cierto modo, podría denominarse «comparativismo cultural», en el bien entendido que éste se desarrolla con flexibilidad horizontal y verticalmente: horizontalmente porque Cirlot, echando mano de un saber realmente inusual en distintos campos teóricos, interrelaciona mitología, psicología, estética, antropo-

logía e «historia de las mentalidades», trazando una telaraña intelectual de notable solidez; verticalmente porque, con igual pericia, atraviesa los distintos estratos de la sabiduría simbólica que se han superpuesto a través de los tiempos.

Pero me atrevería a decir que lo esencial va más allá de estos dos cauces que, en realidad, sirven a Cirlot para tratar de seguir el «hilo invisible» que teje y desteje ese ropaje que acostumbramos a llamar «mundo»: lo esencial, que acerca el pensador al poeta –y los conceptos a las sensaciones– es llegar a comprender, utilizando imágenes que él mismo utiliza, que la cicatriz de la carne es, considerada en profundidad, idéntica a la piedra y ésta, asimismo, a la cicatriz del universo.

Escenario del símbolo

Si la comprensión completa de estas identidades es imposible desde un punto de vista estrictamente objetivo, y está recluida en el territorio de las fulminantes experiencias personales, el «escenario del símbolo» adquiriría, no obstante, una función mediadora entre lo que puede ser aprehendido y lo inaprehensible, entre lo expresable y lo inexpressable.

Y es, pienso, en esta misión antropológica fundamental que el «símbolo» se sitúa por debajo y por encima –simultáneamente– de los conocimientos positivos como esfera que contiene, según las épocas, culturas y tradiciones, las apariencias más diversas, al tiempo que en su interior conserva un centro eterno e inalterable. La experiencia simbólica del hombre es, así, cambiante como las aguas superficiales e inmutable como las profundas.

En este número

Artículos de			
Rafael Argullol	1-2	Pedro Cerezo Galán	8-9
Juan Antonio Bardem	3	José María Mato	10-11
Francisco Ruíz Ramón	4-5	ÍNDICE 1997	12
Victoria Camps	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



La sabiduría simbólica

Pero el *Diccionario de símbolos* de Juan Eduardo Cirlot no es únicamente una apasionada exposición de los caminos y finalidades de la sabiduría simbólica, sino también un apasionante relato de su exploración práctica. Este segundo aspecto, precisamente, es el que se me ha presentado con mayor relieve al leer la reciente edición, no como un diccionario, es decir, a ráfagas y según criterios de utilidad e información, sino como un texto orgánico que tenía la particularidad de su ordenación alfabética.

Una lectura de este cariz ahonda en el carácter equívoco del título: el *Diccionario* de Cirlot está muy lejos de los diccionarios al uso para constituir un conjunto de piezas ensayísticas que el autor ha ensamblado alfabéticamente, pero que, en realidad, responden a los momentos sucesivos de su indagación en el mundo del «símbolo». De ahí la inevitable desigualdad de las voces que conforman la obra, acercándose unas, efectivamente, a las es-

Qué es

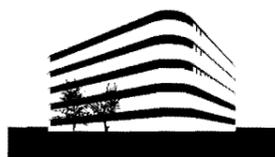
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Alia aerea Semini



cuetas definiciones de un diccionario, mientras otras se desarrollan como verdaderos ensayos con autonomía propia.

Lógicamente si alguien, como yo he hecho y recomiendo, realiza la lectura del libro como un texto orgánico, tenderá a recalar en las segundas en detrimento de las primeras. Mientras se desearía que las breves definiciones fueran capítulos más amplios, uno fija la atención en aquellas voces en las que Cirlot se ha detenido con sumo cuidado. Entonces aparece, con gran brillantez, la doble faceta de pensador y artista, de teórico y experimentador, que sustenta el itinerario intelectual del autor.

Un vigor fuera de lo común

Estas partes del *Diccionario*, que por su estilo revelan el gran talento literario de Cirlot, revelan asimismo por qué hoy, casi cuarenta años después de su primera impresión, este libro transmite un vigor fuera de lo común. Es bien probable que en la actualidad haya en el mundo editorial occidental diccionarios y enciclopedias con mayor erudición e información sobre simbología. Sin embargo, lo que verdaderamente hace distinto el texto de Cirlot —por otra parte, excepcionalmente informado para su país y época— es el tipo de abordaje del mundo del «símbolo», la explícita búsqueda de una sabiduría «simbólica» expresada muchas veces a través de lo que Erich Fromm llamó «lengua simbólica».

Creo que la comprensión de este tipo de abordaje facilita la comprensión —por fortuna, creciente— de un sobresaliente intelectual como Juan Eduardo Cirlot, cu-

Libra



ya personalidad poliédrica resultó, y seguirá resultando, imposible de aceptar para quienes usurpan la cultura desde el dogmatismo y la estrechez de miras. Al no ser un teórico académico, sino fundamentalmente un buscador y un indagador, Cirlot no se conformaba con encerrar la expresión de su pensamiento en el ámbito de la crítica de la cultura y del arte, sino que perseguía una verificación en la vida: la diferencia, por tanto, entre la información y el saber, entre la erudición y la sabiduría.

Quien entre en profundidad en el *Diccionario de símbolos* —olvidándose, consecuentemente, de que se trata de un diccionario— no hallará ninguna contradicción entre su autor y el autor del poético *Ciclo Bronwyn*. Quizá porque Cirlot hubiera suscrito, creo, aquellos versos de Goethe: «Si el ojo no fuera solar jamás podría ver el sol; si en nosotros no hubiera la fuerza de Dios, ¿cómo podría encantarnos lo divino?». □

RESUMEN

Pensador polifacético, crítico de arte, editor y poeta, Juan Eduardo Cirlot, un hombre intempestivo, en opinión de Rafael Argullol, es autor de *Diccionario de símbolos*, su obra más importante y también su preferida. Una reciente edición de esta obra, que puede considerarse definitiva, permite al comentarista no sólo subrayar el valor de ese diccionario,

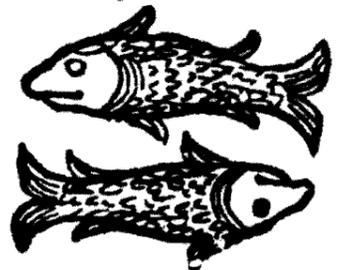
Aquarius.



Sagittarius



Pisces



Parte de un Zodiaco del año 1489.

sino también recordar la especial relación intelectual que ha venido manteniendo con el autor desde que, siendo estudiante universitario, cayera en sus manos una edición anterior; y cuya lectura recomienda no ya como si fuese un diccionario, que se puede leer a ráfagas, según la necesidad, sino como un texto orgánico ordenado alfabéticamente.

Juan Eduardo Cirlot

Diccionario de símbolos

Sirueta, Madrid, 1997. 524 páginas. 4.975 pesetas. ISBN: 84-7844-352-5.

SUMARIO

	Págs.
«La sabiduría simbólica», por Rafael Argullol, sobre <i>Diccionario de símbolos</i> , de Juan Eduardo Cirlot	1-2
«Al Oeste de Colorado River...», por Juan Antonio Bardem, sobre <i>Nicholas Ray. An American Journey</i> , de Bernard Eisenschitz	3
«El retorno de Fernando de Rojas», por Francisco Ruiz Ramón, sobre «La Celestina» de Fernando de Rojas, de Emilio de Miguel Martínez	4-5
«El malestar que aflige a la democracia», por Victoria Camps, sobre <i>Democracy's Discontent. America in Search of a Public Philosophy</i> , de Michael J. Sandel	6-7
«Entre poesía y religión», por Pedro Cerezo Galán, sobre <i>Cuatro poetas desde la otra ladera</i> , de Olegario González de Cardedal	8-9
«Fronteras en la investigación de la vida», por José María Mato, sobre <i>The Ethics of Human Gene Therapy</i> , de LeRoy Walters y Julie Gage Palmer	10-11
ÍNDICE 1997	12

Al Oeste de Colorado River...

Por Juan Antonio Bardem

Juan Antonio Bardem (Madrid, 1922) es ingeniero agrónomo, aunque su vida está dedicada al cine; su filmografía contempla una veintena de films realizados como guionista y director, entre ellos: Muerte de un ciclista, Calle Mayor, Cómicos, El joven Picasso (serie para las televisiones autonómicas españolas) y Resultado final.

«Al Oeste de Colorado River hay un sitio que amo. Acudo allí con todo lo que palpitando transcurre en mí, con todo lo que fui, lo que soy, lo que sostengo.»
(«¡Que despierte el leñador!»)
Pablo Neruda
Canto General

He aquí una biografía rigurosa y apasionada de la vida y la obra de Nicholas Ray (1911-1979), director de cine norteamericano, que tuvo su máximo momento de esplendor en la década de los 50.

Rigurosa, porque hace una intensa y extensa investigación de Nicholas Ray y su «circunstancia». Apasionada, porque en ningún momento pretende disimular su admiración por la obra de Ray y por los modos y maneras que empleó para realizarla. No hay que olvidar que Bernard Eisenschitz pertenece al Consejo de Redacción de los *Cahiers du Cinéma*. Y, precisamente, el renombre, la gloria, la fama y el descubrimiento «urbi et orbi» de Ray se debe en grandísima medida a esos mismos *Cahiers*, que lo entronizaron como paradigma de su «politique des auteurs», como el «auteur» del cine de los 50 y 60, por antonomasia.

«Había teatro (Griffith), poesía (Murnau), pintura (Rossellini), danza (Eisenstein), música (Renoir). De aquí en adelante, hay cine. Y el cine es Nicholas Ray» (Jean-Luc Godard).

La «circunstancia» de Ray, a la que antes me he referido, está inscrita básicamente en el mundo norteamericano de los años 30 y 40. Ray, desde mi punto de vista, nace y se hace después del «crac» del 29, con la Gran Depresión subsiguiente y con la política del «New Deal» de Franklin D. Roosevelt, posterior, que intenta aunar todo el enorme potencial de una nueva generación de jóvenes norteamericanos que creen en la libertad, la democracia, la solidaridad nacional e internacional, y también, cómo no, en la revolución mundial.

Ellos son beligerantes activos contra el capitalismo salvaje, el racismo, el fascismo y las actitudes retrógradas y reaccionarias, dentro y fuera de los Estados Unidos. Para mí, esa brillante y vibrante generación norteamericana me causa una profunda admiración, comprensión y respeto. Y también —sorteando ese maltratado dicho popular de que «las comparaciones son odiosas»— una saludable «envidia» si pienso en los años de la República, en la destrucción de ésta y en la dictadura de cuarenta larguísimos años.

Estoy recordando a esa pléyade de nombres inolvidables como Nicholas Ray, Clifford Odets, Elia Kazan, Orson Welles, Joseph Losey, John Steinbeck, Frank Lloyd Wright, Woody Guthrie, Langston Hughes, Pete Seeger, Herbert Biberman, Moss Hart, Erskind Caldwell, Albert Maltz, Harold Hecht, Abraham Polonsky, John Houseman, Dalton Trumbo, Ring Lardner Jr., Michael Wilson, Mordekai Gorelick, Laszlo Benedek, Howard Fast...

Estoy hablando de Perry Bruskin y el Theater of Action, del Federal Theater Project, del Group Theater, de los Civilian Conservation Camps, de los teatros de «agit-prop» en fábricas y «campus» universitarios, de la recuperación del genuino folklore norteamericano de músicas, baladas y cantos populares. Estoy hablando de descubrir y utilizar la radio



Nicholas Ray y James Dean, actor de *Rebelde sin causa*.

creativa, imaginativamente, mucho antes de que cayera sepultada por la publicidad de sopas y compresas higiénicas.

Estoy hablando de toda esa nueva generación norteamericana que ayudó a la República española en su justa lucha, participando —muchos de ellos— en nuestra guerra civil enrolados en la brigada Lincoln.

(Es curioso que, muchos años después, en los 80, el presidente Ronald Reagan, dirigiéndose a una representación de los brigadistas supervivientes, les aseguró que ellos «habían luchado en el bando equivocado».)

Cuando pienso en ese tiempo de los 30 —uno de los momentos más brillantes de la cultura norteamericana— me doy cuenta de que esa misma «vibración», esa misma «onda», alcanzaba sincrónicamente a otras culturas; por ejemplo, a la española. La generación del 27, la Institución Libre de Enseñanza, la Residencia de Estudiantes, las Misiones Pedagógicas, La Barraca... Sí, creo que estaban animadas por el mismo espíritu renovador, progresista, casi revolucionario.

Aquí duró poco, porque enseguida —después de la sanjurjada del 10 de agosto de 1932— vino el golpe definitivo del alzamiento militar de julio de 1936.

Allí duro más; esa generación derrotó con la ayuda de sus aliados, especialmente la URSS, al fascismo, a Hitler, a los nazis. Pero, luego, vino enseguida la Guerra Fría, el comunismo como objetivo básico a destruir dentro y fuera de casa; vino J. Parnell Thomas, el senador McCarthy, Nixon, House of Un-American Activities Committee, las «listas negras» para purificar de cualquier veleidad marxista o comunista, pasada o actual, las nóminas de los «Major Studios». Y, consecuentemente, las traiciones, las cobardías, las delaciones, las condenas, el exilio interior y exterior.

(Nicholas Ray pudo salvarse de tener que presentarse ante la «Inquisición», gracias a la intervención de su patrono, el extravagante Howard Hughes, que entonces era el amo de RKO Radio Pictures para la que Ray trabajaba.)

En cualquier caso, yo apuesto por Ray y estoy convencido de que a diferencia de Odets, Kazan, Edward Dymitrik y tantos otros, desgraciadamente, se hubiese acogido a la 5.ª Enmienda de la Constitución y no habría delatado a nadie. Con lo cual, hubiese pasado a engrosar el número de los «black-listed» y no hubiese podido trabajar en Hollywood nunca más. Pero dada su personalidad arrolladora, su desbordante energía, su imperiosa necesidad de «hacer» —tan magistralmente puesta de manifiesto por Eisenschitz en este trabajo— se había tenido que exiliar en Europa, junto a muchos como él, junto a John Berry, Ben Barzman, Joseph Losey, Jules Dassin y tantos otros, proscritos del Imperio y refugiados en el París de los 50.

El poeta Kenneth Fearing en su *Autorretrato*, allá por esos años, habla de la siguiente generación de norteamericanos, «alimentados por Walter Lippman y sostenidos por Haig & Haig». La generación de Ray tuvo, en cambio, otros dioses y si dedicaban su talento al teatro, la radio y el cine —un cine distinto al convencional de los «Majors», veneraban por encima de todo a Stanislavsky, a Mayerhold, Brecht, Hans Eisler, Kurt Weill, al «Método» y, posteriormente, a Yevgeni Vakhtengov. Sí, para ellos Stanislavsky era su Alá y Richard Boleslavsky, su profeta.

Trabajar con los actores y actrices, naturales y/o profesionales, experimentando, en-

RESUMEN

El director de cine Juan Antonio Bardem no se limita en su artículo a comentar una biografía rigurosa y apasionada del cineasta norteamericano Nicholas Ray. Como hombre de cultura, recuerda y envidia los fructíferos años treinta y cuarenta de unos Estados Unidos vi-

sayando, buscando el instante mágico de una representación perfecta, tanto en el teatro de verano universitario, en una sala de un teatro comercial, como en la calle o en la fábrica donde había una reivindicación social en marcha. «Improvisando» siempre. «Improvisación»: ésa es la palabra clave para poder entender a Nicholas Ray, tanto si es el Ray de *Rebelde sin causa* como el de *Lightning over water*, ya al final de su vida. «Improvisar» no es hacer cualquier cosa para salir del paso; es trabajar durante muchas horas y muchos días sobre un colectivo actoral determinado, estableciendo un «hacer» sobre un material escrito, nunca definitivo y siempre cambiante en función de ese «hacer».

(Un consejo de Ray a un incipiente director de cine: «Trabaja con tus actores y olvídate de todo lo demás. Nada de «mecánica»; ya se ocupará alguien de eso. Sólo trabaja con tus actores».)

«¿Qué quieres decir cuando dices «¡Acción!»? Para mucha gente eso significa que la escena empieza. Pues no, «acción» es una palabra muy específica. «Acción» es lo que quieres hacer. ¿Qué es lo que el personaje quiere «hacer» en la escena? Eso es su acción... La «acción» es realmente un «hacer», es un verbo activo; siempre tienes que ser capaz de pronunciarlo en un sentido activo, y no puedes interpretar una emoción. Interpretas una «acción».

Como «film-maker», como hacedor de cine, Ray siempre buscó y propuso, con diferente fortuna, historias para hacer películas, originales cuyas veces y las más, basadas en relatos, novelas, cuentos, piezas teatrales de otros. Adaptaciones para cuya escritura él confiaba a guionistas más o menos consagrados y participaba exhaustivamente con ellos hasta encontrar la escritura definitiva del guión que le satisficiera plenamente. Y nunca estaba satisfecho: forzaba el cambio de escritor y seguía personalmente modificando escenas, inventando otras nuevas, reescribiendo «da capo» esta noche la escena que filmaría al día siguiente. ¿Buscando qué? «Una línea de continuidad que hiciera que la película fuese hacia delante».

«Sí, quizá esta secuencia es espléndida, pero ¿cómo sigue? ¿Qué viene después?»

(Personalmente pienso que trabajar con él para muchos escritores debió ser «a pain in the ass».)

Ray cumplía perfectamente las condiciones indispensables que señalaba Leon Kuleshov para dirigir cine: paciencia y un gran vigor psico-físico. Creo que la paciencia siempre la tuvo, pero para mantener el vigor propio que le permitiera trabajar tan agotadoramente como él trabajaba (y hacía trabajar a su equipo), tuvo que recurrir desde muy pronto a estimulantes exteriores: el alcohol, primero, las drogas, después. Eso, a la larga, destruyó su vida y, también, su carrera profesional.

Como algunos antes que él, Terry Fox, un amigo y colaborador de Ray le comparó siempre con el capitán Ahab de Hermann Melville:

«Una figura realmente trágica, que se rebeló contra todas las ataduras y vivió siempre según el código que él mismo se había formulado».

Bernard Eisenschitz

Nicholas Ray. An American Journey

Faber & Faber, Londres/Boston, 1996. 642 páginas. [5.395 pesetas]. ISBN: 0-571-17830-8.

El retorno de Fernando de Rojas

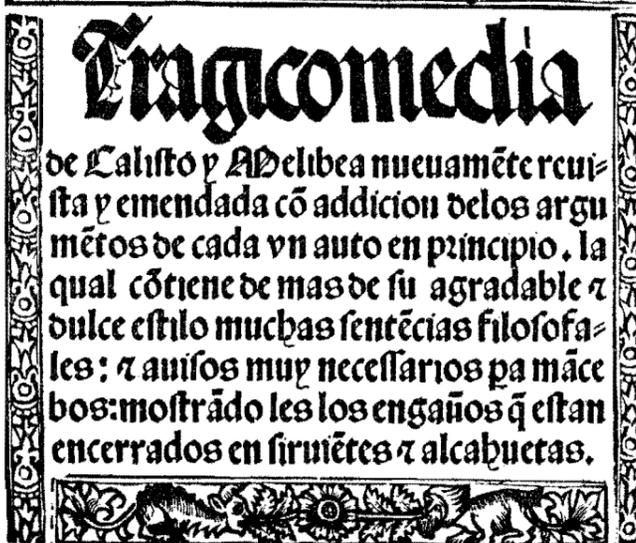
Por Francisco Ruiz Ramón

Francisco Ruiz Ramón (Játiva, Valencia, 1930) ha sido profesor de Literatura Española en las Universidades de Oslo y Puerto Rico y desde 1968 ejerce en Estados Unidos. Actualmente es «Centennial Professor of Spanish» en la Universidad de Vanderbilt. Entre otros premios, ha obtenido el «Gabriel Miró» (1982) y «Letras de Oro» (Estados Unidos, 1988). Es autor de Historia del teatro español: desde sus orígenes hasta 1990, Historia del teatro español: siglo XX y Calderón y la tragedia, entre otros.

Suele ser hoy habitual en los estudios celestinescos la afirmación de la doble autoría de *La Celestina*: un autor anónimo —«el antiguo auctor»— para el Auto I y Rojas para los autos II a XXI de la *Tragicomedia*. Lo que en un principio, alternando con otras propuestas, era todavía una simple hipótesis basada en diferencias de lengua o de fuentes, hipótesis argumentada y matizada, aunque nunca probada ni avalada por prueba alguna documental ni textual irrefutable, ha venido a convertirse en estas dos últimas décadas en una tesis en demasiadas ocasiones a mitad de camino entre dogma, tópico y pre-juicio. Si la afirmación, hecha costumbre, se limitara al espacio lícitamente debatido y debatible del problema de la paternidad de *La Celestina*, cuestión hasta ahora imposible de resolver científicamente en un sentido o en otro por falta de argumentos absolutamente incontrovertibles, nos encontraríamos ante un caso más en la historia literaria de ejercicio polémico, excelente para el ingenio y la erudición, pero inofensivo y sin riesgo para la integridad y la riqueza de significación del gran texto que es *La Celestina*. El peligro viene, sin embargo, no de ninguna de las hipótesis en sí o de los varios argumentos aducidos, sino de la osadía y la ligereza con las que, en ocasiones cada vez más frecuentes, se atenta no sólo contra la coherencia e integridad internas del texto, imponiéndole estructuras de interpretación arbitrarias, reductoras o aberrantes, a menudo gratuitas y raras veces iluminadoras, sino contra la integridad estética o ética de un autor llamado Fernando de Rojas, al que con antipática suficiencia se le achacan fallos o ignorancias, que ponen en solfa, incluso con sarcasmo o ironía, sus intenciones, sus decisiones o sus elecciones artísticas.

En vez de partir del texto de la *Comedia* y la *Tragicomedia*, se parte de afirmaciones de imposible confirmación, contradictorias entre sí, emitidas en fragmentos del paratexto por un autor enmascarado que inventa otro «autor» («quien quiera que fuese») problemático y fantasmagórico, al que, por otra parte, hace más tarde dual (Cota o Mena) y rechaza implícitamente en las «Coplas acrósticas», entre otros lugares marcados por la contradicción o la discordia de información. ¡Grande habría sido, sin duda, el asombro y, quizás, el placer del «raro inventor» llamado Miguel de Cervantes si se le hubiera dado a su Cide Hamete Benegeli tanta autoridad como al «antiguo auctor» —Cota, Mena o ninguno de los dos— del Auto I de *La Celestina*!

El éxito de este inapresable «antiguo auctor» ha llevado incluso a leer —o a tratar de leer— el Auto I como una mónada independiente, desajado del todo del que es parte, como si no existieran los Actos II a XVI o a XXI, en un prodigioso ejercicio malabar, no ya de desconstrucción (en el peor sentido de la palabra), sino de desguace e invisibilización del sistema textual llamado *Comedia* o *Tragicomedia de Calisto y Melibea*. Ejercicio peligroso que, por fatal re-



Portada de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*.

ducción al absurdo, podría acabar convirtiendo el Acto I en un «Acto Cero» absoluto. Especialmente si el crítico parece más interesado en debatir con los otros críticos que con el texto mismo. Olvidado entonces de su calidad de comensal invitado a un excepcional banquete, tiende a arrogarse el papel de improvisado cocinero, provisto de su propia receta y de su menú especial, que convierte ese espléndido convite, al que Rojas nos invita, en un «picnic» de aficionados a autor, quienes dictaminan, por añadidura, que Rojas leyó mal, que Rojas no entendió, que Rojas no se atrevió a cambiar nada o se atrevió a cambiar demasiado, etc.

¿Podemos, acaso, leer al presunto «antiguo auctor» mejor que Rojas lo leyera o que lo leyeran los editores coetáneos —si es que lo leyeron—, incluido el corrector Proaza, o leer el Auto I en su hipotética forma primitiva antes de que lo alterara —si lo alteró— Rojas? ¿Es posible leer, entender e interpretar hoy —o ayer— el Auto I como si fuera independiente del Rojas autor/lector de su propio texto? ¿Tiene sentido sustituir un texto real llamado *Comedia* o *Tragicomedia de Calisto y Melibea* por otro texto invisible —los «papeles» que Rojas dice haber encontrado— cuya existencia nadie confirmó entonces ni ha confirmado después?

Unidad de autor

Ante esta situación, aquí retóricamente subrayada, visible en artículos o notas, cada vez más frecuentes, sobre el texto de *La Celestina* me parece oportuno saludar —precisamente en SABER/Leer— el importante libro del profesor de la Universidad de Salamanca Emilio de Miguel, titulado, con gran pertinencia, «*La Celestina*» de Fernando de Rojas, en el cual se propone hacer ver, en y por el texto mismo, y no desde tesis exteriores a él, la lógica interna de la unidad



Diversas escenas de la obra de Fernando de Rojas.

de autor. Sin rehuir la polémica —aunque sin buscarla tampoco—, con todas las hipótesis sobre la autoría de *La Celestina*, incluida también la de la autoría única, pienso que podría figurar como lema de este estudio la bien conocida sentencia clásica —con sólo cambiarle la segunda y última palabra—: «Amicus (Rojas) sed magis amicus (textus)»; lema que enlaza perfectamente con este otro de D. H. Lawrence, citado por Emilio de Miguel: «Never trust the artist. Trust the tale» (pág. 326).

La premisa expresada por el autor a poco de empezar su «Introducción» es la de que la obra que lee, «salvo las inevitables deturpaciones que suelen afezar cualquier creación literaria llegada hasta nosotros desde aquellos siglos, es, tal como la hemos recibido, la obra escrita y dispuesta por su autor, sin jugar a ningún tipo de reescritura o de redistribución de sus partes» (págs. 13-14). Es la lectura repetida y demorada de ese texto recibido la que, provocándole dudas sobre la doble o plural autoría, le lleva a deducir, con Menéndez Pelayo, «no la imposibilidad teórica, sino la inverosimilitud práctica de que hubiese dos autores» y a hacer suya la pregunta de don Marcelino, a cuya contestación afirmativa va encaminando su trabajo de lector: «¿No es más razonable suponer que Rojas fue el autor del primer acto?». En especial si se piensa que el Acto I, en tanto que parte de un proceso de producción textual responsable de ese todo —el texto completo— al que llamamos *Comedia* o *Tragicomedia*, no existe ni ha podido existir nunca como texto en sí, auto suficiente y autónomo, sino que responde a un plan,

un proyecto, un ritmo y un sentido que no le vienen de sí mismo.

Emilio de Miguel, lector integral y no parcelario ni parcialmente selectivo de *La Celestina*, rastrea desde el comienzo de la escena del encuentro de Calisto y Melibea —«En esto veo, Melibea»— hasta el final de la escena última del planto de Pleberio —«solo in hac lachrimarum valle?»— de la obra, las conexiones de ritmo, de tono y de sentido, considerándolas en las encrucijadas de los distintos niveles y aspectos del texto —personajes, temas, técnica teatral, léxico, gramática y sintaxis— en busca de similitudes, e incluso de identidades, desde una perspectiva hermenéutica que «en lugar de considerar los núcleos confrontados como creaciones estancas», opta «por entenderlos como absolutamente concatenados» (pág. 12), confirmando así aquellas observaciones —que cita oportunamente— de Menéndez Pelayo en sus *Orígenes de la novela*: «En el primer acto está en germen toda la *Tragicomedia*», o la de Menéndez Pidal, también citada: «En el auto primero está, como en semilla, la obra entera...» (pág. 283). Perspectiva que le impide caer, en efecto, en el desenfoque en que vienen a dar aquellos críticos que «si en el acto inaugural hallan cuantioso número de datos de uno u otro signo coincidentes con los que aparecerán en el resto de la obra, ello les da pie a afianzarse en la impresión de que lo dramatizado a partir de allí no pasa de ser desarrollo completísimo de cuanto ya se contiene en aquel acto; desarrollo hábilmente efectuado



Viene de la página anterior



por Rojas, segundo autor. Si, por el contrario, parecen descubrir ocasionalmente en el acto inicial ausencia de algunos elementos o datos que juzgarán de novedosa aparición en momentos posteriores de la obra, ello es igualmente prueba de doble autoría, presentando a Rojas como segundo autor y a veces incluso, como enmendador del primero» (pág. 62).

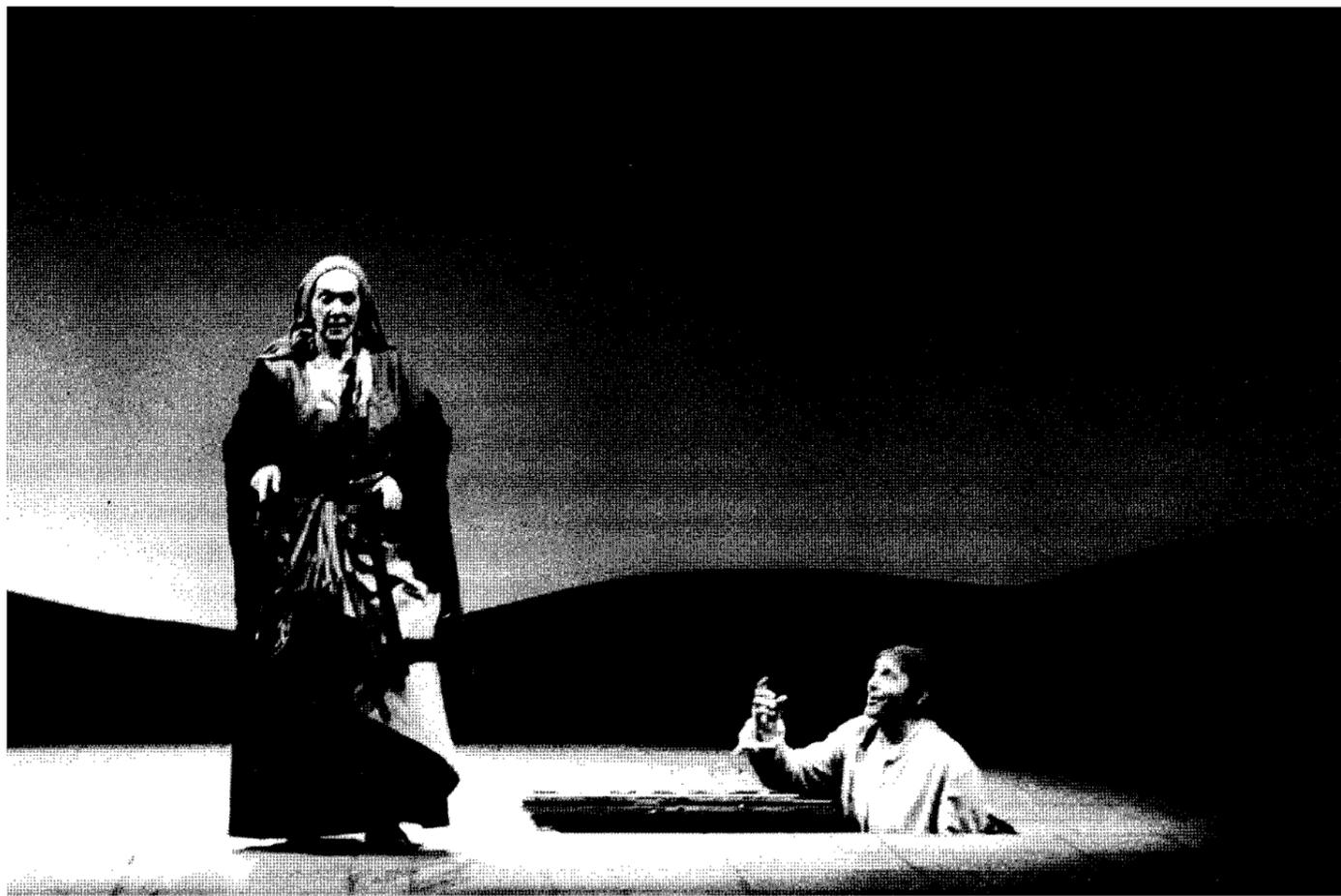
Este proceso personal de lectura e interpretación del texto de Rojas, al que podríamos calificar de orgánico, pues incorpora críticamente varias de las coordenadas de la historia de su interpretación, nunca inocente ni neutra, proyectando en él los distintos avatares de sus lecturas, fuerza —por así decirlo— al lector actual a una enriquecedora lectura global de *La Celestina* —de toda ella— como proceso dinámico abierto por un autor llamado Fernando de Rojas a una multiplicidad de posibilidades.

De los ocho capítulos en que el libro está dividido es especialmente interesante el planteamiento crítico del IV —el más largo y en posición central— dedicado a «la técnica teatral de *La Celestina*», en donde enlaza, para mostrar y estudiar sus múltiples conexiones, los dos problemas más debatidos en la historia de la crítica celestinesca: el de la autoría y el del género.

Imitado el texto de Rojas en el siglo XVI por numerosos autores y numerosas obras anónimas, ninguno de sus imitadores o adaptadores tuvo suficiente genio para captar toda la complejidad dramática y la riqueza teatral —por no hablar de la ideológica o la artística— de esta extraordinaria obra maestra. El teatro español —como escribí en otro lugar al ocuparme del problema del género— corrió por distintos derroteros y *La Celestina* quedó dentro de la historia de ese teatro como una obra señera, aunque aislada, sin dar nacimiento en los escenarios a esa nueva dimensión del fenómeno dramático que ella portaba en sí.

Problema de género

El problema del género de *La Celestina* ha solido abordarse y resolverse desde un doble enfoque, ya criticado por Paul Zumthor en su *Essai de poétique médiévale* (Paris, Seuil 1972), en el que se ocupaba de textos medievales anteriores al de Rojas: el del género como «categoría intemporal» suprahistórica («forma natural») y el del género como «modelo formal», como sistema de normas, fundado en una teoría neoplatónica de los géneros. Es decir, a partir de nociones y convenciones ajenas o extrañas al sistema literario de fines del siglo XV. Ahora bien, del mismo modo que no existe comunicación por el lenguaje que no remita a una norma o a una convención general, social, condicionada por una situación, tampoco puede imaginarse una obra literaria que se situaría en un vacío de información y que no dependería de una situación específica de la comprensión de su propio horizonte de expectativas. En este sentido, según propone Zumthor, toda obra literaria pertenece a un género, lo cual significa que toda obra supone, aunque no siempre del mismo modo, un conjunto de reglas —pero no como norma, sino como modelo— preexistente para orientar la comprensión del lector o espectador y permitirle una recepción apreciativa, en lugar de la incompreensión y el rechazo, como sucedió en sus primicias, por mencionar un ejemplo cercano, con el teatro del absurdo o el postvanguardista. De lo que se trata, en suma, es de no abordar el género literario desde el punto de vista normativo («ante rem») ni clasificador («post rem»), sino histórico («in re»), es decir no como «genera» (clases con valor



Amparo Rivelles y Jesús Puente, en una representación de *La Celestina*, dirigida por Adolfo Marsillach y adaptada por Gonzalo Torrente Ballester (1988).

intemporal) en sentido lógico, sino como «grupos» o «familias históricas». Criterio éste que, en el caso de *La Celestina* nos evitaría insistir en su condición «agenérica» o de «diálogo puro». En ella, en efecto, a diferencia de los distintos tipos de «diálogo» antiguo o renacentista —del platónico a la *Égloga*— reseñados por Morón Arroyo (*Sentido y forma de «La Celestina»*, Madrid, Cátedra, 1974) o estudiados por Jesús Gómez (*El diálogo en el Renacimiento español*, Madrid, Cátedra, 1988), pero también a diferencia de los tipos de diálogo en la novela o «arte de amores» coetáneos, el diálogo nace de la voluntad de conseguir algo y sirve, a la vez, de máscara y de revelador tanto en el circuito de comunicación interior (entre los personajes) como en el circuito de comunicación exterior (entre Rojas y su lector-actor/oyentes) del texto. La palabra de todos los personajes de Rojas está en función de un proyecto que, para realizarse, necesita convertirse en acción: los personajes se encuentran para conseguir algo; su encuentro los enfrenta y crea una situación y un conflicto de voluntades empeñadas en la satisfacción de sus propios deseos e intereses. En este sentido, puede decirse que cada diálogo es un verdadero «agon logón».

Aunque el capítulo del profesor Emilio de Miguel no plantee teóricamente el problema del género ni tenga tampoco en cuenta la bibliografía reciente o pertinente sobre la teoría y análisis del drama, el minucioso e inteligente enfoque pragmático a que somete el texto le permite mostrar de modo original —y a mi juicio, con éxito— la unidad estructural de *La Celestina* como drama. Como consecuencia aparecen, además, religados entre sí, reforzándose mutuamente, autoría única y género dramático.

El análisis comparativo de las variantes técnicas y formales de «acotaciones», «aportes», «escenas simultáneas», «diálogos» y «monólogos», así como el de las estructuras de «espacio y tiempo», descubre funciones dramaturgias similares o idénticas entre el Acto I y los restantes de la *Comedia/Tr-*

gicomedía. La cuidadosa atención a la técnica teatral y a la tipología de funciones de la comunicación y presentación de espacio y tiempo hacen de este capítulo un valioso punto de partida (que no podrá ser ignorado por futuros estudios) para una lectura genérica integral del texto de *La Celestina*.

Lectura —siempre múltiple— que de ninguna manera podrá hacer olvidar las sabias advertencias de ese autor llamado Fernando de Rojas:

«Assí que, quando diez personas se juntasen a oyr esta comedia, en quien quepa esta diferencia de condiciones, como suele acaescer, ¿quién negará que aya contienda en cosas que de tantas maneras se entienda?».

Este necesario y bienvenido retorno de Fernando de Rojas permitirá ver todavía con mayor profundidad la singularidad irreplicable de ese extraordinario texto que es *La Celestina*. □



RESUMEN

Ese extraordinario, singular e irreplicable texto es, en opinión de Ruiz Ramón, La Celestina, una de las obras capitales de la literatura española, viene trayendo de cabeza, desde siempre, a estudiosos e investigadores, en cuanto a su autoría —¿de un autor desconocido, el primer acto; el resto, de Fernando de Rojas?— y a su gé-

nero. Dándoles la razón, entre otros, a Menéndez Pelayo y a Menéndez Pidal, el autor del libro comentado defiende una única autoría (Fernando de Rojas habría escrito todo el texto, desde el primer encuentro de los dos enamorados hasta el final, el planto de Pleberio), y su pertenencia al género dramático, sin ninguna duda.

Emilio de Miguel Martínez

«*La Celestina*» de Fernando de Rojas

Gredos, Madrid, 1996. 356 páginas. 2.300 pesetas. ISBN: 84-249-1822-3.

El malestar que aflige a la democracia

Por Victoria Camps

Victoria Camps (Barcelona, 1941) es catedrática de Filosofía Moral y Política de la Universidad Autónoma de Barcelona. Autora, entre otros libros, de *Ética*, retórica, política, Virtudes públicas, Paradojas del individualismo y Malestar de la vida pública.

La democracia no está contenta de sí misma. No está dando los resultados que prometía ni respondiendo al ideal proyectado. La insatisfacción no se da sólo en España, donde la democracia aún es nueva y poco experimentada. Se da en todas partes y también a nivel teórico. El pensamiento político lleva unos años afrontando el descontento e intentando analizar sus causas. Lo hace, en especial, el pensamiento político anglosajón —británico y norteamericano—, el que tiene a sus espaldas una práctica democrática más antigua y larga. El último libro de Michael Sandel, profesor de Filosofía Política en Harvard, entra de lleno en el tema: ¿a qué se debe el malestar que aflige a la democracia?

Avancemos la respuesta prolija y sabiamente desmenuzada a lo largo de todo el libro: a la democracia le falta una voz pública capaz de agregar voluntades y de producir compromiso cívico. La política falla porque no consigue crear comunidad en torno a proyectos que la gente considere propios y comunes. Y falla el ciudadano, porque el individuo de las democracias liberales no se siente comprometido ni parte de los asuntos públicos. El nudo del problema radica en una síntesis que no acaba de funcionar: la de democracia y liberalismo. Las democracias liberales son puro procedimiento, el respeto a unas reglas del juego para respetar las libertades. Pero unas libertades que, al carecer de contenidos más substantivos, no consiguen converger hacia eso que ha venido en llamarse el bien o el interés común.

Esa es la teoría que Sandel desarrollará en un doble contexto: el diálogo con la filosofía política liberal contemporánea (cuyo máximo exponente es John Rawls) y el análisis de la evolución de la democracia y el constitucionalismo en los Estados Unidos, desde el republicanismo inicial al proceduralismo actual. Digamos antes de entrar en el tema que Sandel no es un desconocido en el pensamiento político contemporáneo. Se le sitúa entre los llamados comunitaristas: una serie de filósofos que coinciden en denunciar la abstracción y el formalismo de la filosofía liberal de la justicia a la que le falta una concepción moral de la persona. La ubicación dentro de esa corriente de la filosofía moral la debe Sandel a su libro anterior, *Liberalism and the Limits of Justice*, una crítica penetrante y lúcida al liberalismo de John Rawls, ese liberalismo centrado en la justicia, cuya defensa a ultranza de las libertades individuales deja al individuo huérfano de orientaciones morales.

El objetivo de aquel libro fue poner de manifiesto la debilidad de la concepción de la persona moral en la teoría de la justicia de Rawls: una persona desencarnada y sin atributos que difícilmente podría desarrollar el carácter moral que la democracia requiere de sus ciudadanos. Ahora a Sandel le interesa más explicar el proceso que conduce, tanto en la historia política de los Estados Unidos como en la filosofía política paralela a esa historia, a un pensamiento político caracterizado por dos distintivos básicos: 1) la separación entre lo justo («the right») y lo bueno («the good»); y 2) la neutralidad del gobierno respecto a lo bueno, o la vida buena.

El primer punto está ampliamente aceptado por el liberalismo actual y, en concreto, por el de John Rawls. De hecho, representa el triunfo del kantismo, o de una filosofía

moral deontológica, sobre el teleologismo utilitarista. En términos más sencillos, viene a decir esto: una teoría de la justicia, que pretenda valer para cualquier sociedad democrática, no puede derivar de las concepciones individuales sobre lo que es bueno o malo. Tales concepciones son contingentes, subjetivas y empíricas: el universal no puede deducirse de ellas. La teoría de la justicia debe sustentarse en unos principios aceptables por cualquier ser racional sea cual sea su visión de lo que es la vida buena. Esos principios o derechos son la única base y el sustento de una política éticamente orientada.

Dicha tesis conduce directamente a la obligada neutralidad del estado o del gobierno respecto a las distintas nociones de lo bueno. El estado sólo debe pretender ser justo, a través de instituciones y estructuras que garanticen los principios básicos de la justicia. Una justicia indispensable para que los individuos escojan la forma de vida que les parezca mejor, más interesante o preferible. Sobre ese último extremo, sin embargo, el estado debe permanecer neutral: la vida privada es de los individuos, no públicamente regulable.

Escisión en la identidad

Sandel piensa que la separación entre lo que debe ser acatado por todos porque es justo y lo que es bueno quizá para unos pero no necesariamente para todos, produce una escisión en la identidad de los individuos como personas y como ciudadanos. Cada cual, como persona, es libre de escoger la forma de vida que prefiera, si bien, como ciudadano, tiene que respetar la Constitución y su desarrollo. No hay, en el fondo de todo, una verdad moral que ayude a tomar esas decisiones que necesariamente tienen que ser colectivas, como lo fue, por ejemplo, la abolición de la esclavitud en Estados Unidos. Si la moral individual es libre y relativa, ¿qué convicciones sustentarán los distintos proyectos políticos que deberían comprometer a todos los ciudadanos? «Una política que pone entre paréntesis sus convicciones morales y religiosas —concluirá Sandel— genera su propio desencanto.»

Todos los comunitaristas —digámoslo de paso— anhelan un rearme moral que ellos ven en clave religiosa. Porque, de hecho, han sido las religiones las que han creado comunidad, las que han unido a los creyentes en torno a

convicciones fuertes, a esperanzas y a formas de vida. Lo que ocurre es que, en los estados laicos, esa función debe realizarla la moral (o la ética) y no la religión. Pues bien, eso sólo se consigue desde una teoría republicana. Sólo el ideal republicano ha hecho depender la libertad de una identidad ciudadana consistente en compartir realmente el autogobierno. El republicanismo rousseauiano no entiende la libertad sin unas virtudes cívicas —una religión civil—, que comprometen al ciudadano y conducen su voluntad hacia la formación y aceptación de la voluntad general. El republicanismo entiende que la política cumple una función formativa y educadora. Eso se ha perdido en la nueva república procedimental, que es donde estamos.

Se ha perdido porque, ciertamente, el republicanismo tenía un peligro. Dado que el bien común no lo conoce nadie y que la voluntad general no puede ser la voluntad de todos, la tiranía de la mayoría sustituía a esos conceptos teóricamente atractivos. Un peligro visto ya lúcidamente por Tocqueville en los albores de la democracia americana. El liberalismo, precisamente, se empeña en defender al individuo contra esa tiranía. Sin embargo, no consigue escapar a la regla de la mayoría. Pues al dar un valor absoluto a la libertad individual, el relativismo es inevitable y el sentir de las mayorías es el único criterio para tomar decisiones colectivas. El constitucionalismo americano, que Sandel recorre con cierto detalle, tiene como base ese salto hacia las libertades con la lógica suspensión de las creencias morales y religiosas. Salvo algunas verdades políticas intocables que deben sustraerse de las vicisitudes de la controversia política —el derecho a la vida, la libertad, la propiedad—, «el resto es silencio», diríamos con Hamlet: Una «Bill of Rights» o una Constitución debe callar sobre los contenidos de la libertad.

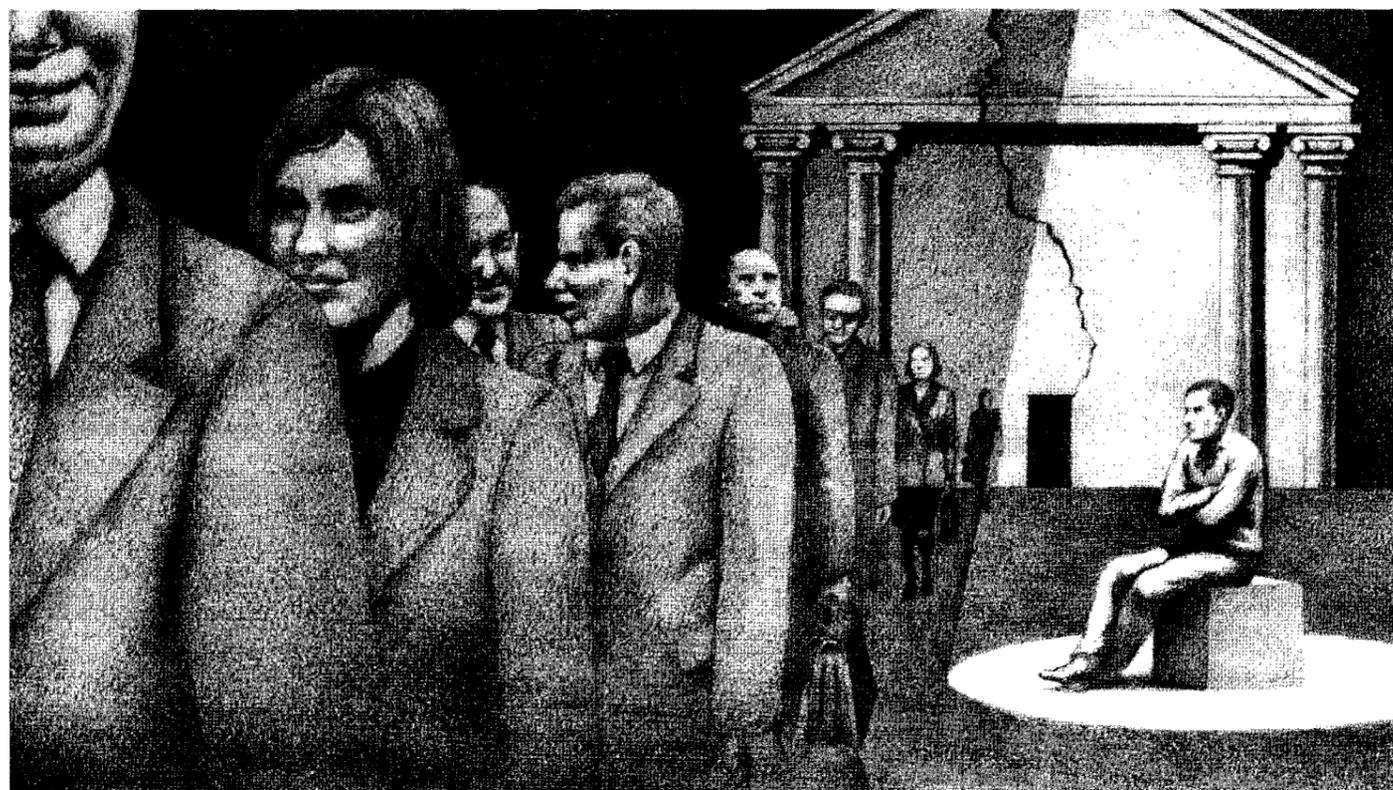
Poco a poco van quedando obsoletas las convicciones de los primeros republicanos forjadores de la independencia, como John Adams («La virtud pública es el único fundamento de la república»), o Benjamin Franklin («Sólo la gente virtuosa es capaz de ser libre»). La libertad de expresión se entroniza con la primera enmienda y empieza a ser complicado condenar la difamación, por ejemplo, aunque la ley lo prohíba. ¿Qué puede decirse que daña al otro? ¿Hace daño el lenguaje? Lo mismo ocurrirá con la familia: ¿qué im-

pide diversificar sus formas y aceptar todas las mutaciones imaginables? La sociedad liberal lo tolera todo, no promueve nada. Es a los individuos a quienes hay que proteger y no a esta o aquella forma de vida.

El desarrollo económico capitalista acompaña y empuja el giro político hacia el liberalismo. La libertad de mercado propicia la desaparición de una concepción cívica de la libertad inconsistente, por su parte, con el trabajo asalariado. Sólo el cooperativismo, una iniciativa poco exitosa, aparece como remedio a la falta de subsuelo propicio para el desarrollo de las virtudes cívicas. Y va ganando terreno lo que Sandel denomina «la concepción voluntarista de la libertad», una concepción que debiera desembocar, pero no lo hace, en el autogobierno que la democracia exige y necesita.

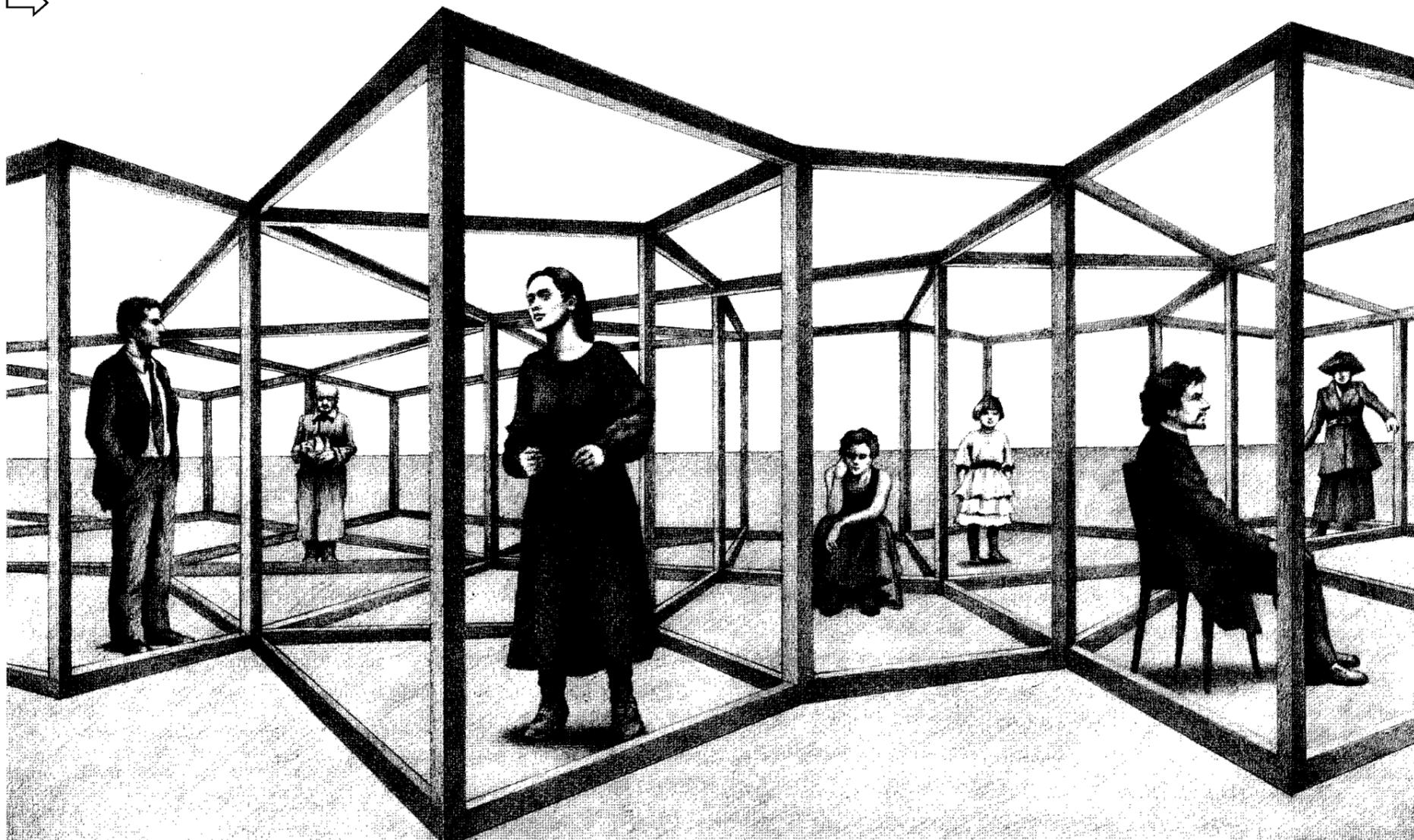
De esta forma, el siglo XX es testigo del paso de la idea de que el gobierno debía hacerse cargo del carácter moral y cívico de los ciudadanos a la idea de un gobierno neutro respecto a los valores de esos ciudadanos. El resultado no ha sido más cooperación en el bien común, sino, por el contrario, una notoria incapacidad de todos para autogobernarse de veras y resistir a las fuerzas —sobre todo económicas— que gobiernan las existencias. Esa es la contradicción entre el yo liberal, por una parte, y la organización social y económica, por otra. Una contradicción que obliga a poner muchos interrogantes a la pregunta: ¿soy realmente libre de escoger aunque teóricamente tengo toda la libertad para hacerlo?

Dos fenómenos amenazan especialmente al ejercicio del autogobierno por parte de los ciudadanos: uno, la concentración de poder en manos de unos pocos; otro, la erosión de las formas de autoridad y comunidad —crisis de la familia, de la educación, movimiento hacia la gran ciudad— que habían dirigido las vidas de los humanos. Ambos peligros son percibidos por los progresistas que se aprestan a ponerles coto, sin demasiado éxito. Se intentan, por ejemplo, reformas urbanas, se promueve el deporte o el voluntariado, con el fin de insuflar en los hábitos y en las conciencias espíritu cívico. En política económica, Woodrow Wilson lucha contra los monopolios y el trabajo esclavizante, Roosevelt postula un «nuevo nacionalismo» que cohesione y combata, a su vez, la descentralización querida



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

por el republicanismo. Wilson y Roosevelt coinciden en una convicción que luego repite Rawls: el valor de las instituciones democráticas radica en su capacidad para formar moralmente a los ciudadanos.

Pero si el debate económico de Wilson y Roosevelt aún mostraba una cierta consideración hacia los fines últimos —nacionalización, descentralización—, la revolución keynesiana se erige como la expresión económica de la emergente república procedimental. Las técnicas de estimulación y estabilización económica demuestran ser meros instrumentos administrativos para distribuir la riqueza. La nueva economía es políticamente neutra: el fin es la prosperidad, el crecimiento económico y las técnicas para conseguirlo. Al gobierno no le incumbe juzgar los intereses de los ciudadanos: su única preocupación ha de ser permitir y garantizar que puedan tenerlos. La urgencia de estimular el consumo y el afán imparable de prosperidad acaban con todos los proyectos formativos.

En suma: el actual descontento hacia la democracia y sus instituciones tiene su explicación en la pérdida de control de la democracia —instituciones e individuos— sobre sí misma. La segunda mitad del siglo XX es testigo de la consolidación de la idea voluntarista de la libertad: la libertad es un derecho individual que permite a cada cual escoger sus propios fines de vida. El estado sólo debe ocuparse de preservar y respetar ese derecho básico. No se discute la prioridad de lo justo sobre lo bueno: lo único compartible, universalizable son los mínimos que dan contenido a la justicia; en el resto —religión, política, nacionalismo— no hay ortodoxia.

La conclusión de todo ello, sin embargo, es un cierto fracaso para el liberalismo que no ha sido capaz de asegurar la libertad que prometía. No sólo los individuos se sienten perdidos, sino que se siente la pérdida de control sobre lo que ocurre en el mundo, los gobiernos son incapaces de responder a los sucesos más trágicos, parece que todo discurre inevitablemente y que no hay forma de parar ni de evitar nada. La inseguridad ante poderes cada vez más lejanos se apodera de las vidas de todos. La erosión de las formas de comunidad que daban sentido de identidad y de pertenencia a los individuos es la pérdida fundamental.

¿Es posible y es bueno reavivar los ideales cívicos republicanos? Los críticos a la propuesta de Sandel se muestran reticentes. Es cierto que las sociedades complejas de hoy no se parecen en absoluto a la polis aristotélica ni al ideal agrario de Jefferson. Por otra parte, ¿lo ganado en tolerancia y en libertad individual, gracias al liberalismo, no son logros válidos aunque hayan redundado en una pérdida de comunidad y de civismo?

Sandel piensa que tras tales reticencias se esconde una idea demasiado rousseauniana del republicanismo. Se esconde la idea de que tiene que ser necesariamente exclusivista y coercitivo. Puesto que se da por supuesta la cohesión social en torno a un bien común o a una voluntad general, hay que suponer que ese bien consiste en una verdad única e incontestable, a la que de hecho sólo acceden unos pocos y los demás deben acatar inevitablemente. Es el estado totalitario y fundamentalista.

Política de desencanto

Pero Sandel no cede en su tesis: la suspensión del discurso moral y el religioso llevan a la política del desencanto. ¿Por qué? Porque cuando la agenda política deja de tener una dimensión moral, es inevitable fijarse en otras cosas, en realidad, menores: en los vicios privados de los servidores públicos. Las corrupciones, los escándalos, el sensacionalismo son pasto de la prensa amarilla, de las tertulias radiofónicas y de todo lo que puede contribuir a enriquecer la vida pública. El vacío moral del discurso político da lugar a moralinas sucedáneas que nada tienen que ver con la moral.

Los conservadores y los progresistas no son ajenos a ese vacío y tratan de combatirlo con medios distintos. Los primeros insisten en la necesidad de recuperar los valores tradicionales: la familia, la religión y la patria constituían el eslogan de los partidos conservadores en las últimas elecciones americanas. La izquierda, por su parte, sigue aferrada al contradiálogo económico y a la idea de que la única forma de superar la crisis es conteniendo el poder económico que erosiona la vida social y política. En uno y otro caso, se obvia la razón del problema: el arte de gober-

nar no debería desentenderse del todo de la formación del carácter. El arte de gobernar no debería ser totalmente neutro respecto a la moral. No sólo porque los compromisos morales son una ayuda para las políticas de bienestar, sino porque ninguno de los problemas sociales que hoy nos abruma —la violencia, la droga, la desestructuración familiar, el paro— es abordable sin el auxilio de unas convicciones morales sustantivas.

Las iniciativas públicas para recuperar esa vida comunitaria que, en la opinión de Sandel, regeneraría la democracia, pueden ser varias y diversas: desde combatir la desigualdad manifiesta en las bolsas de pobreza a modificar el urbanismo de las grandes ciudades, fomentar el cooperativismo o luchar contra la absorción del pequeño comercio por los grandes centros y cadenas. Pero hay que ir más al fondo de la cuestión y dar alguna fórmula general que sirva de base a las iniciativas o soluciones singulares.

La fórmula que se le ocurre a Sandel no es nueva. Es, de hecho, la que recoge el eslogan «pensar globalmente y actuar localmente», o el principio de subsidiaridad tan querido por algunos europeístas. Pienso que es la fórmula más lúcida y esperanzadora en estos momentos. Por una parte, tenemos el reto de la mundialización económica y política. Los gobiernos transnacionales tienen ciertas ventajas sobre los nacionales o los locales, pero el cosmopolitismo ético no puede funcionar. Es el trasfondo de los derechos humanos, pero no sirve como forjador de identidades y de comunidad.

RESUMEN

Desde el pensamiento político anglosajón, en cuyos países la democracia tiene antiguo asiento, se viene dando vueltas al malestar que aflige al tradicionalmente considerado como el menos malo de los sistemas políticos. La profesora Victoria Camps se ocupa de un reciente ensayo que trata de dar respuesta a este malestar: acaso la principal

Sandel compara el cambio que se avecina con el que tuvo lugar en los Estados Unidos en los años 20. El paso de la economía de pequeña escala a la economía a escala nacional produjo entonces una brecha entre el sistema económico y las formas de vida de los ciudadanos. La solución de Roosevelt y otros progresistas de la época consistió en crear un sentido de comunidad nacional a través de la nacionalización de la política, de la economía y de la vida social. ¿Se podría extender la misma lógica a nuestro tiempo? Seguramente no —responde el mismo Sandel—, por lo dicho hace unos instantes. La comunidad internacional no funciona como estímulo moral, no provoca fidelidades ni compromisos ciudadanos. La célebre salida de Montesquieu: «Antes que francés soy un hombre», hoy tendría escasos seguidores, habida cuenta del auge de los nacionalismos románticos. No, ser ciudadano del mundo no es la forma de recuperar el sentido de la ciudadanía a las puertas del siglo XXI. La fórmula es otra y no exactamente la vuelta nostálgica hacia formas ancestrales de nacionalismo. La fórmula consiste en dispersar la soberanía en los dos sentidos: hacia arriba y hacia abajo. Pues, con palabras de Sandel: «Sólo un régimen que disperse la soberanía hacia arriba y hacia abajo puede combinar el poder necesario para competir con las fuerzas del mercado global sin abandonar las peculiaridades requeridas por una vida pública que pretende inspirar el compromiso de sus ciudadanos». Si la política es el arte de lo posible, debería tomarse en serio la propuesta. □

Michael J. Sandel

Democracy's Discontent. America in Search of a Public Philosophy

Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1997. 417 páginas. 95 dólares. ISBN: 0-674-19744-5.

Entre poesía y religión

Por Pedro Cerezo Galán

Pedro Cerezo Galán (*Hinojosa del Duque, Córdoba, 1935*) es catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada y ha sido profesor en la Universidad Central de Barcelona. Es académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Entre otros libros ha escrito: *Palabra en el tiempo* (Poesía y filosofía en Antonio Machado), *La voluntad de aventura: aproximaciones críticas al pensamiento de Ortega y Gasset, En torno a Hegel y Las máscaras de lo trágico* [Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno].

«¿Tiene la teología que prestar oídos a la poesía?» –se pregunta Olegario González de Cardedal en un denso, bello y sugestivo libro, en que emprende el diálogo, que debiera ser incesante, entre la poesía y la religión. *Cuatro poetas desde la otra ladera* se llama el libro, remedando el ya clásico título de Dámaso Alonso. Desde la otra ladera, en que abordaba el viejo maestro la lírica sanjuanista en su vertiente formal literaria. Ahora, como en pago de aquella deuda, este maestro de teología y de vario y vivo saber, que es González de Cardedal, desde su propia ladera, la teológica, aborda la palabra poética de Unamuno y de Jean Paul Richter, de Antonio Machado y de Oscar Wilde, y lo hace, a la vez, con hondura religiosa y sensibilidad poética, en riguroso saber teológico y, además, donosamente, en un excelente y rotundo castellano. A lo largo de su historia, la teología ha tenido que prestar oídos a muchas voces, aparte, claro está, de la Palabra revelada, en la creencia de que esta palabra se anuncia y reverbera en las otras palabras con que los hombres buscan, aun sin saberlo, una respuesta a sus inquietudes más hondas y más radicales problemas. Nuestras muchas palabras, siempre fragmentarias y rotas, diseminadas en un iris multicolor interminable, no logran alcanzar nunca aquella pura luz blanca de la proto/palabra del origen («in principium erat Verbum»), que se entrega graciosamente a sí misma. Pero los que creen en ella y, sobre todo, los que cuidan y meditan sobre esta palabra revelada, están obligados a salir fuera de sus teologías de escuela, al encuentro de las otras palabras balbucientes, con que los hombres –insisto, aun sin saberlo– tratan de decir lo indecible.

Ahora bien, este diálogo, en que ambas palabras, poniendo en comunicación las dos laderas, se envuelven e interpenetran, tiene como condición única la sinceridad y humildad de los que hablan. Quiero decir que no se trata de fáciles apologéticas ni lecturas apropiadoras, haciendo oír una sola voz dominante, sino de dejarse tomar por la especificidad de cada palabra, de modo que cada interlocutor, al mediar la otra voz con la suya propia, le devuelva al otro una más profunda conciencia de sí mismo. Es esta ardua ley del diálogo la que ha respetado González de Cardedal escrupulosamente, hasta el punto de arriesgarse a confundir, a veces, su propia voz de teólogo con las voces que comenta. No hay aquí una hermenéutica distante y dominante, solipsista, de ésas que sólo encuentran en las otras voces ecos y resonancias de la propia. Más que imposter teológicamente las otras voces, se pretende recrear poéticamente la propia; aprender del modo de decir de la poesía e inspirarse en él, para lograr hacer lo que llama el autor, una estética teológica.

Pero, ¿por qué privilegiar al poeta entre otras voces posibles? Quizá por compensar un defecto secular, tal como parece apuntar la respuesta más inmediata. La teología ha dialogado tradicionalmente más con la filosofía y la ciencia que con la poesía. Tocada por el espíritu de una cultura raciocinante, desde el inicio de la época moderna la teología o ha dialogado, la más lúcida y atrevida,

con la filosofía o ha estado a la greña con ella, pensando que le robaba su espíritu. La teología ha pecado de exceso de entendimiento y de falta de imaginación. Por decirlo en los términos de María Zambrano, no ha sabido convertirse en un saber de las entrañas, abriéndose al mundo de los sueños, deseos y aspiraciones del hombre. Faltaba con ello a su deber capital de hacerse entender por el hombre concreto y, por tanto, de oír las primigenias voces poéticas con que cada época y cultura se expresa a sí misma.

Y con ello se abre paso una más honda respuesta a nuestra pregunta. Lo que vincula a la teología y a la poesía es su fidelidad última al mundo del misterio, esto es, de aquellos aspectos de la realidad y de la existencia humana, que son insondables y refractarios al puro logos. No hay religión posible sin poesía, sin sentido de lo «grande profundum», como lo llamaba Agustín de Hipona, lo abismático profundo del corazón del hombre, ni poesía que no sienta, perfecta o defectivamente, según los casos, su estirpe sagrada en lucha con lo sin-nombre, o su última vocación religiosa de ofrendarse en un silencio venerativo. No se puede escuchar adecuadamente la palabra revelada sin sensibilidad poética. Y, a la recíproca, no cabe ser poeta sin una sensibilidad que, se sepa o no, es de índole religiosa, porque la suya es una palabra debida a Otra palabra sólo audible, en la quiebra y el silencio de todas las voces, que intentan nombrarla y sólo entonces puede ocurrir que alcance al poeta, como resonancia de esta secreta música olvidada, un hábito de inspiración, «y la ola humilde a nuestros labios vino / de unas pocas palabras verdaderas» (Antonio Machado).

De ahí que estas dos laderas estén muy próximas, casi vecinas, como «hermanas gemelas», según las llama Olegario G. de Cardedal, por su último arraigo en la proto-palabra del origen. Es verdad que para la teología ésta no puede ser otra que la propia palabra revelada, en su trascendencia radical sobre el mundo, mientras que la poesía es aquella palabra naciente, balbuciente, como la aurora, desde la experiencia inmanente de aquello, que en la noche del mundo, se resiste a venir a la palabra; pero cuando cada una es fiel hasta el fin a su destino, ambas pueden cruzarse e interpenetrarse en su vocación misteriosa. Ni la teología puede ignorar que la palabra de Dios se ha dado al mundo, haciéndose ella misma mundo y vástago de su carne, ni la poesía genuina olvidar que todas sus palabras son esfuerzos hacia una única Palabra integral, que sólo se deja adivinar en los intersticios del silencio sagrado, en que florecen y mueren las del poeta. Si la palabra trascendente de Dios se entrega al mundo, anonadándose en su misterio inaccesible, como cree el creyente, y la palabra del hombre, que busca el sentido integral, se anonada a sí misma en el reconocimiento de su impotencia ante lo sin-nombre, no tiene nada de extraño que ambas se encuentren en esta experiencia extrema de vaciamiento. El encuentro de religión y poesía es inevitable, cuando cada una apura el cumplimiento de su destino.

El Cristo de los poetas

Decía antes que, desde el punto de vista ontológico, tal como lo intuyó el mito y lo entendió, aunque en sentido trascendente, la fe, toda realidad es símbolo en cuanto apertura al fondo insondable de una vida universal. A la recíproca, todo símbolo es carne expresiva y figurativa de un sentido inagotable. Ahora bien, conforme a la fe cristiana, según lo proclama el Evangelio de Juan, el Verbo o Palabra del origen se ha hecho carne, y «hemos contemplado su gloria». «Si debiera escribirse una teología de la realidad simbólica –piensa

Rahner– la 'cristología', como doctrina de la Encarnación del Logos, tendría que constituir, evidentemente, el capítulo central» (IV, 302). Pero esto significa que toda cristología, antes que profética, moral o especulativa, es originariamente místico/poética, en cuanto tiene que sondear el misterio único de la Palabra hecha carne, «llena de gracia y de verdad». «Cristo es la metáfora de Dios» (pág. 572) –escribe Olegario G. de Cardedal–, el lugar único de la historia en que Dios se transfiere al hombre y sabe existencialmente de su suerte y condición (teología como antropología), y el hombre, a la recíproca, se transfiere a Dios (antropología como teología), no en sentido reductivo sino expansivo. Miguel de Unamuno alcanzó a ver esta dimensión poética de la cristología, que para él significaba también, a la inversa, una dimensión cristológica de la palabra, pues, al cabo, la palabra poética humanamente más lograda reverbera el esplendor de una presencia, que es, conjuntamente, luz y vida, foco irradiativo de sentido y de verdad. Si preguntamos, ¿por qué interesa a la teología el Cristo de los poetas?, la única respuesta posible es: que es el Cristo más próximo, aun en la perplejidad, la duda, la desesperación o la esperanza –tan varia es la cosecha del hombre–, al pneumático y místico de la fe. Por el contrario, el Cristo de los filósofos ha sido siempre reductivo, porque no en vano la inteligencia es identificadora. El Cristo-idea, o conforme a la idea, no puede ser el Cristo vivo y total. Sostenía Ortega, fiel a la perspectiva de un intelectual, que Cristo ha significado el esfuerzo más ingente que se haya hecho por definir el hombre. Entiéndase bien, no por salvarlo, sino por conceptualarlo o definirlo. Y ésta ha sido indefectiblemente la perspectiva de la filosofía, salvo en aquellos casos en que la asiste graciosamente la fe. Se trata bien del Cristo moral como campeón de virtud en la Ilustración, bien del Cristo especulativo en Hegel, en cuanto síntesis de lo temporal y lo eterno, o del Cristo símbolo o arquetipo universal, al modo de Strauss, o, en fin, del Cristo reflejo sublimado, mera «imago hominis», según Feuerbach. Toda la modernidad, desde Hegel a Nietzsche, está inmersa, de una forma u otra, en la experiencia de la muerte de Dios. Dice bien Olegario G. de Cardedal, la modernidad, desde sus presupuestos egológicos, no ha podido sondear en su plenitud misteriosa la figura de Cristo. «La estética y la mística fueron arrojadas del recinto sagrado de la teología justamente al inicio de la Modernidad» (pág. 504). Sólo los poetas han podido vislumbrar, a toques o visiones fragmentarias y parciales, la compleja y profunda figura del hombre, en la misma medida en que no se resignaban a un pleno entendimiento objetivo. Porque han querido salvar la palabra de su alienación instrumental y fetichista, se han salvado ellos mismos por la palabra. Su Cristo, el de los poetas, por muy parcial e insuficiente que sea en cada caso, es un Cristo irradiativo, que trata de incluir en sí, como la palabra poética, al universo. Y es que, mientras el entendimiento es asimilativo, y acaba haciéndolo todo a su medida, el corazón es expansivo, y pretende hacerse, des-hacerse y re-nacerse, según la medida inabarcable del todo.

De un modo u otro, los poetas con que dialoga el teólogo Cardedal nos ofrecen el testimonio, en un tiempo de necesidad, de una experiencia extrema de búsqueda. ¿Por qué éstos? Aparte de simpatías y querencias, que son insondables, estos cuatro poetas definen cuatro ángulos complementarios de enfoque. También ellos, en cuanto poetas modernos, pertenecen, como no podía ser de otro modo, a la época de la muerte de Dios, pero padecen esta tiniebla hasta el punto de que en la profundidad de la larga noche se adivine o se clame, al menos, por la aurora. En Unamuno, cuya visión de Cristo la califica de lectura dra-

mática –yo diría mejor que agónica–, es recreado el Cristo intrahistórico del pueblo de España, que no puede ni quiere cerrarse al escándalo del Dios sufriente. La exégesis teológica y bíblica que hace González de Cardedal del gran poema unamuniano *El Cristo de Velázquez* es sencillamente admirable. No falta en ella ningún registro. De él dice con acierto que «es la respuesta en forma poética, de contenido y origen teológico, que Unamuno da a las preguntas fundamentales que él se hacía en *Del Sentimiento trágico*» (pág. 162). Y es realmente así. Más incluso de lo que, a primera vista, pudiera sospecharse. Porque lo trágico de aquel sentimiento es en gran medida la contradicción misma de la palabra, rota y desarraigada en la cultura moderna, y que busca en su agonía, y a través de ella, reconstituirse mítica o escatológicamente en una Palabra integral. Pero ésta, como la rosa en la cruz, tiene que florecer desde la experiencia del abismo. En Unamuno nunca se renuncia a la esperanza, aunque ésta, o precisamente porque ésta se encuentra siempre crucificada, pues no hay esperanza genuina que no se atreva a afrontar la prueba de la muerte. De ahí que el texto unamuniano pueda ser leído «como una afirmación poética de la doctrina católica», sin encubrir, empero, aquella ambivalencia fundamental del alma trágica, que permite también interpretarlo tanto «como expresión de la sublime humanidad del hombre, que da de sí al máximo», como de «la humilde divinidad de Dios» (pág. 103).

Más impresionante y reveladora es la exégesis que hace Olegario G. de Cardedal del texto estremecedor de Jean Paul Richter, el *Discurso de Cristo muerto desde lo alto del cosmos diciendo que no hay Dios*. Aquí, a diferencia de Unamuno, el tema «no es si el hombre es mortal o inmortal, sino si Dios existe o no existe» (pág. 254), pues, como advierte el propio poeta, «menos dolores me procurará a mí negar la inmortalidad que la divinidad, pues en el primer caso pierdo solamente un mundo cubierto de nieblas, mientras que lo que en el segundo caso pierdo es este mundo actual, es decir, su Sol». ¿Qué significa esta pérdida? En el Sueño poemático, a modo de sombría pesadilla, la muerte de Dios y el vacío y sin-sentido del mundo se ponen poéticamente en la negra sima de la boca del Crucificado. «Todos los muertos –escribe Richter– gritaron hacia él: ¡Cristo!, ¿hay Dios? Él respondió: no lo hay». Se diría que el agonismo de Unamuno alcanza en Richter su clima paroxístico, pero tal vez por ello está en camino de superar la ambigüedad. ¿Hacia el triunfo definitivo de la nada? Así venía leyéndose fragmentariamente la meditación poética de Richter, publicada casi siempre de modo incompleto. «La nada, rígida y muda», «la necesidad fría y eterna» acaban por imponerse en un mundo sin Dios. El poeta ha medido toda la anchura y profundidad del ateísmo: el hombre está huérfano; el mundo se ha quedado vacío. Pero, como advierte el teólogo/hermeneuta, éste no es el desenlace del poema. En el *Sueño* de Richter se incluye expresamente el despertar de la pesadilla, un desenlace coherente, por lo demás, con otros *Sueños* del poeta: «Y fue en este instante cuando me desperté. Mi alma lloró de alegría de poder volver a adorar a Dios; la alegría y el llanto y la fe en Dios eran mi oración. Y cuando me puse en pie el sol brillaba a baja altura en el horizonte, detrás de las purpúreas espigas hinchadas de grano» (apud pág. 288). El poeta ha querido hacernos sentir la necesidad de Dios –comenta el teólogo–. «Es un ataque tan claro y frontal como huido y críptico contra el ateísmo estético de Goethe y el larvado ateísmo ético de Kant, puesto de manifiesto con una claridad total en el idealismo trascendental de Fichte» (pág. 232). Dejando al lado juicios filosóficos de tan-



Viene de la página anterior



to alcance, sobre todo por lo que respecta a Kant, resulta insoslayable la conclusión, que saca su hermenéutica: «ya sólo se puede ser cristiano radical o ateo consecuente» (pág. 233). ¿No sería acaso propósito de Richter enfrentarnos sin escapatorias a este dilema? No es el menor regalo la exégesis esclarecedora del poema. Junto a él se nos brinda, en un apéndice, la primera versión, rigurosa y completa, al castellano del *Sueño* de Richter, realizada primorosamente por Sánchez Pascual, así como una historia efectiva («Wirkungsgeschichte») del poema, de sus recepciones, mutilaciones e interpretaciones, que sirve de prelude de la hermenéutica.

Desde la extrema soledad del hombre sin Dios, se comprende la poesía meditativa de Antonio Machado, «siempre buscando a Dios entre la niebla». Pero es en la prosa incomparable de Juan de Mairena, donde descubre Machado, tras su búsqueda, el nuevo rostro de Cristo en el sentimiento de la solidaridad fraterna. No sólo fue su maestro Unamuno sino Tolstoi, los inspiradores del hallazgo. «Machado, hombre bueno, encontró en Tolstoi, orlado por la lejanía y aureolado por la revolución socialista triunfante, un signo de redención para Europa» (pág. 364). Y desde este sentimiento cordial, podía hacer una lectura ética radical del Evangelio frente a una fe esclerosada en dogmas. Más que lectura ética, cordial —diría yo— y por eso próxima en sus vislumbres y adivinaciones al Cristo de la fe, aunque él prefiera —a diferencia del agónico Unamuno—, frente al Cristo del madero al que anduvo en el mar, el Cristo vencedor del mal y pacificador de los elementos. Uno estaría tentado de decir el Cristo republicano y socialista, testigo y mártir de la solidaridad universal. Ni un Cristo mítico ni místico o interior, sino concreto y viviente. Pero es tal la fuerza transformadora de este Cristo, su fascinación y seducción a través de la historia, que a su través, Machado parece apuntar, a veces, a un misterio de fraternidad de origen trascendente. De ahí la ambivalencia radical de su lectura —tan próxima, por otra parte, en algún sentido a la de Unamuno—, entre el Cristo fraterno, que revela el «Tú de todos» y el Cristo gnóstico, que expía los pecados de la divinidad (pág. 376).

Mención especial merece el cuarto estudio, en diálogo con Oscar Wilde, uno de los textos más intensos y profundos que yo nunca haya leído, no ya sobre el gran poeta, sino sobre la relación entre religión y literatura. Sorprende el minucioso conocimiento de la obra de Wilde, su contextualización histórica, el asombroso paralelo con el pensamiento de Nietzsche y, sobre todo, el análisis de su evolución espiritual con respecto a la figura de Cristo. Sorprende el descubrimiento de un nuevo Oscar Wilde, más meditativo y profundo, transformado por la experiencia del sufrimiento, la persecución social y la cárcel. En primera instancia, Wilde poetiza la imagen del Cristo romántico, poeta de la existencia, individualidad bella y poderosa, capaz de la subversión y transgresión del orden establecido en aras de la creación liberadora. Wilde concibe así un Cristo liberado del corsé moral y lo transfiere a la esfera estética, como la encarnación del alma del artista. «Hemos aquí —comenta Olegario G. de Cardedal— confrontados con una transposición del artista a la experiencia paradigmática de Cristo y con Cristo transferido a la esfera del arte» (pág. 416). Es el poder purificador y transformador de la belleza, el poder creador y oracular del arte, exento de cualquier servidumbre moral o política, lo que constituye el nuevo evangelio de Oscar Wilde, y todo esto lo traspone en la figura del Cristo en su *Epístola in carcere et in vinculis*, un Cristo creador y experimentador, más que redentor, que bajó hasta los infiernos del alma humana para explorar y compartir hasta el fin la condición del hombre, pero, a



Miguel de Unamuno.

la vez, capaz de transformar todo lo vivido, lo experimentado, con su individualidad bella, pues «el encanto de Cristo —piensa Wilde— es precisamente éste: ser como una obra de arte» (apud pág. 468). Ciertamente, «el suyo es un Cristo sin Dios, sin iglesia y sin moral, un Cristo con belleza, heroísmo y muerte» (pág. 418). ¿Tal vez reflejo de la propia alma del artista, de sus experiencias e ideales de vida...? No podía ser de otro modo en el romanticismo, donde hay una fusión completa de vida y obra. «El agnosticismo fue su última actitud —comenta su intérprete— hasta la misma víspera de salir de la cárcel de Reading» (pág. 397). Pero la experiencia de la cárcel, del sufrimiento y la proscrición tuvo en él una eficacia transformadora. Usando categorías kierkegaardianas por mi propia cuenta y riesgo, podría decirse que en el Cristo de Oscar Wilde estaba vivenciado desde la actitud de la existencia estética, como una expresión idealizada de la propia subjetividad del artista. Pero, ¿qué ocurre cuando un trance de desesperación conmueve en sus raíces a la existencia estética? Si éste fue el caso en Oscar Wilde, como creo, tenía por fuerza que afectar a su propia imagen de Cristo, haciéndole saltar, no a un estadio moral, al que siempre fue extraño Wilde, sino hacia una experiencia más genuinamente religiosa. «Ninguno de los dos (ni Pablo ni Oscar Wilde) se quedan en el mero plano moral, sino que avanzan hasta aquel otro en el que de verdad se esclarece la tenebrosidad humana y se abre el horizonte de la esperanza absoluta» (pág. 495). Ésta es la novedad que, a mi juicio, aporta la *Balada de la cárcel de Reading*, escrita a la salida de la cárcel y tras haber apurado aquella experiencia dolorosa. Su Cristo romántico será ahora el Cristo de la simpatía y la piedad universales con todo lo que sufre. La pasión de Cristo se impone ahora como tema central. La *Balada* de Wilde «es algo más que una mera obra de arte. Es una obra de alma: drama de quien tiene necesidad de asumir el destino de otro hombre que ha muerto sin palabra, con el mismo amor y la misma culpa que todos los mortales, en el cual se ha reflejado el destino de Cristo» (pág. 478). Tal vez no una obra de fe, en sentido confesional, pero, al menos, de tímida esperanza. El poeta recrea la muerte de un preso en el árbol de la horca, sobre el que proyecta la otra imagen sagrada del árbol de la cruz. Esta superposición de escenas permite reconocer en la muerte de aquel hombre, no más culpable ni inocente que cualquier otro, pues «todos los hombres matan siempre lo que aman», el destino del Cristo sufriente. La belleza del Cristo artista se trueca ahora en esta otra belleza sombría del Siervo de Jahvé, varón de dolores, víctima inocente del pecado universal. Pero en aquel cuadro desolado de la muerte, hace florecer Wilde una tímida esperanza: «Y aquel de la garganta hinchada y cárdena / y de los ojos fijos y saltones / aguarda las santas manos que condujeron / a un ladrón al paraíso» (apud págs. 491-2). Como señala Olegario G. de Cardedal, «este poema es un relámpago de luz entre dos noches» (pág. 497).

Quisiera referirme, por último, a la coda final que pone Olegario G. de Cardedal a su obra, a modo de epílogo, al que llama muy significativamente «Prolegómenos para una Cris-



Antonio Machado.

tología». La juzgo de un gran interés filosófico y teológico, y aunque su propuesta tiene precedentes, que él no oculta, antes bien asume con gratitud de discípulo, fundamentalmente Urs von Balthasar, no deja de presentar en su tratamiento y sistemática un cuño original. Aquí el teólogo abandona el papel de hermenéutica y recupera toda la potencia reflexiva de su voz. Se trata de concebir un vasto e integral programa de Cristología, donde no falte la estética —la estética teológica, claro está—, todo lo que la teología puede aprender de la experiencia que los artistas han hecho de la belleza interior y personal de Cristo, el modo en que han captado, aun fragmentaria y a veces equivocadamente, el resplandor de su rostro. No basta una lectura meramente metafísica ni aun ética, sino que es preciso llegar a la estética, pues también la belleza, como la verdad y la bondad, es una cualidad trascendental de lo real. Pero este aserto metafísico está ahora traspasado por un tono romántico, conforme a la intuición fundamental de Keats de que cuanto «la imaginación percibe como Belleza debe ser verdad» (apud pág. 509). Si la teología no puede prescindir de la experiencia mística, sin riesgo de convertirse en un empedrado de tesis muertas, tampoco puede dar la espalda a la estética, sin renunciar con ello a cuanto la imaginación puede llegar a sentir estéticamente acerca de lo sagrado. Y aquí es Juan de la Cruz quien le presta su apoyo: La belleza de Dios alumbra y obumbra, revela y, a la vez, envela o envuelve lo revelado en una nube fecunda de misterio. Belleza de Cristo, que no es sólo la del día de la transfiguración en el monte Tabor, sino la de cada día, la belleza de la humildad, la libertad, la entrega amorosa, la paciencia y hasta el sufrimiento, cuando es de amor la causa. También la belleza sombría del Siervo de Jahvé, cantado por Isaías, forma parte, como bien vio Oscar Wilde, de la belleza interior del Cristo. A la triple forma de manifestación de Dios en la historia, en su figura, en su acción y en su palabra, que se conjugan para el creyente en la figura de Cristo, ha de responder una triple disposición antropológica, que caracteriza el autor como «fascinación, responsabilidad y expresión» (págs. 509, 544 y 621). Se trata de una triple recepción, la que capta el esplendor de su figura, la que responde activamente a la llamada y la que corresponde a la verdad de su palabra. El cristianismo es también una religión de la belleza, en cuanto «expresión de la gloria y de la belleza de Dios acogiendo el mundo en Cristo» (pág. 574), y esto sólo nos

RESUMEN

Al igual que Dámaso Alonso «desde su ladera» de poeta se acercó a un místico como San Juan de la Cruz, un teólogo, González de Cardedal, se ha acercado «desde su ladera» a cuatro poetas, Unamuno, Jean Paul, Machado y Wilde, estableciendo un interesante diálogo entre poesía y religión; un diálogo al que



Oscar Wilde.

lo puede hacer sentir el arte —piensa Olegario G. de Cardedal— con más intensidad y verdad que la más sabia e inspirada teología.

Claro está que la estética, por sí sola, no puede erigirse en criterio hermenéutico. Al decir estética teológica, el sustantivo designa la experiencia pero en el adjetivo se pone el criterio que enjuicia y discierne la vivencia, pues de otro modo, se disolvería el discurso teológico en esteticismo. Olegario G. de Cardedal se hace cargo de esta dificultad. La teología no puede renunciar, sin contradecirse, a la iluminación última de la fe. Pero tampoco puede traicionar a ésta, cerrándola a la totalidad de la experiencia humana. «El teólogo consideraría que su propia voz es discorde e insolidaria si no oyera e integrara la voz de sus hermanos los poetas» (pág. 13). Mas aún, el teólogo acabaría traicionando a una palabra, que quiso ser luz y vida del mundo. Quisiera advertir, no obstante, de un doble riesgo, en que sería fácil incurrir. Uno, el más superficial, hacer derivar esta estética teológica de la doxa o gloria de Dios en un olvido de la «theología crucial», cosa en que, como se ha mostrado, no ha incurrido ni siquiera el artista Oscar Wilde. Si no se parte de un concepto muy integral de belleza, puede también darse en ella, una dimensión gravemente reductiva. Otro, el más grave y decisivo, confundir demasiado lo estético y lo teológico, o dicho en otros términos, lo poético y lo religioso, de modo que no sean perceptibles sus diferencias. «Teólogos y poetas viven en colinas cercanas» —recuerda Olegario G. de Cardedal remediando el decir de Heidegger sobre poetas y filósofos—, pero son colinas distintas e independientes, como recuerda éste, y no pueden confundir sus voces. El diálogo desaparece si no se respeta la especificidad de las voces o una de ellas se hace dominante. Si el poeta canta y el filósofo pregunta —y en esto reside su especificidad—, del teólogo podría decirse que escucha y corresponde a una Palabra, que lo sobrepasa; una Palabra que trae consigo su propia inteligencia y la propia luz, como quiere ser entendida. Sin esto, no hay teología. Como tampoco hay poesía, sin el último reconocimiento de lo sagrado, abierto e insondable, del mundo. Poeta y teólogo podrán entenderse si cada uno no traiciona a la experiencia, que le es propia del misterio, de una palabra, que no está ni puede estar nunca a su disposición. Creo que así lo piensa y así lo siente Olegario G. de Cardedal, quien nos ha revelado en este libro, con una intensidad y fuerza extraordinarias, su otra media alma de poeta. □

Olegario González de Cardedal

Cuatro poetas desde la otra ladera (Unamuno, Jean Paul, Machado, Oscar Wilde)

Trotta, Madrid, 1996. 659 páginas. 4.500 pesetas. ISBN: 84-8164-103-0.

Fronteras en la investigación de la vida

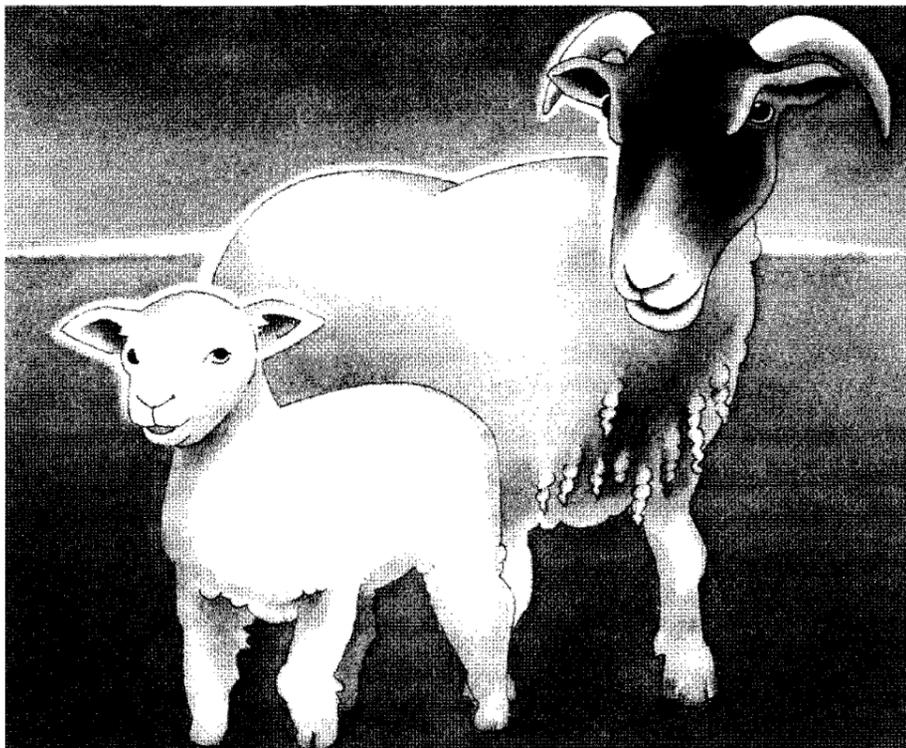
Por José María Mato

José María Mato (Madrid, 1949), bioquímico, doctor por la Universidad de Leiden y por la Universidad Complutense de Madrid, ha sido presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Es profesor de investigaciones del CSIC, catedrático de la Universidad de Navarra, profesor honorario de la Universidad Thomas Jefferson de Filadelfia y miembro del Comité Internacional de Bioética de la UNESCO. Ha recibido los premios de investigación Kok (Holanda, 1977), Novo (España, 1987), Morgagni (Italia, 1988) y Lennox K. Black (Estados Unidos, 1994).

En general no se cuestiona que los avances tecnológicos actuales en genética molecular proporcionan grandes esperanzas para el mantenimiento de la salud, así como para el tratamiento de las enfermedades genéticas y no genéticas. La posibilidad de producir mutaciones genéticas en células somáticas está llevando a la identificación de genes humanos desconocidos hasta la fecha y permitirá una mejor evaluación de los efectos mutagénicos de los agentes ambientales. Las técnicas de DNA recombinante han hecho posible un estudio más extensivo del mapa genético humano, permitiendo la detección prenatal y postnatal de numerosas enfermedades en las que está implicado un único gen y que actualmente no tenían diagnóstico. Se han obtenido sondas de DNA para el diagnóstico rápido de numerosas enfermedades infecciosas (hepatitis B, C y G, influenza, herpes simplex, SIDA son sólo algunos de los ejemplos más comunes) y se puede predecir un mayor uso de métodos de DNA recombinante en los laboratorios clínicos de los hospitales. Las técnicas de DNA recombinante se usan también para la producción de vacunas, así como para la síntesis de una variedad de agentes terapéuticos en humanos (que van desde la insulina y eritropoietina, que son dos de los ejemplos más conocidos, al desarrollo de nuevos fármacos para el tratamiento de enfermedades menos frecuentes como la de Gaucher y la esclerosis múltiple). Y en cuanto al futuro, hay unanimidad que pasa por el desarrollo de las técnicas de terapia génica.

En relación a la terapia génica, hay que decir, en primer lugar, que se trata de un método más entre los muchos cuyo objetivo es mejorar la salud, especialmente la del ser humano, y que por lo tanto, debe estar regulada en el mismo marco que otros procedimientos terapéuticos. La terapia génica se puede llevar a cabo mediante la extracción de las células defectuosas del paciente, incorporación a éstas del gen funcional, e introducción de nuevo en el paciente de las células corregidas. Alternativamente, el gen puede ser dirigido directamente al tejido u órgano defectuoso del paciente. Este procedimiento es muy difícil, pero en los últimos años se ha progresado sustancialmente en estas técnicas utilizando retrovirus como vectores para introducir genes en las células. Aún más difícil es guiar genes nuevos a lugares precisos dentro de los cromosomas en donde puedan reemplazar a genes que funcionen mal. En mi opinión, deberían hacerse pocas consideraciones éticas, distintas de aquellas que regulan ya a otros procedimientos terapéuticos, en relación a la terapia génica somática, es decir que no afecta a las células germinales, ya que, en la tradición médica sobre terapia, ésta afectaría al individuo y no a su descendencia.

La terapia génica que afecta a la constitución genética de las células germinales (espermatozoides y óvulos) tiene, sin embargo, serias consideraciones éticas. La mayoría de los países europeos así como los Estados Unidos no aceptan, en la actualidad, la terapia génica que afecte a las células germinales. Es-



MARISOL CALÉS

tas investigaciones, sin embargo, no han hecho más que empezar y no hay duda que veremos rápidos avances en esta área en los próximos años a medida que se conozca la base molecular de las enfermedades genéticas más frecuentes. En consecuencia, los países se tendrán que enfrentar a casos concretos para decidir si aceptan o no modificar genéticamente las células germinales. Es evidente que es necesario definir unas normas muy concretas sobre la utilización de la terapia génica, pero hay que evitar también medidas generalizadoras que serían contraproducentes sobre la actividad de los científicos y el desarrollo de la ciencia.

Terapia de células germinales

La terapia de las células germinales no sólo modifica el DNA de quienes reciben la terapia, sino también el DNA de sus descendientes. Esta posibilidad de modificar el acervo genético humano genera una considerable aprehensión ética, pero los beneficios de eliminar para siempre anomalías tales como la espina bífida, la fibrosis quística, la anencefalia, la hemofilia, la distrofia muscular harán en el futuro obligatoria esta terapia. Pero hay una segunda área de aplicación de la terapia génica de células germinales que debe considerarse: la ventaja genética. En el área veterinaria se investiga intensamente la manipulación genética que proporciona resistencia a enfermedades específicas. ¿Debería considerarse el desarrollo de resistencia a enfermedades en la especie humana? Por ejemplo, la pérdida genética en la especie humana de la enzima uricasa ha conducido a la enfermedad conocida como gota; la pérdida de la capacidad de sintetizar vitamina C produce el escorbuto; y la falta del gen de resistencia al virus de la influenza, conlleva a la enfermedad del mismo nombre. La resistencia a diversos agentes infecciosos, mediante la mejora genética del funcionamiento del sistema inmune, sería también otra área de evidente interés terapéutico. En la práctica médica habitual, la inmunización frente a una variedad de enfermedades infecciosas, como polio y hepatitis B, es una forma de desarrollo de resistencia a la enfermedad ampliamente aceptada por la sociedad y justificada éticamente. En este sentido, la modificación del sistema genético para mejorar el funcionamiento del sistema inmune no parece plantear nuevos pro-

blemas éticos. En algún momento en el futuro, próximo o más lejano, es concebible la manipulación genética de las células germinales de un individuo para introducir o reintroducir genes que confieran resistencia a estas u otras enfermedades. La capacidad de diseñar a nuestros descendientes para hacerlos más resistentes a la enfermedad es sin duda un tema del futuro, pero la sociedad debe anticiparse y prepararse para reglamentarla.

Hay otra área de aplicación de la mejora genética en humanos que no está relacionada con la salud: se trata de la mejora de las características físicas, intelectuales, artísticas y morales. En el área veterinaria se investiga intensamente la manipulación genética que proporciona cambios en las características físicas de animales de interés económico. Así, se han obtenido ya cerdos que sobre-expresan el gen que codifica la hormona de crecimiento para incrementar los niveles en sangre de esta hormona. Como consecuencia de esta manipulación genética, los animales crecen mucho más rápidamente y tienen menos grasa, pero también desarrollan diabetes. También han sido creadas truchas que sobre-expresan el gen de la hormona de crecimiento y, como se esperaba, crecen mucho más rápidamente que la especie no modificada, aunque algunos animales desarrollan tumores. En nematodos, se ha aislado un gen, conocido como «daf-2», que regula la longevidad de este organismo: su manipulación puede aumentar la vida de este gusano desde 14 días a dos o más meses. ¿Debería considerarse la mejora de las características físicas, intelectuales, artísticas o morales en la especie humana?

En relación a este tema, siguen siendo de actualidad las palabras que Edward O. Wilson escribió en 1978, en su libro titulado *On Human Nature*: «Si la especie humana pudiese cambiar su propia naturaleza, ¿Qué escogería? ¿Permanecería igual, agitando sobre unos cimientos construidos durante su adaptación a la Era Glacial? ¿O se abriría paso hacia mayores cotas de inteligencia y creatividad, acompañado por una mayor -o menor- capacidad de respuesta emocional? ... Sería también posible imitar genéticamente la casi perfecta estructura familiar de los gibones blancos, o la vida en perfecta hermandad de las abejas. Pero ahora sí que estaríamos hablando de modificar la auténtica esencia de la humanidad». «¿Qué es lo que hay que valorar acerca de la vida humana?», se pregunta el teólogo estadounidense James M. Gustaf-

son. «¿Es el envejecimiento "natural" y por lo tanto debe aceptarse como se acepta la muerte? ¿O es el envejecimiento una enfermedad sobre la que está justificado intervenir, y por lo tanto es anormal respecto a alguna referencia original de lo natural?». Es evidente que no se puede dejar a la decisión exclusiva del científico lo que es o no experimentable en el campo de la terapia de las células germinales, pues entonces los únicos límites a esta experimentación dependerían de lo que, exclusivamente, los investigadores entiendan como distintivo de la naturaleza humana. La sociedad tiene que saber por qué y qué se investiga, pero decidir sobre el qué, el cómo y, sobre todo, el dónde poner las metas de la investigación genética no es fácil. Lo decisivo va a ser en qué medida la biotecnología e ingeniería genética son todavía capaces de adaptarse al hombre, en vez de producir un hombre a su medida.

Sobre estos temas trata el libro de LeRoy Walters, profesor de Ética y Filosofía de la Universidad de Georgetown, y Julie Gage Palmer, abogada de Chicago, titulado *The Ethics of Human Gene Therapy*. Los autores primero describen la ciencia detrás de la terapia génica y sus posibles aplicaciones de una manera, en mi opinión, fácil de entender por el no especialista (además el libro contiene varios apéndices que proporcionan información técnica sobre genes, herencia, transferencia de genes, etc). Después, Walters y Gage tratan sobre los distintos problemas éticos que estas terapias plantean.

Los autores son de la opinión que la terapia génica de células somáticas para la curación de enfermedades graves es éticamente aceptable; una opinión que es compartida por la mayoría, si no todos, de los comités internacionales de ética, las principales confesiones religiosas y organizaciones médicas. El libro también presenta los resultados de diversas encuestas, realizadas en los Estados Unidos a finales de los 80 y principios de los 90, de las que se puede concluir un apoyo mayoritario de la sociedad estadounidense a continuar estas investigaciones de transferencia de genes a células somáticas, así como a su aplicación para tratar enfermedades graves.

En donde no hay consenso sobre si es o no éticamente aceptable es en el caso de la terapia génica de células germinales. En primer lugar hay que distinguir dos maneras de llevar a cabo esta terapia. Una, de gran dificultad técnica pero que, en mi opinión, es éticamente aceptable, sería reemplazando o reparando el gen deficiente dentro de las células reproductivas de individuos adultos -quizá mediante la inyección de vectores que guíen a esos genes exclusivamente a esas células (o a sus precursores en el caso de los hombres)-, y la otra es modificando genéticamente los embriones después de la fertilización in vitro.

Aunque la manipulación genética de embriones humanos tiene como objetivo final curar, la aplicación de esta técnica plantea serios problemas éticos. Para desarrollar las técnicas de manipulación de embriones, aunque se hagan estudios exhaustivos en embriones no humanos, llegará un momento en el que será ineludible llevar a cabo investigaciones preclínicas con embriones humanos antes de poder utilizar estas técnicas en la clínica. Los autores de este libro son de la opinión de que «la investigación con embriones humanos tempranos que está dirigida hacia el desarrollo de la terapia génica de células germinales está moralmente justificada». En mi opinión, las investigaciones que llevan a la destrucción, o a cualquier otro daño de un embrión, son incompatibles con el respeto que debe mostrarse a un embrión humano y, por ello, no pueden estar éticamente justificadas. No vale cualquier procedimiento con tal de curar. Por

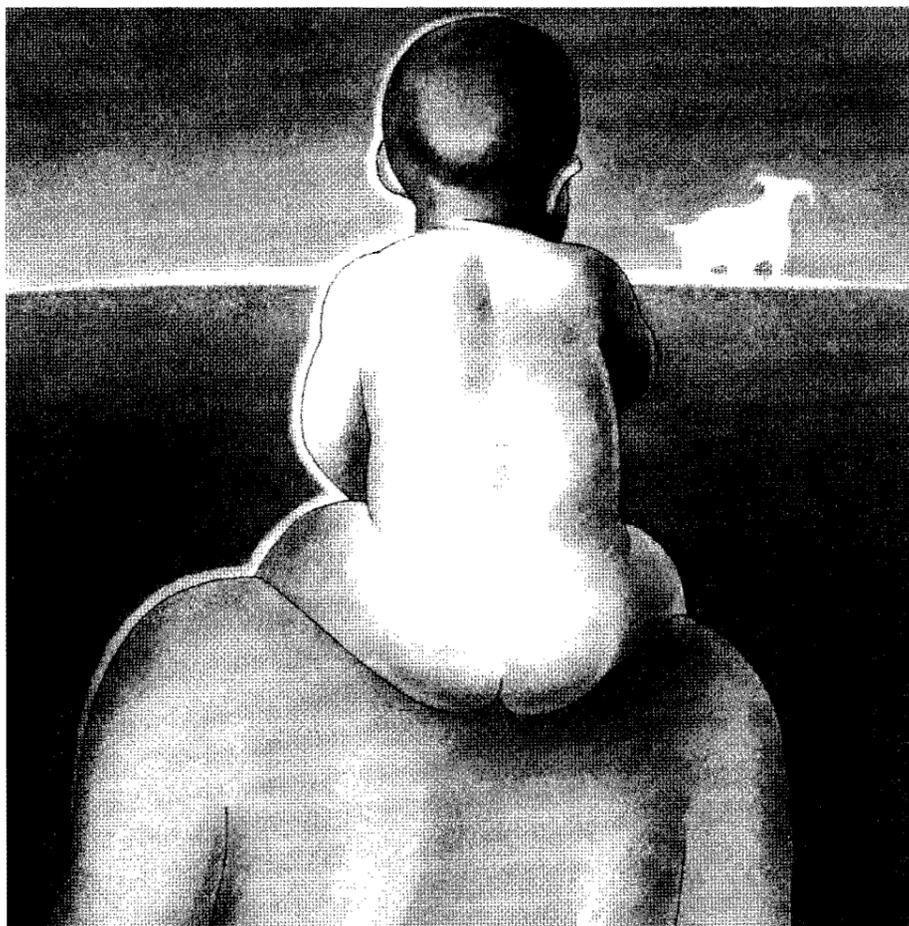


Viene de la página anterior



esta razón, la investigación en embriones humanos está prohibida en numerosos países. Además, incluso si las técnicas de manipulación genética de embriones humanos estuviesen bien desarrolladas y fuesen seguras, sería necesario eliminar una o dos células del embrión tratado para confirmar que se ha reemplazado correctamente el gen que funcionaba mal. Ahora sabemos que estas células, una vez separadas del embrión, son virtualmente equivalentes a otro embrión; es decir, en condiciones apropiadas pueden dar lugar a un embrión, después a un feto y finalmente a un recién nacido. Walters y Palmer son de la opinión de que «el valor de esta técnica diagnóstica es superior al valor de esas una o dos células». ¿Cómo justificar éticamente una técnica diagnóstica que implica la destrucción de un embrión? De nuevo, «curar a toda costa» no puede estar éticamente justificado.

En *The Ethics of Human Gene Therapy* los autores apoyan, en parte, su justificación ética a la experimentación con embriones humanos —cuando ésta tiene como objetivo desarrollar técnicas para la terapia génica de células germinales— mediante la presentación de los resultados de dos encuestas realizadas en los Estados Unidos. Una de las conclusiones de estas dos encuestas, llevadas a cabo en 1986 y 1992, es que una mayoría de la sociedad estadounidense (alrededor del 70%) apoya la utilización de las técnicas de modificación genética de embriones humanos cuando es para el tratamiento de ciertas enfermedades graves. Que la mayoría de la sociedad piense que algo es de una cierta manera no significa necesariamente que algo sea así —es importante además hacer notar aquí que la sociedad estadounidense no representa a la mayoría de la sociedad, ni siquiera de la occidental, aunque sí sea actualmente la más influyente—. Los prejuicios y las inclinaciones pueden interferir con hacer juicios correctos. Pensemos, por ejemplo, sobre la tradicional inclinación en contra de miembros de diversas etnias o grupos raciales, o sobre la opinión mayoritaria en el siglo XIX en relación al derecho al voto de las mujeres. Como es evidente, no trato de negar la relevancia de los juicios morales de la sociedad, pero tampoco es posible ignorar sus limitaciones. La sociedad tiene que tener acceso a la información científica y tecnológica y para ello, no es sólo necesario la difusión de una información de calidad, sino también la participación de un público más amplio disponiendo de una cultura científica extensa. La educación científica de la sociedad deja no obstante mucho que desear. Una encuesta realizada en los Estados Unidos ha mostrado que más del 90 por ciento de los ciudadanos estadounidenses son «analfabetos en materia científica». Ante esta situación, diversos países han puesto en marcha programas que tienen por objeto, a través de familiarizar a los periodistas con el trabajo de los investigadores y al de éstos con el de los periodistas, impulsar y mejorar la calidad de la información científica y su presentación a la sociedad.



MARISOL CALÉS

Pero tampoco podemos ignorar, que aunque hay muchos millones de personas que se oponen a la investigación con embriones porque creen que el ser humano comienza con la fertilización, hay también millones que no ven la vida antes del nacimiento de esa misma manera. Para estos últimos, si esas técnicas de manipulación genética de embriones estuviesen disponibles, ¿quién dudaría de que preferirían utilizarlas, aunque supongan la destrucción de un embrión, a tener un hijo afectado de, por ejemplo, fibrosis quística o distrofia muscular? Para uno de los autores, Julie Gage Palmer, «la libertad individual es una característica de tal importancia moral, social y política que sólo debe interferirse con ella para proteger al indefenso —por ejemplo, a los niños— de sufrir daño». En mi opinión, cuando las actuales tendencias hacia lo individual se desconectan de la responsabilidad frente a la sociedad o la naturaleza puede llegarse a situaciones límite. Así, la libertad individual en los temas relacionados con la reproducción, impulsada durante las últimas dos o tres décadas por la sociedad occidental, ha llevado a una situación límite en que las únicas soluciones que se han planteado con el «sobrante» existente de embriones humanos es su conservación indefinida, su destrucción o su utilización en investigación. Y las tres posibilidades son perturbadoras, porque son incompatibles con el respeto que debe mostrar-

se a un embrión humano. Es evidente que no vale todo con tal de curar, pero también es evidente que ninguna regulación regresiva o represiva de la investigación o sus aplicaciones tiene futuro a largo plazo.

Normas bioéticas

Ante esta alarmante situación habrá que empezar por reconocer una cosa: es imprescindible buscar un camino de futuro que nos permita conseguir unas «normas bioéticas concretas para el conjunto de la humanidad», una ética preventiva que ha de preceder a la realización de la terapia génica de células germinales. Sin un talante ético global nunca se podrá transformar la genética en instrumento del bien individual y social. La ética que propugna el libro de Walters y Palmer es principalmente una «ética del éxito», que considera buena toda intervención genética que proporciona beneficios, que elude el hecho de que para conseguir fines «buenos» haya que utilizar medios moralmente dudosos. En otras palabras: según Walters y Palmer, a la cuestión moral de qué es lo que hay que hacer, proponen que eso lo decida cada cual conforme a sus valores y creencias. Dice el teólogo Hans Kung, en su libro titulado *Proyecto de una Ética Mundial* que «hasta ahora, la ética, en cuanto reflexión sobre el comportamiento moral del hombre, casi siempre ha llegado demasiado tarde: con frecuencia la pregunta sobre la licitud surge después de haber pasado ya a los hechos. El futuro va a requerir algo decisivo: la reflexión sobre lo que es lícito ha de preceder a la realización de lo que es factible». Sirva de ejemplo de cómo la reflexión moral va a trastras de los acontecimientos científicos, la sorpresa y enorme preocupación entre expertos, gobiernos y la iglesia por la creación, recientemente, por Ian Wilmut y sus colaboradores del Instituto Roslin en Edimburgo, de la oveja «Dolly», el primer mamífero copiado de un ejemplar adulto. Hay que resaltar que de los muchos millones de ECUs y dólares gastados por la Unión Europea y

los Estados Unidos, respectivamente, en financiar estudios sobre los aspectos éticos del Proyecto Genoma, no se había dedicado atención a las consecuencias éticas y sociales de la clonación de humanos hasta la aparición de «Dolly». Evidentemente, el papel de la reflexión moral no puede seguir siendo, principalmente, el de restañar las heridas que provoca el desarrollo de la ciencia y la tecnología.

En vez de una ética del éxito —tan de moda en nuestros días— que sólo se preocupa de los resultados, hay que propugnar una «ética de la responsabilidad», en el sentido propuesto por Max Weber, que tiene en cuenta las consecuencias previsibles de la propia acción. Para explicar estas ideas, siguen siendo de actualidad las expresivas palabras que Max Weber pronunció en 1919, luego recogidas en el escrito *El político y el científico*: «Es, por el contrario, infinitamente conmovedora la actitud de un hombre maduro (de pocos o muchos años, que eso no importa), que siente realmente y con toda su alma esta responsabilidad por las consecuencias y actúa conforme a una ética de la responsabilidad, y que al llegar a un cierto momento dice: “no puedo hacer otra cosa, aquí me detengo”. Esto sí es algo auténticamente humano y esto sí cala hondo».

Cuando han surgido problemas vitales, urgencias y necesidades humanas, el hombre siempre ha tenido y tiene que experimentar normas éticas, proyectos y modelos de solución de sus problemas, preservándolos y elaborándolos a lo largo de generaciones. Dado que antes la biología era una disciplina dedicada al estudio pasivo de la vida y que ahora puede alterarla casi a su capricho, hay que buscar y elaborar soluciones plurales que se atengan a esta nueva realidad. Estas normas éticas, en mi opinión, tienen que hacer hincapié, principalmente, en tres aspectos. En primer lugar, que las aplicaciones del progreso científico no creen más problemas que soluciones. En segundo lugar, que el interés de la sociedad debe prevalecer sobre el interés del individuo, siempre que se garantice la dignidad de la persona y los derechos humanos. Y en tercer lugar, que la enfermedad o condición a la que se apliquen estos nuevos conocimientos biológicos sea importante. Por ejemplo, la fibrosis quística o la distrofia muscular son importantes en el sentido de que las personas que las sufren ven acortadas sus expectativas de vida. Por el contrario, la clonación de un individuo, para perpetuar un linaje biológico cuando la procreación es imposible, o aumentar la estatura de una persona no son, en mi opinión, condiciones importantes sobre las que esté justificado intervenir genéticamente. Este tercer punto es de enorme importancia si tenemos en cuenta que existen enfermedades infecciosas, como la malaria, que si bien afectan a un gran número de personas —el número de casos de malaria en el mundo se ha estimado en alrededor de los 120 millones, y el número de muertes anuales por esta enfermedad en tres millones—, sólo son endémicas en los países más pobres de América del Sur, Centro América, África Central, Norte de África, Oriente Medio y Este Asiático y, por tanto, el desarrollo de nuevas terapias costosas se está haciendo esperar porque es poco rentable económicamente para las compañías farmacéuticas. □

RESUMEN

La ética que propugna el libro comentado es una «ética del éxito», que considera buena toda intervención genética que proporciona beneficios, que elude el hecho de que para conseguir fines buenos haya que utilizar medios moralmente dudosos. Para José María Mato, sin un talante ético global nunca se podrá transfor-

mar la genética en instrumento del bien individual y social. Y, tras revisar las posibles aplicaciones de la terapia génica, propone una «ética de la responsabilidad» que haga hincapié en la necesidad de buscar un camino de futuro que nos permita conseguir unas normas bioéticas concretas para el conjunto de la humanidad.

LeRoy Walters y Julie Gage Palmer

The Ethics of Human Gene Therapy

Oxford University Press, Nueva York/Oxford, 1997. 209 páginas. 22 libras esterlinas. ISBN: 0-19-505955-7.

En el próximo número

Artículos de José Manuel Pita Andrade, Román Gubern, Ramón Pascual, Luis de Pablo, Juan Velarde Fuertes, Ignacio Sotelo y Francisco Rodríguez Adrados.

ARQUITECTURA

FERNÁNDEZ ALBA, Antonio
 "Arquitecturas en la España del siglo XX", sobre *Arquitectura española del siglo XX (Summa Artis. Historia general del Arte. Tomo XL)*, de Miguel Angel Baldellou y Antón Capitel. Nº 105. Mayo. Págs. 1-2.

ARTE

ARGULLOL, Rafael
 "La sabiduría simbólica", sobre *Diccionario de símbolos*, de Juan Eduardo Cirlot. Nº 110. Diciembre. Págs. 1-2.
 MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José
 "¿Qué hay debajo de la pintura?", sobre *La pintura italiana hasta 1400. Materiales, métodos y procedimientos del arte*, de autores varios. Nº 102. Febrero. Págs. 6-7.

BIOLOGÍA

GANCEDO, Carlos
 "El jardín de los agustinos", sobre *Gregor Mendel. The First Geneticist*, de Vitezslav Orel. Nº 105. Mayo. Págs. 10-11.
 GONZÁLEZ, Antonio
 "Biodiversidad de las plantas vasculares", sobre *Intellectual Property Rights and Biodiversity Conservation: An Interdisciplinary Analysis of the Values of Medicinal Plants*, de Timothy Swanson (ed.). Nº 101. Enero. Págs. 6-7.
 MATO, José María
 "Fronteras en la investigación de la vida", sobre *The Ethics of Human Gene Therapy*, de LeRoy Walters y Julie Gage Palmer. Nº 110. Diciembre. Págs. 10-11.

CIENCIA

ALARIO, Miguel Ángel
 "Vendiendo ciencia", sobre *Selling Science: How the Press covers Science and Technology*, de Dorothy Nelkin. Nº 108. Octubre. Págs. 8-9.
 GARCÍA DONCEL, Manuel
 "Caos, complejidad y acción divina", sobre *Chaos and Complexity: Scientific Perspectives on Divine Action*, de R. J. Russell, N. Murphy y A.R. Peacocke (eds.). 103. Marzo. Págs. 10-11.
 GARCÍA OLMEDO, Francisco
 "Je cherche à comprendre", sobre *The Eighth Day of Creation. Makers of the Revolution in Biology*, de Horace Freeland Judson. Nº 105. Mayo. Pág. 12.
 MATO, José María
 "La industria del tabaco, a debate", sobre *The Cigarette Papers*, de autores varios. Nº 101. Enero. Págs. 8-9.
 MELERO, José Antonio
 "Patrones de la evolución molecular", sobre *Patterns in evolution: the new Molecular View*, de Roger Lewin. Nº 109. Noviembre. Págs. 8-9.
 PASCUAL, Ramón
 "Los nuevos filósofos", sobre *La tercera cultura. Más allá de la revolución científica*, de John Brockman (ed.). Nº 102. Febrero. Pág. 12.
 SÁNCHEZ DEL RÍO, Carlos
 "Los rasgos comunes de las cosas", sobre *The Critical Point. A Historical Introduction to the Modern Theory of Critical Phenomena*, de Cyril Domb. Nº 103. Marzo. Pág. 12.

CINE

AMO, Álvaro del
 "Nanas para el bebé centenario", sobre *Cuentos de cine*, de autores varios. Nº 107. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.
 BARDEM, Juan Antonio
 "Al Oeste de Colorado River...", sobre *Nicholas Ray. An American Journey*, de Bernard Eisenschitz. Nº 110. Diciembre. Pág. 3.
 BORAU, José Luis
 "Desde el camino", sobre *Viaje de ida*, de Román Gubern. Nº 109. Noviembre. Pág. 3.
 FERNÁNDEZ-SANTOS, Ángel
 "El cine como herramienta política", sobre *La pesadilla roja*, de autores varios. Nº 108. Octubre. Pág. 3.

ECONOMÍA

RUIZ MARTÍN, Felipe
 "Las memorias de un ilustrado", sobre *Memorias políticas y económicas sobre frutos, comercio, fábricas y minas de España...*, de Eugenio Larruga y Boneta. Nº 103. Marzo. Págs. 8-9.

FILOLOGÍA

ABAD, Francisco
 "Historia lingüística e historia cultural", sobre *Crisis históricas y crisis de la lengua española*, de Rafael Lapesa. Nº 106. Junio-julio. Págs. 8-9.
 ALVAR, Manuel
 "De las cosas y de las palabras", sobre *El mundo de los objetos en la obra de Carmen Martín Gaité*, de Emma Martinell. Nº 108. Octubre. Págs. 1-2.
 BADIA I MARGARIT, Antoni
 "Confluencia de métodos", sobre *Sociolingüística histórica (siglos X-XII)*, de Francisco Gimeno Menéndez. Nº 102. Febrero. Pág. 3.
 "La lengua española: ¿trunfos o trances?", sobre *El español moderno y contemporáneo. Estudios lingüísticos*, de Rafael Lapesa. Nº 107. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.

LÁZARO CARRETER, Fernando
 "Nuevo cerco al significado", sobre *Principios de semántica textual*, de Ramón Trujillo. Nº 104. Abril. Págs. 1-2.
 LÓPEZ ESTRADA, Francisco
 "La lírica primitiva en Oriente y Occidente", sobre *Las jarchas mozárabes. Forma y significado y El amor cortés en la lírica árabe y en la lírica provenzal*, de Álvaro Galmés de Fuentes. Nº 107. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.
 LORENZO, Emilio
 "La deuda hispánica del inglés", sobre *Spanish Loanwords in the English Language. A Tendency towards Hegemony Reversal*, de Félix Rodríguez González (ed.). Nº 107. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.
 QUILIS, Antonio
 "Y al fondo, siempre Nebrija", sobre *Actas del Congreso Internacional de Historiografía Lingüística. Nebrija V Centenario. 1492-1992*, de R. Escayv, J.M. Hernández Terrés y A. Roldán (eds.), y *El léxico castellano de los "Vocabularios" de Antonio de Nebrija (Concordancia lematizada)*, de M^o Lourdes García Macho. Nº 104. Abril. Pág. 12.

FILOSOFÍA

DÍAZ, Elías
 "Unamuno: la tragedia de la filosofía", sobre *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*, de Pedro Cerezo Galán. Nº 106. Junio-julio. Págs. 1-2-3.
 GARCÍA BERRIO, Antonio
 "Creencia postmoderna", sobre *Creer que se cree*, de Gianni Vattimo. Nº 105. Mayo. Págs. 4-5.
 GARCÍA CALVO, Agustín
 "Cómo caen los átomos", sobre *El sentido de la naturaleza en Epicuro*, de José Luis García Rúa. Nº 104. Abril. Págs. 8-9.
 GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario
 "Kierkegaard y el cristianismo en España", sobre *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*, de Sören Kierkegaard. Nº 108. Octubre. Págs. 6-7.
 PINILLOS, José Luis
 "Las esuelas del postmodernismo", sobre *The Idea of the Postmodern. A History*, de Hans Bertens. Nº 108. Octubre. Págs. 4-5.
 RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
 "Una revisión de la filosofía presocrática", sobre *Alle origini della Filosofia greca. Una revisione storica*, de Eric A. Havelock. Nº 105. Mayo. Pág. 3.

FÍSICA

GALINDO, Alberto
 "Tiempo para pensar", sobre *About Time. Einstein's Unfinished Revolution*, de Paul Davies. Nº 102. Febrero. Págs. 10-11.
 GARCÍA VELARDE, Manuel
 "Fluidos por doquier", sobre *The Life and Legacy of G.I. Taylor*, de George Batchelor. Nº 104. Abril. Págs. 10-11.
 SÁNCHEZ RON, José Manuel
 "Acciones y pasiones sobre la fisión nuclear", sobre *Lise Meitner. A Life in Physics*, de Ruth Lewin Sime. Nº 106. Junio-julio. Págs. 10-11.

GEOGRAFÍA

VILÀ VALENTÍ, Joan
 "Dividir y organizar un país llamado España", sobre *Geografía política de la España constitucional. La división provincial*, de Jesús Burguenio. Nº 109. Noviembre. Págs. 1-2.

HISTORIA

ANES, Gonzalo
 "Las memorias de un diplomático", sobre *Recuerdos de una vida itinerante*, de Luis Guillermo Perinat. Nº 108. Octubre. Págs. 10-11.
 ARTOLA, Miguel
 "Las leyes del Reino", sobre *El libro de las leyes del siglo XVIII*, de Santos M. Coronas (ed.). Nº 109. Noviembre. Págs. 6-7.
 BENITO RUANO, Eloy
 "España románica, España gótica", sobre *La cultura del románico. Siglos XI al XIII. Letras, religiosidad, artes, ciencia y vida*, de Francisco López Estrada (coord.), y *La época del gótico en la cultura española (c. 1220 - c. 1480)*, de José Angel García de Cortázar (coord.). Nº 104. Abril. Pág. 3.
 CEREZO GALÁN, Pedro
 "La herencia liberal", sobre *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*, de Juan Marichal. Nº 101. Enero. Págs. 10-11-12.
 DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio
 "Una historia regional", sobre *Historia de Canarias*, de Antonio de Bethencourt Massieu (coord.). Nº 102. Febrero. Págs. 1-2.
 MAINER, José-Carlos
 "Una maleta de 1936", sobre *Papeles póstumos de José Antonio*, de Miguel Primo de Rivera. Nº 109. Noviembre. Págs. 4-5.
 RUBÍO LLORENTE, Francisco
 "La guerra como tragedia", sobre *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, de Paloma Aguilar Fernández. Nº 107. Agosto-septiembre. Pág. 12.
 TUSELL, Javier
 "Un gran polemista intelectual", sobre *Mémoires. Le voleur dans la maison vide*, de Jean-François Revel. Nº 108. Octubre. Pág. 12.

LITERATURA

ALVAR, Manuel
 "Fragmentos de vida", sobre *Teatro y vida. Doce calas teatrales en la vida del siglo XX*, de Pedro Lain Entralgo. Nº 103. Marzo. Págs. 1-2.

CARNERO, Guillermo
 "Un siglo con Drácula", sobre *Bram Stoker. A Biography of the Author of Dracula*, de Barbara Belford. Nº 105. Mayo. Págs. 6-7.
 FRAILE, Medardo
 "Entre esperanzas y recuerdos", sobre *Between Hopes and Memories: A Spanish Journey*, de Michael Jacobs. Nº 103. Marzo. Pág. 3.
 "La maravilla de Muriel", sobre *Reality and Dreams*, de Muriel Spark. Nº 107. Agosto-septiembre. Pág. 3.
 GARCÍA-SABELL, Domingo
 "Un libro advertidor", sobre *Sobre la Vida Nueva*, de Antonio Colinas. Nº 105. Mayo. Págs. 8-9.
 MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco
 "El gran desconocido de nuestros clásicos", sobre *Pícaros y mercaderes en el «Guzmán de Alfarache»*, sobre *Realismo burgués y mentalidad aristocrática*, de Michel Cavillae. Nº 103. Marzo. Págs. 4-5.
 MELLIZO, Felipe
 "El material de un sueño", sobre *El sueño de África. En busca de los mitos blancos del continente negro*, de Javier Reverte. Nº 106. Junio-julio. Págs. 6-7.
 RUIZ RAMÓN, Francisco
 "El retorno de Fernando de Rojas", sobre *«La Celestina» de Fernando de Rojas*, de Emilio de Miguel Martínez. Nº 110. Diciembre. Págs. 4-5.
 SOBEJANO, Gonzalo
 "Calderón iluminado", sobre *Calderón. Los orígenes de la modernidad en la España del Siglo de Oro*, de Antonio Regalado. Nº 101. Enero. Págs. 1-2.
 VILLANUEVA, Darío
 "Teoría y práctica posmoderna de El Quijote", sobre *Semiótica del «Quijote». Teoría y práctica de la ficción narrativa*, de José María Paz Gago. Nº 104. Abril. Págs. 6-7.
 ZAMORA VICENTE, Alonso
 "Galdós y la calle madrileña", sobre *Vida de Galdós*, de Pedro Ortiz Armengol. Nº 102. Febrero. Págs. 4-5.

MATEMÁTICAS

GUZMÁN, Miguel de
 "Matemáticas y Sociedad: acortando distancias", sobre *What's Happening in the Mathematical Sciences*, de Barry Cipra. Nº 107. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.
 RÍOS, Sixto
 "Médicos, abogados y estadísticos", sobre *Bayesian Methods and Ethics in a Clinical Trial Design*, de J.B. Kadane, y *Statistics and the Law*, de De Groot, Fienberg y Kadane. Nº 106. Junio-julio. Pág. 12.

MÚSICA

FERNÁNDEZ DE LA CUESTA, Ismael
 "Radiografía de la edición musical española", sobre *La edición musical española hasta 1936*, de Carlos José Gozávez Lara. Nº 104. Abril. Págs. 4-5.
 VILLA ROJO, Jesús
 "En torno a Luciano Berio", sobre *Berio*, de Enzo Restagno (coord.). Nº 106. Junio-julio. Págs. 4-5.

POLÍTICA

CAMPS, Victoria
 "El malestar que aflige a la democracia", sobre *Democracy's Discontent. America in Search of a Public Philosophy*, de Michael J. Sandel. Nº 110. Diciembre. Págs. 6-7.
 DÍAZ, Elías
 "Patologías de la democracia", sobre *La democracia en España. Experiencias y reflexiones*, de Gregorio Peces-Barba. Nº 101. Enero. Págs. 4-5.
 VALLESPÍN, Fernando
 "Pluralismo social y sistema democrático", sobre *Die Einbeziehung des Anderen. Studien zur politischen Theori*, de Jürgen Habermas. Nº 109. Noviembre. Págs. 10-11.
 VERDÚ, Vicente
 "Un planeta a la deriva", sobre *Un mundo sin rumbo*, de Ignacio Ramonet. Nº 109. Noviembre. Pág. 12.

PSICOLOGÍA

SIGUAN, Miquel
 "Monólogo interior: psicología y literatura", sobre *El monólogo interior. Un análisis textual y pragmático del lenguaje interior en la literatura*, de Eduardo Aznar. Nº 103. Marzo. Págs. 6-7.

RELIGIÓN

CEREZO GALÁN, Pedro
 "Entre poesía y religión", sobre *Cuatro poetas desde la otra ladera*, de Olegario González de Cardedal. Nº 110. Diciembre. Págs. 8-9.

SOCIEDAD

VERDÚ, Vicente
 "La civilización de los parados", sobre *El fin del trabajo*, de Jeremy Rifkin. Nº 101. Enero. Pág. 3.

TEOLOGÍA

GONZALEZ DE CARDEDAL, Olegario
 "Moralidad, modernidad, teología", sobre *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de vida*, de Julián Marías. Nº 102. Febrero. Págs. 8-9.